



En el siglo I de nuestra era,  
un magistrado romano investiga  
la presunta resurrección de  
Jesús el nazareno...

# EL INFORME DE JUDEA

Stephen Dando-Collins

Lectulandia

Provincias romanas de Siria y Judea, año 71 de nuestra era. Roma ha conseguido sofocar la revuelta judía, pero un núcleo de insurrectos, conocidos como los nazarenos, amenaza al Imperio. Para acabar con ellos, el poder romano abre una investigación: el magistrado Julio Varro debe indagar sobre la muerte de Jesús el Nazareno, que supuestamente resucitó tras ser crucificado en Jerusalén cuarenta años atrás.

La reconstrucción no resulta fácil: gran parte de los testigos también han muerto y son muchos los interesados en que el informe no llegue nunca a Roma. Pero el magistrado está dispuesto a seguir hasta el final y esclarecer si la resurrección de Jesús fue obra del poder divino o una mera leyenda al servicio del poder humano.

**Lectulandia**

Stephen Dando-Collins

# **El informe de Judea**

ePub r1.0

Karras 14.04.2018

Título original: *The Inquest*  
Stephen Dando-Collins, 2004  
Traducción: Fernando Garí Puig

Editor digital: Karras  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Louise, que siempre creyó;  
y para Richard, que iluminó el camino*

En el año 71 d. C., el cuestor Julio Terencio Varro, un magistrado e investigador romano, fue enviado a Judea para que indagara la muerte de Jesús de Nazaret, ocurrida cuatro décadas atrás. Sus órdenes eran demostrar que Jesús no se había levantado de entre los muertos.

Esta es la historia de su misión.

## EL JUDÍO MUERTO

*Antioquía, capital de la provincia romana de Siria.  
Febrero del año 71 d. C.*

*En la época de nuestros abuelos, se levantó en Roma un hombre que se ganó los corazones de sus compatriotas, un hombre distinto de todos los que lo habían precedido y de quienes le sucederían. Era nieto de Marco Antonio, pero no ambicioso. Era hermano de Claudio, pero no tonto. Era padre de Calígula, pero no depravado. Era...*

El rugido de la multitud interrumpió los pensamientos de Varro y lo arrancó del relato histórico que llevaba años intentando verter al papel. Ante él, en la arena del anfiteatro de Antioquía, los prisioneros de guerra judíos habían quedado enfrentados entre sí por parejas. En cada pareja, uno iba armado y el otro no. Bajo el abrasador sol de mediodía, mientras una buena parte de los treinta mil espectadores disfrutaban de su almuerzo compuesto por pan recién horneado, especiadas albóndigas de cordero y frutas frescas de Damasco, proporcionados por el organizador de los juegos, unos judíos tenían que asesinar a otros judíos como entretenimiento para las masas. Ante el deleite y diversión de los espectadores sirios, algunas víctimas habían echado a correr en un vano intento de escapar de su cita con la muerte. No había forma de salir del estadio circular. En esos momentos, una pareja en concreto había llamado la atención y la ira del gentío que rodeaba a Varro. El público vociferaba belicosamente su descontento.

—¡Corre, judío, corre! —sonó el estridente grito de una mujer desde las filas superiores.

—¡Mátalo, viejo, mátalo! —aulló malvadamente un joven a la derecha de Varro. Un millar de gargantas lo acompañaron.

A la sombra de una marquesina púrpura, Varro, de treinta y cuatro años, moreno, atlético y bien afeitado como todos los romanos de su época, se hallaba sentado en la segunda fila del palco de autoridades del anfiteatro, el tribunal del organizador de los juegos. Sus profundos y negros ojos miraban fijamente la escena que se desarrollaba justo bajo el palco. Allí, de pie, había un hombre alto y desnudo salvo por un ancho cinturón de cuero. Era un judío de amplias espaldas; su piel cetrina colgaba de su hambriento esqueleto. Llevaba un casco de gladiador, con la visera llena de agujeros para los ojos y la cara, que le ocultaba el rostro y lo convertía en un ser anónimo. Un brote de barba grisácea sobresalía por debajo de la visera. En su mano derecha sostenía una espada corta. Estaba como petrificado mientras miraba a un joven de

unos veinte años arrodillado en el suelo, desnudo. Allí se hallaba la razón del enfado del público: el joven suplicaba al hombre que pusiera fin a su vida.

A pesar de los gritos de la multitud, Varro pudo escuchar los ruegos del muchacho. Este hablaba en arameo, la lengua de la región, una lengua que Varro conocía vagamente.

—¡Mátame, padre! —gritó el joven—. ¡Mátame ya!

Varro, que hasta ese momento no había mostrado interés en el programa de espectáculos de aquel día, no podía apartar la vista de aquel padre y de su hijo. Sabía que formaban parte de los noventa y siete mil prisioneros judíos capturados durante el asedio romano a Jerusalén, que había puesto punto final a la sublevación judía del verano anterior. Los que participaban en aquellos juegos de Antioquía eran los últimos prisioneros que quedaban. Ante él tenía un padre a quien habían ordenado matar a su hijo, pero el hombre no era capaz de obedecer.

Los pitidos y abucheos del público fueron en aumento, y Varro ya no pudo oír lo que decían en la arena. Por sus gestos, resultaba obvio que el joven seguía suplicando a su padre que acabara de una vez; sin embargo, la respuesta no llegaba, y el padre seguía inmóvil.

Varro se preguntó qué habría hecho en una situación semejante. No tenía hijos, y ni siquiera estaba casado. ¿Habría tenido su padre el valor y la caridad de poner fin a su vida en circunstancias similares? Varro lo dudaba: su padre no había sido un hombre de coraje.

Varro se preguntó qué haría si tuviera que enfrentarse a tan terrible dilema. ¿Qué haría si tuviera a su hijo de rodillas ante él y supiera que, si no lo mataba con sus propias manos, otro lo haría? Mientras contemplaba la escena, el muchacho tomó las riendas de su propio destino: se levantó, cubrió la distancia que lo separaba de su progenitor y volvió a arrodillarse. Luego, agarrando el nudoso brazo del hombre, se apoyó la punta de la espada de legionario en mitad del pecho, justo por encima del corazón mientras miraba a su padre y murmuraba palabras de despedida.

Entonces, con todas sus fuerzas, empujó hacia sí el brazo con la espada. La hoja atravesó la carne del joven y se le hundió en el tórax. El público rugió su desaprobación. Padre e hijo lo habían privado de su entretenimiento. Mientras el muchacho moría de rodillas ante él, el padre le arrancó la espada con un grito desgarrador y la arrojó lejos. Ensangrentada, el arma giró por el aire y cayó en la arena. Alzando su oculto rostro hacia el cielo sin nubes, el viejo judío empezó a gritar inaudiblemente a las alturas.

Enseguida se vio rodeado por un grupo de soldados armados, soldados de la guardia de la ciudad que llegaron corriendo del perímetro de la arena. Cuando los soldados quitaron el casco y el cinturón al hombre, Varro vio que su rostro era largo y enjuto. El padre bajó la cabeza y fijó los ojos llenos de lágrimas en el cuerpo de su hijo. Esclavos del anfiteatro vestidos con túnicas blancas a rayas rojas aparecieron a su alrededor. Los esclavos habían salido por una puerta encajada en el muro de piedra



que se abría el tiempo justo para dejarlos pasar; algunos llevaban cubos con serrín, otros portaban un enorme gancho de hierro con cuerdas. Con la destreza que proporciona la costumbre, atravesaron el cuerpo del joven con el gancho, clavándoselo en el estómago y haciéndolo salir por el centro de la espalda. Echándose las cuerdas al hombro, los esclavos arrastraron el cuerpo exánime fuera de la arena. Tras ellos, sus compañeros esparcieron serrín en el suelo empapado de sangre.

Cuando los soldados se apartaron, Varro vio que otro judío se hallaba de pie frente al padre del muchacho. El hombre, algo más joven, había sido equipado con el mismo casco, cinturón y espada. Algunos espectadores gritaban al viejo que corriera, otros que el ejecutor acabara con él por su falta de valentía. El viejo cayó de rodillas e inclinó la cabeza. Su verdugo lo complació sin dilación. Alzó la espada con ambas manos y le descargó un violento tajo en la nuca. Los gritos de la multitud surgieron de las gradas cuando la cabeza del viejo de barba gris fue arrancada violentamente del torso. Escupiendo un chorro de sangre, la cabeza cayó al suelo y allí quedó, con los ojos abiertos y húmedos todavía de lágrimas.



—¿Has visto a ese maldito judío? ¿Has visto cómo ha privado al público de su entretenimiento? —comentó el general Cneo Collega mientras él y Varro se apeaban de la litera a la luz de las chisporroteantes antorchas que sostenían los ayudantes del general.

Ante ellos se desplegaba la escalinata que conducía a la residencia de Collega en Antioquía, emplazada en la Vía Augusta. Collega, comandante de la IV Legión Escita y gobernador en funciones de la provincia de Siria y su subprovincia, Judea, tenía la misma edad que su subalterno Julio Varro; sin embargo, gordo, bajo y con una avanzada calvicie, parecía diez años mayor. El general llevaba administrando la región desde que su gobernador, Licinio Muciano, había marchado sobre Roma al frente de un ejército para deponer al emperador Vitelio y coronar en su lugar al que en esos momentos ejercía de tal: Vespasiano.

—¿A qué maldito judío te refieres, mi señor? —preguntó Varro con aire ausente.

A lo largo de la mañana, en el anfiteatro se había repetido la escena del enfrentamiento entre dos prisioneros judíos, uno desarmado y el otro armado y dispuesto a enfrentarse a su vez a su destino tan pronto hubiera acabado con su víctima, hasta que dos mil de ellos se hubieran dado muerte mutuamente. Por la tarde, la diversión del exterminio judío había dado paso al verdadero espectáculo del día: los luchadores profesionales. Pero nada de todo aquello interesaba a Varro, que habría preferido cien veces poder dedicarse a escribir su planeada historia de Germánico, el héroe romano. Sobre este se habían escrito poemas épicos y farragosos relatos, pero nadie había osado adentrarse en el misterio de su asesinato. Hacerlo, pensaba Varro,

demostraría definitivamente su talento de escritor y sus dotes de investigador. Resolver ese misterio constituiría sin duda un desafío digno de ser disfrutado. En cambio, no había desafío ni intriga alguna en el derramamiento de sangre de aquel día. La falta de nobleza del espectáculo lo ponía enfermo.

—Me refiero al hombre que se arrojó sobre su propia espada después de cortar la cabeza de aquel viejo —contestó Collega mientras subían la escalinata—. Muy poco elegante por su parte.

Varro asintió al recordarlo. «Ah, ese judío». Antes de que los soldados de la guardia pudieran llegar hasta él, el decapitador del anciano que había llamado la atención de Varro se puso la espada en el cuello y, mirando a sus atormentadores por última vez, se dejó caer hacia delante. Cuando el puño de la espada golpeó el suelo, la hoja le atravesó la garganta y le salió por la nuca. El judío murió al instante, y los asistentes gritaron su decepción. Aquello, protestaron, era el acto de un cobarde que los había engañado.

Para la mayoría de los romanos, la sangre y la muerte eran como el beber y el comer. Qué lo hacía a él distinto, era algo que Varro no sabía; pero en su condición de cuestor y mano derecha del gobernador de Siria y Judea no podía permitirse mostrar nada que no fuera una actitud exterior de dureza. En consecuencia, asistía a los juegos, presenciaba aquella barbaridad que pasaba por ser un entretenimiento y ponía cara de romano, especialmente cuando compartía el palco con el hijo del emperador. Esa mañana, la resplandeciente y dorada silla de la primera fila había estado ocupada por Tito Vespasiano, el general de treinta y dos años, conquistador de Jerusalén y heredero del César Vespasiano, el segundo hombre más poderoso del mundo. Tras asistir al espectáculo de la mañana, Tito se había marchado de Antioquía camino de Alejandría, en Egipto, donde iba a embarcar rumbo a Roma para reunirse con su padre.

Cuando llegaron al final de los peldaños, Collega estaba sin aliento. Se detuvieron y este se llevó una mano al pecho. Una mueca de dolor surcó su rostro.

—General, ¿qué te ocurre?

—Indigestión, según el muy noble médico Diocles —contestó Collega, que no había dejado de comer durante todo el día, mientras asistía a los juegos. Sabrosos bocados: lirones asados untados en miel, alas de pichón y dulces de todo tipo—. No es que me fíe de los diagnósticos de ese borracho. Por lo general hace caso omiso de la mitad de mis dolencias y me suministra misteriosas pociones para la otra mitad, cosa que no me procura ningún bien. ¿No lo has visto hoy? Ha apostado en todas las luchas y ha perdido. ¡Maldito idiota! —Collega siguió caminando y entró por la enorme doble puerta haciendo caso omiso de las reverencias de los esclavos—. El juicio de Diocles deja mucho que desear. Si algún día me encuentro realmente enfermo, él será la última persona a la que se me ocurrirá consultar. Me mataría antes de que hubiera llegado mi hora.

—Ya sabes lo que dicen, mi general. Si uno quiere vivir una larga vida no tiene

que nombrar heredero a su médico.

—¡Bien dicho, Varro! ¡Bien dicho! —rio Collega—. Si he de serte sincero, Siria es mala para mi salud. Estoy más que dispuesto a regresar a casa, te lo digo en serio.

El día anterior, Collega se había enterado por boca del hijo del emperador de que un nuevo gobernador con rango consular había sido elegido por Vespasiano para Siria; sin embargo, por diversas razones, ese hombre, Petus, no llegaría a Antioquía hasta al cabo de unos catorce o quince meses. Y dado que el nuevo gobernador llevaría consigo a su propio personal de Roma, incluido un nuevo cuestor, Varro también regresaría. En lo que a él se refería, ya era hora: había pasado cuatro años en aquel destino, y estaba dispuesto a aguantar uno más, pero solo uno. Confiaba en que, una vez que la violencia y las atrocidades de la revuelta judía fueran, cosa del pasado, la paz y la normalidad volverían, con suerte, a reinar en la región. Puede que incluso hallara tiempo para exponer sus teorías sobre la muerte de Germánico, descubrir al asesino y demostrar que era un escritor de valía.

Un hombre rechoncho, de blancos cabellos y barba pulcramente recortada que vestía una sencilla túnica marrón a juego con el resto de su sobria apariencia, se cruzó en el camino del gobernador y le anunció:

—Señor, tienes visita.

—Estoy demasiado cansado para atender visitas, Pitágoras —repuso Collega con impaciencia, e hizo un gesto con la mano para despedir a su secretario principal, un griego llamado igual que el famoso filósofo de seiscientos años atrás.

—Se trata de Flavio Josefo —añadió el secretario con gesto grave.

Collega se detuvo.

—¿Josefo? ¿Aquí? ¿Qué quiere? —Miró a Varro con expresión preocupada—. Creía que ya no lo veríamos más. —Y haciendo una mueca para sí añadió con un suspiro—: Muy bien, Pitágoras, llévanos hasta él.

El secretario los condujo hasta un patio de columnas ajardinado. Un hombre delgado se hallaba de pie al lado de una fuente donde el agua manaba de la boca de un delfín de bronce.

Collega mostró su más diplomática sonrisa al acercarse.

—Mi señor Josefo, te creía camino de Roma junto con Tito Vespasiano.

Flavio Josefo, de treinta y cinco años de edad, lucía una poblada barba y una expresión de seriedad. Cinco años atrás había sido el general al mando de las fuerzas rebeldes de Galilea que habían luchado contra los ejércitos de Roma. Sin embargo, Josefo había cambiado de bando y se había puesto de lado de Vespasiano y Tito para aconsejarles estrategias con las que derrotar a sus antiguos compañeros de armas; también predijo que padre e hijo no tardarían en gobernar Roma y su imperio. Su traición le había reportado la libertad, la ciudadanía romana y la atención de los soberanos del mundo romano.

—Y no tardaré en ponerme en camino —repuso Josefo aceptando brevemente la mano tendida de Collega—. Me uniré a la columna de su excelencia en su ruta hacia

el sur. Pero ahora, hay un asunto que quisiera plantear antes de marcharme de esta parte del mundo.

Haciendo caso omiso de Varro, Josefo rodeó los hombros de Collega con el brazo y se lo llevó hasta un banco situado en un extremo del jardín. Varro, que sabía lo mucho que su superior despreciaba a los judíos, supuso que al general se le estarían poniendo los pelos de punta. Además, contra Josefo había que añadir el baldón de traidor a su pueblo. Quizá Tito confiara en aquel judío, pero Collega no. Mientras Varro los observaba desde la distancia, los dos hombres se sentaron en el banco. El judío apoyó el brazo en el respaldo del asiento, se inclinó hacia Collega y empezó a murmurarle al oído. Collega le respondió en un tono igualmente conspirativo.

Picado por la curiosidad, Varro se aproximó cuidando de no parecer fisgón; pudo oír algunas palabras: «Nazareno», «Jesús de Nazaret», «Dios de los judíos», «El Mesías», y «el Cristo».

Entonces, inesperadamente, Collega alzó la vista y le preguntó:

—¿Cuánto has oído de nuestra conversación, cuestor?

—Un poco —reconoció Varro con expresión culpable mientras se acercaba a los dos hombres.

—Eres un tipo listo, Varro —dijo Collega—. ¿Qué sabes de ese nazareno? ¿Qué nombre le has atribuido, Josefo?

—Sus seguidores, los que hablaban griego, lo llamaban Jesús de Nazaret —contestó Josefo mirando a Varro.

—Oí hablar de ese hombre mientras estuve en Judea —dijo Varro—. Algunos decían que obraba milagros, mi señor, lo mismo que tantos milagreros de la zona. Tengo entendido que fue crucificado en Jerusalén durante el reinado del César Tiberio.

—¿Milagros? —contestó Collega meneando la cabeza, incrédulo—. ¡Bah!

—Dices bien, cuestor —terció Josefo con un gesto de asentimiento—. Es cierto. Ese tal Jesús fue crucificado durante el reinado de Tiberio.

Para Varro, Josefo tenía un rostro que denotaba inteligencia. A diferencia de Collega, el cuestor no era hombre de prejuicios. Tomaba a la gente tal como esta se le presentaba, y en las pocas ocasiones en que se había cruzado con Josefo, le había parecido una persona muy leída aunque poco modesta.

—¿Crucificado? —preguntó Collega—. ¿Por qué crimen?

—El nazareno fue sentenciado por un delito de sedición contra Roma —prosiguió Josefo dirigiéndose a Collega—. Sus seguidores insisten en que resucitó dos días después de su ejecución y que ahí está la prueba de su origen divino, de que era el «Mesías», como se dice en mi lengua materna.

Varro frunció el entrecejo.

—¿Mesías? Ese término no me resulta familiar, mi señor.

Una sonrisa se dibujó en las comisuras de la boca de Josefo, y sus vivarachos ojos resplandecieron.

—Sus seguidores griegos lo llamaban el «cristo», el «ungido».

—¿Ungido para qué? —preguntó Varro.

Antes de que Josefo pudiera contestar, Collega intervino.

—¿Qué es esa tontería de la resurrección? —preguntó con irritación—. ¿De verdad la gente se lo cree, Josefo? Aquí, en Antioquía tenemos a algunos de esos nazarenos. Yo los había clasificado junto con el resto de judíos de la ciudad. —De hecho, entre las doscientas cincuenta mil almas que formaban la población de Antioquía vivían cuarenta mil judíos—. ¿De verdad creen que ese tal Jesús se levantó de entre los muertos?

Josefo asintió.

—Sí. Creen que se levantó de entre los muertos, que salió de su tumba de Jerusalén, caminó hasta Galilea y después ascendió a los cielos. Dicen que era un dios, Collega. Me parece que estarás de acuerdo conmigo en que en estos tiempos de inestabilidad es una declaración temeraria.

—¿Un dios? —bufó Collega—. ¿Hubo alguien que lo viera después de su supuesta resurrección, mientras se paseaba por Palestina?

—Se dice que algunos de sus seguidores lo vieron y hablaron con él tras su ejecución. —Josefo sonrió—. Obviamente, dicha afirmación es un fraude, Collega. En ella reside el medio de suprimir a los nazarenos.

—No te sigo —contestó Collega, impaciente.

—Lo mejor de la estrategia que te estoy proponiendo, Collega, radica en que no vas a tener que ejecutar a un solo judío para destruir a esa gente. La clave del asunto es la siguiente.

Para no perderse nada, Varro se acercó.

—Basta con demostrar que la afirmación de que ese hombre resucitó de entre los muertos es infundada —dijo el judío—; así quedará destruido el fundamento de las creencias de esos nazarenos. Prueba que ese tal Jesús de Nazaret no era el Mesías, el redentor del pueblo judío anunciado en los antiguos textos, difunde la información a lo largo y ancho del imperio y convertirás a esos nazarenos en el hazmerreír de todo el mundo. Todo el montaje de sus creencias se vendrá abajo, y se demostrará que no son más que unos embaucadores. Su Mesías quedará desacreditado, y su secta se desvanecerá en la oscuridad.

Collega frunció el entrecejo.

—¿Demostrar que ese judío no se levantó de entre los muertos? ¿Crees que eso bastará para destruirlos?

Josefo asintió.

—Demuestra que la ridícula afirmación de esa gente no es más que un mito; un mito como el de que Nerón está vivo y reside aquí, en el este, bajo otra identidad.

Ahora fue Collega quien sonrió. Se quedó pensativo un momento mientras se tiraba inconscientemente del lóbulo de una oreja. Luego se volvió hacia Josefo, que había dado tiempo al general para que meditase sus palabras.

—¿Y qué hay de esos supuestos milagros a los que se refería Varro? ¿No sería también necesario demostrar su falsedad?

—¿Milagros? ¿Milagros? ¡Bah! —respondió Josefo con un gesto displicente y un mohín en los labios—. Llevas tiempo suficiente en el este, Collega, para saber que en esta parte del mundo abundan los milagreros y que todos ellos no son más que hábiles magos. Incluso el César Vespasiano llevó a cabo milagros cuando estuvo en Alejandría el año pasado, y lo hizo ante mis propios ojos.

Collega lo miró con sorpresa.

—¿Eso hizo? ¿El César logró tal cosa?

Josefo asintió.

—Yo fui testigo. Curó a un mendigo ciego simplemente escupiéndole en los ojos. A otro, a un tullido, lo curó dándole un pisotón. Sin embargo, ¿acaso va el César por ahí pretendiendo ser un dios?

Varro vio que Collega se quedaba pensativo de nuevo. Lo mismo que el general, él también estaba perplejo ante la revelación de los milagrosos poderes del emperador. Conoció a Vespasiano cuando no era más que un general de rango consular, antes de que se convirtiera en el emperador de Roma. Vespasiano era malhablado y vulgar como cualquier legionario, y también brusco; era la última persona a quien Varro habría atribuido poderes sobrenaturales. Aunque, cuando lo conoció, tampoco imaginó que algún día llegaría a convertirse en emperador.

—Así pues —prosiguió Josefo—, ya ves, Collega, que los milagros de ese tal Jesús carecen de importancia cuando se trata de refutar su divinidad. Debemos concentrarnos en la única afirmación, que obviamente parecerá ridícula a cualquier persona racional, de que Jesús se levantó de entre los muertos. Ahí reside el atractivo que los nazarenos tienen para los débiles de mente. Refuta esa idea y conseguirás destruir esa secta y todo lo que representa. Si lo consigues, podrás garantizar al César que has conseguido acabar con una influencia corruptora en el seno de la comunidad judía y habrás aportado estabilidad a Siria, a Judea y al este del imperio en su conjunto. —Josefo calló y dejó que sus palabras calaran.

Collega, a todas luces incómodo con la proposición del judío, puso mala cara.

—¿Y tú qué tienes contra ese nazareno, Josefo?

—Los nazarenos están reclutando seguidores fuera de la fe judía, abominando así de la ley hebrea —contestó el piadoso judío—. Y lo que es peor para Roma: se están infiltrando en las ciudades y en los pueblos de tus dominios, Collega.

El general se volvió, sonriendo burlescamente.

—¿Cómo es posible que un solo judío pueda causar tantos problemas? —preguntó, pensando en voz alta—. ¿Cómo es posible que los sensatos y prácticos romanos crean las tonterías de esos nazarenos?

—Las fantasías arraigan fácilmente en las mentes débiles —repuso Josefo—. Las corruptoras doctrinas de los nazarenos no deben ser toleradas. Muciano daría su aprobación a que tomaras represalias contra esa gente. —Desde que había conspirado

para sentar a Vespasiano en el trono, Muciano, el antiguo superior de Collega en Siria, se había convertido en la mano derecha del emperador—. Ambos sabemos que Muciano no tiene tiempo para filósofos de ningún tipo —prosiguió Josefo—. Y lo que es más importante, Collega: el César lo aprobaría. Elimina una causa de fricción en el seno de la comunidad judía, pon fin a la insidiosa difusión de las ideas de los nazarenos. Hazlo, Collega, y te aseguro que tu carrera dará un salto meteórico a tu regreso a Roma.

—¿Es ese el deseo de Tito? —preguntó Collega—. ¿Que destruya a los nazarenos?

Desde su punto de vista, Varro comprendía la indecisión del general.

—Estas son tus provincias, Collega —dijo Josefo—. A ti te corresponde decidir qué haces en ellas. De igual modo, lo que decidas hacer para favorecer tu carrera es cosa tuya.

Collega asintió lentamente.

—Pero tu carrera no está de ningún modo garantizada —insistió Josefo, cuyo tono de voz cambió y perdió la nota amistosa haciéndose más distante. Se puso en pie.

Repentinamente preocupado por la posibilidad de que el judío supiera algo que él ignoraba, el gobernador en funciones se volvió para encararse con él.

—¿Qué quieres decir con eso? —exigió saber.

Josefo se encogió de hombros.

—Hay otros de tu mismo rango que también han servido en las guerras judías y han ganado grandes honores. Sin duda, todo este tiempo has cumplido admirablemente con tus deberes en Siria. Tu forma de llevar el asunto del incendio de Antioquía ha recibido el beneplácito de Tito. —Al decir aquello miró a Varro puesto que sabía que la intervención del cuestor había resultado determinante en el desenlace del suceso ocurrido apenas unas semanas atrás—. Sin embargo, a pesar de todo, no habrá nada que iguale la gloria de una campaña militar cuando el César tenga que nombrar los destinos para el año que viene. De hecho, cuando regreses a Roma ya llevarás un año de retraso con respecto a tus colegas. —Hizo una pausa para enfatizar sus palabras—. No obstante, si tu vuelta estuviera precedida de alguna hazaña de mérito como la de desacreditar a los nazarenos...

Collega no contestó.

—Tienes tu futuro en tus manos, general —murmuró Josefo—. Piénsalo.

Y con aquel comentario a modo de despedida, el judío salió del jardín.

Collega miró a su subalterno como si buscara consejo.

—¿Qué piensas de todo esto, Varro?

Este hizo un gesto de impotencia.

—Preocupante, mi señor.

—Sí, preocupante. ¿Es deseo de Tito que desacredite a los nazarenos? —sopesó Collega—. ¿O acaso no es más que una maquinación de Josefo, que quiere hacerme

creer que está obrando en nombre de Tito? —Se pellizó el lóbulo de la oreja—. Preocupante, sin duda.



## LA MISIÓN

*Antioquía, capital de la provincia romana de Siria.*

*Febrero del año 71 d. C.*

Al igual que el hedor de un animal muerto que se pudre en un rincón empapa todo lo que toca, un mes después del suceso, el acre olor del fuego seguía pegándose a las piedras y a las vigas de la ciudad mientras Julio Varro era llevado en una litera cerrada por las calles. El incendio de Antioquía había arrasado una quinta parte de la metrópoli; destruyó el imponente mercado de la plaza, donde se originó, quemó la biblioteca de la ciudad con todos sus archivos y acabó con los antiguos palacios seléucidas, incluido el utilizado por el gobernador de Siria como residencia temporal. Desde entonces, el general Collega ocupaba una casa que había alquilado a uno de los hombres más ricos de Antioquía, un mercader que también era propietario de una flota mercante.

—¡Abrid paso al cuestor! —gritó Pedio, el canoso y adusto lictor de Varro, su sirviente oficial, que precedía a los musculosos portadores de la litera blandiendo el bastón de mando de su jefe—. ¡Abrid paso al cuestor!

Como hacía todos los días al amanecer, aquella mañana, tras la reunión del día anterior con Flavio Josefo, Julio Varro se presentó en la residencia del gobernador en funciones mientras el sol se alzaba por el este sobre Partia. La antesala estaba ocupada por cincuenta o sesenta de los principales ciudadanos de Antioquía, que habían acudido a presentar sus respetos al gobernador. Algunos se hallaban enfrascados en serias conversaciones; otros parecían distantes y preocupados. A pesar de la cantidad de gente que aguardaba, Pitágoras, el secretario, hizo pasar a Varro para que se reuniera con Collega en una pequeña estancia que daba a uno de los numerosos jardines de la mansión. El gobernador no se encontraba solo. Collega estaba echado en uno de los tres divanes comiendo uvas. Frente a él, sentado, se hallaba un hombre que Varro reconoció de inmediato: moreno y de pelo rizado, Antíoco, magistrado jefe judío de la ciudad, era estrecho de hombros y de estatura media. A pesar de su abultada panza y la doble papada, Antíoco había sido un hombre apuesto en su juventud; pero en esos momentos, la falta de contención y de ejercicio estaban cambiando su físico a fuerza de añadir kilos. La frente le brillaba porque estaba afectado de una dolencia nerviosa que lo hacía sudar levemente siempre, y profusamente cuando estaba nervioso. Antíoco sonrió débilmente a Varro cuando este le dio los buenos días a él y a su jefe.

—¡Varro, mi querido amigo! —contestó alegremente Collega, señalándole el tercer diván para que tomara asiento y antes de escupir una pepita de uva en el

cuenco dispuesto en la mesa ante él—. He invitado a Antíoco aquí presente para que me cuente algo más acerca de esos nazarenos.

—¿Sobre los nazarenos, mi señor? —preguntó Varro mientras se acomodaba—. ¿Con qué propósito?

—Por mucho que me disguste reconocerlo, Flavio Josefo tenía razón —dijo Collega—. En consecuencia, he decidido proceder con el asunto que discutimos anoche, Varro. La misión a Judea.

—¿Ah, sí? —Varro estaba sorprendido. Cuando dejó al gobernador, la noche anterior, dio por hecho que las dudas de Collega significaban que iba a hacer caso omiso de los consejos de Josefo—. ¿Puedo preguntar por qué, mi señor?

—Por conveniencia, Varro —dijo Collega haciendo un guiño a su subordinado—. Anoche, tras tu marcha, discutí el asunto con el siempre sabio Pitágoras. En su opinión, no puede haber mal alguno en emprender esa misión; en cambio, puede producir considerables beneficios. Podría suponer un triunfo para las carreras de ambos.

Varro frunció el entrecejo.

—¿Para las carreras de ambos, general?

—Sí. Tú dirigirás la investigación sobre la muerte de ese nazareno hacedor de milagros.

—¿Yo, mi señor? —protestó Varro. No se le ocurría nada peor que pasar unos meses en Judea. Allí, la revuelta judía todavía tenía que ser subyugada por completo, y los ejércitos romanos seguían enfrentándose a los restos de resistencia. Lo único que Varro deseaba era concluir su labor en Siria lo antes y lo más pacíficamente posible y, después, regresar a casa.

Collega notó el tono de desánimo en la voz del cuestor y lo miró, ceñudo.

—Tú eres mi magistrado investigador; así pues, encabezarás las averiguaciones, la investigación de las circunstancias que rodearon la muerte del nazareno.

—Pero, mi señor...

—¡Vamos, Varro, vamos! —Collega se incorporó y miró al cuestor a los ojos. Su tono amistoso se había desvanecido—. A diferencia de ti, no tengo un padrino tan poderoso como Licinio Muciano. Podría ordenarte que fueras a Judea, y tú no tendrías más remedio que ir. Sin embargo, aunque solo sea por hacerme un favor, te pido que vayas voluntariamente a Judea y dirijas esta investigación tan juiciosamente como tu talento te permita. Te mostraré mi gratitud en el futuro. Puedes estar seguro de ello.

En el sistema social de Roma, todo hombre servía bajo el patrocinio de algún patrón poderoso. El padrino de Varro era Cneo Licinio Muciano. Había llegado a Siria con él hacía cuatro años para ser su cuestor, pero Muciano lo dejó atrás sirviendo a Collega para marchar sobre Roma y coronar a Vespasiano.

—Sí, general —suspiró Varro mientras maldecía su suerte en silencio.

Collega desechó perezosamente el resto de uva y lo arrojó a la mesa. El racimo no

la alcanzó y cayó al suelo de losas. El gobernador extendió las manos. En el acto aparecieron dos sirvientes. Uno puso un cuenco ante su amo mientras el otro rociaba con agua perfumada las manos del general.

—He hablado de las carreras de ambos, Varro —prosiguió Collega—. Triunfar en esta misión te abriría las puertas para entrar en el senado a tu vuelta. Puede incluso que el emperador te nombre pretor.

Varro, que no tenía ambición alguna de convertirse en pretor, la máxima categoría entre los magistrados, no dijo nada.

El gobernador se lavó los dedos y se los secó con una toalla que le proporcionó el esclavo del cuenco. Una vez completada la tarea, ambos esclavos se esfumaron después de que uno de ellos recogiera del suelo los restos de uva desechados.

—¿No estás de acuerdo? —insistió el general.

—Supongo que sí, mi señor. —La única ambición de Varro era escribir, pero su madre albergaba grandes esperanzas para él y tenía los ojos puestos en el cargo de cónsul que su difunto marido no había logrado alcanzar.

Collega cogió de la bandeja que tenía delante un huevo hervido de faisán al que habían quitado la cáscara y lo estudió unos instantes, haciéndolo girar entre los dedos.

—Alguien con tus habilidades y contactos debería poder llegar lejos —dijo antes de tragarse el huevo entero.

—Sí, mi señor —repuso Varro sin entusiasmo alguno.

Collega se volvió hacia el sudoroso magistrado que había sido durante todo ese tiempo mudo testigo de la conversación.

—Antíoco, háblale de la carta de Lucio.

—¡Como es lógico, no tengo tiempo que perder con esos nazarenos! —espetó Antíoco igual que una presa cuyas puertas alguien hubiera abierto—. ¡Por mí, los quemaría a todos!

—¡La carta, hombre! —gruñó el gobernador.

—Desde luego, excelencia —contestó Antíoco—. Discúlpame —añadió y se volvió hacia Varro—. Tal como estaba contando a su excelencia, cuestor, el año pasado, cuando rodeamos a los líderes de la comunidad judía de Antioquía y los freímos en el estadio por complicidad con los rebeldes de Galilea y Judea, cayeron en nuestras redes algunos nazarenos. —Hablaban con urgencia, sin intentar disimular el placer que le producía perseguir a sus compatriotas judíos—. En casa de un tal Teófilo, uno de los nazarenos de más edad, descubrí una carta escrita por un tal Lucio el Médico, un nativo de Antioquía. En ella se narraba la vida y muerte de ese que llaman Jesús de Nazaret.

—Imagino que esa carta será una inapreciable fuente de información —dijo Collega—. Confío en que se la entregarás a Varro.

—Con gusto, mi señor —se apresuró a responder Antíoco—. ¿Puedo atreverme también a presentarme voluntario para acompañar al cuestor en la expedición y servirle de intérprete?

—¿De intérprete? —preguntó Collega frunciendo los labios.

—Domino el arameo, el hebreo y la ley judía —añadió el magistrado—. Estoy seguro de que habrá testigos que interrogar y documentos que examinar.

—Bueno, lo pensaré —dijo Collega señalando la puerta con un gesto de la cabeza—. Por el momento eso será todo, Antíoco.

El magistrado judío se puso en pie.

—Gracias, mi señor gobernador —dijo. Inclinandose por la cintura, se retiró caminando hacia atrás y salió de la estancia.

—¡Criatura despreciable! —masculló Collega en voz baja mientras chasqueaba los dedos—. Retirad los cojines —ordenó a los esclavos, señalando el diván vacío—, retirad aquellos donde se ha sentado y ha babeado el judío ¡y quemadlos!

Mientras los esclavos se apresuraban a obedecer, el general miró a Varro. Su expresión de disgusto enseguida dio paso a una leve sonrisa.

—Bueno, cuestor, está decidido. Tú dirigirás la investigación. Y cuanto antes, mejor. Ambos sabemos lo mucho que tu padrino Muciano detesta cualquier tipo de doctrina. Tanto los estoicos como los cínicos son objeto de su más ardiente desprecio.

Varro asintió.

—Bien lo sé, mi señor. Siempre encuentra nuevas maneras de insultar a los filósofos. Dice que en nombre de la filosofía imparten doctrinas que resultan inapropiadas para los tiempos que corren.

—¿Puedes imaginar qué pensaría de la filosofía del nazareno? Varro, no creo que podamos albergar duda alguna de que Muciano agradecería un informe que destruyera la corruptora influencia de esa doctrina nazarena. —Collega se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Pero puedes estar seguro de una cosa, cuestor: para que cumpla su objetivo, el informe que escribas debe echar por tierra el mito nazareno. Tienes que regresar con pruebas de que ese Jesús de Nazaret no se levantó de entre los muertos.



El ayudante principal de Varro, el liberto Callido, un antiguo esclavo, esperaba a su señor junto a los portadores de la litera.

—¿Partimos hacia Judea, mi señor? —preguntó cuando vio que Varro bajaba la escalinata de casa del gobernador con expresión de fastidio. Era un hombre de unos cincuenta años, oriundo de Hispania y de tez rubicunda.

—¿Y tú cómo lo sabes? —se maravilló Varro. Al fin y al cabo, no había hecho más que ir a ver al gobernador.

Callido sonrió maliciosamente.

—Un liberto tiene sus fuentes, mi señor. ¿Puedo pedirte...?

Callido había servido a los Varro —padre e hijo— la mayor parte de su vida, y a

su tosca manera era eficiente, lo mismo que lo era cuidando de sus informadores.

—¿Qué? —preguntó Varro, abatido, mientras subía a la cómoda litera.

—Permíteme que eche el guante a algunos de esos nazarenos y vea qué información puedo sonsacarles sobre ese tal Jesús.

El cuestor tenía un amplio abanico de responsabilidades que iban desde la recaudación de impuestos, pasando por el reclutamiento militar hasta la investigación de los delitos cometidos en la provincia; y en su condición de ayudante principal, Callido mandaba un pelotón de libertos que desempeñaban el papel de policía metropolitana y de recaudadores de impuestos en Antioquía apoyándose en las armas de la guardia de la ciudad. En ese papel, Callido podía ejercer sus considerables poderes coercitivos y satisfacer sus sádicas inclinaciones para extraer información de los prisioneros.

Varro hizo un gesto de indiferencia.

—Sí, sí, pregunta a quien quieras. —Entonces un pensamiento cruzó por la mente del cuestor—. Pero sé amable con ellos de todos modos, Callido.

El liberto frunció el entrecejo.

—¿Amable con ellos, mi señor?



Esa noche, de vuelta en sus aposentos, Varro pidió a su secretario, Artímedes, que le leyera la carta de Lucio. El general Collega tenía razón. Resultó ser un documento fascinante, y no solo porque pareciera indicar que el tal Jesús de Nazaret se había ofrecido voluntariamente a ser ejecutado, igual que un cordero va al matadero. Más tarde, solo en su cuarto y con las lámparas de aceite dispuestas alrededor de la cama, Varro se dispuso a releer la carta en privado. Empezaba así:

*Aunque han sido muchos ya los que han emprendido la tarea de poner por escrito una declaración ordenada de las cosas que son razón de creencia entre nosotros, y a pesar de que aquellos que en un principio nos las transmitieron fueron testigos oculares de los hechos y ministros de la palabra, me ha parecido conveniente, habiendo tenido yo perfecto entendimiento de esas cosas desde el principio, escribirlo para ti, mi excelente Teófilo, para que no te quepa duda de las cosas que te han sido enseñadas.*

*Hubo en los tiempos de Herodes, rey de Judea, cierto sacerdote llamado Zacarías...*

## EL TRIBUNO Y EL PREFECTO

*Antioquía, capital de la provincia romana de Siria.*

*Febrero del año 71 d. C.*

Con la capa blanca bordada en púrpura flotando tras él igual que una bandera, al viento y con el sol reflejándose en su armadura, el tribuno militar Marco Metelio Marcio caminaba a paso vivo. Cruzó con largas y musculosas zancadas el ovalado patio ecuestre del complejo de barracones de los gladiadores, mientras tendía la mano y en su rostro se dibujaba una sonrisa.

—¡Julio Varro! ¡Así que tú y yo vamos a ser compañeros de aventuras en el sur! ¡Bien! —exclamó estrechando vigorosamente la mano derecha del cuestor.

Su voz sonaba profunda y su habla, mesurada. Marcio era el segundo al mando de la IV Legión Escita, la unidad de Collega. La cuarta estaba estacionada en Zeugma, al este de Antioquía, a orillas del río Éufrates, frente al Imperio parto, el viejo enemigo de Roma. Collega había destinado al tribuno como subordinado de Varro y comandante del contingente militar de la expedición.

El cuestor había estado observando durante varios minutos cómo Marcio hacía ejercicios a caballo en la pequeña arena, y lo había visto lanzar jabalinas contra unos escudos de madera no mayores que una mano mientras cabalgaba una montura que no dejaba de moverse. Marcio no había fallado un solo blanco.

En ese momento, mientras el sirviente del tribuno se llevaba el caballo, Varro le devolvió el apretón de manos con entusiasmo.

—Una aventura en el sur —dijo—. Sí, Marco, eso parece. Me alegrará tener a mi lado tu fuerte brazo y tu espada.

El tribuno, de veintinueve años y anchas espaldas, era un poco más alto que Varro, tenía un rostro robusto y ovalado y abundante cabello castaño. Sus ojos eran de un penetrante azul.

—Con gusto haré de Hércules para tu Apolo. ¿Qué posibilidades crees que tendremos de entrar en acción?

—Según los informes más recientes, todavía quedan bolsas de resistencia judía en el sur de Judea. De todas maneras, pensaba que ya habías tenido acción más que suficiente por el momento.

Marcio y Varro eran amigos desde que ambos sirvieron como prefectos en unidades auxiliares en la frontera del Rin, diez años atrás. Varro sabía que Marcio había combatido al lado de Tito en las turbulentas batallas de Galilea, al comienzo de la ofensiva de Vespasiano encaminada a poner fin a la sangrienta revuelta judía, y que había acabado la campaña recibiendo las alabanzas de Tito, una punta de flecha judía

incrustada en el muslo y el ascenso al rango de tribuno de la IV Legión Escita en Siria.

—Nunca hay acción suficiente para Marco Marcio —replico el tribuno con una juvenil sonrisa—. ¿Te diriges a los baños? Te acompañaré.

Ambos caminaron fuera de la arena codo con codo y se metieron por el laberinto de callejones que formaba el complejo de los barracones de los gladiadores en Antioquía. Callido, el liberto de Varro, los siguió. De algún lugar cercano les llegaron el sonido de los gladiadores, que hacían sus ejercicios, y el de los entrenadores, que vociferaban órdenes salpicadas de insultos e improperios.

—Bueno, Julio —dijo Marcio mientras andaban—, parece que has instalado tus aposentos en los barracones de los gladiadores, ¿no?

—Desde el incendio no es fácil encontrar un lugar donde acomodarse.

—Sí, el incendio. Nos enteramos de él en Zeugma, desde luego, pero cuando llegué esta mañana a la ciudad y vi que el centro de Antioquía había quedado arrasado me llevé una sorpresa. Tengo entendido que conseguiste aprehender a los culpables.

Varro asintió.

—Sí, un par de avaros mercaderes: Prisco y Planeo. Había gente dispuesta a culpar del crimen a la mitad de los judíos de Antioquía, pero las pruebas nos llevaron hasta esos mercaderes.

—Lo que se rumorea es que fue un hábil cuestor y no las pruebas lo que marcó la diferencia —comentó el tribuno con un guiño de ojo.

—Simplemente me pregunté quién se beneficiaba del incendio —repuso Varro con un gesto de humildad—, y a partir de ahí realicé mis pesquisas.

Marcio sonreía.

—Vaya, un cuestor modesto, según parece. ¿Qué te llevó hasta esos dos hombres?

—Empecé a sospechar de Prisco cuando me enteré de que no había dejado de festejar tras el incendio. Ahí tenía un mercader que se suponía que había perdido la mayoría de sus existencias entre las llamas y que, sin embargo, se entregaba a todo tipo de diversiones. Mandé a mis libertos que recorrieran la ciudad e hicieran preguntas sobre ese individuo y no tardaron en enterarse de que Prisco y su amigo Planeo habían retirado toda su mercancía del mercado de la plaza y la habían dejado en unos almacenes junto al río apenas unos días antes del incendio. Al final, sus esclavos los delataron, y ellos lo confesaron todo.

—¿Y qué esperaban ganar con el incendio?

—Descubrimos que Prisco y Planeo estaban fuertemente endeudados. Así que urdieron un plan para librarse de sus acreedores: hicieron que sus esclavos iniciaran el fuego en la parte del mercado que está adosada a los archivos de la ciudad e incluso dejaron un reguero de brea hasta el mismísimo edificio de los archivos.

—¿Y por qué los archivos?

—En el edificio estaban los documentos que acreditaban las deudas acumuladas

por ambos mercaderes. Una vez destruidos por el fuego, Prisco y Planeo quedarían libres de toda deuda.

—¡Claro! —exclamó Marcio echando la cabeza hacia atrás y soltando una risotada.

—Si Prisco no se hubiera dedicado a celebrarlo a lo grande ante mis narices —dijo Varro sobriamente—, seguramente ambos habrían evitado las sospechas y conservado sus cabezas.

—Ni siquiera Mercurio protege a los mercaderes felones. Y, ahora, nos vamos a Galilea para investigar un tipo distinto de criminal. ¿Qué sabemos de ese nazareno? ¿Quién era? ¿Un noble? ¿Un esclavo? ¿Un sacerdote? ¿Cuál fue su delito?

—Era una especie de sacerdote ambulante —contestó Varro—, el líder de una oscura secta judía que fue crucificado por sedición. Tenemos una carta escrita por uno de sus seguidores, un médico llamado Lucio, donde nos cuenta algunas cosas del arresto, juicio y ejecución del nazareno. Además, Callido, mi liberto, ha interrogado a algunos de los seguidores del nazareno que hay en la ciudad. Según me dice, son unos tipos muy pagados de sí mismos que no intentan ocultar en absoluto su vinculación con ese grupo. —El cuestor se volvió y miró por encima del hombro—. ¿No es así, Callido?

—Sí, mi señor —repuso el liberto—. Muy pagados de sí mismos, como si estuvieran en posesión de algún secreto especial. Los demás judíos los desprecian porque incorporan en sus filas a personas que no lo son. Incluso aseguran que uno de los seguidores del nazareno, un tipo llamado Cefas, convirtió a un centurión romano retirado en miembro de la secta.

—Me parece difícil de creer —comentó Marcio, escéptico—. ¿Un centurión?

—Dicen que su nombre era Cornelio, mi señor —añadió Callido—, que había pertenecido a la I Legión del Rin y que había decidido instalarse en Cesarea para su jubilación. También aseguran que después estuvo en Asia intentando ganar adeptos al nazareno. Fue con un tal Pablo de Tarso, un judío que fue el primero que introdujo la filosofía del nazareno en Antioquía.

—¡Un centurión romano tiene más sentido común que eso! —bufó Marcio despectivamente.

—Callido, cuenta al tribuno de qué te enteraste por los seguidores del nazareno acerca del objeto de la investigación —ordenó Varro.

—Sí, mi señor. Ese tal Jesús, cuyo nombre en arameo era Yehoshua o Josué, como diríamos en latín, no estaba casado y tenía varios hermanos y hermanas. Su hermano Jacob se hizo cargo del liderazgo de la secta en Jerusalén tras la ejecución del nazareno, pero fue lapidado hasta morir por las autoridades judías durante el mandato como procurador de Luceio Albino.

Marcio asentía mientras Callido seguía con su perorata, pero no captaba los detalles. El hombre de los detalles era Varro. Marcio era un soldado, un soldado profesional, y todo lo que le interesaba eran los asuntos de los soldados.



—El nazareno tenía treinta y cinco años cuando fue crucificado.

—¿Y en qué época fue eso, Julio? —preguntó Marcio, interrumpiendo al liberto.

—Al final del reinado del César Tiberio —respondió Varro.

—Así pues, debemos investigar una pista que tiene casi cuarenta años —comentó Marcio arqueando las cejas.

Varro asintió.

—Los testigos de los sucesos en cuestión estarán probablemente muertos o serán muy viejos, eso suponiendo que no hayan fallecido durante la revuelta judía. —Suspiró con abatimiento—. Esta no va a ser una tarea fácil, Marco. El nudo del asunto reside en la afirmación de los seguidores del nazareno de que este resucitó dos días después de su ejecución, antes de desaparecer para siempre. Es esa aseveración la que debo refutar para satisfacción de Collega.

—¿Qué? ¿Que resucitó? —Marcio soltó una carcajada—. Yo diría que no es difícil de refutar, amigo mío, dado que es algo que resulta físicamente imposible.

—Pruebas, Marco —contestó Varro, pesaroso—. Hacen falta pruebas para destruir el mito que ha acabado rodeando a ese hombre, pruebas irrefutables.

—De acuerdo. ¿Los seguidores del nazareno afirman que sigue con vida? ¿No podríamos arrestarlo e interrogarlo, extraerle una confesión mediante tortura?

Varro meneó la cabeza.

—El cuerpo desapareció poco después de la ejecución. Desde entonces no se ha vuelto a ver.

—¡Qué oportuno! ¿Quieres decir que debemos buscar ladrones de tumbas?

—Sospecho que las pruebas que demanda el general Collega ya no están disponibles. No solicité esta misión, y ahora me temo que no podré regresar con las pruebas que mi superior exige. Como dicen en Hispania, tengo la impresión de que voy a ir a por lana y volveré trasquilado.

El tribuno rio nuevamente de buena gana. Luego miro a su amigo.

—¿Dices que necesitas pruebas? —Le hizo un guiño—. ¡Pues invéntalas, Julio! ¡Invéntalas!

Varro se echó a reír.

—Yo podría haber sonsacado pruebas a los nazarenos que interrogué —terció Callido—, si me hubieses permitido soltarles la lengua a mi manera.

—Eso habría sido un ejercicio escasamente productivo, Callido —replicó Varro, irritado por la franqueza del liberto—. Esa gente, que te dijo que nunca llegaron a ver al nazareno cuando estaba con vida, avisarán a sus correligionarios del sur y les dirán que hay un cuestor romano que anda haciendo preguntas sobre el nazareno. Si tú fueras uno de ellos y te enteraras de que hay un cuestor que tortura a los nazarenos, ¿acaso no te esconderías?

—Bueno, sí. Supongo que sí, mi señor —convino Callido a regañadientes.

—Esa es la razón por la que tu señor es cuestor y tú eres su liberto, mi tontorrón amigo —lo reprendió Marcio—. La manumisión te ha liberado de las cadenas de la

esclavitud, pero no de las ataduras de la estupidez.

Callido no contestó. No sentía ninguna simpatía hacia la nueva mano derecha del cuestor.

Cuando los tres llegaron a la entrada del barracón de los baños, un alto y desgarrado oficial ataviado con una túnica blanca y con una larga espada de caballería al cinto se les acercó con decisión. Al aproximarse, se quitó el casco y se lo puso bajo el brazo revelando un rostro de rasgos delicados y dorados bucles.

—He aquí una cara nueva —comentó Marcio.

—Creo que se trata de mi nuevo comandante de caballería —repuso Varro, que añadió—: Saludos, amigo.

El rubio le tendió la mano sonriendo.

—Soy Quinto Cornelio Crispo, prefecto de caballería —anunció animosamente.

—Y yo, Julio Terencio Varro —repuso el cuestor devolviéndole el saludo—. Bienvenido, Crispo. ¿Has traído mi contingente de caballería?

El prefecto de veinticinco años asintió.

—En efecto, con el decurión Pompeyo y treinta jinetes de la Caballería Vetona. Me presento para el cumplimiento de la misión del cuestor en Judea y Galilea, tal como me ha ordenado el general Collega.

—Muy bien. Este es el tribuno Marco Metelio Marcio. Tu superior inmediato.

—Tribuno... —Sin dejar de sonreír, Crispo le tendió la mano a Marcio.

Ceñudo, este se la estrechó brevemente.

—¿Eres nuevo en Siria, prefecto?

—Desembarqué en Ladicea, proveniente de Roma, hace dos semanas.

—Un novato —gruño Marcio con malevolencia—. ¿Dónde estabas antes, Crispo? ¿Con qué unidad?

El prefecto tragó saliva.

—Con el ala segunda de la Caballería Egipcia, en Macedonia, mi señor.

—¡Egipcios! ¿Macedonia, dices? No es precisamente el centro de la acción, ¿no es así, prefecto?

—Esto... No, no lo es tribuno —reconoció Crispo. Mientras palidecía y su entusiasmo se esfumaba, y al ver que Callido sonreía burlonamente, se volvió hacia Varro en busca de apoyo—. Señor, yo...

—Saldremos pasado mañana al amanecer. Ten a tus hombres listos, Crispo.

—Sí, mi señor. Gracias. Mis hombres ya están listos, mi señor —se apresuró a anunciar para complacer al cuestor.

—Con tal de que lo estén pasado mañana, bastará —replicó Varro.

—¿Egipcios? ¿Macedonia? —masculló Marcio para sí mientras subía los peldaños que llevaban a la puerta de la casa de baños.

Crispo siguió a Varro mientras este ascendía por la escalera con Callido tras él.

—Mi señor —preguntó—, ¿crees que un miembro de la expedición podrá tener alguna oportunidad de escribir poesía durante la misión?

—¡Poesía! —bramó Marcio dándose la vuelta para encararse con los que lo seguían—. ¿Has dicho poesía, prefecto?

—Esto... Sí, tribuno. —Un atemorizado Crispo se volvió hacia Varro—. Señor, he publicado cierto número de poemas. Mi amigo, el famoso poeta Estacio dice que mi trabajo promete. Había pensado que con el asunto de la revuelta judía prácticamente resuelto quizá habría algún momento de descanso en la misión que podría aprovechar para tomar papiro y cálamo. Había confiado en poder hacerlo durante el viaje desde Roma, pero no soy buen marinero, y componer poesía en un barco mercante que se bamboleaba como un corcho no era tarea fácil.

—Lo imagino —contestó Varro con una leve sonrisa.

—¡Poesía! —volvió a tronar Marcio—. ¡Si nos tropezamos con dificultades en el sur, Crispo, podrás usar tu espada de caballería para decapitar algunos rebeldes con las debidas florituras! ¿Te parece bien eso?

Crispo sonrió débilmente.

—Sí, tribuno.

Marcio se dio la vuelta y cruzó la puerta de la casa de baños.

—¡Poesía! ¡Bah! —escupió.

Crispo miró a Varro con expresión suplicante.

—En el tribuno encontrarás un duro crítico, pero también un amigo firme —le aseguró el cuestor—. Podemos considerarnos afortunados de que venga con nosotros.

—Sí, mi señor —contestó Crispo con escasa convicción.

Varro acabó de subir los escalones. En el fondo simpatizaba con el joven prefecto; no todo iban a ser héroes deslumbrantes como Marcio. En su opinión, Roma necesitaba tanto a sus soldados como a sus poetas. Fuera como fuese, saber que tenía con él a su amigo Marcio y su fuerte brazo hacía que se sintiera más tranquilo para enfrentarse a los peligros de aquella difícil misión.

Esa misma mañana, Collega le había hecho saber que había aceptado la oferta de Antíoco y que pensaba asignar al magistrado a la expedición de Varro como intérprete. Collega también iba a mandarle a su secretario, Pitágoras, supuestamente para ayudar a Varro a redactar el informe sobre la muerte del nazareno, a pesar de que Varro tenía su propio y muy capaz secretario, Artímedes. Pero el cuestor era consciente de que la verdadera tarea de Pitágoras sería no quitarle ojo de encima e informar en secreto a Collega en Antioquía.

## UNA MISIÓN IMPOSIBLE

*Antioquía, capital de la provincia romana de Siria.*

*Marzo del año 71 d. C.*

«Ven enseguida», decía el mensaje que ordenaba a Varro presentarse en la mansión del gobernador la víspera de la partida de la expedición. El cuestor encontró a su superior jugando a los dados con seis libertos y un joven que a Varro le pareció vagamente familiar. Collega nunca estaba tan contento como cuando se dedicaba a comer o ganaba a los dados.

—¡Ah, cuestor! —exclamó el sonriente Collega dándose la vuelta en el taburete donde estaba sentado a la mesa de juego, con el *fritillus*, el cubilete, en la mano—. Solo una tirada más —dijo agitándolo. Con un quiebro de la muñeca lanzó los dados en el tablero de madera. Todos los ojos contemplaron cómo los cubitos de marfil rodaban y daban tumbos hasta detenerse. Inclinandose para leer el resultado, Collega rugió de satisfacción mientras sus compañeros alzaban las manos al cielo y gemían de desesperación—. ¡Yo gano! ¡Par *duplex*, dobles! ¡Ya podéis ir pagando!

Mientras los demás jugadores hurgaban en sus bolsas, Collega se puso en pie. Una mueca de dolor se dibujó en su rostro; se llevó la mano a la zona lumbar.

—Es el viejo problema de la espalda —explicó a Varro—. No es nada.

Luego, pasándole el brazo por el hombro, le hizo cruzar la habitación hasta el umbral de un pequeño balcón que miraba a un hundido jardín exquisitamente decorado con setos recortados en forma de animales. Abajo, el agua caía en cascada en un estanque circular. Aromas de fragantes perfumes ascendían del verdor.

—Mañana sales para la misión del nazareno, ¿no es así, Varro? —preguntó el general.

Se trataba de una pregunta retórica; Collega conocía hasta el mínimo detalle de la operación.

—Al amanecer, mi señor —contestó el cuestor.

—Bien, bien. He dispuesto que un médico se una a vuestro contingente. Puede que lo necesites allí donde vas.

—Gracias, mi señor. Y ese médico será...

—Diocles, el corintio, un hombre de gran experiencia y habilidad.

—¡Ah, Diocles! —repuso Varro.

Según parecía, Collega había olvidado que se trataba del mismo Diocles al que había calificado de «borracho incurable», del mismo médico cuya capacidad de diagnóstico había puesto en duda. Sin embargo, Varro no podía hacer lo mismo y solo le cabía aceptar educadamente el nombramiento del doctor a pesar de que sospechaba

que lo único que pretendía Collega con ello era deshacerse de Diocles.

—Y también tengo a otro oficial militar para ti. —Collega llamó con un gesto al joven que se había mantenido como simple espectador de la partida de dados.

El muchacho se levantó lentamente y se les acercó. Vestía una lujosa túnica de múltiples colores y en su mano izquierda lucía un anillo con el sello de la Orden Ecuestre. Era un apuesto joven de unos dieciocho años, de mejillas sonrosadas, piel suave y con el cabello cortado en un severo flequillo.

—Cuestor, te presento a Cayo Licinio Venerio —anunció el general—. Es el vástago de una noble y distinguida familia.

—Soy descendiente de Licinio Lúculo —declaró pomposamente el joven al unírseles.

—¿De verdad? —preguntó Varro tratando de parecer impresionado. Sabía quién era el ancestro del muchacho. En los tiempos del joven César, Lúculo había sido uno de los más destacados generales de Roma y también uno de sus manirroto más notorios.

—Mi padre ha sido dos veces cónsul y mi tío es Cayo Licinio Muciano.

—¿Eres el sobrino de mi padrino? —dijo Varro con sorpresa—. Ya me parecía a mí que tu cara me sonaba, Venerio. Seguro que te he visto con Licinio Muciano en Roma.

—¿Y tú eres uno de los protegidos de mi tío? —preguntó Venerio con altivez—. No recuerdo haberte visto antes. En cualquier caso, no he oído nunca que te mencionara.

—Puede ser —repuso Varro, decidido a mostrarse educado a pesar de que aquel altivo joven le hubiera caído mal desde el primer instante.

—Venerio ha estado sirviendo en su destino de seis meses como tribuno de segundo rango con la IV Legión Escita, en Zeugma —comentó Collega—. De todas formas, Licinio Muciano ha escrito para decir que desea que su sobrino adquiriera la mayor experiencia posible mientras esté en Siria.

—Un propósito admirable, mi señor —dijo Varro temiendo lo que iba a producirse a continuación.

—¿Verdad que sí? —repuso Collega—. Por lo tanto, voy a sumar a Venerio a tu expedición.

Varro tragó saliva.

—Ya entiendo, general. —Miró a Venerio y maldijo para sus adentros.

—Puede que otro oficial te sea útil —añadió el general.

—Sí, gracias. —Varro intentó ofrecer una diplomática sonrisa al joven—. Será una experiencia interesante, Venerio. Para todos.

—Encontrarás que el cuestor tiene muchas cosas que enseñarte, joven Cayo —comentó Collega.

Venerio miró a Varro de arriba abajo con expresión de desdén.

—Quizá te gustaría unirme a mí para cenar en los barracones de los gladiadores —

le propuso el cuestor—. Esta noche todos mis oficiales y mis principales libertos cenan conmigo a modo de prelude de nuestra partida de mañana.

—No, gracias —replicó secamente Venerio—. Tengo otros compromisos.

Varro se encogió de hombros.

—Como prefieras. —Decidido a no decir nada que pudiera lamentar, se volvió hacia Collega—. Si eso es todo, mi general, con tu permiso...

—Sí, Varro, seguro que tienes un montón de cosas que hacer antes de tu partida. —Collega lo acompañó hasta la puerta. En la mesa de la entrada había un cilindro de cuero. Cuando se acercaron, Collega lo cogió y se lo entregó a Varro—. He aquí tu Autoridad, cuestor —le dijo—. Utilízala sabiamente. No nos volveremos a ver antes de tu partida. Que los dioses te acompañen. —Clavó intencionadamente su mirada en los ojos de Varro y añadió—: Escucha, Varro, asegúrate de traer las pruebas que necesito. Como bien sabes, en lo que a Roma concierne, todo depende del éxito de esta misión. —Sus ojos transmitieron el verdadero significado de aquellas palabras. Ante todo, Collega pensaba en el futuro de su carrera en Roma.

Varro le devolvió el apretón de manos.

—Sí, general. Por Roma. Gracias. Haré todo lo que esté en mis manos para no decepcionarte.

—No lo olvides, te quiero aquí de vuelta con el informe antes de que el último barco de la temporada de navegación parta para Italia. Te deseo buenas noches y todo el éxito del mundo, cuestor.

—Gracias, general. Buenas noches.

Mientras salía caminando de la estancia con su Autoridad en la mano, Varro maldijo su suerte. Collega no estaba favoreciendo el buen fin de la expedición al hacerlo cargar con un borracho y un niño que se sumaban a Pitágoras, el espía, y al retorcido Antíoco, el judío. Sabiendo que, aparte de Marco Marcio, habría pocas personas en las que podría confiar entre los que lo acompañaban, Varro decidió que a partir de ese momento se mantendría en guardia en lo que consideraba sin duda una misión prácticamente imposible.

## LA HUMILLACIÓN DEL PREFECTO

*Carretera de Beirut, provincia romana de Siria.*

*Marzo del año 71 d. C.*

Con su característica eficiencia, Varro inició la misión como pretendía. La columna del cuestor salió puntualmente de Antioquía, bajo la claridad de un dorado amanecer. Mientras el cuerpo principal se encaminaba a paso vivo por la carretera militar, una patrulla avanzada a caballo, formada por diez jinetes vetones dirigidos por Cayo Pompeyo, su decurión, y acompañados por un centurión y varios civiles, se adelantó a medio galope por la carretera que se abría ante ellos.

Callido iba en la avanzada junto con otro liberto, Paris, el cocinero del cuestor. La patrulla tenía por misión despejar la carretera de cualquier obstrucción y preceder a la columna principal hasta el lugar escogido para acampar durante la noche. Allí, Callido haría los arreglos logísticos necesarios para la expedición en su conjunto, mientras que Paris se ocuparía de encontrar comida para la mesa personal del cuestor.

En el rostro de Callido se dibujó una sonrisa mientras cabalgaba. Sus pensamientos se centraban en Antioquía, la noche anterior, en la pequeña habitación abuhardillada de una casa de la calle de los Olivos, y en Priscila, el amor de su vida. Priscila era una de las esclavas de la casa de Pagano, un liberto originario del norte de Galia que se había convertido en mercader y prestamista. Mientras Callido se dedicaba a jugar en la cama de Priscila, su señor, Julio Varro, se hallaba en el piso de abajo, en el dormitorio de Octavia, la hija mayor de Pagano. A Callido no le gustaba Octavia; puede que fuera una belleza, pero era arrogante y egoísta. Sin embargo, puesto que era la compañera de aventuras de cama del cuestor desde hacía más de un año, Callido estaba seguro de que su señor se llevaría a Octavia con ellos cuando regresaran a Roma, y que allí la mantendría como querida aunque acabara casándose con alguna dama de la nobleza. Y si Octavia iba a Roma, lo mismo haría su sirvienta predilecta, Priscila. Así, él y Priscila podrían seguir juntos. En lo que a Callido concernía, resultaba un arreglo de lo más conveniente.

Callido sonrió también al recordar las palabras que la madre de Priscila, la desdentada y casi ciega Aquila, que compartía la pequeña habitación con su hija, había dicho la noche anterior. Pagano la mantenía en la casa porque apreciaba sus dotes de vidente. El mercader presumía ante sus amistades de que la anciana no tenía más que coger las manos de una persona para captar mensajes con predicciones a menudo sorprendentes sobre su futuro, y después les cobraba por las «lecturas» de la vieja. La otra noche, Aquila le tomó las manos y, con los ojos desorbitados y sudorosa, le predijo que no tardaría en salir de viaje y que durante ese viaje correría

peligros. El peligro no vendría de fuera, le dijo con su voz cascada, sino de dentro.

A lomos de su caballo, Callido rio al recordar las palabras de Aquila, rio tan alto que Paris, el cocinero, lo miró con expresión interrogante. Callido era tan supersticioso como cualquiera, pero los supuestos talentos adivinatorios de Aquila nunca lo habían convencido. Por Priscila fingía sentirse impresionado por la vieja mujer, pero sus predicciones nunca le habían sorprendido. Y lo mismo le había ocurrido con las de la pasada noche. ¿Peligro en un viaje? Él siempre estaba viajando a un lugar o a otro. ¿Y cuándo no corría peligro en su trabajo? Con semejante capacidad adivinatoria, también él se sentía capaz de ganarse la vida leyendo el futuro.

Mientras Callido y la patrulla de avanzada cabalgaban, la expedición propiamente dicha iba encabezada por otro grupo de diez jinetes vetones que cabalgaban en fila de dos y al paso a lomos de caballos españoles. Cada hombre iba equipado con una *spatha* envainada —la larga espada de la caballería romana—, un escudo redondo, una lanza y un carcaj de dardos. Tras los jinetes caminaba el canoso y severo lictor del cuestor: Lucio Pedio. Vestido con una amplia túnica blanca, el antiguo centurión de la X Legión estaba bronceado y en forma, con pantorrillas de acero y muslos como troncos tras dos décadas de servicio militar. La cicatriz del lado izquierdo del cuello era un recuerdo permanente de aquel servicio. El desarmado Pedio portaba el fasces del cuestor, un haz de varas anudadas con cinta roja en torno a un hacha, símbolo del definitivo poder del magistrado para castigar y ejecutar. Solo dos hombres en toda Siria, Varro y su superior, Collega, estaban dotados de semejante poder. Eso significaba que el fasces era un símbolo que provocaba escalofríos en la mayoría de viajeros, por lo que se mantenían en la cuneta para dejar pasar a la columna.

Pedio no era un hombre feliz. Durante cuatro años había luchado en las batallas que el general Vespasiano había librado en Galilea, había asaltado Jericó y había sudado sangre durante los cinco meses del asedio a Jerusalén organizado por Tito. Hacía un año que se había retirado tras finalizar los veinte años de su período de alistamiento, aliviado por poder dejar atrás la sangre y la muerte que acompañaban la vida en la legión y empezar otra nueva con sus ahorros y el dinero de la jubilación. Para redimirse corrió a Antioquía donde, puesto que una vez fuera del ejército podía casarse, contrajo de inmediato nupcias con Febe, una liberta originaria de la capital siria a quien había conocido y de quien se había enamorado siete años atrás, mientras se encontraba al servicio del general Corbulo. Fue entonces cuando el cuestor Varro le ofreció el puesto de lictor para todo un año.

En aquel momento, la propuesta le pareció atractiva. El cargo de lictor llevaba aparejada una buena dosis de prestigio y no resultaba particularmente exigente. Incluso el viaje anual por la provincia para recaudar los impuestos no era más que un agradable paseo donde el cuestor y el personal que lo acompañaba se convertían en los huéspedes de las comunidades que visitaban. Pedio no dudó en aceptar el puesto, pero poco podía saber que al cabo de unos meses el cuestor partiría en una misión



que lo llevaría de vuelta a unos territorios que le despertaban muchos y malos recuerdos. Su nueva esposa no se quejó. Febe le aseguró que no tardaría en volver a su lado y esa mañana lo había despedido con un amoroso beso y un largo abrazo. Incluso le dijo que con su presencia seguramente podría hacer algún bien a la misión. Sin embargo, en lo que a Pedio se refería, cuanto antes acabara aquella expedición y pudiera regresar junto a su esposa, más contento estaría.

Justo detrás del lictor marchaba el portaestandarte de la IV Legión Escita, sosteniendo orgullosamente su *vexillum*, una bandera cuadrada con el distintivo de la unidad. En la roja tela aparecía dibujado el motivo «COHVIII LEGIVSC», que denotaba un elemento de la octava cohorte de la IV Legión Escita, junto con los símbolos de un verraco corriendo y un pez. El verraco representaba el emblema de la legión; se trataba de un símbolo de gran significado entre los ancestros celtas de los hombres de la IV Legión, hombres todos originarios de la Galia cisalpina que se extendía desde el río Po, en el norte de Italia, hasta los Alpes. El símbolo del pez representaba el signo zodiacal de Piscis, considerado el signo de nacimiento de la IV Legión por haber sido fundada a finales de febrero.

Tres cornetas, tres muchachos desarmados, seguían al portaestandarte en fila de uno. Todos cargaban con su *cornu* —la larga trompeta militar romana en forma de «G», que era casi tan grande como ellos— y se adornaban con una capa de piel de oso cuya cabeza sujetaban al casco y cuyas patas se cruzaban en el pecho dejando que el resto del pellejo les colgara por la espalda. A continuación iba un grupo de jinetes. Primero, el cuestor Varro, ataviado con una sencilla túnica y una capa. Después, el tribuno Marco Marcio, el prefecto Crispo y el joven Venerio; todos ellos vestidos con uniforme, coraza y casco. Detrás de los oficiales cabalgaban los secretarios, Pitágoras y Artímedes, seguidos de Diocles, el médico, un hombre orondo de rostro embotado que parecía medio dormido en la silla, y Antíoco, el magistrado judío que mostraba el ceño fruncido en claro gesto de descontento.

La razón de su malhumor cabalgaba justo detrás de él: un enorme y negro nómada manco. Se llamaba Colombo, un liberto que además había sido un antiguo gladiador de la escuela de Tracia que había perdido el brazo izquierdo en la arena. No obstante, tan fuerte era con un solo brazo y tan imponente resultaba con sus casi dos metros que el general Collega lo había empleado como guardia personal. Como clara demostración de que el general no confiaba plenamente en Antíoco, Colombo había sido asignado a la expedición con la tarea expresa de no quitar ojo al judío apóstata.

A lomos de mulas, un grupo de libertos que actuaban como funcionarios seguía de cerca la comitiva oficial. Tras ellos, en orden de marcha, iban setenta y ocho legionarios de la IV Escita cuyas sandalias claveteadas hacían crujir el pavimento de piedra. Formando trece filas de a seis, los soldados vestían la túnica y la capa color rojo sangre común a todos los legionarios romanos. Relucientes corazas de lamas les cubrían el torso y los hombros mientras que un pañuelo rojo les protegía el cuello del roce de la pesada armadura. Una espada corta les colgaba del lado derecho del cinto,

y una daga del izquierdo. Sobre el hombro izquierdo llevaban un escudo de madera curvado y rectangular, adornado en su centro con un gran remache de hierro. Unos protectores de cuero cubrían el símbolo del verraco que decoraba todos los escudos. Sujeto por la correa del cuello, llevaban el casco echado a la espalda. Sobre el hombro derecho, cada legionario portaba una larga asta de madera donde iban atadas las jabalinas; cargaban además con su correspondiente mochila, donde guardaban el saco de dormir, los utensilios para comer, un cubo para el agua, herramientas para cavar, raciones, el penacho de crin del casco, los adornos militares y sus efectos personales. En total cada hombre arrastraba más de cuarenta kilos de peso.

Inmediatamente detrás de la última fila iba un único *optio*, o sargento mayor. Se llamaba Quinto Silio e iba igual de equipado que los hombres que tenía delante. De vez en cuando, Silio vociferaba alguna orden reclamando silencio cuando algún legionario se atrevía a compartir algún comentario o una broma con algún colega.

Tras la infantería iba la columna de los pertrechos: cuarenta mulas pesadamente cargadas y guiadas por muleros que eran libertos no combatientes. Los seguían una fila de carros cubiertos —veintiuno en total—, con el equipo pesado y las provisiones que también estaban a cargo de los muleros. La mayoría de los carros llevaba sacos de grano, ánforas con agua, con vino, con aceite de oliva y con aceite para las lámparas, piedras de moler, cacharros de cocina, tiendas de campaña dobladas y troncos para la construcción. Un vehículo iba cargado hasta arriba con tablillas de cera envueltas en lienzos humedecidos para mantenerlas frescas y rollos de pergamino virgen metidos en sus cilindros protectores de cuero: el material con el que se elaboraría el informe definitivo del cuestor. Varios carros estaban destinados a cubrir sus necesidades personales: su tienda, sus muebles, su armadura y su ropa, además de su cubertería de plata.

Entre la caravana de carga y la retaguardia, compuesta por otros diez jinetes vetones, caminaban treinta esclavos que servían la expedición. Algunos de aquellos hombres desempeñaban tareas oficiales. Un grupo de tres era el encargado del mantenimiento y funcionamiento del reloj de agua de la expedición, que funcionaba por las noches, y del solar, que lo hacía durante el día. En su mayoría, el resto eran los esclavos personales de los oficiales y de los funcionarios libertos. En aras de una mayor eficiencia, Varro había dado instrucciones a sus subordinados para que redujeran al mínimo el número de sus sirvientes, pero nadie había llevado menos de dos esclavos. Diocles, el médico, contaba con cinco, incluidos tres ayudantes sanitarios; Marco Marcio, con tres: un portador de armadura, un sirviente y un cocinero; el joven Venerio disponía de un número similar. En cuanto a Varro, aparte de Paris, su cocinero liberto, llevaba solo dos esclavos: Timeo, su panadero, y Hostilis, un britano que, dado que era el jefe de esclavos del cuestor, actuaba como supervisor de todos los esclavos de la expedición.

Aquella mañana, antes del amanecer y de salir de Antioquía, Varro había ido al Templo de Marte de la ciudad. Allí, los augures celebraron la ceremonia de la

*lustratio* y purificaron el *vexillum* de la IV Escita con perfumes y atándole cintas que representaban guirnaldas de flores, para dar buena suerte y protección a la unidad en su misión. Varro presidió entonces el obligado rito, previo a la partida, del sacrificio de un animal. Las entrañas de la cabra sacrificada se encontraban limpias, y los augures pronunciaron que los agüeros resultaban favorables para la misión del cuestor. Entonces el superior de los augures salió fuera con Varro y, señalando el límpido cielo con su alfombra de estrellas, declaró que aquel cielo también anunciaba buenos presagios para la tarea de Varro.

En esos momentos, cabalgando por la carretera y recordando las palabras del augur, Varro se dijo que, aunque el dios de la guerra estuviera de su lado, el éxito de su expedición iba a depender también de la sangre y los huesos de las personas que la formaban. Sabía por experiencia que Callido era totalmente de fiar, lo mismo que Artímedes, su fiel secretario griego. En cuanto a Pedio, solo hacía unos meses que conocía al lictor, pero estaba convencido de que el excenturión no lo defraudaría.

Pitágoras resultaba pomposo, pero era un excelente secretario. Varro no dudaba de que mantendría su lealtad al general Collega en todo momento. Sabiendo que, mediante despachos oficiales, Pitágoras mantendría informado a su superior sobre el desarrollo de la misión y sobre su modo de llevarla, Varro era consciente de que iba a tener que ser cuidadoso y no permitirle que compartiera sus pensamientos más íntimos. En cuanto a los soldados, Marco Marcio sería un excelente lugarteniente, y Crispo haría todo lo posible por agradar.

En el otro extremo de la escala se hallaba Antíoco. El año anterior, para conseguir su nombramiento de magistrado de la comunidad judía de Antioquía, el hombre renunció públicamente al judaísmo y denunció a su padre, que en ese momento ocupaba el cargo, diciendo al general Collega que Antíoco padre, junto con otros destacados judíos, había planeado incendiar la capital de Siria en venganza por la represión de la revuelta judía en el sur por parte de los romanos. Creyendo las acusaciones del hijo, Collega ejecutó al padre de Antíoco y a otros líderes judíos de Antioquía y los hizo quemar en el anfiteatro de la ciudad. El asunto proporcionó finalmente el puesto a Antíoco y, de paso, dio a los difuntos Prisco y Planeo la idea para el subsiguiente incendio de la capital, que confiaron poder atribuir a los judíos. Personalmente, Varro nunca se había enfrentado con Antíoco, pero el turbio pasado del hombre y el hecho de que Collega no confiara en él eran razones suficientes para que tuviera cuidado.

En cuanto a los demás, la fama de borracho que precedía a Diocles había hecho que Varro diera instrucciones estrictas a los miembros de la expedición para que se moderasen con la bebida, y de que Diocles en particular no debía tocar una gota de vino hasta que hubieran vuelto a Antioquía. Además, estaba el joven Venerio, el arrogante y malcriado tribuno de segundo rango. Varro estaba seguro de que tarde o temprano acabaría teniendo problemas con él. Los demás oficiales que componían la expedición eran una incógnita para el cuestor, pero todos contaban con buenos

antecedentes. Pompeyo, el decurión de la caballería y segundo de Crispo, un hombre con una terrible cicatriz de batalla que le iba desde la oreja derecha hasta la cuenca vacía del ojo, era un agresivo jinete con quince años de servicio a sus espaldas. El comandante del destacamento de la IV Legión Escita, el centurión Tito Gallo, también aparecía a los ojos de Varro como un hombre de valía: a sus cincuenta y dos años, llevaba treinta y dos de servicios prestados a la unidad. En ese instante, el centurión se hallaba por delante de la columna principal junto con el decurión Pompeyo, Callido y la patrulla de avanzada, organizando los procedimientos que se convertirían en rutina durante los meses de marcha que estaban por llegar.



El centurión Gallo puso su caballo a galope. Detrás, los dos jinetes que cabalgaban con él, pillados por sorpresa al principio, hicieron lo mismo. La adoquinada carretera militar, de solo tres metros de ancho y construida por los ingenieros de las legiones con una ligera combadura central para que el agua de lluvia desaguara en las acequias de las cunetas, se abría paso entre los campos de trigo del sur de Antioquía sin desviarse. Nadie sabe mejor que un ingeniero que el camino más corto entre dos puntos es una línea recta.

El enjuto y canoso Gallo vestía el mismo uniforme y la misma capa que sus legionarios, pero su armadura y equipo estaban lujosamente decorados con encajes de oro. También contaba con la protección adicional de espinilleras de metal. Su rango de oficial quedaba confirmado porque llevaba la espada a la izquierda y la daga a la derecha, al contrario que los soldados regulares.

El centurión se había separado de la guardia que marchaba delante, cerca de la costa, en un puesto de correos situado a seis horas de marcha al sur de Antioquía, y, acompañado por los otros dos jinetes, se disponía a regresar y reunirse con el cuestor Varro y la columna principal. Mirando por encima del hombro, Gallo sonrió para sus adentros al ver que los otros dos jinetes se esforzaban por no quedar atrás, pero cuando observó que en la distancia aparecían algunos viajeros redujo la marcha y dejó que los vetones lo alcanzaran.

Tito Gallo era un hombre que cargaba con un fuerte resentimiento. Tras incorporarse a la XXII Legión Primigeneia en su Galacia natal como recluta a los veinte años, ascendió a centurión de cuarto grado con la XII Legión, estacionada por aquel entonces en Siria. Desgraciadamente, su prometedora trayectoria se topó con un muro en la persona del incompetente general Cesenio Peto, el mismo que estaba destinado a regresar al este para hacerse cargo del gobierno de Siria un año más tarde. Peto fue llamado a Roma por Nerón tras su inepta conducta en Armenia, donde se rindió ante los partos y donde muchos de sus centuriones fueron licenciados con deshonor o simplemente degradados. A pesar de que Tito Gallo estaba convencido de

que había servido con honor a las órdenes de un mal comandante, fue degradado cuatro rangos por el general Corbulo, comandante en jefe de las provincias del este.

La oportunidad de Gallo de redimirse y de relanzar su carrera llegó por fin cuando estalló la revuelta judía. La XII Legión fue incluida en la fuerza táctica que salió de Antioquía al mando del entonces gobernador de Siria, el general Cayo Cestio Gallus, para sofocar la rebelión. Sin embargo, antes de llegar a Jerusalén, el general condujo a sus tropas a una sangrienta retirada que las hizo retroceder hasta Cesarea y en la que perdió más de seis mil hombres. Gallus murió poco después; según algunos, de vergüenza.

Tito Gallo sobrevivió a la campaña, pero al igual que muchos oficiales de la XII Legión fue considerado responsable del desastre. Transferido a la guarnición estacionada en el Eufrates con la IV Legión Escita pasó cinco años maldiciendo al general Peto por su cobardía, al general Gallus por su ineptitud y a los judíos por haberse alzado en armas. En realidad, había pocas personas a las que Gallo no echara la culpa de su situación, ni había judío en quien confiara. En lo que al centurión Gallo se refería, aquella misión a Judea con el cuestor Varro era un regalo de los dioses para compensarlo de pasadas decepciones.

La IV Escita se había convertido en el objeto de las burlas de otras legiones en oriente. Los «verracos desdentados» o los «verracos dormidos», así era como llamaban a la unidad de Gallo porque no se había distinguido en combate desde su formación. Pero, en opinión de Gallo, los hombres que mandaba no tenían nada de desdentados ni de adormecidos. Los legionarios de la IV Escita que marchaban a Galilea y a Judea con él, en su mayoría reclutas de la Galia Cisalpina, estaban deseosos de entrar en acción. Él los había entrenado sin piedad con la esperanza de que los llamaran para intervenir contra los rebeldes judíos. Confiaba en poder poner a prueba sin tardanza el resultado de tanto entrenamiento.

Cuando Gallo llevaba casi una hora cabalgando, la columna del cuestor apareció a la vista. El centurión y los dos jinetes se apartaron enseguida de la carretera para dejar pasar la cabeza de la expedición. Cuando el grupo de oficiales llegó a su altura, Gallo espoleó el caballo, se situó junto a Varro y le presentó su informe sin dejar de cabalgar.

—Hay varios restos de campamentos ambulantes en el puesto de correos que nos servirían para pasar la noche, cuestor. He señalado el nuestro en uno de ellos. Los hombres no tendrán que cavar más que una o dos horas. Además, tu hombre, Callido, dice que la cuestión del aprovisionamiento es correcta.

Varro llevaba provisiones con él pero, mientras se desplazaran hacia el sur, prefería vivir de la tierra cuando fuera posible. Por los informes de Cesarea, la capital judía, sabía que las reservas de comida se habían agotado en la mayor parte de un territorio devastado por la guerra, y que ya llegaría el momento en que tendría que recurrir a lo que llevaba consigo.

—Muy bien, centurión —aprobó Varro.

Mientras Gallo ocupaba su lugar detrás, junto al resto de oficiales de rango superior, el tribuno Marcio, que cabalgaba al lado de Varro, se inclinó hacia el cuestor.

—¿Sabes, Julio?, he estado pensando —le dijo—. La otra noche, después de cenar, leí la carta de Lucio.

Aquello sorprendió a Varro. Marcio había ingerido una considerable cantidad de vino durante la cena, pero, por lo visto, no la suficiente para que le embotara el cerebro.

—¿Y qué impresión sacaste, Marco?

—Que era una buena información. ¿Te fijaste en que ese Jesús de Nazaret utilizaba distintos nombres? Y lo que es más: uno de sus lugartenientes, Simón, de Galilea, también se llamaba Pedro o Cefas, como dicen los griegos. Y yo te pregunto, ¿por qué ibas a llamar a alguien «piedra»?

—No tengo ni idea —confesó Varro.

—Bueno, pues para mí está claro que esa gente estaba metida en actividades sediciosas y secretas. ¿Por qué, si no, iban a utilizar nombres falsos o en clave? Respóndeme a eso.

—Esa es una de las muchas razones por las que nos dirigimos hacia Galilea y Judea en pos de una respuesta, Marco. No sería prudente anticipar juicios. ¿No estás de acuerdo?

—Puede —repuso Marcio con un gesto de indiferencia.

Por su parte, ya había llegado a la conclusión de que aquellos nazarenos no habían sido más que unos revolucionarios encubiertos que habían disimulado sus actividades tras un velo religioso.



Justo antes de mediodía llegaron a una posta de cambio de caballos atendida por el *Cursus Publicus*, el servicio de correos romano. El puesto avanzado se hallaba en un promontorio que miraba al Mediterráneo. Tal como el centurión Gallo había avisado, se veían los restos de otros campamentos legionarios alrededor de los establos y del edificio central de hospedaje. Allí acamparía la expedición durante la noche.

Una legión en marcha construía un nuevo campo fortificado cada noche durante su viaje. Aquellas fortificaciones temporales eran utilizadas una y otra vez por las distintas unidades que recorrían la misma ruta en distintos momentos. El fuerte que los ciento diez hombres armados de Varro hallaron en su primer día de expedición en su camino a Beirut resultaba demasiado grande para que pudieran defenderlo en caso de emergencia. Así, tras tomar un pedazo de pan y un trago de agua, los legionarios se pusieron manos a la obra y levantaron varios muros de tierra de tres metros de

altura y trincheras de tres metros de profundidad para establecer un perímetro seguro en una de las esquinas del fuerte escogida por el centurión. Entretanto, las tropas de caballería del prefecto Crispo salían en busca de agua, leña para los fuegos y llevaban los sacos de grano comprados por Callido en una aldea cercana.

Una vez los muros hubieron quedado completados a satisfacción de Gallo, los esforzados legionarios levantaron las tiendas de los oficiales y de los funcionarios; después, las suyas propias siguiendo un patrón entrecruzado que Gallo había señalado utilizando pequeñas banderas de color púrpura, rojas y blancas. Cada oficial tenía una tienda para él solo, mientras que los soldados de a pie dormían a razón de ocho por tienda. Cinco jinetes vetones ocupaban cada tienda de caballería, junto con sus sillas. Una vez levantadas las tiendas, las tropas instalaban los equipamientos de los oficiales.

El cuestor, como comandante de la expedición, ocupaba la tienda que con mucho era la más espaciosa. Ese pabellón, el *pretoriurn* de la columna, serviría como aposentos privados de Varro, como cuartel general de la expedición y como refectorio de los oficiales de mayor graduación. La cama plegable de hierro del cuestor fue instalada en un rincón. Los soldados no contaban con semejantes lujos, sino que dormían en sus sacos, directamente en el suelo. Tres divanes para comer fueron descargados de los carros y dispuestos alrededor de una mesa baja. Igualmente se instaló una mesa de trabajo y varios taburetes junto con varias lámparas de aceite en sus pedestales. Por último, los hombres colocaron el pequeño santuario familiar portátil del cuestor, que no era más que una caja sobre unas patas. Si se abrían las puertas del receptáculo, se veían tres pequeñas estatuillas de los Lares, los dioses romanos del hogar que flanqueaban una figura central de Júpiter. Una cajita de madera con una bola de ámbar a modo de asidero contenía las reliquias familiares. Un incensario de tierra cocida completaba los elementos religiosos.

Cada liberto disponía de su propia tienda. Los no combatientes dormían en los carros vacíos o bajo ellos. Los esclavos tendían refugios de lona entre los vehículos y encendían fuegos para preparar la comida a cielo abierto. Hostilis, el sirviente de Varro, pasaría las noches en el *pretoriurn*, durmiendo a los pies de la cama de su señor.

Cuando el sol empezó a ocultarse, el trompeta tocó el anuncio de lo que iba a ser el comienzo de los cuatro turnos de guardia nocturna. Los centinelas, escogidos en grupo por el centurión Gallo, y los cuatro jinetes de la patrulla nocturna que se ocuparían de cerciorarse de que ninguno se durmiera en su puesto, se apresuraron a ocupar sus posiciones. Cada tres horas, que indicaría el reloj de agua situado ante la tienda del cuestor, la trompeta señalaría una nueva guardia.

Al oír el sonido de la nueva guardia, el centurión Gallo y su *tesserarius*, su sargento del día, se presentaron en la tienda del cuestor. Llegaron justo cuando el trompeta se retiraba y cuatro centinelas ocupaban sus puestos, dos a cada lado de la entrada de la tienda. Bajo una lona, a un lado de la entrada, dos esclavos se afanaban

con el reloj de agua de la expedición, y lo ajustaban para que indicase el comienzo de las doce horas nocturnas en el momento en que el sol desapareciera por el horizonte del Mediterráneo. Entretanto, otro esclavo encendía la lámpara que lo iluminaría.

El centurión Gallo y el sargento de cabellos castaños, cuyo nombre era Claudio Rufo, apartaron las cortinas que colgaban en la entrada del *pretorium* y entraron en la amplia y cuadrada tienda. Encontraron a Varro sentado a su mesa de trabajo, hablando con el tribuno Marcio y el prefecto Crispo. Los dos soldados se presentaron, y Gallo entregó al cuestor una tablilla de cera.

—Si el comandante tiene a bien proporcionar la contraseña...

Para sorpresa del centurión, Varro no la aceptó.

—¿Dónde está el oficial de guardia? —preguntó. Gallo torció el gesto.

—Esto... No lo sé, cuestor.

—Ve y saluda al tribuno Venerio de mi parte —dijo Marco Marcio, detrás de Varro— y ¡dile que se presente para informar al cuestor! —Su mirada se endureció—. ¡Ahora mismo!

—¡Ahora mismo, tribuno! —repitió Gallo, que dio media vuelta, dejó la tablilla en manos de Rufo con expresión ceñuda y salió a toda prisa.

Unos minutos más tarde, los ocupantes del *pretorium* oyeron voces en la entrada antes de que Cayo Venerio entrara precipitadamente. Vestía una túnica informal y su rostro estaba arrebolado de ira. El centurión Gallo lo seguía de cerca.

—¡Este patán de Gallo me ha puesto la mano encima! —rugió Venerio—. ¡Quiero que se le acuse! ¡Quiero que sea castigado! —Y volviéndose hacia el centurión, le espetó—: ¡Imbécil!

Gallo no parpadeó, sino que se cuadró y anunció:

—El centurión Gallo informando junto con el oficial de guardia, cuestor, tal como habéis ordenado —declaró formalmente.

—¡Yo no soy el oficial de guardia, cretino! —le espetó Venerio.

—Oh, sí. Sí que lo eres —intervino Varro en tono controlado.

—¿Qué? —Venerio volvió bruscamente la cabeza.

—Como tribuno de segunda categoría, Venerio, cumplirás con los deberes de oficial de guardia en esta expedición, igual que harías en cualquier legión o destacamento.

—¡No, no! —Venerio miró a Varro y se cruzó de brazos con ademán retador—. Como tribuno de segundo rango solo estoy obligado a prestar servicio durante tres meses de los seis de mi destino, y debo comunicarte que ya los he cumplido. Por lo tanto, estoy excluido de otros deberes.

—No pienso tolerar observadores ociosos en esta misión, Venerio —contestó Varro haciendo un esfuerzo para no dejarse llevar por el enfado.

—Como tribuno de segunda categoría —intervino Marco Marcio levantándose de su taburete y rodeando la mesa amenazadoramente—, obedecerás las órdenes de tu superior o tendrás que enfrentarte a un juicio sumarísimo, aquí, en este campamento.



Venerio palideció y dejó caer los brazos a los lados, como si se hubiera quedado sin fuerzas.

—Estás... Estás bromeando, ¿verdad? —balbuceó.

—¿Eso crees? —La imponente figura del tribuno lo fulminó con la mirada—. ¿Crees que el juicio sumarísimo de Cayo Licinio Venerio por insubordinación sería bien recibido en Roma, tribuno de segunda categoría? Yo no, así que escucha atentamente. Ahora mismo vas a volver a tu tienda y te pondrás la armadura y el equipo. Luego, volverás aquí y te presentarás para el servicio, tras lo cual entregarás la contraseña a los centinelas y regresarás a informar al cuestor cuando esta haya sido verificada por todos los puestos de guardia. —El rostro de Marcio se hallaba a escasos centímetros del joven—. ¿Lo has entendido, tribuno de segunda categoría?

Venerio abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. Marcio se enderezó y se volvió hacia Varro:

—¿Puedo proponer también, cuestor, que a partir de mañana el tribuno sea asignado a la patrulla de avanzada para que señalice el nuevo campamento del día? El centurión Gallo tiene asuntos más importantes de los que ocuparse.

—Muy bien —repuso Varro disimulando una sonrisa—. Que así sea.

—¿Puedo también tomarme la libertad de proponer la contraseña para las próximas veinticuatro horas, cuestor? —preguntó Marcio volviéndose y mirando a Venerio.

—Siempre estoy abierto a propuestas, tribuno —contestó Varro.

—Quizá debería ser «obediencia» —dijo Marcio alzando una ceja ante Venerio—. O quizá «humildad». No, creo que la mejor sería «respeto». ¿Qué opinas, cuestor?

—Que sea «respeto» —dijo Varro mientras alargaba la mano hacia Rufo—. ¿La *tessera*?

El soldado entregó la tablilla de cera al cuestor, y el flaco Hostilis apareció tras su señor para ofrecerle un punzón de metal. Varro cogió el instrumento y rápidamente escribió en la cera la palabra «respeto». Dejando el punzón a un lado, entregó la tablilla a Rufo y miró directamente a Venerio.

—Respeto —dijo haciendo una pausa para aumentar el efecto, y añadió—: Centurión, tú y el *tesserarius* podéis marcharos.

Gallo y Rufo dieron media vuelta y salieron.

El asustado Venerio no dejaba de mirar a Varro y a Marcio.

—Tribuno Venerio —dijo entonces Marcio—, si no te has presentado para informar con el uniforme y el equipo completo antes de la puesta de sol, consideraré que has infringido las órdenes y serás acusado como corresponde. Bueno, ¿a qué esperas, muchacho?

Venerio tragó saliva, dio media vuelta y salió de la tienda.

Marcio miró a Varro y a Crispo, el prefecto de caballería de rizados cabellos. Su expresión severa dio paso a una sonrisa.

—Parece que el truco ha funcionado —dijo.

—¿De verdad podrías haberlo sometido a juicio sumarísimo, cuestor? —preguntó Crispo en voz baja.

—Naturalmente —repuso Varro—. Todo lo que se requiere es la presencia de tres oficiales superiores o iguales a él en rango. Tú, Marcio y yo mismo.

—Me habría gustado verlo —comentó Marcio, que a continuación adoptó un semblante preocupado—. No pensarás que he ido un poco demasiado lejos, ¿verdad, Julio? Cualquiera otro tribuno de segundo grado habría notado el contacto de mi mano, pero ese joven presuntuoso es el sobrino de Luciano.

—No puede recurrir a sus influencias para eludir sus responsabilidades —repuso Varro enfáticamente—. Has estado acertado marcando los límites, Marco. Este es el primer día de la misión. Debemos señalar el camino que pretendemos seguir.

Fuera, mientras se dirigían hacia la puerta principal para distribuir la contraseña, Gallo y Rufo pasaron entre las tiendas de los soldados, en cuyas entradas brillaban los fuegos donde estos cocinaban la cena en la penumbra del anochecer. Cada escuadra preparaba su respectiva comida. Esa noche, los hombres cenarían caldo caliente y pan recién horneado con un buen chorro de aceite de oliva. Mientras caminaban, Gallo y Rufo miraron por azar hacia atrás y vieron que Venerio salía de la tienda del cuestor y corría hacia la suya.

—¡Sapo miserable! —gruñó Gallo deteniéndose al lado de la tienda del portaestandarte, donde las lámparas reflejaban su luz sobre los estandartes del destacamento situados en su altar portátil—. ¡Mira que acusarme de haberle puesto la mano encima!

Según la ley militar romana, eso significaba un delito grave.

—No es más que un tonto, centurión —repuso Rufo—. ¿Sabes cómo lo llaman los hombres? Lo llaman «sopas» porque es espeso y húmedo —se burló Rufo.

—No es ningún tonto —dijo Gallo fríamente—. Simplemente actúa alocadamente. En su arrogancia no piensa antes de actuar. Pero acusarme de haberlo agredido ha sido peor que una tontería. —El rostro de Gallo mostraba una expresión de fiereza que Rufo nunca había visto—. Para su desgracia —añadió Gallo—, Venerio se ha ganado un enemigo de por vida.



La tarde del tercer día de viaje, tras haber recorrido más de treinta kilómetros diarios, la expedición llegó a Laodicea, en la costa mediterránea, el principal puerto de la provincia de Siria. Allí, los hombres de la expedición de Varro se prepararon para pasar la noche en un campamento de marcha normal fuera de los muros de la ciudad y, como de costumbre, lo levantaron sobre los restos de un antiguo fuerte. Los legionarios siguieron a los marcadores de campo enviados por el joven tribuno

Venerio, que en esos momentos cabalgaba con la patrulla de avanzada durante el día y desempeñaba las funciones de oficial de guardia durante la noche, tal como le había sido ordenado.

Después de la cena en la tienda del cuestor, la mayoría de los oficiales volvieron a sus aposentos, pero Marcio se quedó con Varro para hablar del itinerario de la expedición. Con sendas copas en la mano de vino rebajado con agua, ambos se acomodaron en los divanes. Estuvieron de acuerdo en que, tras pasar por Beirut, Sidón y Tiro debían girar hacia el interior, hacia la ciudad de Cesarea de Filipo, en la cabecera del río Jordán. Desde allí, el antiguo rey de Calcis, Herodes Agripa II, controlaba una vasta región con el beneplácito de Roma, desde el sur de Siria hasta el norte de Galilea. El general Collega había dicho a Varro que incluyera al rey y a su hermana, la reina Berenice, con la que compartía las labores del trono, en el itinerario de la expedición. Agripa y Berenice eran judíos, y el rey había sido el guardián del Templo de Jerusalén hasta el estallido de la revuelta. Ambos intentaron sin éxito evitar el levantamiento en Judea mediante cartas, discursos y legionarios. Posteriormente, Agripa condujo sus tropas, encuadradas dentro de los ejércitos romanos mandados por Vespasiano y Tito, contra los rebeldes. Se le consideraba un valioso y leal aliado de Roma. Agripa solo era un niño cuando Jesús de Nazaret fue ejecutado; no obstante, Varro y Marcio estuvieron de acuerdo en que, como influyente judío que era, gozaba de una excelente posición para arrojar alguna luz sobre la secta del nazareno y la muerte de su fundador.

—Naturalmente tendremos que cenar con Herodes Agripa —dijo Marcio—. Espero que no sea aficionado a los grandes banquetes. No me gustan las cenas que duran toda la noche; en cambio, el buen vino puedo tomármelo en grandes cantidades. —Bebió un sorbo de su copa—. Estos reyezuelos menores suelen despacharse con pomposas recepciones e interminables comilonas que lo dejan a uno hecho polvo durante días.

—Supongo que deberíamos haber llevado con nosotros algunos cantantes o músicos, como contribución al entretenimiento en dichas ocasiones —meditó Varro—, pero la verdad es que no quería sobrecargar la expedición. ¿Sabes si alguno de tus hombres es hábil tocando la lira o la flauta, Marco?

—Espero que no —repuso Marcio con una sonrisa—. Mando legionarios, Julio, no una orquesta. —Entonces se le ocurrió la idea—: Oye, siempre puedes echar mano de nuestro prefecto de caballería para que recite algunos de sus poemas ante el rey.

—Esa sí que es una buena idea, Marco.

Marcio miró a Varro con fingido horror.

—Solo estaba bromeando, Julio.

Varro sonrió.

—Pues yo no. Deberíamos pedir a Crispo que nos deleitase recitándonos algunos versos, de ese modo podríamos juzgar su trabajo.

—¿Ahora? —Era más una propuesta que una pregunta.

Varro se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Iré a buscar al prefecto —sonrió traviesamente Marcio. Dicho lo cual se puso en pie, dejó su copa y salió.

Fuera, la noche era agradablemente templada. El aire estaba lleno del rumor de las conversaciones que salían de las tiendas del campamento. De algún lugar distante, a la derecha del tribuno, surgieron repentinas carcajadas. Los hombres de Marcio estaban de buen humor. Dejó atrás su tienda y la del joven Venerio y llegó a la de Crispo. Como tribuno de primera clase que era, no había entrada que Marco no pudiera franquear ni tienda en la que debiera entrar avisando antes, de modo que corrió la cortina y entró.

Crispo se hallaba de pie, la luz de una única lámpara, con la túnica arremangada alrededor de la cintura. Arrodillado ante él, había un joven, totalmente desnudo, que chupaba el pene erecto del prefecto. El joven fue el primero en ver a Marcio. Sus ojos se desorbitaron y apartó la cabeza apresuradamente.

—¡No te detengas! —gimió Crispo que entonces vio los ojos del joven y se volvió para seguir su aterrorizada mirada—. ¡Marcio! —exclamó con espanto—. Puedo... explicarlo...

—¡Con uno de tus poemas, supongo! —rugió Marcio, que dio un paso adelante y agarró al desnudo joven por la oreja—. ¡Tú, levanta! —ordenó tirando de él hacia arriba hasta que el muchacho se puso en pie con expresión de dolor.

—Por favor, Marcio. Es Fulvio, uno de mis jinetes vetones —se apresuró a decir Crispo mientras se ponía bien la túnica—. Me estaba ayudando con...

—¡Sí, eso he visto! —se burló Marcio, que seguía sujetando al desnudo joven por la oreja de modo que este se veía obligado a permanecer de pie y con la cabeza ladeada. El moreno Fulvio era alto, delgado y de unos veintitantos años. Su bronceada piel brillaba a la luz de la llama, y Marcio dedujo que Crispo se la había frotado con aceite al inicio de la cita. El pene de Fulvio descendía lentamente igual que una bandera al ser arriada—. ¡Fuera! —ordenó Marcio arrastrando al soldado al exterior.

Crispo se apresuró a seguirlos.

—¡Por favor, Marcio, no le hagas daño! —rogó—. Te lo suplico, ¡no le hagas daño!

El tribuno empujó al desnudo jinete hacia el pabellón del cuestor mientras Crispo los seguía entre súplicas.

—¡Marcio! ¡Tribuno! ¡Por favor! —gritaba.

—¡Un cuchillo! —gritó Marcio con desatada ira—. ¡Que alguien me dé un cuchillo!

—¡Por favor, Marcio! —siguió rogando Crispo.

—¡Se ha cometido un delito! —bramó deliberadamente Marcio a pleno pulmón para que su voz se oyera por todas partes—. ¡Se acaba de cometer un delito en este campamento! ¡Que alguien me dé un cuchillo!

Mientras se acercaban a la tienda de Varro, los legionarios que montaban guardia ante ella miraron con asombro al tribuno y al desnudo jinete. Por todas partes, las cabezas de los legionarios asomaron fuera de las tiendas, atraídas por el griterío. Viendo lo que ocurría, los hombres empezaron a salir y a correr hacia la tienda del cuestor.

Marcio miró al centinela más próximo.

—¡Soldado, tu cuchillo! —le ordenó.

El legionario echó mano de inmediato a la envainada arma que llevaba a la izquierda del cinto, sacó la *pugio*, la daga reglamentaria de los legionarios, y la sostuvo por la hoja de manera que el tribuno pudiera asirla por el mango. Marcio se la arrebató.

—¡De rodillas! —gruñó a Fulvio, retorciéndole la oreja para obligarlo a agacharse.

Marcio esperó a que se les uniera el público.

Varro salió de su tienda seguido de Hostilis, su sirviente.

—Marco, ¿qué ocurre? —preguntó el cuestor.

Sus ojos centellearon mientras miraban a Marcio primero, después al desnudo jinete y por último al infortunado Crispo.

—Nuestro poeta se la estaba haciendo chupar por uno de sus hombres, cuestor.

Varro fulminó a Crispo con la mirada.

—¡Idiota! —exclamó, más decepcionado que furioso—. ¡No en mi campamento!

—¡Por favor, por favor, cuestor! ¡Perdóname! ¡No pensé que...! —La voz de Crispo se fue desvaneciendo. No podía defender lo indefendible.

Varro miró alrededor. Numerosos soldados fuera de servicio se habían reunido formando un corro ante la entrada de la tienda del cuestor.

—¿Qué te propones hacer, Marco? —preguntó Varro a su lugarteniente.

—Todos estos hombres conocen las ordenanzas militares, cuestor —repuso Marcio—. ¡O al menos eso deberían! —Alzó un poco más la voz—. En caso de que alguno las haya olvidado, como le ha ocurrido a este infeliz, os las recordaré: constituye un delito capital que un soldado romano robe en el campamento. Constituye un delito capital levantar falso testimonio ante el tribuno. Constituye un delito capital golpear a un oficial. Constituye un delito capital ser condenado tres veces por una falta. Y... —hizo una pausa para subrayar el efecto—, ¡constituye un delito capital castigado con la muerte que un soldado romano, un auxiliar o un ciudadano que ya sea hombre cometa un acto de homosexualidad! —Miró al desnudo jinete—. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo veintiocho años, tribuno —contestó Fulvio con voz temblorosa y mirando a Marcio con ojos suplicantes. Era la primera vez que hablaba; sabía que su delito solo se agravaría si intervenía sin permiso.

—Entonces, eres hombre plenamente, ¿verdad?

—Sí, tribuno.

—Eres un soldado auxiliar, no un ciudadano, y has sido sorprendido cometiendo un acto de homosexualidad en este campamento, ¿no es así?

—Sí, tribuno.

—Entonces, son tus propias palabras las que te condenan.

Dicho eso, Marcio alzó la daga y, sin vacilar, la clavó en el lado izquierdo de la garganta de Fulvio. Los ojos del jinete se desorbitaron de horror. Varios de los soldados presentes dieron un respingo de sorpresa.

—¡No! —gritó Crispo.

Marcio rajó de un tajo el cuello del vetón, de izquierda a derecha, cortándole la tráquea. Luego, le soltó la oreja. Con la sangre que le salía a borbotones manchándole la bronceada piel y llevándose las manos a la garganta, Fulvio cayó de costado y quedó tendido en el suelo, gorgoteando grotescamente mientras se ahogaba en su propia sangre.

—¡Así mueren los pervertidos! —gritó un soldado de las primeras filas mirando a los ojos al prefecto Crispo mientras hablaba. Crispo, incapaz de ver morir a su amante, apartó la vista.

Marcio devolvió el arma ejecutora a su propietario.

—Límpiala a fondo antes de enfundarla, soldado —ordenó.

Luego, al ver que Crispo se alejaba, fue hacia él y, agarrándolo por los rubios rizos, lo obligó a volver la cabeza y contemplar los últimos estertores del jinete.

—Este es tu castigo, Crispo: ¡ver cómo muere tu amante!

Por fin, Fulvio dejó de moverse. Un soldado se arrodilló junto al cuerpo.

—Ha muerto —anunció sin emoción alguna. Los legionarios consideraban a los auxiliares seres inferiores. Un auxiliar ejecutado por un delito capital no merecía más respeto que un animal muerto—. ¿Qué quieres que hagamos con el cuerpo, tribuno? ¿Lo arrojamos fuera del campamento?

—No. Colgadlo por la mañana de un árbol, al lado de la carretera, para que todo el mundo lo vea —ordenó Marcio—. Y ponedle un cartel que diga: «Desgraciado Fulvio, vetón y chupapollas».

El soldado rio.

—Sí, tribuno.

Varro no dijo nada. Dio media vuelta y regresó a su tienda. Marcio apartó con disgusto a Crispo y siguió al cuestor a sus aposentos.

—Solo hay una manera de que esa gente aprenda las normas militares y qué significa la disciplina, Julio —le dijo mientras Varro se dejaba caer sobre el diván.

Marcio se daba cuenta de que el cuestor no había disfrutado con la ejecución, por mucho que la respaldase desde un punto de vista disciplinario.

—Lo sé —suspiró Varro.

Fuera, Crispo se alejó del lugar de la ejecución con ojos extraviados mientras las burlas de los soldados lo seguían. Luego, corrió a su tienda. Una vez dentro, cayó de rodillas y empezó a temblar descontroladamente.

## EL SUEÑO DEL CUESTOR

*La carretera a Beirut, provincia romana de Siria.*

*Marzo del año 71 d. C.*

Dos flacos carneros negros. Dos machos. Eran viejos, muy viejos. Las perillas que les crecían en la mandíbula inferior se veían grises por la edad. Varro se fijó en que los animales lo miraban, como petrificados. Tras él, alguien habló. «Naum», dijo la voz. «Naum», repitió una y otra vez. Varro se giró para ver quién había hablado, pero no había nadie. Se volvió hacia los carneros y observó que una figura en sombras caminaba hacia las bestias. La figura sacó una espada, el *gladius* romano — la espada corta de los legionarios con la punta afilada— y, mientras Varro observaba con horror, la utilizó para arrancar los ojos de los dos animales. En ese momento, el cuestor se despertó, incorporándose en la cama con un sobresalto.

Su sirviente personal, Hostilis, se puso en pie casi al instante desde el lugar que ocupaba en el suelo, junto a su señor. El esclavo sostuvo una lámpara de aceite que le iluminó el cuadrado rostro desde abajo, confiriéndole un aspecto cruel y sobrenatural.

—¿Has llamado, mi señor?

—¿Ah, sí?

—Quizá estuvieras soñando, mi señor.

Varro se dio cuenta entonces de que estaba bañado en un sudor frío. Una imagen destelló en su mente: la de los dos carneros sin ojos. El recuerdo hizo que se estremeciera, breve e involuntariamente.

—Sí, Hostilis, ahora lo recuerdo. Ha sido un sueño.

Otra figura apareció en la entrada, tras Hostilis.

—¿Va todo bien, mi señor? —era la voz de Callido—. Te he oído gritar bastante fuerte mientras estaba fuera tomando el fresco.

—Estaba soñando, Callido —explicó Varro—. No hay motivo para preocuparse. No ha sido más que un sueño. Puedes volver a la cama.

—Ah, un sueño —dijo el liberto acercándose al lado de la cama del cuestor.

Callido daba mucha importancia a los sueños, que en su opinión resultaban mucho más de fiar que las predicciones de las adivinas. En una ocasión soñó que llevaba una corona. Al cabo de una semana, le dieron su gorra de liberto y fue manumitido por su señor. En otra ocasión, soñó que tenía que escoger entre una marrana y un cesto de pescado; días más tarde conoció a la rotunda Priscila, que le dijo que debía abandonar todas sus demás conquistas femeninas si quería compartir la cama con ella, cosa que hizo.

—Ah, señor —prosiguió el liberto mirando a su superior con una mezcla de

interés y preocupación—, puede que ese sueño te haya sido enviado para guiarte.

—¿Eso crees? —repuso Varro.

Nunca había sido de los que tenían sueños proféticos o de otra naturaleza. En cualquier caso, no solía recordarlos. En cambio, su madre soñaba con frecuencia y estaba convencida de sus poderes predictivos. Incluso empleaba un esclavo cuya única tarea consistía en interpretar sus visiones nocturnas.

—Háblame de tu sueño, señor —pidió Callido—. Puede ser importante.

Sentado en la cama, Varro procedió a relatar todo lo que podía recordar del sueño. Se dijo que lo hacía para complacer al liberto; sin embargo, el sueño había parecido tan sorprendentemente real que se sentía empujado a revivirlo, como si quisiera asegurarse de que era producto de su imaginación y no de su memoria.

—¿Dos carneros? —preguntó Callido pensativo, cuando el cuestor hubo concluido.

—¿Crees que significa algo, Callido? —preguntó Varro—. Por mi parte, no alcanzo a ver qué puede ser, suponiendo que signifique algo.

El liberto se rascó la cabeza.

—Bueno, señor, es evidente que las cabras son animales de sacrificio, no me sorprendería que los dioses te estuvieran diciendo que sacrifiques otra cabra, o puede que dos, para garantizar el éxito de la misión.

—Quizá —Varro asintió lentamente y con escepticismo. El hecho de que el sueño hubiera quedado grabado en su mente con la fuerza de un recuerdo vivo seguía preocupándolo. Pasando las piernas por encima del borde de la cama, apoyó los pies en la alfombra de lana del suelo.

—Llama a Artímedes —ordenó a Hostilis—. Él se dice experto en estas cuestiones. Puede que nuestro secretario sea capaz de arrojar algo de luz en este asunto.

Cuando un bostezante Artímedes apareció con Hostilis en la tienda del cuestor, unos minutos más tarde, Varro se había levantado y se refrescaba la cara con un cuenco y una jarra de agua que había en una mesita auxiliar.

El secretario de Varro había sido miembro del personal a las órdenes de su familia durante un buen número de años. Al principio, el menudo griego servía como secretario a su madre y se convirtió en uno de sus favoritos. Luego, durante unos pocos años, antes de que Varro cumpliera los dieciocho y se marchara para cumplir los seis meses de servicio militar obligatorio con las legiones como oficial cadete, pasó a convertirse en tutor del muchacho. Cuando se confirmó que iban a enviar a Varro a Siria, su madre mandó al griego con él para que actuara como su secretario personal. El cuestor sabía que Artímedes escribía regularmente a Roma y mantenía secretamente informada a su madre sobre su estado, pero nunca había dejado entrever que estuviera al tanto de dicha situación. Varro sabía asimismo que Artímedes era un hombre sumamente supersticioso que compartía con su madre la pasión por los horóscopos, las profecías y la interpretación de los sueños.



—Artímedes, ¿puedes descifrar mi sueño? —preguntó Varro.

—Cuéntamelo, mi señor —pidió el secretario con una expresión donde se mezclaban la gravedad y la expectación.

Así, sentado al borde de la cama, Varro relató una vez más su sueño dirigiéndose al griego, mientras el secretario, Callido y Hostilis se reunían en torno a la cama con expresión pensativa.

—Bueno, ya está —dijo Varro, una vez concluido—. ¿Qué interpretación se te ocurre, Artímedes?

Antes incluso de que el cuestor hubiera llegado al final de su explicación, el pequeño y calvo griego empezó a andar por la tienda con las manos en la espalda y el cerebro dando vueltas.

—Soñar con carneros que pasean por un campo —empezó a decir— significa buen tiempo y abundantes cosechas, pero verlos quietos...

—Y lo estaban —terció Callido—. ¿No es así, señor?

—Eso significa —prosiguió Artímedes haciendo caso omiso de la interrupción del liberto— tratos prudentes y un aumento constante de riqueza.

—No es mala predicción, señor —se entusiasmó Callido.

—Sí, pero ¿y dejarlos ciegos, Artímedes? ¿Y qué me dices del nombre de «Naum»?

Tras dejar de caminar, el grave secretario miró ceñudamente a Varro.

—Todo a su debido tiempo, señor. ¿Acaso no te he enseñado la virtud de la paciencia?

El cuestor bajó la mirada. Su viejo tutor seguía teniendo el poder de reprenderlo a pesar de que Varro había recorrido mundo y aprendido por su cuenta.

—Disculpa, Artímedes. Continúa, por favor.

El secretario reanudó su deambular por la tienda.

—Si una mujer sueña que bebe leche de cabra se casará por dinero y no se sentirá defraudada —prosiguió.

Varro no hizo comentarios. Era como si el griego estuviera repasando mentalmente una lista de sueños y descartara cualquier posibilidad, por remota que fuera, antes de pasar a la siguiente. Tal como Varro había tenido ocasión de comprobar con los años, aquella era la sistemática manera de proceder del secretario; no conocía otra.

—Si una mujer sueña que va a lomos de una cabra significa que al cabo de poco tiempo adquirirá mala reputación. Pero, evidentemente, no eres una mujer, señor. ¿No soñaste que bebías leche de cabra ni que ibas a lomos de una? —Cuando Varro negó con la cabeza, Artímedes preguntó—: ¿Seguro que eran carneros y no hembras?

—Eran carneros —confirmó el cuestor.

—¿Esos carneros no te cocearon, señor? Cuando sueñas que un carnero te cocea significa que debes evitar que tus enemigos se enteren de tus secretos o tus planes.

—Ajá —exclamó Callido, como si aquella fuera una revelación importante.

—Ninguno de los dos carneros me coceó —aseguró Varro con creciente impaciencia—. ¿Qué significado puede tener que les vaciaran los ojos, Artímedes? ¿Y qué significa la palabra «Naum»? ¿Lo sabes?

—Debo confesar, señor, que... no puedo explicar ninguna de las dos cosas.

—Ah. En fin, Artímedes, al menos eres sincero, como siempre. De todas maneras, ¿cómo me deja esto, aparte de bien casado, con buen tiempo y una abundante cosecha?

Artímedes miró a su antiguo pupilo con mala cara.

—Con el debido respeto, señor, yo en tu lugar trataría estos sueños con la seriedad que se merecen. Está claro que no recibimos estos mensajes porque sí. Como escribió Cicerón, «si los dioses quieren a los hombres, sin duda les desvelarán sus propósitos durante el sueño».

Varro se esforzó por aparentar seriedad.

—Sí, claro.

—¿Puedo aconsejarte, señor, que consultes al secretario del gobernador en funciones? Pitágoras es un hombre mucho más instruido que yo. Estoy seguro de que él podrá revelarte el secreto que encierra tu sueño.

Varro sabía que entre los dos secretarios existía, desde hacía tiempo, una tácita rivalidad, y se le ocurrió que quizá Artímedes lo había propuesto con la esperanza de poner en evidencia a Pitágoras. Por otra parte, también cabía la posibilidad de que quisiera que lo vieran cediendo el sitio a su colega, más mayor, o de que realmente creyera que podía desvelar el misterio de aquel sueño.

El cuestor ahogó un bostezo.

—Muy bien. Callido, haz venir a Pitágoras.

Al poco rato, el secretario del general Collega se unía al grupo en los aposentos del cuestor sin parecer impresionado por haber sido despertado y llamado en plena noche. Varro lo obsequió con los detalles del sueño.

—Ya veo —dijo Pitágoras una vez informado—. Está claro que la cabra representa el signo zodiacal de Capricornio —declaró solemnemente.

—¡Ah! —exclamó Artímedes—. Está claro que así es.

—Sí, tiene sentido —convino Varro—. Prosigue.

—Dos carneros, dos años —declaró el secretario, muy convencido—. Tu sueño, cuestor, te está diciendo que debes esperar a que pasen dos años. Cuando llegue el segundo mes de enero, algo importante te será revelado.

—Sí, eso resulta perfectamente plausible, Pitágoras —repuso Varro—, pero ¿cómo debo interpretar que dejen ciegos a los carneros?

Pitágoras no respondió. Aquel punto requería más reflexión.

—¿Puedo aventurar, señor —intervino Artímedes—, siguiendo lo que mi culto colega ha dicho, que significa que no podrás ver lo que te será revelado hasta que la constelación de Capricornio regrese por segunda vez?

—Bien puede ser —se apresuró a convenir Pitágoras.

—Supongo que eso sería lógico —concedió Varro, sin estar del todo convencido—. ¿Y el nombre de «Naum»? ¿Cómo hay que interpretarlo?

—«Naum» puede tener algo que ver con el mar —aventuró Artímedes—. Puede que esté relacionado con la palabra «*naus*». —En latín, «*naus*» es un término náutico—. ¿Podría querer decir que vas a tener que cruzar el mar para conocer la respuesta a tu sueño?

—No. No lo creo —dijo Pitágoras, tajante—. Ahora que lo pienso, en mi opinión la palabra «Naum» tiene resonancias hebreas.

—¿Hebreas? —preguntó Varro—. Sí, eso parece. No se me había ocurrido. Quizá debería hablar con Antíoco, el magistrado judío. Gracias, caballeros, habéis sido de gran ayuda. Parece que el sueño empieza a cobrar sentido gracias a vuestro poder de análisis. —Varro no estaba del todo convencido de que los misterios del sueño hubieran sido resueltos, pero la cortesía y la sensibilidad de ambos secretarios requerían que les hiciera creer que le habían sido de gran ayuda. Una vez se hubieron marchado, Varro volvió a acostarse. No tardó en dormirse.

Cuando despertó a la mañana siguiente, el sueño seguía fresco en su memoria. Así, Varro ordenó a Hostilis que fuera a buscar al magistrado judío. Entretanto, Marco Marcio entró en la tienda del cuestor y le dio los buenos días. Varro le contó lo sucedido con el sueño; mientras lo hacía se les unieron Artímedes y Callido.

Marcio opinó que el sueño había sido provocado por los acontecimientos del día anterior.

—Por Crispo y el vetón —precisó, cogiendo una manzana de la mesa del cuestor y dándole un bocado—, que se comportaron como un par de cabras locas.

Varro miró interrogativamente a Artímedes.

—¿Podría ser así de simple?

—Cualquier cosa es posible, señor —contestó el griego—, pero me inclino por creer en la interpretación que de tu sueño hizo mi colega Pitágoras.

En ese momento llegó el magistrado, que entró en la tienda con expresión preocupada.

—Tu sirviente me ha dicho que requerías mi consejo, señor —dijo con cautela mientras no dejaba de acariciar nerviosa e inconscientemente una bolsita de cuero que llevaba colgando del cuello.

—En efecto, Antíoco. Dime, ¿la palabra «Naum» tiene algún significado para los judíos?

Antíoco pareció encogerse.

—Con el debido respeto, señor, sabes que he jurado abandonar todas las prácticas religiosas de mi pueblo.

Varro frunció el entrecejo.

—¿Debo entender, Antíoco, que al renunciar a la religión de los judíos también has vaciado tu mente de tus conocimientos de hebreo y arameo? Si es así, no me serás de ninguna utilidad como intérprete en esta expedición y tendré que enviarte de

regreso con el general Collega.

El comentario hizo que Callido contuviera una burlona carcajada.

—Eso no será necesario, señor —repuso Antíoco—, se trata solamente de que la palabra «Naum» tiene un significado religioso para algunos judíos.

Varro asintió.

—Por favor, explícate.

—Como ordenes, señor. —El tono de Antíoco daba a entender sin asomo de duda que lo estaba haciendo con sumo disgusto—. Se dice que Naum es el descendiente directo de Adán, el primer hombre creado por el dios de los hebreos.

—¡Qué tontería! —bufó Marcio.

—Sí, tribuno. Como tú dices, una tontería —se apresuró a convenir Antíoco—. Las creencias de los judíos son sin duda una tontería. Doy gracias a los dioses de que me brindaran la ocasión de darme cuenta y arrepentirme antes de que fuera demasiado tarde.

—Así, ese tal Naum no debe de estar vivo, ¿no? —preguntó Varro—. No hay forma de que me entreviste con él, ¿verdad?

—No, cuestor —repuso Antíoco—. Vivió hace muchas generaciones.

—Ahora que el magistrado lo menciona —intervino Artímedes—, recuerdo haber visto alguna mención del tal Naum en la listas de jerarquías religiosas que figuraban en la carta de Lucio. ¿Me permites leer la carta, señor?

La carta de Lucio se guardaba en un cilindro de cuero en las dependencias del cuestor. Mientras todos esperaban, Artímedes la sacó y la extendió en un marco de lectura. Tras acercar varias lámparas para aumentar la luz, Artímedes recorrió el texto hasta que dio con los antecedentes de Jesús de Nazaret.

—Señor, aquí está la mención a la que me refería. —Con expresión seria, el griego empezó a leer el pasaje en cuestión en voz alta, alzando el mentón y en un tono que semejaba el de un retórico declamando en el foro de Roma—: «Y Jesús tenía treinta años, y era como se supone, hijo de José, que era el hijo de Heli, que era el hijo de Matthat, que era el hijo de Leví, que era el hijo de Melchi, que era el hijo de Janna, que era el hijo de José, que era el hijo de Matatías, que era el hijo de Amos, que era el hijo de Naum...». —Artímedes se detuvo y miró al cuestor—. Aquí está, señor. Naum.

Varro asintió.

—En efecto. Ahí está. Así, hubo un Naum que, según parece, fue el ancestro del nazareno. Da que pensar, desde luego.

—Ahora no cabe duda de que tu sueño, señor, tenía un poderoso significado —declaró Artímedes.

—¿Un poderoso significado, dices? —dijo Varro—. Puede que sí, pero de ahí a que resulte claro hay un trecho. ¿Qué propósito tenía ese sueño? ¿Advertirme o guiarme? ¿Debo evitar a Naum o, por el contrario, debo buscarlo? Todo eso está lejos de parecer claro, mi buen secretario. —Varro se dio cuenta de que Antíoco seguía allí

con la expresión pesarosa de un hombre que desea quitarse de en medio—. Gracias, Antíoco. Eso ha sido todo.

—Gracias a ti, señor cuestor. —Antíoco se inclinó y se retiró rápidamente.

Artímedes devolvió la carta a su estuche.

—Señor, es posible que el de anoche no sea más que el primero de una serie de sueños. Tal circunstancia no es algo desconocido. Es posible que su significado se vaya aclarando a medida que los sueños se sucedan.

—¿Quieres decir que debo esperar más pesadillas como esa? —gruñó Varro.

—¡Vaya, eres un hombre con suerte! —rió Marcio.

## LA TEORÍA DEL REY AGRIPA

*Cesarea de Filipo, capital de la tetarquía de Traconitis.*

*Marzo del año 71 d. C.*

El paso por las ciudades de Beirut y Tiro resultó infructuoso para Julio Varro. Había albergado muchas esperanzas con respecto a Beirut, o Colonia Julia Augusta Felix Berytus, según había sido rebautizada tras su incorporación como colonia para veteranos retirados de la X Legión Escita, cinco años atrás. Varro conocía la ciudad debido a sus visitas anuales para la recaudación de impuestos. Hacía año y medio que había estado allí con Pitágoras para organizar una reunión entre su padrino, el gobernador Luciano, y los potentados orientales, reunión que allanó el camino a la fuerza expedicionaria que Luciano llevó a Italia para enfrentarse al emperador Vitelio.

Varro había confiado en localizar allí a antiguos soldados de la XII Legión. Marco Marcio, un estudioso de todo lo militar y que gozaba de un exhaustivo conocimiento de las unidades del ejército romano y de su ubicación, le había dicho que la XII Legión estuvo estacionada en Judea cuarenta años atrás. Como colonia de legionarios, Beirut atraía a los soldados jubilados, y el cuestor había confiado en encontrar veteranos de esa Legión que hubieran servido en Jerusalén en la época de la crucifixión del nazareno. Pero, para su disgusto, a pesar de haber llenado de anuncios la ciudad, no se presentó ningún veterano.

En cuanto a Sidón y Tiro, los nazarenos de Antioquía habían dicho a Callido que Jesús estuvo en ambas ciudades; pero las pesquisas en busca de gente local que lo conocieran o hubieran tenido algún contacto con él no dieron ningún fruto.

Desde Tiro, la expedición se alejó de la costa y se dirigió hacia el este por la carretera militar de Traconitis, una región gobernada por el rey Herodes Agripa II, y su capital, Cesarea de Filipo, sita cerca de la cabecera del río Jordán. Allí, el cuestor confiaba en que sus averiguaciones empezarán, por fin, a ofrecer resultados.

Al llegar ante la ciudad, la expedición giró al norte y siguió el curso del río Baniyas fuera de las murallas de la ciudad, con el monte Hermón elevándose en la distancia. La columna se dirigió hacia una zona de acampada identificada por el tribuno Venerio y por la patrulla de avanzada. Previamente, esta había presentado los respetos del cuestor al rey en su capital. Poco después, la columna principal se encontró en la carretera con un contingente militar capitaneado por el comandante de los ejércitos del rey, el general Filipo.

Era un hombre de larga nariz y piel cetrina, de negros cabellos que le llegaban al hombro y barba rizada, un estilo que estaba de moda entre los extranjeros en oriente.

A lomos de un gran caballo negro, el general Filippo dio la bienvenida a Varro en nombre del rey e hizo extensiva la invitación de este a los miembros de la Orden Ecuestre de la expedición para que acudieran a cenar a palacio aquella noche. De ese modo, el general recordaba al cuestor que el rey Agripa había sido nombrado miembro de la Orden Ecuestre años atrás por el emperador Claudio. La invitación del rey solo incluía a Varro, Marcio, Crispo y Venerio, aunque el cuestor opinaba que la presencia de sus dos secretarios le habría sido de mayor utilidad en una reunión con el rey. Sin embargo, la invitación era más una cuestión de protocolo que práctica. Varro aceptó cortésmente en su nombre y en el de sus colegas.

Esa noche acudieron al palacio real y cenaron con el rey y sus consejeros.

—¿Sabes, Varro? —dijo Ptolomeo, el tesorero de la corte de Agripa, mientras devoraba una codorniz asada rebozada con miel y sésamo—, ¡mi esposa estuvo a punto de morir a manos de esos rebeldes en Galilea, cerca de Magdala! —Ptolomeo consideraba que su condición era igual o superior a la de cualquier cuestor romano.

—¿De verdad, mi querido amigo? —repuso Varro intentando parecer seriamente impresionado—. Debió de ser terrible para ella y muy preocupante para ti.

El banquete tenía lugar en el palacio de invierno del rey, situado en un alto que dominaba la densamente poblada ciudad, en una sala de columnas que había sido amueblada con tres divanes circulares alrededor de una mesa redonda. Entre dos de ellos se había dejado un espacio para que circularan los sirvientes. Agripa se hallaba cómodamente reclinado en un extremo del círculo; Varro, en el otro. Con ellos se hallaban Marcio, Crispo y Venerio, que completaban los invitados junto con el tesorero Ptolomeo, el general Filippo, Syla, el jefe de la guardia personal del rey, y Bostar, un judío de Cirenaica de cabeza rasurada y labios finos, qué era el eunuco y chambelán de la hermana del rey, la reina Berenice.

Al fondo, una orquesta de esclavos tocaba suaves melodías con liras, flautas y un órgano de agua mientras una multitud de esclavos ataviados con lujosas túnicas púrpura se afanaban en torno a los comensales. La contenida cena, que consistía solo en siete ligeros platos, resultaba del agrado de Marcio.

Crispo y Venerio disfrutaban al verse tratados como personas importantes tras haber llegado al palacio con un ánimo más bien abatido, cada uno por sus particulares razones. Desde aquella sangrienta noche en el campamento de Laodicea, nadie había mencionado a Crispo ni una palabra de la sumaria ejecución de Fulvio, y el prefecto había seguido desempeñando sus tareas como de costumbre, aunque sospechaba que los hombres lo despreciaban, no tanto por haberse hecho chupar la polla como por haberse dejado sorprender in fraganti y haber sido humillado públicamente por Marcio. Aun así, no se trataba de un incidente que Julio Varro y el resto de sus expedicionarios fueran a olvidar. De igual modo, nadie había vuelto a comentar que Venerio hubiera sido amonestado en su primera noche ni que se hallara bajo la amenaza de un consejo de guerra si fallaba en el desempeño de su deber.

En la corte del rey Agripa, el grupo de Varro se presentó aparentando ser una

familia feliz, y los comensales estaban inmersos en charlas intrascendentes mientras devoraban los primeros platos. En un momento dado, el comandante Syla, un hombre de anchas espaldas y rostro marcado de viruela, presumió de que su rey, siendo joven y estando en Roma, había ayudado a Claudio a que reclamara el trono que había quedado vacante tras el asesinato del emperador Cayo, o Calígula, como era coloquialmente conocido, al dirigirse al Senado y negociar con la Guardia Pretoriana en nombre de Claudio. Varro se tomó el comentario con cierto descreimiento y repuso educadamente que no estaba al corriente de ese hecho. Inevitablemente, la conversación acabó girando en torno a la revuelta judía, que estaba fresca en la memoria de todos los presentes. Durante la charla, Ptolomeo comentó el tropiezo de su esposa con los insurgentes judíos.

—¿Y dices que ocurrió en Galilea, señor? —preguntó Crispo apartando la vista de una bandeja de tripas de cerdo.

—Cerca de Magdala —repuso el grotescamente obeso tesorero—. Regresaba a casa desde Jerusalén. Ocurrió al poco de comenzar la revuelta.

—En ese caso —intervino el joven Venerio—, tesorero, si fue en Galilea, los hombres que asaltaron a tu esposa tuvieron que hallarse bajo el mando de Flavio Josefo.

Al igual que muchos colegas romanos, el joven tribuno no sentía la menor simpatía hacia el antiguo general judío que se había convertido en leal consejero de Vespasiano y Tito.

—En efecto —convino Ptolomeo—. De no haber sido porque mi esposa es una experta jinete, aquella gente le habría rebanado el cuello. Al final, los bandidos se apoderaron de su reata con el equipaje que, dicho sea de paso, contenía toda su fortuna personal; fortuna que nunca recuperamos.

—¡Qué desgracia! —comentó Varro tras engullir una ostra con la ayuda de una cucharilla puntiaguda—. Ni que decir tiene que Marco Marcio, aquí presente, luchó contra los rebeldes en Magdala.

—¿Es cierto eso, tribuno? —preguntó el general Filippo con interés—. ¿Estabas con Tito en Magdala? Tengo entendido que en esa batalla solo empleó la caballería.

—En aquella época, yo era prefecto de la Caballería Dálmata —repuso Marcio con una sonrisa.

—Ah, naturalmente —contestó el general con una falsa sonrisa.

—Marco resultó gravemente herido durante los combates en Magdala —comentó Varro.

—No fue nada.

—Todavía sigues llevando clavada en la cadera aquella punta de flecha como recuerdo de la batalla —dijo Varro.

Marcio hizo un gesto de indiferencia.

—La verdad es que no me molesta. Prácticamente no me acuerdo de ella.

—Su majestad también resultó herido en el codo derecho durante el asedio de



Gamala —comentó Filipo con ánimo revanchista—. Por la piedra de una honda rebelde.

—Lo cierto es que, de no ser por el ejército de su majestad, los romanos lo habrían pasado mal en Galilea —añadió el jactancioso Syla—. Nosotros tuvimos un papel decisivo en esa campaña.

—Pues yo tenía entendido —replicó Venerio—, que doscientos de vuestra caballería de élite no solo capitularon en Jerusalén, ¡sino que se pasaron a las filas rebeldes! Una cobarde traición que provocó la matanza de toda una cohorte de legionarios romanos.

—Sí, pero eso ocurrió antes —dijo Syla, evidentemente incómodo.

—Sí, antes —se apresuró a añadir el general Filipo—, cuando la situación estaba completamente fuera de control. Ni siquiera su majestad fue capaz de convencer a los rebeldes de la locura que significaba su rebelión.

Venerio dejó escapar un desdeñoso gruñido.

—Sabemos que su majestad y su hermana hicieron todo lo humanamente posible para prevenir la revuelta —intervino Varro dispuesto a aplacar los ánimos, y mientras hablaba lanzó una mirada de advertencia a Venerio que hizo que este bajara los ojos.

—Y así fue. Y así fue —convino prestamente Ptolomeo.

—Sí, todo lo posible —repitió como un eco Filipo.

Varro observó al rey; Agripa apenas había hablado durante la cena. Parecía tener la mente en otra parte. De hecho, desde el momento en que lo había saludado, Varro había tenido la impresión de que Agripa era un hombre abatido.

—Majestad, Roma siempre ha apreciado tu lealtad —comentó dirigiéndose directamente al monarca.

—¿Humm? ¿Hablabas conmigo? —Agripa alzó la mirada de pesados párpados que había tenido un buen rato fija en el suelo. El monarca de cuarenta y cuatro años, nieto de Herodes el Grande, poseía una figura delgada y morena. Crecido y educado en Roma, donde su mejor amigo había sido Británico, el hijo de Claudio y hermanastro de Nerón, había adoptado los modos de Roma y, a diferencia de sus subordinados, iba bien afeitado y llevaba el cabello corto.

—Majestad —prosiguió Varro—, estaba diciendo que Roma aprecia tu lealtad.

—Eso supongo —suspiró Agripa.

Marco Marcio intervino.

—Para ti habrá tenido que suponer una gran decepción que los judíos no te hicieran caso y provocaran con ello la destrucción de Jerusalén.

—¿Decepción? —preguntó Agripa en tono ofendido—. ¡Mi querido tribuno, nadie se siente decepcionado por una catástrofe! ¡Se siente destrozado ante una catástrofe!

Con el rey de tan pésimo humor, Varro decidió que ya bastaba de charla intrascendente. Había ido hasta allí para formularle preguntas sobre el nazareno, y eso era lo que se proponía hacer antes de que Agripa perdiera todo interés en la

conversación.

—Majestad, mis colegas y yo nos dirigimos a Galilea y a Judea para investigar la muerte de Jesús de Nazaret, ocurrida hace ya bastantes años —empezó a decir.

—¡Ah! —En el rostro de Agripa apareció una expresión que Varro no supo si era de suspicacia o de curiosidad—. ¿Y por qué pretendes semejante cosa?

La pregunta cogió a Varro por sorpresa.

—Bueno, pues... Para dejar constancia cierta de lo sucedido, majestad. El general Collega desea que se aclare cómo ocurrió.

—¿Ah, sí?

—Hemos oído ciertos rumores difundidos por los seguidores del nazareno en los que se asegura que resucitó de entre los muertos —aclaró Varro.

—Sí, yo también los he oído —dijo Agripa con aparente desinterés.

—¿Crees en esa historia? ¿Tienes conocimiento de que exista algo que la fundamente?

—¿Y qué importa lo que yo crea? —suspiró Agripa. Levantó la copa de vino y tomó, contemplativo, un sorbo—. Encontrarás lo que debas encontrar.

Varro decidió plantear el asunto desde otro ángulo.

—¿Y tu padre? —preguntó—. ¿Tenía él alguna opinión del nazareno?

El padre del rey había sido Herodes Agripa I; durante un breve período fue el rey de Judea, hasta su prematura muerte. De eso hacía veinte años.

—Mi padre persiguió activamente a los seguidores del nazareno durante los tres años que gobernó Judea. Mandó ejecutar a uno de sus líderes, un tal Jacob Zebedeo, y encarceló a otro, un tal Simón Pedro.

—¿Simón Pedro? —preguntó Marcio, interesado. Por la carta de Lucio sabía que aquel hombre había sido uno de los lugartenientes del nazareno—. ¿Tu padre lo encarceló?

Agripa asintió.

—Sí, pero el prisionero logró escapar. Lo que fue de él después, no sabría decirlo. Yo mismo no he sido particularmente amigo de los nazarenos, pero tampoco he tomado medidas especiales para perseguirlos. Creo que mi papel es el de convertirme en guía del pueblo judío, no en su tirano. Lo que he intentado ha sido aconsejar, no imponer mi criterio. —Un tono amargo acompañó sus palabras—. Sin embargo, la mayoría de ellos decidió hacer caso omiso de mi consejo.

—¿De modo que no has tenido relación alguna con los nazarenos? —preguntó Varro.

—Muy poca. En una ocasión me entrevisté con un tal Pablo de Tarso, uno de sus seguidores. De eso hará unos diez o doce años.

—Pablo de Tarso. Sí, hemos oído hablar de él —terció nuevamente Marcio.

—Tenía la ciudadanía romana, pero, si no recuerdo mal, también se hacía llamar por el nombre judío de Saúl. Había sido puesto en custodia en Cesarea por Félix, el procurador, tras haber sido acusado de blasfemia por el Gran Sanedrín de Jerusalén.

—¿Y qué impresión te dio, majestad? —preguntó Varro.

—Me pareció un hombre piadoso. Un tipo persuasivo y un orador cautivador. En un momento dado de nuestra conversación casi llegó a convencerme de que había algo de cierto en sus palabras. —Una sonrisa apareció brevemente en los labios del monarca—. No lo consideré culpable de ningún crimen. Tengo entendido que el sucesor de Félix, Festo, lo envió a Roma para que Nerón atendiera su apelación. Sin embargo, una vez dicho todo esto, hay que añadir que Pablo no era más que un fanático. —Su expresión se endureció—. Aborrezco a los fanáticos de cualquier creencia, Varro. Los fanáticos son ciegos ante la realidad y sordos frente a la razón. Los fanáticos serán el fin de Israel.

Viendo la expresión de amargura que se había apoderado del rey, Varro intentó rápidamente desviar la conversación hacia el hombre que era el sujeto de su investigación.

—Así pues, majestad, ¿tú no creíste nunca que Jesús de Nazaret resucitara realmente de entre los muertos?

Agripa lo miró, ceñudo.

—¿Acaso no es eso lo que he dicho?

—Majestad, ¿puedo preguntarte qué sabes de sus antecedentes?

—Uno oye muchas cosas —contestó el rey encogiéndose de hombros—. Por lo que sé, su familia tenía vínculos con los fariseos, la comunidad religiosa más extensa. A diferencia de los saduceos, que dominaron el Gran Sanedrín hasta que fue destruido, los fariseos creen en la vida tras la muerte. El tal Jesús de Nazaret era primo de Juan Zacarías, que aseguraba ser el profeta. Los seguidores de Juan, que según me han dicho eran unos treinta mil, entre ellos su primo Jesús, lo llamaban el Bautista porque los bautizaba en el río Jordán.

—¿Y por qué hacía eso, majestad? —preguntó Crispo.

—¿Bautizarlos? Porque creía que con ese acto de inmersión lavaba sus pecados.

—Ojalá las cosas fueran tan sencillas —comentó Marcio.

El monarca le lanzó una mirada de desaprobación.

—El lavado de los pecados a cambio de arrepentirse y comprometerse a llevar una vida recta constituye un antiguo rito entre el pueblo judío, un rito con gran significado religioso.

—¿Y sabemos si Juan bautizó a Jesús de Nazaret? —preguntó Crispo.

—Se cree que sí.

Marcio dejó escapar una sonrisa.

—¿Un dios que reconoce arrastrar pecados? ¿Adónde va a llegar el mundo?

—¿Y qué fue del Bautista, majestad? —preguntó Varro.

—Fue decapitado por Herodes Antipas, mi tío abuelo, cuando este era tetrarca de Galilea.

—¿Por qué delito? —quiso saber Marcio.

—Juan se opuso públicamente a que mi tío abuelo se divorciara de la hija del rey

de Nabatea y que se casara con la viuda de su hermano. Aquello iba en contra de la ley judía.

—¿Y fue decapitado en vez de crucificado? —preguntó Marcio con sorpresa—. ¿Acaso el Bautista era ciudadano romano?

—No. La cuestión fue complicada. La prometida de Antipas, Herodías, pidió la cabeza del Bautista a través de su hija, Salomé, para silenciarlo definitivamente y poner fin así a las críticas hacia su matrimonio. Antipas se la concedió.

—La política de la espada —dijo Marcio severamente—. Nosotros, los romanos, sabemos de eso.

Hacía menos de tres años, el padre de Marcio, que había apoyado la fugaz figura del emperador Oto, se suicidó tras la derrota de este a manos de Vitelio. Poco después, la madre de Marcio y su hermana de diez años, que se habían refugiado en la propiedad que la familia tenía en Piceno, en el este de Italia, fueron asesinadas por seguidores de Vitelio que vagabundeaban por la zona.

Varro miró a Marcio por encima de la gran mesa circular y vio una expresión dolorida y distante en sus ojos. Ambos habían pasado las veladas durante la marcha desde Antioquía hablando de sí mismos y de sus familias. El cuestor estaba al corriente de cómo habían muerto sus seres queridos y no le costó adivinar cuáles eran en ese momento los pensamientos de su lugarteniente.

—Majestad —dijo Varro volviendo a centrar su atención en el monarca—, ¿puedo preguntarte qué fue de los seguidores del Bautista tras su ejecución?

—Tengo entendido que algunos se convirtieron en seguidores de Jesús, puede que uno de cada diez. La mayoría de ellos no parecía creer que el nazareno tuviera los mismos poderes proféticos que el Bautista.

—Así pues, Jesús tomó las riendas de la secta creada por el Bautista tras la muerte de este, ¿no? —resumió Varro.

El rey asintió como toda respuesta.

Al instante, Crispo formuló otra pregunta. Parecía estar sumamente interesado en el tema.

—¿Sabes, majestad, si Jesús también bautizaba a sus seguidores en el río Jordán?

—Creo que dejaba esa tarea en manos de sus subordinados.

—Majestad, ¿y qué sabes de las circunstancias que rodearon el arresto y la ejecución de Jesús? —preguntó Varro.

Agripa suspiró.

—No puedo aportar información en ese sentido, Varro. Yo solo tenía tres años por aquel entonces. Deberías preguntar a la gente que vivió ese momento.

—Sí, claro. —Varro parecía decepcionado.

—Pero, naturalmente, eso no quiere decir que yo no tenga mi propia opinión de la ejecución —ofreció Agripa.

Sorprendido e intrigado, el cuestor se inclinó hacia delante.

—¿Y es, majestad...?

—Para mí, está claro que Jesús de Nazaret intentó atenerse a las profecías de Moisés y de los profetas menores —declaró solemnemente el rey.

Varro estaba perplejo.

—Perdóname, majestad, pero no estoy familiarizado con el tal Moisés y aún menos con los profetas menores.

Agripa sonrió para sus adentros. Muchos romanos se consideraban hombres instruidos, pero en su opinión, sus conocimientos se ceñían a sus propios países, a sus costumbres y dioses. Buena parte de los miembros de la administración que habían acudido a esa parte del mundo lo habían hecho empapados de las nociones romanas y solamente habían conseguido chocar frontalmente con la sensibilidad de otras gentes que veían el mundo con distintos ojos.

—No te aburriré con una larga conferencia sobre el judaísmo, cuestor. Basta con que te diga que hace mucho mucho tiempo, quedó escrito que un hombre santo, un descendiente del antiguo rey de los israelitas, llegaría para salvar a su pueblo y convertirse en el nuevo rey. En hebreo, la gente llama a este hombre santo «el Mesías», o «el ungido», como dirías tú. En griego, se traduciría como «el *Christos*». El Mesías tendría un origen divino, y para demostrarlo sería crucificado y resucitaría tres días después de su muerte.

—Majestad, ¿dices que estas profecías son muy antiguas?

—Antiguas de muchos siglos —contestó Agripa—. Hasta el día de hoy, muchos judíos creen y confían en que la llegada del Mesías está por venir. Sin embargo, los seguidores del nazareno creen que Jesús de Nazaret era el Mesías auténtico.

—¿De modo que solo un puñado de judíos cree que el nazareno era divino? —inquirió Marcio.

—Sí, tribuno, esa creencia la sostienen solo algunos judíos y unos pocos gentiles, o no judíos —contestó Agripa—. Existen buenas razones para mostrarse escéptico ante la aseveración de que el nazareno era el Mesías. Unos pocos, los miembros de su familia además de sus seguidores más próximos, afirmaron haber visto a Jesús con vida tras la crucifixión, pero, si alguien ha demostrado su origen divino levantándose de entre los muertos, ¿por qué no demostrarlo a lo largo y ancho de todo el mundo?

—Es una buena pregunta, majestad —convino Marcio.

—Tenemos la carta de uno de los seguidores del nazareno —dijo Varro—; una carta en la que su autor declara que Jesús lo dispuso todo para ser crucificado.

Agripa contestó en voz baja.

—Como he dicho, mi parecer siempre ha sido que el nazareno se esforzó por actuar conforme a las viejas profecías y, en consecuencia, poder ser declarado el Mesías. Esa debió de ser la razón de que se entregara voluntariamente para ser ejecutado.

—Teniendo en cuenta que había atraído solamente a una pequeña parte de los seguidores del Bautista —dijo Marcio pensando en voz alta—, el nazareno seguramente pensó que, si no hacía algo realmente notable, como por ejemplo

reclamar para sí la condición de Mesías o *Christos*, siempre sería visto como un simple discípulo del Bautista. Como un soldado, no como un general.

—El pueblo judío siempre ha estado dividido en distintas sectas y falsos profetas —declaró Agripa, muy serio—. Está en la naturaleza de su fe que sean tentados a lo largo de las épocas para que se aparten del recto camino. Así serán puestos a prueba por los cielos.

—¿Un falso profeta? —preguntó Varro—. ¿Crees, majestad, que la mayoría de los judíos consideran que el nazareno lo era?

—Soy yo el que lo supone, cuestor. No puedo hablar por boca de todos los judíos. Varro cambió de postura en el diván y se aproximó al monarca.

—Majestad, en el más estricto secreto, puedo revelarte que el objetivo de mi misión consiste en demostrar que ese Jesús de Nazaret no resucitó. ¿Hay algo que puedas aconsejarme, alguna línea de investigación que deba seguir, que pueda ayudarme en mi tarea?

Durante un rato, Agripa miró al cuestor sin responder mientras fruncía los labios como si meditara la respuesta.

—Mi buen amigo Flavio Josefo y yo hemos hablado de este asunto extensamente —dijo al fin—. Si fuera tú, cuestor, me plantearía dos preguntas: primero, ¿puedo encontrar testigos que declaren que aquellos que juraron haber visto a Jesús y hablaron con él tras su muerte mienten? En otras palabras: ¿puedo demostrar que el nazareno lo organizó previamente con sus colaboradores para que estos se inventaran lo de su resurrección tras su muerte con el fin de que de ese modo concordara con las profecías y quedara así confirmado el mito de su divinidad?

Varro asintió.

—Debo admitir —dijo, pensativo— que me he preguntado cómo es posible que los seguidores del nazareno aceptaran la historia de su resurrección con tan pocas pruebas que la respaldaran. Los nazarenos de Antioquía parecen creer en ella implícitamente; sin embargo, nadie fue capaz de decirnos por qué. Una persona racional debe llegar a la conclusión de que es necesaria una gran dosis de fe o de credulidad para aceptar que un hombre es capaz de alzarse de entre los muertos sin pruebas que lo demuestren. Las probabilidades apuntan a que esta historia no es más que el resultado de una confabulación. Así pues, tienes razón, una de las líneas de investigación consiste en demostrar que los testigos mintieron. ¿Cuál es la otra pregunta, majestad?

—La otra pregunta que debes formularte, cuestor, es esta: ¿organizó Jesús su propia muerte de tal modo que no estaba en realidad muerto cuando fue bajado de la cruz? Naturalmente, tal cosa le habría permitido aparecer ante sus seguidores varios días después de ser ejecutado y demostrar que se ajustaba a la profecía.

Los cuatro romanos miraron al monarca con una expresión de sorpresa que bordeaba la perplejidad. Ninguno había tenido en cuenta semejante posibilidad.

—¿Y cómo pudo lograr tal cosa? —preguntó Varro.

—¿Estás diciendo, majestad, que la ejecución fue un montaje? —inquirió Marcio, incrédulo.

Agripa hizo un gesto de impotencia.

—Simplemente digo, tribuno, que esa es una pregunta que es necesario plantearse.

—¿Cómo pudo haber sido la crucifixión un montaje? —planteó Marcio, sin disimular su creciente enfado—. Sin duda, tal cosa habría requerido la complicidad de las autoridades romanas de Jerusalén. ¡Se trata de una grave acusación!

—Yo no podría decir cómo se hizo —repuso Agripa fríamente—, me limito a señalar que esa posibilidad debe ser investigada. Cabría preguntarse adónde fue el nazareno tras su supuesta ejecución; si realmente resucitó, ¿por qué puso fin a sus enseñanzas de forma tan brusca? Según mi experiencia, los fanáticos siempre necesitan a su público. No dejarán de proclamar sus doctrinas a los cuatro vientos haciendo caso omiso de las posibles consecuencias. Como ya he dicho, los fanáticos son ciegos a la realidad y sordos a la razón.

—Si no murió en la cruz —dijo Varro expresando sus pensamientos en voz alta—, entonces es posible que consiguiera lo que dices, majestad. El nazareno podría haberse ocultado o podría haber abandonado la provincia. De haberlo localizado de nuevo lo habrían detenido y vuelto a ejecutar.

—¡Ah! —exclamó Marcio con una amplia sonrisa—, pero si era realmente el dios que sus seguidores aseguraban que era, el nazareno no podía morir ni ser matado. Podríamos haberlo clavado en una docena de cruces y habría resucitado una y otra vez, ¿verdad?

Venerio, que se había estado mordiendo la lengua desde que Varro lo había fulminado con la mirada, momentos antes, soltó una risotada. Luego, al ver que nadie lo seguía, borró la sonrisa de su cara y volvió a bajar la vista.

Se produjo entonces un incómodo silencio. Todos los invitados habían dejado de comer, y Varro se percató de que ninguno de los acompañantes del rey había tomado parte en la conversación sobre el nazareno. Se preguntó si sería por deferencia hacia Agripa, si se debía a que no deseaban entrar en especulaciones sobre la muerte de Jesús o si existía alguna otra razón.

Agripa dejó entonces la servilleta a un lado y se puso en pie. Parecía haber tenido suficiente con la conversación y la comida; ahora se marchaba. Sus ocho invitados se pusieron respetuosamente en pie.

—En mi opinión —dijo el rey—, Jesús de Nazaret era un hombre sabio y piadoso, un maestro bienintencionado, un hombre con un don profético y talento para el engaño. Nada más. —Lanzó una rápida mirada a los presentes—. Os deseo éxito en vuestras pesquisas, señores.

Agripa hizo una pausa para permitir que los sirvientes lo ayudaran a ponerse las babuchas. Luego, cruzó el suelo de losas y salió. Tras su marcha, Varro y Marcio intercambiaron una mirada compartiendo la misma idea: ¿era realmente posible que

el nazareno, tal como Agripa insinuaba, hubiera fingido su muerte?



## LA JUGADA DE LA REINA BERENICE

*Cesarea de Filipo, capital de la tetarquía de Traconitis.*

*Marzo del año 71 d. C.*

Los dos romanos yacían desnudos salvo por una gruesa capa de barro gris. Tras haber sudado copiosamente arrojándose una pelota medicinal, Varro y Marcio habían ido pasando por las distintas secciones de la casa de baños de Cesarea de Filipo, el baño frío, el tibio y el caliente. Después, se habían tumbado en las mesas, uno al lado del otro y boca abajo, mientras unos esclavos los embadurnaban con lodo para posteriormente quitárselo rascándolos con afilados instrumentos hechos de hueso animal.

—¿Dónde está Crispo? —preguntó Varro mientras soportaba el incómodo tratamiento—. Esperaba verlo en los baños. No hay que permitirle que se esconda.

—Lo mandé a que acompañara a tu hombre, Callido —repuso Marcio.

Aquella mañana, el cuestor había ordenado que se colgaran anuncios por toda la ciudad pidiendo que se presentase todo aquel que conociera las circunstancias que habían rodeado la muerte de Jesús de Nazaret, durante el reinado de Tiberio. Según la carta de Lucio, el nazareno y sus seguidores habían estado en Cesarea de Filipo y en otras localidades vecinas para captar adictos, de modo que existía la posibilidad de que alguien allí tuviera información.

—Además —prosiguió Marcio en tono divertido—, Crispo no necesita una casa de baños. Me ha informado de que esta mañana se ha dado un baño en el río Jordán.

—¿En el río Jordán? —se sorprendió Varro—. ¿Sabe nadar?

Marcio se encogió de hombros.

—Seguramente sabe nadar tanto como componer versos.

—Pero ¿por qué una zambullida en el Jordán?

—Parece ser que los judíos creen que las aguas del Jordán tienen ciertos poderes —sonrió Marcio—. Le he preguntado a nuestro gañán si creía que el chapuzón lo lavaría de todo pecado.

Varro frunció el entrecejo.

—Escucha, Marco, el tropiezo de Crispo aquella noche es cosa del pasado —dijo en tono de desaprobación—. Déjalo en paz.

—Como quieras —contestó el tribuno sonriendo aún.

El cuestor se percató entonces de que el jefe de los esclavos estaba de pie, cerca.

—¿Qué ocurre, Hostilis?

—Señor, Bostar, el chambelán de su majestad la reina Berenice, quiere hablarte —le comentó el esclavo.

Las casas de baños eran lugares habituales de reunión para negocios y encuentros sociales.

—Muy bien. Envíamelo —repuso el cuestor.

Hostilis se retiró.

—¿Y tú, Julio, sabes nadar? —preguntó Marcio mientras los esclavos seguían aplicándoles el tratamiento de barro.

—Un poco. Mi niñera creyó que debía aprender. ¿Y tú?

Marcio negó con la cabeza.

—Al igual que tantos romanos, solo tolero el agua en los baños. Los viajes por mar me dejan frío. —Se quedó pensativo un momento—. ¿Sabías que Julio César se salvó durante una batalla contra los alejandrinos nadando hasta ponerse a salvo, después de que sus hombres hubieran hecho zozobrar el bote en el que iban?

Varro asintió.

—Sí, lo leí en sus *Comentarios*.

El cuestor no era un estudioso tan ávido como Marcio de la historia militar, pero, al igual que el tribuno, había leído las campañas de César.

—Bueno —continuó Varro—, no es que lo ponga en duda, pero lo más probable es que en esos momentos vistiera la coraza completa, con lo cual se habría hundido como una piedra.

Marcio se echó a reír.

—Desvergonzado, directo e inquisitivo. Amigo mío, creo que tienes todas las cualidades para ser un cínico<sup>[1]</sup> de primera.

Poco después, apareció Bostar, el alto y huesudo eunuco. Iba ataviado con una túnica de color azafrán con el cuello bordado con hilo de oro. Su calva cabeza brillaba de sudor.

—Saludos, Bostar —dijo Varro, tumbado en la mesa del rascador.

El chambelán hizo una reverencia.

—Te traigo saludos de su majestad, la reina Berenice —dijo formalmente tras incorporarse, expresándose en griego y sin mirar al desnudo cuestor—. Su majestad te ruega que cenes esta noche con ella, en su palacio.

Varro miró a su amigo, el tribuno.

—¿Yo solo? —preguntó con un rastro de preocupación en la voz. Sabía que la reina tenía fama de ser una mujer de una belleza seductora que había estado casada tres veces y que había sido amante de Tito, el hijo del emperador, durante los últimos cuatro años.

—Tú, el tribuno Marcio y el prefecto Crispo, señor.

—Ah. —Varro se sintió aliviado. La idea de una cita a solas con la reina no le había gustado porque no creía estar al mismo nivel que Tito—. ¿Y el joven Venerio no? —preguntó—. También es tribuno de Roma.

—Él no, señor. La invitación es únicamente para los tres. No incluye a Cayo Licinio Venerio.

Varro no podía imaginar por qué razón el tribuno de segunda categoría había sido excluido, pero tampoco importaba.

—Bien. Mis colegas y yo estaremos encantados de aceptar la amable invitación de su majestad la reina.

—Así informaré a su majestad. —Bostar decidió entonces prescindir de formalidades y bajó la vista—. Si se me permite decirlo, cuestor, su majestad ha estado muy deprimida desde que Tito se marchó. Será un estímulo para ella tener a unos oficiales romanos a cenar. —Miró brevemente a Marcio—. Particularmente a oficiales que han luchado junto a Tito Vespasiano. —Sus almendrados ojos se volvieron hacia Varro—. ¿Sería posible que vuestra excelencia llevara algún tipo de entretenimiento para el banquete? Su majestad necesita que la animen.

—¿Entretenimiento? ¿Qué clase de entretenimiento, Bostar?

—Su majestad es de gustos refinados.

—Ya veo... —Varro tuvo una idea—. Sí, claro. El prefecto Crispo es un reconocido poeta; ha publicado mucho. Él recitará para la reina.

Las facciones de piedra del eunuco dieron paso a una amplia sonrisa.

—Eso sería de lo más conveniente, señor. Debemos hacer todos los esfuerzos posibles para ayudar a su majestad a apartar de su mente los pensamientos pesarosos.



El palacio de la reina Berenice se hallaba junto al de su hermano. Estaba separado por una respetuosa distancia en la pendiente, pero era igual de elegante y romano. Como Agripa, Berenice tenía raíces judías y gustos romanos. Y como Agripa, también había sido una astuta participante en la escena política: había intercedido, ante los procuradores romanos en Judea, a favor de los judíos de la provincia en las frecuentes disputas que surgían entre los habitantes judíos y los gentiles y entre los judíos y las autoridades romanas. Y todo ello permaneciendo leal a Roma. Tanto ella como su hermano habían conservado un palacio en Jerusalén que solían visitar con frecuencia. Pero, en esos momentos, lo mismo que la ciudad de Jerusalén en su conjunto, los palacios de ambos hermanos habían quedado reducidos a escombros.

Al llegar a la residencia de invierno de la reina, Varro y sus dos acompañantes fueron llevados a una sala comedor donde destacaba un estanque en el que flotaban nenúfares amarillos. Los grandes muros aparecían decorados con murales que ilustraban escenas rurales y agrícolas. Tres divanes de oro macizo habían sido dispuestos formando la tradicional «U» alrededor de una mesa baja rectangular. Un coro femenino, anónimo tras sus máscaras, ocupaba un balcón mirando al salón; cantaba austeras canciones griegas sin acompañamiento alguno. Sus voces resonaban en las altas paredes y en las columnas de mármol. En la puerta, los oficiales romanos fueron recibidos por numerosos sirvientes, todas mujeres y todas modestamente

vestidas. Siguiendo la costumbre de los hogares —tanto ricos como pobres— de todo el orbe romano, las mujeres quitaron el calzado a los hombres, les lavaron los pies y les pusieron zapatillas.

Deliberadamente, Varro no prestó atención a las sirvientas mientras desempeñaban su tarea ya que se consideraba embarazoso, tanto para el esclavo como para el visitante, que se cruzaran la mirada. Por su dignidad y para tranquilidad de las sirvientas, el cuestor charló con sus acompañantes como si ellas no estuvieran.

Cuando la muchacha que lo atendía hubo acabado, otra más mayor se acercó a Varro y, tomándolo de la mano, lo guio hasta su lugar ante la mesa del banquete. Durante un instante, mientras él ponía su mano en la de ella, los ojos del romano y la esclava se cruzaron; Varro se sintió impresionado por la increíble belleza de la joven. Se debía a algo más que al hecho de que no hubiera visto a ninguna mujer sin velo durante semanas, desde que había ido a visitar a Octavia a casa del padre de esta, en Antioquía. La muchacha esclava era realmente hermosa. Su suave y morena piel parecía relucir. Sus negros cabellos, trenzados y recogidos en lo alto de la cabeza como las matronas romanas, brillaban de vitalidad. Tenía el rostro perfectamente proporcionado de una diosa, y unos enormes ojos que parecían atrapar a Varro como una red. Entonces, ella sonrió. La impresión lo dejó casi sin aliento; fue una sensación muy extraña, distinta a cualquier otra que hubiera experimentado en su vida.

Nunca había tenido habilidad para determinar con precisión la edad de las mujeres y, por lo tanto, no estaba seguro de si la joven pasaba de los veinte. Fascinado, se dejó llevar hasta uno de los divanes, en el lugar de honor, a la izquierda y al lado del bajo fulcro. Allí, la esclava le soltó la mano, y en esa separación Varro tuvo la sensación de que saltaban chispas. Ella le entregó una servilleta que él aceptó, encandilado. Acomodándose de costado sobre el codo izquierdo en los cojines del diván, la contempló alejarse y fue girando la cabeza mientras la muchacha caminaba silenciosamente y se perdía más allá del estanque ornamental.

—Hay que reconocer el mérito de la reina —dijo Marcio mientras se reclinaba al lado de su amigo tras haber sido conducido a su sitio por otra exótica belleza—. No se puede criticar su gusto en la elección de sus sirvientas. Estas mujeres son una fiesta para la vista. ¿No opinas tú lo mismo, Julio?

—Perdona, ¿qué? —dijo Varro volviéndose a su pesar para mirar a Marco.

—Grandes bellezas, Julio —dijo el tribuno haciendo un guiño—. Berenice se rodea de lindas bellezas.

—Sí —asintió Varro—. Bellezas.

—Me pregunto si la reina será tan guapa como dicen —comentó Crispo en voz baja mientras ocupaba su lugar cerca de Marcio.

Secretamente también se preguntaba si la reina apreciaría sus poemas. Había seleccionado las que creía que eran sus ocho mejores composiciones cortas para recitarlas aquella noche como contribución de los romanos a los pasatiempos de la

cena, composiciones que sabía de memoria. Todas sobre temas amorosos.

—Tengo entendido que ya ha cumplido los cuarenta —dijo Marcio— y que, como es de esperar, ya no está en su mejor época.

Mientras hablaba, las cortinas del extremo más alejado de la sala se abrieron y una elegante mujer entró arrastrando tras ella la cola de un resplandeciente vestido bordado con hilo de oro. Varias doncellas la seguían y se ocupaban de la cola. Bostar, el chambelán, iba detrás. Los tres romanos se pusieron rápidamente en pie.

—Buenas noches, señores —dijo la reina Berenice al llegar al diván central—. No tengo palabras para contar lo feliz que me siento de que hayáis podido venir a cenar conmigo. Hay tan pocos caballeros romanos por aquí...

Dicho lo cual, se reclinó en el diván mientras las sirvientas le recogían y arreglaban el vestido.

Berenice contaba cuarenta y tres años de edad. Había tenido dos hijos de su segundo marido, el rey Herodes de Calcis, una vez cumplidos los veinte; aun así, no aparentaba tener más de esa edad. Su piel era suave y en ella no se veían imperfecciones ni arrugas. Se rumoreaba que el secreto de tan impecable condición residía en un ungüento de Canopus, una ciudad de Egipto que era famosa desde hacía siglos por producir un aceite especial para embalsamar y conservar a los muertos. Los ojos eran la joya que coronaba la belleza de la reina: enormes, casi como platos, dominaban su rostro atrayendo la atención del observador y haciendo que este se olvidase de que su nariz resultaba un poco demasiado larga en comparación con el resto de su rostro.

Cuando sonreía tan encantadoramente como hacía en esos momentos, era como si la estancia se iluminara a su alrededor. En esos primeros instantes, mientras se dejaban envolver por el resplandor de la reina Berenice, Varro y sus acompañantes comprendieron por qué Tito se había enamorado de una mujer trece años mayor que él.

—Para mis colegas y para mí supone un placer poder disfrutar de tu hospitalidad, majestad —elijo Varro.

—Entonces, todos disfrutaremos de una agradable velada, cuestor —repuso jovialmente Berenice mientras se ponía cómoda y los sirvientes se retiraban. Hizo un gesto a sus invitados para que volvieran a ocupar sus posiciones y, mientras todos se reclinaban, Bostar hizo lo mismo en el tercer diván.

El vino y la comida empezaron a afluir a la mesa llevados desde las cocinas de palacio por filas de esclavos. Las tres sirvientas que habían recibido a los romanos y los habían guiado hasta sus lugares reaparecieron y ocuparon su lugar como sirvientas personales de los invitados, para atender cualquiera de sus necesidades durante la cena. De ese modo, la belleza que había acompañado a Varro a su sitio, la joven de magnéticos ojos, se convirtió en su silenciosa acompañante durante toda la noche. El cuestor no le quitó la vista de encima mientras ella le acercaba una bandeja de púrpuras ciruelas de Damasco y ponía la fruta ante él.

—Tengo entendido, Marco Metelio Marcio, que estabas con Tito Vespasiano cuando luchó contra los rebeldes en Magdala —dijo la reina mientras mordisqueaba un dátil.

—Sí, majestad —repuso Marcio tomando una ciruela—. Serví a sus órdenes en las batallas de Magdala y Tiberíades.

—¿Lo acompañabas cuando sufrió la herida?

—Sí, majestad. Me hallaba de pie, junto a él. A una distancia no mayor de la que me separa ahora mismo del chambelán Bostar.

—Me contaron que fue una piedra. La verdad es que él no me dijo una palabra. Lo único que sé es que le dejó el brazo un poco debilitado.

—Sí, majestad, fue una piedra lanzada por una honda rebelde desde los muros de la ciudad, un proyectil del tamaño de vuestra mano. —El tribuno contempló las manos de la reina y, al ver que eran diminutas, añadió levantando la derecha en un puño—: Bueno, mejor del tamaño de las mías. Lo hirió aquí. —Se tocó el bíceps del brazo izquierdo—. En la zona desprotegida del brazo. El impacto fue lo bastante fuerte para derribarlo. Todos corrimos hacia él, pero se puso rápidamente en pie y apartó al médico mientras nos decía que nos ocupáramos de nuestras cosas. De sus labios no salió ni una palabra de queja ni entonces ni después.

—No es de los que se quejan —dijo Berenice en un tono lleno de orgullo y afecto.

—Vuestra majestad debe de echar de menos a mi señor Tito ahora que ha vuelto a Roma —comentó Marcio.

Varro dio un codazo a su compañero en las costillas. Resultaba obvio que Berenice añoraba a su amante, pero era una muestra de insensibilidad recordarle que Tito se hallaba en camino hacia Roma tras haberla dejado a ella en Oriente.

—Nuestro señor Tito alegró los días de todos nosotros con su presencia —intervino diplomáticamente Bostar.

—Sí —repuso la reina con un suspiro de tristeza—, iluminó nuestras vidas.

—Anoche, majestad, disfrutamos cenando con tu hermano, el rey Agripa —dijo Varro rápidamente para cambiar de tema y concentrarse en la conversación, intentando olvidarse de ese modo de la bellísima joven; la tenía tan cerca que, a menudo, bebía el perfume que emanaba de su piel.

—Creo que durante la cena preguntaste a mi hermano sobre Jesús de Nazaret, cuestor.

—En efecto, así fue, majestad. El gobernador en funciones, el general Collega me ha enviado para que investigue las circunstancias que rodearon la muerte del nazareno.

—Eso tenía entendido. —La mirada de la reina destelló brevemente hacia Bostar delatando a su fuente de información sobre los romanos y su misión.

Varro tomó nota mental. Aquel chambelán debía de tener algo más que una influencia superficial sobre la reina; se recordó que nunca daba buen resultado

menospreciar el secreto poder de los sirvientes, por muy serviles o discretos que fueran.

—Tenía la esperanza de poder encontrar algún habitante en vuestra hermosa ciudad que pudiera haber estado en Jerusalén en la época de la muerte de Jesús —explicó Varro.

—¿Hace cuarenta años? —preguntó la soberana con un ligero fruncimiento del entrecejo—. Me parece que es un lapso de tiempo demasiado largo para que algún testigo haya sobrevivido, cuestor. ¿Se ha presentado alguien?

—Todavía no, majestad; pero es pronto aún.

—Te deseo éxito en tu misión, cuestor, pero dudo mucho que consigas averiguar algo significativo. ¿Te diriges hacia Jerusalén?

Varro asintió mientras la belleza le llenaba la copa con vino y agua a partes iguales.

—A su debido momento, majestad.

—Allí no queda nada, cuestor —dijo la reina con un deje de resentimiento—. Ya no. La ciudad ha desaparecido. El templo ha desaparecido. La gente está muerta y los que no lo están, han huido o se hallan cargados de cadenas.

—No puedo hacer otra cosa que buscar la verdad allí donde se encuentre, majestad.

—¿La verdad? —preguntó la reina enarcando las cejas—. ¿En qué verdad creemos, cuestor? Uno debe creer en lo que decide creer y tiene que hacer lo que su conciencia le dicte. —Tomó un sorbo de vino—. Tengo entendido que tu padrino es Licinio Muciano.

—Sí, majestad. Llegué a Siria como cuestor suyo.

—¿Y piensas regresar pronto a Roma?

—En el nuevo año.

—¿Cuando llegue Cesenio Peto?

—Sí, majestad —asintió Varro.

La reina estaba muy bien informada. El cuestor pensó que seguramente mantenía una comunicación regular con Tito y que este la tenía al corriente de las decisiones sobre nombramientos y destinos que tanto él como su padre pudieran tomar.

—¿Y eso será en primavera o en verano?

—Probablemente en verano, majestad.

—Peto traerá con él la VI Legión Gálica para tenerla de nuevo estacionada en Siria, ¿no es así?

—En efecto, majestad. No se espera que la sexta esté lista para emprender la marcha hacia oriente antes de la próxima primavera.

—Tras lo cual embarcarás hacia Roma, ¿verdad? Sin duda te alegrarás de poder volver a casa, cuestor.

Ante ellos, las bandejas de fruta estaban siendo sustituidas por otras con pescado fresco de los lagos del sur.

—Sí, majestad —convino Varro—. Ha sido un destino largo y azaroso.

—¿Tienes familia en Roma? ¿Responsabilidades? ¿Padrinazgos familiares?

—Como bien dices, retomaré las responsabilidades paternas en los padrinazgos de la familia.

—A partir de ahora estarás en mucha mejor posición para atenderlos. Antes no eras más que un caballero romano con un antiguo cónsul como padrino. A partir de ahora, Julio Terencio Varro, eres el protegido del más leal y poderoso de los consejeros del emperador.

—Sí, majestad, así es.

—Debes de disfrutar de una magnífica relación con tu padrino.

—Una excelente relación, en efecto. Hay quien encuentra que Licinio Muciano es un hombre difícil...

—Sí, puedo dar fe de ello —contestó la reina lavándose las manos.

—Yo, personalmente, siempre he disfrutado de la más cordial de las relaciones con él.

—Eso es porque eres hombre, cuestor. Un hombre joven y atractivo.

Varro había oído rumores de que a Muciano no le gustaban las mujeres, y que sus preferencias sexuales lo inclinaban hacia los hombres y los muchachos; pero nunca había visto nada que lo demostrara en los años que llevaba a su lado. Incluso había oído decir que Muciano y Tito habían mantenido relaciones sexuales; sin embargo, nunca lo había creído, y pensaba que la reina Berenice seguramente tampoco.

—Solo puedo hablar de lo que sé, majestad, y siempre he encontrado en Licinio Muciano al más generoso y agradable de los padrinos.

—Me alegro —contestó Berenice, que empezó a comer delicadamente con los dedos una loncha de pescado—. Cuestor, estoy planteándome ir a Roma a reunirme con mi señor Tito —anunció.

El cuestor pensó que la reina o bien añoraba tanto a Tito que se disponía a viajar hasta Roma como una mascota a la que hubieran rechazado, o bien había planeado con el hijo del emperador hacer el viaje y reunirse con él en la capital. De un modo u otro, resultaba interesante. Según la ley romana, Berenice, una extranjera, nunca podría casarse con un romano. Tito no podría convertirla en su esposa. Como mucho, Berenice solo podía aspirar a ser su amante, a menos que Tito decidiera saltarse la ley. Eso era algo que presentaba las mismas connotaciones que la desastrosa unión entre la reina egipcia Cleopatra y su amante romano, Marco Antonio. Varro comprendió que debía andar con mucho cuidado con Berenice y medir bien qué decía. Las circunstancias requerían la más alta diplomacia.

—Estoy seguro, majestad, de que serías bienvenida en Roma —declaró—. Tal como corresponde a tu categoría real.

—Es lo que sería de esperar. Así pues, decidme, señores, ¿creéis que debería seguir a mi señor Tito hasta Roma?

La pregunta tomó a los invitados por sorpresa. Los tres miraron a la reina sin



saber qué respuesta dar. A Varro se le ocurrió entonces que cabía la posibilidad de que Berenice ya hubiera hablado del asunto con Tito.

—Tribuno Marcio —insistió la reina—, ¿crees que sería sensato por mi parte seguir a Tito hasta Roma? ¿Cómo me vería el pueblo de Roma si decidiera hacer tal cosa?

—Bueno, yo... majestad, no sé... —balbuceó Marcio mirando a Varro.

La reina Berenice se volvió hacia el vecino del tribuno.

—¿Y tú, prefecto? ¿Cuál es tu opinión? ¿Crees que el Senado se disgustaría con mi presencia si decidiera establecer mi residencia en Roma? —De nuevo, sus ojos se dirigieron a Bostar, esa vez con un destello de reproche—. Tal como algunos me aconsejan... —añadió en beneficio del chambelán.

Crispo palideció.

—La verdad, majestad, es que como simple prefecto no me atrevo a dar una opinión sobre cuál sería la actitud de nuestros padres de la patria —repuso.

Impaciente ante la falta de respuestas, la reina volvió su atención hacia Varro.

—Cuestor, dime, ¿debería ir a Roma? Pensaba que quizá podría tomar uno de los barcos que parten hacia Italia en verano. De ese modo, habría un lapso considerable entre la llegada de mi señor Tito y la mía. ¿Debería tomar rumbo a Brindisi o desembarcar en Miceno y, después, continuar por tierra hasta Roma? ¿O quizá debería ir directamente a Ostia y tomar una barcaza para remontar el Tíber como hacen tantos nobles romanos? Aunque quizá lo mejor sería hacerme con una casa en Brindisi y enviar desde allí un mensaje a mi amor diciéndole que he llegado y esperar que me llame a Roma... —Se inclinó hacia Varro con mirada expectante—. ¿Qué me dices, cuestor?

Varro vaciló. Pensó que si el hijo del emperador no hábil dispuesto las cosas para que Berenice lo siguiera, se debía a que tenía sus razones. Era necesario evitar tanto el disgusto de Tito como un incidente diplomático para Roma. Entonces se le ocurrió la respuesta.

—Majestad, creo que el emperador estaría encantado de que tú y tu hermano visitaseis Roma en el momento adecuado.

—¿Mi hermano el rey? Ah, desde luego.

Obviamente, la reina había pensado en hacer el viaje sola. Incluir a Agripa supondría una incomodidad para ella, pero, tratándose de una visita oficial de un rey y una reina, sería menos probable que molestara a las autoridades de Roma. Sin embargo, un viaje de aquella naturaleza requeriría previamente una invitación manifiesta del Palatino, lo cual podía llevar mucho tiempo.

—Sí, claro —prosiguió Berenice en un tono ausente que delataba su desengaño—. En el momento adecuado, como dices.

—En cuanto al momento exacto de emprender tal empresa, no sabría precisarlo —añadió Varro—. Al no estar en Roma ni conocer la situación allí comprenderás que... —Su voz se apagó. ¿Qué más podía decirle? Extendió las manos esperando un

lavados.

Berenice se incorporó, como vigorizada por una nueva idea.

—Cuestor, estás en lo cierto, desde luego —dijo asintiendo vigorosamente—. Sí. Este año sería demasiado pronto. Quizá el próximo, cuando el César y Tito hayan dominado la situación en Roma y todos los problemas que los asedian en estos momentos. Tienes una buena cabeza sobre esos hombros, cuestor. No me extraña que Licinio Muciano y Cneo Collega hayan depositado tanta confianza en ti.

—Gracias, majestad —Varro sonrió, incómodo.

Sus ojos se posaron en la hermosa sirvienta mientras esta derramaba agua sobre sus dedos con una mano y sostenía un cuenco bajo ellos con la otra. Deseaba tocarla, aunque solo fuera para convencerse de que era real, pero no se atrevió.

—La cuestión es —siguió reflexionando Berenice—, ¿cómo sabemos cuál es el momento oportuno para viajar a Roma? —miró a Varro en busca de consejo; luego, su mirada fue hasta la sirvienta del cuestor. La reina sonrió y dijo—: Se llama Miriam.

Los ojos de Varro se apartaron de la esclava y se posaron en la reina.

—¿Cómo dices, majestad?

—La esclava. Su nombre es Miriam. Guapa, ¿verdad?

—Sí, desde luego, majestad —contestó el cuestor visiblemente incómodo—. En realidad no...

—Es tuya.

Varro parpadeó.

—Disculpa, majestad, no sé si...

—La esclava es un regalo, un regalo que te hago en agradecimiento por el buen consejo que me has dado.

El cuestor miró brevemente a la joven. Visiblemente desconcertada, Miriam no osaba devolverle la mirada. Varro volvió su atención a la reina.

—Majestad, eres muy generosa, pero no necesito una sirvienta. Todos los miembros de mi expedición son hombres.

—No aceptaré un «no» por respuesta, cuestor. —Dicho eso, la reina hizo un gesto a la esclava para que se acercara. La joven corrió a los pies de su señora para que Berenice le susurrara algo al oído. Mientras escuchaba, la sirvienta asintió impasiblemente.

Marcio se aproximó a su amigo.

—Acepta el regalo, Julio —lo apremió entre susurros—. Es lo más diplomático.

—Sería incómodo tener que cargar con una esclava —insistió Varro en voz baja.

—Sé elegante, amigo mío, y acepta a esa belleza. Cuando nos hayamos marchado de aquí podrás hacer con ella lo que quieras, venderla, llevártela a la cama, ahogarla o... incluso regalársela a uno de tus amigos —dijo con un guiño.

—Bien, Miriam será llevada a tu campamento mañana —anunció la reina mientras la esclava, con el rostro vacío de cualquier expresión, se incorporaba y

reanudaba sus tareas. Berenice miró al chambelán—. Dispónlo así, Bostar —le ordenó.

—Como su majestad ordene —repuso formalmente el eunuco.

—Su majestad es muy generosa —dijo Varro plegándose al deseo de la reina con un suspiro.

—Ahora, cuestor, hay un favor que podrías hacerme —sentenció la reina.

Varro sintió que el miedo lo invadía. ¿Qué podía desear la soberana en compensación?

—Tú dirás, alteza... —contestó lleno de aprensión.

—Es evidente que necesito a alguien en Roma para que sea mis ojos y mis oídos, Varro. Alguien con buenos contactos, alguien que pueda enviarme mensajes advirtiéndome sobre el momento adecuado para presentarme ante el César o partir hacia Roma, alguien que me tenga al corriente de si el ambiente allí es propicio para una cosa o para ambas. Y no se me ocurre nadie mejor situado que alguien apadrinado por Licinio Muciano. Quiero que seas mis ojos y oídos, Julio Varro.

—Ah. —El cuestor se sentía como un animal atrapado en un cepo.

—Ni Licinio ni nadie más debe saber de este acuerdo. Será nuestro pequeño secreto. —La reina lanzó una mirada de advertencia a Marcio y a Crispo para subrayar la necesidad de confidencialidad—. Nadie en Roma debe saberlo. ¡Nadie!

Varro supo entonces que la reina lo había preparado todo desde el principio. Por esa razón había excluido a Venerio de la cena; como sobrino de Muciano no debía saber que Varro iba a convertirse en el espía de la reina Berenice en la corte del César, un espía cuya tarea sería, entre otras, informar de las iniciativas e intenciones del mismísimo Muciano. Si Berenice había pensado tentarlo regalándole una de sus esclavas, era algo que Varro ignoraba; en realidad, sospechaba que habían sido sus miradas a la bella joven las que lo habían delatado y que la perspicaz reina no había hecho más que aprovechar la oportunidad.

—Di que sí —lo urgió Marcio desde detrás.

—Majestad... —empezó a decir Varro, dubitativo.

—Me consta que mi señor Tito te estará eternamente agradecido una vez él y yo nos hayamos reunido de nuevo —dijo Berenice mirándolo intensamente.

Varro se dio cuenta de que la reina no se echaría atrás. Notó un codazo en las costillas. El hecho de que Marcio lo apremiara a aceptar la proposición de la reina reforzó su opinión de que debía plegarse a cualesquiera fueran sus deseos. La mención de Tito había sido definitiva. Si la reina y el hijo del emperador acababan reuniéndose tarde o temprano sin que él la hubiera ayudado, cabía la posibilidad de que semejante baldón en su expediente acabara por perjudicar a su familia.

—Majestad, será un honor complacerte en lo que pidas —dijo sin entusiasmo, aunque con sinceridad.

La reina se mostró radiante.

—Gracias, Varro, gracias. Comprobarás que no soy desagradecida. —Se volvió

hacia el chambelán—. ¿Has oído lo que ha dicho el cuestor?

Bostar asintió, muy serio.

—Vuestra majestad estará satisfecha.

Dicho aquello, a la reina solo le quedaba marcharse. Tras hacer un gesto a sus sirvientas se volvió hacia sus invitados.

—Por favor, señores, disfrutad de lo que resta de banquete. Me siento cansada y me retiraré por esta noche. —Cuando se puso en pie, los hombres hicieron respetuosamente lo mismo.

—Os deseo una feliz noche. —Sonrió al pasar junto a Varro—. Espero que tus noticias iluminen mi correspondencia cuando, a su debido tiempo, llegues a Roma, cuestor.

Y así, una vez satisfecho su objetivo de aquella velada, la reina desapareció.



El trío de literas proporcionadas por la reina aguardaba en el patio. Pedio, el lictor, y los libertos al servicio de los tres caballeros romanos, incluido Callido se pusieron rápidamente en pie cuando sus señores bajaron la escalinata hacia ellos. Al otro lado del patio, un grupo de jinetes vetones del destacamento de Crispo aguardaban en la oscuridad.

Mientras este les ordenaba que montaran, Marcio se llevó a su amigo a un aparte.

—Julio, por un momento pensé que no aceptarías convertirte en el agente de la reina.

—¿Qué otra opción tenía, Marco? —suspiró Varro.

—Por la misma razón tuve una breve visión de un hacha pendiendo sobre mi cuello. Si la reina recupera su posición en el lecho de Tito, amigo mío, tendrá un poder que irá mucho más allá del dormitorio, incluido el de conseguir nuestras cabezas. Si no hubieras aceptado, habrías firmado nuestra perdición.

Los tres hombres subieron a las literas, y los jinetes encabezaron la comitiva al paso mientras los portadores de antorchas iban alumbrando el camino con Pedio por delante. El grupo cruzó la pequeña ciudad hasta la puerta noroeste y salió a campo abierto por la carretera en dirección al campamento de la expedición de Varro. Mientras avanzaban, los pensamientos de los tres hombres eran muy distintos.

Marcio pensaba en la joven esclava que no tardaría en ser propiedad del cuestor. En su opinión, era una auténtica belleza. Marcio envidiaba a su superior. De buena gana habría aceptado como regalo cualquiera de las esclavas de la reina.

Crispo se dejaba arrastrar por su decepción. La reina había abandonado el banquete antes de que él hubiera podido recitar uno solo de sus poemas. ¡Qué oportunidad perdida! Tras la marcha de la reina, Crispo había propuesto a Varro recitarles igualmente alguno de sus trabajos para entretenerlos, pero Marcio se había

mostrado contrario, y los versos de Crispo no habían llegado a salir de sus labios. Cuando llegaron al campamento, Crispo entró a grandes zancadas en su tienda y ordenó a sus sirvientes que se pusieran en pie ante él mientras procedía a recitarles todos los poemas que había escogido para deleitar a la reina Berenice. Acabó el octavo poema dos horas más tarde.

Mientras Varro volvía al campamento no pensaba ni en la poesía ni en la hechizante belleza de la joven que le habían obsequiado. Su mente estaba preocupada por la tarea que había decidido desempeñar para la reina. Aun en la mejor de las épocas, resultaba peligroso hacer de espía, pero serlo en los asuntos del corazón del hijo y heredero del emperador lo era doblemente.

## LA CARRETERA HACIA NAZARET

*Norte de Galilea. Tetrarquía de Traconitis.*

*Abril del año 71 d. C.*

El rítmico repiqueteo de los pies al marchar sobre los adoquines de la carretera atraía a los niños, que acudían entre risas a ver pasar la columna. La expedición salía de Cesarea de Filipo. Nadie en la capital del rey Agripa se había presentado en respuesta a la solicitud de información hecha por Varro, y tanto el rey como su hermana habían declinado cortésmente la invitación para cenar con el cuestor en el campamento. Tras ver pasar varios días infructuosos, Varro decidió proseguir.

Al grupo se sumó Miriam, la esclava de la corte de la reina Berenice, que había sido entregada por Bostar al día siguiente de la cena en el palacio de Berenice. La joven llevaba un pañuelo en la cabeza y un velo; aun así, Varro juzgó incómoda su presencia, tanto para él como para el resto de los hombres. Ordenó a Callido que se ocupara de ella y dispusiera una tienda para su uso exclusivo; además, ordenó que durante la marcha montara una de las mulas sobrantes. Pero, un sábado, varios días después de haberse incorporado Miriam a la columna, Callido se presentó diciendo que la joven se negaba a salir de su tienda. Era el Sabbat, según ella, y por lo tanto el día de descanso. Así pues, Miriam era judía. A la luz de aquella novedad, Varro decidió que Antíoco se hiciera responsable de ella. Como antiguo judío, conocería cuáles eran las costumbres que sería necesario observar.

Como era de prever, Antíoco puso objeciones. Además de protestar diciendo que no era niñera de nadie, añadió que había abolido el día de descanso para todos los judíos de Antioquía y que no veía razón alguna para que una simple esclava tuviera que ser tratada de modo distinto. Varro no estuvo de acuerdo. Sabía que Tito había permitido incluso que los habitantes judíos de las ciudades de Galilea a las que había puesto asedio observaran el Sabbat y que, en consecuencia, las operaciones militares cesaran los sábados. Aquello no alteró el resultado, e, inevitablemente, Tito acabó venciendo. De igual modo, Varro no veía nada peligroso u ofensivo en los comportamientos piadosos, de modo que dijo a Antíoco que Miriam podía honrar el Sabbat cuando lo creyera conveniente. El magistrado intentó replicar, diciendo que la joven iba a necesitar un tipo de lámpara y de comida especiales. Pero Varro descartó las objeciones y le dijo que hiciera lo necesario para atender las necesidades de la muchacha; de paso le advirtió que a partir de entonces sería responsable de su bienestar.

Para entonces, la columna estaba ya en su segunda hora de marcha por la carretera hacia el oeste y empezaba a cruzar el puente sobre las rápidas aguas del río

Jordán; la joven cabalgaba tras los libertos, a cierta distancia del cuestor, cubierta de la cabeza a los pies y montando una mula conducida por uno de los muleros. Varro se juró que a partir de ese instante no volvería a pensar en ella hasta que la misión hubiera finalizado.

De repente, un alboroto a sus espaldas lo apartó de aquellos pensamientos y lo obligó a darse la vuelta en la silla. Vio entonces que Diocles, el médico, se había caído del caballo. Sospechando la causa y sin intención de detener la columna, llamó a Marcio.

—Tribuno, ve a ver qué le ha pasado —ordenó y siguió cabalgando.

Marcio retrocedió y, mientras los cinco ayudantes de Diocles llegaban corriendo desde detrás, el tribuno desmontó y caminó hasta el médico, que yacía boca abajo cerca de la orilla del río. Tras apartar a los esclavos que se amontonaban, Marcio se arrodilló junto a Diocles.

—¡Borracho! —exclamó el tribuno con disgusto cuando le dio la vuelta y descubrió que balbuceaba incoherentemente y que su aliento apestaba a vino.

El tribuno se puso en pie, miró el río y llamó al *optio* Silio y a cuatro hombres más. Mientras estos se acercaban a paso ligero, los hombres de la expedición que iban pasando miraban al yaciente médico con una mezcla de curiosidad y desdén.

—¡Al río con él! —ordenó Marcio cuando llegaron los soldados, y señaló un remanso que formaba la corriente al pie de los pilares con los sedimentos que arrastraba desde el monte Hermón.

Los cuatro legionarios dejaron a un lado su equipo, agarraron al balbuciente médico por brazos y piernas y lo arrojaron al Jordán, donde cayó ruidosamente en plancha y se hundió. Durante un momento pareció que no emergería, pero entonces asomó la cabeza. Boqueando en busca de aire y presa del pánico, gritó frenéticamente en griego:

—¡Me ahogo, me ahogo!

Marcio hizo un gesto a los soldados indicando que se metieran en el río para sacarlo. El agua del remanso resultó que apenas les llegaba a la rodilla. Arrastrado hasta la orilla, Diocles quedó tendido en el suelo igual que una ballena varada en la playa. Meneando la cabeza, Marcio contempló al empapado galeno.

—¡No probarás una gota de alcohol en lo que queda de expedición, médico! —exclamó con furia contenida—. ¡Esa fue la orden del cuestor, Diocles, y a fe mía que la obedecerás! ¡Si vuelvo a descubrir que no la has respetado, yo mismo te pondré una cuerda alrededor del pene y tiraré de ella bien fuerte! ¡De ese modo no volverás a probar una gota porque no podrás mear!

Las carcajadas sonaron entre los soldados reunidos alrededor de Diocles, a quien el chapuzón había hecho recobrar la sobriedad y cuyos ojos se desorbitaron de terror ante la amenaza del tribuno. Soltó un gruñido porque sabía que Marcio no amenazaba en vano; había visto con sus propios ojos el cuerpo de Fulvio, el jinete vetón.

Pero el tribuno no había acabado y fulminó con la mirada a los servidores del

médico.

—En cuanto a vosotros, panda de inútiles, debería arrojaros al río a todos para que os ahoguéis. Si vuelvo a pillar borracho a vuestro amo, ¡os tendréis que acostumbrar a mear sin pene! —Y para subrayar aquellas palabras dio unos golpecitos a su espada.

Los sirvientes se encogieron con el miedo reflejado en el rostro.

—¡Estáis advertidos! —añadió Marcio antes de dar media vuelta y volver a montar su caballo. Mientras cogía las riendas, el prefecto Crispo llegó para comprobar el estado del doctor.

—¿Cómo está, tribuno? —preguntó con preocupación.

—Mojado —replicó Marcio, haciendo un gesto a los soldados para que volvieran a subir a Diocles a su caballo—. Puede que las aguas del Jordán laven sus malas costumbres —dijo en tono burlón mirando a Crispo. Luego, observando como los soldados se disponían a subir al médico al caballo, ordenó—: *optio*, ponlo en la silla, ya nos hemos retraso bastante.

—¿Y si no se aguanta encima del caballo? —preguntó Silio.

—¡Pues átalos a la silla, si hace falta!



Diez kilómetros al este por la carretera que llevaba a Tiro desde Cesarea de Filipo, la columna llegó a un cruce con la carretera principal que discurría de norte a sur. Al norte, llevaba hasta Sidón y la costa; al sur, a Galilea. La expedición giró hacia el sur y, quince kilómetros después, se detuvo para acampar al lado de la carretera y pasar la noche.

Al día siguiente, la expedición cruzó el frondoso valle del Jordán y entró en el norte de Galilea, que formaba parte de los dominios de Agripa. Allí, el terreno era uno de los más fértiles que Varro había contemplado. Extendiéndose a un lado y a otro del río, crecían variedades de árboles que nunca había visto juntos en ningún otro lugar. Extensiones de palmeras datileras competían con bosquecillos de nogales mientras que amplios campos de higueras cubrían las laderas de las colinas donde también crecían olivos y viñas.

Al igual que la mayoría de miembros de la aristocracia romana, Varro había recibido una completa formación en materia agrícola. Se esperaba de él que supervisara las propiedades que la familia tenía en Capua y Campania, al sur de Roma, donde había nacido, y otras cerca del Foro Julio, en el sudeste de Galia. Mientras estaba destinado en Siria, había mantenido correspondencia con sus lejanos administradores, tratando asuntos que iban desde las cosechas y plantaciones hasta la construcción de granjas y esclavos fugados. Entonces pensó que ojalá hubiera tenido una propiedad en aquel valle. Se volvió hacia Pitágoras y Artímedes, que cabalgaban



un poco por detrás de él.

—No creía que las palmeras y los nogales pudieran crecer juntos en el mismo lugar —comentó—. Creía que uno necesitaba calor y el otro frío.

—La diosa Ceres sin duda ha bendecido este lugar —comentó Pitágoras sabiamente.

—Un campesino que conocí en Cesarea de Filipo —terció Artímedes—, me dijo que las higueras y las viñas de esta zona dan frutos durante diez meses al año. El pueblo hebreo sin duda buscó un buen sitio.

La columna llegó a la ciudad de Cafarnaúm, en la orilla norte de una zona de agua en forma de pera invertida conocida como el lago Tiberíades por los romanos o como el lago de Genesaret por los judíos que habitaban la región desde hacía siglos. Más comúnmente se lo llamaba mar de Galilea. Cafarnaúm había sido un importante centro regional mientras Herodes Antipas fue tetrarca de Galilea; base de una flota pesquera, puerto que comerciaba con el resto de las ciudades que bordeaban el lago y puesto aduanero. También había sido la base de una escuadra de veloces navíos de guerra con una sola fila de remos que tenían la misión de combatir a los piratas. Donde existía comercio proliferaban los ladrones, y al igual que las rutas de Galilea con frecuencia habían sido campo de actuación de los bandidos, sus lagos habían atraído a piratas que, a bordo de sus pequeñas embarcaciones, causaban estragos entre las naves comerciales. En su primera época, Cafarnaúm también había sido la sede del ejército del rey Agripa y de un pequeño destacamento de fuerzas romanas, principalmente caballería al mando de un centurión que tenía a su cargo todo el distrito.

La revuelta había cambiado Cafarnaúm. Como había permanecido fiel a Agripa y a Roma, no había sido especialmente dañada durante la lucha, a diferencia de las ciudades rebeldes que habían sufrido asedio, pillaje y a veces habían acabado siendo incendiadas; sin embargo, la mayoría de los judíos de la ciudad huyeron para unirse a los alzados o para escapar de los romanos en los primeros días de la revuelta. Muy pocos sobrevivieron para volver. En esos momentos, en la ciudad habitaba una mezcla de judíos y no judíos, refugiados de las matanzas de otros lugares y oportunistas que habían ido en busca de una vida mejor. En la ciudad había una fortaleza de piedra que Varro halló ocupada por un destacamento auxiliar de la Caballería Nervia, de la Galia belga, y una cohorte de arqueros de Agripa. El prefecto de la unidad de caballería se hallaba ausente, en Cesarea.

El cuestor impartió instrucciones para que su columna acampara fuera de la ciudad, y, cuando el campamento quedó instalado, llamó a sus principales subordinados para que, juntos, revisaran la única y valiosa prueba escrita con la que contaban: la carta de Lucio. El documento mencionaba varias veces Cafarnaúm y explicaba que el nazareno utilizó la ciudad como base de operaciones a lo largo de varios años y también que allí reclutó a un buen número de seguidores, entre ellos, su lugarteniente, Simón Pedro. Lo primero que había que hacer, dijo Varro, era localizar

qué lugares podían tener relación con el nazareno.

La tarea se vio facilitada al día siguiente, cuando el comandante de la cohorte de arqueros estacionada en la ciudad explicó a Varro que los archivos de la urbe habían sobrevivido a la revuelta, escondidos en un sótano por uno de los funcionarios de Agripa. Los archivos fueron localizados, y Artímedes y Pitágoras empezaron a trabajar en ellos. Al cabo de unas horas, los documentos arrojaron los primeros resultados. Gracias a los archivos de los impuestos de contribución fue posible identificar una gran casa situada frente al lago que había sido el hogar de Simón Jonás, el cual, durante el reinado de Tiberio, vivió allí con su hermano Andrés, su madre, la mujer y los hijos de Simón y la suegra de este. Cotejada con la carta de Lucio, la información señalaba a Simón Pedro. La carta indicaba que Jesús se había alojado en aquella vivienda siempre que estaba en Cafarnaúm. Así, siguiendo órdenes de Varro, el centurión Gallo y varios pelotones de sus hombres expulsaron temporalmente a sus ocupantes y registraron la casa en busca de cualquier cosa que pudiera serles de utilidad. Sin embargo, no hallaron nada de interés.

Durante la segunda mañana en la ciudad, Varro fue a pasear por las calles acompañado únicamente de Callido y del lictor Pedio, para colgar anuncios pidiendo información y para hacerse una idea del lugar. Salvo por el bastón oficial de Pedio, iban desarmados. Varro decidió empezar por la sinagoga judía, donde, según decía la carta de Lucio, Jesús había impartido su doctrina.

Allí, en el silencioso y vacío edificio de columnas, el cuestor se entretuvo. Por primera vez, y puesto que estaba pisando las mismas piedras que había pisado el nazareno, intentó imaginar cómo era el hombre que en esos momentos se había convertido en el objeto de su misión, un hombre de una edad parecida a la del propio Varro. Pitágoras le había asegurado que un hombre así debía de tener el aspecto de un filósofo griego, que llevaría la barba crecida, iría descalzo y vestiría una túnica de algún tejido rudimentario. De las páginas de la carta de Lucio emergía la imagen de un hombre aparentemente amable, sin malicia; no obstante, eso chocaba con el hecho de que el nazareno hubiera sido ejecutado por sedición, por levantarse en contra de Roma. Varro se preguntó si la carta no sería una falsificación. ¿Hasta qué punto resultaba fiable la información de ese documento que Varro utilizaba como punto de partida de sus investigaciones? Solo el tiempo lo diría.

Mientras el cuestor y sus acompañantes seguían con su paseo llegaron a una taberna. Era la típica tienda de vinos de la calle, con los postigos abiertos a la misma. Un mostrador de piedra separaba a los clientes del personal, y una puerta lateral conducía a otras estancias donde se podían llevar a cabo actividades más personales. Encima del mostrador había recipientes para comida caliente cerrados con tapas de madera. En la parte de atrás se veía una hilera de ánforas de vino en sus soportes, que podían inclinarse para ser escanciadas. Varios esclavos aguardaban para rellenar los vasos de los clientes. De todos modos, no había uno solo a la vista. Dos joviales ancianos de blancos cabellos, probablemente los propietarios del negocio, llamaron al

trío de paseantes tras el mostrador.

—Venid, caballeros. Pasad y probad nuestro buen vino —dijo uno de ellos.

—Un precio especial para unos visitantes tan distinguidos —añadió el otro, que se había fijado en el bastón de Pedio y en el anillo de la orden ecuestre de la mano de Varro.

El cuestor condujo a Pedio y a Callido hasta el mostrador. Rechazó el vino, pero hizo que el liberto diera una moneda a los taberneros y encargó higos y nueces. No tardaron en tener delante un plato de higos y de nueces recién peladas.

—Vuestro acento no es de la zona —comentó Varro mientras indicaba a sus colegas que comieran—. ¿De dónde sois?

—Somos veteranos romanos, excelencia —dijo uno de ellos con orgullo—. Ambos somos centuriones retirados de la III Legión Gálica.

—¿De la III Gálica? —preguntó un impresionado Pedio mientras partía una nuez con los dientes—. Una legión muy famosa, sin duda.

—Ninguna más que ella —respondió con orgullo uno de los taberneros.

—Sois el testimonio vivo de la fuerza de esa unidad —terció Varro—. Ambos parecéis gozar de excelente salud.

—¿Cuántos años dirías que tenemos, excelencia? —preguntó uno de ellos lanzando un guiño a su compañero.

—Bueno... —Varro los miró de arriba abajo—. Yo diría que ambos pasáis de los sesenta y cinco, seguramente.

Los dos ancianos sonrieron, muy satisfechos.

—Ochenta y cuatro este mismo año. Los dos —anunció uno.

—Nunca lo habría creído —contestó Varro, sinceramente sorprendido.

—Debo reconocer que habría perdido un montón de dinero si hubiera apostado —admitió Callido con un higo en la boca—. Un montón.

—Pues es cierto —dijo el otro muy serio—. Como dices, excelencia, debemos dar gracias a la legión por nuestra longevidad. Todas esas marchas nos han servido de algo.

—¿Y cuánto tiempo lleváis en el negocio en esta ciudad, soldados? —preguntó Varro.

—Desde que Nerón era un niño, excelencia —repuso uno de los octogenarios—. Desde que nos retiramos de la Gálica. Nos marchamos a casa de unos amigos en Ptolemais cuando los rebeldes iniciaron la revuelta en Jerusalén y hemos vuelto hace poco.

—Y por Zeus, me pregunto por qué hemos vuelto —dijo el otro—. El negocio ya no es lo que era. La ciudad no es más que un pálido reflejo del pasado. En cuanto a los soldados que hay destacados aquí, no son más que una panda de bufones belgas que no tienen el menor valor para unos honrados taberneros. ¡Un insulto a Baco, eso es lo que son!

—¡Es que no beben, excelencia! —dijo el otro con disgusto—. ¿Imaginas a un

galo o a un germano que no trasiegue vino? Esa gente da mala fama a los ejércitos de Roma. Tú habrías dicho que con una guarnición destacada en la ciudad no daríamos abasto, ¿verdad? Pues no.

—¿Y a qué se debe su abstinencia? —preguntó Callido.

—Es su costumbre —repuso uno de los ancianos meneando la cabeza—. ¿Puedes creerlo? Dicen que el vino debilita a los hombres. ¿Debilitarlos? ¡Ellos sí que son unos débiles!

—Tenemos entendido —dijo el segundo tabernero bajando la voz y acercándose a Varro y a sus acompañantes—, que una nueva colonia de legionarios veteranos está a punto de establecerse cerca de un paso en las colinas de Samaria. Dicen que se llamará Flavio Neopolis. ¿Sabes, excelencia, si hay algo de cierto en ello?

—No sabría decirlo —repuso Varro—. No tengo conocimiento del asunto, pero eso no quiere decir que no sea cierto. El establecimiento de nuevas colonias es prerrogativa del César.

—Si fuera cierto, pensaríamos seriamente en hacer las maletas y probar suerte allí. ¡Los veteranos de las legiones sí que saben beber!

—Pero ya no somos jovencitos —dijo el otro, que no parecía entusiasmado con la idea—. Pensar que tenemos que mover nuestros viejos huesos a un lugar nuevo no es precisamente estimulante. Bien podría suponer la muerte para alguno.

—¡Esos belgas abstemios serán nuestra perdición! —remató su compañero desatando la risa de Callido.

Varro ordenó entonces al liberto que sacara más monedas. Los ojos de los taberneros se iluminaron.

—¿Tomarás un poco de vino al final, excelencia? —preguntó uno de ellos.

—No —contestó Varro—, pero sí aceptaré un poco de información.

—¿Qué tipo de información? —repuso el otro, precavidamente.

—Durante los últimos años del reino de Tiberio hubo un centurión que estuvo destinado en esta ciudad —dijo el cuestor, rememorando la historia que había leído en la carta de Lucio y observando la reacción en los rostros de los veteranos—. Ese centurión mantenía buenas relaciones con la comunidad judía local e incluso les ayudó con la sinagoga. En una ocasión, envió a buscar a un sacerdote judío, un hombre llamado Jesús de Nazaret, y le pidió que curase a uno de sus sirvientes, que estaba enfermo. ¿Sabéis algo de ese centurión y de ese episodio?

Los dos taberneros pusieron cara de no saber nada.

—Eso fue mucho antes de que llegáramos aquí —repuso uno de ellos con cautela y sin apartar la vista del dinero que Callido había dejado tentadoramente ante ellos, encima del mostrador.

—¿No sabéis nada de ese episodio, de la milagrosa curación del sirviente del centurión por parte de Jesús o Josué de Nazaret? —insistió Varro.

—Hemos oído hablar de Josué de Nazaret —admitió el otro—. O de Jesús, como lo llamaban los griegos. Algunos decían que hacía milagros; otros, que era un

bandido. En Galilea siempre han abundado los bandidos judíos. Una plaga, eso es lo que eran.

—Hubo por aquí, justo antes de la revuelta, un jefe de bandidos que se llamaba Jesús —comentó el primer tabernero—. Jesús Safat. Creo que fue capturado por el César Vespasiano en Tiberíades.

—Hemos oído hablar del centurión al que te refieres, excelencia —dijo el otro con la vista puesta en las monedas—. Por lo que sabemos, murió en esta ciudad, hace mucho tiempo.

—¿Y no podéis confirmar que Jesús de Nazaret curó al sirviente del centurión?

—Nos gustaría, excelencia —contestó el menos avaricioso de los dos—. Nos gustaría mucho poder ayudarte, pero no podemos mentir a un caballero romano.

Varro asintió. A pesar de que no había conseguido ninguna información de utilidad, empujó el dinero del mostrador hacia los dos veteranos.

El más avaro de los dos lo cogió rápidamente y se lo guardó en una bolsa de cuero que llevaba al cinto.

—Excelencia, eres un hombre generoso. ¿Te apetecería venir esta noche? Quizá podríamos organizar un poco de diversión para ti en la parte de atrás... eso suponiendo que te apetezca probar suerte con los dados.

Varro lo miró, sorprendido.

—Podéis ver que mi hombre lleva el bastón oficial de un lictor —dijo señalando el *bacillum* de Pedio—. Soy magistrado de Roma.

El viejo sonrió estúpidamente.

—Sí, pero hasta los magistrados necesitan divertirse.

Varro soltó una risotada. La ironía de la situación le hacía gracia. Era el cuestor de Siria, el responsable de controlar el juego ilegal en todas las provincias, y allí delante tenía a un viejo dispuesto a arriesgarse a una multa de un valor cuatro veces superior al de las apuestas invitándolo a jugar en la trastienda de la taberna.

—Fingiré no haber oído tu invitación, tabernero. No dejes que te pille organizando una timba. En compensación por mi temporal ceguera, puedes prestarme un servicio. —Se volvió hacia el liberto—. Dale uno de los anuncios, Callido.

Este sacó un trozo de *vellum* de una bolsa de lona que llevaba al hombro y lo entregó a los taberneros.

Los dos hombres leyeron el anuncio escrito por Artímedes; contenía la usual petición de que cualquiera que dispusiera de información sobre las circunstancias que habían rodeado la muerte de Jesús de Nazaret debía presentarse ante el cuestor.

—¿Y qué desea su excelencia que hagamos con esto? —preguntó uno de los ancianos, dubitativo.

—¡Colgarlo, hombre! —repuso Varro, dando una palmada en un poste de madera—. ¡Cuélgalo aquí mismo, al lado del mostrador! Ponla de modo que tus clientes la vean.

—¡Oh, sí! No hay problema —repuso el tabernero—. Puedes fiarte de nosotros,

excelencia.

—Danos más —dijo el otro—. Los pondremos por todo el local.



Al cabo de unos días, la expedición levantó el campamento y prosiguió la marcha. Tal como sucedía habitualmente, nadie se presentó ante el cuestor con información. Varro no estaba seguro de si se debía a que no había testigos que pudieran aportar los testimonios que buscaba o si los posibles informadores estaban demasiado asustados para presentarse.

La columna recorrió quince kilómetros a lo largo de la orilla del mar de Galilea hasta Tiberíades, una ciudad situada al pie de una pelada colina, frente al lago. Cuatro años atrás, y puesto que sus defensores rebeldes se rindieron a las tropas del general Vespasiano, la población se libró del incendio y el pillaje. No obstante, a causa de la estrechez de sus puertas, los romanos habían derribado las murallas meridionales para proporcionar un mejor acceso a sus tropas. En ese lugar, el rey Agripa mandó construir una nueva y más amplia puerta en el sur.

Varro acampó en los restos de una de las posiciones fortificadas situadas al sur de Tiberíades, entre la ciudad y Magdala, que había sido escenario de sangrientos combates durante la revuelta. Por suerte, allí había un manantial de agua caliente, y unos baños recientemente restaurados por Agripa. El cuestor mandó distribuir los anuncios de costumbre, tanto en Tiberíades como en Magdala, y siguiendo el consejo de Callido también contrató a un pregonero del mercado para que recorriera diariamente la ciudad difundiendo a voces el mismo mensaje de los anuncios. A pesar de dichas iniciativas, los días pasaron sin que se presentaran informadores ni en Tiberíades ni en Magdala.

—Los combates que tuvieron lugar en esta zona fueron los más sangrientos que recuerdo —comentó Marcio después de que él y Varro hubieran ido a Magdala con una escolta de infantería y caballería al mando del centurión Gallo. Se hallaban en una playa de arena, al pie de las murallas de la ciudad, mirando más allá del lago, hacia las rocosas Alturas del Golán, que se alzaban sobre la orilla oriental.

—¿Fue aquí donde te hirieron? —preguntó Varro.

Marcio asintió.

—En aquel momento no noté nada, simplemente rompí la flecha y seguí luchando. —Señaló en dirección a la colina de detrás de la ciudad—. Doscientos de nuestros arqueros se encontraban allí arriba y lanzaban una lluvia de flechas sobre la ciudad; nosotros estábamos aquí, Tito, el general Trajano de la X Legión, algunos de sus centuriones, cuatrocientos jinetes, y yo. Se suponía que debíamos esperar a que el padre de Tito se nos uniera con la fuerza principal, pero Tito dijo: «¿A qué estamos esperando?». Había sido alcanzado por una piedra lanzada desde las murallas y

estaba enfadado. Así, nos lanzamos contra las murallas con solo cuatrocientos hombres. —La voz de Marcio estaba desprovista de emoción. Contaba lo sucedido con el distanciamiento de un historiador, imparcial y monótonamente, ateniéndose a los hechos—. El enemigo estaba en una proporción de veinte a uno con respecto a nosotros. Aun así, nos abrimos paso luchando hasta el interior de la ciudad y empujamos a sus defensores hasta el lago. Los rebeldes intentaron escapar en botes y embarcaciones.

—¿Y pudieron escapar? —preguntó Varro.

—No. Permanecieron en el lago, esperando a ver qué hacíamos nosotros, aguardando la oportunidad de regresar y lanzar un contraataque. Al día siguiente, el padre de Tito nos envió unos navíos de guerra ligeros. Entonces, cuatrocientos de nosotros subimos a bordo y salimos a perseguir a los rebeldes por el lago. Fue una batalla como no puedes imaginar: en las embarcaciones, en los botes, en el agua. Luchamos como posesos. Matamos a miles de rebeldes ahí fuera. Algunos consiguieron ganar la orilla, así que los perseguimos y los cogimos en la playa. Ninguno sobrevivió. Se alzaron incluso sobre los cadáveres de sus compañeros y siguieron luchando, pero al final no quedó nadie vivo. Cuando contamos los cuerpos, la cifra de los que habíamos matado en la playa, en la ciudad y en el lago ascendía a unos siete mil.

Varro asintió lentamente, pero no dijo nada. Se quedó mirando la arena y se la imaginó teñida con la sangre de los rebeldes.

—Dejamos los cadáveres donde habían caído —prosiguió Marcio—, en la orilla y en el agua, flotando igual que nenúfares. Los cuerpos no tardaron en hincharse. Era pleno verano, y se pudrieron rápidamente en los días siguientes. La zona apestó durante semanas.

Varro dio media vuelta y caminó hacia la puerta de la ciudad mientras Marcio lo seguía unos pasos por detrás. De pie, un poco más arriba, con el bastón oficial en la mano, se hallaba Lucio Pedio, el lictor. Cuando Varro llegó a su altura vio una extraña mirada, como ausente, en su rostro.

—¿Algo va mal, Pedio? —preguntó el cuestor situándose ante su subordinado.

Pedio parpadeó y miró a Varro.

—No, señor. Solo estaba pensando.

—Bien, pues sigue abriendo paso.

—Sí, señor. Perdón —repuso Pedio. Se dio la vuelta y abrió la marcha hacia el centro de la ciudad.



Pedio maldecía al muchacho, pero este seguía blandiendo la espada ante él. Seguramente no tenía más de nueve o diez años de edad. Su rostro conservaba la tez

rosada de los bebés. Había saltado por la borda de una de las embarcaciones rebeldes y conseguía mantenerse a flote entre todos los hombres que chapoteaban en las ensangrentadas aguas sin dejar de agitar la espada ante el rostro de Pedio.

—¡Tira esa espada! —le gritó el centurión mientras se inclinaba por la borda hacia él—. ¡Suelta esa espada y te salvaré, chico!

Pedio soltó el escudo y liberó así su mano izquierda. El chico alzó la mano izquierda y se agarró al costado del barco.

—¡Ahora suelta esa espada! —gritó Pedio.

Sin embargo, el joven judío lanzó otra cuchillada al centurión de la X Legión. Pedio retrocedió mientras notaba una sensación lacerante en el cuello. Bajó la vista y vio que sangraba.

—¡Pequeño cerdo! —La rabia hirvió en su interior, y descargó con su espada un golpe sobre la muñeca izquierda del chico. Acompañada del crujido del hueso, la afilada espada seccionó la mano del muchacho, la mano con la que se agarraba al barco.

Sin dejar escapar un sonido, el chico se perdió de vista.

Pedio se asomó por la borda. El muchacho chapoteaba en el agua. La espada había desaparecido de la única mano que le quedaba.

—¡Vale, ahora dame la mano, pequeño idiota!

El chico no le hizo caso y volvió a aferrarse a la borda de la embarcación con su mano derecha.

Pedio extendió el brazo para agarrarlo, subirlo a bordo y ponerlo a salvo.

—Chico, es mejor vivir con una sola mano que no vivir —le dijo.

El joven miró al centurión con ojos cargados de odio y le escupió en la cara.

De nuevo, Pedio retrocedió, como si el salivazo del chico fuera venenoso. Nuevamente, la ira lo invadió.

—¿Así que me escupes a la cara cuando estoy intentando salvarte, pedazo de mierda? —El centurión descargó un tajo con su espada en la muñeca derecha del chico.

La mano amputada cayó dentro de la embarcación, y el joven judío desapareció de nuevo. Mirando por encima de la borda, Pedio vio su cabeza. El chico sin manos intentaba desesperadamente mantenerse a flote. Para el centurión, no valía la pena vivir sin manos. Inclínándose, Pedio le agarró la cabeza con la mano y se la empujó bajo el agua, manteniéndola allí. Durante un rato, el muchacho se resistió. Luego, dejó de agitarse.

Boqueando en busca de aire y bañado en sudor frío, Pedio se enderezó en su cama. Por un momento no supo dónde se encontraba. Luego lo comprendió. Estaba en su tienda del campamento de Varro, entre Tiberíades y Magdala, y acababa de tener la misma pesadilla que lo perseguía desde hacía cuatro años, desde aquel día de verano en que luchó al lado de Trajano, su general, y junto a Tito y Marcio, en el lago, matando a los defensores de Magdala. A lo largo de los veinte años que había



pasado en las filas del ejército romano, Lucio Pedio había matado a muchos hombres y a unas pocas mujeres y niños. Ninguno de aquellos niños había estado a punto de matarlo, ninguno había intentado siquiera presentar batalla a los endurecidos legionarios. Lucio Pedio nunca había tenido que lamentar ni uno solo de sus actos sirviendo a las armas de Roma, nunca había pasado noches en blanco hasta la muerte de aquel desafiante muchacho judío de Magdala.

El lictor salió de la cama y llamó a su sirviente, Austino.

—Agua —gruñó cuando el hombre, un flaco etíope, apareció ante él—. Agua y una túnica limpia.



Por fin un golpe de suerte. Justo cuando Varro planeaba reanudar la marcha y dirigirse hacia Nazaret, el lugar del nacimiento de Jesús, un habitante de Tiberíades se presentó para ofrecerle información. El gobernador de la ciudad lo envió al campamento de Varro escoltado por una escuadra de la caballería de Agripa. El informante era un hombre de avanzada edad, un enjuto judío galileo que respondía al nombre de Laban bar Nahor. Calvo, encorvado y cojo, caminaba con la ayuda de un bastón de mirto. Cuando se presentó en la tienda de Varro se balanceaba precariamente. El cuestor y Hostilis le ofrecieron asiento.

—Excelencia —dijo el hombre una vez acomodado mientras entrelazaba los dedos encima del bastón—, no sé qué puedo contarte que sea de tu interés. Personalmente, no puedo dar testimonio directo de la muerte de Jesús de Nazaret. No lo conocí. —Lanzó una mirada al resto de romanos repartidos por la estancia, Marcio, Crispo, Pitágoras, Artímedes, Callido y Pedio, como si quisiera sopesar su reacción ante lo dicho—. No obstante, conozco a una persona que lo conoció y que podría hablaros de su muerte porque se hallaba presente en la ejecución. Eso fue lo que me dijo, al menos.

Varro asintió.

—¿Su nombre?

—Su nombre es Boecio bar Joazar, y en su momento fue vecino mío. Boecio llegó a Cafarnaúm cuando se desencadenó la revuelta y residió hasta hace poco en Tiberíades, antes de marcharse a Cesarea. Tiene una hija que vive allí.

—¿Qué relación tuvo ese tal Boecio con Jesús de Nazaret? —preguntó Varro mirando a Pitágoras, a su derecha, para comprobar que el secretario estuviera anotando todos los detalles. Como si le leyera la mente, el secretario, con un punzón y un tablilla de cera en la mano, asintió para confirmar que había anotado el nombre del sujeto.

—Boecio me contó que había sido seguidor de un tal Juan, llamado el Bautista. Cuando el Bautista fue encarcelado por Antipas, Boecio se dedicó a llevar mensajes

entre el prisionero y Jesús de Nazaret, que era primo suyo. Tras la muerte del Bautista, Jesús prosiguió su obra, y mi vecino fue uno de los seguidores de su doctrina.

—¿Estuvo tu vecino presente en la ejecución del nazareno? —preguntó Varro.

—Eso fue lo que me contó, excelencia.

—¿Aseguraba también haber visto con vida al nazareno tras su ejecución?

El viejo Laban sonrió.

—No, excelencia.

Marcio intervino.

—¿Eres seguidor del nazareno, viejo?

Laban siguió sonriendo.

—¿Acaso parezco un nazareno, mi señor?

—¿Y qué aspecto tiene un nazareno? —replicó Marcio.

—No el de este viejo y arrugado judío —repuso Laban con una débil sonrisa.

—¿Qué te contó tu amigo de la ejecución? —quiso saber Varro.

—Solo que en aquella época era joven y que había visto morir al nazareno en la cruz. Vio como lo bajaban y se lo llevaban para enterrarlo.

—¿Jesús había muerto? —preguntó Varro.

Laban puso cara de sorpresa.

—¿Por qué iban a bajarlo si no de la cruz, señor?

—¿Boecio no te dijo nada que indicara que creía que el nazareno seguía con vida?

—Boecio me comentó que creía que el nazareno resucitó de entre los muertos dos días después de su crucifixión.

—¿Eso quiere decir que creía que Jesús era el Mesías de los judíos?

—Eso me parece. En ese punto no estábamos de acuerdo.

Cuando Varro hizo una pausa para reflexionar, Marcio la aprovechó para preguntar de nuevo.

—¿Qué recompensa buscas a cambio de tu información, anciano?

—No busco recompensa alguna, señor.

—¿Entonces, qué? Has venido hasta aquí con un propósito. ¡Reconócelo! ¡Habla ya!

Las lágrimas asomaron a los ojos del anciano.

—Tengo un hijo y un nieto. Fueron a Jerusalén hace cinco años, para la Pascua, y nunca volvieron. —Miró a Varro—. Excelencia, si hubiera algo que tú pudieras hacer... Si siguen vivos, quizá tú podrías ayudarlos. Sé que eres un buen hombre. Si pudieras devolverlos a casa, a mí... Eso es todo lo que pido. Sus nombres son Baruch y Tobías. Mi hijo es Baruch, y Tobías es el hijo de Baruch, mi nieto. Te suplico que los salves.

Varro observó los enrojecidos ojos del hombre y suspiró.

—Ya sabes que en el asedio de Jerusalén murió mucha gente y que hubo muchos

prisioneros. Lo más probable es que tu hijo y tu nieto ya no sigan con vida o que hayan sido vendidos como esclavos.

Valientemente, Laban intentó sonreír.

—Lo sé, excelencia. A pesar de todo no soy más que un viejo tonto. A mi edad, uno puede permitirse creer en el poder de una plegaria.

—Muy bien. Tenemos los nombres de tu hijo y de tu nieto. Si viven y si está en mis manos conseguirlo, haré que te sean devueltos a casa.

El anciano cerró los ojos para que los romanos no lo vieran llorar.

—Ese seguidor de Jesús, el tal Boecio bar Joazar, ¿dices que está en Cesarea? —preguntó el cuestor.

Sin abrir los ojos, el anciano movió afirmativamente la cabeza.

## LOS INFORMADORES DE NAZARET

*Territorio del sur de Galilea. Provincia romana de Judea.  
Abril del año 71 d. C.*

En la ruta hacia el sur, a través de las resacas colinas, justo debajo del cruce con el camino que conducía a Ptolemais y al Mediterráneo, se hallaba la aldea de Nazaret. Antes de que la columna de Varro llegara allí, el desfigurado decurión Pompeyo, que cabalgaba con la patrulla de avanzada, se presentó ante el cuestor para informar.

—Señor, la gente del pueblo se está preparando para huir —explicó—. Deben de saber que nos acercamos. ¿Quieres que mis hombres los rodeen?

—Sí, y que los retengan en el centro del pueblo. Pero que tengan cuidado de no hacer daño a nadie.

El jinete espoleó a su montura y salió a todo galope para reunirse con la patrulla que lo aguardaba. La aldea, situada en la colina y con muchas de sus casas en ruinas, estaba desierta cuando la columna llegó poco después. Los habitantes, algunos de los cuales conducían mulas cargadas con sus enseres mientras que otros llevaban a la espalda todo lo que podían, no tardaron en regresar a regañadientes, escoltados igual que un rebaño por los jinetes de Pompeyo. Poco más de treinta, principalmente mujeres y niños, fueron conducidos hasta el centro de la aldea, donde Varro, sus oficiales, libertos y ayudantes esperaban a caballo. Los demás elementos de la columna se habían detenido al sur de Nazaret.

Varro llamó a Antíoco y le ordenó que se dirigiera a los aldeanos en arameo; que preguntara por algún pariente de Yehoshua bar Josephus, también conocido como Josué bar Davidus o Jesús de Nazaret, y por cualquiera que tuviera información sobre su muerte, acaecida cuarenta años atrás. Ni uno de los aterrorizados aldeanos movió un músculo tras la llamada de Antíoco, de modo que Varro pidió a los seguidores del nazareno que se identificaran. De nuevo, no hubo respuesta. Cada vez más contrariado, Varro preguntó por cualquiera que supiera algo acerca de Jesús y añadió que sería recompensado. De nuevo, Antíoco tradujo sus palabras.

Al cabo de unos instantes, se adelantó un hombre de unos sesenta años y de alargado rostro; arrastraba a su reacia esposa con él. Vestía una sencilla túnica y ella un largo vestido ceñido con un cinturón; además, y al igual que el resto de las mujeres, se cubría la cabeza con un modesto tocado. Nervioso, pero con un buen dominio del latín, el hombre se identificó como Malaquías y a su esposa como Doris. Luego, añadió:

—Si te mostráramos la casa donde se crio Jesús, excelencia, ¿recibiríamos alguna recompensa mi mujer y yo?

—Desde luego —contestó Varro, satisfecho porque por fin hacía progresos.

—¿No nos castigarán? —preguntó el hombre mirando de reojo al resto de los romanos.

Varro negó con la cabeza.

—Tienes mi palabra de que ni tú ni nadie de este pueblo sufrirá daño alguno. Adelante. Enséñame la casa.

La pareja condujo a los oficiales romanos hasta una casa medio derruida que se levantaba cerca del centro de la aldea.

—Esta es la casa de José bar Heli, padre de ese que llamáis Jesús —anunció Malaquías—. Mientras el chico creció, todos lo conocíamos como Yehoshua.

—Así que esta es la casa de la familia de Jesús —dijo Varro interesado, mientras desmontaba para ver de cerca lo que en su día había sido una espaciosa residencia de dos plantas. Hizo un gesto a Pedio, indicando al lictor que lo precediera en la inspección.

—Sí, este es el hogar del Mesías —dijo Malaquías en tono burlón, ya que se sentía cada vez más confiado.

Pedio entregó el fasces a su sirviente, Austino, y blandiendo el bastón oficial entró empujando los restos de la puerta principal y dejando que el cuestor pasara al interior de un largo patio rectangular, desolado y lleno de malas hierbas.

—¿Dónde está la familia ahora? —preguntó Varro.

Mientras su esposa esperaba fuera, Malaquías se aventuró tras el cuestor y el lictor.

—Se marcharon todos de Nazaret cuando yo era joven —repuso el judío mientras seguía a Varro por el patio—. El padre murió cuando Yehoshua rondaba los veinte años. La madre, Miriam, los hijos y las hijas se marcharon tras la ejecución de Yehoshua. En su momento provocó un gran escándalo. Los vecinos no les hablaban, y todos temían que las autoridades cayeran sobre el pueblo por su culpa. Al fin y al cabo, aquel hombre había sido acusado de sedición.

Varro y Pedio llegaron al final del patio.

—¿La familia no dejó parientes en Nazaret? —preguntó el cuestor mientras sus ojos recorrían los muros gastados por el tiempo y las malas hierbas.

—Ni uno. La familia no era de aquí y no se llevaba demasiado bien con los lugareños. Era una familia muy devota, y los de aquí creían que se daban aires de superioridad. Miriam estaba emparentada por matrimonio con Zacarías, un fariseo que era uno de los principales sacerdotes del Templo de Jerusalén. Zacarías formaba parte de los consejeros del Gran Sanedrín y, mientras vivió, fue un hombre de gran posición e influencia.

Utilizando el bastón, Pedio apartó algunas vigas caídas del techo para que su superior pudiera echar un vistazo al corazón de la casa. El techo y el suelo del piso de arriba se habían desmoronado hacía bastantes años. Las tejas habían sido robadas, y solo quedaban los podridos maderos.

—Háblame de los hermanos y hermanas —ordenó Varro mientras entraba en el sombrío interior.

En su mente imaginó las voces, las risas y las disputas de una familia de ocho o nueve miembros llenando aquellas estancias. Los desplomados maderos crujían bajo sus pisadas.

—Eran cinco chicos en total —dijo Malaquías siguiendo de cerca al cuestor—. Aparte de Yehoshua, había... Dejarme pensar cómo se llamaban en vuestro idioma... Jacob, José, Simón y Judas. En cuanto a las chicas, no recuerdo sus nombres. Las veíamos poco. Las chicas judías no suelen salir de casa. Todos los chicos, salvo Yehoshua, ayudaban al padre con las tareas de la carpintería. José recorría los pueblos y las aldeas trabajando en proyectos de construcción y fabricando objetos y mobiliario. No obstante, se mantenía alejado de las sucias ciudades griegas.

—¿Jesús, o Yehoshua o Josué, no trabajaba de carpintero?

—No. Desde temprana edad lo encaminaron para que siguiera una vida religiosa. La prima de Miriam, Elisabet, utilizó su influencia sobre su marido Zacarías para asegurarse de que el muchacho recibía la mejor educación posible en lo referente a la ley judía. Yehoshua se marchó de Nazaret antes de cumplir los veinte. Tengo entendido que tanto él como su primo Juan estudiaron con los esenios en el desierto. Ese primo era el Juan que después llamaron el Bautista. Este permaneció con los esenios hasta uno o dos años antes de su muerte, pero Yehoshua fue a estudiar con los fariseos y los saduceos tal como debe hacer cualquier judío piadoso. Sin embargo, después se unió a su primo Juan cuando este empezó a predicar su peculiar doctrina a lo largo del Jordán.

—¿Volvía Jesús a menudo por el pueblo?

—Raramente. La última vez la recuerdo bien. Fue uno o dos años antes de que lo ejecutaran. Todos sabían que había estudiado la ley, de modo que el día del Sabbat fue invitado a que leyera los libros sagrados en la sinagoga. Yo estuve allí, y ¡menudo desastre! —Malaquías alzó las manos al cielo—. Yehoshua enfadó tanto a las gentes del pueblo con lo que dijo que no te imaginarías lo furiosos que se pusieron.

—¿Qué dijo para molestarlos tanto?

—Oh, todo tipo de cosas sacrílegas: que había sido elegido por el Todopoderoso para conducir a la gente y cosas de ese tipo. Fue expulsado de Nazaret con la orden de que no regresara nunca más, y se le dijo en términos que no dejaban lugar a ninguna duda. ¡De buena nos libramos, te lo aseguro, excelencia!

—¿Y adónde fue la familia cuando todos se marcharon de Nazaret?

—La madre tenía parientes en Jerusalén y también en Betania. El padre los tenía en Belén, así que supusimos que irían a alguno de esos lugares. Más tarde supimos que varios de los chicos vivían en Jerusalén. Jacob, el segundo, también había recibido instrucción religiosa y se hizo cargo de la secta que su hermano Yehoshua había recibido del Bautista, la secta que ahora se llama «los nazarenos». Jacob fue lapidado hasta la muerte. No sé qué ha sido de los demás hermanos, pero supongo

que en la actualidad todos estarán muertos.

Varro se agachó y recogió los restos de un sencillo taburete envejecido por el tiempo. Tenía las tres patas rotas. Puede que el propio José lo hubiera fabricado y que su hijo mayor se hubiera sentado en él. O puede que no.

—Ya he visto bastante —dijo tirando los restos de taburete. Cruzó el patio y salió a la calle donde lo esperaban sus oficiales. Hostilis lo ayudó a montar y le entregó las riendas.

Malaquías y su esposa salieron de la casa en ruinas y se acercaron al cuestor.

—¿Te ha sido de alguna utilidad nuestra información, excelencia? —preguntó el judío en tono quejumbroso—. Mencionaste una recompensa.

—Tu información ha sido escasa —contestó Varro—. No vale casi nada.

Malaquías y su esposa intercambiaron una mirada.

—Si quieres más, podemos ofrecerte más —anunció Doris hablando por primera vez—. Los seguidores de Yehoshua dicen que era un hombre maravilloso y también que descendía del rey David —dijo con voz llena de malignidad—, pero se callan el origen de su verdadera semilla.

—Cuéntamelo, pues —la apremió Varro.

—¿Y cuánto valdrá eso? —preguntó la mujer con las manos en jarras.

Varro lo meditó.

—Una pieza de oro.

—¡Dos!

El cuestor se encogió de hombros.

—Muy bien. Si la información es buena, dos piezas de oro.

Doris se frotó las manos.

—¡Es una ganga, excelencia! La verdadera historia es esta: Miriam estaba prometida en matrimonio a José cuando se quedó embarazada. ¡Y menudo escándalo se armó! Por aquel entonces, su prima Elisabet estaba de seis meses de su hijo Juan, el que sería el Bautista. Ahora bien, en lugar de rechazar a Miriam por adúltera como podría y debería haber hecho, José, su prometido, siguió adelante y se casó con ella. ¡Pobre idiota! —Una perversa sonrisa apareció en el rostro de Doris—. Y ahora viene la mejor parte, excelencia: en esa época, el rumor decía que Miriam había sido desviada por un soldado romano que respondía al nombre de Pantera, el centurión que tenía este territorio a su cargo. Creo que vivía en Cafarnaúm.

—No, mujer. El centurión era de Séforis —la contradijo su marido—. En aquella época, Galilea era gobernada desde allí.

Doris se volvió hacia su marido con el ceño fruncido.

—No. Me parece que era Cafarnaúm —insistió—. No es que importe, excelencia —dijo volviéndose hacia Varro—. Lo importante es que, si el rumor es cierto, entonces Yehoshua o Jesús de Nazaret, si lo preferís, ¡era el hijo bastardo de un centurión romano! —Soltó una risotada—. ¡El sagrado Mesías de los nazarenos era medio romano!

Tras él, Varro oyó que el joven Venerio también reía. Si lo que el joven tribuno compartía era el desprecio de la mujer hacia el nazareno o si su burla iba dirigida a Doris, era algo que Varro no sabía y tampoco estaba interesado en averiguar. Miró a la mujer, ceñudo.

—¿Qué pruebas tienes de lo que afirmas?

Doris dejó de reír.

—Como ya he dicho, excelencia, se trata de un rumor, un rumor muy extendido. Estaba en boca de todo el mundo.

Varro meneó la cabeza antes de alejarse.

—Por una información contrastada puedo pagar dos piezas de oro, pero por un rumor... Callido, págalos por lo que valen —ordenó Varro—. ¡Marcio, que la columna vuelva a ponerse en marcha!

Callido metió la mano en la bolsa, sacó una única moneda de oro y la arrojó a los pies de Doris y Malaquías. Mientras el matrimonio forcejeaba rabiosamente de rodillas en pos de la moneda, el liberto espoleó a su caballo.

El cuestor detuvo su corcel al final de la calle y allí aguardó a que la columna, que volvía a estar en movimiento en dirección a la costa, acabara de pasar. Al cabo de poco, el cuerpo de la expedición penetró y cruzó la aldea. Mirando más allá de la polvorienta vía pública hacia la casa de la familia de Jesús, vio a Miriam, la joven esclava que cabalgaba tras los libertos, a lomos de su mula. La chica tenía los ojos fijos en la casa donde había crecido el nazareno y donde los aldeanos seguían reunidos. Cuando su mula llegó a la altura de Varro, este espoleó su caballo y se puso a su lado.

—¿Qué interés tienes en la casa de Jesús de Nazaret? —le preguntó desde la mayor altura de su corcel.

Ella alzó la cabeza para mirarlo y lo estudió durante unos instantes tras el velo.

—¿Era esa la casa del nazareno? No cabe duda de que era un buen hombre.

—¿Crees que Jesús resucitó de entre los muertos y que era un dios, Miriam?

—Lo que creo es que el Altísimo es todopoderoso —dijo con firmeza y convicción—. Un romano como tú, con todos tus dioses, no podría comprenderlo.

Varro rio y se dijo que la joven tenía genio y personalidad además de ser hermosa. Lo cierto era que el trato deferente que él le había dispensado facilitaba que asomara en ella aquella vena desafiante. Miriam no podía saber que, el primer día de su llegada al campamento, Varro había considerado la opción de enviarla de regreso a Antioquía para que se uniera a los sirvientes en casa de Pagano; sin embargo, Marcio lo había convencido de lo contrario. El tribuno le había advertido que la reina Berenice podía ofenderse si averiguaba que Varro había regalado la esclava. Varro no dijo nada más a la joven. Puso su caballo al trote y se dirigió hacia la cabeza de la columna.

El cuestor salió de la aldea de Nazaret sin volver la vista atrás. Sin embargo, mientras la expedición seguía su camino entre las colinas, Varro se sumió en



profundos pensamientos inspirados por su breve charla con la joven esclava.

Se consideraba un hombre devoto, y ciertamente no menos devoto que cualquier judío. Guardaba las fiestas ordenadas por sus dioses, realizaba los sacrificios rituales, honraba a su madre y reverenciaba la memoria de sus ancestros. Todas las mañanas, ya estuviera en casa o de viaje, rendía culto al santuario familiar. El concepto de un hombre que se convertía en dios tampoco le era ajeno, como no lo era para muchos romanos. Julio César y la mayoría de los emperadores de Roma que llegaron tras él habían sido deificados tras su muerte. Tenían sus propios templos y sus propios sacerdotes, sus propios días sagrados y festivos. De todas maneras, Varro no creía que fueran dioses verdaderos. En cuanto al nazareno, no había sido precisamente ningún Julio César ni ningún emperador romano. Y desde luego, ni uno solo de los emperadores romanos había resucitado de entre los muertos. Una inconsciente sonrisa apareció en los labios del cuestor. Si algún César resucitaba sería sin duda el único acontecimiento capaz de convencerlo de que un simple mortal podía tener poderes divinos.



En su camino a Cesarea, la expedición acampó en las ruinas de la ciudad de Gaba. Cuando sus oficiales y libertos salieron de su tienda, tras la cena, Varro decidió ir a respirar el aire de la noche. Llamó a Pedio para que lo acompañara, se envolvió en una capa para protegerse del inesperado frescor y paseó entre las tiendas del campamento. Se detenía en las sombras para escuchar aquí y allá las conversaciones de los hombres reunidos en torno a sus hogueras: escuchaba opiniones sobre carreras de carros y gladiadores y sobre la misión, que a muchos les parecía una búsqueda condenada al fracaso.

Varro y Pedio siguieron paseando. Cuando se acercaban a los carromatos con los equipajes, tras las cuadras de los caballos, oyeron la voz de una mujer. Sonaba fuerte y teñida de alarma. En el campamento del cuestor solo había una mujer. Varro y su lictor avivaron el paso y, serpenteando entre los carros, llegaron hasta la tienda de Miriam. La joven se hallaba fuera, con un cubo de bronce en una mano mientras con la otra mantenía a distancia a tres legionarios desarmados, jóvenes todos ellos que reían y bromeaban.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Varro.

Los tres soldados se dieron la vuelta con el miedo repentinamente reflejado en sus rostros.

—Solo nos estábamos divirtiendo —contestó uno de ellos—. Eso es todo.

—¡Cuando te dirijas al cuestor, lo harás con el debido respeto, soldado! —restalló Pedio.

—Lo siento, señor —repuso el joven inclinando la cabeza—. No pretendíamos

hacer ningún mal.

—No ha sido más que una broma —intervino Miriam saliendo en defensa de los soldados.

—No era mi intención contar con una mujer en esta expedición. No obstante, los hombres mostrarán el debido decoro en toda circunstancia —dijo Varro, que creyó ver que los ojos de la joven le sonreían a través del velo, como si sus esfuerzos por protegerla se le antojaran graciosos.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma, cuestor —declaró—. ¿Tengo tu permiso para retirarme?

—Sí —repuso él, dolido por su falta de gratitud—. Puedes irte.

La joven dio media vuelta y se metió en su tienda.

—¿Qué quieres hacer con estos tres indeseables, señor? —preguntó Pedio blandiendo el bastón oficial ante los tres arrepentidos legionarios.

Varro miró a los jóvenes soldados.

—Que se vayan —suspiró.

—Como gustes, cuestor —repuso el lictor, que se volvió hacia el trío con la gravedad y autoridad de un antiguo centurión—. ¡Consideraos afortunados! ¡Volved a cometer un acto de indisciplina y os garantizo que vuestras espaldas probarán la fusta del centurión Gallo! —Levantó el bastón oficial y lo agitó ante sus caras—. ¡A vuestras tiendas! ¡Y corriendo!

Agradecidos, los tres jóvenes desaparecieron a paso vivo.

Pedio se volvió hacia su superior meneando la cabeza.

—Esos jóvenes gañanes merecían un castigo.

—No han cometido ningún delito —repuso con irritación Varro, cuyos pensamientos seguían con la joven.

—Vamos —añadió volviendo a sus aposentos y dejando que Pedio lo siguiera.

Cuando llegó al final de los carros, una figura salió de la oscuridad y se situó bajo la luz de una linterna que colgaba de un poste. Era Marco Marcio.

—Los encantos de esa joven judía son difíciles de resistir, ¿verdad, Julio? —dijo el tribuno.

—Mi interés por ella es simplemente el de su señor que se preocupa —repuso Varro.

Marco sonrió maliciosamente.

—Ah, ¿quiere decir eso que no te importaría si yo me llevara a la cama a esa joven?

—Lo que creo, Marco, es que todos deberíamos hacer un esfuerzo por mantener nuestras cabezas por encima de la entrepierna —replicó Varro reanudando la marcha—. Dejemos a esa joven en paz. Vamos, Pedio.

El exlegionario lanzó una mirada de reprobación al tribuno mientras pasaba junto a él y se apresuraba a ponerse a la altura del cuestor.

—Ni siquiera un lictor puede proteger a un hombre contra sí mismo, Pedio —dijo

Marcio tras él.

Luego, con una media sonrisa lanzó una mirada hacia la tienda de la muchacha, dio media vuelta y se alejó.

## LA CASA DEL EVANGELISTA

*Cesarea, capital de la provincia romana de Judea.*

*Abril del año 71 d. C.*

Fuerte pero cálido, el viento llegaba soplando desde el oeste. Aguantando su embestida y notando los rociones del Mediterráneo en la cara, Julio Varro caminaba por el ancho rompeolas blanco mientras el mar se lanzaba contra la artificial protección, obra del hombre, con furioso rugido.

En aquel sector de arenosa costa mediterránea —donde previamente no había existido ningún resguardo seguro, entre Tiro, en Siria, y Ascalón, en Idumea—, Herodes el Grande construyó un puerto para que abasteciera la ciudad interior de Sebaste. Hasta entonces, allí solo había habido una simple torre de vigilancia, levantada tiempo atrás por los fenicios.

Con la ayuda de ingenieros militares romanos, Herodes creó una ciudad en plena costa y un recinto donde los navíos pudieran atracar. Habían sido necesarios diez años de trabajo y una titánica labor de ingeniería utilizando la blanca piedra de Palestina para materializar los deseos de Herodes. A veinte brazas de profundidad<sup>[2]</sup>, utilizando enormes piedras de quince metros, se levantó un curvado rompeolas de sesenta metros de ancho. El segundo muro interior era más para defenderse del hombre que de la naturaleza, y albergaba una muralla almenada además de torres donde situar fuerzas armadas. Dentro del enorme recinto circular de agua formado por los muros interior y exterior, se construyeron dos muelles de atraque; uno para la flota de batalla de Herodes y los navíos de guerra romanos y otro para las naves comerciales. Una amplia zona porticada que rodeaba ambos muelles proporcionaba albergue a la marinería. Por encima, diversas edificaciones servían de centro burocrático; la más impresionante, un templo blanco dedicado a Julio César y a Roma, podía divisarse desde varios kilómetros mar adentro, y se utilizaba como orientación por los marineros. La bocana, encarada a los suaves vientos del norte, estaba flanqueada por una enorme torre y piedras gigantescas.

En ese momento, un trirreme romano entraba por ella, con sus tres filas de remos manejados por libertos a sueldo. La vela mayor del navío fue arriada junto con la de proa. El mar estaba adquiriendo un aspecto amenazador, y la nave entraba en el puerto en busca de refugio. Mientras pasaba, con sus perfectamente sincronizados remos hendiendo el agua según el perezoso ritmo marcado por el invisible cómitre, los marineros, infantes de marina y oficiales presentes en el puente contemplaron con curiosidad a los que se hallaban en el rompeolas.

Desde la enorme barrera de piedra, Varro y sus compañeros observaron los navíos

que atestaban el puerto, veloces barcos de guerra y rechonchos mercantes. Más allá de los bulliciosos muelles, donde cientos de trabajadores descargaban mercancías de todo tipo, se alzaba la ciudad de Cesarea. Una enorme fortaleza blanca que miraba al puerto. Como sede de la administración romana, albergaba, entre otros, el palacio del procurador, diversos departamentos administrativos, el edificio de los tribunales de Herodes, la prisión, la biblioteca y los archivos de la ciudad, enormes almacenes subterráneos y dependencias militares con capacidad para un ejército de miles de hombres.

Antes de la revuelta judía, la legión destacada en la provincia mantenía cinco cohortes en aquella fortaleza. En esos momentos, con la legión estacionada en Jerusalén, la guarnición de la ciudad estaba formada por distintas unidades, principalmente de infantería y de caballería ligera que encuadraban desde lanzadores de honda hispanos de las islas Baleares hasta jinetes nómadas que montaban sin silla ni bocado. Los estandartes de las unidades que componían la guarnición del procurador colgaban de la torre más alta de la ciudadela. En la fortaleza había sitio de sobra para las autoridades romanas que estuvieran de visita y para sus acompañantes, de modo que los miembros de la expedición de Varro se encontraron con habitaciones decentes y un techo sobre sus cabezas por primera vez desde hacía semanas.

Varro había estado anteriormente en Cesarea, pero siempre en misión oficial. Admiraba el pulcro trazado de la ciudad y sus prácticos edificios e instalaciones públicas. Abundaban las fuentes, que eran alimentadas por un acueducto de treinta kilómetros de largo que descendía del monte Carmelo, en el norte. Al sur, se levantaba el anfiteatro de la ciudad, con capacidad para veinte mil personas y, cerca, un hipódromo para las carreras de carros con un aforo similar. Con la misma piedra blanca de los demás edificios de Cesarea también se había erigido un elegante teatro dramático para unas cinco mil personas, cerca de los acantilados, cuyas filas de asientos descendían casi hasta el nivel de la playa. Se trataba sin duda del teatro más singular que Varro había visto.

—Debió de ser aquí, en Cesarea, donde el padre de Herodes Agripa mandó ejecutar a Jacob, el hermano del nazareno —dijo el pequeño y calvo Artímedes, alzando la voz para hacerse oír por encima del rugido de las olas mientras se hallaba de pie tras Varro en el rompeolas—. También fue aquí donde, poco después, el padre de Herodes Agripa sufrió el colapso. Su corazón falló mientras se encontraba en el anfiteatro. Dicen que todavía logró aguantar con vida cinco días antes de morir.

Varro asintió. Sus pensamientos se hallaban en la fortaleza. El procurador de Judea, Publio Terencio Rufo, no había salido a recibirlo al llegar, y Varro decidió dar un paseo con sus principales oficiales y sin la escolta del procurador. De todas maneras, no podía decirse que no le hubieran hecho ningún caso. Rufo le había enviado una invitación en toda regla para que, tanto él como sus lugartenientes, asistieran a un banquete de bienvenida que iba a tener lugar en el palacio aquella misma noche. Varro juzgó que resultaría interesante, ya que el procurador de Judea

era su primo.



Tres juegos de mesas aguardaban a los invitados para cenar. El grupo de Varro sumaba trece personas. El cuestor no solo había llevado a sus oficiales de mayor graduación y a sus libertos, sino que también había incluido al centurión Gallo y al decurión Pompeyo. Por su parte, el procurador Rufo había llamado a los prefectos de las unidades militares estacionadas en la ciudad y sus principales libertos. Eso significaba que en total se ocupaban veintisiete plazas en los distintos divanes. El banquete no tardó en convertirse en una ruidosa y bulliciosa reunión.

Varro estaba reclinado al lado de su anfitrión, en el lugar de honor a la izquierda, en el diván central. A sus veintinueve años, Rufo era cinco años más joven que su primo, y también en rango era su subordinado. Hasta hacía poco, había sido el tribuno militar y el segundo en la escala de mando de la XV Legión Apollinaris, y había servido con dicha unidad durante los dos últimos años de la revuelta judía. De la familia había heredado el cabello castaño, el estrecho rostro, una boca pequeña y los intensos y suspicaces ojos. Rufo era bajo y delgado.

Cayo, su padre, era el hermano menor del difunto padre de Varro. Rufo tenía envidia de su primo desde que era niño. Su padre nunca había superado la condición de caballero romano. Que Cayo Terencio Rufo no hubiera formado parte del Senado por propia voluntad y que se marchara a llevar una vida de campesino en sus propiedades de Nola, era algo que no había hecho sino estimular la envidia que su ambicioso hijo sentía hacia la familia de Varro. Los dos primos no se habían visto durante los últimos cinco años; aun así, el primer comentario de Rufo al encontrarse con Varro en el comedor fue: «Has adelgazado, primo. No te sienta bien». Nada más empezar el banquete, Rufo se dirigió exclusivamente a los demás miembros del grupo del cuestor, hablando a voz en cuello, particularmente a Marcio, y haciendo caso omiso de su invitado de honor.

—Antes de marcharse, Tito me dijo que no dejara piedra sobre piedra en Jerusalén. ¡Así que nivelé Jerusalén! —declaró Rufo en plena cena—. «No dejes nada en pie», me dijo, de modo que eso hice. Desde entonces, los judíos me llaman Turno. —Resopló en su copa de vino—. ¿Y sabéis por qué, distinguidos amigos? ¡Me llaman Turno por el rey de los rutilios!

Para sorpresa de quiénes lo rodeaban, el procurador se puso en pie de repente y subió de un salto a la mesa, apartando a puntapiés platos y bandejas, que se estrellaron ruidosamente en el suelo y cuyos contenidos salpicaron por igual a sirvientes e invitados. Con una rebosante copa de vino en la mano, Rufo empezó a recitar pasajes de la *Eneida*, una obra de Virgilio del siglo anterior que conocían hasta los colegiales:

Pide fuego y sujeta, él mismo en llamas,  
una ardiente antorcha de pino. Entonces a trabajar comienzan,  
espoleados por la presencia de Turno, la tropa entera  
los arma con sucias teas, los hogares son desnudados,  
la humeante antorcha desprende un resplandor de brea  
y Vulcano eleva los posos de hollín hasta los cielos.

Todas las cabezas en la estancia se volvieron para mirar, y los oídos, para escuchar. Luego, Rufo hizo una reverencia, y los invitados aplaudieron educadamente. El joven Venerio se hizo notar batiendo palmas con entusiasmo. Una vez concluido el recitado, el procurador se dejó caer en su diván; al hacerlo manchó con vino a un esclavo, pero no se disculpó.

A medida que la noche avanzaba, Rufo siguió bebiendo en grandes cantidades, y, poco después, volvió a llamar la atención de todos.

—Y no contento con humillarme dándome civiles en lugar de soldados —protestó sin dirigirse a nadie en particular pero captando no obstante la atención de todos alrededor de las mesas—, ahora, desde el Palatino se me informa ¡que el César va a enviar a Liberio Máximo para sustituirme! ¡Un maldito liberto! Dicen que hay precedentes, que otros libertos han gobernado Judea en el pasado. ¡Malditos sean los precedentes! En cualquier otro momento y lugar, caballeros, me habría sentido más que insultado, pero, dejad que os diga que no hay nadie más contento por abandonar este maldito lugar y este maldito pueblo que Publio Terencio Rufo. ¿O quizá debería decir Publio Terencio Rufo «Turno»?

Al final, el liberto principal de Rufo se le acercó y lo apremió para que se retirara por aquella noche. Tras discutir con él inicialmente, el procurador cedió a los persistentes rumores y se avino a seguir ese consejo.

—Mi gente me recuerda que mañana me espera un día muy atareado —anunció con voz pastosa a los invitados de su mesa—. Por tanto, mis buenos amigos, os deseo a todos una noche aceptable.

Los libertos ayudaron a su señor a ponerse en pie y lo sostuvieron cuando las piernas le fallaron. Los invitados también se pusieron respetuosamente en pie. Entonces, Rufo miró con ojos entrecerrados a Varro.

—Lamento, cuestor, que los asuntos de gobierno me impidan dedicarte el tiempo que mereces mientras dure tu estancia en Cesarea. ¿Puedo dar por supuesto que antes de lanzarte a cualquier acción en mi provincia tendrás la cortesía de consultarme?

—Quédate tranquilo, procurador —repuso Varro—. Serás consultado donde y cuando sea apropiado. Como es natural, necesitaré que mis secretarios tengan pleno acceso a los archivos de la ciudad.

—Sí, sí —contestó Rufo con un displicente gesto de la mano.

—Además, como guía local, necesito a un oficial con un profundo conocimiento de la provincia.

—¿Un oficial? ¿Un guía? —Rufo parecía hastiado, pero su liberto le susurró algo al oído—. Ah, sí. Buena idea —convino—. Publio Alieno será tu guía, primo. — Ordenó a sus sirvientes que llamaran al oficial para que se presentase ante él y reanudó su vacilante caminar hacia la puerta.

Los sirvientes del procurador fueron a avisar a un hombre alto y fornido, de unos treinta años, que ocupaba un lugar en el tercer diván. Mientras el resto de comensales volvía a sus lugares y conversaciones, el hombre corrió a reunirse con el procurador. Rufo le pasó una mano por los hombros y alzó la vista para mirarlo igual que un niño ante un adulto.

—Decurión, a partir de ahora servirás al cuestor como guía mientras esté en Judea —le ordenó Rufo, que mostraba evidentes dificultades para hacerse entender.

—Muy bien, señor —repuso Alieno.

—Sí, pero... —Rufo bajó la voz y alzó un solitario dedo—, verás, no estoy seguro del verdadero propósito de la visita del cuestor, mi buen Alieno. Diga lo que diga él, sospecho que mi primo ha venido a investigar en secreto cómo desempeño el servicio en esta provincia, ahora que me llaman de Roma, para intentar hallar faltas en mi administración. —Rufo lanzó una mirada hacia el cuestor—. Varro nunca me ha visto con buenos ojos. —Agarró al hombretón por los hombros y lo atrajo hacia sí—. Escucha bien, mi fiel Alieno, a partir de ahora considérate *duplicarius*; tu paga se doblará a partir de este día.

—Gracias, procurador. Eres extremadamente generoso.

—Generoso, sí, pero a cambio, decurión, espero que también seas mi agente en el campamento de Varro. Tan pronto como averigües lo que está buscando o si ha encontrado algo que pueda, digamos, incriminarme, debes avisarme pues debo emprender las acciones necesarias para defenderme.

Alieno asintió.

—Muy bien, señor. Puedes confiar en mí.



Al día siguiente, Varro y su círculo de íntimos se reunieron en el edificio de los tribunales de Herodes para planificar sus siguientes acciones. Pitágoras y Artímedes repasarían los archivos en busca de documentos clarificadores. Callido distribuiría los anuncios habituales por la ciudad. Marcio haría caso omiso del procurador Rufo y sus subordinados y, junto con el centurión Gallo, registraría la ciudad en busca de personas clave. Encabezaba la lista el nazareno Boecio bar Joazar, el hombre que el viejo Laban había mencionado en Tiberíades, y la hija de Boecio, que se suponía vivía en Cesarea; otra figura de interés era Filipo el Evangelista, un nazareno del que Callido había oído hablar durante sus interrogatorios en Antioquía. Con sus respectivos deberes asignados, cada hombre se apresuró a cumplirlos.



Por la tarde, el centurión Gallo se presentó ante Marcio y le informó de que parecía que muchos de los judíos de Cesarea se habían escondido. La noticia de la llegada del cuestor había bastado para infundirles temor. Además, nadie admitía conocer a Boecio, a su hija o al Evangelista.

Un poco después, el *optio* Quinto Silio llegó con una pareja ya mayor que admitió que era seguidora de los nazarenos. Ambos fueron llevados ante Varro, en la sala de juicios. Tras identificarse como Enoc y Haggith, contaron al cuestor que habían sido convertidos a la fe de los nazarenos por Simón Pedro y que habían conocido a Cornelio, un centurión romano originario de Sebaste que se había jubilado de la I Legión e instalado en Cesarea. Enoc añadió que tenía entendido que el centurión había muerto en Asia.

—¿Y qué fue de Simón Pedro? —preguntó Varro con una voz cuyos ecos resonaban entre las altas columnatas.

—Creo que fue ejecutado en Roma, señor —contestó el rubicundo Enoc—, junto con Pablo, al final del reinado de Nerón.

—¿Llegaste a conocer a Jesús de Nazaret?

Una triste sonrisa apareció en el rostro del judío.

—No, señor. Lamentablemente, no.

—¿Y crees que Jesús resucitó de entre los muertos?

—¡Oh, sí, señor!

Su mujer intervino en tono apasionado.

—Sí, señoría, desde luego que sí.

—¿Conocéis a alguien que viera a Jesús después de su supuesta resurrección?

—Simón lo vio, señor —repuso Enoc—. Él fue uno de los primeros que vio a Nuestro Señor después de su resurrección.

—¿Fue el propio Simón Pedro quien os lo dijo?

—Él en persona, señor.

—¿Os contó si Jesús mostraba alguna señal física de que había sido crucificado?

—Nos dijo que había visto sus heridas de las manos y los pies, las que le hicieron cuando clavaron a Nuestro Señor en la cruz.

—¿Has dicho clavado? ¿No atado?

—Sí, señor. Clavado.

—¿Conocéis a un hombre llamado Boecio bar Joazar?

Enoc pareció perplejo.

—No, señor. No conozco a nadie con ese nombre.

El cuestor siguió interrogando a la pareja y les preguntó si sabían algo de Filipo el Evangelista. Claramente suspicaces ante los posibles motivos de Varro, declararon que no lo conocían. Para tranquilizarlos, Varro les aseguró que sus pesquisas no tenían nada que ver con la revuelta judía y que únicamente le interesaba saber más cosas de Jesús de Nazaret.

Entonces, el interrogatorio del cuestor fue interrumpido porque Pitágoras llegó

corriendo; sostenía en alto un viejo rollo de pergamino.

—¡Eureka! ¡Lo he encontrado, cuestor! —declaró victoriosamente—. He encontrado el certificado de la ejecución de Jesús de Nazaret. —Corrió hasta una mesa donde desenrolló el documento, y Varro se reunió con él—. Los documentos de los archivos han sido cuidadosamente preservados desde la fundación de la provincia, en la época de César Augusto —explicó Pitágoras—. Todo lo que he tenido que hacer ha sido ir a la sección de archivos criminales correspondiente a los últimos años del reinado de Tiberio, que fue cuando seguramente lo ejecutaron. Han bastado unas pocas horas buscando la crucifixión de alguien que residiera en Nazaret y ¡aquí está!

Varro y sus colegas se agruparon alrededor de la mesa mientras Pitágoras fijaba el documento en un marco de lectura.

—¿Qué fecha tiene? —inquirió Varro.

—El día y el mes corresponden con el comienzo del festival judío del pan ácimo, que ellos también llaman la Pascua. En cuanto al año, fue... —Pitágoras leyó en voz alta—: «En el reinado del César Tiberio Augusto, bajo el consulado de Aelio Sejano y Casio Longino...». Eso sitúa la ejecución hace cuarenta y un años. A ver... Veamos aquí... —dijo señalando el nombre del convicto—. Sí, «Josué bar José, de Jerusalén», es nuestro hombre, cuestor.

Leyeron los detalles que explicaban que Josué bar José había sido condenado a morir en la cruz por un delito de sedición, ya que se había alzado en armas contra Roma. El certificado había sido autorizado por Cayo Poncio Pilato, prefecto de Judea. Una anotación, escrita por mano distinta a la del certificado, explicaba que la ejecución se había llevado a cabo y que el cuerpo del prisionero había sido entregado a su familia para que lo enterraran. La anotación llevaba una firma: «Longino, centurión».

—Hay más, cuestor —declaró Pitágoras—. En los archivos también existen certificados que corresponden a las ejecuciones de otros tres judíos de Galilea ese mismo día. También, con igual fecha, figura el perdón de uno de ellos, un tal Josué bar Abbas. Todo lleva el sello del prefecto Pilato.

Varro estaba cautivado.

—Bien hecho, Pitágoras. A ver si encuentras más pruebas documentales de la misma importancia que estas. ¡Por fin hacemos algún progreso!

Mientras Pitágoras se apresuraba a volver a los archivos para reunirse con Artímedes y buscar más documentos relevantes, se presentó un mensajero enviado por el centurión Gallo. Según parecía, a última hora del día, la información proporcionada por un esclavo había conducido a Gallo y a sus legionarios hasta una gran residencia situada en una manzana de casas y edificios de alquiler en el barrio judío de la ciudad. Según el informador, aquella era la casa de Filipo el Evangelista. Gallo había enviado noticia a Varro de que la puerta estaba atrancada y que nadie en el interior de la casa había respondido a sus órdenes de que abrieran. Varro y sus colegas salieron de la fortaleza y se dirigieron a toda prisa al barrio judío llevando

con ellos al resto de los legionarios de Gallo y a la caballería de Crispo.

—Tengo las entradas delantera y trasera vigiladas con soldados —informó el centurión cuando llegó su superior—, pero es posible que los ocupantes hayan huido por el tejado.

La mayoría de aquellas casas se hallaban vacías después de que un buen número de sus habitantes judíos hubieran ido a Jerusalén al último y fatídico festival de Pascua o se hubieran unido a los alzados. Por ello, los edificios mostraban señales de haber sido descuidados durante los últimos años; sus paredes aparecían desconchadas y el terreno estaba surcado de malas hierbas. No obstante, la casa identificada como la de Filipo el Evangelista parecía haber sido atendida con cuidado.

Varro mandó a los hombres de Gallo que derribaran la puerta principal con el ariete de tres metros de largo que habían traído de la fortaleza. Cuando la puerta cayó, los soldados entraron en tromba con las espadas desenvainadas. La casa de dos plantas fue registrada de arriba abajo, pero no se encontró un solo ocupante. Sin embargo, en las habitaciones principales del señor de la casa y en las dependencias de los sirvientes, los muebles estaban en su sitio, y la comida, la ropa y los efectos personales parecían indicar que sus propietarios acababan de salir precipitadamente. Varro envió algunos de sus soldados a las puertas de la ciudad para que se unieran a los centinelas e interrogaran sobre Filipo el Evangelista a todos los que entrasen y salieran; luego, tras dejar a Gallo y a los demás hombres para que buscaran algún tipo de prueba en la vivienda, regresó a la fortaleza. Varias horas después, cuando la oscuridad se apoderaba de la ciudad y el cuestor se disponía a cenar, llegó un mensaje del centurión: había encontrado un montón de documentos en casa del Evangelista. Varro y sus colegas corrieron a reunirse con él.

En una pequeña y desnuda habitación de la parte trasera de la casa, el centurión había descubierto una piedra medio suelta en el dintel de la puerta. Tras retirarla, había descubierto un hueco y dentro de este una bolsa de delgado cuero llena de documentos. Cuando el cuestor y su grupo llegaron, vieron que Gallo había llenado la casa con lámparas de aceite para iluminar la habitación y que había extendido los documentos en una alta y estrecha mesa. El cuestor ordenó a su secretario que examinara el hallazgo.

—Son copias de cartas, algunas escritas en griego; otras, en hebreo —declaró Pitágoras tras un somero vistazo.

Varro mandó que se presentara Antíoco y, mientras este leía las cartas en hebreo, Pitágoras se concentró en las escritas en griego. La estancia era demasiado pequeña para que estuvieran cómodas varias personas a la vez, de modo que el cuestor ordenó que salieran todos, salvo Antíoco y Pitágoras; a continuación tomó asiento en un banco de madera que había y esperó el resultado de los exámenes. Mientras permanecía allí, sentado, contemplando la estancia con aire ausente, su mente retrocedió al primer momento en que puso los ojos en Miriam, durante la recepción en el palacio de la reina Berenice; pero, de repente, algo captó su atención y lo

devolvió a la realidad. En la estancia había lámparas de aceite en el suelo, en la mesa y en los estantes. Las llamas de algunas de las del fondo, sobre las losas del suelo, titilaban intermitentemente haciendo que el humo que ascendía hacia el techo oscilara y se retorciera antes de aquietarse de nuevo. Sin embargo, las llamas de las demás lámparas apenas se movían.

Dado que era persona con buen ojo para los detalles, Varro se levantó, cogió una lámpara de un estante, la puso en el umbral de la puerta y volvió a sentarse. La que acababa de dejar tampoco se movía, lo cual significaba que por la puerta abierta no entraba ninguna corriente de aire. El cuestor mandó llamar a Marcio y, cuando este apareció, le mostró el fenómeno de las llamas oscilantes.

—¿Qué crees tú? —preguntó a su lugarteniente—. ¿Es cosa de mi imaginación?

—Lo que creo es que aquí hay algo sospechoso.

Varro pidió a Pitágoras y a Antíoco que salieran y ordenó al centurión Gallo que investigara la causa del fenómeno mientras él y Marcio permanecían en la entrada y observaban cómo se ponía manos a la obra. Tras ellos se agolparon los legionarios y otros miembros del equipo de Varro, estirando el cuello para intentar ver algo. Gallo, a cuatro patas y con la cara pegada al suelo de losas de mármol, examinó la base de la pared del fondo de la habitación. Cuando notó que una corriente de aire le rozaba los ojos pasó un dedo por la junta de la pared con el suelo. En cierto punto, su dedo se hundió en una grieta.

—Aquí hay un hueco, señor —anunció—. Un hueco con la anchura de una puerta estrecha.

Se puso en pie y pasó la mano por la enyesada pared que estaba pintada de un verde apagado y uniforme. Acercó la nariz y olisqueó.

—La pintura está fresca, señor. Y yo diría que también lo está el yeso de debajo. Esta pared hace poco que ha sido alisada y pintada. —Golpeó el muro con los nudillos—. ¡Está hueco, cuestor! —anunció—. ¡Detrás de esta pared hay una cavidad!

—¡Échala abajo, centurión! —ordenó Varro.

Al cabo de un instante, Gallo y un grupo de legionarios equipados con utensilios de cavar y barras de hierro atacaron la pared. Los hombres y la habitación no tardaron en quedar cubiertos de polvo. La mezcla de yeso y fina arena del revestimiento de la pared les manchaba el cabello, penetraba en sus ojos y los obligaba a escupir de vez en cuando para mantener los labios y la boca húmedos. Poco después, una losa de piedra rectangular se desplomó en el suelo. Tras ordenar a su equipo de demolición que se detuviera, Gallo mandó a uno de sus hombres que se asomara a la oquedad. Nervioso, el joven legionario metió la cabeza y una lámpara por la abertura. La vulnerabilidad de su situación hizo que se le perlara la frente de sudor y se le tensaran los músculos; se preparó para retroceder si de alguna parte surgía un arma o un proyectil.

—¡Hay un hombre! —gritó de pronto el soldado—. Veo escalones, centurión, y al

final a un hombre. ¡No! ¡Puede que sean dos o más!

El legionario se retiró rápidamente.

—¿Están armados? —preguntó Gallo.

—No, que yo haya podido ver.

Gallo y sus hombres arremetieron de nuevo contra la pared y no tardaron en abrir un espacio suficiente para que pasara un hombre. A la luz de las lámparas que llevaron a la abertura, al final de los estrechos peldaños, pudieron ver a tres hombres pálidos y asustados —sirvientes en apariencia— apiñados alrededor de una anciana figura de blanca barba. Del derribado muro surgió un hedor de heces y orina. Era como si Gallo y sus hombres hubieran abierto un boquete en las cloacas de la ciudad.

Los legionarios se apartaron cuando Varro se acercó a la oquedad.

—¿Eres tú Filipo, aquel que llaman el Evangelista?

—Ese soy —fue la respuesta, del barbado anciano—. Yo soy Filipo y voy a salir, pero, por favor, te suplico que no castigues a mis sirvientes. Comparten mi casa, pero no la culpa de que yo me escondiera de vosotros.

—Te garantizo que no haremos daño a nadie. Solo busco información. Tienes la palabra de Julio Terencio Varro.

El anciano subió los escalones trabajosamente seguido de sus sirvientes, y el centurión lo ayudó a salir a la habitación.

—Traed un banco para Filipo —ordenó Varro.

Los soldados acercaron el mismo donde él se había sentado.

—Gracias —dijo el anciano, agradecido, mientras tomaba asiento con el rostro ceniciento y aspecto de agotamiento.

Sus sirvientes salieron del agujero y se arrodillaron alrededor de él, mirándolo con una mezcla de adoración e inquietud.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó Varro, que estaba de pie y contemplaba a Filipo mientras sus colegas se apelotonaban en la puerta para ver y escuchar.

—Varios días —contestó Filipo.

—¿Hiciste que te encerraran ahí dentro? —quiso saber el cuestor en tono reprobatorio.

—Es un antiguo pasadizo —confesó Filipo—, construido en el tiempo de Herodes. Llega hasta debajo de la casa de mi vecino, y recibe por allí un poco de aire fresco del exterior, el suficiente para aguantar. Estaba intentando proteger a mi gente. No temo por mi vida. Tengo cuatro hijas, y las cuatro tienen el don de la profecía. Las cuatro predijeron la destrucción de Jerusalén, pero ninguna ha anunciado mi muerte al menos durante un año. Una de mis hijas vive en la ciudad de Tralles, en la provincia de Asia. ¿La conoces?

—He oído hablar de ella.

—Mi hija, la de Tralles, me ha predicho que moriré en sus brazos, así que es posible que algún día viaje hasta esa ciudad. —Sonrió, como si hubiera compartido una broma—. Algún día, pero todavía no.

—Si eso es verdad —intervino Marcio, que estaba apoyado en el marco de la puerta, ante el resto de los hombres—, yo diría que te conviene no ir nunca a esa ciudad.

Varro retomó las riendas de la conversación.

—Me han dicho que conociste a Jesús de Nazaret, ¿es cierto?

La sonrisa de Filipo no se alteró.

—Sí. Lo conocí. Y sigo conociéndolo.

—¿Vive aún? —preguntó Varro, sorprendido.

—Vive en mí y en muchos como yo.

Varro frunció el entrecejo.

—¿Está muerto o no?

—Ya no camina por esta tierra, si es a eso a lo que te refieres, romano.

—¿Cómo llegaste a conocerlo?

—Yo fui uno de sus setenta discípulos originales.

Varro sintió que lo embargaba la emoción. Se estaba acercando al objeto de sus pesquisas.

—¿Sigues siendo uno de sus seguidores?

—Sigo siendo su humilde servidor.

—¿Fuiste testigo de su ejecución?

—Yo estaba aquí, en Cesarea, cuando fue crucificado. Lamento decir que una enfermedad me impidió ir a Jerusalén para la Pascua de aquel año.

—¿Crees que era el Mesías y que resucitó de entre los muertos?

Filipo sonrió de nuevo.

—Lo crea o no, sigue siendo cierto.

—¿Lo conociste íntimamente?

—Durante sus últimos años entre nosotros, sí.

Varro se quedó pensativo un momento.

—Seguramente estarás fatigado y hambriento —dijo entonces.

—Eso es verdad —repuso Filipo—, pero no es más que un pequeño contratiempo en una vida llena de contratiempos.

—Bien. Ahora te irás a la fortaleza. No como prisionero, sino como mi invitado. Allí podrás comer y descansar. Mañana, una vez repuesto, me darás testimonio de todo lo que sabes del nazareno.

—¿Y qué hay de mi gente? —preguntó Filipo haciendo un gesto con la mano hacia sus desdichados sirvientes—. No me importa lo que me pase, pero ellos son inocentes.

—Contéstame mañana honradamente y sin doblez y quedarán libres.

Filipo observó a Varro unos instantes.

—Pareces un hombre de fiar. Si te comprometes con tu palabra de honor, entonces testificaré voluntaria y sinceramente.

—Pues tienes mi palabra de honor. Ante estos testigos tienes mi palabra de que

tus sirvientes quedarán libres si declaras con plena sinceridad.

—Puedes estar seguro de una cosa —declaró Filipo—: hablaré con el corazón en la mano, pero no denunciaré a nadie.

—Lo que busco es la verdad, Filipo. Nada más y nada menos. Hasta mañana, pues.

Varro salió de la habitación y llamó al centurión Gallo para darle instrucciones de que acompañara al Evangelista a la fortaleza, donde debía proporcionarle aseo, alimento y una noche de sueño antes del interrogatorio del día siguiente.

—Lleva a Filipo a mi presencia en la sala de tribunales, mañana por la mañana, a la hora tercera<sup>[3]</sup> —ordenó—. Mantén a sus esclavos alejados de él y tenlo encadenado todo el tiempo a uno de tus hombres. No hay que darle oportunidad para que se fugue o se lesione. Ah, puedes soltar a Enoc y a su mujer, y que se sepa que mis informadores no sufren daño alguno.

Gallo se apresuró a obedecer.

Marcio había escuchado toda la conversación y contempló con expresión de disgusto cómo el Evangelista y sus sirvientes eran esposados y conducidos fuera de la casa. Incapaz de contenerse por más tiempo, se encaró con Varro en tono preocupado.

—Julio, creo que estás siendo demasiado benévolo con esos nazarenos —dijo de modo que varios de sus compañeros pudieran oírlo.

Varro frunció el entrecejo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Si estuviera en tu lugar, arrancarí a toda esa gente la verdad mediante la tortura.

—Conseguiré más si me gano su confianza.

Marcio meneó la cabeza.

—Nunca confiarán en nosotros, al menos mientras nosotros gobernemos. Y nosotros tampoco confiaremos en ellos.

—Guárdate tus opiniones, tribuno —contestó Varro fríamente, apartándolo a un lado.

Marcio, molesto por la réplica del cuestor, lo observó mientras se marchaba.

Antíoco apareció tras Varro y se puso a caminar a su altura.

—El tribuno tiene razón —gruñó—. Esa gente carece de derechos. Debes coger a Filipo y a los demás nazarenos, aplicarles la tortura y obligarlos a que te cuenten lo que saben.

Varro se detuvo en seco y se volvió hacia el magistrado judío.

—¡Ocúpate de tus asuntos, Antíoco! —le espetó—. Mis métodos de investigación nada tienen que ver con los tuyos.

Los ojos del judío centellearon de rabia.

—¡Simpatizas con los nazarenos, cuestor! Lo sospeché desde el primer momento. ¡Escribiré al general Collega y te denunciaré como simpatizante de los nazarenos! ¡Le diré que estás perjudicando la misión! ¿Me has oído, Julio Varro?

—¡Escúchame bien, Antíoco! —bramó Varro con desconocida furia—. ¡Te limitarás a leer los documentos hebreos que hemos encontrado en la casa, y mañana me presentarás tu informe en la sala de tribunales nada más dar la hora segunda para que yo examine su contenido! Si lo que resulta de ese examen no me parece satisfactorio, te mandaré de vuelta con el general Collega y con un informe diciéndole que no has desempeñado tu labor de traductor de manera satisfactoria. ¡La labor que el general precisamente te encomendó! ¿Me has oído bien, Antíoco?

Una repentina expresión de terror se apoderó del rostro del magistrado que, instintivamente, se llevó la mano a la bolsa que llevaba colgando del cuello.

El cuestor salió hecho una furia.

—¡Pedio! ¿Dónde, en nombre de todos los dioses, está mi transporte? —gritó con evidente enfado.



Marcio se hallaba de pie, observando cómo su armero, Plácido, afilaba sentado su espada en una piedra de amolar. Hacía mucho que Marcio no desenvainaba la espada por ira. La utilizaba diariamente en sus ejercicios con su esclavo Plácido, a quien había entrenado en el manejo de la espada y el escudo. Mientras lo observaba trabajar, notó la presencia de alguien en el umbral. Se dio la vuelta y vio a Artímedes, el secretario.

—Espero que excuses mi intromisión, señor —dijo el menudo griego.

Tras los acontecimientos de última hora del día, con su breve pero desagradable enfrentamiento con Varro, el tribuno no estaba de humor para charlas.

—¿Qué quieres, secretario? —preguntó volviendo su atención hacia el trabajo de afilado de espada de doble filo.

—Tribuno, sabes sin duda que llevo muchos años al servicio de la familia del cuestor —empezó a decir Artímedes mientras entraba en la estancia—. Antes de estar empleado como secretario de Julio Varro lo era de su madre, Julia. Además hice de tutor de Julio mientras fue pequeño. Sin duda era un alumno aventajado.

—¿Y qué?

—Conociendo mi duradera vinculación con la familia del cuestor, te darás cuenta de que mis pensamientos fluyen de modo natural en la dirección de su bienestar. De hecho, te confesaré que regularmente escribo a su madre a Roma y a Capua para tranquilizarla acerca de la salud de su hijo y para informarla de sus progresos aquí. El cuestor no lo sabe, de modo que te agradecería que mi comentario permaneciera entre nosotros.

—Ve al grano, secretario —repuso Marcio impaciente—. En toda mi vida he visto un hipócrita que se pueda comparar contigo.

Artímedes no pareció afectado por el insulto.



—Sabiendo que mis lealtades están de lado del cuestor, excelencia, no deberías malinterpretar lo que voy a decir, ya que es tanto en interés de tu persona como en la de mi señor Varro.

—¡Por Júpiter! —estalló Marcio—. ¡Suéltalo ya y di lo que tengas que decir!

—Tribuno, hoy no tendrías que haber discutido con el cuestor ante otros que son sus subordinados y los tuyos también. Ha sido claramente un error de juicio, si me permites que lo diga.

Marcio lo miró con suspicacia.

—¿Ah, sí?

—Menoscabas la autoridad de mi señor Varro al manifestar públicamente tus discrepancias. El cuestor aprecia tu opinión, pero solo cuando se la expresas en privado, nunca en público.

—¿Has acabado con tu sermón, tutor? —bufó Marcio.

—Nos quedan por delante muchos días y semanas de expedición, y el cuestor debe poder confiar en tu discreción tanto como en tu lealtad. Medítalo.

Dicho eso, el pequeño griego dio media vuelta y se marchó.

—¡Gracias por nada! —le gritó el tribuno, irritado—. ¡Cuando quiera tu consejo, te lo pediré!

—Medítalo, tribuno —le llegó la voz de Artímedes como un eco por el corredor de piedra—. Créeme, eres tan sabio como recto, Marco Marcio.



Hacia el oeste, donde el Mediterráneo se fundía con el horizonte, una tormenta eléctrica hendía silenciosamente la negrura de la noche con destellos de luz que iluminaban las nubes con repentina y breve intensidad. Varro estaba en la terraza, solo, contemplando el espectáculo desde uno de los blancos palacios de Herodes que utilizaba como vivienda en Cesarea. A menos de un kilómetro de distancia, abajo y a su derecha, más allá del puerto, el teatro de la ciudad estaba abarrotado con lugareños y gentes llegadas de distritos vecinos: una compañía de actores griegos, recién llegados de Epiro, comenzaba allí su gira oriental. No obstante, muchos de los espectadores apretujados en las filas de asientos que bajaban hasta la playa habían perdido el interés por lo que acontecía en el escenario y habían puesto sus ojos en el mar y en el formidable despliegue de relámpagos. Varro podía oír los «ooh» y «aaah» que surgían en la distancia.

El cuestor había cenado solo y lo había hecho a propósito. No se sentía satisfecho consigo mismo tras haberse dejado llevar por el genio ante sus subordinados aquella noche. Podía disculpar a Antíoco por su ignorancia y a Marcio por su exceso de celo, pero como jefe de la expedición, tenía que situarse por encima de las mezquindades y las discusiones. De repente, notó que no estaba solo en la terraza. Se volvió y vio una

figura que caminaba lentamente hacia él desde la puerta que daba a las dependencias del palacio.

—¿Te importa si te acompaño, Julio? —Era Marco Marcio.

—Como gustes —repuso Varro sin entusiasmo. Se reclinó en la balaustrada de la terraza y contempló el mar dando la espalda al tribuno.

Marcio se acercó y se apoyó también.

—¿Crees que los dioses están enfadados? —preguntó contemplando los rayos y relámpagos del horizonte. Varro se encogió de hombros.

—Quizá es Júpiter, que está montando un número para demostrar su poder a los productores teatrales de Cesarea —contestó.

Marcio asintió en silencio. Durante un rato, los dos hombres contemplaron la tormenta sin cruzar palabra antes de que Marcio dijera:

—¿Sabes qué le pasó al general Estrabón, padre de Pompeyo el Grande, que era de Piceno, como yo? Pues que murió fulminado por un rayo en Campo Marcio, cuando Pompeyo no era más que un muchacho.

Varro asintió con ademán ausente.

—Sí. Recuerdo haberlo leído.

—Estrabón debió de ofender a los dioses muy gravemente para merecer un final como ese —comentó Marcio.

—Puede que Estrabón, que era famoso por su arrogancia, estuviera seguro de que nunca sería fulminado por un rayo —replicó Varro— y que en su soberbia tentara al Hado paseándose por un campamento militar en las afueras de Roma con la armadura puesta durante una tormenta.

—Puede, puede —rio Marcio, que a continuación quedó nuevamente callado, mirando los fogonazos y escuchando el rumor de voces proveniente del teatro—. Escucha, Julio, quería disculparme. Fue un error por mi parte discutir esta tarde contigo, en casa del Evangelista, delante de todos.

—Lo ha sido, desde luego —convino Varro sin mirarlo—. Verás, Marco, tus opiniones me interesan, así que no dejes de compartirlas conmigo; pero hazlo en privado. No menoscabas mi autoridad en público.

—No volverá a pasar. Tienes mi palabra. No suelo cometer dos veces el mismo error.

—Me alegra saberlo.

—Sabes que soy sincero, ¿verdad?

Varro se volvió, sonriendo.

—No conozco a nadie más sincero.

Marcio sonrió también.

—Mi sinceridad suele servirme bien, pero creo que tendré que controlarla si quiero satisfacer mis ambiciones y emular a los más famosos generales de Roma.

—Algún día, Marco, harás que Roma se sienta orgullosa de ti. Entretanto, necesito todo tu apoyo en esta misión. Entre nosotros hay quien solo mira por su

propio interés.

—Sé quiénes son. No hace falta que digas sus nombres.

—Por lo tanto, tú y yo debemos trabajar juntos. No puedes poner en duda mis decisiones en público.

—No tendrás motivo para dudar de mi lealtad ni de mi apoyo.

—Gracias, amigo. —Varro le dio una palmada en el hombro—. No volveremos a hablar de esto, Marco. Mañana empezaremos como si nada hubiera ocurrido.

—De acuerdo. Además, tengo la impresión de que nuestra suerte ha cambiado. Primero, Pitágoras desentierra esos documentos de los archivos, y después sacamos al viejo Filipo de su madriguera. Cuando mañana lo interroguemos, me interesará escuchar lo que el Evangelista tenga que decir.

Varro asintió, pensativo.

—Sí. A ti y a mí, amigo mío.

## EL TESTIMONIO DE FILIPO

*Cesarea, capital de la provincia romana de Judea.*

*Abril del año 71 d. C.*

Dos grandes mesas se repartían a un lado y al otro, frente al estrado. En una de ellas, la de los caballeros, se sentaban Marcio, Crispo y Venerio; en la otra, cuatro funcionarios: primero, con el punzón a punto y las tablillas de cera dispuestas ante él, Pitágoras; a su lado, Artímedes, que hacía de custodio de los numerosos documentos que tenía apilados delante, y en tercer lugar, Callido. Antíoco, contrariado por verse junto a los libertos, estaba en un extremo. Entre ambas mesas y justo bajo el estrado, Pedio se mantenía en pie con el bastón oficial de lictor apoyado en el suelo de mármol. El cuestor Julio Varro ocupaba el asiento principal que había pertenecido a Herodes el Grande, y Hostilis, su sirviente, se sentaba en el suelo, tras él. A Varro le producía cierta emoción ocupar el mismo asiento utilizado por el que había sido rey de Judea y gran amigo de Marco Antonio, Julio César y César Augusto. Un hombre que, según habían contado a Varro en una visita anterior, había estado familiarizado desde la infancia con el poder porque su padre lo nombró gobernador de Galilea a la temprana edad de quince años. Desde su asiento presidencial, el cuestor podía ver a sus subordinados en las mesas y el estrado de los testigos frente a él.

Al comenzar, Varro había notado con satisfacción que Crispo también llevaba su propia tablilla para escribir y que parecía que el prefecto tomaría sus propias notas durante la declaración del testigo. Sin embargo, a medida que el interrogatorio fue avanzando, Varro comprobó que la escritura del prefecto no se acompasaba al ritmo de las preguntas y respuestas. Crispo pasaba ratos sin escribir nada, con la mirada perdida en la distancia, hasta que, de repente, se ponía a escribir a toda velocidad o borraba líneas enteras de lo anotado. Al final, Varro comprendió que Crispo se dedicaba a escribir poemas, pero lo disculpó y se dijo que lo único importante era que él mantuviera la concentración y Pitágoras tomara sus detalladas notas.

Después de que el cuestor ocupara su asiento al comienzo de la hora segunda, Pitágoras y Antíoco lo informaron de sus hallazgos en lo referente a los documentos descubiertos en casa de Filipo. Le contaron, que las cartas pertenecían a tres fuentes diferentes: una era el propio Filipo; la mayoría de las escritas en griego y en hebreo habían sido enviadas por él a seguidores del Nazareno en Judea y zonas vecinas. Todas se referían a la enseñanza de su doctrina y no contenían nada importante para la investigación. Otras dos, que habían sido copiadas varias veces en griego y en hebreo, tenían su origen en diversos autores y se parecían bastante a la carta de Lucio, ya que presentaban sendos relatos de la vida de Jesús de Nazaret. Pero aquellas dos

cartas anónimas también contenían material que no figuraba en la de Lucio y aspectos que la contradecían. El más llamativo era que una afirmaba que el abuelo de Jesús había sido un tal Jacob en lugar de Heli. También en algunos aspectos esas dos cartas se contradecían entre sí. Varro las había puesto a un lado para estudiarlas con detenimiento.

A la hora tercera, Filipo entró escoltado por el centurión Gallo. El Evangelista parecía menos ojeroso que la noche anterior. Vestía una túnica nueva, y en sus mejillas había aparecido el color lo mismo que el brillo en sus ojos. Fue llevado hasta el estrado de donde, tras quitarle los grilletos, el centurión Gallo se retiró.

—Buenos días, Filipo —lo saludó Varro, sonriendo desde su asiento de juez—. Espero que hayas dormido bien.

—Te deseo una feliz mañana, cuestor. Sí, he disfrutado de una noche de descanso. —Filipo recorrió con la mirada la estancia casi vacía—. ¿Sabes?, la última vez que estuve aquí fue hace trece años.

—¿En qué circunstancias? —preguntó Varro.

—Me encontraba entre el gentío que ocupaba el fondo de la sala, y escuchaba mientras el procurador Floro y el rey Agripa interrogaban a uno de mis hermanos en Cristo, a Pablo, como respuesta a los cargos lanzados contra él por el Gran Sanedrín de Jerusalén.

—¿Pablo de Tarso? —inquirió Varro reconociendo el nombre del destacado nazareno.

—El mismo, señor. Floro y Agripa llegaron a la conclusión de que Pablo no había cometido ningún delito. Ya ves, no puede haber delito en hablar con la verdad.

—No puedo estar más de acuerdo. ¿Estás listo para responder, hoy y aquí, con sinceridad a mis preguntas?

—Lo estoy.

—Muy bien. Empezaré preguntándote sobre los documentos hallados en tu casa.

Antes de que Varro pudiera concretar más, Filipo ofreció espontáneamente una descripción de los documentos en cuestión. Dijo que en su mayor parte se trataba de copias de cartas escritas por él o en su nombre y dirigidas a miembros de su rebaño de nazarenos. El cuestor hizo que le mostraran las dos cartas que no parecían haber sido escritas por el anciano. Filipo las desenrolló parcialmente y las estudió brevemente. Luego, explicó a Varro que la más antigua de las dos epístolas había sido escrita por Marcos, un escriba de Jerusalén, al comienzo de la revuelta, en los meses previos a la llegada de Cestio Gallus y su ejército romano.

Cuando Varro le preguntó quién era el tal Marcos, Filipo contestó:

—Uno de los setenta discípulos originales de Nuestro Señor, igual que yo. Nosotros, de entre los setenta, formábamos parte del consejo de los mayores.

Siguió explicando que Marcos había puesto por escrito las parábolas y lecciones que Jesús había impartido a su gente, para que de ese modo pudieran ser copiadas y distribuidas. En efecto, aquellas parábolas y enseñanzas habían sido difundidas

durante años por sus discípulos, pero al estallar la revuelta, Marcos se convenció de que la profecía de Jesús sobre la destrucción del templo no iba a tardar en cumplirse, como así ocurrió. Marcos decidió permanecer en Jerusalén pasara lo que pasase, pero creía que alguien debía dejar constancia de la vida de Jesús, de sus sufrimientos y su muerte antes de que desaparecieran todos los que habían sido testigos de ella.

—Esa epístola es el testamento de Marcos. Llegó a mis manos hará unos cinco años.

—Ese Marcos, ¿sigue con vida?

—Supongo que habrá muerto en Jerusalén, como tantos otros.

—¿Quién es el autor de la otra carta?

—Esa fue escrita por Matías, uno de los doce apóstoles de Nuestro Señor.

—Explica cuál era la tarea de esos apóstoles —ordenó Varro.

—Nuestro Señor escogió a doce de nosotros para que fuéramos sus principales mensajeros ante la gente y para enviarnos a todos los rincones de este mundo. A esos doce y a los que siguieron los llamamos los «portadores del mensaje», en griego, «*apostolos*». Matías era uno de ellos. Él opinaba que, siendo uno de los doce escogidos, tenía una perspectiva más amplia que la de Marcos, de modo que escribió un poco antes que este su propia versión de la vida, pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor. Por lo que sé, Matías también ha muerto. Por mi parte, no he hecho diferencias entre las dos epístolas y siempre he distribuido entre mis hermanos copias de ambas por igual.

Varro le preguntó entonces si conocía a un nazareno de nombre Lucio, un médico. Filipo le contestó que conocía a Lucio, pero al decirlo lo hizo en un tono desprovisto del afecto utilizado para hablar de Marcos y Matías. Explicó que Lucio era oriundo de Antioquía y amigo, colaborador y secretario de Pablo de Tarso. En el pasado, Lucio estuvo varias veces en casa de Filipo en Cesarea, tanto solo como con Pablo. Filipo añadió que nunca había visto una copia de la carta de Lucio y que desconocía que Lucio hubiera escrito por su cuenta un relato de la vida, obras y muerte de Jesús.

—¿Dónde podría hallarse en estos momentos el tal Lucio? —preguntó el cuestor.

—Tengo entendido que, tras la muerte de Pablo en Roma, Lucio se marchó a Grecia; pero no sabría decirte más.

Varro dejó a un lado el asunto de los documentos y supo por Filipo que, de joven, se sintió atraído por las enseñanzas de Juan el Bautista y que, después, se convirtió en partidario de su sucesor, Jesús. Filipo afirmó que había visto y escuchado predicar al nazareno muchas veces.

—Lo he visto realizar milagros maravillosos, incluido resucitar de entre los muertos a un pariente suyo, Eleazar, Lázaro de Betania.

El joven Venerio dejó escapar una risita burlona.

—Las pócimas milagrosas son fáciles de conseguir si se tiene dinero suficiente.

Varro carraspeó ruidosamente para advertirle que se abstuviera de hacer comentarios críticos que pudieran interrumpir el flujo de información del testigo.

—Sigue, Filipo, por favor —lo urgió.

—He partido el pan con Él y he hablado con Él en muchas ocasiones.

Sin embargo, ante la pregunta concreta del cuestor, declaró no haber visto a Jesús después de su crucifixión, pero añadió que conocía a otros que sí, aunque no quiso dar sus nombres. También contó que toda esa gente ya había muerto o se encontraba en lejanos países, repartidos por todas las provincias del Imperio, y también en Partia.

—Muy conveniente —murmuró Venerio.

—No me extrañaría que yo fuera uno de los últimos setenta del principio —comentó Filipo.

Antíoco miró a Varro.

—¿Puedo formular alguna pregunta al testigo, cuestor? Es sobre ese consejo de mayores nazarenos.

Varro asintió.

—Adelante.

Utilizando un tono agresivo, Antíoco lanzó su pregunta a Filipo igual que un dardo.

—¿Por qué el nazareno escogió rodearse de un consejo de setenta y, de entre estos, seleccionó a un grupo de doce como sus más íntimos colaboradores? —Antes de que el Evangelista pudiera responder, Antíoco prosiguió—: ¿Acaso estos últimos representaban las antiguas doce tribus de Israel? ¿Los setenta miembros, aparte del nazareno, se deben a que también había setenta sacerdotes en el Gran Sanedrín de Jerusalén? ¿Acaso era intención del nazareno sustituir a los sacerdotes del Gran Sanedrín cuando hubiera derrocado a las autoridades judías en la revolución contra Roma que tenía planeada? Es más, si la intención del nazareno era hacerse con el control del templo, tal como aparece claro ante mis ojos, ¿cómo puedes excusar el hecho de que tu secta haya fomentado desde la muerte de su líder que sus miembros se sienten a la mesa con los no circuncidados y haya introducido a no judíos entre sus filas sin pedirles previamente que observaran las leyes judías?

Filipo suspiró y miró a Varro como si solicitara amparo ante aquella agresión.

—Responde —dijo el cuestor.

—Muy bien. Nuestro Señor rara vez revelaba por qué hacía lo que hacía. Está escrito que el Mesías debe realizar ciertas cosas, y eso es lo que Él hacía. Siempre he creído que todo lo que Nuestro Señor obraba estaba gobernado por voluntad divina, y por lo tanto, nunca cuestioné lo que hacía o decía. En cuanto a los miembros gentiles de nuestra comunidad, Nuestro Señor nos dijo que lleváramos su mensaje a los pueblos de todo el mundo, y eso es lo que hacemos.

Antíoco todavía no había acabado.

—He oído decir que una vez, en respuesta a la pregunta de un fariseo, el nazareno mostró una moneda romana y preguntó a los presentes de quién era la efigie que aparecía acuñada en una de las caras, y que la gente contestó que era la figura de César. El nazareno dijo entonces que la gente tenía que pagar sus impuestos al César.

pero prestar absoluta lealtad al dios de los judíos. ¿Has oído hablar de esta historia?

—He oído algo parecido, en efecto.

—¿Fuiste testigo de ella?

—No. No lo fui.

—¿Crees de verdad que ocurrió así?

—No tengo razones para no creerlo.

—Entonces, dime, ¿cómo es posible que ocurriera? —Antíoco sacó una moneda de plata y la sostuvo en alto—. En mi mano tengo una moneda de un sestercio, como las que circulaban en Jerusalén antes de la revuelta, comprada por mí, aquí, en los mercados de Cesarea. ¡No tiene efigie ninguna! Todas las monedas romanas que circulaban en Judea tenían en común la falta de efigie, porque ese era el modo que tenía Roma de complacer generosamente a los ingratos judíos de la provincia por su estúpido temor a las imágenes grabadas. ¿Cómo iba el nazareno a sostener una moneda con la imagen de César si tales monedas no existían? —Una despectiva sonrisa había aparecido en el rostro de Antíoco—. ¡Esa historia de la moneda no es más que una invención, lo mismo que esas otras que lo rodean, incluida la de resucitar a los muertos!

Filipo parecía levemente divertido.

—La prohibición de acuñar monedas con la efigie de César fue introducida por Roma en Judea durante el reinado del emperador Claudio —respondió—. Nuestro Señor vivió durante el reinado del emperador Tiberio, cuando las monedas con las efigies de los césares circulaban libremente.

Antíoco se ruborizó intensamente y no dijo una palabra más. No poseía los conocimientos suficientes sobre las acuñaciones en tiempos de Tiberio para rebatir las afirmaciones del Evangelista. Este había vivido en Judea en aquella época, y él no.

—Bueno, pasemos a otro asunto —dijo el cuestor—. Filippo, ¿por boca de quién supiste por primera vez que Jesús, aparentemente, había resucitado de entre los muertos?

Filipo contestó que lo había oído contar a Simón Pedro, a su discípulo Cleofás, y a otros que habían visto al nazareno vivo tras su ejecución. Aseguró también que once de sus apóstoles y otros discípulos vieron más tarde y llegaron a tocar a Jesús, y que todos quedaron convencidos de que Jesús era de carne y hueso y no una simple aparición o un fantasma. Cuando le preguntaron si esperaba que Jesús resucitara, Filippo contestó que no había sabido nada de las intenciones de Jesús de entregarse a la crucifixión y que, por lo tanto, no esperaba ni que muriera ni que resucitara. No obstante, siempre había albergado la convicción de que Jesús era el Mesías prometido.

—No hacía falta que resucitara para que yo creyera en él. Por sus escritos, sus milagros y conociéndolo como lo conocía, yo sabía que había sido enviado por el Altísimo para convertirse en nuestro salvador.



—¿Crees que era un descendiente del rey David de los judíos y que venía por la rama de su padre, José? —preguntó el cuestor.

—Por la rama de su padre en la tierra, sí.

Varro lo miró con suspicacia.

—¿Has dicho «su padre en la tierra»?

—Tenía un padre en los Cielos y un padre en la tierra. Era el hijo de Dios.

Varro hizo una pausa. Había muchos aspectos de la teología de los nazarenos que pedían a gritos una explicación, una aclaración o incluso que los refutaran, pero esa no era su misión. Rápidamente tomó la decisión de concentrarse en la ejecución de Jesús, pero para hacerlo necesitaba determinar sin sombra de duda los motivos del pretendido regreso del hombre al mundo de los vivos.

—¿Jesús te dijo a ti y a los demás discípulos que había sido enviado para convertirse en el próximo rey de los judíos?

—Nosotros sabíamos que esa era una verdad universal.

Varro se inclinó hacia el testigo y alzó un poco la voz.

—¿Cómo lo sabíais? ¿Quizá lo soñasteis? Alguien tuvo que deciros tal cosa.

—La primera vez se lo oí decir a Andrés, el hermano de Simón Pedro, y a Felipe, que eran discípulos de Juan el Bautista. Fue el Bautista quien lo reconoció como el Mesías.

—¿Andrés y Felipe te dijeron que Jesús iba a ser vuestro rey y el Bautista os lo confirmó? No obstante, ningún rey puede ser coronado sin el consentimiento de Roma. ¿De qué modo, aparte del consentimiento o mediante la revuelta, podía un hombre ser coronado rey de los judíos de Judea?

—Ningún poder en esta tierra podía hacer o deshacer su reinado. Fueron los Cielos quienes lo coronaron.

—Ya veo. Tenemos entendido que Jesús se entregó voluntariamente para ser crucificado y demostrar de ese modo que realmente era el rey de la profecía. ¿Cómo iba a gobernar a los judíos si moría crucificado?

—No está muerto, y la verdad es que nos gobierna, desde el Cielo.

Varro comprendió que estaba a punto de meterse en otra discusión teológica, pero deseaba mantenerse con los pies en la tierra.

—Has dicho que fuiste llamado a Jerusalén tras la crucifixión. ¿Cuándo ocurrió eso y por qué?

Filipo contó que Jesús permaneció entre su gente cuarenta días y que, después, una vez hubo ascendido a los Cielos, los apóstoles Simón Pedro, y Juan Zebedeo se convirtieron en los líderes de los restantes setenta. Ampliaron el cuerpo de discípulos, el consejo de los mayores, hasta los ciento veinte, de un número de seguidores que alcanzaba unos cinco mil. Seleccionaron a los discípulos José bar Sabas, uno de los sacerdotes del templo, y a Matías de Galilea por ser hombres que habían acompañado a Jesús desde el momento de su inmersión a manos del Bautista y por estar entre quienes lo habían visto con vida tras su resurrección. Los dos echaron a suertes quién

sustituiría al delator Judas en el seno de los doce, y Matías resultó elegido de ese modo. Los apóstoles dictaron decretos que fueron puestos por escrito referentes a la difusión de las enseñanzas de Jesús y a la observancia de la ley judía. Filipino añadió que algunos de los fieles se quejaron de que estaban siendo marginados por los apóstoles, así que estos reunieron a todos los discípulos y nombraron a siete diáconos para que atendieran en la mesa, ayudaran a las viudas, actuaran como pastores del rebaño y colaboraran con los fieles mientras los apóstoles se entregaban a difundir el mensaje. Él, Filipino, había sido uno de los diáconos designados.

Permaneció en Jerusalén hasta que Esteban, un colega diácono, fue arrestado por el Gran Sanedrín, hallado culpable de blasfemia y lapidado hasta la muerte. Con el inicio de la persecución de los seguidores del nazareno desatada por el Sanedrín, los discípulos se dispersaron por Samaria y Judea, y Filipino se refugió en Samaria donde, entre otros, bautizó en nombre de Jesús a un mago llamado Simón. Luego, volvió a Jerusalén durante un tiempo, donde bautizó al chambelán de la reina Candace de Etiopía; luego, continuó su misión hacia el sur. Simón Pedro y Juan Zebedeo le ordenaron entonces que regresara a Cesarea, donde había permanecido desde ese momento. Marcio intervino.

—¿Tengo permiso para interrogar al testigo, cuestor?

Varro se lo concedió, y el tribuno se puso en pie. Mientras formulaba su pregunta caminó ante las mesas igual que un león enjaulado, a veces mirando al testigo y a veces dirigiendo sus palabras a la galería.

—Filipo, ¿crees que Jesús era un dios?

—Era y es el hijo de Dios.

—Vosotros creéis en un solo dios, ¿no es cierto? Un concepto admirablemente económico. Contéstame a esto: si ese Jesús tuyo es el hijo de tu dios, del mismo modo que Apolo es hijo de Júpiter, entonces, como Apolo, es tanto un dios como hijo de un dios. Por lo tanto, Jesús es un dios y el hijo de un dios, y vosotros tenéis dos dioses y no uno. —Sonrió—. ¿Estoy en lo cierto?

—No —repuso Filipino con calma—. El Padre y el Hijo son uno.

Marcio torció el gesto.

—¿Cómo puede ser eso? ¡No tiene sentido, anciano!

—Es la verdad. Los dos son indivisibles. Solo hay un Dios.

—¡Tonterías! —replicó Marcio con creciente enfado—. ¿Dos dioses en uno? Para cualquier hombre instruido, semejante idea carece de sentido. Yo soy el hijo de mi padre, viejo, pero no soy mi padre. —Con los brazos en jarras fulminó al nazareno.

Varro decidió intervenir.

—Me temo que si nos dedicamos a debatir corrientes filosóficas no llegaremos a ninguna parte. Todavía tengo que encontrar a dos filósofos capaces de ponerse de acuerdo sobre el día en que estamos, y aunque lo hicieran encontrarían motivos para discutir. Deberíamos concentrarnos en lo principal y limitar nuestras preguntas a las circunstancias que rodearon la muerte del nazareno.

Marcio dejó escapar entre los dientes un irritado suspiro.

—Muy bien, cuestor. ¿Puedo seguir interrogando al testigo?

—Siempre que las preguntas sean relevantes.

Marcio volvió su fría mirada hacia Filipo.

—Si ese hombre tuyo, Jesús, era un dios o un semidiós o parte de un dios, ¿cómo es que permitió que unos simples mortales lo crucificaran? ¿Por qué no escapó volando o acabó con los que pretendían hacerle daño?

—Era un hombre de paz y nunca quiso hacer daño a nadie. Además, está escrito desde tiempo atrás que el Mesías sería crucificado y después resucitaría al tercer día. Así lo habían establecido los antiguos profetas y así tenía que ser.

—Permite que sea totalmente claro en este asunto: Jesús deseaba cumplir lo que las profecías establecían para poder alzarse como ese Mesías vuestro, ¿es así?

—Al ajustarse a las profecías, demostró que Él era el Mesías, en efecto.

—Ahora bien, según la carta de Lucio —prosiguió Marcio—, el nazareno fue culpado de blasfemia por las autoridades judías. Sin embargo, el prefecto de Judea, Poncio Pilato, lo halló culpable de un delito tipificado en la ley romana, el de sedición, porque fue hallado en posesión de armas cuando fue detenido por las autoridades judías. ¿Niegas que tu hombre de paz fuera armado en el momento de su detención? Eso, como bien sabes, era y es una flagrante violación de la ley romana en cualquier parte del Imperio y un delito grave.

—Es cierto, dos espadas fueron halladas cuando Nuestro Señor fue arrestado y llevado ante el Sanedrín por los guardias del Templo —contestó Filipo sin alterarse.

Marcio se volvió hacia el Evangelista, traspasándolo con la mirada.

—Por lo tanto, ¿ese Jesús tuyo no era más que un vulgar insurrecto armado! Ese pretendido sacerdote tuyo era un bandido y un rebelde, ¡igual que los otros dos hombres con quienes fue ejecutado!

—No, porque para que las profecías se cumplieran, hacía falta que fuera condenado por llevar armas y no por blasfemia. De ese modo, se aseguraba morir en la cruz y no lapidado.

—Todo esto me parece una manera muy poco propia de un dios de manipular los acontecimientos. —Marcio reanudó su caminar—. Si alguien es un dios, sin duda puede hacer que las cosas ocurran por simple voluntad.

—Sus poderes divinos le serían otorgados tras la resurrección. Esa era su prueba.

—Pero, sin duda tuvo que utilizar poderes divinos para obrar los pretendidos milagros.

—Esos fueron los únicos poderes que le dieron, a él y a los apóstoles.

Marcio enarcó las cejas.

—¿Sus apóstoles también tenían poderes divinos? A este paso, Filipo, dentro de poco tú también dirás que eres un dios.

El anciano sonrió.

—El Cielo ha tenido a bien otorgarme poderes curativos en Su nombre.

Marcio negó con la cabeza.

—Me niego a ser arrastrado a tu mundo de magia y brujería, anciano. Jesús tenía poderes divinos, pero ¿no para salvarse él?

—Así es como nuestro Padre en el Cielo ordenó que fuese.

Marcio rio.

—Cada vez que te enfrentas a algo inexplicable, recurras a los cielos, anciano. Eres un verdadero filósofo.

Filipo se encogió de hombros.

—Esta es la verdad tal como yo la conozco.

—¡Tu versión de la verdad solo vale para el teatro!

—Tribuno —intervino Varro—, el objeto de nuestro interrogatorio debería ser el arresto, el juicio y la ejecución de nuestro hombre. No nos apartemos demasiado de ese camino.

—Conforme, cuestor —contestó Marcio con un suspiro—. Anciano, ayúdame a aclarar un punto, por favor. Jesús y varios de sus acólitos cogieron dos espadas la noche del arresto para asegurarse de que el nazareno sería hallado culpable de portar armas. Es eso lo que has dicho, ¿no? ¿Sabían los apóstoles que Jesús lo había organizado a propósito para ser detenido?

—Les había recordado las profecías. Algunos de los apóstoles, como Simón Pedro, estaban al corriente de lo planeado antes de que ocurriera. Al menos, eso fue lo que me contó después.

—¿Y la traición, también fue algo planeado? —prosiguió Marcio—. Según la carta de Lucio, uno de los apóstoles, un tal Judas, delató a Jesús ante las autoridades judías con el conocimiento expreso y previo del nazareno. Jesús se dirigió a un lugar apartado, llevando armas y acompañado solamente por unos pocos íntimos, y allí esperó a ser detenido. El arresto tuvo lugar en las afueras de la ciudad, por la noche, cuando no estaba rodeado de la habitual multitud de seguidores que podrían haber opuesto resistencia. ¿No estás de acuerdo conmigo, anciano, en que todo apunta a que Jesús planeó meticulosamente su arresto?

—Yo estaría de acuerdo en que nuestro Señor hizo posible su arresto y que esperaba que se produjera. Lo que no creo es que lo planeara con Judas. Judas lo traicionó.

—¿Qué fue de Judas? —preguntó Varro desde su asiento de magistrado.

—Por lo que sé, se quitó la vida poco después de su traición. Me han dicho que, abrumado por el remordimiento, quiso devolver el dinero obtenido a cambio de la delación a los sacerdotes del Sanedrín y que estos lo destinaron a comprar un terreno fuera de la ciudad para utilizarlo como cementerio para pobres. Algunos dicen que Judas murió allí; otros, que se colgó de un árbol. No puedo aportar más información sobre su destino. Nunca más se volvió a saber de él.

—Y tú, ¿qué crees que le ocurrió?

—Solo sé que no tuve más noticias tuyas, y que no es nada que lamente. Solo

Dios conoce la verdad; Él, que es omnisciente.

—¿Ah, sí? —Marcio enarcó las cejas—. ¿Lo es? ¿Sabía tu omnisciente hombre de paz que uno de sus colaboradores pegaría un tajo y amputaría la oreja de un miembro de la patrulla que iba a detenerlo? Según la carta de Lucio, uno de los que estaba con Jesús blandió su espada contra un sirviente del sumo sacerdote y lo dejó malherido. ¿Lo pones en duda?

—Es cierto. Fue Simón Pedro quien hirió a Marcio, el sirviente del sumo sacerdote; pero nuestro Señor curó esa herida en el momento.

—¿Fue otro de sus milagros? ¿Al hombre volvió a crecerle la oreja o es que Jesús la recogió y se la pegó mágicamente en la herida? ¿Cómo es que semejante prodigio no convenció a los demás miembros de la patrulla de que Jesús era capaz de hacer milagros y por lo tanto era Dios? Ante tal circunstancia, sin duda lo habrían reconocido como el Mesías y lo habrían dejado libre, ¿no? O eso o habrían echado a correr tan rápidamente como podían ¡temiendo por sus vidas ante aquel hombre de supremos poderes!

—Quizá los demás no vieron que la herida sanaba. Estaba oscuro. Quizá nuestro Señor no deseaba que lo vieran. Su objetivo era que lo detuvieran, recuérdalo.

—Muy bien. Explícame entonces por qué Simón Pedro no fue arrestado por llevar armas ni por herir a un servidor del sumo sacerdote con su espada.

—Porque escapó. Simón me confesó después que había intentado que lo arrestaran también a él para compartir el destino de Jesús en la cruz, pero que el valor le falló en el último momento y huyó.

—Muy noble por su parte —se burló Venerio.

—¿Acaso Simón Pedro también esperaba resucitar de entre los muertos? —preguntó Marcio.

Filipo negó con la cabeza mientras una leve expresión de vergüenza pasaba por su rostro.

—No lo creo, tribuno.

—Aun así, Simón Pedro estaba preparado para morir en la cruz sabiendo que su maestro tenía planeado regresar de algún modo de entre los muertos. ¿No te parece un gesto fútil? —Al no responder el Evangelista, Marcio prosiguió—: Cuando Jesús fue detenido se le hallaron armas; a pesar de esto, las autoridades judías parece que ocultaron la violación de las leyes de Roma y lo acusaron de blasfemar contra de ley judía. ¿Fue así?

—Los saduceos estaban decididos a lapidarlo como demostración de su autoridad ante el pueblo judío —explicó Filippo—. Tienes que comprender, tribuno, que nuestro Señor debía ser muy cuidadoso en no incurrir en blasfemia mientras fuera interrogado por los sacerdotes, para de ese modo poder ser condenado por las leyes romanas, sentenciado a morir en la cruz y ajustarse así a las profecías. Sin embargo, a pesar de ello, el Sanedrín presentó falsos testigos que declararon que Jesús había blasfemado, y basándose en ellos el Sanedrín lo halló culpable y lo condenó a morir lapidado. Hay

que decir a favor suyo, que el prefecto Pilato reconoció la nulidad de aquellos falsos testimonios e invalidó los cargos y la correspondiente sentencia del Sanedrín. Las pruebas que sustentaban la acusación de ir armado eran irrefutables, y nuestro Señor no presentó defensa alguna deliberadamente; de ese modo, no dejó otra alternativa a Pilato sino que lo condenara.

—Tu hombre quería ser condenado a muerte por los romanos y engañó al prefecto para que así fuera, ¿es eso lo que estás diciendo, anciano?

Filipo respondió con un gesto de las manos. Marcio señaló a Pitágoras y a Artímedes.

—Tengo entendido por nuestros secretarios que, según los documentos oficiales de la provincia, Poncio Pilato sirvió como prefecto de Judea durante diez años y que llevaba cinco en el cargo cuando tu hombre fue llevado a juicio. Que el emperador Tiberio hubiera mantenido tanto tiempo en su puesto a Pilato significa que el prefecto no era un inepto ni un estúpido; no obstante, tú sostienes que se dejó manipular.

—Si no me equivoco, el emperador Tiberio tenía por costumbre dejar a sus subordinados más tiempo en sus cargos que su padre. De todas formas, yo tampoco me atrevería a insinuar que el prefecto fuera estúpido o inepto. La verdad es que he oído decir que, más adelante, en Roma, Poncio Pilato se convirtió en seguidor de nuestro Señor.

—¿Qué? —exclamó Marcio—. ¡Ahora sí que pones al límite mi credulidad y mi paciencia, anciano! ¿Tienes alguna prueba que sustente tan ofensiva acusación?

—Y tú, ¿puedes demostrar lo contrario? Es más, se dice que Longino, el centurión que estuvo a cargo de la ejecución de Jesús, reconoció la divinidad de nuestro Señor y desertó de su puesto poco después de la crucifixión.

—¡Esto es demasiado! —gritó Marcio con ojos llameantes—. ¿Dices que el prefecto romano que lo condenó y el centurión romano que lo ejecutó son sus seguidores? ¿Acaso hay algo que tú y tu gente no seáis capaces de inventar con tal de que convenga a vuestros fines?

—Pues hay más —añadió Filippo con toda calma—. Longino fue arrestado por sus tropas tras su desertión y fue ejecutado mientras proclamaba que nuestro Señor era su salvador.

—¡Ya he tenido bastante! —exclamó Marcio, que se volvió hacia Varro—. Cuestor, no estoy dispuesto a seguir perdiendo el tiempo interrogando a este viejo falsario.

Marcio se sentó en su sitio y, negándose siquiera a mirar a Filippo, apartó la vista y se cruzó de brazos.

—Gracias, tribuno —dijo Varro que, acto seguido, se dirigió al testigo con expresión grave—. Filippo, he venido aquí en busca de pruebas que demuestren que Jesús de Nazaret resucitó de entre los muertos. Hasta la fecha no he visto ni oído nada que lo confirme. ¿Existe alguna prueba irrefutable de ello que puedas ofrecerme?

—Sé que es cierto. Lo sé en mi corazón. Si pudieras leer en mi corazón, mi señor

cuestor, hallarías la prueba irrefutable que buscas.

Marcio se volvió hacia su compañero de asiento.

—Pues deberíamos aceptar la invitación de este viejo bribón —murmuró Marcio al oído del joven tribuno Venerio—. Deberíamos pedir a Diocles que lo abriera en canal con uno de sus cuchillos, así podríamos echar un vistazo a ese corazón suyo.

Venerio respondió con una de sus chillonas carcajadas.



El interrogatorio de Filipo se prolongó durante todo el día mientras el cuestor volvía una y otra vez sobre lo tratado, buscando cualquier cosa que se le hubiera pasado por alto, hasta que en la hora undécima, cuando el sol se hundía por poniente y nada nuevo había salido a la luz, decidió interrumpir los procedimientos.

—Filipo, has contestado todas las preguntas que te he hecho desde la hora tercera —dijo—. A cambio de tu cooperación, ordenaré al centurión Gallo que deje en libertad a tus sirvientes, tal como te prometí que haría.

—Gracias, mi señor cuestor —repuso Filipo, pálido por el esfuerzo mental que el día había requerido.

—Sin embargo —prosiguió Varro—, sigue habiendo muchas preguntas sin responder y muchas respuestas que hallar. Es posible que vuelva a necesitar de tu sincera colaboración, Evangelista. Por lo tanto, te pido que en los días venideros sigas siendo mi invitado. Se te tratará correctamente y tendrás derecho a todo tipo de visitas. Eso será todo por el momento —Varro se puso en pie y abandonó la sala con Hostilis siguiéndolo de cerca.

Marcio y Venerio no tardaron en presentarse en los aposentos de Varro, cada uno por distintos motivos. Venerio iba en busca de la contraseña de la expedición para las siguientes veinticuatro horas. Varro le dio una cita extraída de Virgilio y lo mandó a sus obligaciones. Marcio se quedó un rato.

—¿Puedo hablar, Julio? —preguntó mientras el cuestor se estiraba en el diván.

—Adelante, amigo mío, adelante —repuso Varro mientras aceptaba el vaso de agua que le entregaba Hostilis.

—Ese viejo bribón de Filipo nos ha estado tomando el pelo todo el día. Sabe mucho más de lo que dice.

—Es posible.

—Somételo a tortura, Julio, arráncale la verdad.

Varro observó a su lugarteniente un instante.

—Deja que te haga una pregunta, Marco: en tu opinión, ¿Filipo es una persona inteligente?

—Muy inteligente.

—¿Es decidido?

—Muy decidido.

—¿Es apasionado en sus creencias?

—Tanto que incluso da miedo. Lo que no entiendo es que se pueda creer en semejante patochada.

—¿Has visto alguna vez cómo sometían a tortura a un hombre inteligente, decidido y apasionado? Yo sí. Un hombre así preferirá morir llevándose sus secretos antes que revelárselos a su atormentador. Ese tipo de hombres obtienen un perverso placer al negar a sus atormentadores aquello que estos buscan. Es su última victoria.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso?

—Nos deja con Filipo bajo nuestra custodia. Según parece cree que el nazareno se levantó de entre los muertos, pero su creencia se basa en rumores. Es posible que Filipo sea todavía la llave que nos facilite la verdad, pero lo que nosotros necesitamos es un testigo que participara en la ejecución del nazareno o en cualquier plan relacionado con ella.

—Y si no es a través de ese astuto Evangelista, ¿cómo vamos a encontrar a tal persona?

Varro sonrió.

—Debemos seguir haciendo preguntas, amigo mío. Las preguntas siempre dan origen a respuestas. Seguiremos haciendo preguntas hasta que encontremos las respuestas que buscamos.



## LOS INFORMES SECRETOS

*Cesarea, capital de la provincia romana de Judea.*

*Abril del año 71 d. C.*

En el blanco palacio que miraba al mar, los siete subordinados principales de Varro se hallaban reunidos en sus aposentos. Instalados en divanes que formaban un cuadrado en la espaciosa estancia con vistas al mar, habían acudido a la lectura de nuevos e importantes documentos. Pitágoras y Artímedes acababan de hacer un descubrimiento en los archivos de la ciudad: un montón de informes secretos dirigidos al prefecto de Judea, Poncio Pilato. Pulcramente escritos en latín, aportaban información sobre Juan Bautista, Jesús de Nazaret y sus principales seguidores, y advertían al prefecto que aquella gente representaba una amenaza para la paz y estabilidad de la provincia. Muchos de esos informes habían sido remitidos a Pilato por Anás ben Seth, que en su momento había sido sumo sacerdote del Templo de Jerusalén y máxima autoridad del Gran Sanedrín. Otros eran obra de Caifás, yerno y sucesor de Anás como sumo sacerdote, el hombre que había ocupado la máxima autoridad durante la detención, juicio y ejecución de Jesús de Nazaret.

Pitágoras hizo notar al cuestor que Anás parecía haber sido una figura muy influyente en su época. Según los registros, incluso después de haberse retirado como sumo sacerdote, no solo fue reemplazado en el cargo por su yerno, sino que cuatro de sus hijos lo ocuparon en distintos momentos logrando así que Anás controlara el Gran Sanedrín desde la sombra durante un buen número de años. Entre los informes secretos hallados por los secretarios figuraba una carta de Anás a Poncio Pilato en la que lo felicitaba por haber enviado a la muerte a Jesús de Nazaret. En esa carta, Anás aseguraba al prefecto que, aunque Jesús había sido llevado por el capitán de la Guardia del Templo a su casa para interrogarlo tras su detención, él no sabía que el nazareno había sido arrestado en posesión de armas, de modo que por ese motivo envió a Jesús ante Caifás, el sumo sacerdote, para que fuera juzgado por blasfemia. De haber sabido que en ese momento Jesús portaba armas, lo habría enviado sin vacilar al prefecto para que fuera juzgado según las leyes romanas.

Había tal cantidad de informes secretos parecidos a ese que Pitágoras y Artímedes pasaron varios días ordenándolos cronológicamente y seleccionando los más fiables de entre el alud de históricas acusaciones y difamaciones de los sacerdotes. Como resultado, los secretarios consiguieron presentar al cuestor algunas pequeñas perlas de información. Entre ellas, las más importantes eran un informe de Anás, donde exponía los motivos de las «actividades rebeldes» de Jesús de Nazaret, y otro de la misma fuente donde figuraba una lista de los «principales colaboradores» del

nazareno.

Tras describirlo como un hombre dotado de una amplia instrucción religiosa, el primero de aquellos dos informes decía que Jesús estaba resentido porque le había sido negada la entrada en el sacerdocio judío. Anás contaba que, a diferencia de su primo el Bautista —que era hijo de Zacarías, sacerdote de la orden de Abías—, Jesús no era descendiente directo de Aarón, hermano de Moisés y fundador de la comunidad judía de sacerdotes. Según la ley judía, solo los descendientes de Aarón —los llamados levitas— podían aspirar al sacerdocio. Anás explicaba a Pilato que Jesús había decidido deponer al Gran Sanedrín y proclamar que cualquier judío podía llegar a ser sacerdote para, acto seguido, autoproclamarse sumo sacerdote. No obstante, Anás no aportaba pruebas concluyentes.

Según el sumo sacerdote, tras hacerse cargo de los seguidores del Bautista, Jesús vio que el apoyo que recibía de ellos menguaba debido a que carecía de las credenciales de sacerdote que tenía su primo. Según decía Anás, en su momento de mayor popularidad, el Bautista reunía a unos treinta mil seguidores, pero de estos solo unos trescientos siguieron a Jesús. Como consecuencia, advertía Anás al prefecto romano, era probable que Jesús cometiera algún acto desesperado para reafirmar su pretensión de liderar al pueblo judío. Anás añadía que el momento más propicio para ello sería durante el festival de Pascua de Jerusalén, cuando la ciudad estaría llena de peregrinos, todos ellos reclutas en potencia del nazareno.

Anás escribía que se sabía que Jesús utilizaba a secretos simpatizantes para llevar mensajes de un lado a otro y preparar por adelantado sus recorridos por los distintos pueblos y aldeas. Entre dichos preparativos se incluía contratar y pagar a distintos individuos —incluidos los propios parientes de Jesús— para que fingieran ser víctimas de distintas enfermedades y el nazareno pudiera proceder a obrar en ellos curaciones milagrosas. Según Anás, Jesús era conocido por distintos nombres. Aparte de su nombre de nacimiento en arameo, el de Yehoshua o Josué en latín, también era llamado Josué bar Josephus —o Josué hijo de José— y Josué bar Davidus —Josué hijo de David—. Este último nombre implicaba que descendía de David, el antiguo y reverenciado rey de los israelitas.

A continuación, Pitágoras leyó en voz alta la lista, que Anás envió a Pilato, de los doce principales colaboradores del nazareno:

—«Jesús cuenta con un círculo de íntimos formado por tres seguidores. El primero de ellos es Simón bar Jonás, también conocido como Simón de Galilea o Simón Pedro y, entre los de habla griega, como Cefas. Simón es originario de Cafarnaúm, donde él y su hermano menor, seguidor también del nazareno, trabajan en el negocio de pesca de su padre. Simón está casado y tiene hijos pequeños. Su familia dispone de grandes casas en Cafarnaúm y Jerusalén que el nazareno utiliza con regularidad. Los otros dos miembros del círculo de íntimos son dos hermanos: Jacob bar Zebedeo y Juan bar Zebedeo, a los que también se conoce como “hijos del trueno”».

—¿Hijos del trueno? —interrumpió Marcio—. ¡Escucha todos esos nombres, cuestor! Son lo que uno esperaría de unos revolucionarios. Lo más probable es que también escribieran en clave sus mensajes. —Miró a Pitágoras—. Tú debes de saberlo todo sobre claves, ¿verdad, secretario?

—En efecto, tribuno —repuso el aludido sin la menor inflexión en la voz.

En realidad, era experto en el manejo de códigos de transposición como los empleados por Julio César ciento treinta años atrás, donde cada letra del alfabeto se sustituía por otra. Ese era el código que utilizaba para redactar los informes que mandaba al general Collega.

—Prosigue con la lectura de la lista, Pitágoras —ordenó Varro.

—Sí, señor: «Los hermanos son también pescadores de Cafarnaúm y participan en el negocio de pesca que su padre tiene con la familia de Simón. Según parece, ambos son amigos desde hace tiempo de Simón y de su hermano Andrés. Este y Juan Zebedeo son antiguos colaboradores del llamado Juan Bautista, el primo de Jesús, y se cree que fue este vínculo lo que hizo que Juan Zebedeo se convirtiera en hombre de confianza de Jesús».

Marcio intervino nuevamente:

—Semejante información implica el conocimiento detallado de alguien próximo al nazareno. Está claro que el sumo sacerdote contaba con informadores entre sus filas.

—Obviamente debía de tratarse de Judas, el traidor —dijo Antíoco.

—Es posible —convino Varro—. No obstante, a pesar de que Filipo el Evangelista tacha a Judas de traidor y a pesar de que en la carta de Lucio se dice lo mismo...

—Al igual que establecen los documentos de Marco y Matías, mi señor —terció Artímedes.

—Sí —prosiguió el cuestor—; a pesar de todo, todavía albergo dudas sobre el verdadero papel de Judas en esta historia. En el testimonio de Matías se dice que a Judas se le pagaron treinta monedas de plata a cambio de que traicionara al nazareno. Eso equivale apenas a la paga de un trabajador por dos días de trabajo.

—Las treinta piezas de plata son una cantidad que se menciona en una de las antiguas profecías, cuestor —explicó Antíoco—, la del profeta Jeremías. En el contexto del documento de Matías, yo diría que esas treinta monedas eran una cantidad simbólica añadida por su autor para dar a entender que las predicciones referentes al Mesías se habían cumplido.

—¿Estás diciendo que en realidad a Judas le pagaron más? —preguntó Varro.

—No cabe duda de que Matías mintió, cuestor —repuso Antíoco—. De los tres autores, Matías es el más propenso a inventar y exagerar. Se puede verificar. Escribió que todos los cadáveres de las tumbas que rodeaban Jerusalén se levantaron e invadieron la ciudad tras la muerte del nazareno. Esas ridículas invenciones eran un intento de hacer que su texto fuera más importante que el de Marcos.

—Si no fueron treinta monedas de plata, ¿cuánto pagaron a Judas? —quiso saber Varro.

—Tanto Filippo como el testimonio de Matías mencionan que con ese dinero se compró un terreno que se utilizaría como cementerio para pobres —dijo Antíoco—. Si eso es cierto, la cantidad tuvo que ser muy superior a treinta monedas de plata.

—En este asunto debo estar de acuerdo con el judío —dijo Marcio a regañadientes.

—Y yo también, señor —añadió Callido, que conocía bien el valor de un sestercio—. Nadie vende su tierra por tan poco.

—Ciertamente no un judío —añadió Venerio con sarcasmo.

—Independientemente de la cantidad que Judas recibiera de los sacerdotes —dijo Varro—, todo apunta a que Jesús había planeado de antemano con él su arresto. Por la carta de Lucio está claro que, cuando Jesús envió a Judas para que «hiciera lo que debía ser hecho», ellos estaban todavía cenando en la casa de Jerusalén, seguramente la de Simón Pedro. Jesús tuvo que decir a Judas que, tras la cena, se dirigiría al Monte de los Olivos, en las afueras de la ciudad. ¿De qué otro modo si no habría podido Judas llevar hasta allí a la Guardia del Templo para que lo detuvieran? ¿Estaba Judas conchabado con Jesús y burló a Caifás y a Anás fingiendo traicionar a su maestro?

—Cuestor, a tenor de la carta y de los otros dos testimonios —dijo Pitágoras—, ninguno de los apóstoles sabía que existiera plan alguno entre Jesús y Judas. Tuvo que ser un secreto guardado entre ellos dos.

—Si ese es el caso —terció Marcio—, para asegurarse de que los sacerdotes nunca se dieran cuenta de que habían sido engañados para que arrestaran a Jesús, Judas estaba obligado a mantener la ficción incluso después de consumada la crucifixión; de hecho estaba obligado a mantenerla para siempre. Si se hubiera descubierto el plan habría sembrado de dudas todo el proceso. No resulta fácil mantener una ficción así cuando los dos bandos consideran que uno es un traidor. La vida de ese hombre debió de convertirse en una tortura. Tamaño acto de sacrificio requeriría grandes dosis de valor.

—O de estupidez —intervino Callido.

—O de lealtad —añadió Crispo, dejándose oír por primera vez.

—Si yo hubiera sido Judas —comentó Venerio—, habría huido y me habría convertido en un forajido. Me habría unido a cualquier banda rebelde del desierto.

—Eso suponiendo que te hubieran aceptado —soltó Marcio secamente.

Pitágoras intervino.

—Filippo, en su declaración, dio a entender que Judas murió poco después de la crucifixión —indicó—, y que fue por su propia mano.

—Puede que se tratara de un rumor difundido para proteger a Judas y permitirle llevar una vida normal en algún otro lugar —aventuró Crispo.

Varro sonrió para sus adentros. Por fin el prefecto participaba, a pesar de su

preferencia por las diversiones poéticas.

—Es posible —murmuró.

—Una historia difundida, pero ¿por quién? —preguntó Marcio—. Si los otros once apóstoles no estaban al corriente del engaño, tal como parece, sin duda no podía tratarse de una historia que ellos fueran a difundir.

—Entonces por alguien más —dijo Crispo, pensando en voz alta.

—¿Quién? —dijo Marcio—. ¿Alguno de los setenta discípulos?

—O los sacerdotes —propuso Varro—, quizá como parte del trato con Judas, para protegerlo y permitirle que empezara una nueva vida en alguna parte.

—¿Los sacerdotes? —preguntó Marcio—. Sí, supongo que puede ser.

Todos se miraron unos a otros, intrigados.

—Vale la pena pensar en ello —dijo Varro—. Sigue leyendo la lista de cómplices, Pitágoras.

Este reanudó la lectura:

—«El galileo Filipo de Betsaida...».

—Que no es nuestro Filipo el Evangelista —recordó Marcio a los demás.

—«... y su amigo Andrés bar Jonás, hermano de Simón Pedro, y ambos antiguos colaboradores del Bautista. Nataniel bar Tolmay también conocido como Nataniel de Cana, originario de Cana en Galilea. Tomás, también llamado Dídimo, que tiene un hermano gemelo que también es seguidor. Leví bar Alfeo, también conocido como Matías, que durante muchos años fue recaudador de impuestos al servicio de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, y que estuvo destinado en Cafarnaúm hasta que abandonó el cargo y se unió a la banda del nazareno. Jacob bar Alfeo, el hermano de Leví. Tadeo bar Jacob, también conocido como Judas Tadeo, hijo del anterior, y supuesto miembro de la banda de revolucionarios de los zelotes. Simón de Cana, también llamado Simón el Zelote, igualmente sospechoso de pertenecer a dicha banda. El tesorero del grupo es Judas bar Simón, hijo del anterior, también llamado Judas Iscariote...». Aquí tenemos a nuestro traidor, «... de quien se cree que en su momento formó parte de los zelotes y que, lo mismo que su padre, es originario de Cana, en Galilea».

—¿Sabéis? —dijo Marcio—. Hay tres cosas que destacan en esa lista.

—Que todos parecen provenir de Galilea —aventuró Venerio.

—Sí, esa es una —convino el tribuno—. Pero lo más importante es que el grupo incluye varios antiguos zelotes, enemigos declarados de Roma, y también varios antiguos seguidores del Bautista. ¿Significa eso que el Bautista estaba en el bando de los zelotes? ¿Podría ser que bajo el disfraz de la espiritualidad estuviera espiando en secreto para los zelotes y reclutando seguidores para rebelarse contra Roma?

—¿Y que el nazareno simplemente retomara las actividades subversivas del Bautista donde este las había dejado? —preguntó Crispo.

—Puede ser —dijo Varro, poco convencido.

—Cuestor —intervino Pitágoras—, aquí hay más material referente a los

apóstoles. Se trata de un informe secreto del sumo sacerdote, Caifás. —Cogió otro documento de la mesa y lo leyó en voz alta—: «Bajo la guía del nazareno, todos esos hombres siguen las creencias de los fariseos, esa rama que cree en una estricta observancia de la ley judía pero que también está a favor de la resurrección. Se sabe que el nazareno ha estado en tratos con importantes fariseos en el pasado, pero que más recientemente ha perdido su favor por desavenencias en materia religiosa, en particular en lo relacionado con la observancia de la ley judía. Como ejemplo de lo irreligioso de esos hombres, a diferencia de los fariseos, el nazareno y sus seguidores no observan los ayunos prescritos en la ley». —Pitágoras alzó la vista del documento—. La carta y los testimonios indican que los fariseos, o al menos un buen número de ellos, estaban muy enfrentados con el nazareno —resumió.

Varro asintió.

—Los fariseos creían en la resurrección —dijo expresando sus pensamientos en voz alta—; sin embargo, al final acabaron distanciándose del nazareno. Me pregunto por qué. Sin duda no fue solo porque los seguidores de Jesús no observaran los ayunos establecidos.

—Lo que encuentro interesante —comentó Marcio— es que todos los hombres que figuran en la lista del sumo sacerdote, aparte del traidor Judas, dicen haber visto a Jesús después de su supuesta resurrección. Ahora bien, es fácil pensar que mintieron y que formaban parte de un plan para hacer creer que Jesús había resucitado y, de ese modo, su figura se ajustara a las profecías. Sin embargo, muchos de esos apóstoles parece que ignoraban el plan original, el arresto y la ejecución, lo cual tenía como propósito que se cumplieran las profecías. ¿Por qué iban a formar parte del segundo engaño pero no del primero? Eso significa que Jesús mantenía en la ignorancia a sus más íntimos colaboradores sobre ciertos detalles de su plan, y que estos solo entraron a formar parte del plan tras su ejecución.

—Especulaciones, Marco, especulaciones —murmuró Varro poniéndose en pie—. Lo que yo busco son hechos, los fríos y duros hechos. —Miró a Pitágoras y a Artímedes—. Estos documentos solo son útiles hasta cierto punto. Encontrad más hechos, mis sabios secretarios. Más hechos.



Un día después, Artímedes hizo más útiles descubrimientos en los archivos. Se había metido en la sección militar, donde aparecían registradas todas las unidades militares estacionadas en la provincia de Judea desde su creación, setenta y cinco años atrás. Los archivos certificaban que el más veterano de los centuriones estacionados en Jerusalén en el momento de la ejecución del nazareno era el centurión Julio Longino, comandante de la segunda cohorte de la XII Legión, cuyos hombres formaban la guarnición de la ciudad. Varro y sus compañeros militares

sabían que las tres primeras cohortes de una legión eran las más veteranas. La primera siempre permanecía con el comandante de la legión, y en Judea, ese oficial estaba destinado en Cesarea, la capital de la provincia. Como reconocimiento de la importancia de Jerusalén, la segunda cohorte estaba estacionada en la ciudad, acuartelada en la fortaleza Antonia, adyacente al Templo. Tal como Artímedes indicó a Varro, la Antonia desempeñaba varias funciones ya que servía como *praetorium* romano, ciudadela, tribunal y cárcel de Jerusalén. Las autoridades judías tenían sus propios tribunales y prisiones por separado dentro del complejo del Templo.

Gracias a los archivos, Artímedes había sido capaz de determinar que la XII Legión había sido desmovilizada y recompuesta tres años antes de la muerte del nazareno. Eso significaba que los cuatrocientos ochenta hombres de la segunda cohorte habían pasado veinte años como soldados de leva y que, en el momento de la ejecución de Jesús, estaban en el tercer año de su segundo período de alistamiento voluntario con la XII Legión.

Marcio comentó que si aquellos hombres se parecían en algo a los de otras cohortes veteranas tenían que ser soldados duros y arrogantes, hombres que miraban por encima del hombro a los reclutas recién incorporados a otras formaciones menos veteranas. El tribuno calculó rápidamente que, en el año en cuestión, los miembros de aquella cohorte estacionada en Jerusalén, los hombres que habían llevado a cabo la crucifixión de Jesús de Nazaret, tenían entonces alrededor de cuarenta y pocos años de edad.



—Seguramente, Julio —dijo Marcio cuando hablaban de aquellas nuevas pruebas mientras paseaban por la terraza después de cenar—, habrás reparado en que los hombres de la segunda cohorte de la XII Legión que estuvieron presentes en la ejecución del nazareno se jubilaron hace más de veinte años.

—Los que sigan con vida tendrán ahora unos ochenta años. Lo sé.

—La mayoría debió de retirarse en Siria o en la Galia Cisalpina. Haría falta años para conseguir localizar a los supervivientes; e incluso así no existen garantías de que estén en condiciones de recordar algo de aquella época. Cuando cumplió los ochenta, mi abuelo materno estaba tan lúcido como una alcachofa.

—Años es precisamente lo que no tengo, amigo mío —suspiró Varro—. El tiempo no es nuestro aliado. Como sabes, Collega me ordenó que estuviera de vuelta en Antioquía con mi informe terminado en otoño. No obstante, sin el testimonio de los testigos oculares, hay poco de lo que informar.

—Míralo de otro modo —propuso Marcio—. Aunque es posible que haya pocas pruebas en favor del argumento de que nuestro hombre no murió en la cruz, hay algunas, y muy valiosas, que demuestran que sí murió. En mi opinión, hay razones

para pensar que, de algún modo, el nazareno dio gato por liebre a la gente. Para empezar, todo lo que tiene que ver con Judas resulta de lo más sospechoso. Tal como indicaste, yo diría que Judas y Jesús tenían algún tipo de acuerdo secreto.

—Hechos, Marco —repuso Varro con exasperación—. Tengo que basarme en hechos, no en sospechas o suposiciones. Por ejemplo, es un hecho indiscutible que el centurión responsable de la crucifixión de Jesús de Nazaret certificó por escrito que esta había tenido lugar. Eso es algo que para la mayoría de la gente sería irrefutable sin una prueba firme en sentido contrario.

—Es una pena que no podamos contar con el testimonio del centurión Longino. Entonces sí que tendríamos algunas respuestas.

—Longino está muerto, ¿recuerdas? Según parece, ejecutado.

—Bueno, eso suponiendo que no podamos resucitarlo —bromeó Marcio dando un amistoso codazo a su amigo—. Julio, solo tenemos la palabra de ese astuto anciano, Filipo, que asegura que Longino fue ejecutado.

Desde lo lejos llegó la voz de Artímedes, que se acercaba a la terraza:

—Quizá pueda contribuir al debate. —En una mano sostenía una lámpara de aceite, y en la otra un documento—. He estado trabajando en los archivos hasta última hora, buscando alguna referencia al centurión Longino.

—Vaya, esto sí que es una coincidencia —dijo Marcio.

—Estaba particularmente interesado en hallar cualquier registro de la muerte del centurión. —Artímedes mostró el documento—. ¡Y aquí está! ¡Fechado el mismo año de la crucifixión de Jesús de Nazaret!

—¡No! —exclamó Varro a medio camino entre la sorpresa y la satisfacción.

El cuestor y el tribuno cogieron cada uno un extremo del documento y lo desenrollaron a la luz de la lámpara del secretario.

—Es el certificado de la decapitación de Longino —les explicó el menudo griego—. Tuvo lugar durante el mandato de Pilato, y lleva su sello. La decapitación ocurrió a finales del otoño del mismo año de la crucifixión del nazareno.

—¿Por qué delito?

—Deserción —explicó Artímedes señalando la línea correspondiente del texto.

Marcio no ocultó su perplejidad.

—A veces los centuriones desertan del ejército, lo admito, pero rara vez en tiempo de paz, como era el de esa época, en Judea. ¿Qué podía llevar a todo un veterano a dar la espalda al cuerpo? Recibía una buena paga, contaba con su veteranía y estaba a punto de ser ascendido al primer grado. Puede que hubiera acabado siendo el centurión jefe de la legión, lo cual es un premio formidable para cualquier soldado. Sin duda tenía que saber que su deserción le costaría la cabeza.

—Filipo dijo que Longino se unió a los nazarenos —comentó Varro—. ¿Pudo ser ese el motivo que lo llevó a desertar?

Marcio parecía molesto, como si hubiera sido insultado personalmente.

—Me parece difícil de creer, Julio, de verdad. ¿Cómo es posible que un veterano



encallecido sucumbiera a toda esa palabrería nazarena?

—Señor —intervino Artímedes—. No hay nada en este documento que confirme la aseveración de Filipo de que el centurión murió siendo seguidor de los nazarenos.

—Sin embargo, sí confirma el testimonio de Filipo sobre el momento y la naturaleza de la muerte de Longino —dijo Varro—. Todavía está por demostrar que Filipo sea un mentiroso.

—Al menos en cuanto a los hechos —repuso Marcio.

Varro asintió.

—Es una lástima que Filipo no estuviera en Jerusalén cuando Jesús fue crucificado. Como llevo diciendo desde el principio, lo que esta investigación necesita con urgencia es un testigo presencial. Esa ha de ser nuestra meta irrenunciable: conseguir un testigo presencial.

## EL TESTIGO DE GETSEMANÍ

*Cesarea, capital de la provincia romana de Judea.*

*Abril del año 71 d. C.*

A diferencia de Roma o Antioquía, en la capital de Judea no había restricciones al tráfico diurno, de modo que los vehículos que acarreaban las mercancías del puerto pasaban incesantemente mientras los jinetes y los peatones forcejeaban para hacerse un sitio y poder pasar entre ellos.

A caballo o a pie, la gente llegaba de lugares tan lejanos como Sebaste antes de que, debido a la fiesta del día siguiente, el 21 de abril, se cerrasen los comercios de la ciudad. Aquella fiesta, que era una de las ciento sesenta que celebraba el calendario romano y durante las cuales no se podía mercadear, obligaba a una doble observancia: homenajeaba al dios y a la diosa Pales, los protectores de los rebaños, y celebraba la fundación de Roma por Rómulo, acontecida ochocientos veinticuatro años atrás.

Mientras Marco Marcio se abría paso entre el gentío, pocos se percataron de que se trataba de un oficial romano. Iba con la cabeza descubierta y llevaba una sencilla capa encima de la túnica. La capa ocultaba su rango y la espada que llevaba colgada al hombro. Solo una persona lo acompañaba: Publio Alieno, el oficial de caballería que el procurador Rufo había destinado al servicio del cuestor para que fuera su guía en Judea. Alieno, un apuesto y fornido egipcio, era el hijo mayor de una acaudalada familia de Alejandría cuyos antepasados romanos habían servido a Pompeyo el Grande. Alieno, que llevaba una bolsa de tela al hombro bajo la capa, conducía a Marcio a través de la maraña de callejuelas. Su misión consistía en recorrer todas las tabernas de Cesarea. Tan pronto como el propietario de la primera y ruidosa casa de vinos descubrió la identidad de ambos soldados, se apresuró a invitarlos a sendas copas de vino.

—¿Y por qué? —preguntó un sorprendido Alieno.

—En honor a Pales o a Rómulo —repuso el tabernero con un guiño del ojo—, o a cualquier dios o noble personaje que se os ocurra nombrar. Al fin y al cabo, sois oficiales romanos, oficiales de alto rango, y nosotros debemos cuidar a nuestros valientes soldados.

Siguiendo las órdenes del cuestor, Marco había restringido al máximo su consumo de vino durante la marcha, pero aquella situación le pareció distinta.

—No deben poder acusarnos de ser irrespetuosos con los dioses, mi querido Alieno —dijo lanzándole una mirada de complicidad—. Aceptemos la generosa invitación del posadero.

Así, Alieno entregó a este un cartel que ofrecía una recompensa a cambio de cualquier información sobre la muerte de Jesús de Nazaret; el posadero les dio dos copas de su mejor vino caliente con especias.

Aquella invitación se repitió en todas las tabernas por donde pasaron, y no rechazaron ninguna. Marco halló en Alieno un estupendo compañero de copas con quien intercambió chanzas y que se mostró a la altura en las réplicas. Cuando llevaban visitadas más de trece casas de vinos, Marcio y Alieno se sentían ya algo más que alegres. A medida que las recorrían una tras otra, cantando a dúo rudas canciones legionarias, habían atraído a una multitud de niños de caras sucias y de mendigos que los seguían cojeando y arrastrándose. Cuando ambos salieron entre cánticos de la última taberna, se vieron frente a un mendigo de unos cuarenta años, un sujeto flaco y mugriento que utilizaba un palo en forma de horca a modo de muleta y que arrastraba un pie lisiado.

—¿No tenéis, mis generosos señores, una moneda que dar a este infeliz tullido? —gimió en tono quejumbroso situándose ante Marcio.

—¿Estás cojo, mi buen amigo? —preguntó el tribuno tambaleándose ligeramente mientras contemplaba al mendigo de arriba abajo.

—¡Ojalá no lo estuviera, señor! Tengo una esposa y ocho hijos a los que alimentar, y no resulta tarea fácil para alguien con una tara como la mía.

—¿Ocho hijos? —repuso Marcio, apoyando la mano en el brazo de su compañero, el decurión—. ¡Has sido un hombre muy ocupado! Dime, Alieno, ¿no has oído la hazaña que el César Vespasiano realizó el año pasado, mientras estaba de paso en Alejandría?

—Sé que el emperador realizó grandes hazañas el año pasado, mientras estuvo en mi tierra —repuso el decurión—. ¿A cuál te refieres en concreto?

—Hubo un acto sublime y superlativo que destacó por encima de todos los demás. Permite que te lo demuestre. —El tribuno fijó su atención en el lisiado pie del estupefacto mendigo—. Tienes el pie izquierdo lisiado, ¿no es así? Me parece que, tanto tu pierna como el pie, están totalmente inutilizados, ¿verdad?

—Totalmente, mi señor —contestó el mendigo con un suspiro—. Tan muertos como un pedazo de madera, el pie y la pierna, desde que me arrolló un carro de construcción.

—Ah, bien. Veamos qué puedo hacer para ayudarte.

Entonces, Marcio levantó uno de sus pies calzados con las claveteadas sandalias militares y aplastó con todas sus fuerzas el tullido miembro del mendigo.

El hombre aulló de dolor, se agarró la extremidad y se alejó saltando a la pata coja, acompañado por el coro de risas de los niños que se habían reunido a su alrededor.

—¿Has visto eso, Alieno? ¡He curado a ese mendigo! —declaró jubilosamente Marcio—. ¡Ahora ya siente dolor en su pie muerto! ¡Es un milagro!

El cojeante mendigo se detuvo con expresión dolorida en una esquina.

—¡Que una maldición caiga sobre vosotros dos! —gritó a Marco y a Alieno—. ¡Que los dos sufráis una muerte lenta y dolorosa!

—¡Esfúmate, impostor! —gruñó Marcio abriéndose la capa para dejar al descubierto la espada que pendía de su cinto—. ¡De lo contrario, serás tú quien sufra una muerte lenta y dolorosa!

El mendigo dio media vuelta y desapareció a toda prisa.

Cuando Marcio y Alieno reanudaron la marcha se vieron rodeados por una multitud de niños que pedían dinero. Una encantadora criatura de no más de nueve o diez años, de negros y cortos cabellos y grandes ojos verdes, cogió la mano del tribuno.

—Mi abuelo, Ismael, tiene cosas que contarte sobre el nazareno, señor —dijo el niño, mirándolo a los ojos.

Marcio lo miró, sorprendido.

—¿Sobre el nazareno?

—Mi abuelo dice que debes venir solo.

Alieno se mostró inmediatamente suspicaz.

—¿Ir? ¿Adónde?

—Yo te llevaré —dijo el niño a Marcio—. Pero debes venir solo.

—Ten cuidado, tribuno —le advirtió Alieno.

—No pasa nada, decurión —dijo Marcio—. No me asustan los niños y tampoco sus abuelos. —Se acercó a su colega y le habló en voz baja para que el chico no lo escuchara—: Sígueme a cierta distancia y no intervengas a menos que te llame.

Luego, con el niño sujetándolo todavía de la mano, Marcio se dejó llevar por la calle. Alieno les concedió cierta ventaja y, después, con la mano en la empuñadura de la espada, los siguió a una distancia prudencial, tal como le habían ordenado, dispuesto a desaparecer entre el gentío en caso de que el chico volviera la cabeza. Mientras caminaba, la sensación de mareo que había acompañado al decurión desde su salida de la taberna desapareció igual que la niebla de la mañana al ser despejada por el sol. El chico, caminando con pasos ligeros y breves y echando ocasionales vistazos hacia atrás condujo al tribuno por las adoquinadas calles hasta que se metió por un estrecho callejón trasero que conducía al anfiteatro de la ciudad. La preocupación de Alieno fue en aumento. Con la maldición del mendigo resonando en sus oídos y temiendo las posibles represalias que podían caer sobre él si permitía que le ocurriera algo al tribuno, decidió acercarse. Apretó el paso y se aproximó a la pareja.

—¡Tribuno, cuidado, creo que puede ser una trampa! —gritó.

El chico se detuvo. Marcio se dio la vuelta.

—Alieno, te ordené que te mantuvieras a una distancia prudencial —dijo con disgusto.

—Este lugar es peligroso, señor. —Mientras hablaba, Alieno lanzó una mirada circunspecta a su alrededor—. Es la peor parte de la ciudad. En cada esquina acechan

asesinos.

El niño intervino:

—El abuelo Ismael hablará contigo y solo contigo, señor.

Marcio contempló la expresión del muchacho y solo vio inocencia en ella.

—Vuelve a la fortaleza, Alieno —le ordenó—, yo regresaré más tarde.

—Señor, no puedo dejarte aquí solo —protestó Alieno.

—¡Ve! —gruñó el tribuno—. ¡Te lo ordeno!

El decurión obedeció a regañadientes y se volvió varias veces para mirar atrás mientras regresaba sobre sus pasos por el callejón. En cada ocasión vio al tribuno y al niño que lo observaban, muy quietos. Al fin, Alieno se perdió de vista, y el muchacho reanudó la marcha llevando a Marcio de la mano.

Condujo al tribuno a la zona porticada del lado norte del anfiteatro. En todas las ciudades romanas, los arcos de los hipódromos y los anfiteatros atraían a los desechos de la sociedad, a vagabundos y forajidos. Para prostitutas y proxenetas, mujeres u hombres; para carteristas y trileros; para payasos, acróbatas y sus cómplices, aquellos oscuros y malsanos rincones eran tanto un hogar como un centro donde mercadear. Los días festivos eran su mejor ocasión, cuando en la arena se celebraban los juegos conmemorativos que atraían a clientes y víctimas que allí acudían a miles en busca de sórdidos placeres y emociones fuertes.

Manteniéndose a la sombra de los arcos, el chico condujo a Marcio hasta una figura pequeña, arrugada y calva, de sucia barba y mugrienta piel que se hallaba sentada en el pavimento con la espalda apoyada en la pared. A su alrededor abundaban detritos humanos y heces. Los ojos del anciano se abrieron de repente. En ellos se apreciaba una mirada hueca y sin vida.

—Aquí está, abuelo —dijo el chico, arrodillándose a su lado.

—¿Eres tú Ismael? —preguntó Marcio mirando al viejo.

Este alzó la vista y lo observó con mirada inquisitiva.

—¿Y tú eres el tribuno? —Su voz sonaba vacilante y débil.

Tras lanzar una cauta mirada alrededor y considerando que no había peligro a la vista, Marcio respondió:

—Yo soy el tribuno. ¿Cómo es que has mandado a este niño a buscarme?

—Ha llegado a mis oídos que esta mañana un tribuno de Roma iba a recorrer las tabernas de la ciudad buscando información sobre el nazareno.

—¿Y tú tienes información para mí?

—Puedo contarte muchas cosas, pero si son lo que andas buscando o no, es algo que no puedo saber. Intentaré ayudarte en lo que pueda, pero solo te lo contaré a ti y solo lo haré aquí. Si alguien me viera en la ciudadela, no tardaría en correr el rumor. La chusma de la zona creería que he ido a delatarlos, y mi vida no valdría el escupitajo de un mulero.

—¿Y por qué quieres ayudarme?

—Mírame, romano —repuso el viejo Ismael—. Intento sobrevivir aquí, entre

putas y ladrones, en medio de parásitos y criminales. Ahora la zona está tranquila porque lo peor se ha ido al hipódromo. Mañana será día de carreras. Rufo celebrará la Parilia, y mis vecinos estarán muy atareados esta noche y mañana. Dentro de dos días, corruptos y corruptores regresarán, y yo te pregunto: ¿es este el mejor lugar para que crezca y se eduque mi nieta?

—¿Nieta? —preguntó Marcio, sorprendido—. Yo la había confundido con un muchacho.

—Se llama Gemara. Es la hija de mi hijo Jonatán —dijo Ismael tomando la pequeña mano de la joven de verdes ojos—, que se llevó a su familia a Jerusalén para Pascua, hace ya cinco, dejándome al cuidado de la pequeña hasta que regresara. Ahora, aparte de esta dulce criatura, ya no tengo más familia ni parientes. Todos han sido arrancados de mi lado. Soy viejo y débil. Si al contarte todo lo que sé consiguiera despertar la generosidad de un tribuno... —Su voz se apagó.

Marcio dudaba que pudiera conseguir nada valioso de aquel hombre, pero dado que había llegado hasta allí...

—Muy bien. Cuéntame lo que sepas y veré si me interesa o no.

Ismael soltó un profundo suspiro y comenzó:

—En los tiempos en que Pilato era prefecto de Judea, yo era uno de los sirvientes de Caifás, el sumo sacerdote de Jerusalén.

Marcio sintió un súbito interés. Sin quitar ojo al entorno, se arrodilló al lado del anciano.

—Sigue —le pidió.

—Una noche, la víspera de Pascua, el capitán de la guardia fue enviado por Caifás a que detuviera a un hombre que había predicado la blasfemia en el Templo, un hombre que había destrozado los puestos de los mercaderes que vendían a los peregrinos aves para ser sacrificadas. Ese hombre era Jesús de Nazaret. Caifás mandó a su escriba Malcio para que acompañara al capitán y a los soldados de la guardia. Malcio era mi primo, y yo lo ayudaba en sus tareas, de modo que me incorporé también a la patrulla que se encaminó al Monte de los Olivos para efectuar la detención.

—¿Te mandaron allí con tu primo?

Ismael negó con la cabeza.

—No. La decisión de ir la tomé yo. Lo admito, sentía curiosidad. Había oído hablar de ese hombre, el nazareno. Por una parte, me habían llegado rumores de que obraba milagros; y por otra, había oído decir que el sumo sacerdote y otros opinaban que no era más que un hábil mago y un engañabobos. Supongo que albergaba la esperanza de verlo hacer algún milagro que le permitiera escapar a su detención. O en todo caso, esperaba reírme a gusto cuando lo viera luchando por liberarse, por fin desenmascarado e impotente.

Marcio empezó a desear que Artímedes y Pitágoras estuvieran allí, tomando notas. La cabeza se le había aclarado, pero le preocupaba que el vino ingerido

mermara su capacidad de recordar una vez abandonara a su informador. Por un momento pensó en llevarse por la fuerza al anciano para que declarara ante el cuestor, pero el viejo Ismael parecía en trance de morir en cualquier momento. De modo que el tribuno optó por sonsacarle tanta información como pudiera, ya que se le había presentado la ocasión.

—¿Qué ocurrió esa noche, en el Monte de los Olivos? —preguntó.

—Nosotros éramos muchos. El capitán y sus oficiales iban armados con espadas, tal como autoriza la ley romana, y los hombres de la guardia llevaban sus astas. Un informador, un galileo, nos condujo hasta cierto lugar de la montaña.

—¿Un galileo? ¿Cómo se llamaba?

—Judas. Se llamaba Judas. Uno de los soldados me contó que ese tal Judas estaba secretamente al servicio de Anás, el suegro del sumo sacerdote, Caifás. Pero yo no lo había visto nunca.

—¿Judas os llevó hasta el Monte de los Olivos?

Ismael asintió.

—En esa época había prensas de aceite en la montaña, repartidas entre los olivares. A primera hora del día, debían de faltar una o dos para que amaneciera, salimos de la ciudad sin hacer ruido. Cruzamos el sagrado arroyo de Kidron en la oscuridad y ascendimos directamente hacia los olivares que miraban al Monte del Templo hasta un claro donde había una de aquellas prensas.

—¿Judas sabía dónde os conducía exactamente?

—Eso me pareció. Nos llevó directamente hasta el lugar que en mi lengua materna se llama *got shemanin*, «donde está la prensa de aceitunas». Los que hablan griego han transformado el nombre en Getsemaní. El nazareno estaba allí, tal como Judas, nuestro informador, nos había dicho. Parecía que nos estuviera esperando.

—Y el nazareno, ¿estaba solo?

—Según pude ver, había otros tres con él. Dos eran más viejos y llevaban barba, como los maestros de la ley, pero el tercero parecía más joven e iba bien afeitado.

—¿Reconociste al nazareno o a cualquiera de los que lo acompañaban?

—Ninguno me resultó familiar. Era noche cerrada, y entre todos llevábamos antorchas y linternas. Yo mismo tenía una linterna, así que pude verlos a todos con bastante claridad. Uno de ellos era un tipo grandote de cejas pobladas y aspecto fiero. Más adelante me enteré de que se llamaba Simón Pedro.

—¿El nazareno se identificó de algún modo?

—No. Tal como habían planeado con el capitán de la guardia, Judas se adelantó e identificó al nazareno besándolo en la mejilla. Luego, se marchó.

—¿Y el nazareno se resistió a ser detenido?

—No, no se resistió. Al contrario, se ofreció a acompañarnos sin violencia alguna. Incluso ofreció las muñecas para que le pusiéramos los grilletes; dijo a los soldados que dejaran sus astas, y a los oficiales que envainaran las espadas. Me llevé un chasco, lo reconozco, porque no había milagros a la vista y el detenido tampoco

estaba quedando en evidencia. Sin embargo, el llamado Simón Pedro sí que opuso resistencia. Se apartó la capa y sacó una espada corta. Los otros dos hicieron lo mismo. El capitán los conminó para que entregaran las armas, pero Simón Pedro alzó su espada y descargó un tajo en el hombre que tenía más cerca. Esa persona resultó ser mi primo Malcio, que iba desarmado. Malcio hizo una finta a la izquierda para esquivar el golpe. —El anciano se desplazó levemente en la misma dirección, como si fuera el propio agredido—. Pero no fue lo bastante ágil para eludir el golpe. Le dio aquí. —Se señaló la sien derecha—. Le cortó la oreja limpiamente. Estoy seguro de que la intención de Simón Pedro era la de matarlo y que lo habría conseguido si Malcio no hubiera reaccionado tan rápidamente como lo hizo. El pobre miró hacia el suelo y vio su oreja; entonces, dejó escapar un lastimero gemido y se desplomó.

—¿El nazareno intentó ayudar a tu primo?

—¿Cómo habría podido? Ya estaba esposado.

—Así, ¿no hubo sanación milagrosa para la oreja de tu primo?

—¡Ojalá la hubiera habido! El pobre Malcio quedó mutilado hasta el final de su vida.

—Tu primo, ¿ya no vive?

Ismael suspiró.

—Malcio murió víctima de un ataque, hace unos años.

—¿Qué ocurrió después de que hirieran a tu primo?

—El nazareno ordenó a los suyos que depusieran las armas. Simón Pedro arrojó su ensangrentada espada y escapó corriendo. Los otros dos también dejaron las armas y huyeron. Los tres cómplices del nazareno escaparon. Los soldados de la guardia los persiguieron. La noche se llenó de confusión y de gente que iba corriendo de un lado a otro y gritando. Atraparon al más joven, pero, con el forcejeo, logró desprenderse de la ropa y escabullirse. Según me contó después uno de los soldados, huyó completamente desnudo. Lo sentí por él porque la noche era fría.

—¿Qué pasó entonces?

—El nazareno fue llevado a la ciudad, a la casa de Anás, encadenado.

—¿Tú también fuiste a casa de Anás?

—Fuimos todos. Alguien me dijo que recogiera del suelo la oreja de Malcio, pero no me vi con fuerzas. Otro lo hizo. Dijeron que se la darían a un médico para que se la cosiera. Uno lo intentó, más tarde, pero la carne de la oreja estaba muerta y no pudo ser. Los soldados también recogieron las espadas.

—¿Qué sucedió en casa de Anás?

—El nazareno fue llevado a presencia de Anás, Eleazar, Jonatán, Teófilo y Matías, los hijos de Anás, todos ellos saduceos y miembros del Gran Sanedrín, igual que su padre. También estaban presentes otros miembros del consejo, incluidos algunos fariseos. Todos habían estado esperando que les llevaran al nazareno y lo interrogaron sobre sus actividades antes de acompañarlo ante la presencia de Caifás.

—¿Quiere decir eso que estaban esperando su detención?



—Eso me pareció.

—¿Fuiste testigo del interrogatorio?

Ismael negó con la cabeza.

—Mientras los sacerdotes lo interrogaban, yo fui a las cocinas del sótano, donde había un buen fuego. Allí esperé con los soldados y los demás a que concluyeran los asuntos que se dilucidaban encima de nuestras cabezas. Empezaba a amanecer. Mientras me calentaba, una de las sirvientas de Caifás que yo conocía se me acercó y me dijo: «Mira a ese hombre de allí, es un galileo, y estoy segura de haberlo visto antes de hoy con el nazareno». Me señaló a un individuo entre el gentío al que reconocí como Simón Pedro.

—¿Hablaste con él?

—Haciendo acopio de valor me acerqué y le dije: «¿No estabas tú con el nazareno esta noche en el olivar y no fuiste tú quien hirió a mi primo Malcio?».

—¿Qué respondió a eso?

—Lo negó. Con vehemencia.

—¿Creíste en su negativa?

Ismael negó con la cabeza.

—No, pero ¿qué prueba de mi acusación podía aportar yo? También influía que era mucho más alto y fuerte que yo. Sin duda se trataba de un galileo. Su entrecortado acento lo delataba. Luego, me pareció ver a otro de los que habían formado parte de la patrulla que había detenido al nazareno, alguien que también lo había visto en la prensa de aceitunas. Subí a avisar a uno de los oficiales de la Guardia del Templo; pero para entonces ya era demasiado tarde. El oficial y yo bajamos a las cocinas algo después de la salida del sol. Faltaba muy poco para que las trompetas del Templo anunciaran el final de la guardia desde la torre, y su llamada fue respondida por otro trompeta romano en la fortaleza Antonia. El hombre al que yo había reconocido como Simón Pedro ya no estaba, y el oficial supuso que eran imaginaciones mías. Sin embargo, como he repetido a todo el mundo desde entonces, no me cabe duda de que ese día vi a Simón Pedro, lo mismo que la doncella de Caifás.

—¿Qué crees que podía estar haciendo allí Simón Pedro?

—En ese momento pensé que su intención era liberar a su maestro.

—Escucha anciano, de ese Simón Pedro se dice que vio al nazareno con vida después de la crucifixión. Dime, ¿crees de verdad que el nazareno era el Mesías de los judíos y que resucitó de entre los muertos?

Ismael sonrió levemente.

—Tribuno, yo sigo esperando al Mesías.

Pensativo, Marcio se puso en pie mientras contrastaba la información que acaba de ofrecerle el anciano con la de anteriores testigos. Esta última parecía corroborar lo que Ismael le había dicho. Incluso la mención de que Simón Pedro había seguido a su maestro hasta la casa del antiguo sumo sacerdote coincidía con el contenido de la carta de Lucio y los documentos de Marcos y Matías. Observó a Ismael y le

preguntó:

—¿Qué más puedes decirme acerca de la muerte del nazareno o de los acontecimientos posteriores que la rodearon?

—Hay poco que contar. Caifás ofició en la crucifixión del nazareno, y yo lo acompañé. Los dos vimos al nazareno en la cruz, pero Caifás no se quedó después de eso. No esperó a verlo morir. Un hombre crucificado no muere rápidamente, como sin duda sabrás. Caifás y yo regresamos a casa.

—¿Oíste o te enteraste de algo que indicara que Jesús de Nazaret no había muerto en la cruz?

—Murió en ella. Eso es seguro. Fue lo que ocurrió después con el cuerpo lo que inquietó más a Caifás. Él y Pilato habían acordado que todos los prisioneros serían bajados antes del Sabbat. Debo decirte que Caifás no se enteró hasta cierto tiempo después de que al nazareno no le habían roto las piernas para acelerar su muerte, como sucedió con los demás condenados ese día. Eso molestó a Caifás, pero no lo inquietó tanto como el robo del cadáver. No sé si lo entiendes, pero él temía que los seguidores del nazareno robaran el cuerpo para decir así que se había levantado de entre los muertos y asegurar por lo tanto que se trataba del Mesías, el ungido sucesor del rey David.

—Como así resultó ser —comentó Marcio—. ¿Por qué? ¿Caifás no tomó las medidas oportunas para evitar que robaran el cuerpo?

—La verdad es que las tomó. Caifás fue a ver a Pilato y le pidió que las tropas de la guarnición romana vigilaran la tumba, pero Pilato le contestó que el Templo disponía de sus propios soldados de guardia y que los utilizara para dicha tarea. Eso fue lo que Caifás hizo.

—¿Apostó centinelas ante la tumba y aun así el cuerpo desapareció?

—Al final se descubrió que aquellos soldados del Templo habían sido sobornados para que abandonaran sus puestos. Aprovechando su ausencia, el cuerpo fue sustraído. Más tarde, adujeron que se habían dormido, pero la verdad era otra.

—¿Sobornados por quién? ¿Sustraído por quién?

—Por los seguidores del nazareno. Los soldados del Templo implicados fueron todos licenciados, pero el daño ya estaba hecho. —La voz de Ismael se desvaneció—. Eso es todo lo que sé, tribuno —dijo débilmente—. Por favor, ahora márchate antes de que algún curioso se fije en mí.

Marcio metió la mano en la bolsa que llevaba al cinto, aflojó el cordel de cuero y vació el contenido en la palma de su mano. Un montón de monedas de oro y plata cayeron en ella. Se arrodilló un instante y las depositó en las manos del anciano, cerrándoselas alrededor de las monedas.

—Cuida de tu nieta, anciano —dijo antes de incorporarse y marcharse rápidamente.

Mientras se alejaba se volvió y vio que el viejo había echado la cabeza hacia atrás, apoyándola contra la pared, y que tenía los ojos cerrados. La niña lo observaba

perderse en la distancia. Su rostro aparecía impasible, pero sus ojos esmeraldas reflejaban el brillo de su corazón.

Tan pronto como llegó a la fortaleza, Marcio fue a buscar al cuestor y le relató todo lo que Ismael le había contado. Varro llegó a la conclusión de que, a pesar de la renuencia del anciano y sus consideraciones hacia su seguridad personal, el valor de aquella información hacía necesario que fuera interrogado en presencia de los secretarios. En consecuencia, envió al centurión Gallo con cincuenta hombres para que localizara a Ismael y lo llevara a la fortaleza.

Dejando a un lado escudos y jabalinas, los soldados atravesaron la ciudad a paso ligero. Una vez en el anfiteatro, Gallo buscó por todas partes a un anciano y a una niña de verdes ojos que coincidieran con la descripción facilitada por el tribuno. Sin embargo, a pesar de la exhaustiva búsqueda, no hallaron rastro de ninguno de los dos: Ismael y su nieta habían desaparecido.



Varro estaba cenando con sus oficiales y libertos aquella noche, hablando del testimonio de Ismael, cuando uno de los soldados de guardia se presentó con un mensaje para Marcio. Una niña se había presentado a las puertas de la fortaleza suplicando ver al tribuno, una niña de verdes ojos. Marcio pidió inmediatamente permiso al cuestor para ausentarse de la mesa y corrió a la puerta decumana. La pequeña Gemara se hallaba sentada en el pavimento, tras las puertas cerradas. Cuando la muchacha vio que el tribuno iba hacia ella, se levantó rápidamente. A la luz de las linternas, Marcio se fijó en que tenía el rostro bañado en lágrimas.

—¡Señor, ayúdame, por favor! —suplicó—. ¡Se trata del abuelo!

Tras llamar al centurión Gallo y a varios soldados, Marcio se dejó guiar por las calles de la ciudad mientras la niña caminaba a toda prisa. En esa ocasión, no se dirigió hacia el anfiteatro sino hacia el puerto y los muelles. Al llegar, Gemara señaló la zona de arcos donde vivían los marineros.

—¡Por allí! —indicó—. ¡Unos hombres estaban haciendo daño a mi abuelo!

Marcio y sus legionarios se desplegaron por los muelles de piedra; voltearon a los marineros y trabajadores que yacían bajo los arcos mientras buscaban al abuelo de la niña. Marcio se dio cuenta de que el anciano había cambiado su domicilio por razones de seguridad, temeroso de que alguien lo hubiera visto hablando con el tribuno. Las tropas registraron los pórticos varias veces, pero no hallaron rastro de Ismael.

Entonces, un urgente grito llegó de uno de los muelles.

—¡Tribuno! ¡Por aquí!

Marcio y sus hombres corrieron hacia el borde del agua y siguieron con la mirada la dirección señalada por el dedo del soldado. Una figura flotaba en el agua, entre dos

barcos mercantes amarrados. Boca abajo e inmóvil, era el cuerpo de un hombre menudo y calvo. Uno de los pocos legionarios de la patrulla que sabía nadar se ofreció voluntario para rescatarlo. Tras quitarse el equipo y la indumentaria, el desnudo soldado se metió en el agua y nadó hasta el cuerpo.

—¡Está muerto! —gritó cuando llegó hasta él, anunciando lo que era obvio. Luego, cogiéndolo por la túnica, lo arrastró hasta el muelle.

Unas manos auxiliadoras subieron el cadáver a tierra firme y otras sacaron del agua al empapado legionario.

Marcio reconoció el rostro de Ismael cuando depositaron el cuerpo sobre los adoquines, ante él. Una salvaje cuchillada abría el cuello del anciano de lado a lado. Marcio se dio la vuelta y vio a Gemara, de pie, con el rostro pálido; observaba el cadáver de su abuelo desde los arcos.

—Llévatela de vuelta a la fortaleza —ordenó el tribuno a Silio, el *optio*.

Gallo registró el cuerpo.

—No lleva ni una moneda encima, tribuno —informó una vez hubo acabado—. ¿Dices que esta mañana tenía dinero?

—Sí —suspiró el tribuno—. Demasiado dinero. Tanto que le ha costado la vida.



—¿Dices que quieres quedarte con la niña? —preguntó Varro, perplejo, después de que Marcio hubiera regresado a la mesa con la noticia del fallecimiento de su mejor testigo y les informara de su intención de sumar a la pequeña Gemara a la expedición—. Caramba, Marco, sé que eres hombre caritativo, pero aun así me sorprendes.

—Atribúyelo a una mala conciencia —respondió el tribuno—. He convertido a esa niña en una huérfana.

—Tú no. Los asesinos que campan por Cesarea. ¿Qué vamos a hacer con una niña pequeña entre nosotros? ¿No tiene familia o algún pariente que pueda hacerse cargo de ella?

—El viejo era su único familiar con vida —aclaró Marcio con un gesto de impotencia.

Varro lo miró fijamente, como si intentara desvelar algún motivo oculto en el tribuno.

—¿Estás seguro?

—Deja que la niña viaje con tu esclava, con Miriam —propuso Marcio—. Se harán compañía mutuamente. Al fin y al cabo, las dos son judías. Ya cargamos con una mujer, de modo que no creo que una niña vaya a suponer una diferencia notable.

Varro sonrió para sus adentros.

—Eso te daría una buena excusa para ir a visitar a Miriam —le dijo—. Así de

paso podrías interesarte por el bienestar de la pequeña. Sé que Miriam te gusta, amigo mío.

Cualquier persona medianamente perspicaz habría detectado un rastro de celos en la voz del cuestor.

—No más que a ti, Julio. —Marcio empezaba a parecer exasperado—. Me obligas a confesártelo: esa niña me recuerda a mi hermana pequeña. Nadie mostró compasión por Domitila, y aquellos cerdos acabaron cortándole el cuello. Es lo menos que puedo hacer para ayudar a Gemara. Bueno, ahí lo tienes. Espero que estés satisfecho, cuestor.

Varro se sintió de repente como un tonto.

—Lo siento, Marco. Ha sido una falta de sensibilidad por mi parte. Está bien, puede que lo lamente toda mi vida pero sí, puede unirse a nuestra expedición. Como bien dices, quizá su sitio esté junto a Miriam.

Varro llamó a Callido y le dio instrucciones para que dispusiera lo necesario. Sin embargo, en lugar de apresurarse a cumplir con lo ordenado, el liberto se entretuvo en la puerta, como si quisiera decir algo. Varro vio su expresión.

—¿Qué te preocupa, Callido?

—¿Preocuparme, señor? Bueno, para ser sincero, hay algo que me preocupa enormemente. Es posible que hayas tenido demasiadas cosas de las que ocuparte para haberte fijado en ello, pero desde que estamos en Cesarea, Venerio y Antíoco han pasado mucho tiempo juntos. Me inquieta que puedan estar tramando algo.

—¿Ah, sí? —El tono del cuestor no indicaba que aquello lo preocupara.

—Forman una extraña alianza, señor: un judío que ha abjurado de su fe y un joven patricio que no oculta su desprecio hacia los judíos.

—La mierda siempre atrae a las moscas —terció Marcio.

—Es cierto, señor, pero...

—Me cuesta ver a Venerio haciendo buenas migas con Antíoco —dijo Varro—. Ese chico desprecia a todos los que no son su igual. No temas, Callido, cuando volvamos a ponernos en marcha, ese tribuno de segunda estará demasiado ocupado para ocasionarnos quebraderos de cabeza.

—Confío en que estés en lo cierto, señor. Planteo mi preocupación porque antes de que saliéramos de Antioquía consulté a una vidente muy perspicaz y me advirtió que esta misión sería peligrosa y que el peligro vendría de dentro.

—Siempre hemos sabido que esta misión no estaría exenta de peligros, Callido —repuso Varro con gesto impaciente, sabedor de que su liberto era entrometido por naturaleza—. Gracias por compartir tus inquietudes. Ahora, por favor, ocúpate de organizar el acomodo de la niña.

Callido reprimió un impulso de resentimiento al ver sus advertencias tan rápidamente descartadas.

—Muy bien, señor —repuso con un deje de amargura antes de salir a paso vivo.



El procurador Rufo entró en la sala seguido de sus libertos ayudantes. Había mandado aviso de que deseaba reunirse con Varro urgentemente.

—Primo, no nos hemos visto mucho desde tu llegada a Cesarea —declaró en tono amistoso.

—Ambos, como podrás ver, hemos tenido mucho en que ocuparnos, Rufo —contestó el cuestor.

Varro se reclinó en un diván, y Pitágoras se sentó a la mesa de escribir, con Artímedes a su lado, mientras Marcio caminaba de un lado a otro y le dictaba todo lo que podía recordar de la conversación que había mantenido con Ismael bajo los arcos del anfiteatro de la ciudad.

—Me preguntaba, primo —prosiguió Rufo—, cuándo tienes pensado marcharte de Cesarea. Seguro que habrá muchos sitios que visitar y cosas que hacer fuera de la capital. Si estuviera en tu lugar, no esperaría más para dirigirme a Jerusalén.

—Allí no queda nada, Rufo —intervino Marco Marcio—. La ciudad ha sido arrasada.

—Como si no lo supiera —repuso el procurador con su sonrisa «Turno»—. Sin embargo, el general Basso está en Jerusalén con tres mil prisioneros judíos. Quizá entre ellos haya alguno que pueda aportar información al cuestor. —Rufo se había enterado por boca de Alieno de que Varro andaba haciendo preguntas sobre la muerte de un judío ocurrida en Jerusalén, cuarenta años atrás—. Lo que no sabes es que Basso tiene planeado salir de allí y llevarse a la X Legión en una campaña contra las últimas bolsas de resistencia en el sur. Supongo que se llevará con él a los prisioneros para mantener las líneas de suministros. Yo no me demoraría en partir, Varro, o no podrás reunirse con él.

—Gracias por el consejo, Rufo —repuso el cuestor.

—Estoy encantado de ayudarte siempre que pueda, primo.

El pequeño procurador salió de la estancia con una perversa sonrisa y seguido de su cortejo de silenciosos sirvientes.

—Ese gusano quiere quitarte de en medio —dijo Marcio.

—Lo sé. Sin embargo, si lo que ha dicho de Basso es cierto, no deberíamos perder más tiempo aquí. Mañana, en cuanto haya terminado el festival, nos pondremos en marcha rumbo a Jerusalén.



El cuestor se despertó en plena noche bañado en un sudor frío.

—¡Otra vez no! —masculló para sí.

Hostilis, que había oído gritar a su señor, apareció en la puerta con una lámpara

de aceite en la mano. Tras asegurarse de que Varro se encontraba bien y a salvo, fue a llamar a Callido y a Artímedes.

—¿Otro sueño, señor? —preguntó el griego cuando llegó acompañado de Callido—. Ya te dije que podía haber más. Está claro que estás recibiendo mensajes de unos poderes superiores a nosotros. ¿Quieres que mande llamar a Pitágoras para que nos ayude en nuestras adivinaciones?

—No. No será necesario —respondió Varro con un bostezo.

Aquello complació a Artímedes.

—Entonces, quizá te complacería contarme los detalles —propuso con cierto aire de autoridad.

—Bien. De acuerdo —se avino Varro, que sentía mucho respeto por su antiguo tutor e incluso conservaba por él cierto temor reverencial de la infancia, lo que le hacía difícil negarle algo.

Mientras los dos libertos permanecían de pie al lado de la cama, Varro se sentó y escribió todo lo que fue capaz de recordar del sueño. No fue complicado: en él vio un carruaje finamente decorado, tirado por briosos corceles y conducido por una figura de negro. Entonces, mientras contemplaba el carruaje, observó a seis personas igualmente de negro, como si fueran plañideros de un funeral.

—¿Eran esos los únicos elementos del sueño? —preguntó Artímedes, decepcionado.

—El lujoso carruaje puede que signifique que algún día alcanzarás grandes honores —sugirió el siempre literal Callido.

—Solo había dos caballos, Callido, no cuatro —contestó Varro—. No era ninguna cuadriga triunfal.

—¿Y cuántos plañideros había, señor? —preguntó Artímedes.

—Cuatro, creo. Puede que cinco. No se veían con claridad.

—Hummm... —Artímedes empezó a caminar por la estancia con las manos a la espalda—. No llego a discernir una relación clara con tu anterior sueño, señor. Creo que debemos abordarlo como un caso separado. Veamos, soñar que uno se cae de un carruaje o ver que otros caen significa ser apartado de una posición de autoridad.

—Nadie cayó del carro —le aseguró Varro.

—Señor, ¿eras tú el conductor del carro o ibas solo de pasajero?

—Ninguna de ambas cosas.

—Lástima. Es algo que anuncia oportunidades favorables si se aprovechan para lo bueno. Veamos los plañideros. Soñar que se va vestido de luto a un funeral significa la pérdida de un marido o una esposa. Está claro que, no estando casado, no viene al caso. Presenciar un funeral denota un matrimonio desgraciado o un retoño con mala salud, pero, de nuevo, no viene al caso. Soñar con el funeral de un extraño nos advierte de inesperados infortunios.

—No estoy seguro de que se tratara de un funeral, Artímedes —dijo Varro dejando escapar un suspiro.

—Pues vayamos a los caballos. Los caballos prometen. Se pueden adivinar muchas cosas en los sueños de caballos. Caballos tirando de un transporte denotan por lo general riqueza, aunque con algunas dificultades. ¿De qué color eran los caballos? Eso es importante, cuestor. ¿Eran negros, blancos o pintos?

—No lo recuerdo, Artímedes —repuso Varro, a quien se le agotaba la paciencia—. Sinceramente, no creo que el color de los caballos tenga importancia. Quizá solo he soñado con carros porque mañana hay carreras de carros en el hipódromo, y puede que esos espectadores fueran de negro porque... ¡Yo qué sé! Dejémoslo por el momento. Será mejor que todos volvamos a la cama.

—Carreras de caballos, plañideros... —murmuró Artímedes—. Quizá la muerte te aguarde mañana en el hipódromo, señor. —El cuestor estaba obligado por el protocolo a asistir a las carreras del festival.

Varro miró al secretario con el pensamiento dividido. Una parte de su mente le decía que descartara el sueño como una simple fantasía; la otra le aconsejaba hacer caso del mismo y tratarlo como una verdadera premonición, como le constaba que haría su madre.

—Sin duda te acuerdas de lo que le ocurrió a Julio César después de que hiciera caso omiso de las predicciones de un vidente —insistió Artímedes—. Sería recomendable que mañana te mantuvieras a una prudente distancia del hipódromo.

Varro miró a su secretario, dubitativo.

—Aristóteles dijo una vez que no somos capaces de dar crédito a lo que a veces se puede adivinar en un sueño —afirmó el secretario—. Y no ha habido hombre más sabio que él.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —exclamó el cuestor alzando las manos al aire—. ¡No iré al hipódromo mañana! ¿Estás satisfecho?

—¿Y qué le dirás al procurador, señor? —preguntó Callido.

—Dile... Dile... —Varro saltó de la cama—. Dile que la columna del cuestor sale mañana. Me ha aconsejado que no pierda tiempo en localizar a Basso y a sus prisioneros, ¡y eso es lo que haremos!

—¿Mañana, señor? —Callido parecía consternado—. ¿Y las provisiones? Con el festival en marcha, llevará tiempo, mucho tiempo, conseguir las provisiones.

—¡Pues empieza ya! —ordenó Varro—. ¡Alerta a los oficiales. Trabaja toda la noche! ¡Quiero que salgamos de esta ciudad no más tarde de la hora cuarta!

Callido estaba perplejo.

—¿Raciones para cuántos días, señor?

—Las suficientes para catorce días. Ah, Filipo el Evangelista viajará con nosotros. Es una fuente de información sobre los nazarenos demasiado valiosa para que lo dejemos escapar ahora. Aún puede que nos ayude a resolver algún que otro misterio. —Miró a Callido con el entrecejo fruncido—. ¡Bien! ¿A qué estás esperando? ¡Nos vamos a Jerusalén!



## LA CARRETERA INTERRUMPIDA

*Provincia romana de Judea.*

*Abril del año 71 d. C.*

Según el criterio de su guía el decurión Alieno, Varro avanzaría más deprisa si, en lugar de tomar la ruta interior, seguía la carretera de la costa por la llanura mediterránea hasta la ciudad de Joppa y allí giraba hacia tierra adentro quince kilómetros hasta Lydda. Desde allí, una carretera que serpenteaba por entre las colinas de Judea llevaría al cuestor hasta Jerusalén. Lydda, que originariamente había sido una ciudad judía, fue arrasada hasta los cimientos por el general Gallo durante el primer año de la revuelta judía. Desde entonces había sido reconstruida parcialmente por colonos no judíos.

En Lydda, la columna se encontró con un escuadrón de la Caballería Tracia que volvía de Jerusalén escoltando despachos para Roma enviados por el general Basso. El escuadrón estaba al mando del decurión Aleo Scevola, un galo narigudo que se unió al cuestor durante la cena en su campamento, donde le informó de que el general Basso se disponía a partir de Jerusalén hacia el sur de Judea justo cuando él y sus jinetes habían iniciado el viaje. Cuando Varro le preguntó si el general se había llevado a sus prisioneros con él, Scevola le aseguró que sí, que Basso tenía pensado hacerlos trabajar acarreando las provisiones de agua, y añadió que en aquel territorio montañoso el agua escaseaba. Esa zona de la provincia, en particular al sur de Jerusalén, era seca y polvorienta. Scevola recomendó al cuestor que llevara tanta agua como pudiera y que recogiera toda la leña posible antes de adentrarse en tan desolados parajes. Comentó que la mayor parte del sur era un erial y que ni siquiera en los alrededores de Jerusalén se veía un árbol a la redonda porque Tito los había talado todos el año anterior para utilizarlos como leña para hacer fuego y como material de construcción durante el asedio. La propia ciudad era un lugar inhóspito, comentó Scevola con desagrado, y añadió que estaba contento de alejarse de aquel lugar. Todo olía a muerte allí.

Scevola y sus jinetes siguieron su camino, pero no antes de mencionar a Varro la existencia de un rabino que vivía en Jamnia, a unos treinta kilómetros por la costa hacia el sur. Tito le había permitido salir de Jerusalén durante el asedio y marcharse a Jamnia acompañado de unos pocos estudiantes religiosos. Según, contó jocosamente Scevola, para escapar de las garras de los rebeldes que dominaban la ciudad, y que no estaban dispuestos a dejar salir a los civiles, el rabino se las arregló para que lo sacaran dentro de un ataúd, como si se tratara de su funeral y los portadores fueran, sus estudiantes. Luego, se entregó a Tito, que le permitió abrir su academia religiosa

en Jamnia.

Varro pensó que quizá el rabino había estado en Jerusalén en su juventud, durante los últimos días del nazareno, y semejante posibilidad hacía necesario un interrogatorio. Al amanecer envió a Crispo y a su destacamento de caballería a buscar al rabino a Jamnia para que lo llevaran al campamento. Mientras esperaba el regreso del prefecto, Varro ordenó a sus hombres que multiplicaran sus expediciones en busca de leña y agua. Cabalgando sin parar, Crispo tendría que haber cubierto la distancia de ida y vuelta entre Lydda y Jamnia en menos de un día, pero no fue hasta primera hora del siguiente amanecer cuando los jinetes desmontaron ante la puerta pretoriana del campamento y ayudaron a un anciano a bajar del caballo. Varro fue despertado por el centurión Gallo con la noticia de que Crispo estaba de vuelta.

El prefecto le informó de que habían recogido a un viejo judío que se había identificado a sí mismo como Yohanan ben Zakkai, «maestro de la ley». El rabino, según relató Crispo, se resistió a abandonar Jamnia, y el prefecto pasó varias e infructuosas horas intentando convencerlo hasta que el tuerto decurión Pompeyo perdió la paciencia con los educados modales de su superior y amenazó con crucificar allí mismo a uno de los estudiantes del rabino, cosa que hizo cambiar de opinión al anciano judío. Varro ordenó que lo llevaran a su presencia.

Un hombre de aspecto frágil, alto y muy delgado, calvo y de barba gris fue introducido en el *pretorium*. Varro calculó que tendría unos setenta años. Sentado en un diván, el soñoliento cuestor ofreció un taburete al judío, pero el severo rabino lo rechazó y prefirió permanecer de pie. Varro comenzó a preguntar:

—¿Te encontrabas en Jerusalén, hace ya unos años, cuando un hombre llamado Jesús de Nazaret fue crucificado?

—Soy maestro de la ley —contestó el rabino—. Tal como el general Vespasiano me autorizó a hacer, estudio las leyes de mi pueblo y enseño la ley a mis alumnos en mi casa de sabiduría de Jamnia, el *Beth Hamidrash*. Eso es lo único que me interesa.

—Sí, pero ¿estabas en Jerusalén hace cuarenta años? No es una pregunta difícil de responder, Yohanan.

—Ni me concierne ni me interesa.

—¡Pues a mí sí! —replicó Varro, cansado e irritado. Se puso en pie y empezó a caminar alrededor del rabino—. ¿Antes de la revuelta habías vivido siempre en Jerusalén? Es una respuesta sencilla: sí o no.

—Sí.

—Bien, maestro, vamos avanzando. ¿Has oído hablar de otro maestro judío llamado Jesús o Yehoshua, originario de Nazaret, en Galilea? ¿Sí o no?

Cuando el hombre respondió afirmativamente, Varro le preguntó si había estado en Jerusalén en el momento de su crucifixión.

—En esa época, y también después, fueron crucificados muchos alborotadores. No sabría decir dónde estaba yo cuando fueron ejecutados esos hombres. Ese nazareno era un alborotador. No me interesan los alborotadores.

—¿Estás al tanto de que sus seguidores afirman que era vuestro Mesías?

—No era el Mesías —repuso Yohanan, tajantemente.

—¿Qué opinión tienes de los seguidores de ese nazareno, maestro?

—No siguen la verdadera, fe. No observan la ley.

A pesar de proseguir con el interrogatorio, el cuestor no consiguió arrancar nada más al rabino. Yohanan despreciaba al nazareno y a sus seguidores; eran gente irrelevante y no tenía más información que ofrecer. Tras una hora escasamente productiva, Varro dio órdenes de que el rabino fuera devuelto a su academia, a sus estudiantes y a su ley.

Tras partir Crispo y sus jinetes para llevar a Yohanan a Jamnia, Varro empezó a impacientarse por poder alcanzar al general Basso y consideró seriamente emprender la marcha hacia las montañas de Judea antes de que la caballería volviera a reunirse con ellos. No obstante, Marcio le aconsejó ser cauteloso, por lo que el cuestor lo pensó dos veces. Scevola le había advertido de que algunas bandas aisladas de partisanos seguían vagando por las montañas. Siendo la caballería el arma más eficaz contra las tácticas de golpe de mano de los rebeldes, Varro comprendió que adentrarse en aquel terreno sin sus jinetes vetones equivalía a hacerse a la mar con una nave desprovista de velas. En consecuencia, permaneció un día más en Lydda.



La columna ascendía por la sinuosa e inclinada carretera entre los gruñidos de los hombres de a pie y los animados gritos de los muleros, que guiaban a sus bestias de carga. Una vez dejado atrás el verdor de la llanura, parecía que hubieran entrado en un mundo árido y estéril. El sol se reflejaba duramente en la blanca roca caliza y obligaba a los hombres a mantener la mirada en el suelo. Las nubes de polvo blanco amarillento que levantaba la columna llenaban el aire y ensuciaban a hombres, animales y equipo por igual. Los legionarios se tapaban la boca con los pañuelos que llevaban al cuello, se limpiaban la suciedad de los ojos y seguían avanzando.

Varro había confiado en acampar aquella noche en la ciudad de Emaús, lo cual suponía una marcha aparentemente fácil de unos veinte kilómetros desde Lydda. Sin embargo, ya era bien entrada la mañana cuando la expedición había abandonado el campamento de Lydda. En esos momentos, la fatiga de las monturas y la general lentitud del avance por el elevado terreno hacían que a Varro su objetivo le pareciera cada vez más inalcanzable. Cuando el sol se acercó a su cenit, el cuestor se rindió a lo inevitable de no llegar a Emaús aquel día y mandó un mensaje a la patrulla de avanzada, donde estaba Venerio, indicándole que marcara un sitio al lado del camino donde acampar para pasar la noche. Mientras el mensajero se alejaba a todo galope, Varro se situó con su caballo fuera de la carretera para ver pasar la esforzada columna y asegurarse de que hombres, animales y vehículos seguían en buen estado. Los

demás oficiales lo imitaron. La infantería desfiló trabajosamente, con su equipo e impedimenta balanceándose y entrechocando ruidosamente colgada del extremo de las astas que llevaba al hombro. Los hombres sudaban profusamente, y las gotas de transpiración dibujaban pequeños ríos en la costra de polvo que cubría sus polvorientas caras. Sin embargo, su paso no flaqueaba. Unas piernas de hierro les permitían seguir adelante.

El convoy de carga llegó a la altura del cuestor. Primero pasaron las reatas de mulas; luego, los carros, uno a uno. El último era descubierto y estaba lleno de sacos de grano. En la parte de atrás iba sentado Filippo el Evangelista. Del grillete de su muñeca izquierda salía una cadena que lo sujetaba a un lateral del vehículo. Lleno de polvo y cabizbajo, Filippo no miró a Varro ni a sus oficiales mientras pasaba ante ellos.

El cuestor esperó hasta que los agotados jinetes de la retaguardia estuvieran casi a su altura y entonces espoleó a su caballo hacia delante. En fila india y seguido de su gente, se dirigió hacia su lugar en la columna. Mientras cabalgaba, se giró en la silla y en ese momento vio que Antíoco, al pasar ante Filippo, escupía a este en la cabeza sin darse cuenta de que Varro lo estaba observando. Sin decir palabra, el Evangelista se limpió el salivazo con la mano. Antíoco alzó la vista, vio la fulminante mirada de Varro clavada en él y bajó la mirada inmediatamente. Meneando la cabeza en gesto de disgusto, el cuestor fijó su atención en el camino que tenía delante.



Los ojos de Tito Gallo se abrieron de repente. Algo acababa de despertarlo mientras yacía en su camastro. Era una noche sin luna, y el interior de su tienda estaba totalmente a oscuras. El centurión puso en orden sus pensamientos: se hallaba en el campamento del cuestor, después de haber salido de Lydda, y había estado soñando. Su sueño seguía dolorosamente fresco en su memoria. Cinco años atrás, había combatido contra los judíos en aquella misma carretera. En aquella época, el general Cestio Gallus conducía a sus ejércitos mientras se retiraba de Jerusalén hacia la costa. Había un pueblo llamado Betoron, no lejos de Emaús, hasta donde el centurión y sus camaradas de la XII Legión lograron abrirse paso luchando. Los rebeldes judíos atacaron la extendida columna de veintisiete mil hombres de frente, por la retaguardia y los flancos, y además se concentraron en la primera cohorte, buscando el estandarte con la dorada águila imperial, que al final consiguieron arrancar de manos de su moribundo portador. La humillación que aquella pérdida supuso para la unidad seguía mortificando a Gallo. Él se encontraba más adelante en la columna, con la octava cohorte, pero vio el águila caer junto con el comandante de la primera y cientos de sus hombres.

Los rebeldes rodearon luego a las fuerzas romanas en Betoron. Esa noche, el general Gallus pidió cuatrocientos voluntarios para una acción en la retaguardia.

Gallo se ofreció al instante, pero los tribunos del general estaban al corriente del expediente de Gallo y señalaron que el centurión había sido degradado tras la desastrosa capitulación de Peto en Randeia, Armenia, años atrás. El general acabó devolviendo a Gallo a su tienda. Para el centurión, ser descartado supuso una herida mortal. Poco importaba que de los cuatrocientos voluntarios escogidos no hubiera sobrevivido ninguno; aquellos hombres habían entregado valientemente sus vidas para dar tiempo suficiente al resto de las fuerzas de Gallus para escapar hasta Lydda. El centurión habría muerto gustosamente si con tal sacrificio hubiera alcanzado la gloria necesaria para restaurar el brillo de su deslucida reputación.

En ese momento, tumbado en su cama, Gallo revivió la humillación de Betoron. Durante años había mantenido a raya aquellos recuerdos, pero allí, a escasos kilómetros de la escena de su humillación, lo más que lograba era no gritar de rabia. Entonces, tumbado en la oscuridad, hizo un pacto consigo mismo. Nunca más permitiría que un comandante lo humillara como habían, hecho el general Peto en Randeia y el general Gallus en Betoron. Poco importaba quién estuviera al mando. Si el cuestor Varro lo ponía en posición de ser humillado, no se lo toleraría. No estaba dispuesto a permitir que nadie le hiciera pasar por aquello otra vez. Todos los hombres tenían su límite, y Gallo había alcanzado el suyo.

De repente, el suelo bajo el centurión se movió. Se trataba de un movimiento lateral, como si bajo su cama se hubiera colado un bromista. De nuevo, la tierra se estremeció, esa vez con mayor violencia. El escudo del centurión, que estaba apoyado en el rincón, cayó con estruendo. Desde fuera de la tienda llegó el sonido de voces que gritaban.

—¡Terremoto! —chilló alguien con terror mientras pasaba corriendo ante la tienda del centurión.

Gallo apartó la manta y saltó del camastro. Apartando la lona de la tienda salió fuera. A la luz de las lámparas de aceite pudo ver que el campamento era un caos. Por su experiencia sabía que no había nadie más valiente que un legionario romano y tampoco nadie más supersticioso. No temían nada que caminara por la superficie de la tierra, pero los poderes que había encima y debajo de esta eran harina de otro costal. El suelo tembló nuevamente bajo los pies de Gallo. De las caballerizas llegó el asustado relincho de los caballos. Luego, en algún lugar a su espalda, se oyó algo que caía. Una de las torres de vigilancia de la puerta pretoriana se había desplomado.

Un legionario totalmente desnudo y con los ojos desorbitados por el miedo pasó corriendo al lado de Gallo. El centurión lo agarró por el cabello y lo obligó a detenerse.

—¡En nombre de Hades, soldado! ¿Adónde crees que vas, desnudo como cuando te trajeron al mundo?

—¡Terremoto, centurión! —aulló el soldado—. ¡Terremoto!

—Pasará. Vuelve a tu tienda, ponte la túnica y el equipo. Luego, preséntate con tu pelotón ante tu oficial. ¡Ahora, soldado!

El joven se sintió más impresionado por su superior que por el terremoto. Además, la tierra había dejado de moverse.

—¡Sí, centurión! —contestó antes de marcharse a toda prisa.

Gallo se dirigió hacia el *pretorium* del cuestor. Ante la tienda de Varro había un pequeño montículo hecho de tierra apilada que servía de estrado para la parada matutina, Gallo confió en que sus hombres tuvieran la suficiente presencia de ánimo para recordar el entrenamiento recibido y que en una emergencia como aquella debían agruparse ante aquel estrado. Cuando llegó, vio que el tribuno Marco Marcio se le había adelantado.

—¡Soldados! —gritó con calma—. ¡No hay motivo para el pánico! ¡Solo ha sido un temblor de tierra! ¡A formar por escuadras! ¡A formar por escuadras!

Los hombres empezaron a agruparse ante él, la mayoría vestidos solo con sus túnicas y muy agitados.

—¡Los dioses del inframundo no están contentos con nosotros! —exclamó uno de ellos.

—¡Plutón nos castiga! —dijo otro.

—¿Por qué iba a castigarte Plutón, soldado? —preguntó Marcio.

—¡Por dirigirnos a Jerusalén, tribuno! —llegó la respuesta.

—¡Este lugar está manchado con sangre de soldados romanos! —gritó otro.

—¿Acaso no puede ser sencillamente que los dioses nos estén recordando lo poderosos que son?

—¿Y cómo puede ser eso, tribuno?

—Pensadlo. No hace mucho que los judíos celebraron su festival de Pascua por estas fechas en Jerusalén, donde su templo se llenó de gente venida de todas partes para rendir pleitesía a su único dios. Sin embargo, ahora ya no queda templo. ¿Y por qué? ¡Porque los soldados romanos lo arrasaron hasta no dejar piedra sobre piedra!

—¡Tiene razón! —dijo una voz—. ¡Las legiones destruyeron Jerusalén!

—¿Dónde celebrarán ahora la Pascua? —dijo otro en tono burlón sumándose al repentino cambio de humor.

—¡En el Hades! —contestó alguien despertando un coro de risas.

—Entonces, ¿los dioses no nos advierten que no vayamos a Jerusalén? —preguntó una voz dubitativa.

—¡Lo único que nos recuerdan los dioses es que vosotros, soldados de Roma, habéis destruido ese templo pagano y cambiado la vida de los judíos para siempre! —contestó Marcio—. ¡Creedme, soldados! ¡Vosotros podéis marchar sobre Jerusalén sin miedo y sentir os orgullosos de ser legionarios de Roma, los mejores soldados que el mundo haya conocido! ¡Vosotros sois los amos del mundo!

Las palabras del tribuno arrancaron una cerrada ovación entre los legionarios.

—¡Ya habéis oído al tribuno, soldados! ¡A formar!

Sin hacer más comentarios, los hombres empezaron a ordenarse según sus pelotones y a formar en fila mientras de todo el campamento acudían a toda prisa sus

compañeros para imitarlos. Mientras Marcio arengaba a sus hombres, Varro salió de la tienda y junto con sus oficiales miró con una sonrisa de aprobación la forma en que el tribuno había manejado la situación. Marcio lo vio y le cedió el lugar en el estrado. Cuando el cuestor se disponía a subir, Callido aprovechó para susurrarle al oído:

—¿Puede ser que fuera Plutón en su carro a quien viste en tu sueño, señor? —le preguntó—. En mi opinión es muy posible que se tratara de un aviso de los acontecimientos de esta noche.

—Puede ser, Callido —repuso Varro. En realidad, la figura de su sueño no se parecía en nada a la imagen de Plutón con la que todos los romanos estaban familiarizados, y tampoco los caballos que tiraban del carro eran alados como los corceles de Plutón. En esos momentos, Varro había llegado a la conclusión de que sus sueños tenían vida propia y que no requerían de ninguna interpretación o adivinación en especial.

Subió al estrado.

—Al final de esta guardia quiero un informe completo y exacto de los daños y lesiones provocados por el temblor de tierra —anunció a sus tropas—. Ahora que estamos todos despiertos, seguiremos en pie y realizaremos las reparaciones necesarias. Quiero que podamos ponernos en marcha al amanecer. Entretanto, si se produce otro temblor, espero que os comportéis como los soldados que sois. Centurión Gallo, ¡que rompan filas!



Varro se asomó para contemplar la grieta que hendía diagonalmente la carretera. Para seguir avanzando hacia el este y llegar a Jerusalén, la columna debía franquear aquel vacío.

La expedición se había puesto nuevamente en marcha con las primeras luces del día, a pesar de los daños ocasionados por el terremoto: dos hombres habían resultado heridos al desplomarse una de las torres de vigilancia. Hasta que se recobraran, viajarían en los carros. El resto del personal se encontraba bien, incluidas Miriam y Gemara, tal como Varro se había apresurado a comprobar durante la noche.

En esos momentos, a diez minutos de marcha del campamento, la columna estaba detenida mientras el cuestor y sus oficiales examinaban la grieta que los temblores habían abierto en su ruta, en un punto donde el camino había sido excavado en la ladera de la montaña y donde la caída hasta el fondo era de más de cuarenta metros. Otras grietas surcaban el trayecto, pero aquella era la única que planteaba un problema. Tenía más de metro y medio en la zona más estrecha y tres en la más ancha. Un hombre a caballo podía saltarla, pero para los carros y los animales de carga, la situación era muy distinta.

—Tended un puente —ordenó Varro.

Los troncos que había en los carros y que se destinaban a levantar las empalizadas y las torres de los campamentos se vieron destinados a otro uso; al cabo de una hora un estrecho puente de madera unía las dos orillas del precipicio. La infantería cruzó sin problemas. Algunas mulas de carga se pusieron nerviosas y contagiaron a sus compañeras; se decidió que pasarían en último lugar y de una en una. Los carros fueron empujados por los legionarios mientras Varro y sus compañeros a caballo supervisaban la operación desde el lado de poniente de la falla.

Cuando la primera de las mulas fue obligada a cruzar con los ojos vendados se oyó un grito de alarma que provenía de detrás del cuestor. Varro se volvió y vio que los esclavos y los muleros corrían a mirar por el borde del precipicio.

—¡La esclava y la niña! —gritó alguien—. ¡La esclava y la niña han caído!

Con el corazón latiéndole apresuradamente, Varro desmontó a toda prisa y se abrió paso entre los que se agolpaban para mirar.

—Señor, estaba guiando la mula cuando el estúpido animal ha metido la pata en uno de los agujeros de la carretera antes de que yo pudiera impedirlo —se apresuró a explicar el mulero sirio, pálido—. La bestia ha perdido pie; he oído cómo la pata se le partía. Entonces ha caído llevándose a las dos mujeres con ella. ¡No he podido hacer nada, señor! ¡No ha sido mi culpa, lo juro por Baal!

Temiendo lo que iba a descubrir, Varro miró por encima del borde del precipicio. Entonces vio a Miriam y a Gemara. Habían caído sobre un saliente, unos cuatro metros por debajo. La mula que habían compartido no había tenido tanta suerte ya que había rebotado y caído hasta el lecho del barranco. Su inerte y roto cuerpo yacía en las rocas del fondo.

—¿Estáis heridas? —preguntó Varro a las dos mujeres. Mientras hablaba, Marcio apareció a su lado.

Miriam se había recobrado del susto y estaba de pie, quitándose el polvo de su sencillo vestido. El tocado y el velo habían desaparecido junto con la mula, y sus oscuros cabellos le caían sobre los hombros mientras negaba con la cabeza. Varro se sintió de nuevo cautivado por su belleza. Abrazando a Gemara, Miriam observaba aturdida los rostros que se asomaban en lo alto.

—¿Algún hueso roto? —preguntó Marcio, manifestando la misma preocupación que el cuestor.

De nuevo, Miriam meneó la cabeza como toda respuesta.

—Ninguna de las dos parecen estar heridas —comentó Varro—. Solo asustadas.

—Que se queden ahí abajo —dijo una voz tras él.

El cuestor la reconoció sin dificultad y se volvió para ver a Antíoco, entre otros jinetes a caballo tras los curiosos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Varro.

—Diles que pidan a su dios que las salve —repuso Antíoco.

El comentario provocó la chillona risotada de Venerio, que estaba junto a él.

—¡Baja del caballo, magistrado! —le ordenó Varro luchando para contener su ira



—. ¡Y tú también, Venerio! ¡Bajad los dos, así ayudaréis a rescatar a las dos mujeres!

La sonrisa de Venerio se esfumó y desmontó enseguida, pero Antíoco no se movió; permaneció en la silla traspasando al cuestor con la mirada. Varro se la devolvió.

—Yo no pondría mi vida en manos de ninguno de esos dos —gruñó Marcio—. Ya bajaré yo en busca de las dos mujeres.

—De acuerdo —le concedió Varro.

El tribuno llamó al centurión Gallo y le dio órdenes para que llevara varios metros de cuerda de los carros de equipaje. Cuando la soga llegó, Marcio se ató un extremo a la cintura y el otro a la silla del caballo de Gallo. Con el centurión sujetando al caballo, Marcio descendió por el precipicio. Gallo hizo retroceder al caballo lentamente, tranquilizándolo con caricias y murmurándole en voz baja, hasta que Marcio quedó depositado en el saliente. Una vez allí, se desató la cuerda de la cintura y la anudó en torno a la de Gemara. La niña fue izada hasta el camino y puesta a salvo.

Los soldados y los civiles reunidos al borde del barranco prorrumpieron en una ovación. Varro se dio cuenta de que había abandonado sus tareas y que observaban la operación de rescate así que ordenó a Crispo que se ocupara de reanudar el paso por el puente. A continuación ordenó que volvieran a lanzar la cuerda hasta el saliente, donde se hallaban Miriam y Marcio. Primero fue izada Miriam, y a continuación el tribuno. Varro mandó llamar a Diocles para que examinara a ambas mujeres. El médico desmontó y comprobó que, salvo por algunos arañazos y moretones, para los cuales sus ayudantes enseguida buscaron ungüentos siguiendo órdenes del cuestor, estaban bien.

Tras ordenar a los civiles que cruzaran por turnos el improvisado puente, Varro se dirigió al resto de jinetes que aguardaban.

—Ya te lo he dicho antes, Antíoco. ¡Baja del caballo!

El judío no dijo nada. Cansado de obedecer órdenes del cuestor y habiendo trabado una cordial relación con Venerio, sobrino del todopoderoso Muciano, Antíoco se había estado preparando para aquel enfrentamiento tal como Callido había advertido a su señor.

—¡Baja ahora mismo y entrega tu caballo a esta mujer! —ordenó Varro.

—¿Has perdido la cabeza? —replicó el judío—. Que suba a otro caballo o ponla en otra mula. El general Collega y Licinio Muciano...

—Ni Collega ni Muciano mandan aquí —contestó resueltamente Varro—. ¡Yo sí! Cede tu caballo, Antíoco.

—Te estás refiriendo a una vulgar esclava. ¿Has olvidado que yo soy magistrado?

—Bien, magistrado, ¡pues baja y cede tu montura!

Antíoco siguió sin obedecer.

—¡No te lo repetiré! —gritó el cuestor.

—Pienso escribir al general Collega en los términos más reprobatorios y a

Licinio...

—¡Baja! —tronó un profundo vozarrón, la voz de Colombo, el gigantesco guardián nómada de Antíoco. Su tarea había consistido en permanecer discretamente alerta; pero, en ese momento, a caballo tras el magistrado judío, se acercó—. ¡Ya has oído al cuestor! ¡Baja del caballo o yo mismo te tiraré de él!

Antíoco miró al exgladiador y comprendió que hablaba totalmente en serio. Furioso, el judío pasó una pierna por encima de la silla y se dejó caer al suelo. Colombo desmontó también y se hizo cargo de las riendas del animal.

Varro se volvió hacia Miriam.

—El caballo es tuyo.

—No quiero su caballo —replicó ella.

A Varro no le interesaba lo que ella quería o dejaba de querer.

—Colombo, ponla encima del caballo, y a la niña también —ordenó.

El nómada rodeó a Miriam con su gigantesco brazo. Mientras la levantaba, Pedio, el lictor, que se había hecho cargo de Gemara desde su rescate, se adelantó y lo ayudó a poner a la esclava en la silla. Luego, entre los dos levantaron a la pequeña Gemara y la colocaron detrás.

—¿Y ahora qué se supone que voy a montar? —se quejó Antíoco.

—Por tu insubordinación deberías caminar.

—¿Caminar? ¿Yo?

—Callido, trae una mula para el magistrado —ordenó Varro subiendo a su caballo. Hostilis, que esperaba, lo ayudó—. ¡Que todo el mundo vuelva al trabajo! ¡Ya hemos perdido bastante tiempo!

## EL TESTIMONIO DEL ESCRIBA DE EMAÚS

*Emaús, provincia romana de Judea.*

*Abril del año 71 d. C.*

El flácido griego, un tipo calvo y de aspecto aprensivo, entró en la tienda y se quedó de pie ante la mesa del cuestor, donde se hallaba este junto a tres de sus ayudantes. De unos sesenta años, era rechoncho y pálido y tenía un gran lunar del tamaño de una moneda de sestercio en la mejilla derecha. La expedición de Varro había acampado en las afueras de Emaús, que Tito había establecido como colonia para los soldados de la XV Legión Apollinaris, los veteranos de la revuelta judía que se habían jubilado una vez finalizado el asedio a Jerusalén.

—Tú no eres un veterano —dijo Varro mirando al hombre de arriba abajo.

Aquella mañana, el cuestor había pasado revista a un grupo de antiguos soldados y solicitado que se presentaran aquellos que tuvieran información sobre la muerte de Jesús de Nazaret, ocurrida cuarenta años atrás. El hombre que tenía delante en ese momento no parecía un legionario.

—No, señor, no lo soy —dijo el hombre como si se disculpara—. Me llamo Aristarco, liberto y escriba de profesión. —El griego hablaba rápidamente, a ráfagas, y sus ojos se movían hacia los dos secretarios, sentados con las tablillas de cera dispuestas.

—¿Vives en Emaús, Aristarco? —preguntó Varro.

—Sí, señor. Hace poco que me he instalado. Trabajo para los veteranos: escribo sus últimas voluntades y sus cartas; también certifico sus facturas. Anteriormente vivía en Cesarea.

—¿Y dices que tienes información para mí?

—En efecto, señor. Me he enterado de que buscas información. Sobre un judío, un tal Jesús de Nazaret; sobre su ejecución durante el gobierno de Poncio Pilato.

—¿Buscas una recompensa, amigo? —le preguntó Marcio, suspicaz.

Aristarco hizo un gesto de indiferencia.

—Ningún comerciante diría que no a unas monedas, señor. Sin embargo, si el cuestor hiciera saber a la comunidad de veteranos de la XV Legión que Aristarco, el escriba, le había sido útil... El refrendo del cuestor sería de un valor incalculable.

—Lo tendrás, y también dinero, si tu información resulta valiosa —le aseguró Varro, que sonaba impaciente. No podía imaginar qué tipo de información tenía aquel griego que pudiera serle de utilidad para su investigación—. ¿Qué relación has tenido con Jesús de Nazaret?, suponiendo que hayas tenido alguna.

—Hace cuarenta y un años, yo era esclavo y estaba al servicio de Poncio Pilato

cuando él era prefecto de Judea.

De repente, el cuestor y sus ayudantes fueron todo oídos.

—En el momento de la ejecución de Jesús de Nazaret —prosiguió el griego—, yo me encontraba en Jerusalén con Poncio Pilato.

Marcio miró a Varro, sonriendo.

—Bueno, en algún momento debíamos tener la suerte de cara, ¿no?

El cuestor reconoció de inmediato el potencial valor de aquel hombre.

—¿Cuál era tu responsabilidad en Jerusalén con Pilato en aquella época?

—Era secretario ayudante, señor. Pilato me llevó con él desde Roma. Diamedes era el secretario jefe; sin embargo, en el momento en que Pilato fue a Jerusalén por Pascua, cuando Jesús de Nazaret acabó crucificado, Diamedes estaba enfermo en Cesarea. Por lo tanto, yo me convertí en el secretario principal del prefecto durante aquella visita suya a Jerusalén.

—El secretario Diamedes se puso enfermo... —musitó Varro. Recordaba que Filipo había asegurado que una enfermedad lo había retenido en Cesarea, y por tanto le había impedido asistir a la Pascua en Jerusalén—. ¿Había algún tipo de epidemia en aquella época en Cesarea?

—Sí, señor. Una bastante fuerte. La gente moría. Ese tipo de epidemias son frecuentes en las tierras bajas tras el invierno. En las montañas hay más salud.

—Háblame de tu visita a Jerusalén en aquella Pascua.

Aristarco contó que, aquel año, había ido en un grupo formado por el prefecto, su mujer, la servidumbre y varias cohortes de la XII Legión. Pilato siempre enviaba refuerzos en sus visitas a la capital en Pascua. Acudían muchos peregrinos todos los años; a veces, calculaba, hasta un millón de ellos. Algunos llegaban de regiones tan distantes como Partia.

—¿Qué sabes de las circunstancias que rodearon la muerte de Jesús de Nazaret? —preguntó Varro mientras reparaba en que los dos secretarios tomaban nota del interrogatorio.

—Estuve presente en la sala de juicios, en Jerusalén, cuando Pilato escuchó los cargos realizados contra cuatro judíos acusados de sedición en los días previos a la Pascua.

Sin necesidad de que se lo pidieran, Aristarco prosiguió diciendo que en aquella época la sala de juicios romana de la ciudad se hallaba ubicada en la fortaleza Antonia, al lado del Templo, y que era conocida como «el enlosado» por los judíos de la zona. Ellos tenían su propia sala de tribunales en el interior del complejo del Templo, donde se juzgaban los casos relacionados con la ley judía.

—Has dicho que ante Pilato comparecieron cuatro rebeldes.

—Así es, señor.

El escriba declaró que los cuatro habían sido acusados de sedición. Eran todos judíos originarios de Galilea. La caballería romana los capturó armados en Galilea, y fueron llevados a Jerusalén para que los juzgara el prefecto romano. El jueves los

encontraron culpables y fueron condenados a ser ejecutados el día siguiente.

—¿Qué me dices del cuarto prisionero?

Aristarco contó que a primera hora de la mañana del viernes, el cuarto prisionero fue llevado ante Pilato. Era judío, como los demás, pero no un vulgar forajido; se decía que era un hombre santo de Nazaret a quien el sumo sacerdote acusaba de blasfemia.

—La acusación se presentó dirigida a un tal Joshua bar José —añadió mirando a Pitágoras—. Joshua bar José —repitió para el secretario.

—Joshua bar José —repitió Pitágoras—. Ya lo tengo.

Aristarco continuó. Poco después del amanecer, relató, durante la hora primera los sacerdotes del Gran Sanedrín solicitaron una audiencia inmediata con el prefecto. Ello se debía a que el día sagrado empezaría con la puesta de sol y a que los sacerdotes deseaban ejecutarlo sin demora. Ya lo habían declarado culpable de transgredir la ley judía al haber realizado declaraciones blasfemas. Aristarco se enteró después de que el nazareno había amenazado con destruir el Templo y reconstruirlo en tres días.

—Menuda amenaza —comentó Marcio con una sonrisa.

—Menudo constructor —añadió Venerio.

—También se decía que el prisionero aseguraba ser descendiente de David, el antiguo rey de los judíos, según Aristarco, y que había sido enviado por su dios para reclamar como rey de los judíos la corona del rey David. Añadió que cuando los sacerdotes lo llevaron ante Pilato le solicitaron que sancionara la sentencia a muerte por lapidación a la que lo habían condenado.

—¿Y el prefecto rechazó la petición del Gran Sanedrín? —preguntó Varro.

Aristarco asintió. Los sacerdotes se quedaron muy decepcionados, explicó. Pilato no aceptó ninguno de sus argumentos, interrogó personalmente a los testigos del Sanedrín y descubrió que se contradecían entre sí. En consecuencia, Pilato desestimó las acusaciones contra Jesús para disgusto de los sacerdotes.

—¿Y no se presentaron otros cargos, como el de haber portado armas? —preguntó Varro.

Aristarco dijo que así había sido, y que como prueba se habían aportado un par de espadas. Sin embargo, añadió que antes de que tal cosa ocurriese, y tras el interrogatorio del prisionero en la sala de juicios, Pilato envió a Jesús ante Herodes Antipas, entonces tetrarca de Galilea. Antipas se hallaba en su palacio de Jerusalén para la Pascua, situado a un tiro de piedra de la fortaleza Antonia. Aquello se hizo en parte por cortesía hacia él y en parte por culpa del sueño que el prefecto había tenido la noche anterior.

—¿Un sueño? —preguntó Varro, que lo sabía todo acerca de los sueños.

Aristarco reveló que la esposa del prefecto daba mucho crédito al poder predictivo de los sueños, y que Pilato siempre se esforzaba en satisfacer los deseos de su mujer. El escriba aseguró entonces que Pilato le había confiado, mientras salía del

palacio de Herodes para asistir a la audiencia en la sala de juicios, que su joven esposa había insistido en que no condenara a Jesús. Su sueño le había advertido que no se debía hacer daño a cierto hombre santo de Nazaret. En esos momentos, Antipas ya había interrogado al nazareno y se lo devolvió al prefecto con un mensaje donde le decía que no lo había encontrado culpable de ningún delito. Los sacerdotes se pusieron furiosos al conocer la noticia y, poco después, el capitán de la Guardia del Templo se presentó con dos espadas y varios testimonios que aseguraban que uno de los cómplices de Jesús había herido a un miembro de la patrulla enviada a detenerlo. El testigo llevaba un gran vendaje y aseguraba que le habían cortado una oreja de un tajo. El testimonio del capitán de que al prisionero se le habían encontrado dos espadas fue confirmado por sus oficiales.

—¿Y qué dijo el nazareno en su defensa? —inquirió Varro.

—Nada. Apenas pronunció unas pocas palabras y no presentó testimonio alguno que contradijera lo dicho por los sacerdotes, el herido o los oficiales de la guardia. Pilato no tuvo más opción que declarar al detenido culpable de un delito de sedición, aunque no me pareció que estuviera satisfecho. Seguramente la más que probable reacción de su esposa pesaba en su ánimo.

No obstante, añadió el escriba, las pruebas estaban claras y ni el acusado ni nadie había podido ofrecer un testimonio contrario. Pilato no tuvo otro remedio que condenarlo, lo cual disgustó a su esposa, según supo Aristarco posteriormente. Sin embargo, había que cumplir la ley, y Pilato condenó al nazareno a que muriera crucificado aquel mismo día junto con los otros sentenciados.

—Yo mismo redacté el certificado de ejecución y se lo llevé al prefecto para que le pusiera su sello.

Varro, sorprendido, pidió aclaración.

—¿Estás diciendo que tú personalmente escribiste el certificado de la ejecución de Jesús de Nazaret?

—Eso hice, cuestor. —El griego no parecía conceder importancia al hecho.

Varro pidió a Artímedes que buscara el certificado que había hallado en los archivos de Cesarea y se lo mostrase al escriba.

—¿Es este el certificado que escribiste?

—Ese sello, la cabeza del león, es el de Pilato, señor —dijo Aristarco nada más verlo, señalando el sello de lacre en la esquina inferior derecha del rollo de pergamino—. Déjame ver el documento. Sí, es el certificado que escribí —dijo tras estudiarlo unos momentos—. Mi letra ha cambiado un poco desde entonces, pero no hay duda de que ha salido de mi pluma. La firma de abajo es la de Longino, que era el centurión a cargo de la ejecución —añadió devolviendo el documento a Artímedes.

Siguiendo las instrucciones de Varro, el escriba explicó que el condenado había sido llevado a la fortaleza Antonia, desnudado y atado al poste de flagelar. La guardia fue llamada para que presenciara el castigo, y ante los soldados, el condenado recibió treinta y nueve fuertes golpes administrados con varas de madera, tal como marcaba

la ley. Tras presenciar la aplicación del castigo, Aristarco regresó al palacio de Herodes. Suponía que el prisionero habría sido encadenado a un hombre de la escolta, tal como era habitual, y a la hora segunda lo sacaron de la ciudad para ejecutarlo junto con los otros dos condenados.

Varro frunció el entrecejo.

—¿Has dicho «otros dos condenados»? Antes has declarado que los sentenciados a muerte habían sido tres. Acláralo.

Aristarco explicó que los tres condenados fueron preparados para la ejecución, que los tres recibieron el flagelo y que estaban a punto de bajar los sesenta peldaños de la fortaleza Antonia que llevaban a la calle cuando llegó el perdón para uno de ellos.

—Lo sé porque fui yo quien entregó el documento de perdón al centurión Longino.

—¿Quién fue el perdonado?

—Un hombre llamado Joshua bar Abbas, si no recuerdo mal; el líder de una banda de rebeldes a la que pertenecían los otros dos, la banda de los sicarios.

Al ser preguntado por qué el tal bar Abbas había sido indultado, Aristarco respondió que se debía a un acuerdo al que el prefecto había llegado con el Gran Sanedrín. Avanzada la hora primera, contó, Pilato lo había hecho llamar y le ordenó que redactara un indulto para Joshua bar Abbas, indulto que él firmaría de inmediato. El escriba añadió que había tomado la precaución de confirmar que el perdón iba dirigido a Joshua bar Abbas y no a Josué bar José; luego, redactó el indulto. Una vez añadido su sello, el prefecto envió a Aristarco para que se presentase ante el comandante de la guarnición con el perdón. En consecuencia, el prisionero Joshua bar Abbas fue puesto en manos del Gran Sanedrín, mientras que los otros tres emprendieron el camino a la crucifixión.

—¿Presenciaste la ejecución?

—No, señor.

Varro quedó pensativo unos instantes.

—¿Sabes que los seguidores del nazareno aseguran que resucitó de entre los muertos después de haber sido crucificado?

—He oído decir algo de eso un par de veces.

—¿Y qué opinas de tal aseveración?

—Que es una tontería, señor. —El tono del griego denotaba certeza.

—¿El cuerpo del nazareno fue entregado a la familia para que lo enterrara?

—Sí, fue entregado a los judíos.

—¿Cómo puedes estar seguro de que estaba muerto en ese momento? —intervino Marcio.

Aristarco respondió que no tenía la menor duda al respecto y siguió contando que había estado toda la tarde con el prefecto en los baños del palacio de Herodes, en la parte oeste de la urbe. Aquel palacio era donde el prefecto y los que llegaban con él a

Jerusalén se quedaban mientras estaban de visita en la ciudad. Después de comer, Pilato hizo ejercicio entrenándose en el lanzamiento de jabalina desde los muros de palacio, tras lo cual tomó un baño. Aristarco lo acompañó para que el prefecto le dictara mientras le hacían un masaje. Mientras estaban en la casa de baños se presentó un miembro del Gran Sanedrín. Pilato mantenía una buena relación con aquel hombre, un fariseo llamado José de Arimatea originario de un pueblo situado a unos treinta kilómetros de Emaús. José de Arimatea deseaba el permiso del prefecto para bajar de la cruz el cuerpo de Jesús de Nazaret y recordó a Pilato que los judíos no podían contaminar su Sabbat con los muertos. José aseguró a Pilato que el condenado en cuestión, Jesús, ya estaba muerto, y le pidió permiso para bajarlo de la cruz sin dilación.

—¿Cómo reaccionó Pilato ante aquella petición?

—Se sorprendió, señor. Se sorprendió mucho. Como bien sabrás, un hombre en la cruz tarda varios días en morir. Por ese motivo se crucifica y no por otro. Que alguien muera en cuestión de horas no es normal, aparte de poco deseable.

—¿Y no sospechaste que quizá el nazareno no estuviera muerto?

—Al igual que el prefecto, me sorprendió la petición de José de Arimatea. Pilato mandó llamar a Longino, el centurión que estaba a cargo de las ejecuciones aquel día.

Aristarco contó que Longino no tardó en comparecer porque el palacio se hallaba a poca distancia del lugar de la ejecución. Según hizo notar, en esa época era posible ver a los condenados en sus cruces desde algunos balcones del palacio. Pilato preguntó al centurión si el prisionero Jesús estaba realmente muerto, y Longino le contestó que sí, y nadie duda de la palabra de un centurión.

—Desde luego que no —terció Marcio.

—Aclaremos las cosas —pidió Varro—. ¿Dices que Pilato aceptó que el nazareno había muerto?

Aristarco asintió. Explicó que el centurión Longino informó entonces al prefecto de que los otros dos condenados seguían con vida y que para acelerar sus muertes pedía permiso para romperles las piernas. Eso impedía que los crucificados se sostuvieran en la cruz y aceleraba su muerte por asfixia. Pilato le dio permiso para que les partieran las piernas y bajaran los tres cuerpos de sus respectivas cruces.

—¿Sin que hubiera un médico presente? —preguntó Varro—. ¿Nadie con conocimientos de medicina certificó la muerte de los prisioneros?

Aristarco repuso que ningún médico estuvo presente en las ejecuciones, y recordó a sus interrogadores que la situación no era normal porque los cuerpos de los ajusticiados solían dejarse en la cruz para que se pudrieran. Si la crucifixión de Jesús hubiera tenido lugar en cualquier otro momento, su cuerpo habría quedado expuesto al público como mínimo durante una semana. Según el escriba, si el cuerpo fue bajado de la cruz con tanta rapidez se debió solamente a que la ejecución se había realizado la víspera de la Pascua.

Varro asintió. De sus lecturas de la carta de Lucio y los documentos de Marcos y



Matías se desprendía que era probable que Jesús hubiera llegado a Jerusalén en la semana de Pascua con la clara intención de ser crucificado concretamente el día antes del Sabbat. Así estaría seguro de que su cuerpo sería bajado de la cruz al cabo de seis o siete horas.

—Concretemos esto para estar seguros, Aristarco —dijo el cuestor fijando la mirada en el testigo—. Por lo que a ti concierne, no hay ninguna duda de que, para el prefecto, Jesús estaba muerto cuando lo bajaron de la cruz, ¿verdad?

—Ninguna, señor. Longino informó a Pilato de que, para asegurarse de que Jesús había muerto, lo había atravesado con una lanza. Aquello convenció al prefecto, que dio permiso para que bajaran el cuerpo, cosa que ocurrió entre las horas novena y décima.

—Así, dos o tres horas antes de la puesta de sol, el cuerpo de Jesús fue entregado a su familia dándole tiempo para que pudieran disponer de él antes del final del día, ¿no?

El testigo respondió que las personas que se hicieron cargo del cuerpo no fueron los familiares del nazareno. José de Arimatea dijo a Pilato que iba a ceder su propio sepulcro para el entierro del prisionero, una tumba nueva cercana al lugar de la ejecución, en un jardín situado en la zona noroeste de la ciudad.

—¿Los judíos no incineran a sus muertos, como hacemos nosotros? —preguntó Varro.

—Tengo entendido, señor, que los judíos incineraban los cadáveres de los pobres en las afueras de Jerusalén en una pira comunal, una gran hoguera que ardía permanentemente. Solo eran enterrados los que podían permitirse un sepulcro familiar.

Varro empezaba a albergar sospechas. En su mente resonaban las palabras del rey Agripa.

—El cuerpo fue entregado a José de Arimatea —dijo—. Y entonces, ¿qué pasó?

Aristarco contestó que no podía dar un testimonio preciso de lo ocurrido después de que el prefecto diera permiso a José de Arimatea para disponer del cuerpo. Nadie parecía saber exactamente qué había ocurrido a continuación, y él no era experto en los rituales funerarios de los judíos.

Aquel comentario hizo que Varro ordenara a Callido que fuera a buscar al experto en tradiciones judías de la expedición: Antíoco. A pesar de lo mucho que el sujeto le desagradaba, sus conocimientos podían ser de utilidad. Cuando Antíoco llegó poco después, Varro le indicó que se sentara en uno de los divanes y le ordenó que escuchara atentamente la declaración del testigo. Entretanto, el cuestor había proporcionado un taburete a Aristarco, y el griego, aliviado, había tomado asiento. Semejante concesión hizo que se sintiera más cómodo. Cuando un malhumorado Antíoco se hubo acomodado, Varro reanudó el interrogatorio.

—Escriba, sabemos que dos días después de su ejecución el cuerpo del nazareno desapareció de la tumba. ¿Cuál fue la reacción del prefecto Pilato ante aquello?

Aristarco declaró que Pilato se preocupó mucho, especialmente porque la facción saducea del Gran Sanedrín montó un gran escándalo con la noticia. Habían pedido a Pilato que los soldados de la guarnición romana montaran guardia en la tumba contra los ladrones de cadáveres, pero el prefecto les contestó que utilizaran la Guardia del Templo para esa tarea. También se supo que alguien había sobornado a los centinelas para que dijeran que se habían dormido y que había sido entonces cuando el cuerpo había sido robado. Los saduceos del Sanedrín acusaron entonces a su colega José de Arimatea de formar parte de una conspiración para hacer desaparecer el cuerpo, de modo que lo ataron con cadenas y lo encerraron en las mazmorras del Templo. Lo soltaron al día siguiente, cuando uno de los fariseos se presentó ante Pilato para protestar.

—¿Puedo hacer un comentario, cuestor? —preguntó Antíoco.

Varro miró al magistrado judío.

—Solo si es pertinente —concedió.

—Se me ocurre —empezó a decir Antíoco— que quizá los fariseos del Gran Sanedrín, conducidos por José de Arimatea, podían haber planeado arrebatarse el control a los saduceos declarando que el nazareno era el Mesías y demostrando que sus creencias eran superiores. Sin embargo, su plan fracasó porque los saduceos siguieron controlando el Gran Sanedrín hasta el comienzo de la revuelta.

Marcio intervino.

—El plan falló porque los fariseos fueron incapaces de presentar al nazareno vivo y coleando tras su ejecución.

—¿Cómo iban a hacerlo? —preguntó el joven Venerio con una risotada—. Si hubiera seguido con vida, nosotros habríamos arrestado y clavado en la cruz nuevamente al tal Jesús, y de paso también habríamos crucificado a los fariseos por haber ayudado a escapar a un criminal.

—¿José de Arimatea actuaba por su cuenta o existía una conspiración de mayor alcance? —preguntó Varro.

—¿Puedo intervenir, cuestor? —pidió Pitágoras—. Es en relación con los documentos relativos al tal José de Arimatea. —Varro hizo un gesto de asentimiento, y el secretario prosiguió—: Para refrescar la memoria de todos, el documento de Marcos identifica a José de Arimatea como fariseo y miembro del Gran Sanedrín; alguien que esperaba la llegada del Mesías. La carta de Lucio va un poco más lejos y declara que José de Arimatea no votó a favor de la ejecución de Jesús cuando el Gran Sanedrín lo acusó de blasfemia. El documento de Matías describe a Arimatea como un hombre acaudalado y al mismo tiempo miembro de los discípulos del nazareno.

—¿Era uno de los setenta? —preguntó Varro enarcando las cejas—. Si lo era, tenía que serlo en secreto. Los sacerdotes del Sanedrín no habrían tolerado en su seno a uno de los seguidores de Jesús.

—El documento no dice más —observó Pitágoras—. Al margen de si Arimatea actuaba por su cuenta o encabezaba un grupo de conspiradores fariseos, lo cierto es

que gozaba de una posición privilegiada para urdir una trama secreta. Tenía un pie en los tres campos. Como seguidor del nazareno, era el espía de Jesús en el Sanedrín; tenía el favor del prefecto romano y, como hombre rico que era, podía permitirse entregar cuantiosas sumas para sobornar a terceros.

—Señor —añadió Aristarco—, debo mencionar que circularon bastantes rumores que aseguraban que José de Arimatea había sobornado al centurión Longino.

Tanto el cuestor como Marcio se enderezaron.

—¿Que lo sobornó para que hiciera qué? —quiso saber Varro.

—Cuidado con lo que dices, escriba —le advirtió Marcio—. Pisas terreno peligroso cuando pones en duda el buen nombre de un centurión.

—Sí, señor, lo sé —repuso cautamente Aristarco—. Principalmente había dos rumores: uno decía que Longino había aceptado dinero de José de Arimatea para entregarle el cuerpo. El segundo rumor apuntaba a que Longino había aceptado dinero a cambio de que pareciera que Jesús de Nazaret había muerto en la cruz sin haber sufrido realmente la ejecución.

Aquella revelación fue recibida con un momentáneo silencio de perplejidad.

Marcio fue el primero en hablar y lo hizo con visible enfado.

—¡No estoy dispuesto a admitirlo! Que Longino aceptara dinero a cambio de entregar el cuerpo, lo acepto porque no es raro, pero lo otro, un acto criminal de esa importancia, me parece muy difícil, sino imposible, de aceptar.

—Un hombre que puede ser sobornado en una ocasión —terció Crispo—, puede serlo en todas.

Marcio se volvió con expresión colérica.

—¿Crees que Longino se jugó el cuello a cambio de dinero para montar una ejecución fingida? ¿Acaso pudo haber sido tan necio?

—El centurión debía de ser arrogante —intervino Venerio—. Todos los centuriones lo son. En cuanto a este, lo tenía fácil: le bastaba con echar la culpa a los judíos. ¿A quién iban a creer, a un centurión romano o a un judío?

Marcio, Crispo y Venerio empezaron a discutir entre ellos.

Viendo que amenazaba la anarquía, Varro batió palmas para llamar al orden. Sus subordinados guardaron silencio al fin.

—Esto no es un aula de retórica —los reprendió—. Estoy interrogando a un testigo. Además, por el momento solo tenemos rumores sin confirmar. —Se volvió para concentrarse en Aristarco—. ¿Hubo alguna prueba que demostrara la existencia de dicha conspiración?

El escriba negó con la cabeza.

—El rumor de una crucifixión amañada no circuló hasta más tarde de aquel año, después de que el propio Longino fuera ejecutado por deserción.

—¿Lo ves? —bufó Venerio mirando a Marcio—. ¿Tu cumplidor centurión podía desertar pero no involucrarse en una conspiración? ¡Bah!

—¡Controla tu lengua, Venerio! —lo amonestó Varro—. Prosigue, Aristarco.

—El rumor decía que José de Arimatea y Longino habían sido cómplices y que Jesús de Nazaret no estaba muerto cuando lo llevaron al sepulcro.

—Tuvo que haber muchos testigos de la crucifixión, y entre ellos los saduceos del Gran Sanedrín. No hay duda de que deseaban ver muerto al nazareno ya que constituía una amenaza a su poder. La menor señal de juego sucio sin duda habría llamado su atención, Aristarco.

—¿Puedo hacer una pregunta al testigo, cuestor? —preguntó Marcio—. Aristarco, por lo que sabemos, tus coloristas historias acerca de esos rumores puede que no sean más que simples invenciones. ¿Hay alguien que pueda respaldar lo que dices?

El escriba lo pensó un momento antes de responder.

—En Jerusalén había un boticario judío. Según un rumor que oí de distintas fuentes, José de Arimatea pagó a ese boticario para que proporcionara a Longino una pócima soporífera que a su vez el centurión debía administrar al nazareno en la cruz. Dicha pócima se suponía que daba un aspecto como de muerto a quien la tomara. El boticario podría confirmarlo personalmente.

—¿Por qué no nos lo has contado antes? —preguntó Varro.

—Me disponía a hacerlo, señor, pero fui interrumpido —repuso Aristarco mirando a Marcio, Crispo y Venerio.

Con el asunto de la pócima sobre la mesa, Varro lamentó no haber llamado a Diocles para que estuviera presente en el interrogatorio. Sopesó hacer una pausa momentánea en la sesión para hacer que se presentara el doctor, pero prefirió prescindir de él antes que interrumpir el flujo de información.

—¿Sabes que sustancia supuestamente empleó?

Aristarco contestó que lo único que sabía era que la pócima en cuestión tenía la capacidad de inducir un sueño profundo y reducir los latidos del corazón, de modo que la persona que la tomaba adquiría la apariencia de estar muerto. Añadió que la pócima se había disuelto en vinagre para disimular su sabor, y que de esa forma le fue administrada a Jesús en el momento de la crucifixión.

—Danos el nombre de ese boticario —exigió Marcio, irritado.

—Se llamaba Matías —contestó el escriba—, Matías ben Naum.

Varro se irguió de repente.

—¿Qué nombre has dicho?

—Matías ben Naum —repitió el griego.

El cuestor miró a su secretario, y este asintió. También él había reconocido el nombre: el mismo que su señor había asegurado haber oído en sueños.

—¿Naum?

—Sí, significa «Matías hijo de Naum» —aclaró el testigo con aire perplejo.

Ajeno al discurrir de Varro e irritado con el escriba por haber implicado el buen nombre de un centurión en un delito, el tribuno clavó su mirada en Aristarco.

—Mi opinión es que el escriba ha inventado toda esta historia, cuestor —dijo en

tono acusador—, si no para cobrar una recompensa, sí para congraciarse con nosotros. ¿O acaso hay otra razón? ¿No estarás intentando manchar la reputación de Poncio Pilato? ¿Es ese tu juego, griego? ¿Llevas años guardando rencor hacia tu antiguo amo y has hallado en la visita del cuestor la oportunidad de dejar en ridículo al prefecto? ¿Qué mejor manera de conseguirlo que dando la impresión de que Pilato se dejó engañar por los judíos!

Aristarco parecía consternado.

—Eso no es cierto, señor. ¡Lo juro!

—Conoces la pena por levantar falso testimonio ante un magistrado, ¿verdad? —dijo Marcio en tono amenazador—. ¡Es un delito capital, escriba!

—Todo lo que he dicho aquí, de la primera a la última palabra, es la verdad —protestó el griego—. No albergo el menor resentimiento hacia el prefecto Pilato. Nada podría haber más lejos de la verdad. Bien al contrario, tengo todas las razones del mundo para estarle eternamente agradecido porque, antes de que partiera para Roma, me libró de las cadenas de la esclavitud. Debo agradecer mi libertad a mi señor Pilato. Sin duda no hay mayor regalo que ese ni razones más poderosas para la gratitud.

Marcio vio negadas sus acusaciones y volvió a sentarse con los brazos cruzados.

—Háblame de ese boticario, Naum —preguntó Varro una vez su lugarteniente había lanzado sus acusaciones sin que ninguna de ella hubiera dado en el blanco—. ¿Cabe la posibilidad de que siga con vida?

Con un encogimiento de hombros, Aristarco contestó que era posible. No se podía descartar que Naum hubiera sobrevivido a la revuelta y figurase entre los prisioneros en manos del general Basso. De hecho, añadió, le constaba que, antes del estallido de la revuelta, Matías ben Naum seguía ejerciendo su profesión en Jerusalén. Lo había visto en su botica situada en las calles de la ciudad alta, ya viejo, pero aparentemente con buena salud.

—¿Lo reconocerías si lo vieras?

—Sí, señor. Estoy seguro de que sí.

Varro asintió lentamente.

—Has sido de gran ayuda, escriba. Tendrás tu nota de confirmación del cuestor y también una recompensa en metálico. Uno de mis secretarios redactará el documento acreditativo correspondiente para que lo exhibas en tu trabajo. ¿Es eso lo que querías?

Aristarco estaba radiante.

—Desde luego que sí, señor. Muchas gracias.

—Naturalmente, está la cuestión de tus credenciales —añadió Varro—. Antes de que pueda hacer efectiva tu recompensa, voy a necesitar que me confirmes tu identidad.

—Tengo mi certificado de manumisión, señor. Está firmado por Poncio Pilato.

El escriba metió la mano en la bolsa de cuero que llevaba al cinto y donde, al

igual que todos los miembros de su profesión, llevaba una tablilla de cera y un punzón.

—Sí, puedes enseñarnos eso si quieres —contestó Varro—, pero ¿tienes algún documento que demuestre que realmente eras secretario ayudante del prefecto en Jerusalén?

—Bueno, no. Esa información debería estar disponible en los archivos de Cesarea.

—Muy bien. Uno de mis secretarios volverá a Cesarea para confirmar lo que dices. —Varro miró a Artímedes, que asintió para confirmar que lo había entendido.

—Muy bien, señor —dijo Aristarco con una sonrisa—, el secretario no tendrá problemas para encontrar el registro correspondiente.

—Entretanto, serás confiado a la custodia del centurión Gallo.

La sonrisa desapareció del rostro del escriba.

—¿Debo considerarme prisionero?

—En absoluto —repuso Varro—. Serás mi huésped, Aristarco.

—¿Y puedo conservar mi dinero? —preguntó llevándose la mano a la bolsa del cinturón.

—Naturalmente. Solo los prisioneros se ven privados de sus posesiones. Te pediré que permanezcas con nosotros el tiempo que sea necesario para asegurarnos de que Naum se encuentra entre los prisioneros del general Basso —aclaró Varro—. Dijiste que serías capaz de reconocer a ese Naum si lo ves otra vez.

De repente, Aristarco pareció no encontrarse bien.

—Sí, señor —dijo a su pesar.

—Así podrás identificarlo entre los prisioneros de Basso. Marchamos tras los pasos de la X Legión.

—Con transporte, alojamiento y comida gratis en el trayecto —intervino Marcio guiñando un ojo a Varro—. Todo ello cortesía del cuestor.

Mientras Callido se llevaba al escriba fuera de la tienda, Varro y sus colaboradores se pusieron en pie.

—Otro perro vagabundo que se une al cortejo —se burló Venerio—. Ahora ya solo nos falta un encantador de serpientes.

—Es un perro mentiroso —dijo Marcio estirándose—. Acuérdate de mis palabras, cuestor. Es posible que fuera el secretario de Pilato, pero las historias de ese escriba son pura invención.

## LA ESCENA DEL CRIMEN

*Jerusalén, provincia de Judea.*

*Mayo del año 71 d. C.*

Vista desde el Monte de los Olivos, la escena era de gran serenidad. Poco había que indicara que allí se había extendido, al pie de la montaña, una famosa ciudad con miles de años de antigüedad a sus espaldas. Todavía podía apreciarse el gigantesco Monte del Templo, la rectangular y plana elevación, obra de la mano del hombre, rodeada por muros de enormes y blancas piedras de Judea. Del llamado Segundo Templo, un vasto complejo de edificios levantados por Herodes el Grande sobre las viejas construcciones erigidas por el rey Salomón, no quedaba el menor rastro. En un alto situado al oeste se hallaba la fortaleza construida por la X Legión sobre las ruinas del palacio de Herodes alrededor de las tres antiguas torres que Tito había decidido dejar en pie. Aquella fortaleza legionaria aportaba el único indicio de vida. En las murallas y ante los puestos de vigilancia se veían fuerzas de infantería móvil. Sus estandartes de tela ondeaban al viento en lo alto de la torre más alta. Entre la fortaleza y el Monte del Templo se extendía un valle de arena, roca y polvo donde asomaban los insignificantes restos de lo que en su día habían sido magníficos edificios. Tito y sus legiones habían devastado Jerusalén durante los cinco meses que había durado el asedio. Tras él, Rufo, el primo de Varro, había acabado el trabajo ganándose de paso el apodo de «Turno».

—Un millón de judíos murieron aquí el año pasado, cuestor —dijo el decurión Alieno mientras contemplaban el paisaje desde la ladera del monte—, y también cientos de soldados romanos.

A diferencia de Alieno, cuyos recuerdos estaban llenos de los rostros de los camaradas pericidos ante la ciudad, la mente de Varro se hallaba concentrada en la investigación.

—De modo que estuviste acuartelado aquí, en el Monte de los Olivos durante el asedio.

—Sí, cuestor. Los hombres de la X Legión tenían su campamento aquí arriba. Mis jinetes libios y yo acampamos con ellos. Un poco más abajo —Alieno señaló el lugar—, Tito tenía establecido su campamento principal con las legiones V, XII y XV.

—De modo que en este momento nos hallamos en el lugar donde se supone que había molinos de aceite, el llamado «huerto de Getsemaní».

Alieno barrió de izquierda a derecha con la mirada. Apiñados tras ellos se encontraban los oficiales y funcionarios del cuestor, charlando entre sí.

—No estoy seguro, señor. Cuando llegamos por primera vez a este lugar, la

pasada primavera, la ladera del monte estaba llena de olivos y los talamos todos. También había molinos de aceite. El que había aquí miraba directamente al Templo y se hallaba a la distancia de un paseo de la ciudad. Si tengo que atreverme a dar mi opinión, yo diría que sí, que esto era Getsemaní.

Varro asintió.

—Entonces, con toda probabilidad, es aquí donde el nazareno fue arrestado en las primeras horas del viernes antes de Pascua, hace cuarenta y un años. Guíanos, decurión, recorreremos paso a paso las últimas horas de Jesús de Nazaret desde aquí.

Bajo un abrasador sol de mayo, el guía condujo al cuestor y a su grupo montaña abajo por la desnuda ladera de tierra rojiza y seca, los hizo cruzar el valle de Kedron y subir hacia la parte baja de la ciudad. Primero, se dirigieron al lugar donde había estado la casa de Anás, el sumo sacerdote. Su ubicación exacta la determinó Antíoco, que había visitado Jerusalén varias veces en su juventud, por Pascua, como peregrino y conocía bien el trazado de la urbe. De ruinas en ruinas, Antíoco guio al grupo hasta la esquina donde había estado la casa de Caifás. Desde allí, caminaron a lo largo del alto muro del Monte del Templo, pasaron la bloqueada escalinata y llegaron a la esquina noroeste, donde en su día se había levantado la fortaleza Antonia. Los restos de las enormes piedras daban una idea de la distribución de la rectangular fortaleza construida por Herodes el Grande. Según Antíoco, en un principio, esta había recibido el nombre de Baris, pero fue rebautizada por el propio Herodes en honor de su gran amigo Marco Antonio.

—Los legionarios de la cohorte acuartelada en la fortaleza fueron asesinados cuando los judíos iniciaron la revuelta sin previo aviso —comentó Alieno con disgusto—. Nuestros hombres no tuvieron la menor oportunidad. El pasado verano, Tito mandó que la derruyeran, piedra a piedra, antes de lanzar el ataque definitivo contra el Templo.

Varro mandó llamar a Aristarco, el antiguo secretario del prefecto Pilato a quien habían llevado a Jerusalén encadenado en el mismo carro que Filipo el Evangelista. Una vez liberado de sus grilletes, el escriba fue escoltado a presencia del cuestor, que le preguntó:

—¿Fue aquí donde trajeron al nazareno para que lo interrogara Poncio Pilato?

Aristarco asintió.

—Sí, señor. Aquí es donde se levantaba la fortaleza Antonia. Una escalinata conducía hasta una gran puerta de hierro. Me cuesta creer que no quede nada. Es sorprendente. La ciudad que en su momento conocí, la formidable fortaleza y el Templo, todo ha desaparecido.

—Una ciudad de locos —comentó agriamente Antíoco tras él.

El escriba señaló un montículo de tierra, a unos doscientos metros de distancia, y dijo que aquello había sido el palacio de Herodes Antipas. Cada una de las cuatro legiones que participaron en el asedio a Jerusalén construyó una enorme rampa de tierra contra los muros norte y oeste del Templo del Monte para el asalto final. Rufo



deshizo las rampas y distribuyó la tierra entre las ruinas. Aquel montículo, donde se había alzado el palacio piramidal y de techo plano de Antipas, era lo que quedaba de una de aquellas rampas.

—Más tarde, Agripa y su hermana Berenice compraron el palacio; vivían en él siempre que se encontraban en Jerusalén.

—Entonces —dijo Varro expresando en voz alta sus pensamientos—, el nazareno fue devuelto aquí, a la Antonia. Pilato firmó la sentencia que tú escribiste, y Jesús fue flagelado. Luego, los tres condenados fueron llevados fuera, hasta el pie de la escalinata donde ahora nos encontramos, camino de la ejecución. Llévanos al lugar donde fueron crucificados, Aristarco.

Tal como le habían ordenado, el escriba condujo a Varro y a sus compañeros al lugar de la ejecución. El camino los llevó por los gastados adoquines de una estrecha calle que cruzaba el desolado paisaje en dirección oeste. Al pasar, Alieno les señaló un lugar a la izquierda donde, según dijo, unas semanas después de terminado el asedio los hombres de la X Legión, desenterraron un enorme cofre lleno de tesoros judíos. Aparte de la fortaleza de piedra blanca donde ondeaban los estandartes romanos, y donde los miembros de la expedición se habían instalado nada más llegar el día anterior, lo único que indicaba la Puerta del Agua de la ciudad eran los restos de sus pilares.

—Los prisioneros y su escolta tuvieron que salir de la ciudad por este lugar —dijo Aristarco mientras el grupo pasaba por la abertura—. Allí, donde se levanta ahora la fortaleza, se encontraba el palacio de Herodes, donde pasé la parte central del día acompañando al prefecto Pilato. El lugar de la ejecución es esa elevación rocosa de allí. —Señaló a su derecha—. La llamaban *Calvaria*, o Gólgota en la lengua de los judíos.

—¿«La calavera»? —preguntó Varro—. Desde luego, lo parece.

El cuestor se puso en cabeza y abrió el camino por la carretera que ascendía hacia un alto y por donde iniciaría el trayecto cualquier viajero que se dirigiera a Siria o a Galilea. Solo tardaron unos pocos minutos en llegar a la base de la elevación rocosa.

—Por aquí había muchos árboles muertos —comentó Aristarco—. A los condenados se los obligaba a cargar con el travesaño de la cruz donde iban a morir. Luego, cuando llegaban aquí, clavaban el travesaño en el tronco y ataban al condenado a la cruz, que quedaba así formada.

Varro trepó por las rocas. En la cima vio los tocones de los árboles talados que sobresalían de la tierra árida y reseca. Durante el asedio a la ciudad, los legionarios habían talado incluso aquellos árboles muertos. Allí, en lo alto de aquellas piedras, cientos de hombres se habían encontrado con la muerte a lo largo de los años. Aun así, a Varro no le pareció un lugar siniestro; al menos no como el Templo o la Antonia, que le habían puesto los pelos de punta. El cuestor se volvió para contemplar el lugar donde había estado la ciudad. Esa debió de ser la última visión de este mundo del nazareno: los muros de Jerusalén, el Templo y el Monte de los Olivos

alzándose al fondo. Eso suponiendo que lo hubieran crucificado mirando a la ciudad. Varro pensó que quizá lo habían colocado hacia el otro lado, dando la espalda a la ciudad santa a propósito. En aquella roca había muerto el nazareno. ¿O quizá no?

El cuestor y su grupo pasaron una hora en la zona. En un radio de setecientos metros del lugar de la ejecución había cierto número de sepulcros judíos excavados en las terrazas de piedra. Muchos se habían dañado durante la revuelta; otros estaban destruidos. Uno de ellos era el de José de Arimatea, el sepulcro utilizado para enterrar a Jesús. A pesar de todo, no había forma de saber de cuál de ellos se trataba.



Varro había cenado con sus oficiales y los prefectos de las unidades estacionadas en Jerusalén. Ahora, a la luz de la luna, Marcio y él trepaban los peldaños de madera que llevaban a lo alto de la torre más elevada de la fortaleza. Llamada el *Hipicus* por los judíos, se decía que la torre era el doble de antigua que Roma. Los estandartes de las unidades que había en Jerusalén se desplegaban allí; entre ellos, el *vexillum* color rojo sangre de la IV Legión Escita del cuestor, y también el blanco de sus jinetes vetones.

—¿Sabías, Julio, que para apaciguar a la población judía, durante los años previos a la revuelta no se desplegó aquí ningún estandarte? —dijo Marcio en tono de desaprobación cuando llegaron a la almenada cima de la torre y contemplaron la desolación que se extendía a sus pies.

—Había oído decir —repuso Varro mirando el Monte del Templo que brillaba, plateado, a la luz de la luna—, que cuando Pilato llegó por primera vez a Jerusalén, al principio de su mandato, desplegó aquí sus estandartes. Los judíos se rebelaron y lo siguieron a miles hasta Cesarea. Se negaron a moverse si no cedía, cosa que al final hizo.

Marcio meneó la cabeza.

—No tendríamos que haber cedido con los años ante los judíos, tal como hicimos. De ese modo solo contribuimos a fomentar la revuelta. Les concedimos la exención del servicio militar y acuñaciones sin la efigie de emperador; les permitimos recaudar los impuestos del Templo entre su gente repartida por todo el Imperio y que los remitieran aquí. Y al fin, lo peor: les dejamos que impidieran que una legión desplegara sus banderas. Eso es ir demasiado lejos.

—Fue nuestro procurador quien metió la mano en sus tesoros —replicó Varro—. Eso fue lo que inició la revuelta, Marco. Si Cestio Gallus hubiera castigado al procurador Floro por su latrocinio y devuelto a los judíos el oro que este les había robado, no se habría producido levantamiento alguno.

—Si no hubiera sido por eso, habría sido por otra cosa. Los judíos habrían encontrado algún otro motivo para rebelarse. De todas maneras, la culpa fue nuestra.

Diversos emperadores les hicieron concesión tras concesión. Les dimos el gusto por ciertas libertades y, al final, no se contentaron con lo que tenían. ¡Menudo pueblo autodestructivo!

—Hace diez años no podían imaginar que acabaría de este modo. —Los ojos de Varro recorrieron el silencioso valle, que se había convertido en la tumba de la ciudad—. ¿Quién habría podido imaginarlo, de hecho?

Marcio contemplaba la luna.

—Hace diez años no habrías imaginado que tal día como hoy estarías en este lugar y en estas circunstancias —murmuró.

—Desde luego que no. ¿Hace diez años...? —Varro se detuvo para reflexionar—. Hace diez años yo tenía veinticuatro y mandaba la segunda ala de la caballería panonia, a orillas del Rin. Por aquel entonces, de lo que se hablaba era de la revuelta de los britanos el año anterior. Nerón era el emperador en aquellos años.

—¡Y a todos nos gustaba! —rio Marcio—. Nadie en esa época creía que hubiera asesinado a su madre y que estuviera perdiendo la cabeza.

—¿Y tú, Marco? ¿Dónde estabais tú y tus sueños hace diez años?

—En casa. Recién llegado, como oficial de segunda, de la XIV Gemina Martia Victrix en Britania.

—¿Cómo? ¿Serviste con el general Paulino durante la revuelta de la reina Boadicea? No lo sabía. —Varro estaba impresionado—. Esa victoria es legendaria.

Marcio asintió.

—La verdad es que nunca esperé sobrevivir. Nos superaban en una proporción de veinte a uno. Te aseguro que la última batalla la ganamos más gracias a Marte que a Minerva.

—Mi sirviente, Hostilis, fue hecho prisionero en Britania durante esa revuelta.

—¿Es britano? Está demasiado delgado para haber sido combatiente. Tras aquella rebelión hicimos un buen número de esclavos. Ya sabes que los britanos no creen en la esclavitud y que mataban a sus cautivos. ¡Son gente sin ningún sentido del comercio! Nunca llegarán a nada. —Caminó hasta el lado opuesto de la torre. En la distancia, hacia el sudeste, las aguas del mar Muerto rielaban en el horizonte—. Tras nuestra victoria llegué a la conclusión de que los dioses me habían elegido para llevar una vida de soldado; así, encontré mi futuro en los campos de batalla.

Varro se le unió.

—¿Y una carrera militar sigue siendo tu ambición?

—Un estandarte de general, victorias famosas, un consulado y después alguna expedición victoriosa a algún lugar exótico para ensanchar las fronteras del Imperio. En ese orden. Eso me mantendrá ocupado al menos durante los próximos diez años.

—Serás un gran general, Marco. Impones respeto. Mira cómo manejaste a los hombres durante el temblor de tierra, en el camino hacia Lydda. Yo nunca lo habría logrado. No sirvo para soldado y tampoco tengo deseos de serlo.

—Entonces, ¿qué te reserva el futuro, Julio? ¿Senador, pretor y cónsul?

—Ese es el plan —repuso Varro sin entusiasmo—. Mi madre cuenta conmigo. Soy el hombre de la familia y se espera todo de mí. Sin embargo, si tuviera oportunidad, lo que me gustaría sería escribir sobre la historia.

—¿Sobre historia? ¿De algún tema concreto?

—Los misterios de la historia siempre me han interesado. Por ejemplo, el misterio de la muerte de Germánico. Luego está el caso de su hija y su nieto, Nerón, y el asesinato de su madre, Agripina. Son ese tipo de misterios los que más me intrigan. Al fin y al cabo, Marco, nuestra facultad para hacernos preguntas es lo que nos diferencia de las bestias. Sin preguntas, los misterios quedarían eternamente sin resolver.

—A mí me gustan las cosas sencillas y claras.

Varro sonrió.

—Lo propio de un soldado.

—Cuando hayas desvelado la trama de la crucifixión de ese judío y entregado tu informe condenatorio a Collega, el asunto del nazareno quedará reducido a algo sencillo y claro, y el misterio estará resuelto.

—Puede ser. —Varro miró hacia el oscuro sur—. Quizá que la solución esté allí, con Basso. Tengo que encontrar a ese boticario, Ben Naum. Su testimonio sería crucial.

—Lo encontraremos, y entonces tendrás las pruebas que buscas. Acuérdate de mis palabras, Julio, amigo mío: dentro de diez años, nadie recordará al tal Jesús de Nazaret.

*Provincia romana de Judea.*

*Mayo del año 71 d. C.*

La aldea de la colina aparecía ennegrecida por el fuego y desierta. Los judíos la llamaban *Bet Lehem*, «La casa del pan», pero para los romanos era Belén.

El centurión Tito Gallo y sus ochenta soldados de la IV Escita se internaron entre las ruinas, buscando aquí y allá.

El cuestor Varro había decidido no esperar a que Artímedes se les uniera desde Cesarea con su informe sobre los antecedentes de Aristarco. Había optado por marchar siguiendo las huellas del general Basso y sus prisioneros judíos. El prefecto de caballería más veterano acuartelado en Jerusalén le había informado de que Basso tenía intención de hacerse con el control de Hebrón, situada a unos treinta kilómetros al sur de Jerusalén y, a continuación, dirigirse hacia el mar Muerto y tomar la fortaleza rebelde de Maqueronte. Una vez lo hubiera conseguido, remataría su campaña recuperando la fortaleza de Masada, hacia el sudoeste. Tras advertir al prefecto que ordenara a Artímedes que los siguiera una vez volviera de Cesarea, Varro había cubiertos los escasos kilómetros que separaban Jerusalén de Belén. Mientras sus soldados aseguraban las silenciosas ruinas, Varro caminó por las inclinadas y polvorientas calles de la aldea con su séquito siguiéndolo de cerca.

A un centenar de metros, un raquítico perro atravesó corriendo la calle, desapareció brevemente entre los cascotes de una casa derruida, salió por la parte de atrás y se alejó por la rocosa pendiente donde en otra época pastaban las cabras del pueblo. Uno de los soldados de Gallo le arrojó una jabalina, pero el can esquivó el proyectil, que se clavó en el duro suelo y se partió por detrás de la hoja, tal como estaba diseñado que hiciera.

El centurión Gallo reprendió con voz tonante al soldado por desperdiciar un arma.

—Pero, centurión, si no era más que un perro judío rebelde —protestó el joven soldado en su defensa provocando la risa de sus compañeros.

Según el documento de Matías, Jesús había nacido allí, en Belén. La aldea era asimismo el lugar de nacimiento de David, el rey de los israelitas, de quien los nazarenos afirmaban que descendía José, el padre de Jesús. De todas formas, no se habían aportado razones que apoyaran que el nazareno hubiera nacido allí, aunque no era infrecuente que una mujer embarazada se alejara de su hogar para dar a luz. La carta de Lucio también situaba en Belén el lugar de nacimiento de Jesús, y añadía que José llegó a la aldea con su mujer embarazada, Miriam, para pagar un nuevo impuesto aplicado en Judea ese año por César Augusto, y que la madre de Jesús dio a

luz mientras estaban allí. Según la carta de Lucio, el nacimiento tuvo lugar en unos establos tras el albergue del pueblo porque dicho establecimiento se hallaba ocupado por otros contribuyentes.

Pitágoras, el secretario de barba cana, caminaba junto a Varro mientras el cuestor recorría la aldea.

—Señor, me parece que la afirmación de Lucio que habla de los impuestos de César Augusto no cuadra con los registros —dijo muy serio—. Según los archivos de Cesarea, el año en que ese impuesto fue introducido por Augusto fue veinticuatro años antes de que el nazareno fuera ejecutado. Eso significaría que tendría veinticuatro años cuando murió; sin embargo, tanto los informes secretos del sumo sacerdote como la carta de Lucio afirman que ya había cumplido los treinta cuando fue crucificado.

Varro asintió. No había nada que pudiera serle de utilidad en aquella desolada aldea. Tras una breve pausa en Belén, el cuestor ordenó a su columna que reanudara la marcha.



En las pedregosas orillas del mar Muerto acamparon dentro del perímetro de un antiguo campamento levantado muchos años atrás por Vespasiano. La patrulla de avanzada había informado de que no había visto rastro del ejército de Basso en Hebrón, de modo que Varro supuso que el general habría bordeado la orilla del mar Muerto hacia el norte con la intención de cruzar el río Jordán y enlazar con la principal vía de norte a sur de la región de Perea. Esa ruta lo llevaría a Maqueronte, una fortaleza en manos de los rebeldes desde el primer mes de la revuelta. Varro había decidido seguir una ruta interior hacia el Jordán. Desde allí tomaría la vía hacia el sur que llevaba a Maqueronte, donde confiaba encontrar al general Basso. En esos momentos, a un día de marcha al este de Jerusalén, la expedición se disponía a pasar la noche.

Mientras la infantería levantaba el campamento y la caballería montaba guardia, Varro, sus oficiales y los libertos caminaron hasta el borde del agua, donde se vieron rodeados de multicolores escarpaduras de piedra estratificada con arcilla, yeso y gravilla; amarillo sobre blanco, y a continuación naranja con un último nivel de ocre rojizo. El verde era un color que faltaba por completo en aquel paisaje yermo.

—Lo único que podría crecer por aquí —dijo Callido sarcásticamente mientras caminaban hacia el lago—, sería la barba de un hombre.

Todos ellos habían oído hablar del mar Muerto. Cualquier romano instruido conocía la existencia del lago. Con setenta kilómetros de largo y dieciséis de ancho, se hallaba varios cientos de metros por debajo del nivel del mar, pero lo que lo convertía en famoso era su contenido: el mar Muerto era tan salado que cualquier

hombre flotaba en él.

—Según se dice —comentó Marcio mientras se hallaban de pie contemplando las onduladas aguas y una brisa del sur les acariciaba el rostro—, cuando Vespasiano pasó por aquí con su ejército, hace unos años, llevaba con él algunos prisioneros judíos que hizo atar juntos y mandó arrojar al agua para ver si flotaban o no. Parece que le hizo mucha gracia verlos flotar arriba y abajo igual que manzanas en un barreño de agua.

—Pues no creo que a los prisioneros les disgustara mucho haber flotado —dijo Varro provocando la risa de sus compañeros.



El cuestor se despertó, como de costumbre, antes del amanecer. Sentado en un taburete, a la luz de una antorcha, se disponía a poner el rostro en manos de Hostilis y su navaja cuando el centurión Gallo entró bruscamente en la tienda.

—¡El escriba Aristarco ha escapado, cuestor!

El cuestor se levantó de la silla de afeitarse y corrió por el oscuro campamento acompañado del centurión y siguiendo al portador de la chisporroteante antorcha. Los primeros rayos del amanecer empezaban a iluminar el horizonte por encima de las desnudas colinas al este del lago cuando llegaron donde estaban los carros. Los centinelas de guardia se hallaban cerca de uno de ellos con aire apesadumbrado. Filipo el Evangelista, que seguía siendo el «invitado» del cuestor, estaba sentado en el vehículo, con los brazos cruzados y los ojos cerrados, parcialmente cubierto por una manta. El judío seguía siendo útil; Varro le preguntaba de vez en cuando sobre la marcha, como cuando le preguntó si José de Arimatea había sido uno de los seguidores del nazareno. Filipo le contestó que no lo sabía, aunque sí dijo que José no había participado en las reuniones públicas de los discípulos. El compañero de viaje de Filipo desde que la expedición salió de Emaús había sido Aristarco, el escriba. El pasamanos de un lado del carro, donde se ataba la cadena de Aristarco, estaba roto.

—¿Por qué se habrá escapado? —se preguntó Varro antes de dar órdenes—: ¡Tocad asamblea! ¡Registrad el campo! ¡Tiene que estar escondido en alguna parte!

Mientras el centurión se alejaba vociferando, Varro observó a Filipo, cuyos ojos seguían cerrados.

—Sé que estás despierto, Evangelista. Nadie es capaz de dormir en medio de tanto escándalo.

Filipo abrió un ojo.

—Déjame dormir —masculló.

—¿Cuánto rato hace que escapó Aristarco, Filipo?

—Estaba durmiendo —repuso el judío, que abrió el otro ojo y cambió de postura haciendo sonar la cadena que sujetaba su mano izquierda al costado del carro.

—Sin duda tienes que haber oído cómo se liberaba Aristarco —insistió el cuestor.

—No oí nada ni vi nada. —Filipo fulminó a Varro con una mirada glacial—. Disfrutaba de la bendición de un profundo sueño.

El Evangelista, molesto por verse arrastrado con la expedición, había decidido no colaborar.

—¡Ese traidor de Aristarco! —exclamó Marcio al llegar al lugar.

—Filipo quiere hacernos creer que Aristarco simplemente se ha esfumado.

—¡Vaya, otro milagro! —contestó Marcio lanzando una mirada burlona al judío.

Filipo se dio la vuelta, se tapó con la manta y cerró los ojos de nuevo.

Mientras el trompeta tocaba «asamblea» desde algún lugar próximo y el campamento cobraba repentina vida, Varro regresó a su tienda con Marcio a su lado.

—¿Por qué razón crees que iba a aventurarse Aristarco a escapar, Julio? ¿Puede ser que sus credenciales fueran falsas, que nos mintiera desde el principio y que decidiera escapar antes de que Artímedes regresara y pudiera desenmascararlo?

—O quizá ese escriba con la mancha en la cara ya no soportaba la compañía del Evangelista.

De vuelta en el *pretoriurn*, Varro volvió a su asiento e indicó a Hostilis que prosiguiera con el afeitado mientras, en el exterior, el campamento hervía de actividad.

—Es sorprendente, Hostilis —comentó mientras el esclavo, tras él, le humedecía la piel—. Aristarco, el escriba, ha huido. Seguramente habrá mentido sobre su pasado.

—Sí, amo —repuso Hostilis aplicando la navaja al rostro de su señor.

—Podía ser que, después de todo, no estuviera nunca al servicio de Poncio Pilato.

—No, amo.

—Quizá se limitó a repetir los rumores sobre la crucifixión del nazareno.

—Es posible, amo.

—¿Y qué hay de ese boticario, Matías ben Naum? Solo contamos con la palabra de Aristarco que apoye la hipótesis de que Ben Naum proporcionó a Longino una pócima para que pareciera que Jesús había muerto en la cruz; todo eso, suponiendo que el tal Ben Naum exista realmente. En conjunto resulta de lo más perturbador, Hostilis.

—Lo es, amo.

—Todo encajaba. La conspiración entre los fariseos y el centurión, el boticario, la pócima... por no mencionar el nombre de «Naum», que aparecía en mi sueño. Si la historia de Aristarco es un montaje, ¿cómo nos deja eso?

—Confundidos, amo —repuso sucintamente Hostilis.

Justo cuando Varro se levantaba con la escocida piel aliviada por la fragante loción de valeriana que Hostilis le acababa de aplicar, el centurión Gallo entró de nuevo en el *pretoriurn*.

—Según parece, cuestor, el escriba ha huido del campamento.



Varro frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo ha logrado?

—Será mejor que vengas a verlo con tus propios ojos, señor.

Gallo y su comandante salieron a la luz del nuevo día. En esos momentos, la claridad bañaba todo el campamento. Marcio, Crispo y Venerio se les unieron mientras el centurión encabezaba la marcha hacia el norte y la puerta decumana, donde se hallaban los centinelas de la IV Escita que, con expresión de apuro, los dejaron pasar. Dos torres de vigilancia hechas con troncos flanqueaban la entrada. Gallo abrió los portones, condujo fuera a los oficiales y señaló la zanja que rodeaba la empalizada. Se veía una escalera apoyada contra el lado exterior.

—Aristarco debió de esperar a que los centinelas se distrajeran tras descubrir su desaparición —explicó el centurión— y entonces subió por la escalera, la pasó al otro lado del muro, y la utilizó para saltar la zanja.

Marcio parecía consternado.

—¿Los centinelas abandonaron sus puestos?

—Los hombres oyeron los gritos de alarma y corrieron hasta los carros de transporte, por lo que dejaron la puerta sin vigilancia durante un momento —se apresuró a explicar Gallo—. No tienen experiencia y...

—¡Pero, hombre, la mitad de los rebeldes de Judea podrían haber entrado por la puerta mientras los centinelas no estaban!

—Los responsables serán castigados, tribuno —repuso Gallo con prontitud—. Notarán mi fusta en sus espaldas.

—No, no. Eso no servirá —replicó Marcio—. Tus reclutas deben aprender que si abandonan sus puestos, por la razón que sea, ponen en peligro no solo sus vidas sino las de sus camaradas. En campaña eso es un delito capital. Les costaría la cabeza, como bien sabes, Gallo.

—Sí, tribuno —convino el centurión a su pesar.

—Ordena que todos los hombres que estaban en la última guardia, incluida la patrulla de caballería que estuviera de servicio, se presenten aquí ante mí —mandó Marcio—. Lo echarán a suertes, y uno de ellos será desnudado y recibirá diez latigazos de cada uno de sus compañeros. ¡Así no volverán a abandonar sus puestos! ¡Ve!

Furioso con sus hombres y por haber sido corregido por el tribuno, Gallo se alejó vociferando órdenes.

Venerio observó cómo se alejaba.

—Eso ha sido muy benévolo —dijo el joven tribuno en voz lo bastante alta para que Gallo lo oyera—. Él también debería participar en la elección al azar. Es tan responsable como ellos.

—¡Ocúpate de tus asuntos, tribuno de segunda! —le espetó Marcio, que se volvió hacia Varro—. Julio, el escriba nos lleva cierta ventaja, pero creo que podremos alcanzarlo.

El cuestor asintió y miró a Crispo.

—Coge tus jinetes y registra la zona en busca de Aristarco. Tú, Venerio, haz algo útil y cabalga hasta el puesto de caballería de Qumrán. Alerta al comandante para que busque al escriba. Si no hemos capturado a Aristarco para cuando regreses, cogerás diez hombres y te dirigirás hacia la carretera de Jericó donde patrullarás de este a oeste en busca de nuestro fugitivo. ¡Ya podéis marcharos! ¡Los dos! ¡Y recordad que quiero que me traigáis a Aristarco vivo!

## EL BOTICARIO

*Maqueronte, territorio de Perca, provincia romana de Judea.*

*Mayo del año 71 d. C.*

Un humo negro se elevaba por encima de los muros y las cuatro torres situadas en lo más alto de la colina en forma de cono. La fortaleza de Maqueronte llevaba ardiendo todo el día; a medio camino de la caliza vertiente norte, la aldea estaba igualmente en llamas. En la llanura de abajo, una muralla de piedra de tres metros de altura la rodeaba en un círculo de tres kilómetros de diámetro. En distintas partes del muro había campamentos romanos en los puntos elevados y puestos de guardia en las depresiones. Dentro del anillo de hierro y piedra, justo en la parte oeste de la colina, se alzaba una gigantesca pila de rocas, el comienzo de una rampa de asalto que debería haber llevado hasta la cima de la colina. Sin embargo, la rampa no había sido necesaria finalmente. Tirados por el suelo en grotescas posturas de muerte, entre el muro y la montaña, a veces apilados y a veces no, se veía los cadáveres de mil setecientos judíos. El asedio de Maqueronte llegaba a su fin.

—Llegamos aquí diez días antes que vosotros, Varro. —Quien hablaba era el general Lucilio Basso, comandante de la X Legión durante los dos últimos meses. Basso tenía treinta años, era alto, delgado y pálido. En sus ojos había cierta rojez, como si sufriera de falta de sueño—. Hemos pasado diez días construyendo los elementos del asedio. Anoche, la gente de la aldea intentó forzar una salida, pero gracias a un informador sabíamos a qué atenernos, de modo que estábamos preparados.

Varro se hallaba en el tribunal, junto al general, en el campamento principal de la X Legión, contemplando la humeante colina.

—¿No ha habido supervivientes, general? —preguntó el cuestor con preocupación.

—Demasiados malditos supervivientes, Varro —imprecó Basso—. Creemos que al menos novecientos se nos escaparon en la oscuridad. De todas maneras, no tardarán en caer en nuestras manos.

—¿Novecientos? —Varro se alegró. Todavía quedaba una posibilidad de que pudiera localizar a algún judío que tuviera información—. ¿Adónde crees que han podido ir?

—Al sur, para unirse al líder rebelde Judas ben Jairus. Sin duda.

—¿A Masada?

—No. Ben Jairus está en malas relaciones con los sicarios de Masada. Esos judíos locos han pasado más tiempo luchando entre sí del que llevan combatiendo a los

ejércitos de Roma en esta maldita guerra.

—¿Dónde está Ben Jairus, lo sabes?

—Mis observadores han localizado a algunos de los suyos en el valle del Néguev. Mañana emprenderemos la marcha hacia allí, cuando hayamos terminado lo que tenemos entre manos.

—General, si no encuentro aquí lo que busco, ¿pondrías objeciones a que mi columna y yo os siguiéramos hasta el Néguev?

—Si no hay más remedio... —Basso lo miró por el rabillo del ojo—. Siempre y cuando tú y tu gente no estorbéis.

—Haremos todo lo que podamos para no resultar un inconveniente. Te lo aseguro. ¿Cuánta gente tiene Ben Jairus con él?

—Es difícil decirlo. Los pocos que escaparon con él de Jerusalén, los novecientos de anoche y unos tres mil a los que permití que salieran de esta fortaleza.

Varro lo miró, atónito.

—¿Los dejaste marchar? ¿Por qué?

—Tenía mis razones. —Basso dio media vuelta, bajó del tribunal y echó a andar hacia el *pretorium* de la X Legión, lo que obligó a Varro a saltar y correr para seguirlo.

Cuando llegó a su altura, el cuestor le preguntó.

—¿No puedes compartir esas razones conmigo?

—Yo... —Basso dio un respingo y se detuvo bruscamente. Pasó el brazo izquierdo por los hombros de Varro, cargando en él todo su peso, y se llevó la mano derecha al vientre, que apretó con fuerza.

El sorprendido cuestor miró el rostro de Basso.

—¿Qué ocurre, general? ¿En qué puedo ayudarte?

Durante un largo rato, Basso no logró responder. Luego, el dolor pareció darle un respiro. Su rostro se relajó, pero la palidez de sus mejillas se había tornado grisácea.

—¿Hacer algo? —repuso—. ¡No lo creo, a menos que puedas evitar que defeque fuego y sangre todos los días!

Varro estaba horrorizado.

—Eso suena muy mal. Tienes que hacerte examinar por un médico.

—¡Ya me ha visto un médico! —contestó el general con irritación—. Todas las mañanas y todas las noches veo a una legión de médicos, y ya estoy harto de las condenadas purgas y pócimas. La cura es peor que la enfermedad, Varro. —Siguió caminando, apoyándose aún en el cuestor, lenta pero impacientemente—. Pasará —añadió—. Un cambio de dieta y de aires y pasará. Cuando haya acorralado a todos los rebeldes me iré a Tiberíades, a los manantiales termales. Tengo entendido que sus aguas poseen los mejores efectos reconstituyentes para el cuerpo.

—Sí. Yo mismo las he utilizado y debo decir que son ciertamente estimulantes. —El cuestor estaba intentando mostrarse amable porque tenía claro que, fuera cual fuese la dolencia de Basso, un baño de aguas termales de poco le serviría.

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando? —Los centinelas apostados a cada lado de la entrada del pabellón del general se irguieron al ver que este se acercaba—. Pasa, vamos dentro y apartémonos del sol, Varro.

Cuando los dos hombres entraron, dos sirvientes de Basso que descansaban en el suelo mientras esperaban el regreso de su amo se pusieron en pie rápidamente y separando al general del cuestor lo llevaron hasta su lecho, donde lo acomodaron boca arriba.

—No hay postura en la que me encuentre cómodo durante mucho rato —confesó el general cuando Varro fue hasta su lado mientras los esclavos secaban el sudor de la frente de Basso—. Me da lo mismo estar de pie que en cualquier otra posición.

—¿Desde cuándo sufres estas dolencias?

—Desde no hace mucho. Vivo con ellas y sigo con mi trabajo de militar. Desde luego, montar a caballo puede ser en ocasiones una verdadera tortura, lo cual resulta un tanto inconveniente para un soldado. De todas formas, todo problema tiene su correspondiente solución: al pasar por Cesarea hice que el procurador de allí me mandara un carro y unos caballos de los que estaba particularmente orgulloso.

—¿El procurador Rufo te envió su carro? —preguntó Varro conteniendo una sonrisa. Sabía lo mucho que a su primo le gustaban los carros desde niño y suponía que no le habría hecho ninguna gracia separarse de su juguete favorito.

—Lo conduzco personalmente. Me permite permanecer de pie, y hace que mis viajes resulten tolerables. Bueno, ¿dónde estábamos, Varro? Recuérdate de qué estábamos hablando.

—Ibas a contarme por qué dejaste escapar de la fortaleza a los rebeldes.

—Bien. Mientras construíamos el muro que la rodea, los rebeldes solían enviarnos patrullas que nos hostigaban. Un día, un joven llamado Eleazar, miembro de una de esas patrullas, fue capturado con vida por uno de mis auxiliares egipcios, de modo que cogí al tal Eleazar y lo até a una cruz para que sus compañeros de la fortaleza lo vieran. Al final, resultó que era hijo de una importante familia, y los rebeldes acabaron enviando emisarios ofreciendo evacuar la fortaleza si les devolvíamos a Eleazar con vida. Acepté.

—Ya veo.

—De ese modo, pude hacerme con el control de la plaza sin perder un solo hombre, mientras los rebeldes tuvieron que escapar al desierto. Ya ves, Varro, sabía que los alzados de Masada preferirían cortarles el gaznate antes que dejarlos entrar. En su debido momento, les seguiré el rastro y terminaré con ellos de una vez por todas en campo abierto.

—Sabía estrategia.

—Eso pensé. Pero, para complicar las cosas, hubo gente que no quiso marcharse, de manera que continuamos con el asedio hasta el festival de anoche. De los que interceptamos, matamos a todos los que llevaban, armas, desde luego. Los que no, además de las mujeres y los niños, fueron encerrados con los prisioneros que ya

habíamos hecho.

—Los prisioneros son los que me interesan, general. ¿Me das tu permiso para buscar entre ellos a determinados judíos?

—Como gustes, Varro. Da al prefecto de mi campamento los nombres que quieras. Él se ocupará de encontrarlos para ti, suponiendo que estén aquí.

De repente, Basso se incorporó como empujado por una fuerza invisible y se dobló por la mitad mientras se apretaba el diafragma con una mano y agarraba a uno de los esclavos con la otra.

—¡La medicación! —masculló—. ¡Trae la medicación!

Otro esclavo se acercó corriendo con una pequeña botella hecha de piedra. Basso bebió y, con el rostro contraído por el dolor, esperó a que la pócima surtiera efecto. Mientras el dolor desaparecía de su rostro, volvió lentamente a su anterior postura.

—Así está mejor —suspiró con alivio.



Por las noches, los tres mil prisioneros judíos de Basso, a los que se había sumado un número equivalente de mujeres y niños de Maqueronte, se amontonaban en unos miserables recintos para esclavos repartidos por todo el campamento. El día lo pasaban en la ruta de Jericó, transportando agua en recipientes de barro atados a la espalda, igual que mulas de carga, vigilados y dirigidos por unidades de caballería.

La noche del día en que Varro y su expedición enlazaron con los doce mil hombres de las fuerzas de Basso, el cuestor se hallaba ante la entrada del mayor de los cercados de los prisioneros varones flanqueado por sus subalternos y con los hombres de la IV Escita formados tras él. Conducidos por sus respectivos centuriones, pelotones de legionarios de la décima se movían por entre los prisioneros llevando antorchas en alto. De vez en cuando, los centuriones se detenían ante los patéticos refugios hechos de mantas y cobertores y pronunciaban los nombres de tres hombres para que todos lo oyeran.

—¡Matías ben Naum, boticario de Jerusalén! ¡Baruch bar Laban, de Tiberíades, y su hijo Tobías!

Varro permanecía cruzado de brazos, observando y esperando mientras los centuriones repetían una y otra vez los nombres y añadían que una recompensa aguardaba a aquellos individuos si se presentaban. Varro había prometido al viejo Laban bar Nahor que, a cambio de la información facilitada, buscaría a su hijo y a su nieto entre los prisioneros supervivientes de Jerusalén y estaba decidido a mantener su palabra por mucho que no abrigara esperanzas de encontrar a ninguno de los dos. De todos modos, el principal objetivo de las pesquisas del cuestor era el boticario Ben Naum. El huido Aristarco no había sido capturado por las patrullas enviadas a buscarlo. Todos hacían cábalas sobre dónde podía hallarse el escriba griego. Varro

había hecho volver a Crispo y a sus hombres, pero había dejado a Venerio con un pequeño destacamento de caballería patrullando la ruta de Jericó. Entretanto, el cuestor había decidido seguir adelante con la confianza de que el testimonio del escriba fuera de fiar. Aun así, su mente albergaba profundas dudas acerca de la existencia de Ben Naum.

Incluso suponiendo que localizara a alguno de los hombres que buscaba, Varro esperaba encontrarlos en malas condiciones. Todos los prisioneros parecían hallarse en un estado de agotamiento físico; por ello el cuestor había ordenado a Diocles que estuviera presente. El médico se mantenía a la derecha, acompañado por sus ayudantes. Mientras esperaba algún resultado, el cuestor se volvió hacia el galeno.

—Tengo una pregunta para ti. De tipo médico.

—Si me es dado responderla, señor... —repuso Diocles.

—Dime, ¿cuál sería la dolencia de un hombre que evacua sangre?

Diocles se frotó la barbilla como si fuera un filósofo considerando un asunto de suma gravedad.

—Dependería de cuál de los cinco orificios del cuerpo humano fuera el canal de evacuación, cuestor —respondió dándose aires de importancia—. En este caso, ¿estamos hablando de la boca, la nariz, las orejas, el pene o el ano?

—Del ano.

—¿Dices que la evacuación es regular? ¿La cantidad también?

—Regular y en cantidad, acompañada de una sensación ardiente y con fuertes dolores en el abdomen.

—¡Por los dioses! No estaremos hablando del cuestor, ¿verdad?

—No. No se trata de mí. Es simplemente una pregunta hipotética.

—Bien, me alegra saberlo. Tu hipotético hombre tendría muchas posibilidades de estar sufriendo una úlcera maligna.

—¿Una úlcera? —preguntó Varro, que eso se temía.

—Sí, en el estómago, diría yo.

—Ya veo. ¿Y se puede tratar?

—Tratar, sí; curar, no. Es una sentencia de muerte, cuestor. Una sentencia de muerte.



Varro se hallaba reclinado al lado de Basso, en el *pretorium* del general. Los oficiales de mayor graduación y los principales libertos de ambos campamentos se distribuían en divanes alrededor de dos mesas de comer, en la amplia tienda. La mayoría de ellos disfrutaba de una copiosa cena, pero, tal como Varro comprobó, el general se limitaba a picar del plato. El cuestor supuso que, en esos momentos, Basso ya debía de ser consciente de las causas del malestar que lo aquejaba. Si un borracho

como Diocles era capaz de diagnosticar su enfermedad con una simple descripción de los síntomas, entonces los médicos de Basso tenían que saber a qué se enfrentaban. Además, el general no era estúpido. No le hacía falta el dictamen de un médico para saber que se estaba muriendo.

Varro tomó su copa con un suspiro y contempló con aire ausente el vino rebajado. El conocimiento de la enfermedad terminal de Basso era suficiente para deprimir a cualquiera; sin embargo, la vida del propio cuestor tampoco transcurría como a él le habría gustado. Tal como estaban las cosas, su investigación se hallaba en entredicho. La búsqueda en el recinto de los prisioneros se había demostrado una pérdida de tiempo. No se había presentado nadie que respondiera al nombre de Ben Naum ni tampoco había sido posible localizar al hijo o al nieto del viejo Laban, aunque no fueran a serle de ninguna ayuda. Cuando, como último recurso, Varro envió nuevamente al centurión Gallo a los distintos recintos preguntando si había alguien que supiera de la muerte de Jesús de Nazaret, nadie respondió. Metafóricamente hablando, Varro había llegado a un río y no veía la forma de cruzarlo aunque la vida le fuera en ello.

—Perdón, cuestor...

Varro alzó la vista de su copa y vio a Gallo de pie al otro lado de la mesa.

—¿Sí, centurión?

El habitualmente taciturno Gallo esbozó lo más parecido a una sonrisa.

—Señor, no lo creerás, pero, después de que nos marcháramos de los recintos de los prisioneros, se presentaron varios hombres que se identificaron ante los centinelas.

El humor de Varro mejoró al instante.

—La fortuna nos sonrío por fin.

—Ha sido la promesa de la recompensa lo que los ha hecho salir de su escondrijo —comentó Gallo arqueando cínicamente una ceja—. De eso puedes estar seguro, señor.

—¿Y a quién tenemos? —preguntó Varro con expectación.

—Es interesante, cuestor. No tenemos a uno, sino a tres Matías ben Naum.

Al cabo de un momento, tres prisioneros judíos fueron llevados al *pretorium*, donde contemplaron, babeantes, los exóticos platos que servían a la oficialidad romana. Uno de ellos era de edad avanzada; el otro, de mediana; y el tercero rondaba los veinte años. Todos eran de fuerte constitución, razón por la cual habían sido asignados a los grupos de trabajo del general. Cada uno iba encadenado a un soldado de la X Legión. Los oficiales siguieron comiendo mientras los prisioneros eran interrogados. Para ellos se trataba de un simple entretenimiento.

—¿Los tres sois Matías ben Naum? —preguntó Varro.

Los tres asintieron, pero nadie habló.

—¿Todos sois boticarios y trabajáis en Jerusalén?

De nuevo, los prisioneros hicieron un gesto afirmativo.



—Está claro, Varro —dijo el general a su lado—, que dos de ellos son unos mentirosos. O quizá los judíos andan escasos de nombres, en cuyo caso deberían ir pensando en buscar nuevos.

El comentario levantó un coro de risas de los comensales.

—O eso o es que todos los boticarios judíos se llaman Matías ben Naum —añadió Marcio dando un bocado a un trozo de lechón mientras el jugo resbalaba por su barbilla.

Se oyeron más risas alrededor de la mesa.

Los tres prisioneros parecían sentirse sumamente incómodos. Se habían presentado por separado, sin tener conocimiento de los otros dos, en distintos recintos, y solamente se habían dado cuenta de que no eran los únicos en responder a ese nombre cuando fueron conducidos a presencia del cuestor.

—Este hombre es demasiado joven para ser el que ando buscando —dijo Varro señalando al de veinte años, que se hallaba a la izquierda de sus compañeros—. Mi hombre estaba vivo y trabajaba de boticario en Jerusalén hace cuarenta años. Este ni siquiera había nacido por aquel entonces. Por la misma razón, el de su derecha debía de ser un recién nacido en esa época.

—Tú, el Ben Naum de la derecha, ¿cuántos años tienes? —preguntó Basso.

—Unos sesenta, señor. Al menos eso creo.

—¡Embustero! —gritó Basso—. ¡No pasas de los cuarenta y cinco!

—Señor, parezco más joven de lo que soy —se disculpó el otro.

—¡Mentiroso! —repitió Basso, que buscó con la mirada al prefecto del campamento, que se hallaba cerca de la puerta—. ¡Prefecto, que crucifiquen a estos dos impostores al amanecer!

—¡No! —gritó el de mediana edad cuando los soldados se acercaron para llevárselo—. De verdad soy Ben Naum. Los impostores son los otros dos. ¡Lo juro!

—Un momento —intervino Varro—. Puede que sea mayor de lo que aparenta, como él dice.

—Entonces que se lleven al más joven —ordenó Basso.

El veinteañero fue sacado a rastras de la tienda. Con la cabeza gacha en señal de derrota, no dijo palabra. Ante los oficiales quedaron los dos prisioneros más mayores.

—¿Cómo piensas aclarar esta situación, Varro? —pregunto el general.

El cuestor miró a Diocles y lo llamó.

—Médico, ¿cómo separarías el grano de la paja en este caso? ¿Qué pregunta le harías que pudiera determinar su aptitud como boticarios?

Diocles, que tenía a Callido al lado para vigilar que solamente ingiriera agua durante la cena, lo pensó un momento y miró al prisionero de mediana edad.

—A ver, responde a esto —empezó a decir, hablando como si fuera un abogado ante un tribunal—: me dispongo a realizar una intervención quirúrgica para curar una herida provocada por un golpe en la cabeza. He efectuado una incisión para separar la piel del hueso donde esta se une a la membrana del pericráneo y al hueso. —El

prisionero lo miraba, inexpresivo—. Mi intención es mantener abierta la herida con el menor dolor posible y aplicar una cataplasma. —Diocles disfrutaba siendo el centro de atención—. Ahora te pido que me la prepares. ¿En qué consistiría tu cataplasma?

El prisionero de mediana edad no respondió, y sus ojos recorrieron a los presentes en la tienda como si esperase la ayuda de alguien, o su piedad.

—¿Y bien? —preguntó el general Basso—. Dices ser Matías ben Naum, el boticario. Responde pues al médico.

—Es... difícil, señor —balbuceó el prisionero—. Tengo que pensarlo.

—¡Embustero! —espetó Basso, que miró al otro prisionero, que no había abierto la boca—. ¿Y tú, viejo? ¿Cómo contestarías a la pregunta del médico?

—Prepararía una masa de harina fina amasada con vinagre —repuso enseguida el prisionero.

Uno de los libertos del general, en la segunda mesa, rio al oír aquello.

—¿Y como alternativa al amasado? —preguntó Diocles.

—Como preparación alternativa herviría la masa de harina y vinagre para hacerla lo más pegajosa posible —fue la respuesta del anciano.

—Muy bien —dijo Diocles.

—Recordadme que no sufra heridas en la cabeza —comentó Marcio—. No me gustaría tener a estos matasanos jugando a cocineros con mi cráneo.

—En tu opinión, galeno, ¿ese hombre es boticario? —inquirió Basso.

—El viejo parece estar instruido en la materia, general —repuso Diocles.

—Muy bien. Llevaos al otro para que se reúna con el primer impostor en la cruz.

—¡No! ¡Yo haría lo mismo! ¡Herviría harina y vinagre, tal como ha dicho!

—¡Que se lo lleven! —ordenó Basso.

Protestando ruidosamente y forcejeando con sus guardias, el prisionero fue sacado por la fuerza.

Varro miró al más mayor.

—¿Eres Matías ben Naum, boticario en Jerusalén?

—Lo soy —contestó el hombre.

El cuestor se sentía satisfecho. Todo apuntaba a que Aristarco había dicho la verdad. De todos modos, sabía que debía proceder con cautela y metódicamente con las siguientes preguntas.

—¿Estabas en Jerusalén hace cuarenta años?

—Hum... Sí.

—Parece que dudas.

—Me hablas de hace muchos años, señor. A veces salía de la ciudad para ir a visitar a mis familiares.

—Me refiero a la época en que fue crucificado Jesús de Nazaret. ¿Sabes a quién me refiero?

—He oído ese nombre.

Varro sabía que, si ese era el verdadero boticario del que había hablado Aristarco

y si había participado en el complot relacionado con la muerte del nazareno, no era probable que se delatara, y aún menos que confesara.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Este es mi septuagésimo segundo año de vida; no obstante, sigo teniendo la cabeza clara, señor.

—Me alegro. ¿Seguías siendo boticario cuando fuiste hecho prisionero?

—Sí, lo era.

—¿Qué pócima me recomendarías en general para el dolor?

—En general, mirra —contestó el anciano.

—La mirra tiene mucha fama pero pocos efectos —gruñó Basso.

Varro supuso que el general hablaba por propia experiencia.

—Dime, boticario, ¿qué usarías para disimular el sabor de un soporífero? —preguntó el cuestor.

—¿Y por qué tendría que hacer tal cosa? —inquirió el anciano en tono suspicaz.

—Responde a la pregunta, por favor.

—Pues vinagre —repuso el hombre con un suspiro—. El vinagre tiene muchas aplicaciones en medicina y se puede administrar sin problemas. Yo disimularía con vinagre el sabor de un soporífero.

Basso parecía perplejo.

—¿Tiene esto algún sentido para ti, cuestor?

—Sí. Lo tiene —repuso Varro, que prosiguió—. Boticario, supón que quiero que un paciente esté tan relajado a los ojos de un observador que parezca a todos los efectos que ha fallecido. ¿Qué pócima le administrarías?

El anciano judío se puso nuevamente en guardia.

—Hay distintos preparados que servirían.

—Dame un ejemplo.

—Bueno, el de la belladona es uno. No puedo estar seguro del resultado y debo advertir que la dosis tendría que ser exacta y proporcionada a la constitución, altura y peso del paciente. Con una dosis excesiva, el paciente moriría.

Varro estaba cada vez más seguro de haber dado con su hombre. La cuestión residía en establecer el vínculo entre el boticario y la muerte del nazareno.

—Está bien, volvamos al año en que fue crucificado Jesús de Nazaret. Ocurrió durante el reinado de Tiberio, bajo el consulado de Sejano y Longino.

El boticario asintió precavidamente.

—Recuerdo el año.

—En esa época había una legión acuartelada en la fortaleza Antonia. ¿De qué unidad eran esos soldados?

—De la XII Legión, si no recuerdo mal, señor.

—Es correcto. —La siguiente pregunta era clave—. Escucha, ahora asegúrate de que respondes con exactitud. ¿Cómo se llamaba el centurión más veterano que estaba al mando de la guarnición de Jerusalén en aquella época?

El anciano tragó saliva, consciente de que era el centro de todas las miradas y de que el cuestor aguardaba la respuesta sin disimular su interés.

—No estoy seguro —repuso claramente incómodo—. No me acuerdo.

—¿Quién era el sumo sacerdote de los judíos en aquella época?

—Caifás, seguramente.

—Bien, ¿y antes que él?

—Creo que Simón ben Camito.

—¿Y después de Caifás?

—Pues... Anás.

—Bien. Dado que el centurión al mando tenía tanto o más poder incluso que el sumo sacerdote, seguramente recordarás cómo se llamaba, ¿no?

—Antonio. —El boticario casi había vomitado el nombre—. El centurión al mando en aquella época se llamaba Antonio.

Varro contuvo su desengaño.

—No. No se llamaba Antonio. Piénsalo mejor.

—Fue hace muchos años —protestó el anciano en su defensa—, no puedo acordarme.

—Si recuerdas el nombre de los sumos sacerdotes, sin duda recordarás también el del centurión al mando. Ese centurión en concreto llevaba tres años acuartelado en Jerusalén, aunque puede que más. Piénsalo mejor.

—Puede que fuera Ventidio. ¿Era el centurión Ventidio?

—Estás conjeturando —dijo Varro, decepcionado.

Si aquel hombre era el Ben Naum de Aristarco, había tomado parte en un complot con el centurión encargado de la crucifixión del nazareno y no habría olvidado su nombre. De todas formas, cabía la posibilidad de que estuviera fingiendo. Varro intentó una nueva aproximación:

—¿El nombre de José de Arimatea significa algo para ti?

—No. ¿Debería? —El anciano parecía sinceramente perplejo.

—Puede. Vuelve a pensar en el nombre del centurión.

—No lo recuerdo. De verdad —el anciano empezaba a sonar angustiado.

—Te daré a elegir. O bien era el centurión Coponio o el centurión Longino. ¿Cuál de los dos? Antes de responder, piensa en esto: si finges no saberlo para despistarme, el truco no funcionará. Si me das el nombre incorrecto sabré que no eres Matías ben Naum. En cambio, si me das el nombre acertado, sabré que hay muchas posibilidades de que lo seas. Está bien, ¿quién era, Coponio o Longino?

El anciano vaciló unos momentos y finalmente dijo:

—El nombre de Coponio me resulta familiar. Sí, ahora estoy seguro. Era el centurión Coponio.

Varro meneó la cabeza.

—Coponio era el nombre de un procurador de Judea —dijo, incapaz de disimular su desengaño—. El nombre que yo buscaba era el de Longino.

—¡Otro maldito embustero! —tronó Basso—. ¡A este lo someteremos a tortura para arrancarle lo que sabe! ¡Luego, se reunirá con sus amigos en la cruz!

—¡No! ¡Por favor, no! —El anciano cayó de rodillas—. ¡No me torturéis, os lo ruego, señores! —Enlazó sus manos ante él cargadas de cadenas—. ¡Confesaré! ¡Confieso que no soy Matías ben Naum! ¡Soy boticario, pero no me llamo Matías! Mi nombre es Saúl ben Gamaliel.

—¿Y por qué has mentido haciéndote pasar por Ben Naum? —quiso saber Varro.

—Por la recompensa —repuso con lágrimas en los ojos—, para ganar quizá de ese modo la libertad.

—Pero, sin duda sabías que te descubriríamos.

—Soy boticario, y lo cierto es que conocía al verdadero Ben Naum —repuso Gamaliel—. Creí que podría hacerme pasar por él. Lo cierto es que si hubiera contestado que el centurión era Longino lo habría logrado. Ojalá hubiera acertado con la respuesta.

—¿Dices que conocías al verdadero Ben Naum? —El interés de Varro renacía—. ¿Cómo puedo estar seguro de que no mientes otra vez?

—¡Lo conocía! ¡Lo juro! ¡Vivía bajo mi mismo techo hasta hace solo unos días!

—¿Cómo puede ser eso?

—¡Levántate, miserable sabandija! —ordenó Basso haciendo un gesto al soldado que sostenía las cadenas del prisionero. El legionario tiró para poner en pie al judío.

—Nací en Maqueronte, no en Jerusalén —se apresuró a explicar Gamaliel—. Matías y yo pertenecíamos a la misma cofradía, de modo que cuando él huyó de la ciudad, el año pasado, y vino a Maqueronte yo lo acogí. Anoche los dos intentamos abandonar la aldea. Él logró escapar con unos pocos afortunados, pero yo fui capturado por tus soldados.

—¿Solo llevas prisionero un día? —preguntó Basso—. ¡Esto sí que tiene gracia! —estalló de risa—. ¡Prisionero un solo día y ya está intentando engañarnos para escapar!

—¿Cuántos años tiene el tal Ben Naum? —quiso saber Varro.

—Más o menos los mismos que yo. Puede que sea un poco más joven.

—¿Y goza de buena salud?

—Cuando lo vi por última vez, sí. Es de constitución robusta.

—¿Lo reconocerías si volvieras a verlo?

—Desde luego que sí.

Varro asintió. Aquella respuesta acababa de salvar a Saúl ben Gamaliel de su cita con los verdugos de Basso.



Cuando el sol se alzó por encima de las colinas de Maqueronte para dar paso a un

nuevo y abrasador día, las fuerzas romanas ya se habían puesto en marcha de nuevo por la carretera de Nabatea hacia el sur. Un ejército de aquellas proporciones tardaba varias horas en evacuar un campamento. Cinco mil hombres de las diez cohortes de la X Legión. Cinco mil de infantería ligera en otras diez cohortes. Cuatro alas de caballería auxiliar y los ciento veinte hombres de la unidad de caballería de la X Legión; en total dos mil jinetes. Seis mil prisioneros. Y siguiéndoles los pasos, mil quinientas mulas con sus respectivos muleros, doscientos carros de carga y un rebaño de ganado para la carne además de unas cuantas aves para los sacrificios rituales.

Varro y su grupo iban al final de la columna principal. El cuestor, que había recorrido su campamento para comprobar que sus hombres estaban alineados y listos para la marcha, salió en ese momento por la puerta y se dirigió hacia donde lo aguardaban sus colegas a caballo. Cuando Hostilis lo hubo ayudado a montar, Varro se quedó sentado viendo pasar la expedición. Al poco tiempo, un carro llegó a toda velocidad por la carretera, al lado de la columna, tirado por dos magníficos corceles blancos adornados con ornamentos dorados.

—Se acerca un carruaje, cuestor —advirtió Callido.

Varro asintió a su liberto. Sabía que más que referirse a lo obvio, Callido hablaba del último sueño del cuestor, aquel en el que aparecía un carro.

De pie, uniformado y con armadura, con la capa escarlata de su rango ondeando a su espalda, el general Basso conducía el lujoso carro del procurador Rufo, un vehículo adornado con bajorrelieves del dios Marte. El general frenó al lado del cuestor.

—¿Has visto, Varro? —Sonriendo, Basso señaló un árbol a la vera del camino. Dos travesaños habían sido clavados a distintas alturas en el tronco formando sendas cruces, y los dos prisioneros sentenciados a muerte la noche anterior por impostores habían sido atados a ellos—. ¡Árboles de Ben Naum! —dijo Basso con una carcajada—. ¡Los judíos hacen árboles de Ben Naum! —Dicho eso, y dando un latigazo con las riendas en los lomos de los caballos, se lanzó a toda velocidad por la carretera con el carro.

Los compañeros del cuestor sonrieron ante el chiste del general, pero a Varro no le hizo gracia. Apartó la vista de los dos hombres crucificados, pero no pudo escapar a la visión de la muerte. Cerca, en la llanura que se extendía ante Maqueronte, yacían los cadáveres de los judíos asesinados hacía dos noches, desnudos, hinchados y en proceso de putrefacción. Allí quedarían hasta que se descompusieran totalmente, y sus huesos se convertirían en el polvo de la llanura. Varro empezaba a estar cansado de aquel inútil derroche de vidas y deseó que los judíos nunca se hubieran rebelado, con tan alto coste para Roma y para sí mismos; deseó que los rebeldes que habían escapado se rindieran y lograran salvarse a sí mismos y a sus familias. La muerte no era la respuesta, y pensó que sin duda mientras un hombre viviera siempre habría la esperanza de tiempos mejores.

La línea de marcha alcanzaba ya más de tres kilómetros cuando, por fin, la

columna del cuestor inició el avance a la hora tercera. Tras los libertos en sus mulas desfilaron Miriam y Gemara a lomos del caballo de Antíoco. Miriam tenía la vista fija al frente, pero la niña miró al cuestor y le sonrió al pasar, una sonrisa que alegró el corazón de Varro. En el último de los carros de equipaje iban Filippo el Evangelista y Saúl ben Gamaliel. El carro había sido reparado, y Gamaliel estaba encadenado a uno de los costados. Su aspecto era desdichado mientras el carro traqueteaba por la carretera. El Evangelista alzó la vista al pasar ante Varro.

—¿Esperas que tus indagaciones acaben en Néguev, cuestor? —preguntó.

—Posiblemente —contestó Varro haciendo avanzar su caballo para ponerse a la altura del carro—. Una vez tenga redactado mi informe, tú tendrás tu libertad.

—Mi destino está en manos de Dios —contestó el Evangelista en un tono mucho más amistoso que el de días anteriores—. ¿Tus pesquisas progresan satisfactoriamente?

—Con la ayuda de Ben Gamaliel, tu compañero de viaje aquí presente, espero localizar pronto a un testigo clave que culminará mis investigaciones.

—Que Dios te guíe —repuso Filippo serenamente.

A su lado, el boticario mostraba la expresión de un perro apaleado.

—Alegra esa cara, boticario —le dijo Varro—. Pronto encontraremos a tu amigo Ben Naum, y tú recobrarás la libertad.

—Eso suponiendo que alguien dé la orden —repuso el hombre, pesaroso.

Varro se disponía a espolear su montura al trote cuando oyó gritos al final de la columna. Siguiendo con la vista la dirección que sus jinetes de retaguardia señalaban, vio un pequeño grupo de hombres a caballo galopando en dirección a Jericó. En cabeza, reconoció a Venerio. Varro dio media vuelta y fue a reunirse con la patrulla que llegaba.

El cuestor y Venerio se encontraron a unos cientos de metros por detrás de la columna. Los jinetes vetones del tribuno de segunda llevaban un caballo de más y, cuando Varro se les unió, vio que a lomos del animal iban atados dos cuerpos ensangrentados. Uno de ellos estaba vestido; el otro, desnudo. Ambos colgaban cabeza abajo.

—¡Lo he encontrado para ti, cuestor! —graznó Venerio, que saltó a tierra y se encaminó al caballo que llevaba la doble carga. Tras él, los hispanos sonreían desde sus monturas—. ¡He encontrado al escriba!

—¿Has encontrado a Aristarco? —Varro desmontó también.

Venerio cortó las ligaduras que sujetaban los cuerpos, y ambos cayeron al suelo con un ruido sordo, como pedazos de carne. Allí quedaron, boca arriba, con los brazos extendidos. El trauma de sus últimos instantes de vida se reflejaba en su desorbitada mirada.

De pie, contemplando el cadáver, Varro no reconoció al que llevaba ropa, un hombre de negros cabellos. Por la sangre que empapaba su túnica y el desgarrón horizontal que esta mostraba a la altura del pecho se podía deducir que había muerto

por herida de arma blanca. En cambio, el redondo rostro del calvo y desnudo segundo cadáver resultaba perfectamente reconocible. El lunar de la mejilla derecha lo identificaba sin lugar a dudas. Era Aristarco, el escriba de Emaús. Tenía la garganta abierta por un profundo tajo que iba de oreja a oreja.

—Dije que quería al escriba con vida —dijo Varro, disgustado.

—Ya estaba muerto cuando lo encontré junto al camino, a siete kilómetros de Jericó, desnudo y con el cuello cortado —explicó Venerio—. Al otro lo encontramos un poco después, caminando por la carretera. Entonces reconocí que la túnica que llevaba había pertenecido a Aristarco. Estaba claro que ese vagabundo había sido uno de los que habían asaltado y asesinado al escriba, de modo que me lo cargué allí mismo —añadió con un tono que denotaba cierto placer.

—¿Y si era ciudadano romano? —preguntó Varro, ceñudo.

—No lo era —repuso Venerio con total certidumbre—. Llevaba una placa de liberto.

El cuestor se arrodilló junto al segundo cuerpo. Efectivamente, de un cordón de cuero que llevaba al cuello pendía un pequeño disco de bronce, la prueba de que era un liberto y no un esclavo huido.

Marcio y Crispo se acercaron a caballo.

—Vaya —dijo Marcio apoyándose en su silla para mirar los cuerpos—, ¡así que el escriba del lunar en la cara está muerto!

Varro se puso en pie. En su mente apareció la imagen de Aristarco la última vez que lo había visto con vida.

—Esta no era la túnica del escriba, Venerio —le dijo—. Se parece, pero no es la misma. Este hombre no es el asesino de Aristarco; al menos, no si nos basamos en la ropa.

—¡No! —protestó Venerio—. No lo acepto. Es la misma túnica.

—Si el cuestor dice que no lo es —intervino Crispo—, entonces no lo es.

—No es la túnica del escriba, Venerio —repitió Varro—. Has matado a un hombre inocente.

—Bueno, al fin y al cabo, ¿qué importa? —replicó el tribuno de segunda con una risita nerviosa—. Seguramente le ahorré una vida de penas y sufrimientos. ¿Quién quiere vivir siendo liberto? Si pudiera, seguramente me lo agradecería.

—Desde luego, Venerio, eres una mala bestia asesina —gruñó Marcio.

Los ojos del joven tribuno centellearon.

—No creo que seas el más indicado para hacer ese tipo de comentarios. ¿Me llamas asesino? ¡Tú, que le cortaste el cuello a aquel pobre vetón!

—A diferencia de ti, no me causó ningún placer.

—¡Bah! —escupió Venerio—. Eres de los que juzgan a los demás con una vara de medir distinta de la que utilizas contigo.

—¡Ya basta! ¡El daño ya está hecho! —intervino Varro fulminándolos con la mirada—. Ocúpate de los cadáveres, Venerio.



Una leve sonrisa apareció en los labios del joven tribuno que llamó a los otros jinetes para apartar los cuerpos del camino.

—¡No! —le espetó Varro—. Incinéralos. Es lo menos que puedes hacer.

Cuando el cuestor se disponía a montar de nuevo, otro jinete llegó a todo galope desde la columna. Se detuvo e informó de que había ocurrido un accidente fatal.

—¿A quién? —preguntó Varro, cuyo primer pensamiento fue Miriam.

—El prisionero —contestó el soldado—. El boticario.

Tras dejar a Venerio para que preparara la pira al borde de la carretera, Varro y sus compañeros regresaron a la columna. Los carros de transporte se habían detenido, y los jinetes que los escoltaban habían desmontado y hacían guardia alrededor de ellos. Diocles, el médico, se hallaba arrodillado junto al cuerpo de Gamaliel. El boticario colgaba de la cadena que tenía atada a la muñeca derecha, con medio cuerpo colgando fuera del carro y el otro medio bajo las ruedas. La cadena, de dos metros de larga, se le enroscaba en la garganta.

—Tiene el cuello roto —declaró Diocles poniéndose en pie con la ayuda de uno de sus auxiliares mientras Varro desmontaba.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —insistió en saber.

—Suicidio. Al menos, eso parece.

Filipo se hallaba sentado en el carro con aire ausente.

—¿Qué ha sucedido, Evangelista? —preguntó.

Filipo hizo un gesto de indiferencia.

—Yo estaba empezando a dar cabezadas. Lo primero que oí fueron los gritos de los soldados a mi alrededor; luego me enteré de que mi compañero estaba muerto.

—Parece que el boticario se enroscó la cadena alrededor del cuello y se arrojó del carro —dijo Diocles—. Te aconsejo que las cadenas de los demás prisioneros sean acortadas para evitar situaciones como esta.

—De acuerdo —convino Varro con la mente en otra parte.

Observó al boticario muerto y se preguntó por qué ese hombre se había quitado la vida. Con él y Aristarco muertos, había perdido a sus dos mejores informadores. Aun suponiendo que encontrara a Matías ben Naum, ¿quién lo identificaría?

## EL CAMINO HACIA EL BOSQUE

*Reino de Nabatea.*

*Mayo del año 71 d. C.*

Varro estaba de pie, en la oscuridad, con el general Basso y un grupo de sus oficiales, en la muralla del campamento mirando hacia el oeste y el mar Muerto. Durante el día, el ejército había salido de Judea y se había adentrado en el reino de Nabatea, un reducido dominio que bordeaba la zona sudeste del mar Muerto y que era aliado de Roma y dependía de ella. Tras los oficiales, el campamento instalado al lado de la carretera, a treinta kilómetros al sur de Maqueronte, estaba lleno de vida. Ardían las hogueras para cocinar y cientos de soldados vestidos con sus túnicas se movían por las hileras de tiendas mientras el rumor de las conversaciones llenaba el aire de la noche.

—¿Lo ves, Varro? —preguntó Basso señalando en la oscuridad.

—Lo veo, general —confirmó el cuestor.

En lo alto de una montaña, en el extremo más alejado del lago, una luz parpadeaba igual que una distante estrella.

—Es Masada, y ellos son los sicarios, que nos anuncian su presencia.

—¿Crees que saben que estamos aquí?

—Saben que estamos en la zona. Han encendido una hoguera en lo alto de las murallas para provocarnos, para restregarnos por las narices que mantienen la fortaleza desde el día en que degollaron a los miembros de la guarnición de la III Gallica, hace cinco años. Espero que disfruten de su fuego. No estarán allí arriba mucho más tiempo. Uno o dos meses, a lo sumo.

Rodeando con el brazo los hombros del lugarteniente, el tribuno militar de veintiocho años Quinto Fabio, el general Basso descendió de la muralla. Varro y los demás los siguieron.

—Aguardo con ansia esa visita a las aguas termales de Tiberíades de la que hablamos, Varro —siguió diciendo Basso—. Tan pronto como nos hayamos ocupado de ese tal Judas ben Jairus y de su banda, me encargaré de nuestros «amigos» de Masada.

—¿Sabemos dónde se encuentra Ben Jairus?

—Mis exploradores están seguros de que se oculta en el bosque de Jardes, en el valle del Néguev, acompañado por unos dos o tres mil hombres. Mañana marcharemos otros treinta kilómetros por esta ruta. Después de eso, Varro, giraremos hacia el oeste y nos quedará otra jornada hasta Idumea, hasta el Néguev. Te aconsejo que dejes tu carga de equipajes en el campamento de mañana; yo mismo tengo

planeado desembarazarme de mis carros y también de mis prisioneros. Tal como arrastran los pies, esos condenados hacen imposible una marcha rápida. Dejaré a mil auxiliares para que vigilen los carros y a los prisioneros; el resto del ejército me lo llevaré para dar caza a Ben Jairus. Si pretendes seguirme todo el trayecto hasta el Néguev, será mejor que te prepares para ir ligero.

Cuando se acercaban a la tienda del general, donde tenían previsto cenar, Callido se acercó a Varro corriendo.

—Artímedes ha regresado de su misión en Cesarea, señor —informó el liberto—. En estos momentos, el secretario y su escolta están desmontando de sus caballos en la puerta decumana.

Tras disculparse por no acompañar al general, Varro se alejó a toda prisa hacia la entrada del campamento seguido por Callido. Mientras se aproximaban a ellos los portones se abrieron de par en par, y Artímedes entró caminando, muy tieso, seguido del decurión Pompeyo y seis jinetes más. Al ver al cuestor, el secretario lo saludó con la mano.

—¡Bienvenido! —exclamó un aliviado Varro que, acto seguido, abrazó a su antiguo tutor.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo —repuso el griego, que, poco acostumbrado a semejantes despliegues de cariño, se apartó sin miramientos.

—Empezaba a creer que te habíamos perdido, mi buen griego —dijo Varro, decepcionado porque su demostración de afecto no hubiera sido correspondida.

—Eres un hombre difícil de seguir, cuestor. En Jerusalén nos dijeron que quizá te encontraríamos en Hebrón. En Hebrón volvimos sobre nuestros pasos hasta Jerusalén solo para que nos dirigieran hacia Maqueronte y la ruta de Nabatea. Así que, por fin, henos aquí; agotados y con el culo dolorido de tanto cabalgar.

—Pero sanos y salvos —añadió Varro, satisfecho.

—Por nada del mundo llevaría la vida de un jinete —comentó Artímedes mientras se frotaba las posaderas y caminaba hacia su tienda.

—¿Has tenido éxito en tu misión? —preguntó el cuestor—. ¿Decía la verdad Aristarco?

—Como siempre, eres impaciente —dijo Artímedes en el tono de reprimenda de un tutor—. Para empezar, deberías saber que Terencio Rufo ya no es procurador de Judea.

—¿Rufo se ha marchado?

—Embarcó en Cesarea mientras yo estaba allí. Su sustituto, Liberio, ya ha llegado y ha tomado posesión del cargo. La verdad, creo que yo prefería al odioso de tu primo. Liberio no tiene mucho en su favor.

—No es algo que deba preocuparnos. Y ahora, dime, ¿qué hay de Aristarco? Me tienes en vilo, mi buen griego. ¡Responde ya! ¿O es que voy a tener que arrancártelo mediante tortura? —dijo sonriendo.

El menudo griego frunció el entrecejo.

—Joven Julio, me temo que lo harías gustosamente para resarcirte de los castigos que te impuse mientras fuiste mi alumno. Castigos por otra parte bien merecidos, si se me permite decirlo. —Aquel comentario era lo más parecido a una broma que el griego estaba dispuesto a compartir con el cuestor—. Sí, debo decir que la misión ha sido un éxito. El prefecto Pilato tenía un vicesecretario que se llamaba Aristarco al que manumitió justo antes de regresar a Roma.

—¿Era el mismo hombre, el que conocíamos como Aristarco?

—Evidentemente, lo era. De hecho, el liberto encargado de la conservación de los archivos de Cesarea lo conocía. Ambos compartían la misma profesión y eran servidores de los administradores de la provincia. Me lo describió con todo lujo de detalles, lunar incluido. —El griego se detuvo—. Pero, dime, ¿pasa algo que debería saber? Estás hablando de Aristarco en pretérito.

—Aristarco ha muerto —anunció el cuestor con evidente disgusto.

—¿Muerto? —repitió el secretario—. ¿Cómo ha sido?

—Una larga historia te aguarda durante la cena, mi buen Artímedes. De momento basta que te diga que nos dirigimos al valle del Néguev en busca del hombre a quien Aristarco identificó como Matías ben Naum. Anoche encontramos a un hombre, otro boticario, que se decía capaz de identificarlo. Desgraciadamente, esta mañana ha muerto también.

—¿Otra muerte? O has tenido muy mala suerte o has sido muy descuidado en mi ausencia, cuestor. ¿Cuáles fueron las circunstancias de la muerte?

—Se quitó la vida —explicó Varro en tono deprimido.

—¿Y por qué iba a hacer semejante cosa?

—Eso es lo que no dejo de preguntarme. Mi temor es que no exista ningún Matías ben Naum y que mi testigo prefiriera escapar a su castigo antes de que descubriéramos que no era más que un mentiroso con mucha imaginación. Me contó que conocía a Ben Naum y que este había escapado hacia el sur con los demás rebeldes.

—¿Dónde está entonces el problema?

—Empezó declarando que Ben Nahum era él, de modo que no resulta fácil determinar dónde empieza la verdad y dónde la mentira. Mi buen secretario, debemos aceptar la posibilidad de que ese boticario se lo inventara todo.

—Desde luego, esa posibilidad existe, pero ¿por qué mentir? ¿Qué esperaba conseguir?

—De no hacerlo, pronto hubiera sido reducido a cenizas —repuso Varro expresando en voz alta sus preocupaciones.

Seguía sin saber por qué Aristarco había huido, y no tenía más remedio que sospechar que el escriba había tenido miedo de que descubrieran algún tipo de engaño. Gracias a los esfuerzos de Artímedes, en ese momento sabía que el escriba era quien decía ser, pero ¿cuánto de su historia era creíble? ¿Y si el escriba y el boticario habían mentido y Matías ben Naum no era más que el fruto de su

imaginación? Si así era, Varro temía que sus idas y venidas por los territorios de Judea y Nabatea en busca de un inexistente Ben Naum fueran inútiles.

Callido, que había escuchado la conversación mientras caminaba tras ellos, intervino:

—Si puedo recordártelo, cuestor, está el asunto de tus sueños y del nombre de Naum. Tendrás que admitir que sería una gran casualidad que no existiera el tal Ben Naum.

—Callido tiene razón —convino Artímedes, que se detuvo al final de la hilera de tiendas y miró a Varro a los ojos—. Está claro que solo hay una manera de averiguarlo, cuestor. Hay que seguir investigando hasta el final, hasta el final de todo. Es lo que siempre te he enseñado.

## EL TESTIGO EN EL BOSQUE

*El bosque de Jardes, Idumea. Provincia romana de Judea.  
Mayo del año 71 d. C.*

El calor lo aplastaba como una mano gigante. Un calor espeso, opresivo, cargado de humedad. Mientras esperaba de pie, en la empalizada del campamento, equipado con su coraza y su espada por primera vez desde el comienzo de la expedición, el sudor le caía igual que un río bajo el casco de bronce. Le corría por la espalda, le goteaba en los ojos y le dejaba un regusto salado en la comisura de los labios. Varro se enjugó los ojos con el dorso de la pegajosa mano y se concentró en la escena que tenía ante sí.

Desplegados en orden de batalla alrededor del pequeño bosque los soldados del general Basso permanecían inmóviles en sus puestos, aguardando con expectación la orden de ir tras los rebeldes que se ocultaban en la espesura. La mayoría de los dos mil jinetes de Basso rodeaban el reducido bosque. Los soldados dormitaban en sus sillas mientras los caballos, aburridos, meneaban las cabezas y golpeaban ocasionalmente el suelo con sus pezuñas. Justo detrás de su fila, se distribuía en ocho cohortes la infantería auxiliar equipada con sus escudos ligeros y pequeños decorados con motivos en espiral. Los estandartes de tela colgaban flácidos en el húmedo ambiente del valle del Négev. Bajo los árboles, los guerrilleros disfrutaban de la ventaja de la sombra, pero allí, al sol, de pie durante horas con sus cotas de malla, los auxiliares —algunos de ellos de Egipto; otros, de los Balcanes o del Rin— se asaban lentamente. Los egipcios estaban acostumbrados a aquel clima, los germanos eran fuertes como robles, pero algunos de los panonios se habían desmayado como delicadas flores y habían sido retirados de las filas por sus compañeros. Al este de los árboles, ocupando un herboso altozano que dominaba un riachuelo, la infantería pesada de la X Legión se hallaba formada en tres hileras, cada una de diez filas de profundidad. Los soldados de la décima, todos ellos ciudadanos romanos y originarios del oeste de Hispania eran morenos y de piel cetrina. Los idénticos equipos, las relucientes corazas de lamas, las regulares hileras de refulgentes cascos, el emblema de la unidad —un toro que arremetía— que se repetía en los cinco mil curvados escudos de madera; todo se combinaba para conferir a la formación una uniformidad y un carácter anónimo que reducía las filas de hombres a simples componentes de una máquina de matar.

Delante de ellos se hallaba el portaestandarte de la X Legión, que mantenía orgullosamente en alto el águila dorada de la unidad. Directamente tras él, formaban los trompetas, todos en hilera, aguardando a que su general diera la orden de avanzar,

una orden que transmitirían tocando «carga». Sin embargo, el general Basso yacía en una tienda del campamento apresuradamente levantado tras la legión. Durante la última hora, el general había permanecido medio inconsciente e incapaz de impartir orden alguna.

La columna había tardado casi cuatro días en llegar al bosque. Incluso tras dejar lo más pesado de su carga en la carretera de Nabatea, el grueso de las fuerzas no había podido avanzar más de quince kilómetros diarios por el abrupto terreno del desierto y bajo el abrasador calor hasta que los territorios agrícolas del valle del Néguev hicieron más fácil la marcha. La caballería había precedido a los soldados de a pie y rodeado rápidamente el bosque mientras la infantería se agrupaba.

Basso se había mostrado impaciente por impedir cualquier posibilidad de huida y acercarse antes de que oscureciera para matar o capturar hasta el último rebelde oculto en el bosque con Judas ben Jairus. Retrasado en su marcha por intensos dolores abdominales, el general llegó varias horas más tarde que sus tropas, pero lo hizo conduciendo su carruaje y con una escolta de caballería. Al ver que la espesura era más densa de lo que esperaba, dudó de lo oportuno de un ataque frontal. Las legiones daban lo mejor de sí en campo abierto o asaltando fortificaciones; sin embargo, rodeadas de vegetación, su disciplina y sus filas podían sufrir graves bajas.

Dado que Basso ya tenía sus pensamientos puestos en Masada, el último bastión de los rebeldes judíos y reputada fortaleza inexpugnable, consideraba que iba a necesitar hasta el último de sus hombres para poner punto final a la revuelta judía. Una vez lo hubiera logrado, podría descansar con la confianza de haber llevado a término las órdenes del emperador y haber cumplido con su deber. Para culminar su objetivo —y lograrlo rápidamente—, Basso no podía permitirse sufrir graves pérdidas en Jardes. Así, consultó a los dioses antes de lanzar su ataque. En su búsqueda de guía, una cabra fue sacrificada en el altar de Marte, el dios de la guerra; sus entrañas eran deformes. Interpretándolo como una señal de peligro, Basso retrasó la orden de ataque, pero la ansiedad le había provocado tales dolores que acabó desmayándose.

Varro oyó gritos en el campamento, a su espalda. Tanto él como sus colegas, que se hallaban en la empalizada de la puerta pretoriana, se volvieron para mirar. El tribuno Fabio, vicecomandante de la X Legión, acababa de salir de la tienda del general y estaba dando órdenes a los centuriones y prefectos que esperaban. Varro miró a Marcio, que se hallaba más lejos en la empalizada, cerca del *pretoriurn*.

—¿Has oído qué ha dicho, Marco?

—No, pero lo averiguaré —repuso Marcio antes de descender rápidamente por la escalera de mano y acercarse a uno de los centuriones de Fabio. Los dos hombres hablaron animadamente unos instantes. Después, Marcio regresó a la empalizada.

—¿Y bien? —preguntó Varro, impaciente.

—Según parece, el general ha vuelto con nosotros, al menos mentalmente y lo suficiente para ordenar a Fabio que arme con hachas a los auxiliares. Basso ha

decidido talar el bosque de Jardes. De ese modo no solo privará a los judíos de su cobertura, sino que resolverá nuestra falta de leña. Muy listo, en verdad.

Crispo gritó entonces, señalando en dirección al bosque.

—¡Cuestor, mira!

Varro y Marcio siguieron la mirada del prefecto y vieron que un solitario jinete salía lentamente de entre los árboles. Vestía una túnica blanca e iba con los brazos extendidos en cruz para dar a entender que no llevaba armas.

—Un enviado de los rebeldes, según parece —comentó Marcio—. Esto puede ser interesante.

Todos observaron mientras avisaban al tribuno Fabio y este subía a la empalizada para ver por sí mismo al jinete e impartir órdenes. Una patrulla montada cabalgó hasta el desconocido y lo rodeó. El hombre desmontó y fue registrado por dos jinetes en busca de armas. Luego, fue conducido al campamento atravesando las filas de la X Legión. Mientras atravesaba la puerta pretoriana, Varro y sus oficiales bajaron del parapeto y se reunieron con Fabio y sus subordinados, que también habían descendido. Juntos aguardaron la aparición del judío.

El enviado era un joven de unos veinte años, de atlética figura, con cabellos oscuros y rizados y un rostro perfectamente esculpido.

—Me llamo Jacob —dijo cuando se detuvo ante Fabio—. Reclamo la inmunidad otorgada a todos los embajadores de paz de todas las naciones.

Fabio, también él bien parecido aunque delgado y menos robusto que el joven enviado, se cruzó de brazos.

—¿Traes un mensaje para mi general, judío? —preguntó lacónicamente.

—Mi líder, Judas ben Jairus desea negociar los términos para un cese honorable de las hostilidades —contestó Jacob, cuya mirada recorrió a los presentes sopesando su rango y condición.

—El general Basso no negocia ningún término —contestó Fabio altivamente—. Solo aceptará un total y completo desarme y una rendición incondicional.

Tal como Fabio sabía, aquel había sido el propósito de Basso desde el inicio de su campaña. Los ojos de Jacob volvieron a Fabio.

—Judas no aceptará una rendición incondicional —comentó el emisario sin emoción alguna—. Sin embargo, está dispuesto a deponer las armas si permites que la gente que está con él pueda escapar al desierto para empezar una nueva vida.

—¡Imposible! —espetó Fabio—. Vuelve y di a tu líder que tiene dos opciones: una, rendirse sin condiciones; la otra, morir.

—He sido enviado para negociar unos términos. No me iré sin ellos —declaró Jacob en tono desafiante.

—¡Judío irrespetuoso! —explotó Fabio—. ¡Tú no me das órdenes! —Se volvió hacia los soldados de caballería de la escolta y les ordenó—: ¡Coged a este miserable y atadlo en una cruz cerca del parapeto, donde Judas y sus amigos puedan verlo bien! Esa será la respuesta del general Basso.



—¡Estás violando la inmunidad de un emisario! —protestó furiosamente Jacob mientras los soldados lo sujetaban por los brazos.

—Y vosotros, judíos, habéis faltado a vuestra palabra siempre que habéis tenido ocasión en esta guerra —repuso Fabio con amargura—. Más de una vez habéis hecho caso omiso de la inmunidad de un emisario romano. ¡Ojo por ojo, judío!

—¡Espera, Fabio! —intervino Varro—. Este hombre tiene razón. No importa lo que haga el adversario, nosotros somos romanos y debemos respetar la inmunidad de los enviados.

Los soldados que se disponían a llevarse a rastras a Jacob miraron al tribuno y a Varro, indecisos.

Fabio se volvió hacia el cuestor con ojos llameantes.

—¡Esta gente ha perdido todo derecho a ser tratada civilizadamente! —gruñó ante las narices del cuestor—. Además, no debo disculparme ante ti, Varro. Aquí no tienes mando. Si el general Basso ha tolerado tu presencia ha sido por la generosidad de su corazón; así pues, ¡ocúpate de tus asuntos! —Y volviéndose hacia la escolta, gritó—: ¡Vosotros, llevaos a este judío y dadle una cruz de las lentas!

Molesto por la actitud del tribuno, Varro podría haber discutido. Sin embargo, se dijo que solo debía discutir con el general o sus subordinados por algo realmente importante porque, una vez iniciado ese camino, podía estropear su relación con Basso y perder su inestimable colaboración. En consecuencia, mientras el vehemente Jacob era llevado a rastras entre imprecaciones contra los romanos en general y contra Fabio en particular, Varro mantuvo silencio y observó desde una prudente distancia cómo los hombres de Fabio montaban una gran cruz con un par de troncos y el artefacto era colocado en el parapeto del campamento. A continuación, Jacob fue desnudado y atado a la cruz por pies y muñecas. Varro estaba familiarizado con la cruz lenta, cuyo propósito consistía en prolongar la agonía. La víctima moría de hambre y por la exposición a los elementos, pero podía aguantar varios días antes de expirar. A pesar de que imponer semejante castigo figuraba entre sus atribuciones, Varro no había condenado personalmente a nadie a morir en la cruz lenta. Para él ya era bastante que un reo pagara con la vida, y nunca había estado en su naturaleza infligir daño innecesario.

Una vez concluida la tarea, Fabio envió a varios de sus centuriones a caballo hasta el linde del bosque para que avisaran a gritos que su emisario sería liberado con vida tan pronto como los rebeldes se rindieran. Sin embargo, Jacob no dejó de gritar a pleno pulmón, advirtiendo a sus camaradas que desconfiasen de unos romanos que no habían respetado su inmunidad y urgiéndoles a no rendirse. Fabio no tardó en hartarse de los gritos del prisionero y ordenó que lo amordazaran.

En se momento, Pedio, el lictor de Varro, se presentó ante su superior. Este le había encomendado el cuidado de Miriam y Gemara mientras durase la campaña.

—Señor, Miriam pide verte —avisó con aire inquieto—. Es por un asunto urgente.

Acompañado del lictor y de Marcio, Varro se dirigió hacia donde estaban atados los animales y los carros de la expedición. Miriam, que seguía llevando el velo, estaba sentada en el suelo con Gemara y se puso en pie rápidamente nada más ver al cuestor.

—Pedio me ha dicho que deseabas verme —empezó diciendo Varro.

—Sí. Creo que el hombre al que acaban de atar en la cruz, en el parapeto, es mi hermano —anunció Miriam. En su voz había un ligero temblor—. Por favor, ¿puedes ayudarlo?

Era la primera vez que Varro detectaba alguna emoción en ella. También era la primera vez que ella le solicitaba ayuda. De todas maneras, no la creía del todo.

—¿Y cómo sabes que se trata de tu hermano? —preguntó, sospechando que quizá solo estuviera deseando ayudar a un compatriota.

—Lo he oído gritar. He reconocido su voz.

Varro contempló sus preciosos y negros ojos, intentando leer en ellos.

—¿Has reconocido su voz? ¿Desde aquí? Me cuesta creerlo.

—¿Acaso tú no reconocerías la voz de tu hermano? —replicó Miriam.

—Mis dos hermanos están muertos —contestó Varro en tono inexpresivo: una reacción inducida por años de duelo en recuerdo de sus hermanos muertos, asesinados durante la reciente guerra civil de Roma.

—Hace cinco años, mi hermano Jacob, que era un hombre libre, fue a Jerusalén para celebrar la Pascua —prosiguió Miriam, aparentemente haciendo caso omiso de la respuesta de Varro—. Desapareció allí, y no he vuelto a verle desde entonces. Durante todo este tiempo creía que había muerto. —E insistió—: ¿Acaso tú no reconocerías las voces de tus hermanos muertos?

Si Varro le hubiera contestado habría sido en sentido afirmativo. Las voces de sus hermanos muertos vivían permanentemente en sus recuerdos. Sin embargo, se limitó a formularle otra pregunta.

—¿Cómo es que tu hermano era un hombre libre y tú una esclava?

—Mi padre me vendió como esclava.

—¿Tu padre hizo eso? —Varro estaba perplejo, pero Miriam prosiguió como si no lo hubiera oído.

—Mi hermano estaba al servicio de la reina Berenice, pero como hombre libre. La reina siempre permitía que sus sirvientes judíos libres participaran en las fiestas de Pascua, pero Jacob no volvió, y yo temí que hubiera muerto en la guerra. Al menos, hasta hoy, que he oído su voz. Para mí ha sido como oír la voz de los cielos.

Varro miró a Marcio, y este asintió. El tribuno la creía.

—De acuerdo, ven conmigo —ordenó el cuestor a la joven.

Dejaron a Gemara con Pedio, y Varro y Marcio llevaron a la joven hasta la empalizada del campamento. Los soldados la miraron con aire reprobatorio cuando pasó tras ellos por la estrecha plataforma. Varro sabía que creían que daba mala suerte que una mujer subiera al parapeto de un campamento, pero en esos momentos aquella

era la última de sus preocupaciones; al ver que Antíoco se encontraba un poco más adelante, junto a otros oficiales, le hizo un gesto para que lo siguiera. Cuando llegaron a la cruz y se situaron ante el crucificado, Miriam rompió súbitamente a llorar. Cayó de rodillas y desprendiéndose del velo empezó besar los pies del prisionero. Las lágrimas también inundaron los ojos de Jacob.

Varro no necesitaba que nadie le asegurara que aquel era realmente el hermano de Miriam, de modo que ordenó al soldado más próximo que quitara la mordaza del crucificado. Una vez retirada, Jacob empezó a hablar rápidamente con Miriam, y ella con él, en arameo. Varro lo había previsto. Se volvió hacia Antíoco.

—¿Qué están diciendo?

Durante un rato, el magistrado judío escuchó atentamente la rápida conversación entre hermano y hermana antes de proporcionar a Varro su versión en latín.

—La chica le está confesando que es nazarena —dijo Antíoco con gesto displicente.

—¿Miriam es seguidora de los nazarenos? —preguntó Varro, que de repente recordó el interés que había mostrado la muchacha en la casa de Nazaret.

—Su hermano también lo es —prosiguió diciendo Antíoco tras escuchar un poco más—. Espera, no. Lo era, pero ya no. Muy inteligente por su parte. Se cansó de poner la otra mejilla y decidió que lo mejor era tomar las armas contra Roma. Estaba con Judas ben Jairus y su hermano Simón durante la revuelta de Jerusalén. Ambos eran líderes de una de las facciones judías. Utilizaron los túneles excavados bajo las murallas para escapar de la ciudad durante los últimos días del asedio de Tito.

Al cabo de un momento, Miriam, que seguía de rodillas, se volvió hacia Varro con el rostro sucio de lágrimas.

—Por favor, ¡sálvalo! —imploró—. Tú tienes poder para hacerlo.

—Puede salvarse solo si acepta volver con Ben Jairus y convencerlo, a él y a los suyos, de que se rindan.

—¡Nunca haré tal cosa! —exclamó Jacob con vehemencia.

—Eso significaría vivir, hermano —dijo Miriam lentamente mientras se ponía en pie—. Sálvate. Hazlo por tu madre. Hazlo por mí.

Jacob negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Miriam parecía enfadada.

—Judas me ha enviado a negociar los términos de una rendición; si vuelvo habiendo fracasado, me matará. Al fin y al cabo, lo mismo me da morir aquí.

Marcio apoyó una mano en el hombro de Varro.

—Julio, ¿podemos hablar un momento?

Ambos se alejaron. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído de los demás, el tribuno habló discretamente:

—Tu principal objetivo en todo esto es localizar al boticario, a Matías ben Naum, ¿no es así? Por lo tanto, lo último que deseamos es que las tropas de Basso entren a

sangre y fuego en ese bosque y maten a todo el mundo, porque uno de ellos podría ser nuestro hombre, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Y si mandamos al bueno de Jacob junto a su buen amigo Judas con la propuesta de que yo entre en el bosque a negociar los términos de la rendición con ellos a condición de que nos entreguen a Ben Naum para que lo interrogues? Así, aunque las negociaciones desemboquen en nada, al menos habrás conseguido a Ben Naum. Si se niegan a entregarnos al boticario, entonces tendrás buenas razones para pensar que ese esquivo individuo no está con ellos.

Varro meneó la cabeza, poco convencido.

—No, Marco, no voy a permitir que te aventures ahí dentro tú solo. Además, dudo mucho que nos entregaran voluntariamente a uno de los suyos. De todas formas, gracias por pensar en ello y por tu valiente ofrecimiento, amigo mío. —Entonces, una idea cruzó la mente de Varro—. Escucha, ¿y si en lugar de eso les ofrecemos que yo entre en el bosque a negociar con ellos con la condición de que me dejen interrogar a Ben Naum? Puede que les resulte más aceptable.

—Pues ahora soy yo quien no va a permitir que te metas en ese bosque tú solo —replicó Marcio.

Varro sonrió.

—Entonces, vayamos juntos.

—¡Hecho! —convino Marcio dando una palmada en la espalda de su amigo.

Juntos, regresaron hasta la cruz.

—Jacob —le dijo el cuestor—, haré que te liberen si aceptas volver con los tuyos y decirle a Ben Jairus que yo personalmente entraré en el bosque para negociar con él a condición de que encuentren a un hombre llamado Matías ben Naum y me permitan interrogarlo allí mismo sobre un hecho ocurrido cuarenta años atrás.

Jacob miró al cuestor, escéptico ante la sinceridad del ofrecimiento.

—¡Acepta! —rogó Miriam—. ¡Acepta, hermano, y vive!

Jacob apartó la vista un largo momento, reflexionando intensamente. Luego, se volvió hacia Varro.

—¿Tendré que decir a Ben Jairus que estás dispuesto a entrar en el bosque para negociar las condiciones?

—Sí, pero solo si puedo interrogar a Matías ben Naum —reiteró Varro.

—¿Interrogarlo en el bosque?

—Sí, en el bosque. Me adentraré con un puñado de compañeros siempre que Ben Jairus esté dispuesto a garantizarme un paso seguro para todos nosotros. A diferencia de algunos de mis colegas, yo estoy dispuesto a fiarme de la palabra de un judío.

Jacob miró a su hermana buscando un «sí» como respuesta.

—Acepta, Jacob —le dijo ella en tono suplicante—. Por favor, acepta.

—De acuerdo —convino el joven con un hilo de voz, bajando la mirada.



El tribuno Quinto Fabio subió gateando al parapeto.

—¿Quién os ha dicho que soltéis a este hombre? —gritó a los soldados de la IV Legión Escita que había alrededor de la cruz.

Jacob estaba de pie, libre. Sus ropas le habían sido devueltas, y estiraba y flexionaba los brazos, que se veían lacerados y amoratados por las ligaduras que lo habían atado a la cruz.

—Yo ordené que lo soltaran —declaró Varro abriéndose paso entre los legionarios.

—¡Te lo advertí, Varro! —Fabio estaba punto de gritar, con las manos fuertemente cerradas—. ¡Aquí careces de autoridad! ¡No puedes dar órdenes contrarias a las mías!

—¿Prefieres que vayamos a ver al general Basso para aclarar este asunto? —preguntó Varro.

—Sí, será lo mejor —dijo Fabio con una sonrisa maliciosa.

Siguiendo al tribuno, Marcio y Varro bajaron del parapeto. Mientras Fabio se encaminaba hacia el *pretorium* de Basso, Varro llamó con un gesto a Callido y le susurró algo al oído. El liberto asintió y salió corriendo hacia la tienda del cuestor. Varro y Marcio siguieron los pasos de Fabio.

Basso descansaba, apoyado en un codo, en el camastro de campaña de su desnuda tienda. Mientras algunos ansiosos ayudantes se movían a su alrededor, el médico del general, Polícrates, un alto y elegante griego de cabellos plateados, enjugaba la sudorosa frente de Basso.

El tribuno Fabio hincó una rodilla junto a la cama de su superior.

—General, el cuestor se ha extralimitado —declaró—. Debes ordenarle que me obedezca.

—¿Cómo te encuentras, general? —preguntó Varro mientras él y Marcio se acercaban al pie del lecho.

—El dolor viene y va, Varro —repuso un pálido Basso—. Viene y va. —Su claridad mental parecía haber regresado, al menos por el momento—. ¿Qué has hecho para molestar a mi tribuno?

—¡Varro ha dado órdenes contrarias a las mías! —tronó Fabio.

—¿Es eso cierto, Varro?

—General, tenía intención de enviar al emisario de regreso al bosque con una propuesta para negociar los términos de la rendición —informó el cuestor.

Basso negó con la cabeza.

—No hay términos que negociar. O se rinden sin condiciones o esos judíos morirán.

Varro tomó una decisión.

—Lo siento, general, pero todo lo que necesito son esos judíos con vida. Uno de

ellos puede ser el elemento decisivo de mi investigación.

—No puedo ayudarte en eso, Varro. —El tono del general se había endurecido—. Tengo órdenes de poner fin a esta revuelta lo antes posible y ahora tengo a los rebeldes de Ben Jairus donde quería.

—Comprendo tu situación, general —mientras Varro hablaba, Callido se deslizó en la tienda. En su mano llevaba un pequeño rollo de pergamino—; sin embargo, debes entender la mía. Haré todo lo que esté en mi mano para lograr que los judíos se rindan, pero, ante todo, debo hacer todo lo posible para hablar con el hombre que busco.

—Varro, aquí mando yo y no estoy dispuesto a aceptarlo —gruñó Basso—. O esos judíos se rinden sin condiciones o enviaré mis tropas al bosque con orden de matar a todo aquel que se resista.

—Sí, general, tu autoridad está por encima de la mía —reconoció Varro—. No obstante y con el debido respeto... —Tendió la mano hacia Callido, que depositó en ella el rollo—, como gobernador general de Siria y Judea, el general Collega está por encima de ti, y mi autoridad emana de él. Mi tribuno te la leerá en voz alta —añadió entregando el documento a Marcio.

Este desenrolló el pergamino y lo leyó para que todos lo oyeran.

—«Cneo Cornelio Collega, legado del César Vespasiano Augusto, a todas las personas de la provincia de Siria y la subprovincia de Judea. Por la presente certifico que Julio Terencio Varro, cuestor de Siria y Judea, dispone de mi autoridad para solicitar el mando y ordenar cualquier cosa en mi nombre».

Era breve, adecuado e incontrovertible. Collega tenía indiscutiblemente la máxima autoridad. Su nombramiento como legado tenía una antigüedad de cuatro años sobre la de Basso. Con la marcha de Tito, y en ausencia de un gobernador con rango consular, Collega era el representante del emperador y gozaba de la máxima autoridad en Siria y Judea. Marcio mostró el documento a Basso para que este pudiera cerciorarse de la validez del sello de Collega.

El general apartó el documento con un gesto de la mano y una mirada de resignación.

—Muy bien, Varro. Haz como te plazca —suspiró—. Solo recuerda una cosa, amigo: si un solo judío escapa de ese maldito bosque como consecuencia de tu intervención, llevaré este asunto ante el César, cuando los dos regresemos a Roma, para que respondas ante él. ¡Te lo prometo!

Sin embargo, no se trataba de una promesa o amenaza que pudiera preocupar a Varro. No tenía intención de dejar que escapara ningún rebelde.



Faltaban un par de horas para que la oscuridad se apoderara del bosque. El

ejército del general Basso seguía en su sitio, rodeando el bosque de Jardes. Los once mil hombres seguían en pie y en sus puestos como llevaban haciéndolo desde mediodía, aguantando el calor.

—¡Allí está! —gritó alguien desde la empalizada.

Todas las cabezas se volvieron hacia los árboles mientras un solitario jinete surgía de la espesura. Hacía una hora, le habían devuelto el caballo y enviado de regreso con los suyos. Jacob volvía.

—¡Qué alivio! —comentó Marcio junto al cuestor, desde el parapeto—. Estaba empezando a creer que Ben Jairus había cortado el cuello a su emisario.

—Bueno, pero ten en cuenta que puede que regrese para decirnos que su jefe no está dispuesto a parlamentar.

—Si esa fuera su respuesta, ese chico no sería tan loco para venir a decírnoslo.

Una vez fuera del campamento, Marcio y Varro montaron sus caballos. Ellos junto con el desfigurado decurión Pompeyo y otros diez jinetes pasaron entre las inmóviles filas de legionarios y se encontraron con el enviado en la leve pendiente que había a medio camino entre los árboles y las líneas romanas.

—¿Y bien, Jacob? —preguntó Varro mientras los soldados a caballo lo rodeaban—. ¿Qué nos dice tu jefe, Ben Jairus?

—Judas acepta vuestra oferta —repuso el joven judío con rostro impasible—. Os promete, a ti y a tus compañeros, un paso seguro para entrar y salir del bosque.

—¿Y qué hay del boticario Matías Ben Naum? —insistió Varro—. ¿Voy a poder interrogarlo?

—Podrás hablar con Ben Naum, pero en el bosque.

—¿Quiere decir eso que Ben Naum está en el bosque con Judas y los demás?

—Sí. Allí está.

Varro estaba entusiasmado con la noticia, pero intentó que no se le notara.

—Muy bien, iremos cuatro compañeros y yo.

—Mañana, al amanecer.

A Varro no le gustó aquello. Los rebeldes podían intentar escapar durante la noche.

—Disponemos de tiempo suficiente para reunirnos antes de la puesta de sol.

Jacob meneó la cabeza.

—Mañana al amanecer o nunca.

—Muy bien —repuso Varro—. Mañana al amanecer.

—Me encontraré con vosotros aquí mismo, a la salida del sol —aclaró Jacob, dicho lo cual se abrió paso y salió del círculo de jinetes que lo rodeaban.

—A Basso no le hará ninguna gracia el retraso —comentó Marcio mientras los romanos regresaban al campamento.

—Y a mí tampoco me la hace —replicó Varro—. Va a ser una larga noche.

El cuestor y su lugarteniente desmontaron al llegar al campamento y fueron directamente a ver a Basso a su *pretorium*. El tribuno Fabio también estaba, y su

aspecto era el de un niño a quien, hubieran privado de su más preciado juguete. El general estaba tumbado boca arriba; ni siquiera se dignó volver la cabeza cuando los dos romanos entraron en la tienda.

—Bien, cuestor, ¿a qué nos has comprometido?

—Mi grupo entrará en el bosque mañana al amanecer, general —contestó Varro.

—¡No, no! —protestó Basso moviendo dolorosamente la cabeza de un lado a otro—. ¡No es más que otra argucia de esos malditos judíos! ¡Intentarán escapar tan pronto caiga la noche!

—Entonces, para evitarlo, no tienes más que organizar a tus tropas en tres guardias durante la noche y repartir a tus soldados alrededor del bosque con antorchas.

El plan del cuestor fue puesto en práctica sin tardanza, y Varro regresó a sus dependencias, donde se dispuso a cenar acompañado de sus oficiales. El general ya no deseaba relación alguna con el cuestor y sus subordinados. Tal como Varro había previsto, al ejercer su autoridad se había granjeado la enemistad de Basso. De todos modos, había hecho lo que tenía que hacer y podía afrontar tranquilamente las consecuencias. Habiendo viajado ligeros de equipaje, Varro y sus amigos cenaron en banquetas hechas de tierra y hierba amontonada y alrededor de una mesa de similar construcción. Resultó una experiencia poco agradable tener que comer sentados, como lo hacían los esclavos, en vez de reclinados. Al menos, la vajilla de plata del cuestor había viajado en una mula y pudo ser utilizada para añadir algo de civismo a la cena.

Mientras Hostilis y los demás sirvientes personales entraban y salían de la tienda del cuestor sirviendo la comida que los cocineros preparaban fuera, Varro recorrió con la mirada a sus compañeros que se hallaban sentados, codo con codo, alrededor de la improvisada mesa. Marcio estaba de buen humor y charlaba animadamente con el poeta Crispo, con quien repasaba los acontecimientos del día. Venerio conversaba con Alieno, el guía, y Pompeyo, el decurión de caballería, sobre la superioridad de la ciencia ecuestre romana. Gallo, siempre una figura solitaria, solo hablaba cuando se dirigían a él, y Pedio discutía los distintos remedios para las ampollas de los pies con Diocles. El altivo Pitágoras se mantenía distante mientras que Artímedes se hallaba enfrascado en una conversación con Callido sobre horóscopos. Antíoco, sentado en el extremo de la «U», era evitado por todos los presentes.

—Escuchad, tengo que deciros algo —dijo Varro.

Las conversaciones enmudecieron, y todas las cabezas se volvieron hacia el cuestor.

—Por la mañana, al amanecer, entraré en el bosque para reunirme con los rebeldes e interrogar al boticario Matías ben Naum —empezó diciendo Varro.

De repente, la tensión aumentó en el *pretorium*. Todos sabían que los judíos podían tender una trampa al cuestor.

—Como habréis oído —prosiguió este—, los rebeldes han aceptado garantizar la



libre entrada y salida del bosque para mí y mis cuatro compañeros. Ya he decidido quiénes serán esos cuatro.

—Como lictor tuyo, señor —dijo Pedio—, supongo que te acompañaré, ¿verdad?

—Llévame a mí, señor —pidió Crispo.

—No. Mejor me escoges a mí —intervino el tuerto Pompeyo, cuya voz era tan grave que parecía surgida de la tumba—. Necesitas a alguien que sepa luchar, no escribir poemas.

El comentario despertó las risas de todos, incluido el ya habitual cacareo de Venerio.

Varro obsequió al agresivo decurión con una mirada de reprobación.

—Me llevaré a dos oficiales militares —anunció, y al hacerlo se fijó en que Venerio se encogía, como si así pretendiera excluirse de la selección—. Tribuno Marcio...

—¡Vaya, y yo que tenía planeado estudiar la flora y la fauna del bosque mientras estuviera por aquí! —bromeó provocando las risas de todos.

—El otro... —Los ojos de Varro se posaron en el decurión Alieno, el egipcio que su primo le había asignado— serás tú, Alieno. Conoces esta parte del país y entiendes un poco el arameo.

Varro también lo había escogido porque tenía aspecto de saber cuidar de sí mismo en situaciones comprometidas, pero además había otro motivo: Alieno no formaba parte de la pequeña familia que lo había acompañado desde Antioquía.

Si alguno de sus compañeros en aquella arriesgada empresa en el bosque tenía que afrontar un desgraciado final, Varro prefería que se tratara de alguien de fuera.

Alieno asintió.

—Muy bien, señor. Supongo que iremos armados, ¿no?

—Desde luego, iremos armados.

—Cuestor, estoy dispuesto a seguirte —dijo Crispo, que parecía ofendido por haber sido descartado—. Iré a cualquier lugar al que vayas y me enfrentaré a los peligros a los que te enfrentes tú. No tengo miedo.

—Quinto, necesito que te quedes con la expedición. Si Marco o yo cayéramos, el mando recaería en ti. En ese caso, tú deberías completar la misión.

Crispo asintió vigorosamente.

—No te decepcionaré, lo juro.

—Naturalmente —intervino Pitágoras—, como secretario jefe yo me ocuparé de esta tarea...

—No, Pitágoras —replicó Varro provocando que una expresión de disgusto apareciera en el rostro del secretario—. Pase lo que pase, tú debes redactar el informe que recibirá el general Collega con las notas que has ido tomando hasta la fecha.

—Ah, claro. —La explicación había convencido al griego de blanca barba.

—Eso deja el puesto de secretario de nuestra pequeña expedición a ti, mi fiel Artímedes.

Artímedes convino con un gesto de cabeza.

—Lo entiendo, cuestor.

—¿Entonces, el último miembro del grupo soy yo, cuestor? —preguntó Pedio con expectación.

—No, Pedio. Tu tarea consistirá en vigilar a la mujer y a la niña, y también al Evangelista. Filippo debe ser liberado cuando la expedición regrese a Cesarea. Si yo no volviera, las mujeres serán llevadas a casa de Pagano, el liberto de Antioquía.

El lictor quedó satisfecho con su cometido.

—Sí, cuestor.

Varro miró al centurión de la IV Escita.

—En cuanto a ti, centurión Gallo...

Los ojos de Gallo, que había tenido gachos mientras Varro hablaba, se animaron de repente.

—¿Voy a ser el cuarto, cuestor?

—No. Debes escoger a uno de tus trompetas para que sea el cuarto miembro de la expedición. Uno que sepa montar a caballo.

—Sí..., cuestor. —La perpleja expresión de Gallo reflejaba los pensamientos de los allí reunidos, aparte de Varro—. ¿Un trompeta, has dicho? ¿Puedo saber por qué?

A modo de respuesta, Varro se volvió hacia Crispo.

—Quinto, el mando será tuyo a partir del momento en que entre en el bosque y hasta que regrese. Si llegas a oír al trompeta tocando «a las armas» en el bosque, tú y tus hombres deberéis acudir en nuestra ayuda a pleno galope.

Crispo sonrió.

—Entendido, cuestor. ¡A pleno galope y aún más deprisa!

—Muy bien, entonces... —Varro alzó su copa—. Que la suerte nos acompañe mañana.

Sus compañeros lo imitaron.

—¡Que la suerte nos acompañe! —gritaron a coro.



Un sobrenatural anillo de luz rodeaba el bosque. Sosteniendo ardientes antorchas, los soldados romanos se mantenían a pocos pasos los unos de los otros. De vez en cuando, se distribuían antorchas nuevas a lo largo de la línea. Las guardias nocturnas se habían reducido de las tradicionales cuatro a tres. Cada cuatro horas, la guardia era reemplazada a toque de trompeta, y una hilera formada por casi cuatro mil hombres de refresco se adelantaba para relevar a los fatigados centinelas que habían marchado todo el día, levantado el campamento y permanecido bajo el sol toda la tarde.

En la hora cuarta de la noche, tras contemplar desde la empalizada el inigualable espectáculo del círculo iluminado, Varro y Marcio pasearon por el campamento.

—Ahora que sabemos que Miriam es seguidora de los nazarenos —comentó el cuestor mientras caminaban—, he dicho a Pedio que le permita pasar el tiempo que quiera, durante el día, con Filippo. Eso suponiendo que le apetezca.

—A mí no me gustaría pasar mis días con ese viejo charlatán —contestó Marcio.

Tres figuras se les acercaron, presurosas, entre las hileras de tiendas. El tribuno Fabio encabezaba el grupo seguido de cerca por un liberto y un sirviente portando una linterna.

—¡Varro! ¡Un momento, tengo que hablarte! —llamó un agitado Fabio.

—Ten cuidado, Julio —le aconsejó su amigo en voz baja—. Este inquieto Fabio es de los que ni duermen ni dejan dormir.

—¿Qué puedo hacer por ti, Quinto Fabio? —preguntó Varro.

—Quiero que reúnas a tus libertos para una inspección —anunció el tribuno—. Sospecho que en tu grupo se esconde un delincuente.

—Fabio, de verdad que agotas mi paciencia. —Para Varro saltaba a la vista que el quisquilloso oficial buscaba un modo de desquitarse por haber sido derrotado.

—Me da igual. Es sabido que has sumado a tu grupo a algunos personajes sospechosos.

—Estás mal informado, Fabio. Aparte del informador nazareno que se nos unió en Cesarea, la gente que viene conmigo es la misma que salió de Antioquía.

—¿Te importaría si lo compruebo personalmente?

—¿Buscas a alguien en concreto?

—La verdad es que sí. Voy detrás de un griego tímido llamado Alcibíades. En Cesarea me estafó una considerable cantidad de dinero.

—¿Y cómo es que ese tal Alcibíades consiguió engañarte, Fabio? —Varro era incapaz de disimular que la situación le divertía.

—En fin, si lo quieres saber... Llegué a Cesarea a principios de primavera y estaba aguardando a que el general Basso apareciera por la provincia cuando ese individuo vino a verme para decirme que había descubierto un antiguo libro de un sacerdote egipcio llamado Bolos donde se explicaba el secreto de transmutar plata en oro.

—¿Alquimia? —Varro contuvo una carcajada—. ¿Y creíste a ese sujeto?

—Al principio no, pero entonces me mostró un ejemplo de la ciencia de Bolos.

—¿Qué tipo de ejemplo?

—Convirtió ante mis propios ojos un sestercio de plata en oro. Lo metió por el extremo de un artefacto y salió por el otro convertido en oro.

—¿Y de verdad creíste que había transmutado la plata en oro? —Varro sonaba incrédulo.

—Escucha, Varro: era oro. Sin duda alguna —gruñó Fabio—. Luego, me dijo que le diera mil sestercios de plata para que pudiera convertirlos en oro.

El cuestor no daba crédito a sus oídos.

—¿De verdad le diste mil sestercios de plata?

—No. Solo quinientos. Y, entonces, el fulano desapareció con mi dinero.

Marcio soltó una risotada.

—¡Quinientos sestercios! —Un tribuno militar cobraba cuarenta mil sestercios al año, mientras que un legionario solo novecientos. Fabio había entregado al estafador el equivalente a más de la mitad de la paga de un año de un soldado—. Fabio, pensaba que eras un simple —declaró Marcio—, pero ahora me lo has confirmado.

—Debes saber que tomé precauciones para que no me robara —replicó Fabio.

—¿Qué tipo de precauciones? —quiso saber Varro.

—Ese individuo me dio como prenda de garantía una participación escrita de una de las mayores granjas de cría de caballos de Siria que tiene contratos con el ejército y el hipódromo.

—Y, naturalmente —dedujo Varro—, ese escrito era una falsificación.

Fabio bajó la mirada.

—Sí —reconoció.

Marcio soltó otra carcajada.

—Una falsificación excelente, pero falsificación al fin y al cabo —suspiró Fabio—. El tal Alcibíades debía de tener un cómplice escriba.

—Fabio, todo eso se oía a kilómetros de distancia —comentó Varro meneando la cabeza—. ¿Cómo es posible que cayeras en una trampa tan obvia?

—¡Maldita sea, Varro! ¡En aquellos momentos, yo era el oficial de mayor graduación en Cesarea! ¡No pensé que nadie tuviera el valor de estafarme precisamente a mí!

—En eso precisamente confiaba tu timador —dijo Varro—. Los mejores estafadores apuntan a lo más alto. —Como magistrado, Varro hablaba por experiencia.

—Puse Cesarea patas arriba buscando a esa rata, pero ¿qué mejor modo de escapar que uniéndose a una comitiva oficial? Debo insistir en que reúnas a tu gente para una inspección.

—¿Qué aspecto tenía tu Alcibíades? Descríbemelo.

—Era griego. Un griego de buen vivir. Con su panza, calvo y de cara redonda. Además, tenía un lunar en la mejilla. Un hombre convincente con las palabras.

Varro y Marcio intercambiaron una mirada.

—¿Con un lunar, dices? —Varro se tocó la mejilla—. ¿Un lunar aquí?

Los ojos de Fabio se agrandaron.

—¡Lo tienes! ¡A que sí!

—No, pero encontrarás a tu hombre en las afueras de Maqueronte, en la cuneta de la carretera que conduce a Nabatea —le dijo Varro—. Su nombre no era Alcibíades, sino Aristarco, y era escriba de profesión. Sin duda fue él quien falsificó tu participación.

Fabio estaba radiante.

—¿En la cuneta de la carretera a Nabatea, dices? Ahora mismo envió un

destacamento de caballería para que lo prendan.

—No tengas prisa, Fabio. Aristarco no irá a ninguna parte.

—Solo lo lejos que el viento lo lleve —añadió Marcio secamente.

Fabio frunció el entrecejo.

—No os entiendo.

—Ese hombre está muerto, Fabio; muerto e incinerado. Alguien le rebanó la garganta para hacerse con su dinero, con tu dinero, Fabio. Al comprender que su delito sería descubierto si mi expedición se reunía con la tuya, huyó y se topó con un ladrón camino de Jericó.



Varro y Marcio habían vuelto a la empalizada para echar un último vistazo al anillo de fuego antes de irse a dormir. Fabio los había dejado entre las tiendas del campamento, sintiéndose tan tonto como realmente era, además de decepcionado por no haber podido vengarse del hombre que lo había timado.

—Todo encaja ahora —comentó Marcio echando la cabeza hacia atrás para contemplar las estrellas—. La verdad es que Aristarco era un mentiroso y un estafador.

—Aristarco sabía que era cuestión de días que diéramos alcance a la X Legión y a su tribuno, Fabio, que había sido su víctima. Por eso huyó de nuestro campamento.

—¿Crees que su huida tuvo que ver solamente con Fabio y la alquimia o también con su testimonio acerca de Pilato y el nazareno? ¿Cuánto debemos creer de lo que nos contó sobre los rumores que corrieron acerca de la conspiración en la ejecución del nazareno?

—¿Me preguntas cuánto hemos de creer de lo que nos dijo acerca del nazareno, de Longino, del boticario y de la pócima? No lo sé, amigo, mío. ¡Confiemos en que Matías ben Naum pueda responder a todo eso mañana!

## EL AGUJERO EN EL SUELO

*Bosque de Jarden, Idumea. Provincia romana de Judea.  
Mayo del año 71 d. C.*

La mañana había llegado y vestido la tierra con su manto azafrán. Todas las miradas estaban puestas en el bosque. En la tenue claridad del amanecer se vio a un solitario jinete que salía de la arboleda. Varro se ajustó el casco, se ciñó la mentonera e hizo avanzar su caballo. Al paso, encabezó la marcha entre las hileras de tropas con sus chisporroteantes antorchas hacia el distante jinete. Artímedes lo siguió a continuación, precediendo a Marcio y a Alieno. Publio, un joven trompeta de dieciséis años, de cabellos rizados y rubios, que llevaba su instrumento cruzado sobre el pecho, era el último del grupo.

El hermano de Miriam los esperó sentado en su montura. Cuando se le unieron en campo abierto, Jacob miró más allá del quinteto. Igual que un río que todo lo anegara, las tropas romanas salían del campamento a paso ligero y se extendían a derecha e izquierda tras el anillo de centinelas.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Jacob con suspicacia.

—Reforzar las líneas —contestó Varro—. Es una simple precaución. Si tu gente no nos engaña, las legiones no interferirán. ¿Nos espera Matías ben Naum?

Jacob volvió su atención hacia el cuestor.

—Sí. Nos espera.

Varro hizo un gesto con la cabeza hacia el bosque.

—Adelante, pues. Tú primero.

Jacob hizo dar media vuelta a su caballo y se dirigió hacia la espesura al trote.

—Alieno y yo entraremos primero —dijo Marcio, espoleando su montura.

El cuestor dejó que sus oficiales lo precedieran y los siguió de cerca con Artímedes a su lado. Igual que antes, el trompeta cerró la marcha. Sujetando las riendas con la mano derecha y la trompeta sobre su hombro con la izquierda, el joven miraba ansiosamente a su alrededor mientras el grupo se adentraba en la espesura.

Aminorando hasta ponerse nuevamente al paso, Jacob se metió por un estrecho camino que a duras penas permitía el paso de un carro. El sendero serpenteaba hacia el oeste. De dos en dos, los romanos siguieron al judío a corta distancia. El sendero ascendía hasta una elevación y después descendía hacia la izquierda, en el otro lado. No se distinguían señales de vida entre el follaje. Ni un animal se movió. Ningún pájaro agitó las alas en las ramas. Ningún rebelde asomó la cabeza.

Varro tenía los músculos en tensión y estaba dispuesto a defenderse a la primera señal de amenaza. Sin embargo, a pesar de sentirse más vulnerable que en cualquier

otro momento de su vida, mostraba una imagen de tranquila indiferencia. Tal como correspondía a un magistrado romano.

Tras un rato cabalgando, llegaron a un claro natural, más o menos redondo y de unos doscientos cincuenta metros de diámetro. La hierba había sido pisoteada y se veían los restos de numerosas hogueras repartidas a distancias regulares. Varro pensó que en ese claro seguramente había habido tiendas plantadas y fuegos encendidos, pero no apreció ningún movimiento en los árboles circundantes. En el centro del claro había un agujero ovalado, recién excavado, de unos tres metros de largo por uno y medio de ancho. La tierra de la excavación había sido arrojada a un lado y allí formaba un pequeño montículo.

Jacob desmontó en el borde del claro.

—¿Es este el lugar de reunión? —preguntó Marcio mientras sus compañeros se detenían tras él.

—Sí. Este es el lugar —confirmó Jacob—. Aquí desmontamos. —Se apeó del caballo, y Varro, imitándolo, saltó al suelo. Sus compañeros hicieron lo mismo con ademán precavido.

—¿Para qué es ese agujero del suelo? —preguntó Marcio. Con la mano izquierda sujetaba la funda de la espada de manera que solo tuviera que hacer un único y fluido movimiento con la derecha para desenvainarla rápidamente.

—Pronto lo verás —repuso Jacob.

—Seguramente pretende ser nuestra tumba —comentó Alieno con una torcida sonrisa.

—Escucha, Jacob, hemos venido de buena fe —dijo Varro, impaciente—. ¿Dónde está Ben Jairus?

Jacob señaló con la cabeza el extremo opuesto del claro. En ese momento, tres sujetos barbudos salieron de entre los árboles.

—Ese es Ben Jairus.

Ninguno de los rebeldes judíos llevaba cinto de armas ni armas en las manos. El del centro vestía una coraza con incrustaciones de plata, la armadura de un centurión al que había matado en el Santuario del Templo durante la batalla de Jerusalén. Aquel era Judas, hijo de Jair, líder de la segunda y última fuerza rebelde.

—¿Saben hablar? —preguntó Marcio—. ¿O es que son mudos?

—Debéis dejar vuestras armas antes de que Judas se avenga a hablar con vosotros —aclaró Jacob.

Varro negó con la cabeza.

—No. Primero quiero hablar con Matías ben Naum. ¿Dónde está?

—Mira en el agujero.

Los cinco romanos contemplaron la excavación del centro del claro. Desde donde se encontraban, ninguno alcanzaba a ver el interior. Varro ató las riendas del caballo en un arbusto cercano. Mientras los demás hacían lo mismo, el cuestor se acercó al agujero. Alieno se le unió rápidamente.

Marcio agarró a Jacob por la túnica.

—Tú vienes con nosotros —gruñó mientras lo arrastraba con él y caminaba en pos de Varro.

Artímedes y el trompeta se apresuraron a seguirlos.

Cuando el cuestor y Alieno llegaron al borde del pozo y se asomaron vieron que tenía una profundidad de unos dos metros y que una solitaria figura envuelta en una capa marrón se hallaba sentada en el suelo de tierra. El hombre era corpulento, de barba y cabellos grises y de piel muy bronceada. Al mirar hacia arriba y ver aparecer los rostros alrededor de su lugar de confinamiento, sonrió.

—¿Sois los romanos? ¿Habéis venido a interrogarme?

—¿Eres tú Matías ben Naum? —quiso saber Varro.

—Lo soy —repuso el hombre poniéndose en pie sin esfuerzo.

El cuestor miró al judío con una mezcla de interés y suspicacia. Había cruzado toda Judea para hallar a aquel hombre; no obstante, se sentía extrañamente poco emocionado por lo que veía. No había imaginado así a Ben Naum. Se había hecho la imagen de un hombre pequeño y ajado, pero aquel sujeto era alto y fuerte. El judío mantenía el brazo derecho pegado al pecho, como si lo tuviera lesionado.

—¿Cuál es tu ocupación? —preguntó Varro.

—Boticario —llegó la inmediata respuesta.

—¿De dónde eres?

—De Jerusalén. Señores, ayudadme a salir de aquí. Judas me metió en este agujero para que no escapara. Os doy mi palabra: si me ayudáis a salir no huiré.

—¿Y contestarás mis preguntas sobre la muerte del nazareno?

—Desde luego. Te diré todo lo que quieres saber. Ayudadme a salir, buenos señores. —Sonriendo abiertamente, el hombre tendió su mano izquierda hacia Varro; sin embargo, el cuestor, intuyendo que algo no encajaba pero incapaz de determinar qué, no se movió. El hombre se volvió hacia Alieno—. Dame tu fuerte mano derecha, amigo, y ayúdame a salir.

El decurión puso rodilla en tierra y, mientras sujetaba su espada con la mano izquierda, tendió la derecha.

—Cógete —ordenó.

El judío rodeó la muñeca del egipcio con su fuerte y grande mano en una presa de hierro.

—Tira de mí, señor —le urgió sin dejar de sonreír a Alieno.

Mientras el decurión se disponía a incorporarse para sacar al judío del pozo, Varro tuvo un sentimiento premonitorio. El hombre había tendido el brazo izquierdo porque parecía tener lesionado el derecho, y tenía agarrada la muñeca derecha de Alieno, el brazo con el que manejaba la espada. En ese momento Alieno no podía desenvainar su espada. Todos los soldados romanos se entrenaban en el manejo de la espada con la derecha y reservaban el brazo izquierdo para el escudo. Con aquel sencillo acto de sujetarle la mano derecha, el judío había dejado temporalmente indefenso al decurión.



No obstante, algo más inquietaba a Varro. Algo había en el judío que desmentía su autenticidad. Incluso suponiendo que el cuestor aceptara que un boticario podía ser alto y corpulento, la tez de aquel sujeto parecía fuera de lugar. Varro pensó que un boticario no solía trabajar al aire libre, sino que preparaba sus pócimas y ungüentos con su mazo, su almirez y el resto de instrumentos que le eran propios. Saúl ben Gamaliel, el boticario de Maqueronte, era de tez pálida, blanca como la leche. Sin embargo, aquel hombre estaba tan bronceado que su piel casi parecía cuero. ¡Aquel hombre se había pasado la vida al aire libre! ¡Aquel hombre no era boticario!

—¡Espera, Alieno! —gritó Varro—. ¡No es Ben Naum!

Justo cuando las palabras salían de los labios del cuestor, la mano derecha del judío, la mano que momentos antes parecía tener lisiada, desapareció bajo la capa. Una espada surgió de la escondida vaina. Brillaba como si fuera nueva: un gladio romano de legionario. Sesenta centímetros de cortante hoja de doble filo, con la habitual y distintiva punta afilada. Con el odio brillándole en la mirada, el sonriente judío lanzó un golpe hacia arriba.

—¡No! —gritó Varro.

Alieno no tuvo ninguna oportunidad de escapar a su destino. Cuando vio la punta de la espada acercarse echó la cabeza hacia atrás e intentó apartarse, pero la mano del judío parecía un cepo. En un desesperado e instintivo acto de autodefensa, el egipcio intentó sujetar la afilada hoja con su desnuda mano izquierda: Sus dedos alcanzaron la hoja justo cuando esta le alcanzaba el cuello. El judío clavó con todas sus fuerzas la espada en la descubierta garganta del decurión al tiempo que tiraba del brazo derecho de Alieno, ensartándolo aún más en la espada. La hoja penetró bajo la mandíbula; los ojos del egipcio se salieron de las órbitas, y abrió la boca en busca de aire. El judío desclavó el arma y contempló al soldado al borde del pozo. La sangre brotaba de la herida de Alieno. El hombre tiró de él, y el decurión se desplomó en el fondo del pozo. Alieno había tenido razón: aquel agujero iba a ser su tumba.

Un grito de victoria surgió de cientos de gargantas ocultas alrededor del claro. Varro alzó la mirada. Judas ben Jairus y sus dos colegas se habían arrodillado y escarbaban frenéticamente el suelo. En un abrir y cerrar de ojos se habían puesto en pie armados con espadas y escudos que habían desenterrado de sus escondites. Judas le sonreía malévolamente. Por todas partes, grupos de partisanos se abrían paso entre la espesura gritando a voz en cuello. La mayoría no contaba con el lujo de una armadura; muchos no llevaban espada, sino que iban armados con toscas lanzas, ramas de árboles cuyas puntas habían endurecido con fuego. Uno o dos iban equipados con arcos y flechas. Una vez en el claro, los rebeldes se detuvieron y permanecieron en silencio. Ocupaban todo el perímetro y rodeaban a los cinco romanos del mismo modo que las legiones romanas habían rodeado el bosque.

—¡Por Júpiter! —tronó Marcio blandiendo su espada—, ¡atreveos a tocarnos un solo cabello y sois hombres muertos!

—¡Sí, somos hombres muertos! —contestó a gritos Ben Jairus desde el otro

extremo del claro—. ¡Pero tendremos los cadáveres de unos cuantos oficiales romanos para adornar nuestras tumbas!

Los rebeldes corearon al unísono. Todos esperaban morir, y morirían felices si podían llevarse por delante a un cuestor romano, a un tribuno y a un decurión con ellos.

Viendo una oportunidad de escapar y volver con sus camaradas, Jacob se apartó bruscamente de Marcio, rodeó el agujero y corrió hacia Ben Jairus. Marcio corrió por el lado contrario del pozo para interceptarlo. Jacob, concentrado en su jefe, no vio llegar al tribuno. Marcio alzó la espada en plena carrera y le asestó un tajo diagonal de arriba abajo, como un latigazo. El borde afilado del arma alcanzó al joven en el lado derecho del cuello, justo bajo la oreja. Empujado por la fuerza del golpe del tribuno, el hierro se abrió paso por carne y huesos como si fueran mantequilla. Jacob alzó los brazos y cayó de bruces. Marcio se detuvo ante el herido. Jacob tenía la cabeza prácticamente separada del tronco. Sus brazos y piernas se estremecieron con los últimos estertores.

Se produjo un extraño silencio. Los sorprendidos judíos habían presenciado la ejecución sin decir palabra. Varro fue el primero en reaccionar. Se volvió hacia Publio, el trompeta que estaba a su lado con el horror pintado en el rostro, lo agarró por un brazo y le gritó:

—¡Toca, muchacho! ¡Toca «a las armas»! ¡No pierdas ni tu coraje ni tu aliento! ¡Toca!

—¡Sí, toca con todas tus fuerzas! —añadió Marcio—. ¡Toca como si quisieras que los dioses te oyeran!



El prefecto Quinto Crispo se hallaba de pie junto a su caballo. Tras él, el decurión Pompeyo y sus veintinueve vetones estaban también al lado de sus corceles, preparados para montar en perfecto orden. Ante Crispo se extendían las diez cohortes de la X Legión formadas en orden de batalla. A derecha e izquierda, lejos, tres mil quinientos soldados auxiliares de a pie, muchos llevando hachas, formaban un círculo que rodeaba el bosque tras las filas de la caballería montada.

Justo delante de Crispo, se encontraba el centurión Gallo con sus ochenta hombres de la IV Legión Escita. En diez compactas filas de ocho hombres, estaban preparados para adentrarse en el bosque con las demás fuerzas del general Basso cuando se diera la orden. El joven tribuno Venerio se mantenía junto a Gallo. A la derecha de Crispo, entre la última fila de la X Legión y las fortificaciones del campamento, estaba el carro del general Basso, cuyos dos caballos permanecían tranquilos mientras un sirviente sostenía las riendas de uno de ellos. El carro se encontraba vacío: poco después de que Varro y sus compañeros hubieran entrado en

el bosque de Jardes, el general había sufrido un nuevo ataque de dolor y había sido devuelto al campamento.

Crispo alertó el oído. El distante sonido de unas notas musicales flotó en el tranquilo aire de la mañana. Un toque de trompeta, débil, pero inconfundible. La llamada «a las armas» sonaba una y otra vez. Crispo se quedó helado. De repente, sintió miedo. No por él, sino por el cuestor. Se volvió hacia el decurión Pompeyo.

—¿Lo oyes?

—Lo oigo —repuso Pompeyo gravemente y asintiendo.

—¡Monta! —ordenó Crispo sin aliento.

Hostilis, el sirviente del cuestor, que se había mantenido cerca, observando y aguardando el regreso de Varro como todos los demás, llegó corriendo para ayudar a montar a Crispo. Tras este, los vetones subieron a sus caballos. El porta estandarte del destacamento cogió el estandarte clavado en tierra y lo alzó.

—¡En columna de a dos! —ordenó Pompeyo.

Mientras los jinetes se ordenaban por parejas tras Crispo y Pompeyo, varios jinetes llegaron a galope desde las primeras filas de la décima: el tribuno Fabio y su escolta.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —gritó Fabio al acercarse.

—Es la llamada de la trompeta —dijo Crispo, impaciente—. ¡Es la señal del cuestor pidiendo auxilio!

—Nadie va a entrar en ese bosque sin órdenes expresas del general Basso —dijo Fabio.

—¡Pero el general no está aquí! —repuso Crispo señalando el vacío carro—. ¡Tú puedes dar la orden en su lugar, tribuno! ¡No hay tiempo que perder!

Fabio negó con la cabeza.

—Las tropas solo entrarán en el bosque cuando el general lo ordene —declaró—. Y en estos momentos, el general se encuentra indispuerto. —Había una sonrisa de superioridad en el rostro del tribuno.

—Nosotros tenemos nuestras propias órdenes —intervino Pompeyo—, y provienen del cuestor Varro.

—¡Y yo os estoy dando otra! —replicó Fabio—. ¡No entréis en ese bosque! No hará falta que os recuerde que soy el oficial de mayor graduación aquí, y digo que tenemos que esperar órdenes del general Basso cuando esté en disposición de darlas.

Haciendo girar bruscamente su caballo, Fabio se marchó por donde había llegado, hacia la cabeza de la formación de la décima, con su escolta galopando tras él.

Crispo, perplejo, miró a Pompeyo.

—¡No puedo creerlo! ¡Ese cerdo!

—¡No podemos abandonar al cuestor! —contestó Pompeyo.

Crispo tomó una decisión.

—¡Espera aquí! —ordenó, y pasando las piernas por encima de la silla saltó a tierra. Sujetando la espada al cinto, Crispo corrió hacia la puerta del campamento.

De pie junto a sus hombres de la IV Escita, el centurión Gallo y el tribuno Venerio habían sido testigos de la conversación. Entonces, mientras Crispo corría hacia el campamento tan rápido como sus piernas se lo permitían, Gallo vio que una figura se lanzaba hacia el carro del general. El hombre, vestido con una túnica con rayas rojas, saltó al vehículo, cogió las riendas y azotó con ellas el lomo de los caballos. El sirviente que los sujetaba los soltó y se apartó cuando el carro saltó hacia delante. Gallo reconoció al conductor. Era Hostilis, el ayuda de cámara de Varro. Cuando el carro pasó ante los soldados de la IV Escita, Gallo se plantó ante los caballos y, sin mostrar temor a ser arrollado, los agarró por los bocados y los contuvo. Los animales, llevados por el impulso, lo arrastraron unos pocos metros y se detuvieron.

—¡Suelta, centurión! —gritó Hostilis, furioso—. ¡El cuestor está en peligro!

—¿Y qué pretendes hacer?

—En mi Britania natal aprendí a conducir carros —replicó Hostilis con firmeza—. Sé lo que estoy haciendo, centurión. ¡Apártate!

Gallo vaciló un instante. Luego, se volvió hacia Venerio, que estaba a unos pocos pasos.

—¡Sube al carro con el esclavo! —ordenó.

Venerio lo miró, horrorizado.

—¿Qué?

—¡Que subas a ese carro! —repitió Gallo—. ¡El cuestor me dijo que quería que tú dirigieras el rescate si era necesario!

—¿Te dijo eso? —preguntó Venerio, pálido de miedo—. ¿Estás seguro? A mí no me dijo nada.

—¡Maldita sea, tribuno de segunda! —maldijo Gallo—. ¿Estás perdiendo tiempo o acaso te propones desobedecer al cuestor?

Venerio tragó saliva. Muchas veces había deseado no haberse unido a aquella expedición, pero nunca tanto como en ese momento.

—¡Muévete, chico! —gritó Gallo.

Con las piernas como plomo y el cerebro embotado por el miedo, Venerio fue hacia el carro y subió tras el conductor.

Gallo soltó los bocados de los caballos y se apartó.

—¡Corre como el viento! —gritó a Hostilis.

Con un azote de las riendas y un grito de ánimo a sus corceles, el esclavo puso el vehículo en marcha. El carro avanzó tras las últimas filas de la X Legión. Cuando Hostilis vio entre las cohortes un paso que conducía directamente hacia el frente tiró de las riendas hacia la derecha. Los animales respondieron al instante. El carro giró bruscamente y cobró velocidad por la avenida.

Mientras Gallo volvía a ocupar su puesto en el extremo izquierdo de su destacamento, el *optio* Silio le preguntó desde la formación.

—Centurión, ¿de verdad dijo eso el cuestor? ¿De verdad te dijo que ese gallina de

Venerio dirigiera el rescate?

—Algo parecido —contestó Gallo intentando contener una sonrisa—. No puedo recordar las palabras exactas, pero estoy seguro de que eso era lo que el cuestor tenía en mente.

El centurión Gallo solo había tardado unas pocas semanas en lograr vengarse de Cayo Venerio.

En el carro, Hostilis iba aprendiendo sobre la marcha. Aparte de que tenían dos ruedas y eran tirados por caballos, los carros de combate britanos y las bigas romanas eran muy distintos. El carro que Hostilis había aprendido a dominar era abierto por delante, y él se arrodillaba en una plataforma de madera suspendida por tiras de cuero para conducirlo mientras un guerrero se situaba a su espalda. Los romanos solo utilizaban los carros por capricho personal o en las carreras. Abiertos por detrás, los costados subían a la altura de las caderas y se curvaban hasta cerrarlo por delante. Tampoco disponían de suspensión, y eran incómodos de montar y difíciles de controlar.

Pero, por muy incómodos que fueran, los carros romanos eran rápidos, muy rápidos, como Hostilis no tardó en comprobar para su satisfacción. Mientras iba a toda velocidad entre las filas de la X Legión, los escoltas del tribuno Fabio intentaron cortar el paso, pero se lanzó contra ellos y los dejó atrás. Más que intentar detenerlo, los hombres de las líneas auxiliares se apartaron para dejarlo pasar; algunos incluso alzaron sus jabalinas en señal de saludo, pensando que aquel oficial sin uniforme que conducía el veloz carro tenía que ser sin duda el mismísimo general Basso.

Hostilis no tardó en dominar el arte de conducir de pie. La técnica para hacer girar los caballos era la misma que había aprendido en su casa, en el reino de Icení, aunque tras el primer giro se dio cuenta de que el piloto también debía inclinarse hacia el interior de las curvas si no quería correr el riesgo de volcar el vehículo hacia el lado contrario. Equilibrio. Todo era cuestión de equilibrio. Pero su pasajero no cooperaba. Hostilis miró por encima del hombro. Un Venerio blanco como el papel se aferraba al pasamanos.

—¡Ponte en medio con las piernas bien separadas! —le gritó.

Venerio obedeció rápidamente y se sujetó a ambos lados del carro.

—¡Ten dispuesta la espada! —avisó Hostilis con la vista concentrada en los árboles que se acercaban rápidamente. Dirigió el carro hacia el mismo sendero que momentos antes había visto coger a su amo y no redujo la velocidad cuando se adentró en la espesura a pleno galope. Los caballos estaban en buena forma, entrenados y dispuestos. Galoparon por el estrecho camino entre los árboles haciendo volar fragmentos de tierra con sus cascos. Hostilis se volvió para mirar los petrificados ojos del joven tribuno.

—¡Tu espada! ¡Tu espada!

Las vidas de ambos dependían de la destreza de Venerio como espadachín. Este

asintió, embotado, y desenvainó la espada con una mano al tiempo que seguía sujetándose con la otra.

El camino inició una pendiente, y el carro llegó a lo alto a toda velocidad. Al coronar la cima, donde el sendero bajaba hacia el otro lado girando bruscamente a la izquierda, el carro se alzó por los aires justo cuando Hostilis vio el giro del sendero. Mientras se inclinaba todo lo que podía a la izquierda haciendo uso de las riendas, el carro tocó suelo con una rueda. El impacto hizo que se ladeara peligrosamente. En la parte de atrás, con la espada en una mano y sujetándose con la otra, desprevenido ante el golpe, Venerio salió despedido por los aires igual que un borracho es arrojado de una taberna. El carro se balanceó sobre una sola rueda y, una vez libre del peso de Venerio, se estabilizó y siguió su acelerada carrera.

Venerio dio una voltereta en el aire y cayó pesadamente de espaldas. El choque lo dejó sin respiración, y la espada se le escapó de los dedos. Aturdido y procurando recobrar el aliento, se quedó tendido unos instantes en medio del herboso camino mientras escuchaba la trápala de los caballos alejarse. Rodó a un lado y miró el sendero. No había rastro del carro, y pensó que Hostilis, ocupado en mantener el vehículo sobre sus ruedas, seguramente no se habría dado cuenta de que lo había perdido; o eso o el esclavo lo había dejado atrás deliberadamente.

Venerio se sentó y sintió que el miedo hacía presa en él. La cabeza le daba vueltas. Miró su alrededor. La espada estaba en el suelo, a tres metros de distancia. Tras ponerse trabajosamente en pie, caminó tambaleándose hasta ella y la recogió. Miró a un lado y a otro del camino y se preguntó si debería seguir la dirección del carro. El vehículo le ofrecía un veloz medio de escape, pero entonces se dijo que se dirigía hacia el bosque, hacia el enemigo. La seguridad se hallaba en dirección contraria, hacia las líneas romanas. Dio un paso hacia allí y sintió una punzada de dolor en la cadera derecha. Comprendió entonces que seguramente se había dislocado o roto algo en la caída. Maldiciendo su suerte, reanudó su retirada cojeando dolorosamente.

Al llegar a lo alto del montículo se detuvo de golpe. A unos trescientos metros de distancia, entre él y la salvación, los rebeldes judíos salían de entre los árboles y se cruzaban en su camino. Oyó un ruido en la espesura, a su izquierda, y se volvió bruscamente. Varios rebeldes armados con lanzas salían de la vegetación, mirándolo ferozmente. Venerio se dio la vuelta y empezó a cojear todo lo rápido que pudo en pos del desaparecido carro mientras gritaba:

—¡Hostilis! ¡Hostilis, vuelve!

La espesura se tragó sus gritos.

Más rebeldes surgieron ante él, rebeldes que sonreían y le hacían gestos para que se acercara. Venerio miró hacia atrás. El primer grupo con el que se había topado se le estaba acercando. El judío que encabezaba el grupo blandía su espada amenazadoramente.

Venerio, con sus dieciocho años, se dejó caer de rodillas en el suelo mientras

arrojaba la espada y rompía a llorar. Su cuerpo entero se estremeció con los sollozos.

—¡Dioses! ¡Ayudadme! —gimió.

Uno de los judíos llegó junto a él. Por el rabillo del ojo, Venerio vio el destello de la espada. Inclino la cabeza, cerró los ojos y se preparó para el golpe que esperaba que llegaría en cualquier momento.

—¡Por favor! —suplicó—. Yo no os deseo ningún daño. Soy Cayo Licinio Venerio. Soy el sobrino de Licinio Muciano, el hombre más poderoso de Roma aparte del César. ¡Os puedo pagar! —Se acordó entonces del valioso anillo ecuestre que llevaba en su mano izquierda—. Mirad, mi anillo... —Y empezó a quitárselo.

La espada, una antigua espada romana, cayó sobre el cuello de Cayo Licinio Venerio, sobrino de Licinio Muciano, y sajó la cabeza de los hombros del muchacho bautizado en nombre de la diosa del amor, Venus. El decapitado cuerpo se desplomó de costado. La cabeza, todavía con el ricamente adornado casco, rodó varios metros antes de detenerse. Los labios de Venerio seguían moviéndose.



El trompeta había hecho sonar «a las armas» al menos una docena de veces. Marcio había vuelto junto a Varro y los demás. Ambos tenían una espada en una mano y una daga en la otra. Artímedes y el trompeta se mantenían tras ellos. El petrificado trompeta seguía llevando el instrumento al hombro.

—¡Yo me ocuparé del muchacho! —dijo Marcio echando una mirada a los rebeldes del claro que empezaban a estrechar el círculo a su alrededor—. ¡Tú ocúpate del griego!

—Me gustaría que tuviéramos escudos —dijo Varro sin quitar ojo a los rebeldes más próximos, esperando que se lanzaran al ataque en cualquier instante.

—¿Estás preparado para intentar una salida?

—¿En qué dirección? —preguntó Varro.

—Hacia los caballos —repuso Marcio.

—Eso es lo que esperan que hagamos —replicó Varro.

—Sí, pero no montaremos, sino que seguiremos corriendo entre la confusión y a la velocidad de Mercurio escaparemos por el camino. ¿Conforme?

Varro decidió que eso era mejor que no tener plan alguno y que, al fin y al cabo, el camino conducía fuera del bosque.

—Conforme.

—Vosotros dos, agarraos a nuestros cinturones —ordenó Marcio— y no desfallezcáis.

Artímedes y el trompeta se sujetaron con fuerza a los cinturones de las espadas de los oficiales.

—Cuando tú digas —avisó Varro.

—¡Marte, Minerva y Fortuna, no nos abandonéis en este día! ¿Preparado, Julio?  
¡Ya!

Marcio y Varro, codo con codo y arrastrando a los otros dos con ellos, corrieron a toda velocidad hacia los caballos, de cuyas riendas se habían apoderado los rebeldes. Los judíos del claro soltaron un grito y corrieron hacia los fugitivos. Algunos les arrojaron lanzas, pero los proyectiles, mal apuntados, erraron su objetivo. También silbaron las flechas, pero demasiado alto para dar en el blanco.

Marcio corrió hacia un judío que estaba ante los caballos y que le lanzó su tosca lanza. El tribuno desvió sin dificultad el dardo y clavó su espada en el bajo vientre del hombre. El rebelde se desplomó sujetándose la barriga y gritando mientras Marcio y el trompeta pasaban corriendo por encima del caído.

Un judío con un escudo redondo y una espada corta se plantó ante Varro, blandiendo su arma furiosamente. El filo pasó, siseando, ante la nariz del cuestor, y este notó el aire que la hoja desplazaba. Llevado por el impulso de su carrera, Varro arremetió con su espada contra la cabeza del rebelde; le abrió el cráneo y sus sesos se desparramaron. El hombre cayó fulminado, muerto antes de tocar el suelo. Aquella era la primera vez que Varro mataba personalmente a alguien. Había enviado a hombres para que fueran ejecutados por otros hombres, había capitaneado tropas auxiliares que habían acabado con incursores germanos, pero nunca había asestado un golpe mortal con su propia mano. De joven se preguntaba qué sentiría al matar a un hombre. Ya lo sabía. No se sentía nada. Estaba tan concentrado en mantenerse con vida que el acto homicida simplemente no quedó registrado en su mente. En aquel instante, para él nada era más importante que conservar el aliento.

Marcio lanzó una estocada contra un joven rebelde que se interpuso en su camino alzando un escudo hecho de cañas. El golpe del tribuno se estrelló contra el escudo, que saltó hecho añicos. Marcio volvió a asestar un nuevo tajo y cortó el brazo del joven a la altura del hombro. El amputado miembro cayó al suelo mientras la sangre surgía a borbotones del muñón del hombro. Aullando de horror, el joven dejó caer su lanza, se agarró lo que le quedaba del brazo y escapó corriendo.

Ante aquel brutal ataque de los romanos, los rebeldes que se hallaban en el camino se apartaron a derecha e izquierda mientras arrojaban las armas para poder correr sin estorbos. Entretanto, los judíos que habían capturado los caballos de los romanos se los llevaron a la espesura para evitar que los fugitivos se apoderaran de ellos. Aquello hizo que, tal como había esperado Marcio, se abriera un hueco en las líneas de los rebeldes. El tribuno y el cuestor se lanzaron por él, arrastrando a Artímedes y al joven trompeta con ellos. Mientras corrían por el sendero, Varro miró por encima del hombro, más allá del jadeante Artímedes, y vio a Judas encabezando un grupo de unos diez perseguidores, decididos y fuertemente armados.

—¡No puedo correr más, cuestor! —balbuceó Artímedes, llevándose una mano al pecho, aminorando el paso y retrasando a Varro.

—¡Debes hacerlo! —gritó este—. ¡Sigue!



—¡No puedo...! —Mientras Artímedes hablaba, una tosca lanza de madera se le clavó en plena espalda. El secretario soltó el cinturón de Varro, trastabilló y se detuvo mientras con la mano derecha intentaba inútilmente llegar a la lanza que tenía clavada entre los omóplatos, como si de una astilla que quisiera quitarse se tratara. Mientras Marcio y el trompeta seguían corriendo, ajenos a lo ocurrido a Artímedes, el menudo griego miró a Varro, que también se había detenido. En sus ojos se leía una absoluta tristeza.

—Lo siento, querido muchacho —balbuceó antes de desplomarse en el suelo.

Dejando caer la daga para liberar una mano, el cuestor agarró el extremo de la lanza clavada en la espalda de su fiel secretario y tiró con fuerza. Dado que carecía de púas, salió sin dificultad. Tras arrojarla a un lado, Varro se agachó para poner en pie al secretario; al hacerlo notó que una flecha rebotaba en su armadura.

—¡Levanta, Artímedes! —gritó pasando el brazo bajo el cuerpo del griego. El secretario era un peso muerto, y su calva y reluciente cabeza se bamboleaba igual que la de una muñeca de trapo. Estaba inconsciente o muerto.

—¡Julio! —Era Marcio, que corría hacia ellos mientras envainaba su daga.

El trompeta se había detenido y observaba la escena mudo de horror.

—¡Deprisa, señor! —exclamó, aterrorizado al ver que ben Jairus y su grupo se aproximaban.

Varro intentó levantar al secretario, pero con un solo brazo no pudo. Marcio llegó junto a él.

—¿Está muerto?

—Espero que no.

El tribuno se pasó la espada a la mano izquierda; luego, cogieron a Artímedes por los brazos y echaron a correr mientras lo arrastraban. Publio se les unió cuando llegaron a su altura, pero apenas habían recorrido cincuenta pasos cuando un grupo de una veintena de rebeldes surgió de entre los árboles y les cerró el paso.

—No podemos abrirnos paso luchando si hemos de llevar al secretario —declaró Marcio.

—No pienso abandonarlo —zanjó Varro.

—Entonces tomemos posición aquí —propuso Marcio.

—Conforme.

Se detuvieron y depositaron al griego boca abajo en el suelo. Varro y Marcio se colocaron espalda contra espalda, el cuestor mirando al oeste y el tribuno al este.

—¿Y yo qué hago? —gritó el aterrorizado trompeta.

—¡Quédate con Artímedes! —dijo Varro. No podía aconsejarle otra cosa.

Los dos grupos rebeldes no tardaron en unirse y rodear a los romanos mientras intercambiaban comentarios en arameo, señalándolos y riendo.

—¿Qué dicen? —preguntó el tribuno, que los observaba y aguardaba con creciente tensión.

—¿Acaso importa? —repuso Varro.

—Seguramente no. Por curiosidad, Julio, he de suponer que el tal Ben Naum no existe, ¿verdad?

—Según parece, no. El tipo del pozo no era él, desde luego.

—Así, venir hasta aquí ha sido una pérdida de tiempo.

—Eso se diría.

Marcio se echó a reír.

—¡Pues yo no me lo habría perdido por nada del mundo!

—Estos últimos meses has resultado interesantes —comentó Varro.

—Ha sido un placer conocerte, cuestor.

—Esto aún no ha acabado, Marcio.

—Confiar en la suerte y rezar a la diosa Fortuna, ¿no es así?

En ese momento, de detrás de los rebeldes, por el este, llegó el sonido de unos cascos al galope. Los judíos de aquel lado del camino empezaron a apartarse, repentinamente asustados.

—¿Qué es eso? —preguntó Varro, que estaba de espaldas a lo que ocurría.

—La diosa Fortuna te sonríe, cuestor —contestó Marcio, radiante—. ¡Vamos!

Varro se volvió y vio el carro del general acercándose a ellos a toda velocidad hasta que se detuvo con los caballos encabritados. Varro reconoció entonces al conductor.

—¡Hostilis!

El britano hizo retroceder y avanzar a los caballos consiguiendo de ese modo que la imposible tarea de hacer girar el carro en el estrecho camino pareciera cosa fácil. En un abrir y cerrar de ojos, el carro quedó mirando en la dirección por donde había llegado, con la parte abierta de la plataforma orientada a Varro y sus compañeros.

—¡Deprisa, mis señores! —urgió Hostilis ansiosamente.

Entonces, al ver que el carro no tenía intención de arrollarlos y que no estaba acompañado de otros ni tampoco de caballería, como habían temido, los rebeldes recuperaron el coraje. Las lanzas llovieron sobre Hostilis, que se agachó sin sufrir daño. No obstante, el objetivo de los rebeldes era acabar con los oficiales romanos, por lo que se lanzaron contra ellos entre gritos. Varro esquivó y paró una lluvia de estocadas al tiempo que lanzaba tajos a un amasijo de rostros contorsionados. No tardó en quedar separado de Marcio. Una flecha pasó silbando junto a su oreja. Algo lo golpeó en la pechera de la coraza. Una espada rebotó en su casco al hacer una finta. De repente, notó una sensación lacerante en el brazo izquierdo. Viendo que en el suelo había un escudo redondo, se arrodilló para recogerlo. Una mano y su correspondiente antebrazo seguían sujetos a las asas, cortesía del anterior tajo de Marcio.

Un hombre de cabellos grises arremetió contra Varro. Este, olvidándose del escudo, se impulsó hacia delante y le lanzó una cuchillada en el estómago. El judío dejó caer su alto escudo romano y se desplomó. Cogiendo el caído escudo con la mano izquierda, Varro se puso en pie. Al hacerlo giró instintivamente sobre sí mismo

justo a tiempo de poder utilizar el escudo para parar un golpe de espada. Lanzó una estocada, a su agresor, pero falló. Lanzó otra y otra más. El rebelde dio media vuelta y huyó.

De repente, Varro se vio solo. Los cuerpos yacían por todas partes en la escena del combate. Marcio se hallaba a su derecha, luchando contra dos adversarios a la vez. También él había encontrado un escudo judío —pequeño y cuadrado, pero efectivo—. Publio, el trompeta, sangraba de una herida en la cabeza mientras intentaba mantener a raya a tres atacantes trazando frenéticos círculos ante él con su instrumento. Los golpes de las espadas rebotaban en el metal con hueco estrépito. Entre los dos combates, el cuestor vio un camino expedito hacia el carro, que seguía aguardando. Artímedes yacía donde lo habían dejado, pero su nuca se había convertido en una masa sanguinolenta por los golpes de una pica o una piedra. Si Artímedes no había muerto antes, sin duda lo estaba en ese momento. Varro se lanzó en ayuda del trompeta, pero en ese instante vio que una flecha atravesaba la garganta del muchacho. El joven Publio dejó caer su instrumento y cayó hacia atrás aferrándose el cuello. Un judío empezó a acuchillarlo con su espada.

Furioso por primera vez aquel día, Varro corrió contra el rebelde, gritando a pleno pulmón.

—¡Déjalo!

El hombre, inclinado sobre el cuerpo del trompeta, alzó la cabeza para ver la espada de Varro azotándole la cara. El golpe le abrió la mandíbula, y el hombre cayó de rodillas mientras se llevaba las manos al ensangrentado rostro. Varro se volvió hacia el carro. El camino seguía libre.

—¡Ahora, Marco! —gritó mientras corría—. ¡Ahora es el momento!

Marcio se había librado de un atacante atravesándole la boca. Al segundo consiguió derribarlo con su escudo, pero, en lugar de rematarlo, se apartó y corrió tras el cuestor. Varro trastabilló justo cuando alcanzaba el carro, soltó el escudo que llevaba y cayó literalmente en él. Al incorporarse vio que una flecha rota atravesaba el muslo de Hostilis. El esclavo le tendió la mano y lo ayudó a arrastrarse hasta la plataforma del carro. Marcio llegó corriendo, cubierto de sangre pero sonriente. No parecía herido, de modo que debía de tratarse de sangre del enemigo. Varro le tendió la mano.

—¡Loada sea Fortuna! —exclamó el sonriente tribuno que dejó caer el escudo y cogió la mano de Varro.

En ese momento, una flecha que le entró por la axila, justo sobre la coraza, se le clavó en el pecho. Marcio contempló el dardo que le sobresalía del cuerpo.

—¡Esto no formaba parte del plan! —dijo con incredulidad. Envainando la espada, cogió la flecha y la rompió, tirando el extremo partido. Miró a Varro y volvió a sonreír.

—No es nada serio —dijo—. Gracias a los dioses.

Su sonrisa desapareció, y Marcio se derrumbó en la trasera del carro.

Varro guardó su espada y arrastró a su amigo a su lado. Miró el camino y vio a Ben Jairus y a los suyos que se les echaban encima, vociferando y con las espadas en alto.

—¡Agarraos! —gritó Hostilis por encima del hombro azotando los caballos con las riendas. El carro salió lanzado hacia delante. Varro se sujetó con la mano izquierda mientras con la derecha agarraba a Marcio por la coraza para evitar que cayera. El tribuno yacía boca abajo, con los pies colgando del carro, que no dejaba de rebotar.

—Pronto saldremos de esta, Marco —aseguró a su amigo.

Marcio lo miró con ojos velados.

—Pronto saldremos de esta —repitió lenta y mecánicamente.

## LA MATANZA

*Bosque de Jardes, Idumea. Provincia romana de Judea.  
Mayo del año 71 d. C.*

Desnudo y ensangrentado, Marco Marcio yacía tendido en una mesa de la tienda del médico. Los ayudantes de Diocles lavaban el cuerpo del tribuno mientras el galeno observaba a su paciente con Varro a su lado. Marcio recobró el sentido y abrió los ojos.

—¿Puedes oírme, Marco? —preguntó Varro.

—Te oigo —contestó Marcio con voz débil—. ¿Qué ha pasado con los judíos? ¿Se han ocupado de ellos ya?

—Salieron del bosque tras nuestros talones y se lanzaron contra nuestras filas auxiliares. Cuando estaban agotados enviamos contra ellos a la décima. No sobrevivió ninguno, Marco. Murió hasta el último hombre.

—¡Locos! —repuso Marcio con un hilo de voz.

—No tienes de qué preocuparte: saldrás de esta —le aseguró el cuestor—. Tu herida no es mortal. —Varro carecía de conocimientos médicos y, por lo tanto, no estaba cualificado para realizar semejante aseveración. Se trataba más de una profunda esperanza que de una certeza.

—Es el médico quien me preocupa —contestó el tribuno—. ¿Está sobrio?

Varro sonrió. Al menos, su amigo conservaba su agudeza, lo cual no era necesariamente cierto en el caso de Diocles. El galeno estaba muy pálido y parecía temblar, leve pero perceptiblemente.

—Escucha, Diocles —dijo el cuestor en tono firme pero controlado—, si el tribuno muere, tú también. ¿Me has oído?

Diocles no apartó la mirada.

—No morirá —respondió con una voz temblorosa que no lograba inspirar confianza.

—Entonces, haz aquello que sabes hacer y salva a mi amigo.

Diocles ordenó a sus asistentes que pusieran a Marcio sobre su costado derecho. El tribuno gruñó de dolor cuando le dieron la vuelta. La sangre goteaba de la herida causada por la flecha rebelde cuya punta seguía teniendo incrustada en el costado, pero también de una segunda herida: una incisión cercana al punto de entrada de la flecha. Eso significaba que, en algún momento de la lucha, Marcio había recibido una lanzada. Diocles se miró las manos, que le temblaron momentáneamente, fruto de las semanas que llevaba sin probar una gota de alcohol, del rango y condición de su paciente y de la amenaza de Varro. Alzó los ojos a lo alto y murmuró una plegaria:

—Asclepio, hijo de Apolo, dios de la salud y protector de los médicos, da firmeza a mi mano y agudeza a mi vista para que pueda salvar a este hombre.

—¿Te ves capaz, médico? —preguntó Varro—. ¿Puedes hacerlo?

Diocles miró al paciente.

—No hay nada de qué preocuparse —repuso.

Acto seguido hizo un gesto a uno de sus ayudantes, que puso un apretado rollo de tela entre los dientes de Marcio. Otro ayudante lo sujetó por las muñecas y otro por los pies.

—Escalpelo —pidió.

Con el instrumento en la mano, Diocles vaciló un instante.

—Asclepio, no me falles —rogó a los cielos por última vez antes de empezar a hurgar en la herida.

La flecha había penetrado profundamente y tuvo que abrirse paso igual que una termita a lo largo de la irregular asta. Notó que su paciente se tensaba de dolor de la cabeza a los pies y supo que Marcio estaba mordiendo con todas sus fuerzas la almohadilla. Sin embargo, el tribuno no emitía ni un solo quejido. A su lado, Varro observaba todos sus movimientos.

Le llevó un buen rato, pero al final Diocles, sudoroso, consiguió extraer la flecha entera, que arrojó a un cubo. A continuación aplicó un unguento que sacó de una jarra en la herida.

—Vendas —pidió, jadeante.

Seguía existiendo el riesgo de que el paciente se desangrara hasta morir, de modo que el vendaje debía ser efectivo. En su mente, Diocles escuchó la voz del que había sido su primer maestro de medicina, Filemón de Atenas: «La fuerza de un vendaje viene determinada por la compresión y el número de pliegues o capas del apósito. En un caso, el vendaje determina la cura, en el otro contribuye a ella. Con este propósito, la regla que hay que seguir es esta: la fuerza de constricción ha de ser tal que evite que las partes adyacentes se separen —sin comprimirlas mucho, de manera que las partes puedan ajustarse pero no verse forzadas juntas— y también ha de ser leve en los extremos y lo menos posible en el centro».

Varro observó cómo Diocles rodeaba el torso de Marcio con un largo vendaje. El tribuno tenía los ojos cerrados.

—Marco... —llamó ansiosamente.

—Todavía sigo aquí —le llegó la susurrante respuesta. El rostro del tribuno se estaba poniendo colorado.

Varro dio un codazo al médico.

—Diocles, parece que le cuesta respirar.

—Es que también ha recibido una lanzada —contestó el galeno mientras seguía trabajando—. Puede que le perforara el pulmón izquierdo. Respirará más fácilmente dentro de un momento, te lo aseguro.

Unos minutos después, cuando el vendaje quedó terminado, Marcio fue puesto

nuevamente boca arriba y su respiración se hizo menos trabajosa.

—La flecha ha sido retirada; y la hemorragia, contenida —anunció Diocles.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Varro.

—Estamos en manos de los dioses, cuestor. Ruega para que la herida no se infecte.

Varro miró a su amigo.

—Eres fuerte, Marco. Saldrás de esta.

Con los ojos aún cerrados, Marcio asintió lentamente. Luego, dejó de moverse.

—Marco...

Diocles acercó el oído al pecho del herido.

—El tribuno respira. Ha vuelto a caer inconsciente, cuestor, a causa de la sangre que ha perdido, pero el cuerpo la repondrá de forma natural. Lo que ahora necesita es descansar.

Varro se sintió reconfortado.

—Sé que se recuperará —dijo con certidumbre.

Entonces vio a Hostilis, de pie, junto a él. La flecha rota sobresalía de su muslo derecho. El propio Varro también había sufrido una herida en el brazo de la que se disponían a ocuparse los ayudantes de Diocles.

—No. Atended primero a mi hombre, a Hostilis —ordenó.

Diocles ordenó al esclavo que se tumbara en la otra mesa de operaciones. Cuando el britano obedeció, el médico se dispuso a extraer los restos del proyectil.

Varro miró a Pitágoras.

—Hostilis me ha salvado la vida esta mañana —le dijo—, y también la del tribuno Marcio. Quiero que prepares los papeles para su manumisión. Debe serle concedida la libertad tan pronto regresemos a Antioquía.

Hostilis había escuchado la conversación.

—Gracias, mi amo —dijo antes de llorar de dolor cuando Diocles empezó a extraerle la flecha del muslo.

—Prepararé los documentos para que los selles, cuestor —dijo Pitágoras—. ¿Puedo preguntar si existe alguna posibilidad de que Artímedes sea hallado con vida?

—Artímedes ha muerto —respondió Varro con un suspiro—, lo mismo que Alieno y el joven trompeta. Los vi morir a todos ellos. —Entonces una idea pasó por su mente—. ¿Puede alguien decirme cómo es que Venerio estaba en el bosque? Cuando salíamos vi un cuerpo desnudo en el suelo, al lado del camino. Había perdido la mano izquierda y la cabeza, que estaba cerca, y juraría que era la de Venerio. ¿Cómo es que estaba allí?

—El tribuno Venerio se presentó voluntario al rescate, amo —dijo Hostilis antes de volver a gritar de dolor.

El esclavo sabía perfectamente que Gallo había engañado al joven tribuno para que subiera al carro, pero no veía sentido en desacreditar al tribuno muerto ni en poner en evidencia al centurión vivo. El esclavo no era de los que tomaban una

decisión sin sopesar antes los pros y los contras de sus actos.

—¿Se presentó voluntario, dices? —Varro estaba atónito— ¿Quién habría dicho que Venerio acabaría por encontrar su valor? ¡Vivir para ver!



Había caído la tarde, y Varro se encontraba sentado a la compacta mesa plegable de Artímedes, en su *pretoriurn*; estaba terminando la última de dos cartas. Hostilis le había llevado los instrumentos de escritura: la mesa, el marco de escribir, una caja con plumas y tinta y el sello del cuestor, que consistía en una representación de un barbudo Neptuno, el dios del mar, con su tridente. Se trataba del sello familiar, que había sido utilizado por primera vez por el abuelo de Varro después de haber servido a César Augusto como almirante. Aquel sello era la firma de Varro. En las cartas informaba a su destinatario de la identidad del remitente; en las condenas a muerte sellaba el destino del sentenciado; en los documentos de manumisión hacía libre a un hombre.

La primera carta que había redactado estaba dirigida a su madre; le decía que su favorito, Artímedes, había muerto. Al describir los acontecimientos de aquella mañana, Varro asumía toda la responsabilidad por la muerte del secretario y escribía que había llevado irresponsablemente a su tutor a una trampa y que tendría que haber conocido mejor a los rebeldes.

La segunda iba dirigida a la familia de Cayo Licinio Venerio, para informarles de la muerte del joven tribuno y explicarles que el muchacho había muerto valientemente para intentar salvar la vida a su cuestor.

En ese instante, Gallo entró en la tienda. Tras él iba uno de los centuriones de la X Legión.

—Pido disculpas al cuestor —dijo Gallo—. Creemos que hemos identificado el cuerpo del líder de los rebeldes. Ha sido encontrado con la armadura y el casco de un centurión romano. ¿Es este Judas ben Jairus, señor?

Mientras Varro alzaba la mirada, el centurión que acompañaba a Gallo levantó una de las picas que habitualmente remataban las empalizadas. En su extremo se hallaba pinchada la decapitada cabeza de un hombre moreno y barbudo de unos treinta años. El centurión tenía la mano roja de la sangre que había goteado del desgarrado cuello del muerto.

Varro contempló la testa, con sus ojos fijos y la ensangrentada y abierta boca, y reconoció el rostro del hombre que había capitaneado a los rebeldes en el bosque, aquella mañana.

—Sí, es Judas ben Jairus —confirmó con un suspiro antes de regresar a su redacción.

—Eso creíamos nosotros también —dijo el centurión de la décima—. Hemos



contado trescientos noventa y siete judíos muertos. En nuestro bando, aparte de tu tribuno de segunda y tu decurión, solo hemos perdido a diez hombres de la décima. Un precio insignificante.

Varro asintió sombríamente. Ya había visto suficiente muerte aquel día. Continuó escribiendo.

Gallo y su compañero intercambiaron una mirada, se encogieron de hombros y salieron llevándose su macabro trofeo justo cuando otro visitante entraba en la tienda.

Irritado por la nueva interrupción, Varro alzó la vista, ceñudo, y vio a Pedio ante él.

—¿Qué ocurre, lictor?

—Señor, pediste que Miriam fuera conducida a tu presencia.

Varro dejó la pluma a un lado. Aquello era algo que no le apetecía.

—Hazla entrar.

Pedio se retiró y regresó instantes después con Miriam.

—Puedes quitarte el velo si quieres —le dijo Varro poniéndose en pie.

—Así estoy perfectamente cómoda —repuso ella con altivez.

Varro la maldijo en silencio. ¿Por qué tenía que hacerlo todo siempre tan difícil? Aquella mujer lo confundía. Hasta ese momento no había conocido a nadie que lo irritara tanto y que al mismo tiempo lo hiciera sentirse tan benévolo. No le había propuesto que se quitara el velo por ninguna razón en concreto, sino simplemente porque le apetecía admirar su rostro. De todas formas no era importante. Rodeó la mesa de escribir y fue hacia ella.

—Esta mañana, tu hermano nos condujo al interior del bosque —le dijo. Esperaba alguna reacción de la muchacha, pero al no apreciar ninguna prosiguió—: nos llevó a una trampa. —Otra pausa sin reacción—. Artímedes ha muerto, lo mismo que Venerio y Alieno. Además, el tribuno Marcio ha sido herido, gravemente herido.

—Lamento saber lo del tribuno Marcio y los demás.

Varro creyó que el pesar de la joven era auténtico.

—¿Te has enterado, Miriam, de que todos los judíos que había en el bosque, todos, hasta el último, han muerto?

—Puede que Jacob haya escapado —replicó ella.

—Ha muerto también. —Había planeado decírselo con menos brusquedad, pero le salió sin pensar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Vi cómo lo mataban.

—¿Quién?

—Marcio.

Miriam no dijo nada.

—Tu hermano está muerto, Miriam. Lo siento, pero él se lo buscó.

—Si de verdad el tribuno Marcio ha matado a mi querido hermano —exclamó con ira contenida—, espero que también muera.

Varro suspiró.

—Lamento que pienses eso.

—¿Puedo irme ahora?

Varro volvió a su mesa y se sentó. Cuando alzó la vista, Miriam y el lictor habían desaparecido, y Hostilis entraba cojeando y llevando un aguamanil.

—Siéntate, Hostilis —le dijo bruscamente—. Descansa la pierna.

El esclavo dejó el recipiente y se sentó en el suelo.

Cuando Varro terminó la carta dirigida a la familia de Venerio, Hostilis se puso rápidamente en pie y llevó una lámpara de aceite para que su amo pudiera verter lacre en el dorso del documento. La cera formó un amarillento montículo con aspecto de ónice líquido.

—¿Desde cuándo sabes conducir un carro de caballos? —le preguntó Varro mientras aplicaba el sello de Neptuno a la cera caliente.

—Aprendí en mi juventud, amo, en Britania.

—Pues aprendiste bien, por suerte para mí.

—Cuando era más joven podía caminar por la percha con el carro en marcha y volver hasta el puesto de conducción sin perder el equilibrio ni el control del carro. —Aquel comentario demostraba una poco habitual locuacidad por parte de Hostilis.

Varro sonrió.

—Menuda hazaña —comentó, y se dio cuenta de que, a pesar de los años que hacía que tenía a ese esclavo como sirviente, sabía muy poco de su vida o su pasado. Lo cierto era que nunca hasta ese momento se había interesado lo bastante en preguntar—. Tu nombre en Britania no era Hostilis. Ese es tu nombre romano —comentó Varro mientras esperaba que el lacre se enfriase.

—Sí, amo. —Hostilis sopló sobre la cera para que se secara más deprisa.

—¿Y cuál era tu nombre antes?

—Mi nombre era Mordoc.

—¿Mordoc? ¿Tiene algún significado?

—«Hijo del mar», amo.

Varro parecía sorprendido.

—¿Por qué «hijo del mar»?

—Mi padre era pescador. Me estaba enseñando a serlo también cuando el maestro de caballerizas del rey Prasutagus se presentó un día en nuestro pueblo del mar de Levante y me eligió para ser conductor de carros al servicio del rey.

—¿Y por qué te escogieron?

—El maestro de caballerizas dijo que tenía aspecto de conductor de carros, aunque no sé qué significaba eso exactamente.

—Seguramente intuyó en ti el talento que has demostrado esta mañana al salvarme la vida, y también tu valentía. Cuando regresemos a Antioquía, además de la libertad recibirás cien mil sestercios por el coraje y la destreza que has demostrado hoy.

Hostilis miró al cuestor boquiabierto. Había pensado en la manumisión al apoderarse del carro del general, pero nunca se le había ocurrido que llegaría a recibir una recompensa material por rescatar sano y salvo a su amo.

—Eso es demasiado, amo —protestó.

Varro negó con la cabeza.

—Para un hombre como yo es una insignificancia. Naturalmente eres bienvenido si lo que deseas es permanecer a mi servicio, pero lo harías cobrando. De todas formas serás libre para escoger tu futuro. Podrías, por ejemplo, dedicarte a los negocios.

Hostilis lo miró con una expresión de sorpresa aún mayor.

—¿De verdad?

—Cómprate un barco de pesca, Hostilis —le dijo Varro con entusiasmo, dándole una palmada en la espalda—, o mejor toda una flota de barcos. Y si no, puedes unirme a los equipos de carros de carreras. —Sonrió—. Después de lo que te he visto hacer hoy, no hay razón para que no alcances fama y fortuna en los hipódromos.

Hostilis asentía. Esperanzas y sueños eran lo que más había faltado en su vida durante los últimos once años.

—Lo pensaré, amo. —Por primera vez desde que lo conocía, Varro vio sonreír a su esclavo—. Gracias, amo. —Y por primera vez en mucho tiempo, Hostilis se permitió pensar en su hogar natal y en su familia, al otro extremo del mundo.



Hostilis dormía en el suelo, bajo una manta, soñando con su futuro, pensó Varro mientras seguía escribiendo. El cuestor estaba redactando las alabanzas de los hombres que habían muerto en el bosque, los hombres cuyos cuerpos incineraría con la llegada del nuevo día. Artímedes, en particular, merecía sus mejores palabras y sus más sinceros sentimientos. Mientras permanecía sentado, con la pluma en la mano, su mente retrocedió a los últimos sucesos de su vida. Invariablemente, esos pensamientos tenían su propia pincelada de muerte. Vio el rostro del hombre al que había matado; vio cómo el horror se reflejaba en sus ojos, cuando su espada lo abatió, con la certeza de que iba a morir. Vio su espada hundirse en el estómago del judío de grises cabellos y también vio cómo su hoja destrozaba el rostro del asesino del joven trompeta.

Mientras los acontecimientos de aquellos minutos pasados en el claro y el camino volvían a él, Varro tuvo la impresión de que debía de haber matado a unos diez hombres y herido al menos a un centenar. Sin embargo, si lo analizaba, solo había acabado con uno y herido a un puñado. Si lo pensaba, parecía un verdadero milagro que esa mañana hubiera conseguido escapar con solo un rasguño en el brazo. Tres de los cuatro hombres que lo habían acompañado al interior del bosque estaban muertos,

y el cuarto luchaba por su vida. Por qué él se había salvado era algo que no podía explicarse.

Sus pensamientos regresaron con Artímedes. Su muerte parecía un verdadero desperdicio por lo innecesaria e inútil. En esos momentos todo indicaba que Ben Naum nunca había estado en el bosque de Jardes, y por tanto tampoco había muerto con los trescientos noventa y siete rebeldes pericididos aquella mañana dentro y fuera de la espesura. Fuera como fuese, el rastro que Varro había estado siguiendo terminaba en el bosque. Ya no tenía más testigos que perseguir, ni más pruebas que acumular. Él y su expedición debían dar media vuelta y regresar a Antioquía. De todas formas debía redactar su informe para el general Collega, un informe basado en rumores y habladurías que mayoritariamente procedían de testigos poco fiables. Desde luego, no era lo que había esperado. Un informe así no le satisfacía, y dudaba que satisficiera a cualquier persona razonable.



El humo surgió de la pira funeraria a sus espaldas mientras Varro y su escolta caminaban solemnemente y entraban por la puerta del campamento. Entretanto sus colegas se dispersaban, Varro, llevando las palabras de encomio que había leído ante la pira, caminó hacia el sector de los carros de su campamento acompañado por Pedio.

Filipo el Evangelista estaba sentado en el suelo, fuera de su tienda. Conversaba con Miriam y la joven Gemara que, al igual que él, estaban de piernas cruzadas, al sol. Cuando vieron que el cuestor y su lictor se acercaban, las dos mujeres se levantaron y ayudaron al anciano a ponerse en pie.

—Acabo de incinerar a quien fue mi tutor y secretario —anunció Varro tristemente—, y a todos los que murieron con él. —Fijó entonces su atención en Miriam—. También he enviado a Crispo al bosque, para que localice el cuerpo de tu hermano entre los cadáveres de los rebeldes y lo entierre. Crispo sabía cómo era la cara de tu hermano.

Miriam no contestó y para decepción de Varro se limitó a mirar hacia otro lado.

—Ahora regresaré a Antioquía —prosiguió el cuestor—. Tú, Filippo, serás puesto en libertad durante el camino.

—¿Tu investigación ha finalizado, cuestor? —preguntó el Evangelista.

—En efecto.

—¿Cómo se encuentra el tribuno Marcio?

—Ha pasado buena noche, pero sigue grave.

—¿Y el general Basso?

—Todo lo bien que se puede esperar dado su estado.

Filipo asintió gravemente y dijo:

—Hay una ciudad, no lejos de aquí, una ciudad de Nabatea. Se encuentra situada en la orilla sur del mar Muerto. En ella disponen de embarcaciones. Desde allí podrías llevar por mar al general y al tribuno hacia el norte y evitarles las penurias del camino. Después de eso, solo sería necesaria una jornada de viaje hasta Jerusalén. Sería para ellos mucho más cómodo que la ruta por tierra.

A Varro la propuesta le pareció sensata. Pensó que era posible que Filippo viera la travesía del mar Muerto como una manera de acelerar su regreso a Cesarea, pero, fuera cual fuese el motivo, el consejo tenía sentido.

—¿Y cómo se llama esa ciudad? —preguntó.

—Sodoma —repuso Filippo—. La ciudad se llama Sodoma.

## LOS PECADOS DE SODOMA

*Sodoma, reino de Nabatea.*

*Mayo del año 71 d. C.*

Los rayos del sol penetraban a través de las rendijas de los cerrados postigos de las ventanas de levante.

—Un nuevo día, Marco —dijo Varro en voz baja mientras su amigo abría los ojos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Marcio respirando con dificultad a pesar de yacer en una cómoda cama—. ¿Adónde me has llevado, Julio?

—Te encuentras en la casa de un mercader que hemos requisado, en Sodoma, en la orilla sudoeste del mar Muerto —repuso Varro que se sentó en la cama junto a su amigo, le cogió la mano y le enjugó el sudor de la frente con un paño empapado en vinagre.

Marcio asintió lentamente.

—¿El mar Muerto? —preguntó al cabo de un momento—. Muy apropiado.

—No vas a morir, Marco.

—¿Ah, no? —el tribuno sonrió levemente—. Todos tenemos que morir un día u otro, Julio. Yo moriré en Sodoma.

—No, no morirás aquí. Hoy te subiremos a un barco y te llevaremos a Jerusalén atravesando el mar Muerto. Allí estarás mejor. Esta desolada ciudad es demasiado húmeda y cálida. Hasta el aire es sulfuroso. Permanecer aquí sería perjudicial para la salud de cualquiera.

—¿Un viaje por mar? Suena interesante. Pero asegúrate de que el barco no se hunde, Julio. Podría ahogarme y ¿en qué situación nos dejaría eso? —Intentó reír, pero solo consiguió que una violenta tos sacudiera su cuerpo de la cabeza a los pies.

Diocles se movió rápidamente y, situándose en la cabecera de la cama, que había sido apartada de la pared, sujetó a Marcio por los hombros como si de ese modo pudiera aliviar los espasmos del tribuno.

—No debes reír —le advirtió cuando la tos hubo pasado.

—Ya lo has oído —le reprendió Varro—. Nada de reír.

—Desde luego, tiene razón —convino Marcio—. La muerte no es para tomársela a risa.

Diocles rodeó la cama y apoyó el oído en el pecho del tribuno. Podía oír los fluidos que se agitaban en las cavidades del único pulmón sano de Marcio. No era buen síntoma.

—No hay nada más que pueda hacer, cuestor —reconoció con, resignación tras

incorporarse—. Ya no está en mis manos.

Varro cogió la mano derecha de su amigo sujetándola por la muñeca.

—Has sido mi inquebrantable mano derecha, Marcio —le dijo intentando que su voz no dejara traslucir la emoción que lo dominaba.

—Siempre puedes encontrar otra mano derecha —contestó el tribuno.

—No como esta que tengo.

Marcio descansó en silencio unos minutos. Luego, habló lentamente, pronunciando las palabras entre pausas.

—¿No te conté lo del mendigo de Cesarea, el que curé de su cojera? Nos predijo, a Alieno y a mí, una muerte lenta y dolorosa. Ahí tienes una buena lección, amigo: uno nunca debería malgastar sus poderes milagrosos con mendigos.

—No debería hablar —avisó Diocles a Varro—. Es mejor que conserve sus fuerzas.

—¿Lo has oído? —comentó el cuestor—. Tienes que reservar tus fuerzas, Marcio.

—Ya lo he oído. Dile a ese idiota que no me quedan fuerzas que reservar.

—Tienes que descansar —lo apremió Varro—. Descansa, por favor.

—Pronto descansaré del todo. ¿Sabes, Julio?, hay una cosa que lamento.

—¿Cuál?

—Lamento no haberme llevado a la cama a esa joven esclava, a Miriam. Tú nunca lo harás porque en tu mente la has convertido en una diosa.

Varro sonrió.

—¿De veras, Marco?

—No es más que una mujer, amigo, solo una mujer.

Entonces se oyó la voz de Pedio.

—Cuestor...

Varro se dio la vuelta. Sus subordinados se hallaban en la habitación, con él; habían compartido su vigilancia desde el amanecer.

—¿Qué ocurre, Pedio?

—La muchacha, Miriam, desea ver al tribuno Marcio.

Varro arqueó las cejas en señal de sorpresa y se volvió hacia su amigo.

—¿Has oído eso?

Marcio asintió.

—¿Por qué no? —dijo—. Traedme a esa diosa.

Varro estuvo conforme y Pedio salió corriendo. Miriam, Gemara y Filippo se hallaban en el campamento instalado a las afueras de la calurosa y húmeda ciudad. Pasó media hora antes de que el lictor regresara. Entonces hizo pasar a Miriam a la habitación, y todas las cabezas se volvieron para verla entrar. Varro le indicó con un gesto que se acercara a la cama.

La joven se quitó el velo sin que nadie se lo dijera.

—He venido a ayudarte, tribuno —dijo contemplando a Marcio con una mirada llena de piedad.

—¿Cómo vas a hacerlo? —repuso él devolviéndole la mirada con ojos que bebían de su belleza—. ¿Vas a morir en mi lugar?

—Mostrándote el camino de la salvación. ¡Acepta a Jesucristo como tu salvador!

—¿Es eso lo único que tienes que ofrecerme? Esperaba algo mejor.

—Por favor, tribuno. Te lo ruego, deja que te llevemos hasta la orilla del mar, deja que Filipo te bautice y acepta a Jesús como tu salvador personal.

—¿Acaso va a salvarme en ese instante?

Ella se dejó caer de rodillas al lado de la cama.

—Puede salvar tu alma —contestó con un susurro.

—No es mi alma lo que me interesa, hermosa mía.

—¡Debes pedir perdón al Altísimo por haber asesinado a mi hermano!

La sonrisa de Marcio se desvaneció.

—¿Acaso tu dios perdonaría a los que han querido matarme?

—¡Claro que sí!

—Pues entonces tu dios es mucho más magnánimo que yo. —El buen humor de Marcio se había esfumado. Sonaba irritado. Intentó levantar la cabeza de la almohada, pero no lo consiguió—. ¡Yo no los perdono! ¡Ellos han intentado arrebatarme la vida!

—¡Tienes que pedir perdón! ¡Tienes que hacerlo!

—¡Ya basta! —terció Varro.

Cogiendo a Miriam del brazo, la obligó a ponerse en pie y la llevó hacia la puerta.

—Si este es tu modo de castigarlo...

—Lo único que deseo es que se salve antes de que sea demasiado tarde —dijo la joven mirando al cuestor con ojos llenos de convicción—. Si aceptara a Jesús...

—Se acabó —dijo Varro, enfadado, e hizo un gesto a Pedio—. Llévatela —le dijo—. No ha sido una buena idea.



Varro se hallaba sentado al lado de la cama de su amigo. La respiración de Marcio se había hecho entrecortada y trabajosa. Polícrates, el médico particular del general Basso, había ido a verlo y coincidió con Diocles en que el tribuno se encontraba demasiado enfermo para ser trasladado. Al enterarse de aquello, el general Basso canceló su plan de embarcar ese día rumbo al norte y decretó que solo se marcharían de Sodoma cuando Marcio estuviera recuperado. Parecía una actitud generosa, pero no tenía nada que ver con la generosidad. Lo que Basso esperaba era que su propio estado mejorase lo bastante para permitirle abandonar el plan de regresar a Jerusalén, que le había impuesto Varro, y poder marchar sobre Masada para liquidar a los últimos rebeldes como había planeado en un primer momento.

—Me lo pasaré estupendamente —dijo Marcio de repente, abriendo los ojos.



Hacía una hora que no hablaba, y su voz era en esos momentos un ronco susurro.

—¿Cuándo, Marco? —le preguntó Varro—. ¿Dónde?

—En los Campos Elíseos —murmuró el tribuno—. O en el reino de Hades.

Rechinando los dientes de desesperación, Varro contempló a su amigo luchando por conservar el aliento.

—Creo que, después de todo, voy a ir al gélido Hades —siseó Marcio al cabo de un momento.

—¿Por qué, Marco?

—Frío. Mucho frío.

Mientras Varro observaba, Marcio dejó de respirar. El cuestor aguardó, confiando y deseando ver el pecho de su amigo subir y bajar. Sin embargo, al cabo de un par de minutos comprendió que no sucedería. Dejó la mano de Marcio. Después, se levantó, se inclinó sobre la inmóvil forma del tribuno y le dio un beso en la muerta mejilla.

—Adiós, amigo mío —susurró.



Varro mandó que levantaran una pira funeraria en la ancha y plana azotea de la casa del mercader, donde Marcio había muerto, orientada hacia el pequeño puerto de Sodoma y a las aguas del mar Muerto. El cuestor leyó una larga oración funeraria en honor de su amigo. Era lo mínimo que podía hacer. El tribuno no tenía familia: la guerra civil le había arrebatado a parientes y familiares y lo había convertido en un huérfano. Aparte de las pocas almas reunidas en aquella solitaria azotea de Sodoma, no había nadie más que escuchara cómo Varro. Lo describía como el romano más honorable desde Marco Catón, como el más fiel lugarteniente desde Marco Agripa y como el más valiente de los soldados desde Marco Antonio.

Todos los miembros destacados de la expedición que habían sobrevivido se hallaban en la azotea para escuchar le elegía, del cuestor: Crispo, Gallo, Pompeyo y Silio representaban la rama militar; Pitágoras, Callido, Pedio, Antíoco y Diocles la civil. El tribuno Fabio y sus oficiales también estaban presentes. El general Basso, no. Su estado había empeorado. Tal como Varro le había comentado a Marcio, Sodoma no parecía un lugar saludable. Aun sabiendo que Miriam había irritado a su amigo en su lecho de muerte, el cuestor también había invitado a la joven y a Gemara porque sabía que Marcio les tenía cariño. Mientras Varro se alejaba hacia la escalera que conducía a la planta baja de la casa, y mientras Hostilis y los sirvientes de Marcio encendían la pira, Filippo, que había acompañado a las dos mujeres, se le acercó y lo tomó del brazo.

—Cuestor, Miriam quiere decirte algo, en privado —dijo el Evangelista—. ¿Te importaría escucharla? Me harías un favor.

Varro utilizaba la espaciosa planta baja como despacho y dormitorio, y allí se

retiró inmediatamente después del funeral. Se quitó la toga ceremonial y se la entregó a Hostilis. Vestido con una simple túnica ceñida en la cintura, se estaba lavando las manos y la cara cuando Filipo apareció acompañado de Miriam y Gemara.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó bruscamente Varro mientras se secaba las manos en la toalla que Hostilis le proporcionaba.

Miriam asintió.

—Sí, cuestor, pero lo que tengo que decirte es solo para tus oídos.

Varro, que no estaba de humor para que le dijeran lo que debía hacer, frunció los labios mientras consideraba la posibilidad de despachar a la joven con viento fresco.

—Por favor —insistió ella—. Es importante. Importante para ambos.

Varro se encogió de hombros.

—Si no hay más remedio... Pero solo un momento —concedió antes de hacer un gesto a Hostilis para que saliera.

El sirviente se marchó rápidamente llevándose a Filipo y a Gemara a la habitación contigua y cerrando la puerta tras él.

—Mi amo os mandará llamar —informó al Evangelista tomando la posición de un centinela ante la entrada y cruzándose de brazos.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Varro fulminó a Miriam con la mirada.

—¿Y bien? Date prisa. Tengo muchos asuntos de los que ocuparme antes de que nos marchemos de Sodoma.

Ella se quitó el pañuelo de la cabeza dejando que sus brillantes y negros cabellos cayeran sobre sus hombros.

—Debo pedir disculpas —empezó a decir.

—¿Ah? —Varro estaba sorprendido—. ¿Disculpas?

—Estuvo mal por mi parte desear la muerte del tribuno Marcio —dijo Miriam dando un paso al frente para acortar la distancia física y emocional que los separaba.

—Sí, estuvo mal —repuso él secamente—. Muy mal.

—Estaba destrozada por las noticias de mi querido hermano. Confío en que me perdonarás y en que el Altísimo también. Como Filipo me ha hecho ver, fue voluntad de los Cielos que mi hermano muriera. Al desear venganza cedí a una debilidad humana. Jesús no...

Impaciente, Varro la interrumpió.

—El deseo de venganza es algo natural. ¿Es eso todo lo que tenías que decirme?

—La venganza es para los pecadores. Perdonar a sus enemigos es la mayor de las bendiciones.

—En cuanto a mí, Miriam —repuso Varro con creciente irritación—, no puedo perdonar a los judíos que me engañaron para que fuera a aquel bosque y que después mataron a cuatro de mis compañeros. —Su voz se hacía más aguda y alta por momentos—. Entre ellos, mi mejor amigo y el hombre que fue mi mentor desde que yo era pequeño.

—Haría falta gran valor para perdonar tan terrible acto, pero tú lo tienes, cuestor.

Créeme, tú tienes ese valor.

—¡Un secretario que era incapaz de hacer daño a una mosca! ¡Un trompeta que no era más que un niño! —El enfado del cuestor aumentaba por momentos mientras paseaba de un lado a otro abriendo y cerrando las manos con fuerza—. ¡Vi cómo los mataban ante mis propios ojos, desarmados y sin haber deseado mal alguno a sus enemigos! ¡Solo gracias a la lealtad y al valor de mi sirviente pude escapar al mismo destino!

—Fue la voluntad de Dios. Quizá te tiene algo reservado.

Varro se encaró con Miriam.

—¿Ah, sí? ¿Cómo puede un dios en quien no creo tener planes para mí? —Su ira, que normalmente afloraba despacio y le resultaba fácil de controlar, surgía violentamente, avivada por la pena y la frustración—. ¿Se puede saber qué tonterías estás diciendo?

Ella lo miró a los ojos.

—Acepta que lo que tiene que ser, será. Dios así lo ha dispuesto.

—¿Estás diciendo que tu dios quiso las muertes de Marco, Artímedes y los demás? ¿La muerte de tu hermano? —La sujetó por los hombros y empezó a zarandearla como si de ese modo pudiera inculcarle cierta sensatez—. ¿Es eso lo que estás diciendo, que tu dios los quería muertos?

Miriam no respondió. Su serenidad, su seguridad en sí misma y la certeza de sus creencias fueron suficientes para alterar a Varro aún más.

—¿Cómo puedes creer en un dios tan malvado? —preguntó el cuestor zarandeándola igual que un demente—. ¿Cómo? ¡Dímelo! —Podía notar el aliento de la chica en el rostro, cálido y suave—. ¡Tu dios infernal se ha llevado a los seres que amaba! —rugió—. ¡Después de engañarme, tu gente rompió su palabra! ¡Mataron a mis amigos! ¡Maldito sea tu dios! ¡Maldita sea tu gente y maldita seas tú!

En lo que a Varro concernía, aquella malhadada expedición se había convertido en una búsqueda sin sentido. No había logrado más que desgracia y muerte y se veía impotente para cambiar el curso de los acontecimientos.

Lo invadió un sentimiento que no pudo comprender ni dominar. En su furia se vio presa de dos deseos simultáneos: el de castigar a Miriam y el de poseerla allí mismo. Abandonando toda contención se dejó arrastrar.

—¡Maldita seas! —exclamó mientras la atraía hacia él.

Miriam intentó resistirse.

—¡No! —fue su ahogado grito. El pañuelo se le cayó de las manos mientras forcejeaba.

A modo de respuesta, Varro le pasó un brazo por la espalda y la estrechó contra sí. Su boca se deslizó desde los labios de ella por la suave y morena piel de su hermoso cuello. Cuanto más se debatía ella, con más fuerza la sujetaba él. Julio Varro era un hombre corpulento, y ella, que apenas abultaba la mitad que él, se hallaba en su poder.

—¡No! —jadeó—. ¡Por favor, esto está mal! —dijo intentando salir del trance apelando a la razón—. ¡Sabes que está mal! —Pero Varro, desoyendo cualquier razonamiento, no le prestó atención. Por un momento, Miriam pensó en pedir ayuda, pero no era más que una esclava. En el mejor de los casos, no le harían caso; en el peor, Varro podía ordenar que la castigaran—. ¡No, tú no quieres que esto ocurra así! —gritó, desesperada ya y deseando que apelando a su corazón pudiera devolverle la cordura. Sabía que Varro estaba enamorado de ella. Lo sabía desde hacía meses.

—¡Silencio! —gruñó el cuestor con voz casi irreconocible mientras la arrastraba hacia la cama del rincón.

—¡Por favor...! —gimió ella—. ¡Por favor, no lo hagas!

Varro le agarró el ligero vestido de hilo con una mano e intentó subírselo sin más ceremonias; pero, estrechamente juntos como estaban, la ropa no cedió. Maldiciendo por lo bajo, la empujó hacia atrás, y ella cayó de espaldas en la cama. Durante unos segundos, Varro la contempló, echada encima del cobertor, frágil, indefensa, mirándolo con el miedo reflejado en los ojos. Entonces se desabrochó el cinturón y lo dejó caer al suelo.

—¡Esto es ni más ni menos lo que mereces! —gruñó antes de inclinarse y arrancarle la ropa con tanta violencia que el vestido se desgarró.

Mientras echaba los jirones a un lado, Varro se detuvo un instante para contemplar la visión que se abría ante sus ojos. Miriam se hallaba total y espectacularmente desnuda. Su firme, curvilíneo e inmaculado cuerpo brillaba como si lo hubieran aceitado. Sus pechos eran firmes y redondos; los pezones, de oscuro color chocolate. Su vello púbico era abundante y negro como la tinta. En cuanto a las piernas, las mantenía tozudamente cerradas, pero aquella última defensa no iba a detenerlo. Varro se inclinó y se las abrió con ambas manos, igual que habría apartado la rebelde rama de un olivo joven para poder llegar a los frutos en tiempo de cosecha.

Miriam no emitió sonido alguno, pero sus ojos hablaban por ella del miedo que la invadía ante lo que se avecinaba y de la decepción que sentía por Varro. Él se quitó la túnica por la cabeza y la echó al suelo revelando un cuerpo musculoso, un pecho bien perfilado y su absoluta disposición a poseerla. Miriam ya había visto a hombres desnudos en carne y hueso —¿qué esclava no?—, pero, en el protegido entorno del palacio de la reina Berenice, nunca había visto a un hombre en plena excitación. El erecto pene de Varro la sorprendió y la asustó. En ese momento Varro estaba encima de ella, aplastándola con su peso y haciendo que su respiración fuera rápida y entrecortada. Cogiéndola por las muñecas, le echó los brazos hacia atrás. De nuevo, su boca encontró la de ella. Miriam cerró los ojos y dejó que los besos la cubrieran. Pero sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando, con un jadeo, notó que él la penetraba y se abría paso en su cuerpo. Lloró de sorpresa y dolor mientras su himen se desgarraba. Lágrimas de tristeza se deslizaron por sus mejillas.

Varro empezó a empujar, hacia dentro y hacia fuera, con el rostro contraído, y Miriam se aferró a su espalda, con la cabeza recogida junto a la de él. Sin embargo,

rogó para que aquello terminara lo antes posible. Las arremetidas de Varro se hicieron más urgentes; su respiración, más entrecortada. Súbitamente, arqueó la espalda y dejó escapar quejumbrosos gemidos de placer. Incapaz de resistir el deseo de atraerlo hacia ella, Miriam se aferró a sus brazos. Él se tensó, se estremeció de la cabeza a los pies, dejó escapar un grito y se desplomó torpemente encima de ella.

Permaneció así unos instantes, respirando pesadamente y goteando sudor antes de apartarse y yacer a su lado hasta que su respiración recuperó la normalidad. Varro no la miró, y tampoco ella a él; se levantó, recogió el desgarrado vestido y se lo arrojó.

—Vístete —ordenó, enfadado no con ella, sino con él.

Le dio la espalda mientras recuperaba la túnica y se la ponía, abrumado por la vergüenza de haberla forzado e incapaz de mirarla, no fuera que viera la culpa reflejada en su rostro.



Una espesa niebla rodeaba a Varro y a Callido mientras caminaban por la playa hacia las embarcaciones que aguardaban. Mientras avanzaban, Varro se frotó las manos para eliminar los últimos restos de ceniza que se adherían a la piel. Acababa de pasar sus últimos minutos en Sodoma arrojando las cenizas de su amigo al mar Muerto desde un promontorio situado un poco más lejos en la orilla.

—Según los sodomitas, señor —dijo Callido mientras proseguían—, esta niebla sobre el agua suele durar bastante rato en los meses cálidos; a menudo, hasta bien entrado el día. —El liberto se alegraba de iniciar el viaje de vuelta a Antioquía y a su querida Priscila—. Dicen que tiene algo que ver con la sal de las aguas. —Entonces, una idea cruzó por su cabeza—. Señor, después del funeral del tribuno Marcio, ayer, se me ocurrió que ya teníamos explicación para el significado de tu sueño, el sueño donde salía el carro.

—¿Ah, sí?

—Pues sí, señor. Está claro que se trataba del carro del general Basso. Las figuras de negro eran los que murieron contigo en el bosque, y el conductor del carro era el tribuno Marcio.

—El conductor no se parecía en nada a Marcio —replicó escuetamente Varro.

—¿Ah, no? ¡Vaya!

Seis embarcaciones estaban embarrancadas en la estrecha playa en forma de media luna. La séptima había partido el día anterior con tal de disponer lo necesario para que el grupo principal fuera recibido con caballos y literas en la costa norte. Cada nave iba equipada con doce remos. Destinado por el general Basso a una de ellas, Varro había ordenado al centurión Gallo que le enviase a doce de sus hombres para hacer de remeros, y había escogido a Callido, Pitágoras, Pedio, Miriam, Gemara, Filipo y Hostilis para que se apretujaran en la embarcación con él y los remeros. Su

grupo se encontraba reunido y esperando cuando Varro regresó del promontorio con su liberto.

El rubio prefecto Crispo se encontraba junto a los demás. A él le iba a corresponder la tarea de conducir el resto de la columna por tierra hasta Jerusalén. Como otras veces, los expedicionarios marcharían con las fuerzas del general Basso, que en esos momentos mandaba el tribuno Fabio. El grupo tardaría unos siete días en completar el trayecto. En cuanto a la expedición marítima, si encontraban el mar en calma, podían estar en Jerusalén aquella misma noche tras viajar el día entero.

Varro le tendió una mano sucia de cenizas.

—Cuida de nuestros hombres, Quinto —le dijo—. Nos veremos dentro de siete días, en Jerusalén.

—Puedes confiar en mí, cuestor —repuso vivamente Crispo, estrechando la mano de su superior—. Te deseo que tengas un viaje tranquilo.

Varro ordenó a su grupo que embarcara. A su orden, los remeros empujaron la nave dentro del agua. Diez legionarios ocuparon su lugar a bordo mientras otros dos mantenían inmóvil la embarcación, a la par que Varro recorría la playa hacia los otros botes. Cuatro de ellos llevaban al general Basso y a su personal; el quinto cargaba con las provisiones. Una cama no muy distinta de una litera cubierta estaba dispuesta en una de las naves. Varro apartó los cobertores y miró. En ella yacía Basso, pálido y sudoroso. Tenía los ojos cerrados. Polícrates, su médico de cabellos plateados, estaba sentado junto a él.

—¿Y el general? —preguntó Varro.

—Débil, cuestor —repuso el galeno con expresión seria—. Muy débil.

Al oír las voces, Basso abrió los ojos y volvió la cabeza hacia el cuestor.

—Di a César que estoy cumpliendo con mi deber —dijo antes de cerrar los ojos.

Varro miró a Polícrates con aire interrogador. El médico hizo un gesto de impotencia.

—Delira —confesó—. No sabría decir quién ha creído que eras. A mí me confunde con su mujer.

Varro asintió.

—Tu nave debería ir la primera —propuso—. Yo cerraré el grupo.

Varro caminó de regreso a su embarcación a través de la espesa y pegajosa niebla y subió por la proa. Mientras tomaba asiento ordenó:

—¡Empujad!

Los dos legionarios que estaban en la orilla empujaron el bote hacia aguas profundas y subieron. Estaban estrechos. No había asientos para todos. Miriam, Gemara y Hostilis se acurrucaban en el suelo de cuadernas entre los pasajeros sentados y los remeros. Miriam daba la espalda al cuestor. Varro, que arrastraba su vergüenza igual que una capa apestosa y sucia, se alegró de no tener que mirarla durante el trayecto.

—Preparados para remar —avisó.

Mientras los remeros colocaban los remos, miró a su izquierda, a las cinco sombras envueltas en la niebla. Cuando las demás naves se pusieron en marcha y desaparecieron en el gris vacío, ordenó:

—¡Ahora! ¡Todos juntos!

Los doce legionarios hundieron sus remos en el agua, y la embarcación empezó a deslizarse por la cristalina superficie, siguiendo las ondas de la estela de los botes precedentes.

De pie en la playa, Crispo observó cómo desaparecían en la niebla. Podía oírlos incluso después de que hubieran sido engullidos por la bruma; oía el chapoteo de los remos y las salpicaduras del agua; oía las voces sin cuerpo, flotando en la superficie del agua, fantasmagóricas y huecas. Cuando la embarcación del cuestor se hubo perdido de vista, el prefecto dejó escapar un largo suspiro y se dirigió playa arriba hacia la expedición que lo aguardaba al otro extremo de la ciudad. Crispo envidiaba a sus compañeros en los botes; no le apetecía realizar el trayecto por tierra.



Nadie hablaba en la sobrenatural quietud. Los pasajeros permanecían sentados y con la cabeza agachada, envueltos en sus capas, que les protegían del húmedo aire. De vez en cuando, alguien tosía o carraspeaba cuando el salitre penetraba en su garganta. El sudor corría por los desnudos y atezados brazos y piernas de los legionarios que manejaban los remos con precisión.

Cuando llevaban una hora remando en la niebla, manteniendo la costa a la izquierda y la embarcación precedente a la vista, envueltos en el silencio salvo por las rítmicas salpicaduras de las palas, una voz irreal llamó desde la distancia.

—¡Alto todos!

Los pasajeros alzaron las cabezas, y los sudorosos remeros se detuvieron. Aunque la embarcación de Varro empezó a quedar atrás, siguió deslizándose por las quietas aguas, con los remos alzados, como impulsada por una fuerza mágica.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien entre el grupo del cuestor.

—¡Cuestor! —llegó nuevamente la lejana voz—. ¡Cuestor Varro, por favor, acércate a la barca del general! —Era la voz del médico particular de Basso.

Varro ordenó a sus hombres que siguieran remando. Lentamente, dejaron atrás las cuatro barcas que los precedían. Los pasajeros de aquellas naves, que surgieron brevemente de entre la niebla y que tenían el aspecto de almas fantasmales cruzando la laguna Estigia en su viaje al inframundo, lo observaron pasar. Cuando llegó a la altura de la embarcación del general, que se balanceaba en el agua con los remos en alto, su silueta se materializó igual que un espejismo en el desierto: primero las formas del casco y después, la toldilla.

—¿Por qué me habéis llamado? —preguntó Varro mientras las barcas

entrechocaban con el sordo golpe de la madera contra la madera—. ¿Queréis que atemos los botes unos a otros para que no se extravíen en la niebla?

—No —llegó la respuesta. El rostro de Polícrates surgió de debajo de la toldilla, a escasos centímetros de Varro.

—¿Qué ocurre entonces, galeno?

—El general Basso ha muerto.



## LAS DOS ESPADAS

*Cesarea, capital de la provincia romana de Judea.*

*Junio del año 71 d. C.*

¡La brisa marina! ¡La fresca, maravillosa y limpia brisa marina! En la lejanía, a los pies del cuestor, que se hallaba en una de las terrazas de la ciudadela, el puerto de Cesarea era un hervidero de actividad. Podía oír las risas de los trabajadores, y le llegaba el olor del pescado recién descargado en los muelles. Más allá, en las resplandecientes aguas del Mediterráneo llegó a contar las hinchadas velas de al menos diez grandes navíos, entre barcos mercantes y de guerra. ¡Qué diferente era todo aquello de la sepulcral atmósfera de Jerusalén, de los ensangrentados senderos del bosque de Jardes y del salobre ambiente de Sodoma! Sin embargo, también le inspiraba tristeza. La última vez que estuvo en aquella terraza tenía a Marco Marcio a su lado y Artímedes seguía vivo. A pesar de todo, Varro estaba seguro de que ambos lo perdonarían si lo vieran disfrutando de su regreso a Cesarea. El cuestor tomó otra bocanada de brisa marina; luego, dio media vuelta y regresó a sus aposentos en el interior de la blanca fortaleza. Pitágoras, el secretario, se hallaba sentado a la mesa de escribir, con la pluma dispuesta, aguardando que Varro prosiguiera su dictado.

Dos días atrás, el cuestor había empezado a redactar su informe sobre la muerte de Jesús de Nazaret. Se trataba de una tarea compleja teniendo en cuenta la cantidad de rumores y habladurías; pero, aun así, Varro intentaba plasmar de un modo lo más coherente posible todo lo que había averiguado. Él y Pitágoras empezaron extendiendo todas las tablillas de cera con los testimonios de los distintos informadores y ordenándolas por temas: prearresto, arresto, juicio, ejecución y posejecución. Partiendo de ahí, empezó a dictar al secretario sin dejar de caminar arriba y abajo por la estancia mientras Pitágoras trabajaba con tablillas de cera fresca. De vez en cuando, Varro hacía una pausa y ambos consultaban las notas para refrescar la memoria sobre algún punto concreto antes de que el cuestor reanudara su dictado. Varro tenía planeado pasar algunos días más allí, trabajando en su informe, antes de emprender el regreso a Antioquía y acabar de pulirlo durante el trayecto.

Su idea era tomar la ruta de la costa hacia el norte. El nuevo procurador de Judea, Lucio Liberio Máximo, un hispano bajito y de rostro redondo, antiguo esclavo del emperador Oto, le recordó que en aquella ruta se alzaba el santuario de Apolo del monte Carmelo. Liberio recomendó al cuestor que lo visitara y pidiera al sacerdote de Apolo una predicción sobre su futuro. Se decía que aquel sacerdote poseía notables poderes como oráculo, y era tan ampliamente conocido que había predicho el destino de Vespasiano antes de que este se convirtiera en emperador. Sin embargo, Varro no

estaba seguro de querer saber cuál era su futuro. ¿Y si su vida iba de mal en peor a partir de esos momentos? Tal como su misión se estaba desarrollando no le esperarían grandes cosas ni en Antioquía ni en Roma.

—Disculpa, cuestor...

Varro, sumido en sus pensamientos, alzó la vista con expresión ausente al oír la voz de su liberto.

—¿Qué hay, Callido?

—Perdona por interrumpir tu trabajo, señor —dijo este desde la puerta—, pero hay alguien que desea verte y a quien creo que deberías recibir.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es esa persona? —contestó Varro ligeramente impaciente.

—Dice que es Jesús, señor.

—¿Qué? —Varro miró a Pitágoras enarcando las cejas y ordenó a su liberto que hiciera pasar a ese individuo enseguida.

Callido regresó acompañando a un individuo alto y delgado, de barba y cabellos canos. Su rostro se veía muy arrugado. Varro, que se había sentado, calculó que debía de tener unos setenta años o más.

—¿Quién eres tú? —preguntó, intrigado, mientras él, Pitágoras y Callido lo miraban fijamente.

—Me llamo Jesús —contestó el desconocido con voz profunda y meliflua.

Varro y sus compañeros no salían de su asombro.

—¿De verdad tú eres Jesús? —preguntó el cuestor—. ¿Jesús de Nazaret?

Una sonrisa se dibujó en el rostro del recién llegado.

—Soy Jesús de Cana, señor. Más exactamente soy Yehoshua bar Anás, o si lo prefieres, Joshua, Jesús, el humilde cordelero.

Varro no pudo evitar reírse de sí mismo por haber creído, aunque solo fuera durante un instante, que Jesús de Nazaret había sobrevivido a la crucifixión y aparecía ante él cuarenta años más tarde.

—¿Y qué puedo hacer por ti, Jesús el Cordelero?

—Hace un tiempo oí que el cuestor ofrecía dinero a cambio de información sobre las circunstancias que rodearon la muerte de Jesús de Nazaret, ocurrida hace muchos años; pero, cuando me enteré y me presenté en la fortaleza, resultó que vuestra excelencia ya se había marchado. Hoy he sabido que habíais regresado, de manera que aquí estoy.

—¿Y dices que tienes información?

—¿Cuánto está dispuesto a pagar vuestra excelencia?

—Soy un hombre justo y pagaré un precio igualmente justo si la información resulta de valor.

Bar Anás sonrió maliciosamente.

—Si uno no puede fiarse de un cuestor, ¿de quién puede?

—¿Qué deseabas decirme?

—Una vez conocí a un bandido, un sicario, de la banda dirigida por Joshua bar

Abbas, que había vendido dos espadas robadas a un hombre llamado Simón, un galileo al que llamaban Simón Pedro. —El informador ladeó la cabeza—. ¿Puede esto interesar al cuestor?

—Quizá. ¿Cuándo ocurrió lo que dices?

—Justo antes de la Pascua durante la cual fue crucificado Jesús de Nazaret. Naturalmente, llevar espada por esa época iba en contra de la ley romana, lo mismo que ahora. Incluso a los soldados del templo solo se les permitía ir armados con lanzas. De todas maneras, estoy seguro de que no es necesario que os aclare estos detalles, excelencia, tú que eres un magistrado romano. —Volvió a sonreír.

—Prosigue.

—Siempre me he acordado de esta historia porque mi amigo intentó vender más espadas a ese tal Simón de Galilea, pero este, que era seguidor del nazareno, le dijo: «Dos espadas serán suficientes para asegurar que dos hombres sean detenidos, y eso es todo lo que mi maestro necesita». A mí me pareció extraño que alguien quisiera ser detenido.

—¿Y no podría ser que tú fueras el bandido que vendió las dos espadas a Simón de Galilea?

Bar Anás pareció horrorizarse.

—¡Oh, no señor! ¡Yo no! Soy un hombre honrado. Amo Roma. ¡Loado sea el César!

Varro no se dejó impresionar por aquel despliegue de teatralidad.

—¿Es eso todo lo que tienes para mí?

—Eso es todo, señor.

—Bien. Acompaña a mi hombre, a Callido. Él se ocupa de mi bolsa y te pagará por tu fragmento de información.

—¿Cuánto? —preguntó bar Anas.

—Dale cien sestercios —ordenó Varro despectivamente.

—¿Eso es todo? —protestó el hombre—. ¡Había pensado en cinco veces dicha cantidad!

—Piensa en tu salud, cuentista —gruñó Varro—, y recuerda con quién estás hablando. ¡Tu información no es algo nuevo para mí! Tengo un documento que menciona la adquisición de las espadas y que solo dos se consideraban necesarias para llamar la atención de las autoridades. Así, tu información no es de especial valor para mí. O cien sestercios o nada.

La falsa sonrisa volvió a aparecer en el rostro de bar Anás.

—Gracias, excelencia. Eres de lo más generoso —dijo sin sonar sincero ni satisfecho—. Ahora que lo mencionas, cien sestercios es justo la cantidad en que había pensado.

—Entonces, estamos de acuerdo. Llévatelo y págale, Callido.

Cuando el liberto hubo sacado de la estancia al hombre, Varro se puso en pie.

—Un antiguo bandido y delincuente, si no me equivoco —dijo en parte para sí—.

De todas maneras, Pitágoras, su confirmación del asunto de las dos espadas nos es de utilidad. No hay duda de que Jesús organizó las cosas para conseguir que lo detuvieran por llevar armas.



Al día siguiente, Varro envió a buscar a Filipo el Evangelista. El nazareno se presentó ante él mientras el cuestor se hallaba reclinado y almorzando durante una pausa en la redacción del informe.

—¿Tu informe va bien? —preguntó Filipo cordialmente. Había confiado en que ya lo habrían liberado, pero no mencionó su prolongada detención.

—Bastante —repuso Varro cogiendo una carta y mostrándosela—. He recibido una petición solicitando que te soltemos, Filipo. Es de un ciudadano romano, Quinto Prístino, un antiguo legionario de la XV Legión que ahora vive en Cesarea y que fue condecorado personalmente por el emperador durante las guerras judías por su valentía. Prístino te tiene en gran estima.

Filipo sonrió con cariño.

—Y yo también a él. Prístino es un buen hombre que sigue el camino del Señor.

Varro asintió lentamente.

—Eso me ha parecido. Es uno de tus conversos, ¿no? —Hizo un gesto de indiferencia—. Cada uno a lo suyo, nazareno. Puede que no esté de acuerdo con tus creencias, pero no encuentro defecto en tu humanidad. Tenía intención de retenerte conmigo hasta que hubiera terminado mi informe. De todas formas, si me das tu palabra de que permanecerás en Cesarea y que estarás a mi disposición si se da el caso de que necesito hacerte algunas preguntas, puedes considerarte libre para marcharte.

En realidad, Varro había llegado a la conclusión de que Filipo no podía añadir nada a su investigación.

El nazareno asintió.

—Naturalmente, puedes considerarme a tu disposición siempre que lo desees, cuestor.

Varro llamó a Callido, que se mantenía en la puerta.

—Este hombre es libre para marcharse, Callido —Luego, volvió su atención al Evangelista—. Que la diosa Fortuna te sea propicia en el futuro, nazareno. Ahora ya puedes ir a visitar a tu hija en Tralles.

Filipo se encogió de hombros.

—¿Quién sabe lo que los Cielos nos tienen reservado? Con el debido respeto, si puedo preguntarlo, ¿qué planes tienes para Miriam y la niña?

—Regresarán conmigo a Antioquía y seguramente a Roma.

—¿A Roma? —Había cierta inquietud en el tono del Evangelista—. ¿No has

pensado en conceder la libertad a Miriam?

Varro frunció el entrecejo, irritado.

—En algún momento del futuro, seguramente la manumitiré, sí. Miriam me fue obsequiada por la reina Berenice, Filippo, y no tengo intención de desairarla deshaciéndome de su regalo. Al menos, no en un futuro inmediato.

—Pero la niña no es esclava.

—La niña es huérfana, y me aseguraré de que la cuiden bien. —El tono de Varro reflejaba la irritación que le causaba la intervención del nazareno—. ¿Querías algo más?

La mirada de Filippo se paseó por las tablillas de cera extendidas en una mesa cercana.

—¿Has encontrado lo que ibas buscando, cuestor?

Varro no estaba seguro de si Filippo conocía exactamente la naturaleza de su informe, aunque le habría sorprendido que el nazareno no hubiera intuido la razón de su viaje a Judea. De ser así, no le cabía duda que el anciano no se alegraría cuando su informe fuera hecho público.

—Sí, lo he encontrado —respondió.

—Entonces solo me resta desearte un buen viaje de regreso a Antioquía. ¿Puedo aconsejarte que tomes la ruta de Cafarnaúm?

Varro puso cara de sorpresa.

—Ya hemos pasado por Cafarnaúm.

Filippo sonrió.

—Puede que encuentres algunas respuestas allí.

Aquello dejó perplejo a Varro.

—¿Por qué? ¿Qué sabes que yo no sepa? ¿Hay algún motivo para que tenga que ir a esa ciudad?

Filippo se encogió de hombros.

—Miriam nació allí —repuso.

El cuestor escrutó el rostro del nazareno intentando apreciar cualquier rastro de reproche o condena, pero el anciano mantenía la serena actitud de costumbre.

—¿Y qué?

—Pues que si va a ir a Roma, sería bueno que echara un último vistazo a su hogar.

Varro no respondió, sino que hizo un gesto a Callido.

—Escóltalo hasta la puerta —ordenó antes de ponerse en pie y caminar hacia la ventana dando la espalda al nazareno.

—Que Dios te acompañe, Julio Varro —se despidió de él Filippo antes de marcharse.



Varro se apoyó en la balaustrada mientras contemplaba el mar iluminado de plata por la luna. Se volvió al oír movimiento a su espalda y vio que Crispo se acercaba por la terraza con rostro cetrino y fatigado. Como le habían ordenado, Crispo había conducido la expedición de regreso a Jerusalén desde Sodoma. Nunca olvidaría el trayecto. Un calor insoportable y una agotadora humedad acompañaron a la columna a lo largo de todo el camino durante los primeros cinco días. Las mulas cayeron como moscas, lo mismo que los prisioneros judíos antes de que la expedición llegara a Jericó. Las insolaciones hicieron que soldados en buena forma se desplomaran como peles; un auxiliar panonio incluso enloqueció y acuchilló a sus camaradas antes de que un centurión lograra acabar con él. Durante los últimos días de marcha llovió sin cesar, empapándolo todo y a todos. Cuando finalmente llegó a Jerusalén, Crispo parecía diez años más viejo que la última vez que Varro lo había visto, en la playa de Sodoma, lo que le convenció para siempre de que la vida castrense no era para él.

—¿Deseabas verme, cuestor? —preguntó el prefecto, que en esos momentos era el lugarteniente de Varro.

—Sí, Quinto —repuso este—. He decidido tomar la ruta interior, la que nos llevará por Cafarnaúm.

—Vaya. —Crispo parecía decepcionado—. ¿Así, no piensas visitar el Monte Carmelo? —preguntó, ya que él mismo había acariciado la idea de consultar al oráculo del templo de Apolo.

—No. Prefiero no saber qué me depara el futuro. Prepárate para que iniciemos la marcha a finales de esta semana. Estaremos de vuelta en Antioquía antes del otoño. Esta misión pronto habrá finalizado.

## LOS CARNEROS DE CAFARNAÚM

*Cafarnaúm. Norte de Galilea, tetarquía de Traconitis.*

*Junio del año 71 d. C.*

El agua le lamió suavemente los pies, empapando sus sandalias militares y los pies. Sentado en una grisácea roca junto al lago, el cuestor Varro observó contemplativo el mar de Galilea. Tenía la impresión de que últimamente el agua dominaba su vida, desde el Jordán hasta el Mediterráneo, desde el mar Muerto hasta aquel mar interior. Allí, mientras observaba cómo los pescadores en sus barcas recogían las redes a unos cientos de metros de la orilla, notó que las tranquilas aguas ejercían un efecto sedante en él. Paz era lo que buscaba en esos momentos. Cada vez se convencía más de que su misión se había convertido en una pérdida de tiempo y una pérdida de vidas. Marcio había muerto. Artímedes y los demás también. ¿Y para qué? Le faltaba poco para concluir su informe, pero lo consideraba un pobre documento que de ningún modo justificaba lo que había costado redactarlo.

—Señor...

Sobresaltado, Varro abandonó su divagación, miró por encima del hombro y vio a Callido de pie en la roca, tras él. Un poco más atrás, a la sombra de las murallas de la ciudad, Miriam, cubierta con el velo aguardaba con las manos entrelazadas ante ella.

—Gracias, Callido. Eso es todo. Nos veremos de vuelta en el campamento.

Lanzando una mirada de desaprobación a la muchacha, el liberto le hizo un gesto para que se acercara al cuestor y, acto seguido, se encaminó hacia la Puerta del Agua de la ciudad.

Varro sonrió a Miriam.

—¿Quieres sentarte conmigo? —le preguntó y añadió—: Por favor. —Ella no se movió, de modo que Varro lo intentó de nuevo—: Acércate y cuéntame lo que Jesús de Nazaret hizo en este lugar. He leído sobre el asunto. Hay cartas y documentos que hablan de su estancia en Cafarnaúm.

Miriam se acercó lentamente y se detuvo un poco por detrás del cuestor.

—Siéntate —la urgió él—. No te haré daño. Te lo prometo por lo más sagrado. Nunca más te pondré un dedo encima. —No había podido quitarse de la cabeza lo que le había hecho en Sodoma. Aquello lo perseguía día y noche desde entonces.

Sin decir palabra, Miriam se sentó en la roca dejando una prudente distancia entre ambos y mirando en dirección opuesta a la de Varro.

—Filipo me contó que has nacido aquí, en Cafarnaúm —dijo el cuestor.

—Cuando me llevaron a tu compañía pasé por delante de la casa donde nací.

—¿A qué se dedicaba tu padre?

—Básicamente era un sinvergüenza.

—Tuvo que serlo para venderte como esclava.

Ella se encogió de hombros.

—Era uno de esos hombres que solo aprecian a los hijos varones. Tuvo cuatro hijas y un solo hijo: Jacob.

Varro notó que la pena la invadía al hablar de su hermano muerto, y rápidamente intentó cambiar de conversación.

—¿Qué hizo Jesús de Nazaret aquí? He leído y oído mucho sobre él, pero todavía estoy intentado conocerlo de verdad.

—Aquellos que lo aceptan son los que logran conocerlo —repuso ella.

—Tengo entendido que Jesús predicó en esta ciudad.

—En una ocasión, Jesús impartió sus enseñanzas a una multitud a orillas de este lago y tomó cinco hogazas y dos peces y con ellos dio de comer a todos. Luego, envió a Simón Pedro y a los demás apóstoles al lago en un bote que pertenecía a Simón Pedro. Por la noche, mientras remaban, se desató una tormenta, y los apóstoles tuvieron grandes dificultades para proseguir; entonces, vieron a Jesús que se acercaba caminando sobre las aguas...

—¿Que caminaba sobre las aguas, dices? —Varro le sonrió amablemente. Le parecía increíble que alguien pudiera creer semejantes fantasías. Si se las hubiera contado cualquier otra persona, la habría tachado de incrédula o de perturbada. Sin embargo, Miriam creía, y viniendo de ella parecía distinto. Su apasionamiento le resultaba cautivador.

La muchacha se volvió y lo vio sonreír.

—Te estás burlando de mí —dijo disgustada.

—Nunca me burlaría de ti, gentil Miriam. Cuéntame más, por favor.

—Sé por qué me has mandado llamar. Quieres que te perdone. Quieres que te perdone por lo de Sodoma.

—Yo... —Varro se había quedado sin palabras—. No, no. Lo único que pretendo es saber más cosas del nazareno.

—Pues te perdono —dijo ella sin hacerle caso—. Te perdono como el Señor perdona a todos los que buscan su perdón. El pecado proviene de la debilidad. Hace falta mucha fuerza para arrepentirse, y yo sé que en tu corazón ahora te arrepientes.

Varro apenas daba crédito a lo que oía a pesar de lo mucho que había deseado escucharlo.

—¿De verdad me perdonas?

—De verdad.



Callido deambuló por la ciudad pensando en Miriam. Aquella chica era sin duda



encantadora. Había visto cómo Marco Marcio la seguía con la mirada; y lo que era peor, cómo Varro volvía la cabeza a su paso. Callido estaba seguro de que su jefe estaba enamorado de ella aunque no había reconocido la profundidad de sus sentimientos hasta hacía poco. Desde hacía una semana, más o menos, Callido había intuido que la situación empezaba a cambiar. Su preocupación fue en aumento cuando oyó que el cuestor decía a Filipo que era posible que se llevara a Miriam a Roma. Lo que preocupaba de veras a Callido era en qué condición. Si Varro se la llevaba simplemente para que fuera un miembro más de la servidumbre, sería una cosa, pero si lo que pensaba era convertirla en su querida, para el liberto era algo muy distinto, y sobre todo una amenaza para sus propios planes.

Callido no sentía lealtad alguna hacia Octavia, la hija de Pagano. Sin embargo, si el cuestor decidía dejar a Octavia en Antioquía y llevarse a Miriam a Roma en su lugar, eso significaría que Octavia no iría a la capital, pero que tampoco lo haría su pechugona sirvienta, Priscila. Y eso sí que inquietaba a Callido, y mucho. Si llegaba el caso, siempre podía abandonar el servicio de Julio Varro, quedarse en Antioquía y estar así cerca de Priscila; pero solo un idiota dejaría un puesto tan influyente al lado de un hombre con tan brillante porvenir, alguien con magníficos contactos y que estaba obviamente destinado a alcanzar grandes metas en Roma.

Solo había una respuesta. Antes que desaparecer él del cuadro, Callido llegó a la conclusión de que era Miriam la que debía ser eliminada. Si podía conseguir que el cuestor se desencantara de la chica de modo que sus afectos se reorientaran exclusivamente hacia Octavia, entonces su problema quedaría resuelto. Por un lado, ya era conocido que la joven era seguidora de los nazarenos. Callido se preguntó si podría aprovecharse de ello en su beneficio. Mientras vagaba por la ciudad perdido en sus maquinaciones, se encontró ante la misma taberna que visitó con el cuestor y su lictor unas semanas atrás.

Entonces se fijó por primera vez en el nombre del establecimiento, Los dos carneros, pintado y colgado ante la entrada con una rudimentaria pero suficiente representación de dos carneros arremetiendo uno contra otro con sus cuernos. Mientras miraba el anuncio, medio sonriendo, Callido recordó de repente que en el sueño del cuestor habían aparecido un par de carneros. Intrigado, se dirigió al mostrador. Allí estaban los mismos ancianos, los dos veteranos de cabellos blancos de la III Legión Gallica.

Al reconocerlo, ambos sonrieron ampliamente.

—Bienvenido de nuevo, buen señor —dijo uno de ellos.

—¿Podemos ofrecerte un poco de buen vino a un precio aún mejor? —preguntó el otro.

—¿Por qué no? —Callido se instaló en un taburete de piedra en el mostrador—. Servidme una copa. Cuatro partes de agua y una de vino —pidió y observó cómo los sirvientes de los posaderos cumplían con lo pedido—. Decidme, ¿de dónde habéis sacado el nombre de la taberna?

El segundo tabernero se echó a reír.

—Nosotros somos los dos carneros del cartel —dijo.

—Creímos que era un nombre adecuado teniendo en cuenta cómo se llama la ciudad —añadió el otro.

Callido frunció el entrecejo.

—¿Ah, sí?

—«*Capen*» —aclaró uno de los veteranos.

—Y «*Naum*» —añadió el otro—. ¿No lo entiendes?

Callido lo comprendió entonces. *Caper* era, en latín, «cabra».

—Ah, pues es un nombre muy ocurrente. Sí, señor, muy ocurrente.

—La verdad es que no tenemos ni idea de quién era el tal Naum —rio el primer veterano—. Seguramente algún judío.

—Parecéis de buen humor —comentó el liberto—. ¿El negocio marcha bien?

—No mejor que la última vez que estuviste —se lamentó uno de los exlegionarios.

—No, no va bien —añadió el otro mientras un sirviente ponía un vaso lleno ante Callido—. En esta ciudad lo que necesitamos es a algunos germanos, de esos que beben el vino sin rebajar y por barricas. Ganamos tan poco dinero que apenas podemos mantenernos, por no hablar de nuestros sirvientes.

—Una vergüenza —comentó Callido cogiendo el vaso—. Una verdadera vergüenza.

Se hizo una pausa mientras el liberto sorbía su bebida.

—Mi buen señor... —empezó a decir uno de los taberneros en tono vacilante—, cuando tú y el cuestor estuvisteis en Cafarnaúm la vez anterior mencionasteis una recompensa a cambio de información.

—En efecto —confirmó Callido—, por información respecto a la muerte de Jesús de Nazaret.

—¿Y cómo va la investigación del cuestor en ese asunto?

—Bueno, la verdad es que ha corrido mucha agua bajo el puente desde que el nazareno fue ejecutado, y parece que todos los que fueron testigos del suceso están muertos o desaparecidos. ¿Por qué lo preguntáis?

Los veteranos intercambiaron una mirada.

—¿Y esa recompensa sería generosa? —preguntó uno de ellos.

Callido se encogió de hombros.

—Cuanto mejor la información, mejor la recompensa.

Los dos hombres asintieron como si hubieran llegado a un acuerdo mutuo.

—¿Y si te dijéramos que nosotros tenemos esa información? —propuso uno de ellos.

El liberto enarcó una ceja con escepticismo.

—¿Vosotros? ¿Vosotros tenéis información?

—No siempre servimos en la III Legión Gallica —insinuó el otro.

—Al igual que los demás centuriones, nos fueron transfiriendo de unidad en unidad a medida que ascendíamos. Nos jubilamos perteneciendo a la III Gallica, pero en total prestamos servicio en siete legiones distintas; fuimos de una a otra juntos, igual que hermanos —dijo el primero.

—El año en que fue ejecutado Jesús de Nazaret éramos todavía simples soldados rasos y servíamos con la segunda cohorte de la XII Legión. En Jerusalén —añadió el otro.

Callido estaba tan sorprendido que se quedó boquiabierto y soltó la copa de vino. El rojo líquido se desparramó por el mostrador.

—¿De veras estabais en Jerusalén cuando el nazareno fue crucificado?

—Y no solo eso, sino que... —añadió uno de los taberneros mirando a su camarada de reajo.

El otro clavó sus ojos en los del liberto para que este no tuviera duda de lo que iba a escuchar.

—... formábamos parte del pelotón de ejecución.



Callido encontró al cuestor donde lo había dejado, aunque a diferencia de antes se hallaba concentrado en una profunda conversación con la muchacha judía, que estaba sentada a su lado. Aquella intimidad no hizo sino aumentar la ira del liberto. No obstante se consoló pensando que las noticias de las que era portador pronto apartarían a Miriam de la mente del cuestor.

—¡Señor, traigo buenas noticias!

Varro y Miriam interrumpieron su conversación.

—¿Qué noticias? —preguntó Varro, ceñudo.

—¡Los dos carneros, señor! ¡Los dos carneros de tu sueño son los propietarios de una casa de vinos aquí, en Cafarnaúm!

Varro lo miró como si su liberto hubiera enloquecido, pero Callido sonrió maliciosamente.

—Tú mismo los conociste, señor, cuando estuviste aquí la última vez. Son los propietarios de la taberna Los dos carneros. No lo sabíamos entonces, pero durante el reinado de Tiberio esos dos veteranos servían como soldados rasos en la XII Legión, en Jerusalén. ¡Y fueron ellos los que crucificaron a Jesús!

Miriam dio un respingo, y Varro se puso inmediatamente en pie.

—¿Están dispuestos a declarar voluntariamente?

—Más que de buen grado, señor. De hecho, fue la promesa de una recompensa lo que estimuló su memoria.

El cuestor echó a andar hacia la Puerta del Agua.

—Acompaña a Miriam de vuelta al campamento —ordenó—. Tiene que ayudar a

Pitágoras. Luego, vuelve a buscarme a toda prisa.

Callido miró a Miriam.

—¡De pie! —le espetó antes de agarrarla por el brazo y ponerla en pie a la fuerza.

La joven se zafó de su presa y fue tras el cuestor. Sonriendo para sus adentros, Callido la siguió. Aquel repentino giro de los acontecimientos acababa de poner oportunamente a la zorra dentro del gallinero.

Entretanto, Varro cruzó la ciudad corriendo hacia la Puerta Magdala y el campamento instalado más allá de esta. Para recoger aquellos testimonios deseaba contar con la presencia de Crispo, Pitágoras, Pedio y Antíoco, pero, además, quería que Diocles también estuviera presente. En ocasiones anteriores había lamentado no contar con los conocimientos médicos de un experto durante los interrogatorios, y no estaba dispuesto a cometer el mismo error.

La revelación de que aquellos dos taberneros habían ejecutado al nazareno había sido una completa sorpresa. Tras convencerse de que iba a tener que conformarse con una investigación incompleta y un informe insuficiente, Varro pensaba que la aparición de dos testigos de tanta importancia en el último momento era o bien un regalo de los dioses o bien motivo de sospecha. No perdía de vista que Filippo era el responsable de que hubiera recalado en Cafarnaúm, y creía que el evangelista lo había hecho para que intimara con Miriam, una nazarena. Quizá Filippo creía que ella podría convertirlo a su fe del mismo modo que lo había intentado infructuosamente con Marcio en el lecho de muerte. Sin embargo, por mucho cariño que tuviera a la chica, no estaba dispuesto a permitir que ella le hiciera adoptar las doctrinas nazarenas. En lo que a él se refería, aquellas descabelladas historias —como la de Jesús caminando por las aguas— no tenían espacio en una mente inteligente. Miriam podía decir lo que quisiera, pero no lograría cambiar las creencias de Julio Terencio Varro. Sus defensas eran firmes: un sólido muro de racionalidad y un profundo foso de seguridad en sí mismo.

Mientras caminaba a toda prisa se le ocurrió que cabía la posibilidad de que Filippo hubiera convencido a Miriam para que lo influenciara de otro modo. Quizá le había encargado la tarea de subvertir su informe o de convencerlo para que no lo entregara y proteger así el mito de la resurrección de Jesús de Nazaret. Varro no consideraba probable que el anciano evangelista hubiera sido capaz de tramar semejante plan, y estaba convencido de que ni siquiera una belleza arrebatadora como Miriam lograría apartarlo de su deber. Sin embargo, existía todavía otra posibilidad: que Filippo estuviera detrás de la repentina aparición de aquellos dos nuevos testigos. ¿Y si Filippo había utilizado sus contactos en la ciudad para que esos dos se presentaran con una declaración que apoyara el mito de la resurrección? Con dudas crecientes, Varro llegó al campamento y ordenó al centurión Gallo que enviara a Los dos carneros un destacamento de sus soldados para que fueran a buscar a los dos veteranos y los llevaran ante su presencia sin demora.



El secretario de barba blanca dispuso metódica y lentamente sus instrumentos de escritura sobre la mesa, ante él. En el suelo, a su lado, se arrodillaba Miriam, que retiraba el húmedo envoltorio de las tablillas de cera. El cuestor la había asignado al servicio de Pitágoras porque tenía educación y, lo mismo que Antíoco, dominaba tres idiomas. Quizá fuera de utilidad o quizá no, pero eso no era asunto que concerniera al secretario, que opinaba que la joven era el juguete del cuestor y que este le había encargado el trabajo para complacerla. Lo que sí era asunto de su incumbencia era la aparición de dos nuevos testigos. La situación prometía cambios interesantes.

Pitágoras deseaba que el informe del cuestor sobre el nazareno cumpliera los objetivos del general Collega de acabar definitivamente con el mito de que Jesús de Nazaret se había levantado de entre los muertos; sin embargo, tenía sus propios motivos para desearlo: Licinio Muciano lo había dejado en Antioquía para que ayudara al general en la administración de las provincias y se había llevado a Roma a Sófocles, la mano derecha del secretario. En esos momentos, Sófocles dirigía el Palatino y a sus ciento treinta y dos secretarios y, a efectos prácticos, dirigía el Imperio. Y eso preocupaba a Pitágoras. Cuando regresara a Roma al año siguiente, ¿acaso Muciano, que admiraba la eficacia y era amigo de lo expeditivo, relegaría a Sófocles a favor de Pitágoras o por el contrario le aconsejaría que se jubilase? La perspectiva de un fin prematuro de su carrera no le agradaba en absoluto. Un informe que echara por tierra la doctrina de los nazarenos podía suponer su salvación profesional o incluso auparlo a mayores alturas.

Levantó la vista y vio a los dos veteranos de blancos cabellos que entraban en el *pretorium* del cuestor escoltados por Gallo. De la declaración de ambos dependía su futuro. En más de una ocasión había oído a Muciano declarar que los filósofos y los profetas se dedicaban a inculcar en la gente pensamientos sediciosos para insultar al poder e incitar a las masas a derribar el orden instituido y provocar la revolución, y que esa gente representaba un peligro público. Sin embargo, el informe que hasta la fecha había reunido el cuestor era como un león desdentado. A pesar de los meses dedicados a tal empresa, la tablillas de cera que se apilaban en el carro de la expedición no contenían ninguna prueba incontrovertible que pudiera satisfacer a Collega o a Muciano. Los dos taberneros que en esos momentos se hallaban frente al cuestor podían cambiar todo aquello.

—En consideración a vuestra edad, podéis tomar asiento para prestar declaración —dijo el cuestor.

Los dos veteranos se sentaron con alivio en un banco de madera que había ante la mesa de Varro. Sus ojos recorrieron a los oficiales reunidos y se posaron en el cerrado arcón que contenía la recaudación anual de los impuestos de la provincia de Judea, y que había sido entregado al cuestor por el procurador Liberio y era llevado a Antioquía. El cuestor ocupaba una litera. A su izquierda se sentaban el prefecto

Crispo, el lictor Pedio y Callido; a la derecha, el magistrado Antíoco y el médico Diocles. Pitágoras estaba instalado en su mesa del rincón y tenía cerca un sirviente que lo proveería de tablillas según las necesitara. Gallo se mantenía en la entrada del *pretoriurn* con las manos enlazadas en la espalda.

—Decís ser Sexto Ático y Lucio Scauro, nacidos en la Galia Cisalpina —empezó diciendo el cuestor—, y que os licenciasteis siendo veteranos de la III Legión Gallica.

—En efecto, señor. Lo somos —respondieron los dos taberneros al unísono.

—Habéis entregado al centurión Gallo los certificados de vuestro licenciamiento. —Varro señaló con un gesto de la cabeza, las dos placas de bronce que descansaban en la mesa. Cada una tenía grabada a mano la fecha y el lugar del alistamiento y la relación de las unidades donde su portador había servido, incluida la XII Legión, y el lugar y fecha de su licenciamiento con honores del ejército romano. Ambas placas llevaban el sello del tribuno militar de la III Legión Gallica—. No obstante, tengo que confirmar que servisteis en Jerusalén en la época que decís. Para empezar, ¿quién mandaba la guarnición de Jerusalén en la época en que Jesús de Nazaret fue...?

—El centurión Longino —interrumpió animadamente Scauro.

Varro asintió.

—¿Y dónde se hallaba el *pretoriurn* en Jerusalén?

—En la Fortaleza Antonia —dijo Ático sin dudarlo un momento.

—En la Antonia había una sala de juicios. ¿Cómo la llamaban los judíos?

Scauro y Ático se miraron.

—No podemos recordar la palabra en hebreo —repuso Scauro.

—En nuestro idioma —intervino Ático—, la llamaban «el enlosado».

—Muy bien —declaró Varro—, acepto que servisteis en Jerusalén. De todas maneras, debo preguntaros por qué os presentáis ahora con información, y no lo hicisteis antes.

Los dos veteranos cruzaron una mirada antes de que Ático se decidiera a hablar.

—La verdad, señor, es que, cuando estuviste en Cafarnaúm, la vez anterior, sopesamos la posibilidad de presentarnos.

—Pero al final decidimos que era mejor no hacerlo —intervino Scauro—. Lo que ocurre es que nuestra actual situación económica nos ha convencido de que no debemos mostrarnos reticentes.

—Tenemos problemas para afrontar nuestras deudas —aclaró su colega con una sonrisa avergonzada.

—Y, hablando de dinero, señor, ¿podemos preguntar por la recompensa? —solicitó Scauro.

—Si la información que proporcionáis es verdaderamente valiosa y auténtica —repuso Varro—, la cantidad puede ser considerable. Decidme, ¿qué edad tenéis?

—Pido perdón al cuestor —insistió Ático—, pero ¿podrías mencionar una cantidad?

Varro los miró, ceñudo.

—Muy bien. Entre unos diez y veinte mil sestercios —dijo, impaciente—. Ahora, por favor, responded a mis preguntas.

—¿Veinte? —replicó Scauro mirando a su camarada—. Realmente se trata de una cifra de lo más atractiva.

—Sí, de lo más atractiva —confirmó su amigo calculando que representaban dos mil sestercios más de los que habían recibido del emperador como complemento de retiro, cantidad que habían gastado en la compra de su primer negocio.

—¿Queréis responder a mi pregunta? —los urgió Varro.

—¿Qué pregunta era esa, señor? —dijo Ático, que en su mente ya estaba gastando su mitad de los veinte mil sestercios.

—¿Qué edad tenéis?

—Yo nací hace ochenta y cuatro años, señor —repuso orgullosamente Ático—. Y también él, aunque yo soy un poco mayor. Creo que ya te lo contamos. ¿Verdad que aparentamos muchos menos?

—Para mí, seguimos teniendo veinticuatro —bromeó Scauro.

—Habéis alcanzado una proveya edad —dijo Varro—. No obstante, decís que vais a darme información de unos hechos ocurridos hace más de cuarenta años, de la ejecución de Jesús de Nazaret. Mucha gente de vuestra edad tiene problemas para recordar. Incluso los de mi generación, a veces, tenemos recuerdos difusos. ¿Cómo puedo estar seguro de que recordáis con claridad algo ocurrido hace tanto tiempo? Seguramente habréis participado en un montón de ejecuciones a lo largo de los años.

—Es verdad, señor —convino Scauro—. En muchas.

—Pero ninguna fue como la ejecución del nazareno —dijo Ático soltando una risita.

—A lo largo de los años nos hemos encontrado con muchos seguidores del nazareno que realmente creían que resucitó de entre los muertos —dijo Scauro, y ambos veteranos se echaron a reír.

—¿Podéis compartir la broma? —pidió Varro.

—Es que nosotros conocemos la verdad.

—Estábamos allí —añadió Ático—. Nosotros clavamos al nazareno en la cruz.

Varro empezaba a creer que era posible que Ático y Scauro fueran a proporcionarle el testimonio ocular que llevaba tanto tiempo buscando.

—Muy bien, mejor será que me digáis qué hicisteis, qué visteis y qué oísteis.

—¿Podemos, antes de nada, fiarnos de que el cuestor garantizará nuestra inmunidad? —preguntó Ático.

—Que no seremos perseguidos por un acto criminal ocurrido hace cuarenta años —precisó Scauro.

—Por desgracia, señor —añadió Ático con expresión apenada—, no podemos hablar del acto sin incriminarnos.

—Tendrás que fiarte de nosotros, señor —dijo Scauro encogiéndose de hombros en señal de impotencia.

Varro observó a los dos veteranos un largo momento. No se había embarcado en aquella misión para perseguir delitos. Lo que necesitaba era información.

—Muy bien. Cualquier complicidad por vuestra parte en un delito que pueda desprenderse de vuestra declaración no será tenida en cuenta. Tenéis mi palabra. A cambio, debéis ser completamente sinceros conmigo. Ahora, por favor, empezad vuestra declaración.



## EL RELATO DE LOS VERDUGOS

*Cafarnaúm. Norte de Galilea, tetarquía de Traconitis.  
Junio del año 71 d. C.*

Una vez despejadas las dudas sobre la autenticidad de los testigos, la atención de los presentes se centró en los dos veteranos. La única excepción fue Diocles, que empezó a dar cabezadas.

—Tres años después de que la segunda cohorte de la XII Legión fuera destinada a Jerusalén —empezó diciendo Ático—, el centurión Longino seleccionó a ochenta hombres de la cohorte para que escoltaran a cuatro prisioneros, todos ellos galileos que habían sido condenados a muerte, hasta el lugar de su ejecución.

—De esos ochenta —aclaró Scauro—, solo cuatro serían los encargados de llevar a cabo físicamente la ejecución. Nosotros fuimos dos de los cuatro.

—Longino nos pagó a los cuatro para que participáramos en lo que no tardamos en comprender que era el montaje, la ficción, de la muerte del hombre conocido como Jesús de Nazaret.

Varro parpadeó.

—¿Habéis dicho montaje, ficción de la muerte de un hombre?

—Sí, señor, montaje, ficción —confirmó Ático—. Ese es el delito al que nos referíamos. Se nos pagó mil sestercios a los cuatro. Doscientos cincuenta a cada uno.

—Casi tres meses de paga —subrayó Scauro.

—Ya entiendo. ¿Y cómo se supone que debía llevarse a cabo el montaje?

—El plan, según nos fue revelando poco a poco Longino, consistía en drogar al prisionero de manera que pareciera que había muerto en la cruz.

—¿Una droga? ¿Qué droga? —inquirió Varro.

El ambiente en la estancia se había vuelto electrizante. Allí estaba la confirmación de un testimonio dado en otro momento y en otro lugar. Un testimonio que Varro había considerado de dudosa fiabilidad hasta ese instante.

—Al prisionero se le debía administrar una pócima soporífera —dijo Ático.

—Luego, teníamos que bajarlo de la cruz con vida y entregar el cuerpo a unos amigos para que dispusieran de él.

—El lugar de la ejecución, en Jerusalén —continuó Ático—, era un monte situado al noroeste de la ciudad que los judíos llamaban «el monte de la calavera». Nosotros lo llamábamos «la calavera» a secas. Allí había cierto número de árboles muertos, simples troncos que sobresalían del suelo. A cada condenado se le hacía arrastrar el travesaño de la cruz desde las mazmorras de la Antonia hasta la cima de La calavera. Luego, clavábamos el travesaño en alguno de aquellos troncos.

—¿Fue eso lo que ocurrió en el caso de Jesús de Nazaret? —preguntó Varro.

—Nosotros lo conocíamos como Joshua de Nazaret —dijo Scauro—. No fue hasta mucho después que oímos su nombre, Jesús, pronunciado en griego.

—Contadme los pormenores de lo que ocurrió la mañana de la ejecución.

—Todos los condenados eran azotados en la Antonia con varas, en presencia del manípulo al mando en ese momento para que fuera testigo —explicó Ático—. Cuando esa mañana sacamos a los prisioneros, cada uno con su travesaño a rastras, nos dimos cuenta de que el tal Joshua, o Jesús, si lo prefieres, se encontraba muy débil.

—Tanto —añadió Scauro—, que era incapaz de cargar con su madero igual que los demás.

—Pero el centurión Longino eligió, de entre la multitud de curiosos que miraban, a uno de los judíos para que ayudara al condenado a llevar su trozo de la cruz —dijo Ático.

—En ese momento —relató Scauro—, di por sentado que Longino ya le había administrado la pócima o parte de ella, y que esa era la razón de que el nazareno estuviera mucho más débil que los demás condenados. Al fin y al cabo, todos habían recibido el mismo número de golpes de vara prescritos por la ley, y Jesús era un tipo fornido de unos treinta años. No se me ocurrió otra explicación.

—¿De dónde sacó Longino la pócima?

—El centurión nos dijo que se la había dado un boticario judío —contestó Ático.

—Un boticario llamado ¿cómo?

—Creo que se llamaba Matías —repuso Ático mirando a su camarada en busca de confirmación.

—Sí. Era Matías —confirmó Scauro—, pero de su apellido no me acuerdo.

—Ni yo —añadió su compañero.

—¿El boticario podría haber sido un tal Matías ben Naum? —preguntó Varro.

—¿Ben Naum? —Ático miró a Scauro—. Sí, creo que sí.

—Sí. Era ese hombre —dijo Scauro definitivamente—. Matías ben Naum.

—¿Tenéis alguna idea de qué ha sido de él?

—Murió —repuso Scauro.

Varro miró al veterano fijamente.

—¿Cuándo murió?

—Fue, más o menos, un año después de la ejecución del nazareno —precisó el legionario, que se volvió hacia su amigo—. ¿Te acuerdas?

—Sí. Me acuerdo —convino Ático—. A ti te ascendieron a centurión y fuiste transferido a la VI Legión Ferrata. Yo te seguí poco después. El boticario murió en un incendio de la ciudad, justo antes de que tú te marcharas.

—¿Cómo podéis estar tan seguros de que era Ben Naum? —preguntó Varro.

—Tomamos nota de todos los sucesos relacionados con la muerte del nazareno —contestó Scauro.

—Sí. El asunto nos tenía nerviosos y preocupados. Uno, a veces, acepta pequeños sobornos aquí y allá, pero nosotros nunca nos habíamos implicado, ni volveremos a hacerlo, en algo tan peligroso como aquello.

—En ese momento, no nos pareció tan peligroso —precisó Scauro—. Uno nunca piensa que lo cogerán y cree que solo los demás son lo bastante estúpidos para dejarse atrapar.

—También contábamos con la seguridad que nos daba saber que nuestro centurión estaba implicado en el engaño —añadió Ático—. Nos creíamos invulnerables.

—Y así fue hasta que Longino desertó.

—Desde el momento en que lo apresaron —detalló Ático—, vivimos con el miedo de que nos delatara, pero, al final, Longino no se fue de la lengua y subió al cadalso llevándose el secreto de lo que había hecho. Después de aquello, vivimos con el miedo a que la historia pudiera ser desvelada por otro de los que participaron en el complot.

—La verdad es que nos llevamos un gran alivio cuando supimos que el boticario había muerto —confesó Scauro—. Significaba una lengua menos de la que preocuparse.

Varro asintió. En ese momento ya sabía que Aristarco, el escriba, había dicho la verdad acerca de la intervención de Ben Naum en la ficticia ejecución. Al mismo tiempo, sabía también que Saúl ben Gamaliel había mentido al decir que Ben Naum había compartido su casa en Maqueronte en tiempo tan reciente como un mes atrás. Ben Naum llevaba muerto desde hacía años. Probablemente, a medida que la columna de Varro se había ido acercando al bosque de Jardes y al probable descubrimiento de que Matías ben Naum no solo no se hallaba con los rebeldes, sino que había muerto tiempo atrás, Ben Gamaliel, temiendo padecer la agonía de la crucifixión que sus amigos habían sufrido, decidió quitarse la vida del modo más rápido. Esa era la razón por la que el boticario de Maqueronte se lió la cadena al cuello y se arrojó bajo las ruedas del carro en la carretera de Nabatea. Varro pensó que ojalá Marco Marcio y Artímedes hubieran estado allí para escuchar todas aquellas confesiones.

—Continuad con vuestro relato —dijo con un gesto displicente de la mano.

—¿Dónde estábamos? —preguntó Ático.

—En que el nazareno parecía débil —le recordó su colega.

—Sí, ya me acuerdo —repuso Ático asintiendo—. Los prisioneros fueron conducidos desde la Antonia hasta el lugar de la ejecución. Un soldado de la duodécima marchaba delante de cada condenado portando un cartel donde figuraba escrito el nombre del reo y el crimen cometido. En el caso del nazareno ponía: «Sedicioso» y «Rey de los judíos». —Se volvió hacia Scauro—. ¿De quién fue la idea de hacer eso?

—Del prefecto Pilato, supongo —contestó su colega.

—Igualmente, y siguiendo la práctica habitual —prosiguió Ático—, todos los prisioneros iban maniatados con grilletes y encadenados a los soldados que los escoltaban.

—¿A quién iba encadenado el nazareno? —preguntó Varro.

—A mí —confesó Scauro—. Jesús de Nazaret iba encadenado a mí. Mientras estábamos todavía en la Antonia, le enviaron una corona hecha de espinas. Nosotros supusimos que era cosa de los sacerdotes judíos, que querían humillarlo, se supone que por haber asegurado ser descendiente de uno de sus antiguos reyes.

Antíoco interrumpió.

—¿Puedo hacer una observación respecto a este punto concreto de la corona de espinas, cuestor? Ahora no me cabe duda de que el nazareno se esforzaba deliberadamente en cumplir las predicciones de los profetas judíos en lo relativo al supuesto Mesías. La corona de espinas está relacionada con los escritos mesiánicos atribuidos a un profeta judío llamado Zacarías. Si lo recuerdas, la carta de Lucio y los documentos de Marcos y Matías mencionaban todos ellos que, antes de entrar en Jerusalén por última vez, el nazareno había dispuesto con alguien de la ciudad que un burro y su potro lo esperasen fuera. Entonces, Jesús entró en la ciudad a lomos del burro. Todo eso lo hizo para ajustarse a la profecía de Zacarías, lo mismo que la corona de espinas.

Varro asintió.

—Entonces, podemos suponer que, quienquiera que fuese el que le envió la corona de espinas a la fortaleza Antonia, lo que quería era que se cumplieran las viejas profecías.

—Esa conclusión parece inevitable —convino Antíoco—. Algún miembro del Gran Sanedrín debía de ver con simpatía a Jesús y su pretensión de ser reconocido como el Mesías profetizado por los antiguos. Bueno, más que verlo con simpatía, ¡debía de estar de acuerdo con él!

—Eso se diría. Continúa, Ático y Scauro.

—Nos dijeron que los cuatro prisioneros serían ejecutados ese mismo día —explicó Ático.

—Por eso nosotros éramos cuatro —aclaró Scauro—. Uno por cada condenado.

—Pero en el último momento —añadió Ático—, cuando nos disponíamos a sacarlos de la fortaleza, hubo una interrupción.

—Sí, un sirviente del prefecto Pilato llegó con un indulto para uno de los reos —dijo Scauro en tono de disgusto ante la idea de que uno de aquellos hombres hubiera escapado de la justicia.

—Longino lo soltó y lo dejó en manos del Gran Sanedrín —aclaró Ático.

—Y durante la interrupción, mi prisionero, Jesús, soltó un sermón desde la escalinata de la Antonia a unas mujeres judías que se habían reunido tras su escolta. ¡Longino enseguida lo interrumpió!

—En ese momento, ya solo teníamos tres condenados —indicó Ático—. Nuestro

cuarto camarada no tardó en quedar encargado de vigilar al judío que Longino había sacado de entre la multitud para que ayudara al nazareno a cargar con el travesaño de su cruz. Salimos a la calle e hicimos el recorrido hasta la Puerta del Agua con una multitud de llorosas mujeres judías pisándonos los talones.

—El nazareno estaba muy débil y tropezaba —dijo Scauro—, no tuve más remedio que arrastrarlo literalmente hasta el lugar de ejecución.

—Era la hora cuarta, creo, cuando llegamos a La calavera —comentó Ático—. El resto de la escolta rodeó la zona de ejecución y nosotros nos pusimos manos a la obra. Quitamos los grilletes a los tres condenados y los desnudamos. Yo até en la cruz a los otros dos hombres, que habían pertenecido a la banda de los sicarios de bar Abbas, y a continuación nos volvimos hacia el nazareno bajo la atenta mirada del centurión Longino.

—Antes de crucificarlo —añadió Scauro—, le ofrecimos un cuenco de vino mezclado con mirra para ayudarlo a aliviar el dolor.

—Eso no era nada raro —indicó Ático—. A menudo los familiares de los condenados pagaban para que se hiciera.

—¿El prefecto de Judea estaba al corriente de esos sobornos? —preguntó Varro. Ático se echó a reír.

—¡El prefecto se llevaba su parte!

Varro enarcó las cejas.

—¿Ah, sí?

—Pero daba igual —comentó Ático—; el prisionero moría de todos modos.

—Y del dinero que recibisteis para simular la ejecución, ¿el prefecto también se llevó una parte?

Los dos veteranos negaron vehementemente con la cabeza.

—Longino nos explicó claramente que aquello era un asunto entre él y los judíos —repuso Ático.

—Volvamos un momento al cuenco que ofrecisteis al nazareno —dijo Varro—. Habéis dicho que contenía vino y mirra. ¿Cómo lo sabíais?

—Longino nos lo dijo —contestó Scauro.

—Fue el centurión quien nos dio el contenido del cuenco —explicó Ático—. De todas formas, en esas ocasiones siempre era vino y mirra o algo parecido.

—Por lo tanto, es posible que se tratara de algo más potente, ¿no? —preguntó Varro.

—Sí, pero el nazareno rehusó beber del cuenco —dijo Ático—. Yo supuse que quería mantener la mente clara ante lo que tenía por delante.

—Por mi parte —intervino Scauro—, pensé que el nazareno rechazaba el cuenco porque ya notaba los efectos de la pócima que Longino le había administrado en la Antonia y esperaba que pronto haría efecto por completo. —Se echó a reír—. No creo que quisiera morir bajo el efecto combinado de ambos brebajes.

—Entonces lo clavamos en la cruz —prosiguió Ático—. Clavamos a Jesús de

Nazaret.

—¿Clavasteis a todos los condenados a sus cruces? —preguntó Varro.

—No. A los otros dos solo los atamos, pero clavamos al nazareno.

—¿Por qué fue el único? ¿Por qué hacer una excepción con él? —quiso saber el cuestor.

—En algunas ocasiones, los condenados eran clavados si se daba el caso de que el oficial al mando deseaba que se le infligiera más dolor del habitual —respondió Ático.

—Tenemos entendido que, durante el asedio a Jerusalén, el general Tito Vespasiano clavaba en sus cruces a los prisioneros —comentó Scauro.

—Además, los clavos son más baratos que la cuerda —dijo Ático lanzando una sonrisa de complicidad a su compañero.

—También tenemos entendido —prosiguió Scauro—, que a veces Tito crucificaba a sus prisioneros de dos en dos en la misma cruz, uno de espaldas al otro.

—Eso era porque tenía más judíos que cruces —explicó Ático.

—Pero, si Longino estaba involucrado en una trama para salvar la vida del nazareno, ¿por qué iba a querer infligirle más dolor? —preguntó Varro.

—El centurión no nos dijo la razón —repuso Ático.

—Mi teoría es que Longino creía que un intenso dolor haría que el condenado perdiera la conciencia facilitando de ese modo que la pócima surtiera efecto.

—El nazareno no pareció sentir el dolor de los clavos —añadió Ático.

—Lo cual no hizo más que convencerme de que realmente le habían dado alguna pócima muy potente en la fortaleza —añadió Scauro.

—El centurión nos había dicho que la familia del nazareno no iba a recibir sus ropas —reveló entonces Ático.

—Eso fue una sorpresa —comentó Scauro—, porque normalmente se permitía a las familias de los condenados que reclamaran la ropa de estos. Si nadie la pedía, la ropa se vendía, y el dinero resultante se repartía entre los miembros del piquete de ejecución.

—El centurión Longino nos dijo que podíamos quedarnos con la ropa del nazareno, y echarlo a suertes —dijo Ático.

—Y eso hicimos —confirmó su compañero—. Lo echamos a suertes.

Antíoco intervino nuevamente.

—Esa es otra de las antiguas profecías, cuestor. «Se repartieron mis vestimentas entre ellos y por mis ropas echaron suertes». Alguien, necesariamente un judío, tuvo que explicar a Longino que debía hacerse de ese modo para ajustarse a la profecía.

El cuestor asintió.

—La mayor parte de su ropa no valía nada —confirmó Ático—, pero le habían puesto sobre los hombros una túnica púrpura muy buena, y todos esperábamos llevárnosla.

—Sí. A primera hora de la mañana, el prefecto había enviado a Jesús a ver a

Herodes Antipas, el tetrarca de Galilea, y este se la dio entonces —aclaró Scauro.

—Se decía que Herodes tenía miedo del nazareno —comentó Ático—, que estaba convencido de que se trataba de Juan el Bautista reencarnado. El caso es que lo devolvió a la fortaleza con aquella túnica, como si con ello le estuviera reconociendo algún tipo de categoría.

—Nosotros se la quitamos cuando llegó a la Antonia —dijo Scauro—, antes de conducirlo al lugar de su ejecución.

—Por desgracia, ninguno de los dos la ganó en el sorteo —se lamentó Ático—. Se la quedó uno de nuestros dos camaradas.

—Sí. Nunca hemos tenido suerte —comentó su colega.

—¿Qué ocurrió después de que subierais a Jesús a la cruz? —preguntó Varro.

—Esperábamos que quedara inconsciente enseguida —contestó Ático—. Debía de llevar unas cuatro horas allí arriba cuando llamó.

—El centurión estaba preparado por si se producía algo así —aclaró Scauro—. Nos había dicho que no nos sorprendiéramos si llamaba, si la pócima no había conseguido dejarlo inconsciente. Cuando oímos la señal, fuimos corriendo a ver al centurión.

—¿Qué señal? —preguntó Varro.

—Tenía que decir «tengo sed», y nosotros debíamos ofrecerle algo de beber.

—Yo fui a ver corriendo a Longino, que tenía preparado un cuenco con un líquido —declaró Scauro.

—¿En qué consistía ese líquido?

—Olía y parecía vinagre, y eso fue lo que Longino nos ordenó que le diéramos.

—El vinagre es un medicamento habitual —dijo Ático—, y con su amargo sabor puede disimular cualquier ingrediente que contenga y así no levantar sospechas.

—Supusimos que contenía otra dosis de la pócima soporífera que Longino ya le había administrado —comentó Scauro—. Empapé una esponja en el líquido, la clavé en el extremo de una caña y se la subí. Él bebió y a continuación dijo: «Ya todo ha terminado». Y cayó inconsciente.

—Por fin —añadió Ático.

—Pasaron otras tres horas —prosiguió Scauro—. Longino nos había dicho que la pócima perdería su efecto a las seis u ocho horas de haber sido administrada, momento a partir del cual el prisionero recobraría el sentido.

—Por eso teníamos que bajarlo en las horas inmediatas —añadió Ático.

—El centurión me ordenó que cogiera una de las jabalinas de la escolta y que diera al nazareno una lanzada en el costado —siguió diciendo su compañero.

—Longino ya había hablado del asunto con nosotros —prosiguió Ático—. La intención era demostrar a los que estaban presentes que el nazareno estaba muerto. Hay que recordar que el Gran Sanedrín había dispuesto que los suyos observaran todo el tiempo. Si le pegábamos una lanzada sin que se moviera quedaría claro que había muerto.

—El truco estaba en no causarle una herida grave —dijo Scauro.

—No teníamos que matarlo —añadió Ático con una sonrisa.

—Así, le clavé la punta de la jabalina en el costado causándole una herida superficial —dijo Scauro mientras ilustraba el hecho alzando el brazo muy recto como si fuera una lanza.

—Por suerte, el nazareno ni se movió —comentó Ático—. Se encontraba por completo bajo los efectos de la pócima.

—Yo vi que sangraba por la herida que le había hecho —intervino Scauro—. Solo se trataba de una herida superficial. Yo había tenido buen cuidado en eso; pero, así y todo, la sangre fluyó y goteó por su pierna.

—El centurión estaba cerca, en su caballo —aclaró Ático—. Vio el resultado de la herida y se volvió hacia la gente diciendo: «Sangre y agua. Está muerto, y ha muerto con valentía».

Varro parecía perplejo.

—¿Sangre y agua? ¿Fue eso lo que dijo Longino?

Ático asintió.

—Sí. Sangre y agua.

—¿Y vosotros visteis sangre y agua?

—Solo sangre —afirmó Ático.

—Solo sangre —ratificó Scauro.

—Qué extraño —comentó Varro—. Está bien, continuad.

—Entonces, uno de los sacerdotes del Sanedrín salió corriendo hacia la ciudad —explicó Scauro—, hacia la Puerta del Agua y el palacio de Herodes.

—Según sabíamos por el centurión Longino —precisó Ático—, ese sacerdote se llamaba José de Arimatea. Se trataba de un fariseo amigo del nazareno. Fue él quien lo dispuso todo en secreto con Longino.

—¿El centurión os dijo el nombre de ese fariseo? ¿Por qué?

—Longino no era ningún estúpido —dijo Ático—. No se fiaba del todo de esos judíos. Eso es algo que nadie debe hacer, como bien sabemos nosotros los romanos tras la revuelta. Al centurión tuvieron que pagarle generosamente para que hiciera lo que hizo.

—¿Sabéis con exactitud cuánto le pagaron?

Ático negó con la cabeza.

—No nos lo confió. Supongo que muchos miles de sestercios. Nos dijo que quería estar seguro de que nada inesperado pudiera pasarle, ya se tratara de un accidente o de que los judíos quisieran detenerlo con falsas acusaciones. Tomaba precauciones para evitar cualquier suceso que pudiera borrar del mapa al principal responsable de la trama.

—Quería que los judíos que estaban detrás de todo aquello se dieran cuenta de que los que habíamos intervenido en la crucifixión sabíamos quiénes eran —dijo Scauro—. De ese modo no podrían eliminarnos a todos, y siempre habría uno de



nosotros para señalarlos con el dedo y vengarse si algo nos ocurría.

—Fue por esta razón que Longino nos dio los nombres de los principales conspiradores del bando judío. Eran José de Arimatea, Matías ben Naum y un tal Nicodemo.

—¿Nicodemo? —preguntó Varro—. ¿Quién era ese Nicodemo?

—Otro fariseo —aclaró Scauro.

—Si nos lo permites, cuestor, ya volveremos a él en el curso de nuestro relato —intervino Ático—. ¿Puedo proseguir desde el momento de la partida de José de Arimatea?

—Por favor.

—Sabíamos que José de Arimatea había ido a ver al prefecto Pilato, y no pasó mucho tiempo antes de que un ayudante de la guardia personal del prefecto se presentara en busca de Longino.

—Nosotros ya lo esperábamos —añadió Scauro.

—El centurión se dirigió al palacio y regresó al cabo de poco para ordenarnos que partiéramos las piernas de los otros condenados para acelerar su muerte.

—Aquellos dos infelices todavía seguían con vida —dijo Scauro.

—Sí —corroboró Ático, ilustrando el procedimiento con un gesto de las manos—. Uno de nuestros compañeros cogió un mazo y les rompió los huesos de las piernas. ¡Crac! Es fácil, basta con dar un golpe lo bastante fuerte.

—Mientras aquellos dos veían aproximarse su final, Longino nos ordenó que bajáramos de la cruz al nazareno —prosiguió Scauro— y que entregáramos el cuerpo a los judíos que formaban el grupo de entierro. Desde luego, saltaba a la vista que estaba vivo.

—¿Cómo puedes estar seguro de que Jesús se encontraba con vida cuando lo bajasteis de la cruz? —preguntó Varro—. Procura ser preciso en tu respuesta.

—Seguía estando caliente, eso para empezar —contestó Ático.

—Y otra señal inequívoca era la herida del costado —añadió su compañero—. Los muertos no sangran. A lo largo de los años he visto morir a muchos hombres y lo sé.

—Quizá deberíamos buscar consejo médico en este extremo —dijo Varro, volviéndose hacia Diocles, que estaba dormido, apoyado sobre Antíoco—. ¡Despierta al médico! —le espetó, disgustado.

Mientras el magistrado lo zarandeaba, Hostilis le llevó un vaso de agua. Diocles despertó no sin dificultad, pero seguía medio atontado.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras se incorporaba y miraba a su alrededor con expresión perpleja—. ¿Pasa algo?

—Bebe el agua que Hostilis tiene para ti —le ordenó el ceñudo cuestor.

Diocles se la tomó de un trago y devolvió el vaso al liberto, que regresó a su puesto tras Varro. Mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano, Diocles reparó en que todas las miradas estaban fijadas en él.

—Estaba dormitando —dijo con una sonrisa avergonzada.

—¿Te has enterado de algo de lo que han declarado estos dos testigos? —preguntó Varro.

—¿Testigos? —Diocles miró a los dos ancianos sentados en el banco—. Ah, sí, los dos veteranos. Puede que me haya perdido algo de lo que han dicho, cuestor, pero solo un poco.

Varro supuso que el galeno no se había enterado de casi nada de lo dicho por Ático y Scauro.

—Necesitamos tu experta opinión de médico —dijo Varro—. Dinos, ¿los muertos sangran?

—¿Que si los muertos sangran? —rio Diocles—. No, creo que no —dijo en tono despectivo—. El corazón de un hombre que ha muerto ya no bombea sangre en las venas.

—Si un crucificado que ha sido declarado muerto recibe una lanzada en el costado y alguien asegura que ha visto salir de la herida sangre y agua...

—Eso no es posible, cuestor —interrumpió Diocles—. Uno puede tener sangre aguada o agua ensangrentada, pero no a la vez sangre y agua. Si el hombre está muerto, ninguna de las dos es probable.

—Entonces, ¿por qué iba el centurión a decir que había visto brotar sangre y agua de la herida?

—Es un misterio para mí, cuestor, a menos que intentara dar la impresión de que se trataba de una herida muy profunda que quizá había llegado a perforar la vejiga. Sin embargo, una herida en el costado no alcanza la vejiga. La verdad es que no logro imaginar por qué lo dijo.

—Entiendo.

—¿Dices que tu hombre fue crucificado, cuestor? —preguntó Diocles—. ¿Que fue en la posición normal de pie y que recibió la herida en el costado?

—Así es.

—Hummm... —Diocles se frotó la barbilla, pensativo—. Verás, cuestor, la sangre de un hombre que muere de pie se acumulará normalmente en sus órganos y sus piernas. Como he dicho, cuando el corazón deja de latir, la sangre no puede seguir circulando por el cuerpo y desde luego no brotará de una herida en el costado. Solo un ser vivo, cuyo corazón funcione, puede sangrar por una herida así.

—¡Lo sabía! —exclamó triunfalmente Antíoco, dándose una palmada en la pierna—. ¡Todas esas tonterías de que había resucitado! ¡El nazareno no estaba muerto!

—Gracias, médico —dijo Varro—. Las pruebas indican con toda probabilidad que, fuera cual fuese la pócima que le administraron, tuvo el efecto de dejar completamente insensible al nazareno, hasta el punto de que pareciera muerto. —Miró a los dos veteranos—. ¿Estáis completamente seguros de que no sabéis cuál fue la pócima soporífera que Longino utilizó?

—Uno de nuestros compañeros mencionó la agalla —dijo Scauro—, pero no eran

más que especulaciones, simples rumores entre legionarios. Se oyen cosas sobre pócimas y preparados, pero carecemos de conocimientos en ese campo.

—¡El documento de Matías dice que se utilizó agalla! —exclamó Antíoco—. Y aun a riesgo de ser repetitivo, cuestor, debo hacer notar que las antiguas profecías mesiánicas también decían que «ni un hueso de su cuerpo le será roto» y que «lo examinarán quienes lo pincharon». Está claro que Longino había sido instruido por los que habían urdido el plan, para asegurarse que al nazareno no le rompían las piernas y que si recibía una herida no le produjera la muerte.

Varro asintió.

—Eso parece. —Se volvió hacia el médico—. Diocles, ¿se te ocurre qué pócima pudieron usar? Tuvo que ser algo capaz de dejar inconsciente durante ocho horas a quien la tomara y también hacerlo insensible al dolor.

Diocles torció el gesto.

—Si me pidieras un bebedizo para dormir, sería una cosa, pero dejar a alguien inconsciente durante ocho horas y además hacerlo insensible al dolor... —Meneó la cabeza—. Parece como si hubieran empleado dos preparaciones distintas: una para inducir el sueño profundo, y que quizá también redujera el ritmo cardíaco, y otra para el efecto anestésico. Existen distintas plantas que producen un efecto o el otro: sueño profundo por un lado y parálisis por el otro. Pero, que yo sepa, no existe ninguna que consiga ambas cosas a la vez. No, no me atrevo a dar una opinión. Esto es terreno de boticarios.

—¿Dos pócimas? —se preguntó Varro, pensativo—. ¿Dos pócimas administradas por separado?

—Es lo que yo diría —convino Diocles.

—Una se la pudieron administrar antes de que saliera de la fortaleza Antonia —propuso Antíoco—, y la otra mientras se hallaba en la cruz. Cabe dentro de lo posible, ¿no, cuestor?

Varro se volvió hacia los dos testigos.

—Seguid con vuestro relato. Decíais que bajasteis al nazareno de la cruz...

—Eso hicimos, señor —aseguró Ático—. Luego, lo entregamos al grupo que lo iba a enterrar; ellos lo envolvieron en una sábana y lo depositaron en un sepulcro.

—¿Quién estaba al mando de ese grupo? ¿José de Arimatea? —preguntó Varro.

—Al frente estaba otro sacerdote del Gran Sanedrín —dijo Ático—. Otro fariseo llamado Nicodemo. El mismo Nicodemo que mencioné antes, cuestor.

—Longino nos dijo que el tal Nicodemo era un experto embalsamador —comentó el otro veterano—, que era también un secreto admirador del nazareno y que había mantenido reuniones clandestinas con él sin que lo supieran sus superiores del Sanedrín.

—¿Cómo es que Longino estaba enterado de esas reuniones clandestinas?

—El propio Nicodemo o José de Arimatea debieron de decírselo —aventuró Ático.

—Longino también nos contó el plan que tenían para esconder al nazareno —prosiguió Scauro—. Eso fue después de que nosotros le comentáramos que sin duda acabarían reconociendo a Jesús si reaparecía.

—Porque, en ese caso, los que se verían en un apuro seríamos nosotros —añadió Ático—. Se suponía que lo habíamos ejecutado. Las sospechas habrían recaído enseguida en nosotros.

—Nuestro centurión nos explicó que, una vez hubiéramos entregado el cuerpo, Jesús sería envuelto en un sudario y llevado a una tumba situada en una ladera cercana.

—Ya por aquel entonces ese lugar era propiedad de José de Arimatea —terció Ático.

—Se trataba de su propia tumba —precisó su compañero—, que estaba vacía.

—Longino nos contó que Nicodemo iba a preparar cincuenta kilos de mirra y aloe que llevaría al sepulcro para tratar el cuerpo.

—¿Cincuenta kilos? Parece una cantidad exagerada —comentó Varro.

—Era la excusa que necesitaban para llevar varias reatas de mulas de carga hasta la tumba.

—Fuertes mulas cargadas con profundos cestos llenos de jarras —añadió Scauro.

—Las jarras de mirra y aloe serían descargadas y llevadas al interior de la tumba, dejando los cestos vacíos —explicó Ático.

—Cuando el cuerpo del nazareno estuviera en la tumba tenían planeado darle otra pócima para hacerlo revivir y, después, curarle y vendarle las heridas —detalló Scauro—. Luego, Nicodemo y los suyos lo afeitarían y le cortarían el pelo para darle un aspecto más romano.

—Todo eso para hacerlo menos reconocible —comentó su amigo.

—A continuación, lo vestirían con la ropa que llevaban en los cestos.

—Entonces, Nicodemo lo escondería en uno de los cestos vacíos y se lo llevaría de allí una vez el embalsamador y sus ayudantes se hubieran marchado.

—Supuestamente, tras haber embalsamado el cuerpo —añadió Scauro—. Si alguien hubiera echado un vistazo a la tumba aquella tarde, señor, la habría hallado vacía.

—¿Y adónde pensaban llevar al nazareno? —preguntó Varro.

—Para empezar, a una casa en la ruta hacia Lydda, a unos cinco kilómetros a las afueras de Jerusalén —dijo Ático—. Luego, a Emaús.

—A la casa de Nicodemo —precisó Scauro—. Al menos eso pensamos nosotros.

—Tenía que tratarse de la casa de Nicodemo —insistió su compañero—. De otro modo habría levantado sospechas viajando a Emaús con sus mulas tan pronto después de la ejecución.

—Al ser judío, Nicodemo tenía que hacer el trayecto hasta su casa fuera de Jerusalén a toda prisa para poder completarlo antes de la puesta de sol, que era cuando empezaba el Sabbat. Los judíos no se permiten ningún tipo de actividad ni

trabajo en esos días. Son unos tipos raros esos judíos. Nunca he comprendido su manera de pensar —afirmó Scauro.

—El nazareno pasaría su primera noche, tras la crucifixión, en esa casa —dijo Ático—. Y el domingo se lo llevarían a Emaús.

—Pero, había centinelas apostados ante la tumba. ¿Qué pasaba con ellos?

—Nicodemo les pagó para que miraran a otra parte cuando él y sus ayudantes salieran con el nazareno escondido en uno de los cestos.

—¿Cuál era el plan una vez Jesús hubiera escapado de Jerusalén?

Scauro se encogió de hombros.

—No nos contaron los detalles —dijo, y miró a su compañero.

—Nosotros imaginamos que abandonaría Judea —dijo Ático—. Cierta tiempo después, cuando estábamos acuartelados en Siria, nos enteramos de un rumor que decía que el nazareno se había reunido con algunos de sus seguidores cerca de Emaús y en Galilea durante los días posteriores a su crucifixión.

—Se comentaba que ellos no lo reconocieron al principio —añadió Scauro con una risita—. No sin su barba.

—Eso suponiendo que fuera él —comentó Ático.

—¿El centurión Longino no os dio ningún detalle sobre los planes de huida del nazareno una vez hubiera conseguido salir de Jerusalén? —insistió Varro.

Los dos veteranos negaron con la cabeza.

—En su lugar —opinó Scauro—, yo me habría dirigido hacia el este, al reino de los partos, para escapar de la jurisdicción romana. Allí hay cierto número de judíos. El nazareno podría perderse entre ellos. Lo que no podía permitirse era caer de nuevo en manos romanas.

Ambos veteranos miraron a Varro, expectantes.

—Es todo lo que sabemos —dijo Scauro tras unos instantes de silencio—. Cuando los cuerpos de los tres reos fueron bajados de sus cruces, nuestra centuria regresó a la fortaleza Antonia, y ese fue el final de nuestra participación en los acontecimientos de aquel día.

—Sí, cuestor. Hasta aquí llega nuestra información. Y con el debido respeto, señor, ¿acaso no vale sus buenos veinte mil sestercios?

—Es una lástima que Longino no compartiera con vosotros el plan completo de huida —comentó Varro pensativamente.

—¿Puedo hacer otro comentario? —pidió Antíoco.

—Si viene al caso... —repuso Varro.

—Las pruebas apuntan a que José de Arimatea y Nicodemo fueron los autores del plan —declaró el magistrado—. Ellos eran los partidarios del nazareno dentro del Gran Sanedrín. José hizo los arreglos para que Jesús entrara a lomos de un burro en Jerusalén y también lo dispuso para que enviaran una corona de espinas a la Antonia. Además, ordenó al centurión que se asegurara de que los soldados se rifaban la ropa de Jesús, de que se abstuvieran de romperle las piernas, que solo lo hirieran

superficialmente con la lanza; todo para que los hechos se ajustaran a las profecías e hicieran aparecer a Jesús como el Mesías prometido. José proporcionó su propia tumba para el entierro y el subsiguiente engaño y después lo organizó todo para que Nicodemo escapara con el nazareno. José de Arimatea es la clave de todo el complot. El testimonio de estos dos hombres solo hace posible un veredicto, cuestor: ¡Jesús de Nazaret no resucitó de entre los muertos! ¡Eso es lo que debes escribir en tu informe!

Varro lo miró con sentimientos encontrados. Aquel hombre no le gustaba, pero no tenía más remedio que reconocer que lo dicho tenía sentido desde un punto de vista racional.

## LAS NOTICIAS DE LA MUERTE

*Cafarnaúm. Norte de Galilea, tetraarquía de Traconitis.  
Julio del año 71 d. C.*

*En el tiempo de nuestros padres, vivió un hombre en Galilea, un judío que conquistó los corazones de aquellos que lo conocieron, en la vida y en la muerte, como un hombre amable, piadoso y recto, un hombre de quien se decía que poseía poderes milagrosos. Uno de ellos, y no el menor, se decía que era la facultad de alzarse de entre los muertos. Lo que sigue es el informe de Julio Terencio Varro, cuestor del procurador de Siria y Judea, sobre los hechos que rodearon la vida y la muerte de ese hombre llamado Jesús de Nazaret o Cristo. Este informe, llevado a cabo tras exhaustivas entrevistas con testigos repartidos por todas las provincias de Siria, Judea y territorios vecinos, demostrará que el hombre llamado Cristo no resucitó de entre los muertos. Es más, demostrará el modo en que un pequeño grupo de conspiradores se unieron para burlar las leyes de Roma y hacerse con la voluntad de los hombres mediante un subterfugio de una audacia tal que hasta los mayores criminales de nuestra historia habrían evitado participar en su ejecución por temor a ser descubiertos, al ridículo y a la muerte.*

Tal era el comienzo del informe del cuestor; del segundo de ellos, después de haber descartado el primero. Tras el testimonio de Ático y Scauro, Varro y Pitágoras empezaron desde cero. Contando con la paciencia del secretario, Varro repasó una y otra vez los párrafos iniciales. Artímedes le enseñó que las primeras líneas de un texto, de cualquier texto, eran lo que una puerta es a una casa.

Con el encabezamiento a su gusto, el cuestor se lanzó a escribir el informe propiamente dicho. Durante siete febriles días desde el testimonio de los dos viejos legionarios, Varro y Pitágoras trabajaron sin descanso, casi frenéticamente, en la intimidad del *pretoriurn* del cuestor en Cafarnaúm. Todas las mañanas, desde primera hora, Varro dictaba paseando arriba y abajo mientras Pitágoras trasladaba sus palabras a las tablillas de cera en taquigrafía romana. Por las tardes, mientras Varro se bañaba en la principal casa de baños de Cafarnaúm, Pitágoras pasaba a tinta sobre pergamino las últimas partes del informe basándose en sus notas. Por la noche, tras la cena, el secretario le leía el resultado de los trabajos del día para que introdujese las correcciones que estimara oportunas. Pitágoras estaba seguro de que el general Collega pediría cientos de copias de dicho informe para distribuir las por todo el imperio al tiempo que enviaba la primera de todas por barco rápido a Cayo Licinio Muciano, en Roma.

Aquella era la séptima noche del séptimo día de la redacción del informe, y Varro se sentía agotado y a la vez estimulado por la tarea. El esfuerzo mental resultaba formidable, pero poder ver la historia del complot de la crucifixión tomar forma ante sus ojos resultaba sobrada recompensa a su labor. El relato que Varro se disponía a legar a futuras generaciones empezaba con los dos últimos años de la vida del

nazareno, cuando Jesús fue la mano derecha de su primo Juan el Bautista, y partía del momento de la muerte de este, cuando Jesús se hizo con el liderazgo de la secta. Partiendo de ahí, Varro pintaba el retrato de una persona bien intencionada y de gran talento pero progresivamente frustrada por la pérdida de muchos de los seguidores del Bautista.

Fue entonces, escribía Varro, durante el decimosexto año de gobierno de Tiberio, cuando Jesús recibió la visita de dos miembros del Gran Sanedrín que le presentaron un plan descabellado. Esos dos hombres, José de Arimatea y Nicodemo de Emaús, ambos fariseos y colaboradores de Zacarías, el difunto padre del Bautista, pretendían arrebatar el poder del Sanedrín de las manos de los pedantes saduceos que tradicionalmente habían dominado el consejo y aportado los sumos sacerdotes. El único modo en que aquellos fariseos podían conseguirlo era con la aparición del Mesías profetizado, un hombre propuesto por ellos, que resucitaría de entre los muertos para demostrar sus poderes divinos.

Varro escribía que, para demostrar que Jesús era el Mesías, José, Nicodemo y los demás conspiradores dispusieron cuidadosamente las cosas y manipularon los acontecimientos para que pareciera que el Nazareno había cumplido todas las predicciones de los antiguos profetas. La clave de la aseveración de que Jesús era el Mesías se hallaba en la pretensión de que descendía, a través de su padre, del linaje del rey David. Las profecías declaraban claramente que el Mesías sería un descendiente de David. Desde entonces se habían elaborado genealogías contradictorias para demostrar que el padre de Jesús, José, descendía de David; pero al final habían perdido relevancia por el reconocimiento que se hacía en la carta de Lucio y en los documentos de Marcos y Matías de que Jesús no provenía de la semilla de José. Varro afirmaba que no existía el pretendido vínculo entre la línea real de David y que, por lo tanto, Jesús no habría podido ser proclamado Mesías o Cristo.

Tras dedicar un considerable espacio a los motivos del complot, el énfasis de Varro se trasladaba al papel desempeñado por José de Arimatea, Nicodemo y otros destacados fariseos con ocasión del arresto, interrogatorio, sentencia, falsa ejecución y huida del nazareno. A pesar de que no existían pruebas que los relacionaran directamente a determinados aspectos de la trama de la crucifixión, escribía Varro, la certeza de su intervención resultaba indiscutible. Por ejemplo, relataba que resultaba obvio que José, Nicodemo u otros fariseos miembros del Gran Sanedrín conectados con Jesús habían estado presentes durante el interrogatorio inicial del nazareno en casa de Anás, en el que fue sometido en casa del sumo sacerdote Caifás y en los distintos interrogatorios de Pilato. Solo ellos podían haber transmitido lo que habían visto y escuchado, información que llegaría a los redactores del testamento del nazareno, Matías, Marcos y Lucio.

Varro afirmaba en su informe que, a menos que los relatos de Marcos, Matías y Lucio fueran completas invenciones, su única fuente posible de información eran aquellos destacados fariseos, ya que ningún otro seguidor del nazareno —ni Marcos



ni Matías ni ningún apóstol ni discípulo— había estado presente en aquellas sesiones. Del mismo modo, ningún relato del interrogatorio del nazareno a cargo de Herodes Antipas había sido trasladado porque ningún fariseo estaba presente en el palacio de Antipas.

Varro también contaba que José de Arimatea y Nicodemo contaron en secreto con el apoyo de otros fariseos, que contribuyeron económicamente al complot. Utilizando los recursos de todos ellos, sobornaron al centurión jefe, Longino, para que fingiera la muerte del nazareno en la cruz y pareciera así que este resucitaba de entre los muertos. También sobornaron a los guardias del sepulcro para que miraran a otra parte y permitieran de ese modo que el Nazareno huyera tras la fingida crucifixión. Aunque Jesús había dicho a sus apóstoles que tenía intención de hacerse crucificar para que su persona encajara con los escritos de los antiguos profetas, no les reveló el plan de los fariseos. La única excepción fue Judas quien, de común acuerdo con los conspiradores y con el pleno conocimiento de Jesús, representó el papel de traidor al nazareno.

Confiado en que solo le quedaba por delante un día más de trabajo antes de que su informe quedara terminado, Varro se disponía a retirarse por aquella noche cuando le llegaron unos gritos que se alzaban en la distancia. Con Hostilis convertido en su sombra, como era habitual, salió de la tienda para averiguar la causa. Mientras los hombres pasaban corriendo ante el *pretorium* con cubos en las manos, Varro localizó al *optio* Silio.

—¿Qué ocurre, Silio?

—¡Hay fuego en el campamento, cuestor! —dijo este nerviosamente—. En los carros de equipaje.

Varro se dirigió rápidamente hacia la zona y vio que los legionarios, bajo la dirección del centurión Gallo, intentaban luchar contra el fuego que ardía en uno de los carromatos. El oficial había hecho arrastrar el vehículo lejos de los demás, pero los escasos cubos de agua que le arrojaban apenas surtían efecto.

—No podemos salvar el carro, cuestor —dijo Gallo cuando vio a su superior a la luz de las llamas—, y tampoco su contenido.

Pitágoras se encontraba entre los numerosos miembros de la expedición que empezaban a llegar a la escena del fuego para presenciar el espectáculo.

—¡Es uno de mis carros, cuestor! —exclamó con espanto el secretario—. ¡Ese carro contiene las tablillas de cera!

Varro pareció súbitamente alarmado.

—No será el que contiene nuestro archivo con todos los interrogatorios, ¿verdad?

Pitágoras asintió.

—El mismo. A pesar de los trapos húmedos con los que las envolvemos, el fuego encuentra mucho combustible en la cera y la madera.

Varro observó las llamas que se elevaban a más de tres metros de altura en la noche.

—¡Hemos perdido todos nuestros archivos! —se lamentó.

—No todos, cuestor —dijo el secretario, que había recobrado su habitual tono desprovisto de emoción—. Guardaba en mi tienda, en preparación del trabajo de mañana, las últimas tablillas con el interrogatorio de Ático y Scauro.

—Al menos es algo —repuso Varro, disgustado—. ¿El informe en sí mismo está a salvo?

Pitágoras le mostró un estuche cilíndrico de cuero.

—El trabajo, todavía inacabado, está aquí dentro, cuestor. No te preocupes; no lo pierdo de vista en ningún momento.

—Guárdalo bien, Pitágoras —dijo Varro. Mientras él y el secretario contemplaban las llamas y notaban su calor en el rostro, las ruedas del carro cedieron, y la masa ardiente se desplomó con estrépito en medio de una lluvia de chispas que hizo que los soldados retrocedieran de un salto. El cuestor miró en dirección a Gallo y le preguntó a gritos—: ¿Cómo ha podido ocurrir esto, centurión?

Gallo se acercó al cuestor.

—Ha sido un accidente, señor —dijo el centurión señalando los ennegrecidos restos de una linterna de aceite que se veían tirados por el suelo a varios metros del llameante vehículo, en un espacio entre los carros de equipaje. En el lugar indicado se levantaba el calcinado tocón de una lámpara.

—Allí estaba el carro. La linterna cayó y prendió en él.

Varro se acercó para inspeccionar los restos de la linterna; se agachó junto a ellos. Gallo y Pitágoras se le unieron.

—Traed más luz —pidió el cuestor.

Los soldados llevaron linternas a toda prisa, y el cuestor examinó el lugar y comprobó la ubicación de los demás postes.

—Esta linterna parece que está fuera de sitio —dijo, casi para sí.

Poniéndose en pie, caminó por el espacio entre los vehículos seguido por los portadores de linternas mientras los mirones se apartaban. Tras unos pasos, se detuvo y miró hacia abajo.

—¿Has encontrado algo, cuestor? —preguntó Crispo, que se acababa de unir al grupo.

—Observa bien los postes de las lámparas a derecha e izquierda, Crispo —dijo Varro—, y cuéntame qué te dicen en relación a la cuarta.

Crispo mostró una expresión de total perplejidad mientras miraba de poste en poste y después a Varro.

—Lo siento, cuestor...

—Ponte a cuatro patas, Quinto, y dime qué ves desde esa posición.

Crispo obedeció.

—¡Un agujero, cuestor! —exclamó—. Aquí hay el agujero del poste de una linterna. Tiene que haber sido de un poste que había clavado aquí, alineado con los demás.

Varro asintió.

—Alguien cambió de sitio la linterna y la colocó al lado del carro que contenía nuestros archivos —sentenció—. Puede que no tuviera intención de provocar un incendio, pero... Gallo, localiza a los soldados que colocaron estos postes y pregúntales si movieron la linterna.

El centurión no tardó en identificar a los legionarios, pero estos le aseguraron que no habían colocado ningún poste en el lugar donde habían hallado la linterna.

—Alguien la cambió de sitio, cuestor —informó Gallo—, y la colocó junto al carro que ha ardido.

Mientras Varro regresaba a su tienda caminando, lo invadió la convicción de que alguien había cambiado la linterna de sitio a propósito para que pareciera que el fuego había sido fruto de un accidente. Varro estaba seguro de que en el campamento había alguien decidido a destruir los archivos de su investigación.



Esa noche soñó con una pira funeraria ardiendo. Una espada yacía en el suelo, junto a la pira. Un cuerpo se retorció entre las llamas. Cuando Hostilis lo despertó sacudiéndolo levemente por el hombro, Varro estaba empapado de sudor.

—Soñabas otra vez, amo —le dijo el esclavo—. ¿Quieres que mande llamar a Pitágoras?

Varro negó con la cabeza.

—No hace falta que lo despertemos, Hostilis. El significado estaba perfectamente claro. He soñado con una pira funeraria que ardía, y creo que era la mía.

—Puede que el incendio en el campamento haya motivado el sueño sin más, amo. Varro observó a su sirviente un largo momento.

—Espero que tengas razón.

Se sentó y le pidió que le llevara sus instrumentos de escribir. Cuando Hostilis le entregó la caja, Varro la abrió y extrajo un documento sellado y una pequeña gorra de cuero.

—Aquí tienes, Hostilis, con mi gratitud. —Al ver que el esclavo vacilaba, añadió —: Cógelo, es tu documento de manumisión y la gorra que proclama tu libertad. He fechado el documento para que tenga efecto el primer día de agosto. Tenía planeado entregártelo entonces, pero quién sabe qué calamidad puede abatirse sobre mí antes de que acabe este mes.

—Ninguna calamidad se abatirá sobre ti, amo —dijo Hostilis, plenamente convencido.

—¿Cómo lo sabes? —Sonriendo fatigadamente, Varro le tendió el documento y la gorra—. Tómalos antes de que cambie de opinión.

El esclavo aceptó el documento que le garantizaba la libertad y la gorra que, si lo

deseaba, podría lucir con orgullo desde el día de su manumisión para demostrar que era un hombre libre.

—Gracias, amo. No sabes cuánto te lo agradezco.



Varro se sumergió en el octavo día de redacción, pero a media mañana se topó con un problema: la desertión de Longino lo incomodaba. Parecía demasiada coincidencia que el centurión hubiera desertado de la XII Legión a los pocos meses de la ejecución del nazareno, y le sorprendía que un hombre emprendedor y con dinero se dejara capturar tan pronto. Aquello había hecho desaparecer al principal protagonista romano del complot de forma particularmente oportuna para los judíos que lo habían tramado. Una vez eliminado Longino, no quedaba nadie investido de autoridad para apoyar la tesis de que la crucifixión de Jesús había sido un fraude amañado. Filipo el Evangelista aseguraba que Longino se había convertido en seguidor del nazareno, lo que le daba un motivo para su desertión, pero, a juicio de Varro, resultaba poco convincente. El cuestor llegó a la conclusión de que había algo más tras la desertión de Longino. ¿Acaso corrió el rumor de que Longino había permitido que el nazareno escapara con vida? ¿Salió dicho rumor de las filas judías que habían participado en el complot o fue culpa de alguno de los componentes del piquete de ejecución, que se había ido de la lengua porque llevaba una copa de más?

Sin embargo, cabía otra posibilidad.

¿Y si el prefecto Pilato se enteró de la trama de la crucifixión una vez realizada esta y decidió eliminar al centurión con cargos falsos? Si se hubiera llegado a saber que el nazareno había escapado con vida estando bajo la jurisdicción de Pilato, los sacerdotes del Gran Sanedrín habrían exigido la cabeza del prefecto; y lo que era más, Tiberio se la habría entregado. Difícilmente a Pilato se le habría ocurrido ocultar el delito de Longino. En contra de esa posibilidad estaba la idea de que, de haber descubierto Pilato la intervención de Longino, ¿no habría hecho ejecutar también a los cuatro miembros del piquete de ejecución para mantener el secreto? Pero mandarlos decapitar, ¿no habría levantado las sospechas del Sanedrín? ¿Podía ser ese el motivo que había detrás del ascenso de Ático y Scauro y su traslado fuera de la provincia? Los dos veteranos habían declarado que permanecieron en Jerusalén el tiempo suficiente para enterarse de la muerte de Matías ben Naum, pero no más. Varro pensó entonces que quizá Ático y Scauro supieran más de lo que decían sobre los motivos de la desertión de Longino y su ejecución. Mandó llamar al centurión Gallo.

—Ve a la taberna de Los dos carneros —ordenó—, y encuéntrame a sus dos propietarios. Tengo más preguntas que hacerles.

La gente de la ciudad se apartó rápidamente mientras Gallo y su destacamento

marchaban por las calles. La pequeña columna se detuvo ante la taberna. Los postigos del establecimiento estaban cerrados, cosa que el centurión juzgó impropia de aquella hora en un día laborable. Nadie contestó cuando los golpeó con los nudillos. Ceñudo, rodeó el edificio hasta una puerta lateral cuya escalera conducía a la planta de arriba, donde vivían los dos veteranos. La puerta estaba cerrada. El centurión llamó a su legionario más fornido y le ordenó que la echara abajo. Al cuarto intento, la madera se rompió. Tras dejar a Rufo fuera junto con once hombres más, Gallo desenvainó la espada y entró seguido de cuatro de sus soldados. Subieron a paso ligero por la escalera hasta el rellano; divididos en dos grupos, Gallo y los suyos registraron las humildes habitaciones.

—¡Centurión! —llegó el angustiado grito de uno de los legionarios.

Gallo siguió la voz hasta una habitación que daba a la calle. En ella había dos camas. Ático y Scauro yacían en ellas, boca arriba. Ambos estaban muertos. Su piel presentaba la lividez de los cadáveres. A juzgar por el hedor que desprendían, llevaban así varios días. Torciendo el gesto y envainando la espada, el centurión se acercó para examinar los cuerpos. No se apreciaban señales de violencia, pero los dos cadáveres tenían los ojos abiertos. Gallo intuía que allí había sucedido algo.

La búsqueda por el resto de la vivienda y la taberna delató que no había rastro de los sirvientes de los taberneros. Tampoco hallaron objetos de valor en la casa, ni plata ni oro ni dinero en efectivo. Gallo realizó un segundo registro, mirando tras las paredes, en el techo y bajo el suelo. Buscaba algo concreto: ocho días atrás, cuando Ático y Scauro se marcharon del *pretorium* del cuestor, se llevaron consigo unas pesadas bolsas de cuero. Esas bolsas contenían una considerable cantidad de dinero: veinte mil sestercios; la recompensa del cuestor por el testimonio prestado. El dinero, al igual que los sirvientes, había desaparecido.

Gallo se presentó ante Varro con la noticia de que los dos viejos carneros de Cafarnaúm estaban muertos. También le dijo que, en su opinión, los veteranos habían sido asesinados por sus sirvientes, que a continuación habían huido tras dar con la recién adquirida riqueza de la pareja y llevarse los objetos de valor.

Disgustado por la noticia, Varro envió a Gallo y a sus hombres para que registraran la ciudad y preguntaran sobre los sirvientes y las posibles visitas que los dos ancianos hubieran recibido. La hipótesis de Gallo parecía razonable; sin embargo, el cuestor no podía evitar tener la sensación de que los dos veteranos habían sido asesinados por el testimonio que habían prestado ante él. Confió en que el robo hubiera sido el móvil principal, pero habría preferido saberlo con certeza. No podía devolverlos a la vida y no le quedaba más remedio que olvidarse de las respuestas a las preguntas sobre la desertión de Longino. No obstante, le habría gustado identificar a los asesinos y establecer el motivo del asesinato.



Un correo montado del escuadrón de caballería de la IV Escita se presentó en el campamento aquella tarde. El polvoriento jinete fue conducido a presencia del cuestor en la casa de baños de Cafarnaúm.

Varro estaba a punto de meterse en el baño frío cuando el correo se le acercó.

—Hace semanas que este mensaje le ha estado siguiendo desde Antioquía y por toda Judea, cuestor —dijo el soldado tras sacar la carta del estuche de despachos.

Varro cogió la carta e identificó no sin sorpresa el sello de su tío —pocas veces recibía correo del reservado hermano de su padre—; la abrió y leyó:

*Cayo Terencio Rufo, en Roma, a Julio Terencio Varro, cuestor del procurador de Siria en Antioquía. Saludos.*

*Estimado sobrino, es con pesar en el corazón que tu humilde tío debe escribirte en estos momentos con las más trágicas noticias. Ocurrió el día del festival de la Parilia. Tu querida madre sufrió un ataque de agudo dolor en la cabeza y se desmayó en su casa del Aventino. Se llamó a los médicos, pero no hubo nada que pudieran hacer para ayudar a la noble Julia Gratiana. Si te sirve de algún consuelo, sobrino, esos mismos médicos me aseguraron que, tras el primer ataque, tu madre no padeció ningún dolor y que la muerte se la llevó rápidamente.*

*Fue hace solo muy poco que recibí una carta de tu madre desde Nola en que, con los términos más halagadores, me decía que habías sido destinado a una tarea de suma responsabilidad en tu provincia y que esperaba que salieras triunfante del encargo. Julia también me decía la alegría que le había supuesto recibir carta tuya desde Antioquía para felicitarla por la Matronalia.*

*En estos momentos me encuentro en Roma para poner en orden los asuntos de tu madre como albacea suyo. La mayor parte de sus propiedades te las ha dejado a ti, pero debo advertirte que también ha concedido generosas anualidades a su personal, a su antiguo secretario, Artímedes, y a mí. Tu madre también ha dispuesto la manumisión de los esclavos más antiguos de la servidumbre.*

*Sobrino, estas noticias serán sin duda una desagradable sorpresa para ti, tanto como lo fueron para mí. Tu madre tenía, por su edad, la constitución más fuerte que yo recuerde. Su pérdida solo puede atribuirse a la voluntad de los dioses. Pronto regresaré a Nola. Te adjunto mi dirección por si quisieras ponerte en contacto conmigo allí.*

*Hasta pronto.*



La barca se mecía suavemente en las onduladas aguas ante Cafarnaúm. Era una embarcación pequeña, construida como normalmente se hacía, con tablas superpuestas. Con solo dos remos, era ancha en su parte central y tenía la proa y la popa afiladas. Utilizada habitualmente para trasladar pasajeros de una ciudad a otra por el lago, disponía de dos bancos dispuestos transversalmente. En uno estaban sentados los remeros, Callido y Hostilis; en el otro, y dando la espalda a tan inexperta tripulación, el cuestor Varro y su esclava Miriam.

Las noticias de la muerte de su madre habían destrozado a Varro, de cuya mente desapareció de repente cualquier intención de completar el informe. Un mes antes, Varro habría compartido su dolor con Marco Marcio y Artímedes; pero, en estos momentos, solo había una persona a la que deseara acudir. Tras ordenar a Callido que le buscara un bote y le llevara a Miriam, se adentró en el mar de Galilea en busca de tranquilidad y consuelo. Miriam no había dicho una palabra desde que se sentó junto

a él y se aseguró de que ninguna parte de su cuerpo lo tocara; sin embargo, dada la falta de espacio, la distancia que los separaba era mínima. No se habían dirigido la palabra desde que la embarcación se había alejado de la orilla.

Una pequeña nave de guerra romana de cincuenta remeros acababa de pasar de patrulla con el pendón azul colgando inerte del mástil; los marineros del puente parecían aburridos. La estela de la *Penteconter* fue aquietándose, y el mar de Galilea volvió a quedar como un cristal. Por orden de Varro, Callido y Hostilis habían dejado de remar. El esclavo tenía los ojos cerrados y parecía dormir al sol. A su lado, Callido observó el navío de guerra, que viraba rumbo a Betsaida, con los remos centelleando a medida que entraban y salían del agua. El liberto pensaba en el barco que pronto llevaría al cuestor de vuelta a Roma. Y también a él.

—Mi madre ha muerto —dijo Varro en tono monocorde sin apartar la mirada del frente.

—Eso he oído —contestó Miriam—. Las noticias corren por el campamento. Lamento tu pérdida, cuestor; la lamento de verdad. —Miriam sonaba sincera—. ¿Cómo ocurrió?

—Cayó fulminada en nuestra casa de Roma. Sin aviso previo. Simplemente cayó muerta. —Seguía anonadado por la noticia—. Los médicos dijeron que no sufrió.

—Eso debe de ser un consuelo para ti.

—Lo es —suspiró—. Mi madre y yo estábamos muy unidos. Era una mujer de gran sabiduría; en mi opinión, mucho más que mi padre. Ella no se habría resignado a su destino como hizo él, sino que habría luchado para limpiar su nombre.

—¿Era hermosa?

—¿Hermosa? Sí, siempre pensé que lo era. Muchos hombres la admiraban y algunos de los más distinguidos de Roma la cortejaron cuando Nerón hubo desaparecido y ya no resultaba peligroso relacionarse con la viuda de un miembro de la conspiración de Pisón. Sin embargo, ella juró que no volvería a casarse.

—¿La conspiración de Pisón? ¿Qué es eso? —preguntó Miriam.

La pregunta hizo asomar una sonrisa en los labios de Varro. Resultaba fácil dar por hecho que todo el mundo estaba familiarizado con los avatares políticos de Roma, pero, tal como empezaba a aprender, era arriesgado dar ciertas cosas por seguras.

—Hace seis años —explicó—, un senador romano, Pisón, urdió una conspiración para acabar con la vida del emperador Nerón. El complot fue descubierto, y muchos hombres importantes se vieron implicados. Mi padre fue uno de los acusados. En realidad, y a pesar de la nula simpatía que sentía por Nerón, era inocente de los cargos. Al principio, mi padre había depositado grandes esperanzas en Nerón, que era el nieto de Germánico; sin embargo, tras unos años de comienzo prometedor, su reinado de sueño se convirtió en una pesadilla.

—¿Y tu madre no volvió a casarse?

—No. Su padre no le quiso imponer un nuevo matrimonio. La respetaba

demasiado para hacer algo así. Todos la respetábamos; de hecho, ninguna mujer de Roma era más respetada que mi madre. Ella me infundía confianza para abrirme camino en el mundo y para asumir mis responsabilidades como cabeza de familia; las responsabilidades de las que mi padre abdicó cuando se rindió y entregó su vida. Creo que, al igual que su hermano Cayo, mi padre no se sentía cómodo ante las responsabilidades. Cayo escapó al campo y a su granja, pero mi padre se entregó al hacha del verdugo. Ni siquiera tuvo el coraje de cortarse las venas, y eso que Nerón le ofreció esa posibilidad.

—¿Y tú?

Por primera vez aquel día, Varro la miró. Sus ojos se encontraron con los grandes y oscuros de ella, y su corazón dejó momentáneamente de latir.

—Yo, ¿qué?

—Que si te sientes cómodo debiendo afrontar responsabilidades.

Varro hizo un gesto de impotencia.

—No he tenido otra alternativa, Miriam. —Volvió a contemplar el lago—. Ahora, con mi madre muerta, tengo más responsabilidades que nunca.

—Puedes elegir, ¿sabes? —repuso ella—. En esta vida siempre tienes elección.

—Lo sé —asintió Varro.

—Deberías seguir la voz de tu corazón.

—Tengo un deber en recuerdo de mi madre. —La voz le falló, y carraspeó para aclararse la garganta.

—Siento que la hayas perdido —dijo Miriam cogiendo su mano entre las de ella.

Frunciendo los labios y luchando para que la pena no lo doblegara, Varro le apretó la delicada mano. Se quedaron sentados así, mano con mano, durante largo rato, sin hablar, simplemente contemplando las aguas. Al fin, Varro dijo:

—¿Vendrías a Roma, conmigo? Me refiero a cuando regrese en el nuevo año.

—Si me lo ordenas... De todas maneras, habiendo muerto tu madre, ¿qué tareas me esperarían allí?

—Solo irías si así lo deseas —Varro observó su perfil, absorto por la perfección de sus rasgos—. Te dejaré escoger, Miriam. Puedes venir conmigo a Roma o puedes quedar libre, recibir una compensación y marcharte donde tu corazón te guíe; por ejemplo, de regreso a Cesarea de Filipo o quedarte aquí, en tu lugar de nacimiento. Lo que prefieras.

Miriam retiró la mano.

—Eso es cruel —declaró.

Varro se sintió ofendido.

—¿Cruel? ¿Por qué es cruel? Te estoy permitiendo que sigas los dictados de tu corazón.

—Me estás planteando que elija entre mi manumisión junto con dinero y tu compañía en Roma. Es una elección cruel la que me ofreces.

—Tendrás tu libertad escojas lo que escojas, tanto aquí como en Roma.



—La libertad adopta diversas formas —repuso ella tristemente.

—¿Entiendes lo que te estoy proponiendo? No pienso forzarte a que hagas nada. Si decides seguir tu propio camino, que así sea. Si decides acompañarme a Roma por tu propia voluntad, entonces sabré que lo has hecho porque quieres estar conmigo.

—¿Como tu querida en Roma?

—Sí.

—Cuestor...

—¿Por qué no me llamas Julio?

Ella negó con la cabeza.

—No puedo. Soy una esclava, y tú eres mi amo.

Varro sonrió.

—Eso es algo que puede cambiar dentro de muy poco.

Miriam volvió a negar con la cabeza.

—Incluso siendo una liberta no podría llamarte por tu nombre de pila. Tú y yo pertenecemos a mundos distintos, Julio Varro.

—¿Acaso no sientes nada por mí? —sonaba exasperado—. Si es que no, dilo y serás libre para marcharte. Ese será el punto final.

—¿Dejarías que me fuera, así, sin más?

—Sí.

—¿Y me olvidarías?

—No. Nunca podría olvidarte, Miriam. Nunca.

Ella suspiró.

—Es tan injusto...

—¿Por qué? Nada puede ser más justo que lo que te ofrezco. ¿No sientes nada por mí, Miriam? Dímelo.

—Confieso que te he tomado cariño —admitió—. Más cariño del que me atrevo...

—Entonces, ¿estás dispuesta a ir conmigo a Roma? ¿Sí o no?

Ella se volvió una vez más para mirarlo.

—¿Si decidiera acompañarte...?

—¿Qué? —preguntó Varro, expectante.

—¿Aceptarías a Jesús de Nazaret en tu vida?

Varro sintió que el mundo se le caía encima.

—No puedes pedirme semejante cosa —protestó.

—¿Por qué no? Jesús era un buen hombre. Tú eres un buen hombre. ¿Recuerdas la noche en que la reina Berenice me regaló a ti? Pues me llamó a su lado y me dijo algo al oído. ¿Sabes qué me dijo? Me dijo: «He ahí un hombre que reconocerá la verdad cuando la vea. Ayúdale a encontrarla». Pues bien, Jesús es la verdad.

—No niego que ese Jesús fuera una buena persona, buena y profética, pero puede que fuera manipulado por terceros, hombres con fines políticos.

—¿Por qué tienes que pensar en términos de política, en términos de asuntos

mundanos? —Miriam frunció el entrecejo, repentinamente irritada—. Esto trata de fe, de abrir tu corazón.

—Miriam, ¿cómo puedes esperar que crea en algo que sé que es falso? —También él empezaba a parecer disgustado—. La religión del nazareno es solo ignorancia y superstición. La ignorancia esclaviza, y la superstición también.

—La religión que está basada en la ignorancia y la superstición es la de vuestros dioses romanos —replicó Miriam, que a continuación suavizó el tono—. Por favor, acéptalo en tu corazón. Escoge la vida eterna. Conviértete en su mensajero. Destruye tu diabólico documento.

—¿Documento? ¿Te refieres a mi informe? ¿Quieres que lo destruya?

Miriam asintió.

—Iré a Roma contigo y me convertiré en tu compañera para todo; tú te convertirás en mi compañero para todo. Hay muchos en Roma que siguen mi fe, algunos incluso en casa del propio emperador. Serás bienvenido igual que un hermano, pero debes destruir ese documento que lo difama.

—No puedes pedirme algo así. —Su mente y su corazón eran un torbellino de confusión.

—Ese es mi precio —declaró ella—. El precio de tu salvación.

Permanecieron sentados en silencio. Ella, envuelta en su dignidad; él, en su desesperación.

Desde el sur llegaron negros nubarrones que taparon el sol y desataron una gélida brisa por el lago.

—El tiempo está cambiando —dijo Varro a su liberto, como ausente—. Callido, será mejor que nos marchemos.

El liberto y Hostilis parecieron despertar y echaron los remos al agua. No tardaron en remar rítmicamente, empujando velozmente la pequeña embarcación hacia Cafarnaúm. Ni una sola palabra fue pronunciada en el bote durante el trayecto de regreso. La proa se hundió en la playa ante la ciudad, y Hostilis saltó al agua para arrastrarla a tierra. Varro se apeó y se volvió hacia Miriam para ayudarla; sin embargo, ella bajó a tierra por sus propios medios. Dejando escapar un suspiro, el cuestor se encaminó hacia la Puerta del Agua con la joven esclava en los talones.

Callido fue el último en salir de la barca y se quedó mirando cómo Hostilis ataba la embarcación a una oxidada anilla de hierro clavada en una roca cercana.

—¿Lo has oído? —preguntó el liberto, muy alterado—. ¡Quiere llevársela a Roma como su querida!

Hostilis le lanzó una mirada de reprobación.

—En presencia del cuestor soy sordo, a menos que él me dirija la palabra. Te convendría adoptar la misma actitud.

—¡No se puede permitir que vaya a Roma! —dijo Callido en parte para sus adentros.

—Ocúpate de tus asuntos, Callido —gruñó Hostilis.

—¡Y tú, vigila tu lengua! —replicó Callido de malhumor—. ¡Todavía no eres libre, amigo, así que mantente en tu lugar!

Callido se estremeció cuando una ráfaga de viento helado barrió la playa. Luego, encorvando los hombros se dirigió a grandes pasos hacia la Puerta del Agua. Hostilis cerró la marcha a su ritmo.

## LA CUESTIÓN DEL VENENO

*Cafarnaúm. Norte de Galilea, tetarquía de Traconitis.  
Julio del año 71 d. C.*

El viento del sur había llevado un inesperado y frío cambio de tiempo. A primera hora de la noche, mientras Callido se dirigía a una tienda no lejos de la suya, los hombres envueltos en sus capas y con las manos tendidas hacia las llamas en busca de calor se apelotonaban alrededor de los fuegos de campaña repartidos por el campamento.

Colombo, el gigante nómada, se hallaba de pie en la entrada, apoyado contra una duela. El guardián del jefe de los magistrados judíos de Antioquía miró inexpresivamente al liberto cuando este se detuvo junto a él y miró por la abiertes pliegues de la tienda. El general Collega había encargado a Colombo que vigilara a Antíoco igual que un halcón para asegurarse de que el hombre no se metía donde no debía, y eso era lo que el exgladiador había hecho durante meses.

—¿Puedo entrar, Antíoco? —dijo el liberto sin esperar a que le respondieran.

Antíoco levantó la vista de la carta que estaba escribiendo, la última de una serie de secretas misivas dirigidas al general Collega en las que se quejaba por la manera en que Varro llevaba a cabo la investigación. Desconfiaba de todos en tan delicada tarea, por lo que Antíoco escribía personalmente aquellos mensajes. En cuanto a su envío, en todos los lugares poblados donde se habían detenido había pagado a los correos oportunos para que entregaran las epístolas en Antioquía. Al ver aparecer al liberto, el magistrado cubrió apresuradamente su marco de escribir con un trapo.

—¿A qué debo el placer, Callido? —preguntó en tono glacial.

—Es solo una visita de cortesía, Antíoco —repuso el liberto mirando a su alrededor.

—¿Ah, sí? —dijo Antíoco con una cínica sonrisa mientras salía de detrás de la mesa—. Y dime, Callido, en el transcurso de esta expedición, ¿cuántas visitas de cortesía me has hecho? Veamos... Sí, creo que... ¡ninguna!

—Para todo hay una primera vez, Antíoco, como se suele decir.

—¡Ah! ¿Es eso lo que dicen? En fin, dejémonos de falsas ceremonias. ¿Qué quieres?

—Bueno... —el liberto bajó la voz—. Esta tarde, he acompañado al cuestor en su paseo en barca por el lago.

—Qué amable por tu parte.

—No íbamos solos. El cuestor se llevó también a la esclava, a Miriam.

La mirada de Antíoco se hizo suspicaz.

—¿Por qué?

—El cuestor y esa joven han empezado a intimar.

—¿Hasta qué punto? —preguntó el magistrado—. ¿Físicamente?

—No que yo sepa, aunque no creo que tarden en llegar a eso.

—Esa joven es un peligro —gruñó Antíoco.

—Eso es lo mismo que yo pienso —contestó Callido, encantado, aparentemente, de haber encontrado un aliado. Se acercó un paso—. No hay más que ver cómo se las ha ingeniado para ponerse a su servicio. Pero lo peor no es eso. Lo peor es que he oído que pedía al cuestor que destruyera su informe sobre el nazareno.

—¿Que lo destruyera? —estalló el magistrado.

Callido se llevó un dedo a los labios.

—¡Chis! Esto es algo entre tú y yo.

—¿Y Varro aceptó? —preguntó ansiosamente el judío en voz baja—. ¿Cedió a su petición?

—Todavía no, lo cual no equivale a decir que la chica vaya a dejar de intentarlo.

Antíoco empezó a pasear arriba y abajo por la tienda.

—Tal como he comentado al general Collega, he temido desde el principio que Varro acabaría favoreciendo a los nazarenos y entregando un informe carente de fuerza y que no sirviera de nada. ¿Y ahora tú me dices que quizá ni siquiera habrá informe? ¿Es que Varro se ha vuelto loco?

De nuevo, Callido se llevó un dedo a los labios.

—¿Está loco? —repitió Antíoco en voz baja y dejando de caminar.

—No he dicho que el cuestor se aviniera a lo que le pedían. De todas formas, la posibilidad sigue ahí. No sé si entiendes a qué me refiero...

Suspicaz, Antíoco frunció el entrecejo.

—¿Qué estás proponiendo?

—Mientras Miriam esté presente, el peligro seguirá ahí. He pensado que un hombre de tu posición, un magistrado judío, tendría considerables contactos y el poder para eliminar a una indeseable. Ya sabes a qué me refiero.

—¿Me estás diciendo que habría que borrarla de la escena?

Callido hizo un gesto de indiferencia.

—De un modo u otro.

El sudor perló la frente del magistrado. Nerviosamente, como solía hacer, su mano agarró la bolsa que llevaba colgando del cuello. Meditó unos instantes sin decir palabra.

—Resultaría beneficioso para el futuro del informe del cuestor que la chica fuera eliminada de la escena —repitió Callido—. Sin ella de por medio, cabe esperar que el cuestor recobre la sensatez y una visión más clara de los acontecimientos.

Antíoco asintió lentamente.

—Ya escuchaste la declaración de Ático y Scauro —prosiguió el liberto—. Hubo una conspiración entre los judíos para que pareciera que el nazareno había resucitado

de entre los muertos. Tú lo sabes, yo lo sé y el cuestor lo sabe. Sin ella enredándolo todo, el cuestor presentará un informe que confirmará esa declaración y que acabará con los nazarenos. —Callido sabía perfectamente que Antíoco deseaba la desaparición de la secta.

El magistrado seguía asintiendo.

—Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para asegurar el éxito de la misión del cuestor, Callido.

—Entonces, ¿puedo confiar en ti en lo que se refiere a tan delicado asunto?

—Te agradezco que me hayas advertido de la situación, Callido. Sí. Puedes confiar en mí.



Antíoco se recostó perezosamente en su diván, absorto en sus pensamientos y sin dejar de acariciar la bolsita que llevaba al cuello. Era un hombre inseguro. Había visto cómo su padre y otros notables judíos de Antioquía ardían hasta la muerte en el anfiteatro. El hecho de que hubieran sido sus informaciones las que acarrearón tan crueles muertes no hacía que Antíoco temiera menos por su vida. Antes de la revuelta judía, el gobernador Muciano se había mostrado tolerante con los judíos de Siria; sin embargo, su sucesor, el general Collega, los despreciaba como raza, y su alzamiento le había dado la oportunidad de acabar con ellos de una vez por todas. Antíoco era consciente de que, a pesar de haber abjurado de dicha religión, Collega seguía considerándolo judío. El temor de Antíoco residía precisamente en que fuera un error —no necesariamente suyo— lo que le hiciera perder el favor del general y con ello la vida. No tenía intención de enfrentarse a una lenta agonía en la cruz o en la hoguera. Si tenía que morir, sería por su propia mano; rápidamente y sin dolor. Las semillas de cicuta que guardaba en la bolsa de cuero del cuello eran su garantía.

Después de que Callido se hubiera marchado dejándolo con el problema de la conflictiva Miriam, Antíoco consideró la posibilidad de utilizarlas para librarse de la joven; pero eso le habría privado también de los medios de su última vía de escape. Y ese no era un sacrificio que estuviera dispuesto a hacer. Al final, tras pensarlo detenidamente, encontró la solución. Una solución que en ese instante entraba en su tienda.

—¿Me has mandado llamar, Antíoco? —preguntó Diocles, el médico.

El magistrado sonrió.

—Diocles, querido amigo, pasa y ponte cómodo.

—Tu sirviente me ha dicho que no te encontrabas bien —dijo Diocles acercándose a Antíoco y observándolo con ojo profesional—. ¿Qué problema tienes?

—Falta de sueño, Diocles. No consigo dormir bien.

—Ah —Diocles parecía contento de que no se tratara de algo más serio—. No es

de extrañar si tenemos en cuenta que llevamos meses viviendo en tiendas. Yo mismo no duermo todo lo bien que quisiera.

—Por favor, siéntate —insistió Antíoco dando una palmada en el diván—. Charla conmigo. Me quedé muy impresionado por lo que contaste de los cadáveres que no sangran. Tus conocimientos son notables.

—¿Notables? Oh, no, yo no diría eso, pero es muy amable por tu parte. Ninguno de los miembros de esta expedición se ha mostrado tan educado como tú. —Diocles acomodó su voluminoso cuerpo al lado de su anfitrión—. Te prepararé una pócima para dormir, ¿te parece bien?

—Eso sería de lo más conveniente. Gracias, mi buen médico.

—Bien, bien. Haré que Pallas, mi ayudante, te la traiga.

—¿Hay muchas enfermedades en el campamento?

—Nada importante. Solo las magulladuras y golpes propios de los soldados.

—¿Y viajas siempre con un abundante botiquín?

—Tan abundante como me lo permiten las limitaciones de transporte de la expedición.

—¿Llevas, por ejemplo, belladona entre los elementos de tu botiquín?

—¿Belladona? Pues sí, llevo una pequeña cantidad. La utilizo en dosis muy pequeñas en algunos casos. Es bastante peligrosa, ya lo sabes. Una dosis excesiva, y las consecuencias pueden ser fatales.

—Lo supongo. Verás, Diocles, estaba pensando declinar la invitación del cuestor para cenar en su *pretoriurn* y hacerlo en mi tienda yo solo.

—Bueno, estoy seguro de que al cuestor no le importará. La verdad es que en el fondo es un hombre bastante agradable. —Fruunció el ceño mientras una serie de desagradables recuerdos acudían a su mente y añadió—: A diferencia de algunos miembros que componen la expedición.

—Diocles, una de mis razones para cenar solo —dijo Antíoco con una sonrisa conspirativa—, descansa en el suelo, detrás de nosotros.

Se volvió y señaló un ánfora de vino que había en un rincón de la tienda.

Los ojos del médico siguieron la dirección indicada y se iluminaron de placer.

—Vaya, vaya. Una pequeña reserva privada, ¿no?

—Comprada al procurador Rufo, en Cesarea, a precio de ganga. El hombre iba a volver a Roma. Es un falerno.

Los ojos de Diocles se desorbitaron.

—¿Un falerno? ¡Por Baco y por Júpiter! ¡Y apuesto que un falerno de los buenos! Rufo era hombre de gustos caros. ¡Cuánto echo de menos un buen falerno!

—Entonces, únete a mí, mi buen médico. Cena conmigo aquí esta noche. Tengo un excelente cocinero. Estaremos solos tú, yo y el falerno —propuso con un guiño malicioso.

—¡Oh! —Incapaz de apartar la vista del ánfora, Diocles se vio atrapado entre la tentación y el miedo—. ¿Crees que podría? El cuestor me ha prohibido beber, y el

tribuno Marcio me amenazó físicamente si se enteraba de que había probado gota.

Antíoco dio una palmada en la pierna del médico.

—Mi querido amigo, Marcio está muerto. En cuanto al cuestor, lo que no sepa no le hará daño. Y a ti, tampoco. Eres un compañero tan jovial, mi buen Diocles —añadió Antíoco palmeándole la espalda—, que insisto en que cenes conmigo. ¡No aceptaré un «no» como respuesta!



## LA TRAICIÓN

*Cafarnaúm. Norte de Galilea, tetarquía de Traconitis.  
Julio del año 71 d. C.*

Varro había acabado de cenar y junto con Crispo, Pedio y Callido, escuchaban mientras Pitágoras, de pie junto a la mesa de escribir, leía los últimos párrafos del ya completo informe, la *Investigatio Nazarena*.

En ese momento, el centurión Gallo irrumpió en la tienda interrumpiendo al secretario en plena frase.

—¡Cuestor, Diocles está como una cuba! —informó el centurión con urgencia.

Varro había recibido las disculpas de Diocles y Antíoco por no asistir a la cena, pero no le había dado importancia. Sin embargo, en ese momento estaba furioso.

—¿Dónde está ese médico? —quiso saber.

—En su tienda, cuestor.

Varro se puso en pie.

—¡Le avisé que si...!

—Hay algo más —dijo Gallo dejando traslucir cierto nerviosismo.

Varro lo miró, ceñudo.

—¿Qué más?

—La esclava, Miriam, y la niña, Gemara, se han puesto enfermas.

—¿Cómo de enfermas?

—Muy enfermas. Después de haber cenado.

—¿Y por qué has esperado para decírmelo? —rugió furiosamente Varro, que se dirigió hacia la salida de la tienda mientras ordenaba—: Ve a buscar a Diocles y que vaya a verlas.

Gallo se hizo a un lado rápidamente para dejar pasar al cuestor. Crispo y Pedio lo siguieron con Callido cerrando la marcha. A solas con su informe, Pitágoras devolvió el ejemplar a su cilindro protector de cuero con sumo cuidado antes de dejarlo a salvo en manos de Hostilis. Luego, también él salió del *pretorium* y se dirigió hacia la tienda que Miriam y Gemara compartían, al final de la hilera de tiendas de los libertos.

Varro hizo todo lo que pudo para evitar correr hasta los aposentos de Miriam. Cuando llegó, un joven soldado de la guardia se hallaba junto a la entrada con el miedo reflejado en el rostro. El cuestor apartó la lona, se agachó y entró.

A la luz de una lámpara baja vio dos sacos de dormir en el suelo. Miriam yacía en uno de ellos con las piernas encogidas. Gemara estaba en el otro, tumbada boca arriba. Las dos habían vomitado violentamente y tanto ellas como sus ropas, los sacos

y el suelo aparecían salpicados de hediondos restos. Haciendo caso omiso de ellos, Varro se arrodilló junto a Miriam y, suavemente, volvió su cabeza hacia él. La muchacha tenía las mejillas inflamadas y una mirada de confusa perplejidad.

—¿Ha sido la comida? —preguntó Varro sin casi levantar la voz.

Ella asintió lentamente y le cogió la mano. Su presa era débil.

Pedio entró en la tienda tras Varro con expresión preocupada, y Crispo, nervioso, no se movió del umbral.

—Pedio, tú te ocupas de Miriam y de la niña —dijo Varro—. ¿Quién prepara sus comidas?

—Melitón, el cocinero de Antíoco, señor.

—¿Y por qué él?

—Melitón lleva preparando las comidas de ambas desde que las dejaste a cargo de Antíoco, cuestor —contestó Pedio—. Cocina al estilo judío.

—¿Sabes qué han tomado para cenar?

—Setas, señor. Vi a Melitón llevarles el cuenco. Aquí está. —Señaló un recipiente que había en el suelo y que todavía contenía cierta cantidad de setas—. Melitón me dijo que esta noche iba a servir lo mismo a Antíoco y a su invitado.

—¿Invitado? ¿Qué invitado?

—Tengo entendido que esta noche Diocles ha cenado en la tienda del magistrado.

—¿Ah, sí? —Para Varro, aquella información aportaba la causa de la borrachera del galeno—. Es posible que las setas fueran venenosas. ¿Sabes si Diocles y Antíoco se encuentran mal?

—No que yo sepa, señor.

—Gallo traerá al médico. Tú ve a buscar agua y trapos. ¡Rápido!

Pedio salió a toda prisa.

Callido llegó y se situó junto a Crispo.

—¿Cómo se encuentran, cuestor?

—No sabría decirlo. —Varro miró a la niña—. Gemara, ¿puedes oírme?

La pequeña Gemara asintió. Al igual que Miriam, tenía las mejillas inflamadas.

—El médico está en camino. Él hará que te pongas bien —le dijo Varro que, a continuación, miró a Callido—. ¿Dónde se ha metido ese condenado matasanos? —preguntó con un gruñido.

Fue Miriam quien habló entonces con voz entrecortada.

—Ayudad primero a... Gemara.

Varro se volvió hacia la esclava.

—Enseguida os ayudarán a las dos —les aseguró—. ¿Puedes decirme cómo te encuentras, cuáles son los síntomas?

—No... puedo... tragar.

En la entrada, Callido se apartó para dejar pasar a Gallo.

—Señor, el médico se ha desmayado —dijo en tono culpable.

—¿Que se ha qué? —estalló Varro con voz tan potente que se oyó por todo el

campamento.

—Está inconsciente. Es por el vino.

—¿Y de dónde lo ha sacado? —quiso saber el cuestor.

—Parece ser que Antíoco se lo sirvió durante la cena.

—¡Maldito sea ese hombre!

Mientras Varro hablaba, Miriam vomitó nuevamente.

—Lo... siento —gimió cuando cesaron las arcadas.

—No te preocupes —le dijo él aferrándole la mano—. Si ha sido algún veneno, con eso lo habrás expulsado.

Ella lo miró, angustiada.

—¿Veneno?

—Sí, las setas. Puede que estuvieran mal. —No quería compartir con ella su sospecha de que quizá ella y Gemara habían sido envenenadas deliberadamente.

—Cuestor, ¿quieres que vaya a buscar al ayudante de Diocles?

—¡Sí, eso! —afirmó Varro—. Trae a Pallas y a los demás. ¡Y haz que Diocles recobre el conocimiento! ¡Sumérgelo en agua! ¡Haz lo que sea! ¡Deprisa!

Gallo dio media vuelta y desapareció. Entretanto, Pedio regresó con cuencos de agua y unos trozos de tela. Varro limpió con ellos el rostro, el cuello y los brazos de Miriam mientras Pedio hacía lo propio con Gemara.

—Cuestor, puede que en la ciudad haya algún médico —dijo Crispo desde la entrada—. ¿Quieres que mire si...?

—¡Sí, Quinto! ¡Buena idea! —repuso Varro—. Registra la ciudad en busca de un médico. Llévate cuantos hombres necesites, pero, haz lo que hazas, ¡date prisa!

—No te fallaré, cuestor —contestó Crispo antes de desaparecer en la noche.

Dominado por la impotencia, Varro permaneció de rodillas junto a Miriam, contemplándola.

La joven percibió la angustia del cuestor.

—¿Voy a... morir? —preguntó.

—¿Morir? —Varro negó con la cabeza vigorosamente—. No, no, no. Aparta esas tonterías de tu cabeza. —Sin embargo, su temor por ella hacía que no sonara convincente.

—Hay... algo que debes... saber —dijo la muchacha—. Acércate.

Extrañado, Varro se inclinó hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del de Miriam.

—¿Qué pasa?

—Estoy... embarazada. —Tragó con gran dificultad—. Es tu... hijo.

Él la miró con total incredulidad.

—¿Un niño?

Miriam asintió lentamente, mientras su mirada corroboraba la veracidad de lo que acababa de decir.

—Es... un regalo —añadió—. Un regalo... del... cielo.

Entonces, Varro tomó rápidamente una decisión.

—Os llevaré al *pretoriurn* —anunció—. Pedio, tú coge a Gemara. Yo llevaré a Miriam. Callido, coge el cuenco con las setas. Hemos de examinarlo con cuidado. —Deslizó los brazos bajo Miriam—. Estarás más cómoda en mi tienda —le dijo suavemente mientras se levantaba con ella en brazos—. Cógete a mí.

Una vez en su pabellón, Varro depositó a Miriam en un lado de su cama mientras Pedio dejaba a Gemara en el otro. Callido salió en busca de los ayudantes de Diocles. Al cabo de un momento, Pallas y sus dos colegas aparecieron y observaron a las dos pacientes. Eran los únicos con conocimientos médicos porque Gallo no había sido capaz de reanimar a Diocles. Varro se quedó junto a Miriam. Los negros ojos de la muchacha estaban fijos en los suyos.

—Te pondrás bien —le aseguró él—. Lo peor ha pasado ya. —Le levantó la cabeza delicadamente y le acercó un cuenco con agua a los labios—. Bebe, te irá bien.

Ella intentó tragar, pero no pudo.

Varro depositó su cabeza en la almohada y miró a Pallas con expresión angustiada.

—¿No hay nada que podamos hacer?

El ayudante hizo un gesto negativo.

—La naturaleza ha de seguir su curso.

Varro tomó asiento en un taburete, junto a la cama, sin apartar la vista de Miriam.

Despacio, ella alzó la mano hasta su rostro obligándolo a acercarse.

—Sabes que... te... he... perdonado —le susurró entrecortadamente—, igual que... he... perdonado... a los que... me... han hecho esto. No te... apenes... por mí, porque... estoy salvada.

Varro notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. No había llorado en su vida y no estaba dispuesto a hacerlo entonces.

—Te quiero —le dijo suavemente.

—Lo... sé —asintió ella, acariciándole el rostro—. Y yo... te aprecio.

—¡No vas a morir! —le aseguró él con determinación.

—Eres... un buen... hombre, Julio Varro.

—Bueno, puede —contestó, sombrío—, pero también impotente. Miriam, no hay nada que yo pueda hacer. Tienes que ayudarte tú sola. Debes luchar.

—Hay... algo que... sí puedes... hacer.

Varro se sintió súbitamente esperanzado.

—¿Sí? ¿Qué? ¡Dímelo y lo haré en el acto!

—Destruye ese... falso documento —contestó—. Te... lo... ruego.

Varro cerró los ojos un instante.

—No. El documento no. No puedes pedirme eso —contestó—. Estaría mal. Tengo un deber que cumplir.

Ella retiró la mano, pero siguió mirándolo.

—Te... mintieron. Es un documento... falso.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso? Todos esos testimonios sonaban verdaderos.

—Fueron todos... ¡mentira! —jadeó.

—Ha hecho falta que muriera mucha gente para que yo pudiera escribir mi informe. No puedo faltar a su recuerdo destruyéndolo sin más.

—Es... lo correcto.

—¿Cómo puede ser lo correcto perpetuar una mentira? —preguntó Varro—. No creo que tu Cristo deseara eso. Haría cualquier cosa para ayudarte. Me cortaría la mano derecha si sirviera de ayuda, si sirviera a una causa racional.

—Ahora... no... lo entiendes. Pero... lo entenderás. Lo... entenderás... cuando veas la... luz.

—¿A qué te refieres, Miriam? —Varro se aproximó—. Dime, ¿qué luz?

—Has... pecado. Pero cuando... encuentres la... verdad, ya no... pecarás más.

Miriam estaba agotada, y sus fuerzas disminuían rápidamente.

—¿Qué luz, Miriam? —insistió Varro.

Ella dijo algo sin que se la oyera.

—¿Qué has dicho, Miriam? Repítemelo.

La muchacha volvió a pronunciar las palabras, y Varro, acercando el oído, escuchó a duras penas lo que decía: «Eloi, Eloi». El cuestor sabía que en arameo significaba «Dios mío, Dios mío».

Los ojos de Miriam se cerraron.

Varro le acarició la mejilla.

—Miriam...

Cuando ella no respondió ni abrió los ojos, Varro se volvió hacia Pallas presa de la desesperación.

—¿Qué le está pasando? —quiso saber—. ¿Sigue con vida?

El ayudante se acercó y se inclinó sobre la joven.

—Respira, señor, pero está inconsciente. —Se incorporó—. No es nada raro en estos casos.

—¿No puedes reanimarla?

Pallas hizo un gesto de indiferencia.

—Puedo intentarlo —dijo, y abofeteó el rostro de la esclava.

—¡Basta! —exclamó Varro sujetando la mano de Pallas antes de que la golpeará de nuevo. Miriam ni había parpadeado—. ¿No sabes hacer otra cosa?

Pallas negó con la cabeza.

—Obviamente, está en coma, cuestor.

—Y después, ¿qué pasará? ¿Sabrías decírmelo?

—Al cabo de un tiempo se recuperará —declaró gravemente el griego— o morirá.

Varro contempló el rostro inerte de Miriam y torció el gesto. Los labios de la

chica se estaban tornando azules.

—¡Pallas! ¿Qué pasa aquí? ¡Mira sus labios!

Pallas volvió a inclinarse para examinarla.

—Vaya... —fue todo lo que dijo antes de incorporarse.

—¿Vaya, qué?

—Es la señal que indica que ha sido envenenada, cuestor.

Las facciones de Varro se endurecieron.

—¿Estás seguro? ¿No hay posibilidad de error?

—Ninguna, señor.

—Las setas. ¿Has examinado los restos de la cena?

—Sí, cuestor.

—¿Y con qué resultado?

—Resulta difícil deducirlo por la simple apariencia y olor. Las setas enmascaran con facilidad cualquier tipo de veneno. Se dice que el emperador Claudio fue asesinado con un plato de setas envenenadas.

—¿Y qué puede hacer que los labios se vuelvan azules? ¿Es eso propio de algún veneno en concreto?

Pallas asintió.

—Por lo que sé, señor, puede tratarse de belladona.

—¿Belladona? Ya entiendo. —Varro miró a Gemara. El estado de la niña parecía menos crítico. Tenía los ojos abiertos y sus labios solo estaban ligeramente pálidos.

El ayudante pareció leer sus pensamientos.

—Está claro que la niña no ha consumido una cantidad tan letal como la esclava.

Varro miró a Pallas.

—¿Resulta fácil conseguir belladona?

—Todos los boticarios conocen esa planta.

—¿Y los médicos? ¿Lleva Diocles un poco de belladona en su botiquín?

—Un poco, cuestor. —Pallas se dio cuenta entonces de lo que sus palabras implicaban y añadió—: Pero es solo con fines medicinales. En pequeñas dosis, la belladona tiene poderes sedantes y puede utilizarse como antiespasmódico. Pero Diocles tiene mucho cuidado con el contenido de su botiquín, cuestor. Puedo dar fe de ello.

—¡Sí, pero no puede tener ningún cuidado de su botiquín estando borracho! —estalló Varro.

—¡Cuestor! —era Gallo, que entraba en el *pretorium*—. ¡No puedo reanimar a Diocles!

—No importa —repuso Varro—. Déjalo. Reúne algunos hombres y arresta a Melitón, el cocinero de Antíoco. Tráeme también al magistrado.

—¡Ahora mismo! —Gallo se marchó a toda prisa por donde había llegado.

Cuando salió a la gélida noche, el centurión se fijó en los centinelas situados en la entrada del *pretorium*, pero decidió no recurrir a ellos y se dirigió directamente a las

tiendas donde estaban los hombres de la IV Escita. En el campamento reinaba la agitación ocasionada por los gritos y las idas y venidas. Las tiendas de la caballería se encontraban vacías: el prefecto Crispo se había llevado a sus vetones a Cafarnaúm en búsqueda de algún médico local. A pesar de todo, los legionarios de Gallo que estaban fuera de servicio se encontraban reunidos alrededor de las hogueras charlando entre ellos mientras esperaban acontecimientos.

—Vosotros, coged vuestras espadas y seguidme —ordenó Gallo a un grupo cuando llegó a la altura de la primera tienda.

Seguido por ochos hombres escogidos al azar, Gallo se dirigió entre las tiendas del campamento hacia la zona de los libertos. Mientras el centurión y sus hombres se apresuraban en la oscuridad, Antíoco les salió al paso envuelto en una vaporosa bata. En su rostro salpicado de sudor había una expresión de consternación.

—¡Antíoco! ¡Justo el hombre que buscaba! —exclamó Gallo sujetando al magistrado judío por el brazo—. ¡El cuestor quiere verte!

—¡Asesinato! ¡Asesinato! —gritó Antíoco encogiéndose bajo la presa de Gallo—. ¡Alguien acaba de asesinar a Melitón, mi cocinero!

Gallo se quedó estupefacto.

—¿Qué has dicho?

—¡El cuestor debe ser informado! —dijo Antíoco, soltándose y abriéndose paso entre los estupefactos soldados para dirigirse al *pretorium*.

—¡A la tienda del cocinero! —ordenó Gallo a sus hombres—. ¡Rápido!

Mientras los legionarios echaban a correr a paso ligero con el centurión al frente, Antíoco, yendo en dirección opuesta, llegó a la tienda del cuestor. Dentro encontró a Varro, pálido, sentado junto la cama donde Miriam yacía, inmóvil. Pallas y los demás ayudantes médicos se mantenían apartados mientras Pedio daba de beber a la pequeña Gemara, a quien Hostilis aguantaba la cabeza. Pitágoras se hallaba sentado a la mesa de escribir, con expresión aburrída. Callido estaba de pie en un rincón. Cuando vio al magistrado, apartó la vista y se volvió.

Varro alzó la mirada y vio al magistrado en el umbral. Su expresión se tornó fiera.

—¡Antíoco! ¡Diocles está borracho perdido! ¡A ver cómo me lo explicas!

—¡Asesinato! —contestó el judío, pillando a Varro por sorpresa.

—¿Qué?

—¡Mi cocinero ha sido asesinado! —gritó Antíoco gesticulando febrilmente—. ¡Hay un asesino en tu campamento, cuestor!

Al otro extremo del campo, Gallo y sus hombres llegaron a la tienda de Melitón, el cocinero. El centurión y dos soldados entraron. Una figura yacía en el suelo, boca abajo.

—¡Luz, aquí! —ordenó Gallo.

Una linterna fue introducida en la tienda y, mientras uno de los legionarios la sostenía, Gallo se arrodilló al lado del cuerpo de un hombre bajo y de crespos cabellos. Un charco de sangre empapaba el suelo. Cuando le dio la vuelta, Gallo

reconoció los hoyuelos característicos de Melitón, el cocinero. Había sido degollado. Acercándose más, Gallo examinó la profunda herida. El centurión carecía de conocimientos médicos, pero había visto muchas gargantas cortadas a lo largo de sus treinta y dos años de servicio en las legiones. Él mismo había rebanado algunas en ese tiempo. Según le decía la experiencia, era mucho más rápido y eficaz cortar el cuello de un hombre desde detrás. Mirando el tajo de Melitón, llegó a la conclusión de que el cocinero había sido atacado por la espalda.

Una vez que Gallo le hubo informado de la situación, Varro ordenó que no se permitiera a nadie salir del campamento y mandó al centurión que reuniera a todos sus hombres y registraran el lugar de arriba abajo, cada carro, cada tienda. También las espadas y dagas fueron inspeccionadas por Gallo en busca de restos de sangre. Antíoco se vio obligado por el cuestor a permanecer en el *pretorium* mientras se llevaba a cabo el registro. El magistrado se hallaba sentado en un diván cuando el prefecto Crispo regresó acompañado de un flaco anciano de pelo gris y sonrosadas mejillas.

—Cuestor, él es Boecio, médico judío de Cafarnaúm.

Varro se levantó rápidamente y se apartó de la cama para dejar sitio al recién llegado.

—Boecio, examina a la mujer y a la niña, por favor —le pidió—. Creo que les han puesto veneno en la comida, en un plato de setas.

Sin decir palabra, el anciano se situó junto a Miriam y le tomó el pulso, acercó un oído a su rostro, a su pecho y le puso la mano en la frente. Luego, fue al otro lado de la cama y lo repitió con Gemara.

—Tuvimos suerte encontrando a Boecio, cuestor —dijo Crispo mientras lo observaba trabajar—. Me ha dicho que acaba de regresar a Cafarnaúm, tras estar un tiempo fuera; en Cesarea, creo.

Varro asintió con aire ausente; no le interesaban en absoluto los viajes del médico. Cuando Boecio acabó de examinar a Gemara se incorporó.

—¿Y bien? —quiso saber Varro.

—La mayor parece estar en coma —dijo Boecio—. Su respiración es débil, pero no tiene fiebre. La pequeña se encuentra débil, pero no parece tan gravemente afectada.

—¿No hay ninguna medicina que puedas darles? —preguntó un desdichado Varro.

—Se les puede dar agua, si es que la aceptan. Eso es todo. En otras circunstancias recomendaría un purgante para la niña, pero a su edad puede que le hiciera más mal que bien.

—¿Y qué hay de la muchacha? —preguntó Varro retomando su lugar junto a Miriam.

—Como he dicho, se encuentra en coma —repitió el médico escuetamente—. Puede que salga de él o puede que no. No hay forma de saberlo.



—¿Y no hay nada que puedas hacer por ella? —El tono de Varro era de desesperación—. ¿No puedes hacer nada para evitar que muera?

—No soy mago, señor. En esta parte del mundo encontrarás bastantes, pero yo no tengo prescripciones para curas milagrosas. No puedo evitar que muera, del mismo modo que no puedo hacerla resucitar de entre los muertos. La resurrección es cosa de leyendas, cuestor. No permitas que te digan lo contrario. Bueno, ¿eso es todo?

Varro lo miró y dejó escapar un suspiro.

—Sí, eso es todo. Gracias.

Boecio se encaminó hacia la salida.

—Manténlas cómodas, cuestor, y espera —le dijo mientras se marchaba—. Es lo único que puedes hacer.



Mientras Hostilis permanecía sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, Varro no se movía del lado de la inconsciente Miriam ni dejaba de sostener su mano. ¿Durante cuánto rato? No lo sabía, el cuestor había perdido la noción del tiempo. Al otro lado de la cama, Pedio estaba sentado junto a Gemara. Pallas y sus colegas se habían tumbado en el suelo, en torno al lecho. Pitágoras dormitaba apoyado en el escritorio, y Crispo, Callido y Antíoco estaban reclinados en sus respectivos divanes, cada uno inmerso en sus pensamientos.

El centurión Gallo se presentó entonces en la tienda y animó la situación. Blandía una daga.

—¡El arma del crimen, cuestor! —declaró, triunfante.

Poniéndose rápidamente en pie, Varro se apresuró a inspeccionar la daga en la mano del centurión.

—¿Cómo puedes estar seguro de que lo es? —preguntó.

—Todavía puede verse la sangre fresca mezclada con la tierra —contestó Gallo sonriendo maliciosamente—. La encontramos medio enterrada. Fui yo quien vio la empuñadura que sobresalía.

—¿Dónde?

—Detrás de la tienda de Callido —repuso el centurión observando de reojo al liberto.

Este miró a su alrededor, con la sorpresa y el miedo reflejados en el rostro.

—¿Detrás de mi tienda, dices? El asesino debió de tirarla allí.

—La verdad es que se notaba que habían intentado enterrarla a toda prisa —repuso Gallo en tono acusador.

—¡Pues no fui yo! —replicó inmediatamente Callido.

—Habría sido un buen lugar para esconderla —dijo el centurión— para alguien que se escabullera de la tienda del cocinero.

—¿Por qué iba yo a matar al cocinero? —preguntó Callido mirando a Varro—. ¿Señor...?

—Sí, ¿por qué razón? —repitió el cuestor caminando lentamente hacia el diván de su sirviente—. Levántate.

Callido se puso en pie a toda prisa.

—¡Señor, yo no tengo nada que ver con esto! ¡Tienes que creerme! ¡Es imposible, esta noche he cenado contigo!

—No sabemos a qué hora ha muerto el cocinero —dijo Varro, a quien la situación de Miriam hacía proclive a inculpar a cualquier sospechoso—. Pudo ser antes de que cenáramos, antes de que te reunieras con nosotros.

—Señor, por favor, esto no tiene sentido. Soy Callido, tu Callido, tu liberto de mayor confianza. ¿Cómo puedes pensar que tengo algo que ver con la muerte del cocinero de ese judío?

—Estoy de acuerdo en que resulta impensable que tú, de entre todos, seas la persona que ha traicionado mi confianza. Sin embargo, es precisamente algo impensable lo que ha ocurrido en este campamento.

—Señor, me consta que los sucesos de esta noche te han alterado, que te han alterado y mucho, pero, con el debido respeto, hasta un ciego vería que el asesino escondió la daga detrás de mi tienda para incriminarme. ¡Está claro!

—¡Ah! —Varro se cruzó de brazos y traspasó a Callido con la mirada— ¿Y quién querría incriminarte y por qué?

Callido resistió la tentación de mirar a Antíoco.

—No lo sé, señor. Es un misterio. Lo único que sé es que no he tocado un pelo de la cabeza de Melitón, y te pregunto: ¿Qué razón podría tener yo para matar, de entre todos los hombres de este campamento, al cocinero?

—El móvil del crimen está claro —dijo Varro paseando la mirada por todos los presentes mientras hablaba—. El cocinero ha sido asesinado porque había echado veneno en el cuenco de setas. El cocinero ha sido asesinado para evitar que pudiera facilitarnos el nombre de la persona que le proporcionó el veneno y que, sin duda, también fue el inductor del crimen. Quien haya degollado al cocinero ha sido la misma persona que ha planeado el asesinato de Miriam echando veneno en su comida. —El cuestor volvió su atención a Callido—. ¿Dime, Callido, querías ver muerta a Miriam?

El liberto palideció y negó violentamente con la cabeza.

—¡No! ¿Por qué iba a quererla muerta? ¡Eso no tiene sentido!

—¿Ah, no? —Varro se volvió hacia Hostilis—. Mi leal hijo del mar, ¿quieres repetir a Callido lo que me has contado esta tarde?

Hostilis se puso en pie.

—Amo, te dije que, después del paseo en barca por el lago, Callido me comentó que no se debía permitir que Miriam regresara a Roma contigo.

Varro se volvió con ojos llameantes hacia Callido, que miraba con odio a Hostilis.

—¿Qué tienes que decir a eso? ¿Por qué no había que permitir que Miriam regresara a Roma conmigo? —dejándose arrastrar por la furia que hervía en su interior, agarró al liberto por los hombros y lo zarandeó como si así fuera a arrancarle la verdad—. ¡Bueno, habla! ¿Qué respondes?

—¡Por favor, señor! —lloriqueó Callido mientras en su rostro se leía el pánico. Pensaba a toda prisa. Podía negar la acusación del esclavo, pero no había nadie en quien Varro confiara tanto desde que Hostilis le había salvado la vida al rescatarlo del bosque de Jardes. Se decidió—: Es cierto, señor, no tengo ninguna simpatía por la esclava Miriam —reconoció.

Varro soltó a su liberto.

—¿Por qué? ¿Qué no te gusta de ella?

—¡Porque es judía, y nazarena! Además, no te ha mostrado ningún respeto.

—¡Ninguna de esas razones es suficiente para desear su muerte!

—¡Yo no la quería muerta, señor! ¡Lo juro! ¡No tengo nada que ver con su envenenamiento ni con la muerte del cocinero! ¡No soy ningún asesino!

—Me cuesta imaginarte como asesino, Callido; sin embargo, te he visto disfrutando al torturar a ciertos prisioneros en Antioquía. —Varro se volvió hacia Crispo—. Quinto, hasta que este asunto quede resuelto quiero que encierres a Callido y lo cargues de cadenas.

—¡Pero, señor...! —protestó el liberto.

—Si al final resulta que no tienes nada que ver con ninguno de los dos crímenes que se han cometido esta noche, tendrás mis disculpas.

—¡No he cometido ningún crimen, lo juro!

—Sinceramente, espero que así sea. De todas formas, confieso que la confianza que te he tenido todos estos años ha recibido un duro golpe, si es que no ha quedado destruida para siempre. Aunque no se demuestre tu culpabilidad en este asunto, creo que lo mejor será que nuestros caminos se separen. Dejarás de estar a mi servicio tan pronto finalice esta misión.

—¡Señor, por favor, no! —protestó el liberto—. No será necesario. Soy tu más fiel sirviente y siempre lo seré. ¡Tus intereses son los míos!

En ese momento de desesperación, Callido decidió lanzarse a una arriesgada jugada. Confiado en que sería hallado inocente de cualquier participación en el asesinato de Melitón, estaba dispuesto a apostar por su futuro más que por su presente. Callido albergaba fundadas sospechas sobre la identidad del envenenador de Miriam y del asesino del cocinero, pero sabía que una simple acusación no sería bastante. Hacía falta que el cuestor lo averiguara por sí mismo con una pequeña ayuda en la dirección correcta.

—Señor, escucha —prosiguió—. Solo para demostrarte que mis pensamientos siempre se orientan en tu provecho, te recomiendo encarecidamente que para descubrir a tu asesino investigues el cómo y el porqué de la borrachera del médico esta noche. La clave de todo el misterio reside en la copa.

—Eso habrá que verlo —dijo Varro, irritado. Luego, se volvió hacia Crispo—: Quinto, llévatelo.

El prefecto se levantó, cogió a Callido del brazo y se llevó al abatido liberto a la oscuridad de la noche.

Varro miró pensativamente al centurión Gallo.

—Gallo, antes dijiste que Diocles había cenado esta noche con Antíoco. —El cuestor se volvió hacia el magistrado, que seguía recostado en el diván con aire indiferente—. ¿Lo niegas, Antíoco?

—¿Negarlo? —repuso el judío con fingida sorpresa—. ¿Por qué iba a negarlo? Sí, el médico cenó conmigo, desde luego. —Sonrió con aire de suficiencia—. ¿Acaso es un crimen?

Varro hizo caso omiso del comentario.

—¿Y le obligaste a beber vino?

—Yo tomé vino con la cena. Suelo beber moderadamente, sobre todo teniendo en cuenta tus instrucciones al respecto. Y no, no obligué a Diocles a beber vino. Me limité a ofrecerle mi hospitalidad, y él se aprovechó de ella. A pesar de mis advertencias, bebió en demasía, y no hubo forma de detenerlo. De hecho, el griego acabó abusando y, al final, el muy imbécil ni siquiera se tenía en pie. Para mí fue toda una lección. La próxima vez no me mostraré tan hospitalario.

Varro miró al centurión.

—¿Encontraste al médico en su tienda?

—Sí, cuestor.

—Yo mismo lo ayudé a que llegara hasta allí —explicó rápidamente Antíoco.

—¿Tú solo?

—Colombo me ayudó —aclaró el magistrado, que nuevamente sudaba como demostración de su ansiedad.

—¿Y adónde fuiste después de dejar a Diocles en su tienda?

—Regresé a la mía y allí me quedé. Pregunta a Colombo.

—Gallo, trae aquí a Colombo —ordenó el cuestor.



El númera tenía su tienda justo al lado del pabellón —mucho mayor— de Antíoco. Cuando el centurión Gallo entró en ella acompañado de dos de sus hombres, uno de los cuales llevaba una linterna, descubrió al exgladiador tumbado boca arriba y roncando.

—Centurión —dijo uno de los soldados—, cuando antes entramos para registrar esta tienda el gladiador ni se movió. Roncaba tan profundamente como ahora.

—¡Menudo guardián está hecho! —se burló Gallo mirando la enorme figura que dormía como un niño—. ¡Quién sabe qué demonios habrá tramado Antíoco esta

noche mientras este hipopótamo dormía!

Los dos soldados rieron.

—¿Lo despertamos, centurión? —preguntó el segundo.

—Desde luego —repuso Gallo no sin satisfacción—. ¿Es agua eso que hay ahí? —dijo señalando un cubo que había en un rincón.

—Si no es agua, es una meada —rio el de la linterna.

—En cualquier caso, servirá —dijo Gallo—. ¡Dad un baño al númera!

El otro soldado cogió el cubo y derramó su contenido en la cabeza del hombre. Colombo, empapado, abrió los ojos e intentó incorporarse, pero solo consiguió caer de espaldas y mirar al centurión con expresión embotada.

—¡Más agua! —ordenó Gallo—. ¡Traed un cubo lleno hasta arriba esta vez!

El soldado salió de la tienda. Momentos más tarde, regresó con un cubo de bronce lleno hasta arriba de agua que vació sobre el negro gladiador.

Esa vez el resultado fue tonificante. Colombo se sentó mientras se enjugaba el agua del rostro con la única mano y tronaba:

—¿Pretendéis ahogarme o qué?

—¡Arriba, grandullón! —ordenó Gallo—. El cuestor quiere verte.

El númera fue llevado al *pretorium* medio a rastras. Sentado en su diván, Varro estudió al musculoso luchador, que se balanceaba levemente ante él.

—¿Has estado bebiendo? —le preguntó.

—Solo un vaso, señor —repuso el númera, medio atontado—. El judío me ofreció un vaso.

Varro se volvió hacia Antíoco, que seguía medio tumbado en uno de los otros divanes.

—¿Diste vino a Colombo?

Antíoco hizo un gesto de indiferencia.

—Sí, un vaso de vino. ¿Qué pasa? Tenía un delicioso falerno y me sentía generoso. Según parece, este hombre no aguanta el vino.

—Puede que hubiera algo en el vino, cuestor —insinuó el centurión.

—No me sorprendería —convino Varro.

—¿Puedo decir algo, cuestor?

Era Pallas, el ayudante de Diocles, que seguía sentado en el suelo.

—Sí, Pallas. Habla.

—Esta noche, a primera hora, Diocles me ordenó que llevara a Antíoco una pócima para dormir.

—¿Ah, sí? —Varro se volvió hacia el magistrado—. ¿Se puede saber dónde está ahora esa pócima?

—En algún lugar de mi tienda —repuso Antíoco con aire displicente—, aunque es posible que alguno de esos brutos que tienes por soldados la haya robado cuando los hombres del centurión registraron el campamento, hace un rato. No me extrañaría, tratándose de los ladrones y rateros de Gallo.

—¡Mis hombres son honrados! —protestó el centurión.

Varro miró a Colombo.

—¿Has estado dormido desde que bebiste el vaso de vino?

—Seguramente, cuestor —contestó el grandullón llevándose la mano a la dolorida cabeza—. Lo siento, no sé qué me pasó.

Varro le lanzó una mirada de reproche.

—Te dormiste estando de guardia, Colombo. Te relevo de tu cargo. Puedes marcharte y volver a tu tienda.

El nómada se retiró con expresión desolada.

—Antíoco ha podido moverse libremente por el campamento sin ser observado —dijo el cuestor, sin dirigirse a nadie en particular. Luego, clavó nuevamente los ojos en Antíoco—. Tú, de entre todos, eres quien ha tenido más oportunidades para sobornar a tu cocinero para que pusiera veneno en la comida de Miriam y Gemara. Con tu centinela dormido, también has podido asesinar a Melitón, silenciarlo así para siempre y dejar el arma medio enterrada detrás de la tienda de Callido para que alguien la encontrara.

—¡Bobadas! —se burló el magistrado—. No hay nada ni nadie que me relacione con la enfermedad de la esclava o de la niña y tampoco con la muerte de mi cocinero. ¿Por qué iba a querer matar a Melitón? Como cocinero era muy malo, pero eso no... —Se echó a reír con una carcajada forzada y nerviosa. Sin embargo, su bravata no resultó convincente.

—Puede que esta situación no te haga tanta gracia después de esta noche, Antíoco —gruñó el cuestor—. La sospecha pende sobre ti como una espada.

La sonrisa desapareció del rostro del magistrado.

—¡Estoy cansado de todo esto! ¡Acusar al judío, siempre acusar a judío! ¡Es lo más fácil, desde luego, aunque no sea lo más justo! —Se puso en pie—. ¿Tengo permiso para retirarme?

—Puedes volver a tu tienda. —asintió Varro antes de volverse hacia Gallo—. Centurión, a partir de este momento mantendrás a Antíoco bajo estrecha vigilancia.

—Sí, cuestor —repuso Gallo, satisfecho—. Mis mejores hombres se ocuparán de...

—No —le interrumpió Varro—. Tus mejores hombres, no. Tú personalmente te harás responsable de la seguridad de Antíoco. Hasta nueva orden compartirás su tienda, irás con él adonde quiera que vaya y observarás todos y cada uno de sus movimientos. Lo vigilarás incluso mientras defeca. ¡No me fío de él ni para permitirle que haga sus necesidades tranquilamente! ¿Entendido?

Una expresión de hastío ensombreció el rostro del centurión.

—Sí, señor —contestó a regañadientes.

—Quiero que además registres su tienda antes de dejarlo entrar. Busca armas y la pócima para dormir que dice haber guardado.

—Ya te he dicho, Varro, que seguramente alguno de tus soldados la ha robado.

—Óyeme bien, Antíoco. Reza para que Miriam se recupere. A partir de este momento, tu vida y la de ella están inexorablemente unidas.



Varro se despertó en plena noche. Se había quedado dormido junto al lecho de Miriam. Levantó la cabeza, bostezó y se estiró. Luego, le cogió la muñeca y buscó el pulso. Allí estaba, débil, pero regular. La joven tenía la piel fría, pero no era de extrañar teniendo en cuenta lo gélida que era la noche. Se puso en pie y la cubrió con una manta hasta la barbilla. En el otro lado de la cama, Gemara se dio la vuelta en sueños. La pequeña parecía evolucionar mucho mejor. De los divanes surgían distintos ronquidos. Los compañeros de Varro dormían profundamente. Crispo, Pedio y el ruidoso Pallas se habían ofrecido voluntarios para ayudarle, a él y a Hostilis, a mantener la vigilia junto a Miriam.

Despacio y sin hacer ruido, el cuestor fue hasta su capilla portátil, que estaba abierta. Prendió una mecha y encendió el incensario. Varro no se consideraba una persona religiosa. Fiel en sus obligaciones y observancias, sí; pero no religioso. Todas las mañanas tocaba las estatuillas de los Lares en recuerdo de sus antepasados, pero lo hacía más por la fuerza de la costumbre que por un verdadero sentido de la devoción. Sí, había rezado al conocer la noticia de la muerte de su madre, pero antes de eso, su última y verdadera oración había sido durante el funeral de su amigo Marco Marcio.

En esos momentos, mientras veía ascender hacia el techo la tenue voluta de incienso, murmuró:

—Todopoderoso Júpiter, el mejor, te suplico que la protejas.

Se arrodilló durante un momento, inhalando el fragante perfume y volvió a ponerse en pie. La oración le había parecido vacía y falsa. Era casi como si no tuviera derecho a formularla. Dos oraciones en un año, y ni siquiera en esas ocasiones había estado convencido de que alguien lo hubiera escuchado. ¿Y pretendía invocar a los dioses para que ayudasen a Miriam? Fue hacia la puerta y, al salir a la noche, sorprendió a los cuatro jóvenes legionarios encargados de montar guardia ante el *pretoriurn*. Contaban con el fuego de un brasero situado a cierta distancia de la entrada y, envueltos en sus capas, se calentaban las manos a su alrededor mientras charlaban en voz baja. Al ver a Varro, los cuatro volvieron rápidamente a sus puestos, dos a cada lado de la tienda.

Reinaba un extraño silencio. Una lámpara parpadeó junto al reloj de agua situado cerca de la entrada. Otro par de lámparas brillaban cerca del altar de la IV Escita. Varro caminó hasta el brasero y se calentó las manos. Sus ojos siguieron la dirección del humo mientras se perdía en el cielo nocturno. Esa noche no había estrellas. Una gruesa capa de nubes las escondía. ¿Estaría el dios de Miriam allí arriba, mirándolo

en ese momento? ¡Qué torbellino de emociones había desatado en él aquella joven judía! Sabía sin el menor asomo de duda que la amaba profunda, absoluta e incuestionablemente. Y también sabía que ella amaba a su dios profunda, absoluta e incuestionablemente. Entonces se preguntó cómo era posible que su creencia en un único poder divino fuera tan poderosa y profunda. Su propia fe en los dioses romanos era... débil. ¿Cómo era posible que ella hubiera sido capaz de perdonar tan fácilmente la monstruosidad que él le había hecho? ¿Cómo podía creer con tan absoluta certeza que el informe que había redactado se basaba en mentiras cuando las pruebas parecían tan convincentes? Y en esos momentos llevaba en sus entrañas una criatura, su hijo, el hijo de ambos, el fruto de su acto de violencia y egoísmo. ¡Y lo consideraba un don! A las puertas de la muerte, a pesar de haber sido forzada, a pesar de ser la víctima de una conspiración asesina, aquella inteligente y educada joven no solo seguía creyendo en su dios con la firmeza de siempre, sino que además perdonaba a aquellos que habían puesto fin a su vida deliberadamente. ¿Qué clase de fe era aquella que, ante las pruebas que desmontaban los mismísimos cimientos de sus creencias, ante el trato más injusto y una muerte dolorosa, permitía a sus creyentes aferrarse a ella? Envidiaba la certeza de Miriam y su tranquila aceptación.

Alzando los ojos al cielo, el cuestor habló al dios de los nazarenos.

—Ella es uno de los vuestros. Si existes, ayúdala. Cree. No tiene dudas. Yo no puedo hacer lo que me pide, pero tú tampoco lo querrías. Si eres lo que ella cree que eres, no querrás que una mentira se perpetúe en tu nombre. Si eres tan poderoso como ella cree que eres, la salvarás.



## LA TORMENTA

*Cafarnaúm. Norte de Galilea, tetarquía de Traconitis.  
Julio del año 71 d. C.*

Una trompeta hizo sonar «fin de la guardia». Varro abrió los ojos. Fuera, los hombres destinados al relevo del día se dirigían a sus puestos mientras el sol comenzaba a ascender sobre el mar de Galilea. En la penumbra *del pretoriurn*, Pedio y Pallas seguían durmiendo en sus divanes. Crispo se había levantado, despertado por el toque de trompeta.

Varro levantó la cabeza de la cabecera de la cama donde había dormido. Miriam yacía en la misma posición. Gemara no estaba en el lecho, tampoco se la veía por ninguna parte. El cuestor supuso que, encontrándose mejor, la niña se había levantado y había salido fuera. No tardaría en ir a buscarla. Por el momento se concentró en Miriam. El rubor había desaparecido de las mejillas de la muchacha y su rostro tenía la blancura del yeso. Sin embargo, era un rostro sereno. Miriam parecía la estatua de una diosa. Varro le tocó la mano y frunció el entrecejo. Le buscó el pulso.

Crispo se puso en pie y se acercó.

—¿Cómo ha pasado Miriam la noche, cuestor? —preguntó.

Varro volvió la cabeza lentamente.

—Se ha ido. —Su tono era monocorde. Estaba anonadado—. Mi Miriam se ha ido.

Crispo contempló la inmóvil figura de la cama.

—¡No! —Le tocó el brazo. Estaba frío como la piedra—. ¡Puede que aún no sea demasiado tarde! ¡Iré a buscar a Boecio, el médico de la ciudad!

Dio media vuelta y salió corriendo de la tienda.

Pallas y Pedio se agitaron. Varro se estaba poniendo en pie igual que un autómatas cuando los dos hombres se aproximaron. Pallas tomó la mano de Miriam y le buscó el pulso. Luego, miró a Varro y meneó la cabeza.

—Lo siento, cuestor —dijo.

Al lado del griego, a Pedio empezaron a caerle las lágrimas por las mejillas.

Varro se dirigió hacia la mesa de escribir como si estuviera en trance y cogió el estuche cilíndrico que contenía el informe. Se había quedado allí, donde Hostilis lo había dejado antes de irse a dormir. Varro sacó los rollos de pergamino y lo dejó caer al suelo. El estuche rebotó con un sonido hueco. Con el informe en la mano, el cuestor salió lentamente de la tienda. Hostilis se levantó de donde había dormido y, al ver que su amo salía, se puso rápidamente en pie. Bostezando, estirándose y rascándose la cabeza, el sirviente siguió al cuestor.

Pálido y ojeroso, Varro se detuvo fuera, a unos pasos del *pretoriurn*. Completamente equipados con armadura y casco, los centinelas del nuevo relevo montaban guardia a ambos lados de la entrada. Uno de ellos era el sargento Rufo. Alrededor, el campamento empezaba a cobrar vida. Si la expedición se hubiera puesto en marcha, en ese momento ya se estarían desmontando las tiendas y cargando los carros. Desde que el cuestor había acampado en las afueras de Cafarnaúm y se había dedicado a la redacción del informe, al amanecer solo estaban activos los hombres que hacían los relevos de la guardia. El resto de los camaradas que no estaban de servicio empezaban a asomar fuera de los tiendas como osos saliendo de sus guaridas mientras el sol se alzaba en el cielo.

Las linternas seguían ardiendo junto al reloj de agua. Ante el *pretoriurn*, los rescoldos del fuego de la noche se consumían con un resplandor naranja en el brasero. Varro contempló el cielo. La oscuridad de la noche había dado paso a una amenazadora acumulación de nubes negras como la tinta. Un trueno retumbó en la distancia. Una súbita y gélida brisa sopló de repente, removiendo los rescoldos y poniéndolos al rojo vivo entre un remolino de chispas. Mientras miraba el brasero, el cuestor pensó que si Marco Marcio hubiera estado allí, habría comentado que los dioses no parecían contentos.

Hostilis se le acercó. El sirviente vio en la mano de su amo los rollos de pergamino, el resultado de los esfuerzos y las pérdidas de los cuatro meses anteriores. Ignoraba cuál era la intención del cuestor, pero sí sabía que la pena lograba que los hombres hicieran cosas extrañas.

—Amo, ¿no sería mejor que llevara el informe a Pitágoras? —le preguntó en voz baja al oído—. Para que esté a buen recaudo.

Varro miró a Hostilis y, después, el fuego.

—Amo... —insistió el esclavo.

En ese instante, Pedio salió de la tienda, tras el cuestor y su sirviente. El lictor oyó el rugido del trueno que se acercaba. En la neblinosa claridad del nuevo día, también vio a Antíoco que caminaba decididamente entre las tiendas hacia el *pretoriurn* con Gallo siguiéndolo de cerca.

—¡Cuestor! —gritó el magistrado mientras se acercaba—. ¡Exijo que retires a este patán de mi tienda! ¡Esta noche no he podido pegar ojo! ¡Nada de lo que he hecho justifica esta vigilancia! —Entonces, Antíoco reparó en que Varro tenía unos rollos de pergamino en la mano; los reconoció como la *Investigatio Nazarena*. Se detuvo al otro lado del brasero, vio la extraña expresión de Varro y creyó leer sus pensamientos—. Cuestor... ¿no querrías entregarme el informe? —preguntó en tono repentinamente conciliador—. Yo me aseguraré de que esté en lugar seguro. Se lo entregaré personalmente al general Collega. Permíteme que coja el informe, cuestor.

En ese momento, retumbó el trueno.

La reunión quedó completa cuando Pitágoras, alertado por las voces, llegó corriendo desde su tienda.

—Cuestor, ¿qué ocurre? —preguntó mientras se acercaba.

—¡Tiene el informe en la mano! —le advirtió Antíoco angustiado.

—Miriam ha muerto durante la noche —dijo Pedio en un tono que dejaba entrever su emoción.

—Ya entiendo. Eso explica muchas cosas. —Pitágoras se acercó a Varro con la mano extendida—. Dame el informe, cuestor.

Varro lo miró inexpresivamente.

—Miriam se ha ido —dijo.

—No puedes hacer que vuelva —contestó Pitágoras en tono tranquilizador—, ni tampoco puedes eliminar el sentimiento de culpa que te domina. Será mejor que dejes que coja el informe. —El griego le quitó lentamente de la mano los rollos de pergamino.

Varro no se resistió y dejó que el secretario se hiciera cargo del documento; que tenía la mirada fija en Antíoco, que se hallaba ante él.

—¡Tú la mataste, Antíoco! —lo acusó—. ¡Tú la envenenaste! —Empezó a caminar hacia el magistrado—. ¡Cogiste la belladona del botiquín de Diocles y se la diste al cocinero para que la echara en las setas de Miriam!

—¡Mantén la distancia, Varro! —gritó Antíoco mientras retrocedía y obligaba a Gallo a apartarse.

—¡Asesino! —exclamó Varro con ojos llameantes y sin dejar de avanzar.

Sin previo aviso, Antíoco se lanzó contra el centurión y, cogiéndolo desprevenido, le arrebató la daga que llevaba al cinto y lo apartó con todas sus fuerzas de un empujón. Gallo cayó al suelo despatarrado. Antíoco se volvió hacia Varro blandiendo la daga.

—¡Atención, amo! ¡Tiene un arma! —gritó Hostilis.

—¡Cuidado, Varro! —lo previno el magistrado, retrocediendo sin dejar de agitar el cuchillo mientras el cuestor seguía avanzando hacia él—. ¡Guarda las distancias!

Entretanto, Gallo se levantó sobre una rodilla y desenvainó la espada.

—¡Soldados! ¡Proteged el informe del cuestor! —gritó mientras se ponía en pie con los ojos fijos en Antíoco.

En respuesta a la orden del centurión, los cuatro centinelas del *pretorium* desenvainaron sus espadas. Los dos más próximos a Pitágoras dieron un paso al frente y sujetaron por los hombros al secretario en cuyas manos se hallaba la *Investigatio Nazarena*, inmovilizándolo.

Entonces se oyó el ensordecedor estallido de un trueno, tan potente que hizo temblar el suelo sobre el que se hallaban. En el mismo instante, se produjo un destello de luz cegadora. Fue como si un meteoro se hubiera precipitado a tierra. Luego, reinó el silencio.

Pedio, el lictor, se incorporó lentamente. Al igual que todos los demás, había sido arrojado al suelo por la descarga del rayo. Mientras la cabeza le daba vueltas, miró a su alrededor y contempló una increíble escena de devastación.

Hostilis yacía cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Mis ojos! ¡Mis ojos! —gritaba.

El centurión Gallo se hallaba tumbado boca arriba, con un ensangrentado brazo en alto y el humo surgiendo de su cuerpo, ahora desnudo bajo la armadura. Había muerto. Con sus corazas metálicas, los dos centinelas que sujetaban a Pitágoras también parecían estar muertos. Los otros dos soldados se encontraban horriblemente quemados. Uno se retorció entre gemidos y el otro agonizaba. Pitágoras estaba igualmente fulminado, con el cuerpo carbonizado de la cabeza a los pies.

Varro intentaba levantarse.

—No puedo ver —dijo, aturdido.

Pedio comprendió que había sido el único que había escapado sin daño. Vio el informe del cuestor en el suelo, junto a Pitágoras. Al igual que él, ni siquiera se había chamuscado. Corrió a apoderarse del documento. Luego, desgarró un trozo de pergamino y lo arrojó al fuego del brasero. El material ardió en el acto.

—¡Se quema! ¡Se quema! —proclamó a los cielos.

Varro oyó el sonido del desgarrar y los gritos del lictor.

—¡Pedio! —gritó mientras se esforzaba por ponerse en pie—. ¡Pedio! ¿Qué estás haciendo?

—¡Estoy arrojando tu informe a las llamas, cuestor! —contestó Pedio con júbilo, burlándose del cegado Varro—. ¡Y arde bien! ¡Es un fuego divino, un fuego divino!

—¿Qué estás diciendo?

—Prometí a mi nueva esposa y a mis hermanos de Antioquía que haría todo lo que estuviera en mis manos para frustrar tu inútil misión, cuestor, y no los he decepcionado ni tampoco a mi Padre en los cielos. ¡Esto supondrá el perdón de mis pecados!

—¿Tú, Pedio? ¿Tú eres nazareno?

—Temía que cuando prendí fuego al carro del secretario hubiera alcanzado el límite de mi facultad de intervención, ¡pero no tenía de qué preocuparme! ¡Mi Señor Dios me ha mostrado el camino! —Lenta y deliberadamente, arrancó un pedazo del comienzo del informe y lo arrojó al brasero. Mientras observaba cómo el papiro se retorció, las palabras escritas en él se desvanecieron milagrosamente antes siquiera de que las llamas las alcanzaran—. ¡Arde, diabólico documento, arde!

—¡No, eso no! —era la voz de Antíoco, que se arrastraba por el suelo hacia el brasero con una mano extendida. Al igual que Varro y Hostilis, había quedado cegado por el rayo, pero se guiaba por el calor.

—¡La *Investigatio* no debe ser destruida, no puede ser destruida! —gritó Antíoco, que se acercó al brasero y metió la mano en el fuego para intentar sacar lo que creía que era el informe completo. Las llamas lamieron su piel, y retiró la quemada mano gritando de dolor.

Pedio apoyó un pie en el pecho del magistrado y lo empujó a un lado.

—¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! —gritó triunfalmente—. ¡El informe será

destruido en este día igual que Pitágoras, uno de sus autores, ha muerto! ¡Es la voluntad de Dios!

Gimiendo de dolor y desesperación, Antíoco se alejó. Tropezó con el ennegrecido cuerpo de Gallo y dejó escapar un gemido.

—¡Yo también soy hombre muerto! ¡Collega pedirá mi cabeza por esto! ¡El informe ha sido destruido! ¡Los nazarenos prevalecerán!

Antíoco se arrastró hasta quedar sentado y se llevó una mano al cuello. Con un fuerte tirón se arrancó la preciada bolsa de la tira de cuero. Tanteándola en busca de un orificio, y aterrorizado porque Pedio pudiera ver lo que estaba haciendo y lo privara de su última oportunidad, consiguió forzar una abertura. Luego, sosteniendo la bolsa con su abrasada mano derecha, vació su contenido en la izquierda. Notó con alivio que las semillas de cicuta caían en su palma. Con un rápido movimiento se las llevó a la boca y las masticó ávidamente. Entonces, soltando la bolsa que había sido su fiel compañera durante más de diez años, tragó y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Jehová, soy tuyo! —gritó.

Con el súbito temor de que el boticario que le había vendido las semillas en Antioquía lo hubiera engañado, Antíoco aguardó. Entonces, aliviado, empezó a notar que un progresivo entumecimiento se apoderaba de su cuerpo empezando por los dedos de los pies y subiendo por las piernas, el torso y los brazos, que cayeron inertes a los lados. Sonrió. Sus ojos se cerraron. Cesó su respiración. Su cuerpo sin vida se desplomó encima del cadáver del centurión.

Sin soltar el informe que sostenía en la mano, el enloquecido Pedio había contemplado cómo el judío se quitaba la vida.

—¡Antíoco ya no existe! —se regocijó—. ¡Es todo voluntad de Dios, cuestor! ¡El informe, destruido! ¡Antíoco, muerto! ¡Pitágoras, muerto! ¡Gallo, muerto! ¡Todo es voluntad de Dios!

Durante todo ese rato, Rufo, uno de los malheridos legionarios, había estado palpando el suelo en busca de su espada. Finalmente la encontró y, haciendo un supremo esfuerzo, se puso en pie justo detrás de Pedio.

—¡Proteger el informe del cuestor! —gritó en su agonía, repitiendo la última orden del centurión Gallo, y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, hundió con ambas manos su espada en la espalda de Pedio lanzándose hacia delante para añadir impulso al golpe. La hoja de doble filo traspasó el cuerpo del lictor como si fuera un saco de grano.

Pedio dio un respingo de sorpresa; luego, con expresión de perplejidad, bajó la mirada y vio que la ensangrentada punta de la espada sobresalía de su cuerpo, en medio de su túnica. El lictor abrió la boca y dejó escapar un grito de desesperación al comprender la fatalidad que acababa de abatirse sobre él. Sus ojos quedaron en blanco y se desplomó boca abajo con la espada saliéndole por los omóplatos. El informe escapó de entre sus dedos y rodó por el suelo junto a su cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —gritó Varro en su frustración—. ¿Qué está ocurriendo?

—El traidor ha muerto, cuestor —le informó Rufo desde el suelo—. Tu informe se ha salvado.

—¿Muerto? ¿Pedió también? ¿Acaso semejante carnicería puede ser la voluntad de Dios? —preguntó Varro entre la confusión mientras intentaba mantener el equilibrio.

Fue entonces cuando notó que una mano cogía la suya. Una mano pequeña.

—Ven, amo —dijo una joven voz.

—¿Gemara, eres tú? —preguntó Varro.

—Yo te mostraré el camino —contestó la niña, que lo condujo entre tropezones por el campamento hasta el lago.

Varro solo era consciente de su presencia.

—¿Adónde vamos? —quiso saber al oír el rumor de las olas rompiendo en la orilla del mar de Galilea.

La niña no dijo nada y siguió guiándolo por el borde del agua hacia el naciente sol.



Entonces Quinto Crispo llegó corriendo al campamento desde la ciudad, donde había estado buscando sin éxito al médico judío de la localidad. Había oído la atronadora descarga del rayo y se quedó boquiabierto al lado del brasero, contemplando la escena de devastación mientras los sorprendidos soldados salían de sus tiendas y se le unían. En ese momento vio el informe del cuestor, tirado en el suelo. Se agachó rápidamente y lo recogió. Un veloz examen le reveló que faltaban algunos fragmentos del comienzo, pero que la *Investigatio Nazarena* estaba prácticamente intacta. Divisó entonces a Julio Varro que, llevado por la pequeña Gemara, bordeaba el lago. Se dispuso a llamarlo, pero algo lo detuvo. De alguna manera supo que el cuestor no regresaría. Contempló una vez más el informe que tenía en la mano y, después, el brasero ardiendo. Como lugarteniente del cuestor, era su deber entregar el informe al general Collega. ¿O acaso a ese documento le aguardaba otro destino?

El joven que meses atrás se había bañado en el Jordán para lavar sus pecados miró el fuego.



Mientras Gemara lo llevaba de la mano, Varro comprobó que su visión regresaba lentamente. Ante él empezaron a aparecer borrosas y veladas imágenes del terreno y de la sonriente niña que tenía al lado. Luego, una imagen más amplia, aún difusa, pero cada vez más nítida bajo la brillante claridad del nuevo día que tenía delante;

una luz tan resplandeciente que casi lo aturdió. Llevándose la mano a la frente para hacerse sombra en los ojos, se detuvo. Su mente se estaba llenando con pensamientos del lugar de donde provenía y de todo lo que había dejado atrás. Quiso volverse para mirar atrás.

—No mires atrás —dijo la niña tirando de él hacia delante.

Varro sonrió y asintió lentamente mientras se sentía rodeado por una poderosa fe que se abría ante él. Siguió caminando, sintiéndose extrañamente en calma y en paz. Julio Varro nunca volvió a mirar atrás.



STEPHEN DANDO-COLLINS es un escritor e historiador australiano, nacido el 1 de mayo de 1950 en Launceston, Tasmania.

Es autor de más de una docena de libros sobre la Roma antigua, la historia de Inglaterra, Estados Unidos y su Australia natal. En España se han publicado dos de sus libros, *La maldición de los césares*, publicada también con el título *Historia criminal del Imperio romano* (*Blood of the Caesars*, 2008) y *El informe de Judea* (*The Inquest*, 2005), que con *Arde Roma*, son fruto de un profundo conocimiento y años de documentación histórica.



# Notas

[1] En el contexto del libro, el término cínico no debe entenderse en el sentido actual, sino que se refiere a alguien que pertenece a la antigua escuela filosófica de ese nombre; escuela que defiende la independencia total del individuo. (*N. del T.*) <<

[2] Equivalentes a treinta y cinco metros. (*N. del T.*) <<

[3] Los romanos dividían el día en doce horas. La primera, la *hora prima*, empezaba con la salida del sol. La última, la *hora duodécima*, finalizaba con el ocaso. (N. del T.). <<